

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIA DE LA EDUCACIÓN  
DOCTORADO EN HISTORIA

Tesis doctoral  
**INTELECTUALES COMUNISTAS EN LA ARGENTINA  
(1945-1963)**

Autora: Adriana Petra  
Director: Dr. Mariano Plotkin  
Codirectora: Dra. María Cristina Tortti

Buenos Aires  
2013

A Blas, mi hijo. Por sus ojos como gotas de caramelo.  
A Mentor, mi papá. Porque presiento que estaría orgulloso

## **Agradecimientos**

---

A mi director, Mariano Plotkin, porque confió en mí desde un principio, me orientó con sus lecturas rigurosas, aceptó con paciencia mis elecciones y me recordó siempre que la única tesis buena es aquella que se termina.

A Horacio Tarcus, quien el marco de la beca doctoral de Conicet co-dirigió esta investigación con enorme dedicación y generosidad intelectual y humana. De él aprendí no solo un modo de pensar y estudiar las izquierdas sino la pasión por los libros, las revistas y los archivos. A su cercanía le debo el conocimiento de un mundo que ahora es parte de mi vida.

A mi codirectora, María Cristina Tortti, por la confianza, y a Enrique Barba, Patricia Flier y el equipo del programa de Doctorado en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, quienes con gran disposición me orientaron en mi desorden administrativo y siempre respondieron mis inquietudes.

Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) cuya beca me permitió realizar esta investigación.

A mis compañeros y colegas del CeDInCI, Vera Carnovale, Karina Janello, Eugenia Sik, Lucas Domínguez, Georgina Ferrara y Pablo Gorodneff, por estos años y meses de paciencia, apoyo y espera, y por sostener con su trabajo una institución sin la cual ésta y otras investigaciones no serían posibles. También a Federico Schujman, quién colaboró en parte de esta investigación con entusiasmo y gran profesionalismo.

A mis compañeros del Seminario de Historia Intelectual y Recepción de Ideas del CeDInCI, Martín Bergel, Alejandro Dujovne, Alejandra Mailhe, Martín Ribadero, Margarita Merbillhá, Laura Fernández Cordero y Mariana Canavese, quienes realizaron valiosos comentarios y sugerencias sobre esta investigación.

A los integrantes del grupo “Intelectuales y Elites”, quienes discutieron esta investigación cuando todavía era un proyecto, y a las autoridades y personal del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), mi lugar de trabajo durante los años de beca doctoral.

A Diego García y Ana Clarisa Agüero, quienes me apoyaron y alentaron en mis fallidas incursiones archivísticas de los primeros tiempos de esta investigación y siempre estuvieron dispuestos a aportarme datos valiosos sobre el mundo cultural cordobés que tan bien conocen. También a Martín Cortés, estudioso de Aricó y amigo de causas y cartas pérdidas, y a Bruno Groppo, quien en la hospitalidad de su casa parisina me ofreció lecturas y me ayudó a pensar el mundo comunista que tanto ha estudiado.

A Ricardo Pasolini, quien me permitió acceder al archivo de Juan Antonio Salceda, leyó partes de esta tesis y me alentó en un camino que él mismo abonó con sus trabajos.

A Adrián Gorelik, Hugo Vezzetti y los integrantes del Seminario de Historia Intelectual "Oscar Terán" del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani (UBA), quienes me ofrecieron espacios de discusión y me alentaron a debatir con ellos esta investigación.

A Carlos Altamirano, por su generosidad y su confianza.

A mis profesores y compañeros de la Maestría en Historia de la Universidad Torcuato Di Tella y en especial a Darío Roldán, quien siempre leyó con entusiasmo mis proyectos.

A Roberto Raschella, Francisco Delich, Héctor Schmucler y, particularmente a alguien que ya no está, Juan José Manauta, por aceptar mis preguntas y soportar mi curiosidad.

A Dainis Karepovs, de la Fundação Perseu Abramo (Brasil), a quien le debo valiosas recomendaciones y varias encomiendas de bibliografía sobre los comunistas brasileños. También a Alicia García Gilabert, quien me facilitó valioso material sobre Héctor P. Agosti.

A los archivistas y bibliotecarios del CeDInCI, del Archivo Enrique Israel del PCA, del CEFMA/PCA y de la Universidad Nacional de Córdoba, por su disposición.

A Emiliano Álvarez, amigo y compañero de aventuras humanas e inquietudes intelectuales, y a Clara Bressano, por alentarme y estar presente en esta tesis y en mi familia.

A Joaquín Vitali, porque iniciamos una vida juntos en estos años donde no faltó el desaliento y en la espera del demorado final de esta tesis, construyó junto a mí un hogar y una familia.

## Índice

---

Agradecimientos.....	3
Índice .....	5
Siglas .....	8
Introducción.....	10
La dimensión nacional e internacional .....	21
en el estudio del espacio cultural comunista .....	21
El marxismo, los intelectuales y la cultura.....	31
Los estudios sobre comunismo en la Argentina .....	51
Metodología, fuentes y organización de la investigación .....	58
Capítulo 1	
Revolución y Guerra. Formas de compromiso y trayectos intelectuales en la conformación de un espacio cultural comunista en la Argentina_(1920-1945).....	65
Redención y utopía: la década del '20.....	72
La cultura entre el proletariado y el antifascismo: los primeros años '30.....	80
Ponce y los inicios del antifascismo comunista .....	87
La AIAPE y la consolidación de una sensibilidad antifascista .....	94
Capítulo 2	
El espacio intelectual comunista entre el peronismo y el zhdanovismo. Estructuras de participación, polémicas estéticas y rupturas políticas.....	105
Del compromiso a la profesionalización.....	111
Literatura y “espíritu de partido” .....	125
El escritor y su obra .....	131
Las purgas antivanguardistas.....	136
Cuadernos de cultura .....	144
La ruptura con el espacio liberal: el “crisis Real” y los intelectuales.....	150
La polémica Giusti-Agosti .....	169
La Casa de la Cultura Argentina .....	179

### Capítulo 3

Los comunistas y la paz. Figuras y problemas del Movimiento por la Paz en la Argentina ...	187
Una nueva causa intelectual.....	189
La “burguesa” pacifista: el caso de María Rosa Oliver .....	194
La clave organizativa: el caso de Ernesto Guidici .....	200
Epílogo cinematográfico: el caso de Alfredo Varela.....	211

### Capítulo 4

El redescubrimiento de América. El antiimperialismo comunista y las tradiciones culturales	218
El Congreso Argentino de Cultura .....	233
Un “Fierro” rojo: la herencia cultural y las disputas en torno a la gauchesca.....	237
Literatura y nación: entre el realismo socialista y el mito gaucho .....	239
Héctor P. Agosti: el pueblo y los letrados.....	244
Amaro Villanueva: espíritu rural y tradiciones campesinas .....	254
<i>Don Segundo Sombra</i> : cultura popular y cultura de clase.....	258

### Capítulo 5.....

Rupturas y continuidades de un balance complejo.....	269
La primera Reunión Nacional de Intelectuales Comunistas (1956).....	269
El espacio intelectual comunistas luego de la “crisis Real” .....	274
Los intelectuales: definiciones y funciones de una retícula bifronte .....	283
El “camino argentino” al socialismo y un balance ambiguo.....	301

### Capítulo 6

Héctor. P. Agosti. Estaciones de una obra y un intento de modernización fallida.....	311
La polémica sobre el realismo .....	315
Echeverría: entre Gramsci e Ingenieros .....	324
Años interesantes.....	336
Nación y cultura.....	341
El tercer frente: neoizquierda y neomarxismo .....	357

### Capítulo 7

Gramsci y la nueva izquierda. Modificaciones morfológicas y momentos de una recepción intensa .....	366
Sur: una vía argentina a la literatura italiana .....	372

Fascismo, peronismo y el problema de las generaciones .....	380
Literatura y revolución: el problema de realismo .....	391
El primer momento peninsular: .....	398
Agosti y la conformación de un gramscismo comunista .....	398
<i>Pasado y Presente: nuevas figuras del intelectual marxista</i> .....	413
Las tramas de la universidad reformista .....	417
El segundo momento peninsular: de Gramsci al “operaismo” .....	423
Fin de etapa .....	429
Conclusiones.....	435
Fuentes y Bibliografía .....	450
Archivos Consultados .....	450
Entrevistas .....	450
Fuentes consultadas .....	450
Bibliografía citada .....	457

## Siglas

---

ADEA: Asociación de Escritores Argentinos

AIAPE: Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores

ASCUA: Asociación para la Defensa y Superación de Mayo

Archivo CCI: Archivo Cayetano Córdova Iturburu

Archivo HPA: Archivo Héctor P. Agosti

Archivo JAS: Archivo Juan Antonio Salceda

Archivo RL: Archivo Raúl Larra

Archivo JMA: Archivo José María Aricó

CAC: Congreso Argentino de Cultura

CeDInCI: Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina

CEFMA: Centro de Estudios y Formación Marxista “Héctor P. Agosti”

CCA: Casa de la Cultura Argentina

CC: Cuadernos de Cultura

CCDM: Cuadernos de Cultura Democrática y Popular

CLES: Colegio Libre de Estudios Superiores

Cominform: Communist Information Bureau/Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros.

Comintern: Communist International/Internacional Comunista o Tercera Internacional.



IRCAU: Instituto Cultural Argentino Ruso

PCA: Partido Comunista Argentino

PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética

PCF: Partido Comunista Francés

PCI: Partido Comunista Italiano

UBA: Universidad de Buenos Aires

URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

SAE: Sociedad Argentina de Escritores

RAAP: Asociación Rusa de Escritores Proletarios

## Introducción

---

Esta investigación se propone estudiar las relaciones entre los intelectuales y el comunismo en la Argentina durante el período comprendido entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y los primeros años de la década del 60. Dado que se ocupa de los vínculos que los intelectuales establecieron con la institución partidaria y de las funciones que se les asignaron y cumplieron en ella, este trabajo aborda una porción de la historia del Partido Comunista Argentino (PCA), aquella referida a sus intelectuales y políticas sobre la cultura. En tanto que, además, analiza el modo en que los intelectuales comunistas produjeron discursos sociales y participaron en instituciones, publicaciones y espacios de sociabilidad que los convocaron y aglutinaron en tanto creadores, productores culturales, profesionales o artistas, esta investigación aborda una franja del campo intelectual argentino, aquella que ocuparon los intelectuales que se identificaron con el comunismo como militantes orgánicos, simpatizantes o compañeros de ruta. Apelando a las herramientas provistas por la historia y la sociología de los intelectuales, presta particular atención tanto a las características sociales y culturales del espacio cultural comunista, a sus estructuras de participación y a los itinerarios de los intelectuales que se comprometieron con él, así como a los clivajes políticos de ese compromiso y a los discursos y representaciones que esos intelectuales produjeron sobre su misión y su lugar en la estructura partidaria. Atiende, al mismo tiempo, al modo en que el partido le otorgó a sus “trabajadores intelectuales” diversas funciones y definió el contorno de su actividad pública de acuerdo a coyunturas precisas que matizaron o modificaron la percepción sobre el rol que aquellos debían o podían desempeñar en su interior y en relación al campo cultural más amplio.

Al abordar un período particularmente complejo y poco estudiado de la historia del comunismo argentino, aquel que se inicia con un doble acontecimiento, el fin de la

Segunda Guerra Mundial y el inicio de la experiencia peronista, y se cierra a comienzo de la década del 60, cuando las manifestaciones iniciales de una “nueva izquierda” intelectual den lugar a una de serie de crisis y quebrantamientos que con los años reducirán el PCA a su mínima expresión, este trabajo espera complejizar las visiones centradas en la postulación de una institución partidaria monolítica, autorregulada y trascendente a las prácticas de sus dirigentes y militantes; así como aquellas que han reducido el problema de la vinculación entre intelectuales y partido a la fortaleza de una tradición antiintelectualista que puede remontarse a las prácticas culturales soviéticas de los años 20 y que habría afectado a gran parte de los partidos comunistas occidentales. Por eso evitará plantear la relación entre los intelectuales y el partido como si ambos términos estuvieran dotados de una identidad permanente y a priori que entra en conflicto para resolverse bajo la forma de la sumisión de los primeros al segundo, perspectiva que encuentra en la dimensión teleológica del compromiso de los intelectuales con el comunismo la explicación de una creencia que en nombre de la Razón hizo que seres cultivados en el espíritu crítico justificarán o pretendieran ignorar un sistema totalitario y criminal y aceptaran someterse a un papel accesorio dentro de partidos que solo les ofrecían la obediencia a una doctrina burda y esquemática.<sup>1</sup> Por el contrario, intentará ubicar el problema de los intelectuales comunistas en el nudo de múltiples contextos dentro de los cuales la tensión permanente entre cultura y política que forma parte constitutiva de la figura del

---

<sup>1</sup> Un texto paradigmático de este punto de vista así como de la homologación de fascismo y comunismo es el ensayo de François Furet *El pasado de una ilusión* (1995). Para un balance de la historiografía europea sobre el comunismo y sus interpretaciones desde un punto de vista crítico respecto al paradigma totalitario ver los ensayos incluidos en la primera parte de Dreyfus, Groppo, Ingerflom et. al (2004, pp. 19-91 ). En el mismo sentido se ubican los trabajos reunidos en el volumen *El Comunismo: otras miradas desde América Latina*, particularmente las intervenciones que componen la primera parte, dedicada a aspectos teóricos y metodológicos. En su artículo “Un balance de los comunismos”, el historiador italiano Aldo Agosti afirma: “Mirando bien, el muy vivaz debate que ha vuelto a encenderse en torno al comunismo, sobre todo desde la mitad de la década de 1990, ha girado en gran parte alrededor de un tema que es a la vez un error y un prejuicio, aun cuando, como es propio de los errores y los prejuicios, contiene una parte de verdad: el de la unicidad del fenómeno que ha convenido en llamar el comunismo del siglo XX. Ya se hable del “pasado de una ilusión” o de los crímenes del comunismo, lo que me parece necesario poner en discusión es el artículo en singular, y en consecuencia la voluntad de reducir el comunismo a una propiedad fundamental (el crimen de Estado, la utopía, una religión secular universal). Pero si hay un elemento que surge con claridad de la enorme masa de estudios que se han acumulado en más de cincuenta años, es que el comunismo declina en plural. Como lo han dicho en forma sintética los autores de *Le siècle des communismes*, es “diversidad unificada por un proyecto” (Concheiro, Modonesi y Crespo, 2007, p. 21)

“intelectual de partido” —es decir de aquel que “tiene como tarea principal ilustrar o defender la doctrina y/o la línea ideológica del espacio al que ha decidido unirse”— adoptó formas organizacionales, discursivas y representaciones diversas.<sup>2</sup> Aun constreñido a las lógicas de funcionamiento y a la interferencia constante de la institución partidaria en un período donde las batallas ideológicas de la Guerra Fría fueron el contexto para concebir el trabajo creador como una función de la propaganda política, el espacio cultural comunista estuvo lejos de ser un plano homogéneo y sin accidentes. En el marco de una cultura política codificada por una ideología redentorista (un proyecto revolucionario universalista encarnado en la Revolución Rusa y la instauración de la URSS) y una doctrina esquemática y autosuficiente (el marxismo-leninismo soviético), unificada sobre una identidad y un sistema de pertenencia institucional rígidamente estructurado (el partido de la clase obrera) y expresada en un lenguaje áspero y propagandístico, los intelectuales comunistas podían presentarse y ser presentados como un colectivo disciplinado y carente de matices.<sup>3</sup> Sin embargo, la pervivencia de tradiciones y afinidades culturales, las disputas generacionales, el establecimiento de jerarquías disciplinares y los diferentes modos de concebir la ortodoxia e interpretar la dirección del partido en los asuntos que les concernían, indica que tramitaron de modos diversos la voluntaria cesión de autonomía que caracteriza su condición de intelectuales de partido. Debiendo moverse en un espacio permanente tensionado entre valores e intereses casi siempre contradictorios, aquellos que provienen de las lógicas del campo intelectual y aquellos que provienen de las demandas político-partidarias, el intelectual comunista es un personaje de dos mundos propenso a la paradoja: para ponerse al servicio de una causa universal y trascendente acepta la dependencia de una autoridad exterior, no intelectual, frente a la cual debe legitimarse y la que le demanda un compromiso sin fisuras a todos los niveles, sin embargo, en tanto mantiene su identidad como intelectual, debe actuar en el mundo de la cultura sin renunciar complemente a sus lógicas específicas, y por lo tanto defender la idea de la misión que le confieren su

---

<sup>2</sup> Cfr. Sapiro, 2011, p. 143.

<sup>3</sup> Para una definición de “cultura política” ver Berstein (1997, pp. 371-386) y Lazar (2001, pp. 169-189)

posición se cumple, o solo puede cumplirse, en el marco de una organización que le otorga a su práctica un sentido y una dirección no puramente intelectual y en consecuencia la libera del individualismo, el elitismo y la alienación del mundo capitalista. En conclusión, el modo diferente en que los intelectuales comunistas gestionaron su aspiración a obtener, no sin padecimientos, una “autonomía siempre relativa” e integraron las demandas políticas a sus prácticas intelectuales obliga a establecer distinciones al interior de un espacio erróneamente revestido de rasgos monolíticos.<sup>4</sup>

¿De qué hablamos, entonces, cuando nos referimos a los intelectuales comunistas en este período? En primer lugar, esta investigación tomó distancia del criterio sustancialista mediante el cual el propio partido definía a los intelectuales, esto es, como un grupo social particular caracterizado por realizar trabajos intelectuales y que, por lo tanto, incluía a una amplia gama de actividades y profesiones, desde los artistas y escritores hasta los abogados, los ingenieros y los médicos.<sup>5</sup> Adoptar este punto de vista nos hubiera obligado a emprender una investigación diferente capaz de dar cuenta de realidades muy diversas sin que ello significara precisar con justicia la propia política del partido, que no era una y la misma para cada una de las categorías que englobaba bajo el término “trabajadores intelectuales”, particularmente en el contexto de una coyuntura compleja como fueron las batallas ideológicas del período de Guerra Fría. Nuestro criterio, por lo tanto, fue político-cultural antes que socio-profesional, y comprendimos por intelectuales comunistas a aquellos que dotados de un capital cultural específico intervinieron en el debate público a través de sus obras, sus escritos y sus tomas de posición. En consecuencia —y aunque su estudio resulte imprescindible para una historia social de la cultura comunista— aquellos que ejerciendo profesiones intelectuales actuaron fundamentalmente en el ámbito político,

---

<sup>4</sup> Cfr. Sapiro, *op. cit.*, p. 144

<sup>5</sup> François Dosse afirma que la noción “intelectual” oscila de modo permanente entre dos concepciones. Una “sustancialista” que tiene a asimilar a los intelectuales a un grupo social particular y se basa en un registro social y una definición funcional, la de la división entre trabajos manuales y trabajos intelectuales. La segunda, que define como una forma de nominalismo, sitúa a los intelectuales en relación a su compromiso en las luchas ideológicas y políticas, responde a un registro cultural y tiene a limitar el medio intelectual a las elites creativas e interesarse sobre todo en el dominio político (2007., p. 19).

comunitario, gremial o en la esfera de su actividad experta (aún cuando esta fuera puesta al servicio de las necesidades partidarias, como los abogados defensores de presos políticos), no fueron considerados como objeto de esta investigación.

Comprendiendo que existió una serie amplia de gradaciones en las formas que adoptó la estructura de adhesión de los intelectuales al comunismo de acuerdo tanto al tipo de profesiones intelectuales como a la función que el partido les otorgó según el campo en el que les tocaba actuar, esta investigación tomará como punto central de su análisis a la figura del intelectual-escritor o, dicho de otro modo, a los “intelectuales creadores” en el ámbito de la literatura y el ensayo cultural. Para ello fue necesario realizar una distinción entre la esfera científica y la esfera artístico-literaria, puesto que estas dieron lugar a las dos figuras típicas del intelectual comunista argentino: el escritor-intelectual y el médico-intelectual. Esta diferenciación es importante puesto que en el período aquí considerado la colocación de cada uno frente a los requerimientos de la autoridad partidaria y el éxito alcanzado en la conformación y legitimación de un espacio diferenciado de saberes, instituciones y actores intelectuales ligados a una identidad comunista en el campo de la cultura, fueron tramitados, tanto por los propios intelectuales como por el partido, de maneras disímiles. Mientras la coyuntura política de la Guerra Fría y la exigencia de un partidismo extendido a todos los ámbitos de la creación artística y la investigación científica dio como resultado el establecimiento de un grupo activo y cohesionado de psiquiatras comunistas que logró articular la recepción de saberes científicos soviéticos con la conformación de un “enfoque psicológico y psiquiátrico válido científica y políticamente” y con capacidad y vocación para disputar y generar espacios institucionales dentro del “campo psi” local, nada parecido sucedió en el ámbito de las humanidades ni, muchos menos, en el campo literario.<sup>6</sup> Puesto que las teorías psicofisiológicas de Pavlov eran consideradas como un fiel exponente del materialismo dialéctico soviético, el establecimiento de una psiquiatría comunista que las tomaba como referencia principal le otorgó a sus cultores un aval científico y

---

<sup>6</sup> Seguimos aquí las conclusiones de la tesis doctoral de Luciano Nicolás García sobre la recepción de la psicología soviética en la Argentina entre los años 1936 y 1991 (2012).

partidario que extendió su legitimidad más allá de los ámbitos disciplinares y los convirtió en “intelectuales genéricos del marxismo”.<sup>7</sup> Figuras como Gregorio Bermann (1894-1972), Julio Luis Peluffo (1901-1967) y Jorge Thénon (1902-1885), miembros de una generación formada junto a Aníbal Ponce (1898-1938), figura tutelar de los intelectuales comunistas argentinos, gozaban de una alta consideración dentro de las filas partidarias y su actividad era colocada como un modelo de apropiación y difusión de los logros del “humanismo socialista” en el ámbito de la ciencia y la cultura: “(es) un acto de justicia —reconocía Héctor Agosti en 1956— destacar la labor de nuestros camaradas médicos en la difusión de la doctrina de Pavlov y los avances de la medicina córticovisceral, ejemplo concreto de realización de la batalla ideológica en el terreno de la cultura superior”.<sup>8</sup> Lo mismo puede decirse de Emilio Troise (1886-1976), médico de origen socialista y amigo de Ponce quien, además de ser miembro del CC escribió *Materialismo Dialéctico* (1938) uno de los libros de lectura obligada para la formación de los comunistas argentinos en los rudimentos del marxismo-leninismo, y de Ernesto Giudici (1907-1992), quien sin haber terminado sus estudios de medicina puede ser igualmente considerado miembro de una generación de universitarios reformistas que ocupó puestos relevantes en la estructura partidaria, como veremos cuando analicemos su actuación como figura principal del frente cultural en los primeros del peronismo y como máximo referente del Movimiento por la Paz en la Argentina, una organización de masas ampliamente legitimada por la palabra intelectual prestigiosa cuya implantación local abordaremos en el tercer capítulo.

En un ámbito disciplinar específico, el de la medicina y los saberes psiquiátricos, un sector de la intelectualidad comunista logró articular el ejercicio de un saber experto y una práctica profesional autónoma (incluso económicamente) con las demandas de la lucha ideológica y el partidismo cultural que caracterizaron la política intelectual del comunismo internacional desde 1946, al mismo tiempo que ubicarse en una genealogía intelectual legitimada en el seno de las izquierdas que hacía del médico—

---

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 37 y 139.

<sup>8</sup> Agosti, 1956, p. 51

intelectual una voz acreditada para defender una concepción marxista—leninista de los saberes científicos y la práctica intelectual. En el ámbito artístico—literario esta operación encontró múltiples dificultades y los comunistas no fueron capaces de generar obras relevantes o disputar un espacio con reconocimiento y legitimidad más allá del círculo partidario. Esto es importante porque a pesar de que en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial la proyección social antes solo reservada al representante del arte literario se extendió al universitario, el sabio o el experto, la figura del escritor—intelectual, a través de Sartre y el sartrismo, continuó vigente como la referencia matricial del intelectual moderno y tuvo un particular peso en Argentina, donde la literatura gozó de una prolongada centralidad en el campo intelectual.<sup>9</sup> Dentro de la propia tradición comunista, como veremos en el próximo apartado, la literatura fue objeto de una particular atención por parte de las autoridades políticas y los escritores gozaron de un reconocimiento tan inusitado como el rigor con

---

<sup>9</sup> La historia intelectual tiene, como lo ha señalado Michel Winock, sus “Años Sartre”, aquellos que van desde 1945 hasta la década del ‘60, cuando el autor de *El ser y la nada* brille con un esplendor nunca alcanzado ni antes ni después de él, una centralidad tal que, como afirmaba uno de sus contemporáneos, obligaba a sus pares desaparecer, unos en la reprobación, otros en el olvido (1999, p. 485). A través de la postulación de la figura del escritor comprometido, Sartre le devolvió al cultor del arte literario la sacralidad de la que fue investido, como ha explicado Paul Bénichou (1981), desde el siglo XVII, pero en el contexto específico que las condiciones de la guerra y la liberación impusieron al campo intelectual francés. En efecto, durante el período de la ocupación emergió un tipo de literatura de combate, fuertemente politizada, que postulaba como modelo una adecuación total del escritor y su obra y ponía en tela de juicio la idea de una escisión entre las posturas políticas de un escritor y su propia literatura. El escritor de la Resistencia debía hacer una literatura resistente. En esto fueron campeones los escritores comunistas, lo que también explica que finalizada la guerra fueron ellos los que tomaran por asalto las instituciones intelectuales e impusieran los términos de lo que se llamó la depuración. Es en este contexto que debe comprenderse el texto de presentación de *Les Temps Modernes*, que prefigura una de las orientaciones principales del pensamiento de Sartre después de 1945 y es la piedra fundacional de una ideología de escritor que dominó el mundo intelectual no sólo francés durante las siguientes dos décadas. Como ha explicado Anna Boschetti, frente a una coyuntura donde la primacía de la acción, propia de la Resistencia, parecía relegar a la literatura y al pensamiento, y con ella a los escritores e intelectuales, al desván de las cosas inútiles, Sartre efectuará la fabulosa operación de poner a la literatura en el centro de la escena, anunciando que ya no se trataba de relacionar la literatura con la política, o de subordinar una a la otra como pretendían los comunistas, sino de comprender que la literatura era en sí misma política y, por lo tanto, indispensable para cualquier transformación. El escritor asume de este modo una misión profética, elige voluntariamente actuar en su nombre por la causa de la revolución (1990, p. 110). La influencia de Sartre y el sartrismo en el campo intelectual argentino de la década del ‘60, así como sus cruces con la cuestión peronista y los motivos nacionalistas y antiimperialistas fue analizada de un modo que sigue siendo indispensable por Oscar Terán (1993).



el que se controlaba su producción artística y su función en la construcción de una imagen prestigiosa de la cultura soviética y el mundo socialista. Dado que para los comunistas –retomando una idea que no nació con ellos sino que puede rastrearse en todos los discursos sobre el arte social que produjo el movimiento socialista desde fines del siglo XIX—<sup>10</sup> constituía una evidencia que la literatura y el arte estaban llamados a cumplir una función específica como herramientas útiles en la obra de emancipación del proletariado y el pueblo, le otorgaron a sus producciones un alto valor pedagógico y, en consecuencia, promovieron una estética de la representación basada en la accesibilidad y la transmisión de un mensaje progresista y esperanzador. En consecuencia, para los comunistas los escritores y artistas revolucionarios eran aquellos capaces de asumir conscientemente que su obra solo alcanzaría un sentido auténtico cuando, despojada del envilecimiento que le inflige el mundo burgués, fuera capaz de ponerse al servicio de una causa cuya realización también albergaba la promesa de restituir al arte a su función verdadera, sustrayéndolo de la lógica mercantil y restituyendo sus lazos con la totalidad el mundo social.<sup>11</sup> El realismo socialista soviético, que desde los primeros años de la década del ‘30 hasta bien entrados los años ‘60 fue dominante en el mundo comunista, codificó esta idea de la funcionalidad social del arte en una estética que redujo el trabajo creador a un conjunto de fórmulas esquemáticas y propagandísticas y legitimó la concepción del rol dirigente del partido tanto en el ámbito ideológico como en los aspectos formales de la producción artístico-literaria.<sup>12</sup>

En el espacio del comunismo intelectual argentino, los escritores fueron la categoría dominante, aunque no exclusiva, a lo largo del período aquí estudiado. Como estudiaremos en el primer capítulo, fueron escritores y artistas provenientes del anarquismo y de las vanguardias estéticas, muchos de ellos de origen inmigrante, los

---

<sup>10</sup> Cfr. Angenot, 2010, pp. 95-128.

<sup>11</sup> Sobre la función del arte y la literatura en el pensamiento socialista y la tradición marxista ver Egbert, 1981, pp. 78-119 y Sánchez Vázquez, 1970, pp. 17-73

<sup>12</sup> Sobre el realismo socialista como estética y doctrina del arte soviético consultar Arvon, 1970, pp. 83-98, Robin (1986) y Sánchez Vázquez (op. cit, pp. 60-64) Para un análisis que aborda el realismo socialista como elemento estructurador de una lógica de funcionamiento del campo cultural soviético ver (Baudin y Heller, 1993, 307-343). Para una acercamiento general al pensamiento de quien con mayor rigurosidad intentó dotar al realismo socialista de una estatura filosófica consultar Heller (1983).

primeros compañeros de ruta del comunismo vernáculo. Durante la etapa antifascista, si bien el espectro de adhesión al partido se amplió considerablemente hacia otras categorías, será en el ámbito literario donde se organice una densa red de sociabilidad política y cultural que estructurará tanto una identidad ideológica perdurable como un circuito de vocaciones intelectuales ligadas a la escritura. Los escritores serán las figuras más numerosas de lo largo de las décadas del '40 y del '50 en buena parte de las iniciativas partidarias en materia político-cultural: desde los frentes de masas como el Movimiento por la Paz, las organizaciones culturales que los comunistas impulsaron a nivel nacional y regional, hasta las páginas del órgano intelectual más importante que tuvo el comunismo, la revista *Cuadernos de Cultura*. Por el reverso, los escritores fueron un constante foco de problemas para la institución partidaria, pues al contrario de otras profesiones intelectuales cuya funcionalidad política o gremial era más evidente o inmediata, los escritores carecían de una tarea específica más allá de disponer su nombre para la batalla ideológica y cultural, pues, como les reprochaba Rodolfo Ghioldi, los escritores y artistas comunistas adoptaban “el realismo militante como norma crítica para la filosofía, la religión, el derecho, la pedagogía o lo que sea, para abandonarlo cuando se trata(ba) de cuestiones estéticas”.<sup>13</sup> Por esta razón, mediante el prisma de la figura del escritor-intelectual, consideramos que es posible iluminar con mayor nitidez las tensiones que se produjeron entre la voluntad de intervención pública de los intelectuales comunistas en la disputa por la definición de interrogantes largamente transitados (la cultura nacional, las tradiciones culturales, las funciones de la crítica) y los límites impuestos por las lógicas y demandas de la institución partidaria. A lo largo de este trabajo, nos ocuparemos de varias figuras que, circunscriptas bajo este recorte, se destacaron en diversos momentos u organizaciones de la vida partidaria. No se trata, hay que advertirlo, de una prosopografía de la intelectualidad comunista, ni tan solo de sus escritores, pues solo se ha considerado un conjunto de nombres, aquellos que se juzgaron representativos para considerar tanto

---

<sup>13</sup> Carta de Rodolfo Ghioldi a Cayetano Córdova Iturburu, Buenos Aires, 23 de agosto de 1948 (Archivo CCI/ CEDINCI). Reproducido en Tarcus y Longoni (2001, pp. 55-57)

formas diversas de adhesión y compromiso como ciertos problemas y debates político-culturales.

El PCA careció de una figura relevante en el campo literario. A diferencia de otros partidos latinoamericanos, los comunistas argentinos no contaron con figuras equivalentes a Pablo Neruda, Jorge Amado o Nicolás Guillén, quienes fueron capaces de dotar de prestigio a las posiciones comunistas en el campo de la cultura articulando su compromiso político con una popularidad conquistada por la escritura inspirada.<sup>14</sup> Por el contrario, los escritores comunistas ocuparon espacios marginales tanto en el campo intelectual argentino como en el propio espacio transnacional del comunismo, cuyas tribunas raramente les estaban reservadas.<sup>15</sup> La literatura producida por los comunistas careció de una legitimidad reconocida más allá de la esfera partidaria y no logró consolidar un espacio diferenciado dentro del campo literario con capacidad para disputar criterios estéticos y formas de concebir el trabajo creador. En el ámbito del ensayo cultural, Héctor P. Agosti constituyó una excepción, puesto que gozaba de un reconocimiento genuino en los círculos de la intelectualidad progresista, la que sin embargo advertía en él a un par de méritos probados “a pesar” de ser un comunista y detrás de las concesiones que su escritura debía rendir a las exigencias de su condición. Por esta razón, es en el campo artístico-literario donde puede verificarse con mayor claridad el “sistema de compensaciones” que Jeannine Verdès-Leroux analizó para evaluar la figura del “intelectual de partido”, el que, a diferencia del “intelectual autónomo”, carece de un nombre propio, de una formación universitaria

---

<sup>14</sup> El mutuo reforzamiento entre el nombre propio y la legitimidad y funcionalidad otorgada por el mundo comunista ha sido señalada para el caso de Pablo Neruda por David Schidlowsky, quien resalta que el PCCh le debe al compromiso de Neruda una parte importante de su aceptación en la sociedad chilena, pues al presentarlo como el “portavoz de un drama universal” y luchador político de una causa que es la causa del partido, le permitió presentarse ya no solo como el partido de los trabajadores sino como uno “que representa una capa intelectual fuerte, con poetas, escritores, maestros, profesionales y científicos” (Schidlowsky, 2008, p. 352). En el mismo sentido se ha expresado Júlía Monnerat Barbosa en su tesis sobre las trayectorias de Jorge Amado y Graciliano Ramos en el PCB (2010).

<sup>15</sup> Así sucedió, por ejemplo, en el Segundo Congreso de Escritores Soviéticos celebrado en 1954, evento en el cual Neruda, Amado y Guillén ocuparon lugares destacados mientras que los escritores argentinos no fueron siquiera invitados, a pesar de los esfuerzos de Alfredo Varela, en ese momento establecido en Viena como funcionario del Movimiento por la Paz, quien intentó sin éxito que fueran convocados Leónidas Barletta, Raúl González Tuñón, Raúl Larra y Héctor P. Agosti (Carta de Alfredo Varela a Héctor P. Agosti, Viena, 9 de noviembre de 1954, Archivo HPA/CEFMA).

legítima o de una práctica artística reconocida por los “tribunales burgueses” y, en consecuencia, debe su prestigio, su poder y sus privilegios únicamente a la institución partidaria, que premia su disciplina y su celo doctrinario con una amplia gama de gratificaciones y oportunidades culturales: un vasto conjunto de revistas y editoriales en los que promueve su participación, un circuito internacional de traducción y circulación de obras, una buena crítica acorde con el “espíritu de partido”, la posibilidad de viajar y participar en eventos internacionales, etc.<sup>16</sup>

Aunque no sea el punto de vista de esta trabajo intentar explicar el compromiso de los intelectuales con el comunismo a partir de establecer una analogía entre posiciones marginales del campo intelectual y posiciones políticas favorables al comunismo, el dato no puede soslayarse.<sup>17</sup> En efecto, una de las funciones principales del espacio cultural comunista y sus instituciones fue actuar como instancia de legitimación de los propios intelectuales comunistas, lo que puede verificarse con solo repasar quiénes publicaban en las editoriales ligadas al partido o el sistema semicerrado de reseñas de su prensa y sus publicaciones especializadas. Este mecanismo fue más fluido en ciertas fracciones del campo literario y artístico a las cuales el partido les ofrecía no solo una legitimación crítica sino un mercado y un público. Héctor P. Agosti (1911-1984), por lejos el intelectual mejor dotado de recursos culturales e intelectuales propios –aunque carente de formación universitaria– publicó la mayoría de sus libros, con la sola excepción de dos obras tempranas escritas por encargo, en editoriales dirigidas por comunistas. La marginalidad de los escritores comunistas de los ámbitos de consagración intelectual, aunque podía ser explicada en términos políticos e ideológicos, formaba parte su propio sistema de autorepresentaciones. Raúl González Tuñón (1905-1974), el máximo poeta del comunismo argentino, describía la situación en estos términos cuando se quejaba amargamente ante el novelista brasileño Jorge

---

<sup>16</sup> Verdès-Leroux, *op. cit.*, pp. 19-20.

<sup>17</sup> Coincidimos con la crítica de Matonti quien afirma que postular la sumisión de los intelectuales a la autoridad partidaria a cambio de una carrera implica renunciar a estudiar los mecanismos complejos de la adhesión política, las relaciones múltiples que los intelectuales y los artistas comunistas tuvieron con su partido y las maneras diversas en que la relación de autoridad se materializó en sus obras y sus textos teóricos: “es la cuestión misma de la *obediencia política y sus condiciones sociales e intelectuales* la que, tratada de manera mecánica, termina por ser escasamente problematizada” (2005, p.8).

Amado de la escasa importancia que se les otorgaba a los escritores del comunismo argentino, incluso entre sus propios camaradas latinoamericanos:

Deben actuar en nuestro país en las peores condiciones. Aquí, por ejemplo, querido Jorge, un equivalente tuyo no podría ser presidente de la Sociedad Argentina de Escritores y Losada no editaría a Pablo [Neruda] o Nicolás [Guillén] si estos fueran argentinos. Siéndolo, tendrían que ser reaccionarios, oficialistas o simplemente inofensivos, para que Losada o cualquier otro de su laya editara sus libros.<sup>18</sup>

En el mismo sentido, Ricardo Pasolini ha señalado el modo en que las instituciones culturales animadas por comunistas al calor de la batalla antifascista facilitaron el ingreso a la carrera de escritor de figuras marginales tanto del campo de la cultura legítima como del centro de consagración alojado en Buenos Aires.<sup>19</sup> Esta dependencia de la institución partidaria facilitó que las dirigencias se sintieran particularmente atraídas por intervenir y legislar en cuestiones literarias y artísticas, como lo demuestran las polémicas sobre el “realismo socialista” y la “herencia cultural” que se sucedieron desde fines de la década del 40 y que analizaremos en los capítulos dos y cuatro.<sup>20</sup>

### **La dimensión nacional e internacional en el estudio del espacio cultural comunista**

El mundo cultural de los comunistas argentinos fue un espacio estructurado en una amplia red de instituciones, publicaciones y emprendimientos asociativos que tuvieron un impacto y ocuparon un lugar en el campo intelectual, generando una imagen acerca del “aparato cultural” del PCA que logró imponerse sobre su magra producción teórica y creativa y fue, también, uno de los elementos a través de los cuales se construyó el relato del “peligro” comunista. Esto le permitía a la revista nacionalista *Esto Es* afirmar, no sin alarma, que la “poderosa organización” del partido comunista controlaba, además de sus organizaciones oficiales, más de cuarenta

---

<sup>18</sup> Carta de Raúl González Tuñón a Jorge Amado, abril de (c.1954), Archivo PCA

<sup>19</sup> Pasolini, 2005, 2006,

<sup>20</sup> En el caso de otras categorías intelectuales, sobre todo los profesionales y, en general, intelectuales de formación universitaria que actuaron en campos disciplinares específicos, como el ya mencionado caso de los psiquiatras, este sistema de compensaciones se verifica con mayores dificultades, lo que no significa que aquellos no estuvieran dispuestos a defender los puntos de vista del partido en cuestiones como la impugnación del psicoanálisis o la defensa de las tesis biológicas de Lysenko (Cfr. Vezzetti, 2006, pp. 39-55)

asociaciones culturales, profesionales y comunitarias y editaba dieciséis publicaciones, sin contar una abundante masa de boletines y periódicos mimeografiados. Según los cálculos del redactor, la prensa periódica comunista lanzaba a la calle unos doscientos mil ejemplares semanales, si a esto se sumaba las publicaciones procedentes del exterior que distribuía el Instituto de Relaciones Culturales Argentina-URSS (IRCAU), llegaban al exorbitante número de 1.000.000 de ejemplares por mes.<sup>21</sup>

En el interior de este entramado, algunos de cuyas instituciones y emprendimientos más importantes analizaremos en esta investigación, los intelectuales interpretaron de modos diversos y a menudo complejos la demanda de obediencia política que el partido les realizaba y la materializaron tanto el debate público como en sus obras y textos políticos y teóricos de acuerdo a contextos locales e internacionales precisos que es necesario restituir. También en el ámbito de la cultura, los partidos comunistas deben ser analizados atendiendo a su doble carácter de miembros del movimiento comunista internacional y actores de la vida política de sus respectivos países. La dimensión internacional de la adhesión de los intelectuales al comunismo es clave para comprender las lógicas del compromiso de un grupo particularmente sensible a las ideas del mundo y sobre el cual tuvieron un peso determinante acontecimientos históricos como la Revolución Rusa, las dos guerras mundiales, la Guerra Civil Española, el inicio de la Guerra Fría, la Revolución Cubana, verdaderos “eventos catalizadores” de identidades y sensibilidades generacionales, políticas y culturales.<sup>22</sup> Es importante también evaluar de qué modo los intelectuales gestionaron ese fenómeno “sociológicamente único”, al decir de Perry Anderson, que desde la creación de la Comintern en 1919 y al menos hasta la disolución de la Cominform en 1956, hizo del comunismo un espacio internacional articulado por la disciplina y la lealtad a un único centro ideológico, simbólico y político, dando lugar a modos diversos de articulación entre el sistema de creencias que aseguraba la adhesión incondicional a la URSS y la dimensión nacional y social

---

<sup>21</sup> Luján, Daniel: “El comunismo local se prepara para tomar posiciones políticas”, en *Esto Es*, n° 114, febrero de 1956, pp. 4-7

<sup>22</sup> Sirinelli, 1987, pp. 5-18

de cada partido comunista.<sup>23</sup> Esto obliga tanto a comprender la “compleja dialéctica” entre los determinantes nacionales e internacionales como a matizar la dimensión puramente teleológica de la adhesión de los intelectuales a la idea comunista y, en consecuencia, considerar que los contextos nacionales, la posición efectiva de los partidos en cada sociedad y sistema político, así como las particularidades de los grupos dirigentes, fueron elementos que en buena medida determinaron las posibilidades del compromiso de los intelectuales y las formas que este adoptó en diversas coyunturas.

En este sentido, es posible afirmar que mientras mayor es la marginalidad de la institución partidaria respecto al sistema político y el movimiento social mayor es su propensión a enfatizar las pretensiones de autarquía, de mundo aparte y, por lo tanto, a

---

<sup>23</sup> Anderson, 1984, pp. 156-159. La cuestión de la dependencia del centro moscovita es particularmente relativa en el caso del mundo intelectual. Analizado desde el punto de vista de sus lógicas intelectuales y culturales el mundo cultural comunista en el período analizado en esta investigación se organizó a partir de la existencia de múltiples centros, aunque jerarquizados, y de otras tantas periferias, desigualmente relacionadas con esos centros. Lejos de ser un mundo unilateral y homogéneo, el espacio transnacional del movimiento comunista internacional se organizó sobreimprimiéndose en tradiciones locales previas y reproduciendo las lógicas a partir de las cuales cada cultura nacional elaboraba su propia condición provinciana o metropolitana. Los intelectuales comunistas argentinos se vincularon al centro simbólico y político alojado en Moscú de modos diversos. Participaron, por supuesto, del sistema de circulación y consagración que ofrecía y fueron traducidos a diversas lenguas, viajaron y publicaron en editoriales tanto soviéticas, como europeas y latinoamericanas. Sin embargo, en términos de recepción de las codificaciones teóricas y doctrinarias en materia cultural, el centro se corre hacia Francia. El comunismo francés, potente en términos organizativos y políticos, era débil en términos teóricos, ocupando un espacio marginal respecto a la omnipresencia del sartrismo en el mundo intelectual francés. Sin embargo, para los comunistas argentinos, o al menos para la generación de aquellos que, como Héctor P. Agosti, participaban, por herencia y formación, de la francofilia propia de las elites culturales argentinas, Francia constituía el centro de referencia para procesar los mandatos culturales soviéticos. París actuó como un centro intermediador entre Moscú y la periferia comunista y los intelectuales comunistas argentinos fueron ortodoxos a la francesa. Una vez rota la unidad del mundo comunista, la cuestión de los centros y las periferias se complejiza. La emergencia de Italia como un centro político-intelectual del marxismo europeo, amparado, precisamente, en la teorización del policentrismo, convierte al mundo cultural italiano en un nuevo prisma, en un nuevo centro intermediador, desde el cual observar el derrotero del proyecto emancipador que aun podía albergar el comunismo y, al mismo, tiempo, elaborar una vía de comprensión de la realidad local del postperonismo y de modernización de los lenguajes marxistas. Italia, como nuevo centro intermediador se sobreimprime con un cambio morfológico del espacio intelectual comunista, que si fue articulado como un discurso generacional, fue también consecuencia de la inserción de muchos jóvenes intelectuales comunistas en nuevos circuitos culturales facilitados por su paso por las aulas universitarias. Para estos, Moscú deja de ser un centro no solo en un sentido político inmediato, sino en un sentido estrictamente cultural: dotados de un mayor capital intelectual pueden prescindir de la legitimación alternativa que ofrecía el mundo comunista, volcando su sistema de referencias hacia un centro político-intelectual novedoso, aunque no central en términos académicos, como el italiano.

devenir una institución defensiva y autoritaria. En el caso del PCA, sometido desde los años '30 a constantes persecuciones y condiciones de ilegalidad, este cerramiento dogmático alimentado por la marginalidad fue un ingrediente adicional en su capacidad de atracción hacia ciertas fracciones del mundo intelectual, pues la pertenencia al partido no pocas veces costaba la carrera, el puesto de trabajo, cuando no el exilio o la cárcel, mientras que en pocas ocasiones aportaba un prestigio suplementario. Pero además, dado que la relación con el mundo de los trabajadores y la capacidad para otorgar a fracciones de ese mundo una identidad social y política, constituye un factor fundamental en la posibilidad de los partidos obreros para interpelar otras categorías sociales, particularmente los intelectuales, el comunismo argentino debió enfrentarse al hecho de que desde 1945 un movimiento que caracterizaba como fascista y reaccionario le había disputado con éxito la adhesión de los trabajadores. En efecto, durante sus primeras dos décadas de existencia el PCA fue una corriente de peso en el proletariado industrial argentino y un actor importante del mundo del trabajo y la sociabilidad obrera hasta que la llegada del peronismo al poder lo redujo a una marginalidad política y sindical de la que no logró recuperarse.<sup>24</sup> Desde entonces, convertido en un partido con ascendente sobre todo en las clases medias, halló su principal espacio de gravitación en el campo de la cultura y la batalla ideológica.<sup>25</sup> Durante los años peronistas esta situación, fatal para un partido de clase, no supuso, sino tal vez lo contrario, que los intelectuales dejaran de brindarle su apoyo, pues la combinación entre el prestigio del movimiento comunista internacional tras la salida de la Segunda Guerra y la certeza del carácter de “experimento fascista” que revestía el gobierno comandado por Juan Domingo Perón, revirtió en el apoyo de numerosos intelectuales y artistas, algunos de los cuales decidieron ingresar a las filas partidarias como una extensión de su militancia antifascista, cuyos tópicos y sensibilidades perduraron en la interpretación de la nueva realidad. Sin embargo, no debe olvidarse que fueron intelectuales comunistas de gran prestigio y ascendencia partidaria, los que más prontamente se vieron interpelados por la ascendencia de Perón

---

<sup>24</sup> Cfr. Camarero, 2007.

<sup>25</sup> Altamirano, 2011, p. 68.



entre las masas obreras y emprendieron la revisión de sus lealtades comunistas, como fue el caso de Rodolfo Puiggrós, Elías Castelnuovo, Manuel Sadosky y su esposa Cora Ratto. Esta particularidad se hizo más evidente luego del golpe militar que derrocó el gobierno en setiembre de 1955, cuando una vez desatada la “situación revisionista” de la experiencia peronista en el seno de las izquierdas, la gravitación puramente ideológica y cultural del PCA sea objeto de un cuestionamiento ideológico en el propio ámbito de las clases medias ilustradas que pretendía interpelar, las que comenzaron a preguntarse en virtud de qué títulos que no fueran los del “buen uso de la doctrina”, los comunistas se arrogaban la representación política de la clase obrera.<sup>26</sup>

Durante el período analizado en esta investigación, el espacio cultural comunista sufrió profundas mutaciones. Desde los años de la inmediata posguerra hasta 1956, momento en que el cisma provocado el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la invasión soviética a Hungría pongan fin a un ciclo histórico del compromiso de los intelectuales con el comunismo, la relación entre los intelectuales y la institución partidaria estuvo matizada sobre dos procesos concomitantes bajo el trasfondo particular de la experiencia peronista a nivel local: la polarización y reconfiguración extrema del campo intelectual que se produce con el inicio de la Guerra Fría y la profesionalización de la política intelectual del comunismo. Como analizaremos en detalle en el segundo capítulo, por profesionalización entendemos el proceso mediante el cual los diversos partidos comunistas occidentales buscaron definir la acción de sus intelectuales en el “terreno de las ideas” combatiendo las tendencias “obreristas” y dotándolos de estructuras de participación específicas.<sup>27</sup> Si bien las necesidades de la batalla ideológica impuesta por la Guerra Fría obligaron a mantener la apelación clásica a los intelectuales como blasones de legitimidad de las iniciativas frentistas, bajo la forma del Movimiento por la Paz creado en 1949, en el período posterior a 1945 se constata una mayor preocupación por crear, al interior de la estructura partidaria, espacios específicos de

---

<sup>26</sup> *Ibíd.*

<sup>27</sup> Sapiro, 2003, pp. 168 y ss.

acción para los intelectuales. En el caso argentino, la institucionalización de un frente intelectual en los primeros años de la década del '50 estuvo acompañada de una activación de la actividad gremial y de la creación de publicaciones culturales especializadas, entre las que se destaca la aparición, en 1950, de los *Cuadernos de Cultura Democrática y Popular*, un año más tarde rebautizados *Cuadernos de Cultura*. También de esta época datan los primeros intentos sistemáticos por dar forma a una organización nacional de intelectuales, proyecto que los comunistas impulsaron con denuedo y escasa suerte a lo largo de los siguientes años. Este reconocimiento, al nivel de las estructuras, de una cierta autonomía de las actividades intelectuales, fue acompañado por una decidida voluntad de sometimiento de la cultura a la política, en los términos planteados por las resoluciones del Comité Central del PCUS entre los años 1946 y 1948 y luego adoptados, con suerte dispar y resultados siempre gravosos, por buena parte de los partidos comunistas occidentales: entronizamiento absoluto del realismo socialista, postulación de la existencia de una ciencia proletaria y, sobre todo, elevación del criterio político como modo privilegiado de la crítica cultural. En el capítulo cuatro veremos que también durante este período, y como producto de la política de defensa de las soberanías nacionales contra la amenaza del imperialismo norteamericano que constituyó la tarea principal de los partidos comunistas occidentales desde la creación de la Cominform en 1947, el discurso cultural comunista adoptó un tono nacional (y en muchos casos nacionalista) que redundó tanto en una condena hacia las formas de “degeneración burguesa” en los ámbitos del arte, la filosofía, la literatura o la ciencia como en una reconsideración de las tradiciones culturales liberales que formaban parte de la sensibilidad comunista desde los inicios de la batalla antifascista en la década del '30.

Un segundo momento de esta investigación comienza en 1956, al calor de los procesos de “desestalinización” que, iniciados tras la muerte de Joseph Stalin en 1953, se aceleraron tras el informe de Nikita Jruschov presentado en el XX Congreso del PCUS en febrero de ese año. El impacto sobre las conciencias comunistas de las revelaciones de aquel informe fue enorme. Mucho años más tarde, convencido de que la forma en que se habían realizado las críticas a Stalin y al estalinismo, solo había conducido a la

disolución y el descreimiento, el escritor Raúl Larra (1913-2001) escribía a través de uno de sus personajes literarios:

Mi corazón partido, yo, un hombre desdoblado. Necesita comprender, quería comprender. Intuía la imperiosa necesidad de cambio. ¿Pero se puede de la noche a la mañana arrojar a un padre de nuestro corazón? (...) Como un convaleciente fui aceptando en pequeñas dosis la amarga medicina. Uno idealiza una utopía intachable, levanta un ídolo, olvidando que en la tierra nada se da en estado de prístina pureza.<sup>28</sup>

El profundo contenido emocional de la cita revela algo que por repetidamente enunciado no es menos significativo: para los comunistas, fueron o no intelectuales, la adhesión incondicional a la URSS como materialización de un proyecto revolucionario universal, a la figura de Stalin y, por extensión, a los dirigentes locales, era una parte sustancial de su cultura política, en especial de lo que Marc Lazar ha denominado su dimensión teleológica.<sup>29</sup> En este sentido, la crisis fue amplia aunque velada, pues buena parte de los intelectuales que conformaban el espacio cultural del comunismo no aceptó, o lo hizo solo puertas adentro, las consecuencias últimas de lo que la condena al “culto a la personalidad” revelaba de crisis profunda del contenido emancipador alojado hasta entonces en la idea comunista. El socialismo tal como había adoptado forma concreta en la URSS siguió siendo considerado la expresión más elevada de la convivencia humana. Sin embargo, este proceso supuso una relativa liberalización del espacio intelectual, que particularmente a partir de la realización, en setiembre de 1956, de la Primera Reunión Nacional de Intelectuales Comunistas (que

---

<sup>28</sup> Larra, 1968, p. 78. En una carta dirigida a un camarada que le realizaba algunas críticas sobre su lectura melancólica de Stalin, Larra afirmaba: “Mi libro lo sentí así y no podía traicionarme. Es el testimonio de la perplejidad de un intelectual ante lo complejo y contradictorio del proceso revolucionario mundial (...) Con respecto a Stalin, mi personaje o yo mismo, para abreviar, muestra el sacudón que le produjo la defenestración de Stalin, sobre todo por la forma en que se produjo. Que te parece Pedrito si mañana, vos que lo adorás a Don Vitorio, te encontrás con que una voz cantante proclama que Don Vitorio es un hijo de puta, que se quedaba con guita, que hacía esto o aquello? Lo mismo hicieron con Stalin. Y así pasó lo que está pasando. Vos no creés que en la propia URSS se han dado cuenta que han cometido una enormidad? Vos sacaste el retrato de Stalin de tu cabecera, pero no lo tires, guardalo, porque en una de esas tenés que volver a colocarlo. Pasaron cinco, diez años, y Stalin será reivindicado porque fue grande por encima de todas las cosas (...) mi personaje –yo- reconoce que era necesario criticar a Stalin y al stalinismo, pero era necesario hacerlo así, como se hizo? La forma en que se hizo trajo la disolución, el descreimiento. Para mí, la última secuela de ese error es el caso de Checoslovaquia”. Carta de Raúl Larra a Pedro [s/d.], Buenos Aires, 28 de febrero de 1969 (el resaltado y las erratas están en el original). Archivo RL/ CeDInCI

<sup>29</sup> Cfr. Lazar, *op. cit.*, pp. 176-179.

estudiaremos en el capítulo cinco) renegó de los tonos sectarios y reduccionistas que se intentaron imponer en el período anterior en materia de concepciones estéticas y científicas y pretendió otorgar a los intelectuales un espacio más importante y definido en las tareas que imponía a las elites culturales la salida de la experiencia peronista, por un lado, y la batalla contra el imperialismo norteamericano, por el otro.

La fisonomía del espacio intelectual comunista durante el peronismo adoptó las modulaciones que el propio partido experimentó en la caracterización del gobierno y, sobre todo, de la inserción de éste en el nuevo orden internacional de posguerra. Como veremos en los capítulos siguientes, las “tareas culturales” que se impusieron a los intelectuales oscilaron entre el combate a la “nazificación cultural”, como proponía Héctor P. Agosti en 1946, pasando por el intento de fusionar la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) con las organizaciones intelectuales peronistas durante el fugaz período de acercamiento al gobierno en 1952, hasta, nuevamente dos años después, la convocatoria a un “frente racionalista” que combatiera la barbarie imperialista propiciada por un estado “corporativo-fascista”. Estas oscilaciones fueron letales para la permanencia de los comunistas en el espacio intelectual antiperonista pero tuvieron el efecto de acelerar su autonomización de las instituciones culturales de las elites liberales, obligándolos a crear espacios propios, como la Casa de la Cultura Argentina. Luego del golpe de 1955, el comunismo no fue ajeno al proceso de contestación generacional e impugnación ideológica que tuvo al espacio liberal, y con éste a las izquierdas “tradicionales”, como centro de una profunda mutación de la identidad política de los intelectuales, cuya relectura del peronismo fue acompañada de un notable proceso de modernización cultural y una apertura hacia nuevos horizontes teórico-políticos donde el marxismo podía articularse con el existencialismo, el nacionalismo y, Revolución Cubana mediante, la lucha armada. En este contexto de reorganización ideológica e institucional, en el marco del cual el comunismo perdió el monopolio del saber marxista que hasta entonces detentaba y debió enfrentarse a una profunda crisis de identidad, el espacio cultural comunista se diversificó, distanciándose de la hegemonía de la cultura ruso-soviética y adoptando un dinamismo que no poseía desde la década del 20 y que se tradujo en la proliferación de

revistas culturales animadas por comunistas, como *Gaceta Literaria* (1956-1960), *Nueva Expresión* (1958), *Por* (1958-1959), *Hoy en la Cultura* (1961-1966), *Pasado y Presente* (1963-1965; 1974) y *La Rosa Blindada* (1964-1966). Es también en este período que la figura de Héctor P. Agosti, tal como se analizará en los capítulos cinco y seis, se vuelve central, pues al menos por un puñado de años consiguió articular y canalizar en torno a su figura, las presiones revisionistas de los nuevos intelectuales comunistas, ofreciendo una repuesta heterodoxa a un problema de la más profunda ortodoxia: ¿Cómo encuadrar el trabajo intelectual en los marcos de la disciplina partidaria otorgándoles una función específica en el campo de la cultura y, al mismo, cómo lograr que el partido fijara una “unidad de tendencia” para el trabajo intelectual por otros medios que no fueran la imposición de recetas de mando y resoluciones administrativas? La introducción al acotado repertorio de ideas del comunismo local de la obra de Antonio Gramsci supuso un instrumento de intelección para muchos de los jóvenes con vocación intelectual que se había acercado al partido en los últimos años del peronismo, como fue el caso de Juan Carlos Portantiero (1934-2007) y José María Aricó (1931-1991), y se produjo en un momento en que la cultura marxista italiana, desde el cine y la literatura hasta la filosofía y la estética, se convertía en una vía de modernización e inclusión de nuevos repertorios y modelos en los debates político-culturales.

El conflicto entre las nuevas promociones intelectuales y las elites políticas que hasta ese momento detentaban el monopolio del saber marxista, común a la mayoría de los partidos comunistas de Occidente, estuvo asociado al surgimiento paralelo de un nuevo tipo de intelectual profesional dentro del partido y de nuevos saberes, disciplinas y regiones teóricas en el marco de un acelerado proceso de modernización cultural. Hasta mediados de la década del ‘50, el espacio intelectual comunista estuvo dominado, en una situación compartida por todo el campo cultural, por las figura del escritor, lo que imponía también la naturaleza de los objetos del debate tanto al interior de la institución partidaria como al campo más amplio de las disputas culturales, como se verá en el caso de las polémicas en torno al realismo literario o las funciones de la SADE. Las discusiones en sede literaria, aunque en muchos casos fueron vehículos de

discrepancias políticas, casi nunca suponían un cuestionamiento al núcleo de la doctrina marxista que sustentaba la visión del mundo de los comunistas, encerrada en una serie de series de certezas perentorias y textos canónicos. Esta tipología intelectual y este piso de debates comienzan a modificarse a medida que surgen nuevas promociones provenientes de las capas medias formadas en los claustros de la universidad reformista, particularmente en el área de las humanidades y las emergentes ciencias sociales. De este modo, si en 1958 Leonardo Paso, odontólogo e historiador oficial del comunismo, resentía la escasa formación e interés que los intelectuales comunistas le prestaban a la literatura marxista, pronto el problema fue el contrario y la pretensión de los jóvenes sociólogos, historiadores y críticos literarios de, además de conocer esa literatura, discutirla sobre la base de una saber erudito y específico del que los dirigentes carecían, constituyó una situación del todo novedosa. La emergencia, junto al intelectual *de* partido, de una nueva especie, el intelectual *en el* partido, dispuesto a reclamar un rol específico en la elaboración de la estrategia teórica y política de la organización, si bien no fue una particularidad argentina, supuso en este caso el cierre abrupto de un capítulo crucial de la historia del comunismo y sus intelectuales en el país.<sup>30</sup> Un caso paradigmático de confluencia entre voluntad modernizadora y ejercicio de la erudición marxista lo constituye el grupo constituido en Córdoba en torno a la revista *Pasado y Presente*, cuya experiencia analizaremos en el capítulo siete. De modo concomitante a este cambio morfológico, el impacto de la Revolución Cubana traerá consigo una reformulación de los discursos sobre el intelectual que también impactará sobre las formas de organización intelectual de los comunistas. Si desde los primeros años 50 el partido había abandonado, en parte por las exigencias impuestas por los cambios en su composición social, los tonos típicos del antiintelectualismo y el obrerismo aceptando otorgar a los intelectuales un lugar específico, aunque subordinado política e ideológicamente, en las estructuras organizativas, la politización que tuvo a Cuba como horizonte de apertura y pertenencia y la agudización de los debates sobre la

---

<sup>30</sup> Un ejemplo paradigmático de esta mutación morfológica del mundo intelectual comunista es el de Louis Althusser (Cfr. Matonti, op. cit )

función del intelectual que terminaron delineando los contornos de la figura del “intelectual revolucionario”, convirtió a los intelectuales comunistas en objeto de una impugnación que los asociaba a las elites liberales en las misma poltronería y vocación por mantener sus prerrogativas *qua* intelectuales.<sup>31</sup>

### **El marxismo, los intelectuales y la cultura**

Para la tradición marxista la cuestión de los intelectuales ha sido objeto de no pocas controversias, sin embargo, el movimiento político fundado en su nombre fue apadrinado por intelectuales:

Las grandes figuras de la Tercera Internacional (comunista) en sus primeros tiempos, así las de la Segunda Internacional (socialista), fueron intelectuales. El Consejo de Comisarios del Pueblo —el primer gobierno soviético— de 1917, estaba formado por once intelectuales y sólo cuatro obreros. Solo a partir del triunfo del estalinismo en los últimos años de la década de los veinte, los intelectuales se convirtieron en lo que Arthur Koestler denomina los “no arios”, los sospechosos y apenas tolerados seguidores del comunismo internacional.<sup>32</sup>

Al menos hasta las primeras dos décadas del siglo XX, la postura según la cual la inteligencia debía ser rechazada por el movimiento obrero fue reservada a los anarquistas y sindicalistas quienes, se afirmaba, encerrados en una visión corporativa, entendían que la causa de los trabajadores debía ser representada por los trabajadores mismos. El hecho de que la socialdemocracia hubiera sido fundada por intelectuales y que el propio Marx señalara que en una situación revolucionaria era posible que una parte de los ideólogos burgueses abrazara la causa del proletariado por haber alcanzado “la conciencia teórica de todo el movimiento histórico”, eran consideradas razones suficientes para, como aseguraba en 1894 Karl Kautsky, poner el problema fuera de toda discusión.<sup>33</sup> Sin embargo, esta afirmación según la cual el pasaje de los

---

<sup>31</sup> Cfr. Gilman, 2003, particularmente las páginas dedicadas al antiintelectualismo revolucionario cubano, pp. 143-231.

<sup>32</sup> Caute, 1968, p. 23.

<sup>33</sup> “En este caso no se trata —afirmaba Kautsky— de la cuestión de si la socialdemocracia debe considerar favorablemente la presencia de los miembros de la inteligencia en sus propias filas. Se trata de una cuestión ya aclarada por el Manifiesto y por el hecho mismo de que los fundadores de la socialdemocracia, un Marx, un Engels, un Lasalle, pertenecían a la inteligencia. Para la socialdemocracia es bienvenido cualquiera que acepte sus principios y colabore en la lucha de emancipación, cualquiera sea la clase de donde provenga. La concepción de que la causa de los trabajadores asalariados sólo puede estar representada por los trabajadores asalariados es característica

“ideólogos” a las filas de sus enemigos de clase se explica, finalmente, por un movimiento de conciencia debía plantear dificultades si se la oponía a la otra gran hipótesis que Marx y Engels sostuvieron sobre el tema. Como ha explicado Carlos Altamirano, en el marco de la interpretación materialista de la historia, formulada por primera vez en la *Ideología Alemana* y las *Tesis sobre Feurbach*, Marx hacer emerger la figura del ideólogo (que tiene, como lo ideológico, un sentido crítico negativo para designar la creencia, propia de la filosofía especulativa, en el poder autónomo de las ideas) en la intersección de dos formas de separación: la división entre trabajo manual y trabajo intelectual y la dominación ideológica como expresión de dominio de la clase que tiene el poder material. Para Marx los ideólogos pertenecen a la clase dominante dentro de la cual cumplen una función como pensadores encargados de elaborar las ilusiones que esa clase tiene sobre sí y de hacer pasar por universales sus intereses particulares. Como fracción de la clase dominante, los ideólogos pueden mantener conflictos con los miembros activos de esa clase siempre y cuando no esté en peligro la dominación, cuando esto sucede, los pensadores se funden en un solo bloque con los otros miembros de su clase.<sup>34</sup> El hecho de que Marx y Engels nunca se

---

de los sectores más atrasados del proletariado, encerrados todavía en un punto de vista corporativo”, Kautsky, Karl, [1894-1895] 1980, p. 257. En el *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y Engels habían afirmado: “Por último, la lucha de clases se acerca al momento final, el proceso de descomposición de la clase dominante y de toda la vieja sociedad cobra un carácter tan violento y tan agudo, que una pequeña parte de la clase dominante se desprende de ésta para pasarse a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos se halla el futuro. Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al proletariado, principalmente una parte de los ideólogos burgueses, que han logrado elevarse trabajosamente hasta la conciencia teórica de todo el movimiento histórico” ([1848], 1988, p. 288)

<sup>34</sup> “La división del trabajo sólo se convierte en verdadera división a partir del momento en que se separan el trabajo físico y el intelectual. Desde este instante, *puede* ya la conciencia imaginarse realmente que es algo más y algo distinto que la conciencia de la práctica existente, que representa *realmente* algo sin representar algo real; desde este instante se halla la conciencia en condiciones de emanciparse del mundo y entregarse a la creación de la teoría “pura”, de la teología “pura”, la filosofía y la moral “puras”, etc. (...) La división del trabajo, con que nos encontrábamos ya más arriba como una de las potencias fundamentales de la historia anterior, se manifiesta también en el seno de la clase dominante como división del trabajo físico e intelectual, de tal modo que una parte de esta clase se revela como la que da sus pensadores (los ideólogos conceptivos activos de dicha clase, que hacen del crear la ilusión de esta clase acerca de sí mismo su rama de alimentación fundamental), mientras que los demás adoptan ante estas ideas e ilusiones una actitud más bien pasiva y receptiva, ya que son en realidad los miembros activos de esta clase y disponen de poco tiempo para formarse ilusiones e ideas acerca de sí mismos. Puede incluso ocurrir que, en el seno de esta clase, el desdoblamiento a que nos referimos llegue a desarrollarse en términos de cierta hostilidad y de cierto encono entre ambas partes, pero esta hostilidad desaparece por sí misma tan pronto como surge cualquier colisión práctica



encargaran de dilucidar los alcances de ambas hipótesis no constituyó un impedimento para que todas las reflexiones marxistas posteriores las tomaran como fundamento y en buena medida explica el estatuto siempre tensionado que los intelectuales ocuparon en la cultura marxista.<sup>35</sup>

En la primera mitad de la década de 1890 la cuestión de los intelectuales adquiere una vital importancia para los partidos socialdemócratas europeos a partir de la conjunción de dos procesos concomitantes: la fuerte expansión numérica de los estratos sociales dedicados al trabajo intelectual y el interés que el marxismo despertaba en grandes franjas de la cultura europea.<sup>36</sup> Será precisamente en estos años cuando la connotación específicamente política del término “intelectual” emerja a la vida pública para designar a aquellos sabios, artistas, escritores y periodistas que, en tanto tales, deciden poner su nombre y prestigio para defender una causa ligada a valores universales como la justicia y la verdad. Aunque ligado a las características particulares del mundo intelectual francés del siglo XIX, el nacimiento de la noción intelectual que se produjo en el contexto del “affaire Dreyfus” iniciado en 1898 traspasó ampliamente las fronteras francesas y se extendió con particular fuerza en el mundo latino, donde la representación de las elites culturales como portavoces de la razón frente las

---

susceptible de poner en peligro a la clase misma, ocasión en que desaparece, asimismo, la apariencia de que las ideas dominantes no son las de la clase dominante, sino que están dotadas de un poder propio, distinto de esta clase”, Marx y Engels, [1845] 1970, pp. 32 y 51.

<sup>35</sup> Cfr. Altamirano, 2006, pp. 49-68.

<sup>36</sup> Paggi, Leonardo, 1980, p. 9. El período comprendido por la Segunda Internacional (1889-1914) se caracteriza por una concepción evolucionista, positivista y determinista del marxismo. Sus bases fundamentales puede resumirse en los siguientes puntos: 1) una concepción “catastrofista” del marxismo, esto es, la idea que las propias tendencias de la economía capitalista llevan naturalmente el proceso histórico hacia el socialismo; 2) La idea de la revolución, no como un *coup de etat* hecho por minorías, sino como emergencia necesaria una vez que las condiciones económicas y la conciencia de clase de los trabajadores estuvieran maduras; 3) La consideración de que el factor decisivo de la historia humana y de los cambios en la estructura de clases es el progreso técnico y que éste determina los rasgos básicos de las instituciones políticas y la ideología dominante (esto es, de la superestructura); 4) La consideración del marxismo como una ciencia fundamentada en el análisis racional de la realidad social, pues está sometida a las leyes de la naturaleza orgánica. Para una consideración general del pensamiento marxista de la Segunda Internacional y los lineamientos generales del debate sobre el revisionismo en relación con el problema de los intelectuales consultar el ya citado texto de Leonardo Paggi.

arbitrariedades del poder y los momentáneos desvaríos de las masas fue tan exitosa como aquella que unía el sustantivo intelectual con las izquierdas políticas.<sup>37</sup>

El caso Dreyfus, en efecto, planteó un nuevo modelo de relación entre los intelectuales y el poder del que no estuvo ausente el problema generado por la inusitada expansión de los estratos diplomados y las profesiones intelectuales producto de la democratización del sistema educativo. Un número cada vez mayor de universitarios, escritores, periodistas y artistas se enfrentaron al hecho de que los resortes del poder público les estaban vedados a pesar de la ideología meritocrática que servía de base a las elites republicanas y era la fuente de su prestigio y reconocimiento social. Desde este punto de vista, Christophe Charle afirma que, sometidas a un creciente proceso de pauperización y alejamiento de los centros de poder, fueran las fracciones dominadas del campo intelectual francés, particularmente los universitarios, los escritores y los artistas de vanguardia, los que estuvieron más dispuestos a abrazar el modelo de “compromiso dreyfusard” como modo de legitimación de sus aspiraciones a intervenir en la esfera de poder.<sup>38</sup> En este sentido, lo que nos interesa retener es el surgimiento de la figura de “proletariado intelectual”, puesto que será a partir de esta clasificación que el marxismo intentará resolver el problema de la inteligencia en el marco de los debates de la II Internacional y constituirá la base de todas las interpretaciones posteriores que tendieron a considerar a los intelectuales en el marco de su ubicación

---

<sup>37</sup> El caso Dreyfus es considerado el momento fundacional de la figura del “intelectual moderno”, basada en un modelo de compromiso con los grandes valores de la justicia y la verdad, así como, por su reverso, de la cristalización de los motivos ideológicos del antiintelectualismo. En efecto, será desde la pluma de un intelectual nacionalista de derechas como Maurice Barrès que surja la denominación “intelectual” para señalar a un grupo social que pretendía legitimarse públicamente bajo la única invocación de la posesión de un saber o un título, desafiando no sólo los valores sagrados de la patria y el ejército sino despreciando el sentir mayoritario del pueblo. Para un análisis de la emergencia de la noción intelectual en el contexto del caso Dreyfus desde el punto de vista de una historia política de los intelectuales franceses ver Sirinelli y Ory, 2007, pp. 25-56 y para un abordaje sociológico desde la perspectiva abierta por Pierre Bourdieu ver Charle, pp. 123-161. Una perspectiva general sobre las figuras y retóricas del antiintelectualismo puede consultarse en el número especial dedicado al tema por la revista *Mil Neuf Cent*, París, n° 15, 1997.

<sup>38</sup> Charle, *op. cit.* pp. 10-12.

en la estructura social y resolvieron su interpelación en términos gremiales o corporativos.<sup>39</sup>

Para el teórico socioaldemócrata Karl Kautsky el desarrollo del modo de producción capitalista hacía aumentar el número de individuos dedicados a actividades intelectuales como producto de una división del trabajo al interior de las clases dominantes, que crecientemente tendían a delegar el trabajo intelectual en grupos no directamente ligados a la explotación capitalista. Además, al sustituir el artesanado por la gran industria y propiciar una concentración estatal, territorial y económica cada vez mayor, creaba nuevos campos de actividad tanto en el área profesional como en la burocracia estatal. El resultado de estos procesos era la conformación de una nueva “clase media”, cada vez más numerosa, que se caracterizaba por tener una ubicación intersticial entre las clases fundamentales (el proletariado y la burguesía) y actuar políticamente en favor de una u otra. Para Kautsky, el capitalismo, al mismo tiempo que hacía crecer estos estratos intermedios, era incapaz de absorberlos completamente con el resultado de que se generaba una superproducción de intelectuales cuyas

---

<sup>39</sup> El tema de la “superproducción de intelectuales”, es decir, la percepción de un desequilibrio entre el número de diplomados y los puestos sociales disponibles para ellos en el estado o en las instituciones académicas o educativas, con el consiguiente efecto de una devaluación de los títulos y el nacimiento de un sentimiento de frustración y disposición a la rebelión entre los sectores privados de inserción institucional, generó en Europa, desde el siglo XVIII en adelante, lo que Roger Chartier ha denominado un verdadero “motivo ideológico” para el pensamiento conservador. La cuestión es interesante puesta en la perspectiva de los estudios sobre el comunismo intelectual que han enfatizado el hecho de que solo el intelectual “proletarioide”, proveniente de categorías marginales del campo cultural y carente de recursos legítimos y de reconocimiento en su campo profesional, fue capaz de cumplir con las normas y códigos impuestos por la institución y permanecer en su interior a cambio de una carrera, un status o un público (el término “intelectual proletarioide” es tomado en el sentido que le atribuye Weber, 2008, p. 404). En el siglo XIX, explica Chartier, existe “un temor compartido con respecto a los intelectuales echados de esa clase, y esto doblemente ya que sus estudios no están de acuerdo con su condición y ya que su empleo en la sociedad no está conforme con las esperanzas permitidas por sus títulos. Indiferentes de sus padres pero obligados a aceptar su condición, estos poseedores de un saber inútil no pueden más que imputar a la sociedad su decepción personal, viviendo en la inquietud y el descontento, como dice Cousin, su mala suerte. Para los hombres de orden de la Europa del siglo XIX, existe allí un ejército de reserva de la revuelta, un “proletariado intelectual” más peligroso que el otro porque en una época creyó poder cambiar la escala de condiciones y puede poner su medio-conocimiento al servicio de la subversión. (...) Aquí hay una especie de figura nueva ampliada, de una imagen que corre a través de la literatura de las Luces y que denuncia el peligro que representa el pueblo que crece con estos escritores que son, como afirma Voltaire, la “chusma de la literatura”. En el microcosmos del mundo de las letras, los escritores legítimos que tienen sus puestos y sus plazas, perciben las ambiciones decepcionadas y los éxitos abortados en los mismo términos que percibirán, a escala de toda la sociedad, la amargura de los proletarios de la certificación escolar”. Chartier, 1995, p. 178.

condiciones de vida no eran muy diferentes a las de las clases trabajadoras.<sup>40</sup> Este “proletariado de la inteligencia” constituía, dentro de la diversidad de categorías e intereses que Kautsky advertía presentes en ese conglomerado social, el sector más propicio para la interpelación socialdemócrata. Sin embargo, observaba, el problema no se resolvía del todo, puesto que en la mayoría de los casos, los intelectuales buscaban unirse al proletariado no por sus intereses de clase, sino por su capacidad crítica y su aptitud para el pensamiento abstracto, lo que al mismo tiempo que los conducía a advertir las contradicciones y los efectos perniciosos del capitalismo sobre la vida social los predisponía para erigirse como representantes de valores universales que aspiraban a defender por su cuenta o engrosando las filas de los partidos reformistas. Incapaces de comprender las leyes del desarrollo histórico, la política hacia estos intelectuales solo podía restringirse a cooptar algunos de sus mejores miembros mediante la demostración de que el marxismo constituía la única explicación científicamente fundada sobre el desarrollo capitalista y su inevitable derrumbe. En definitiva, en el contexto intelectual del marxismo de la Segunda Internacional el problema de los intelectuales se planteó en primer lugar como aquel que debía resolver si los intereses de este grupo podían o no coincidir con los del proletariado y para ello bastaba una consideración en términos exclusivamente sociológicos. Puesto que el marxismo era considerado un cuerpo de verdades universal y autocontenido, un análisis de los intelectuales en términos de su función con respecto a la ciencia o la ideología, la teoría y la política era necesariamente anulada, conformando así una interpretación que, como veremos, será recuperada por los partidos comunistas al menos hasta la década del ‘60.

Una de las consecuencias del llamado debate sobre el revisionismo fue una reconsideración del lugar de los intelectuales en el movimiento obrero como desprendimiento casi inevitable de la crítica a la teoría catastrófica iniciada por Eduard

---

<sup>40</sup> Kautsky, *op. cit.*, pp. 244 y ss. Kautsky aplicaba a su estudio sobre los intelectuales los mismos elementos sobre las que se asentaba la “teoría de la catástrofe” que dominó el pensamiento marxista durante el período de la Segunda Internacional: proletarización creciente, concentración del capital y sobreproducción creciente. Para un panorama general sobre la cuestión de la teoría del derrumbe en el marxismo consultar la selección preparada por Lucio Colletti y editada y traducida por José María Aricó (1985).

Bernstein, quien cuestionó la posición determinista y economicista del marxismo que reducía la política del movimiento obrero a un reflejo de las condiciones materiales.<sup>41</sup> La constatación de que las bases de la teoría de la catástrofe no solo no se verificaban en la realidad sino que el capitalismo encontraba cada vez más formas de regulación del mercado al mismo tiempo que la propia acción del movimiento político de la clase obrera arrancaba concesiones a la burguesía, condujeron a Bernstein a la conclusión de que el proceso de democratización creciente de las sociedades europeas tendía a disminuir y finalmente a liquidar la explotación capitalista, con lo que se echaba por tierra la tesis según la cual el capitalismo tenía en su interior contradicciones irresolubles que llevaban a su destrucción. Sin embargo, al compartir la idea de que entre ciencia e ideología, o entre teoría y movimiento existía una absoluta unidad, esta comprobación fáctica llevó a Bernstein a plantear que la propia teoría marxista debía ser revisada, otorgando un lugar cada vez mayor a la política, entendida como la necesidad de analizar la realidad efectiva y deducir de ella una táctica correcta para los trabajadores. Al cuestionar la idea de que el advenimiento del socialismo tenía condiciones y raíces objetivas en el propio proceso de producción capitalista, Bernstein observaba la necesidad de buscar en otro lado el elemento de sustentación del movimiento socialista y lo encontrará en la concepción del socialismo como un ideal ético, como una meta de la humanidad civilizada. Planteando de este modo una autonomía de la ciencia y de los factores morales (en el sentido de no concebirlas como mera apariencia de los fenómenos económicos) y colocando en el centro del debate el tema de la iniciativa política y el rol del partido, Bernstein otorgaba a los intelectuales una función primordial como elementos de conocimiento y agentes de sistematización del imperativo ético en la conciencia de clase del proletariado. Si la conciencia de clase no surge espontáneamente del desarrollo de la lucha de clases, razonaba, entonces la idea del socialismo debe ser develada desde el exterior del

---

<sup>41</sup> Los textos más importantes de Bernstein, incluido la obra fundamental del revisionismo, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, fueron reunidos en una cuidada edición por José María Aricó (Bernstein, 1982), quien además le dedicó algunas clases del seminario de posgrado que dictara en el Colegio de México. Escritas entre los años 1976 y 1977 y corregidas por el propio Aricó en 1894 fueron recientemente reunidas y editadas por Horacio Crespo bajo el título *Nueve lecciones de Economía y Política en el marxismo* (2011). En este apartado hemos seguido sus sugerencias interpretativas.

propio movimiento, función que le corresponde a los intelectuales en tanto portavoces de la ciencia del socialismo, función que planteada por primera vez por Bernstein será reabsorbida por Kautsky y luego por Lenin en su teorización de la vanguardia. Como ha explicado Leonardo Paggi, puesto que el problema de los intelectuales fue planteado por el ala revisionista, una de sus consecuencias de largo plazo fue la adopción del concepto de revisionismo como sinónimo de desarrollo de una elaboración política marxista y la fijación de una práctica de la ortodoxia entendida como adaptación exterior y mecánica a algunos principios dados. Desde entonces, el problema de los intelectuales pudo ser considerado como una de las formas “más insidiosas de atacar la autonomía ideal y política de la clase obrera”, una autonomía basada en la contraposición frontal entre el marxismo y cualquier desarrollo de la cultura contemporánea en cualquier de sus manifestaciones, fueran artísticas, filosóficas o científicas.<sup>42</sup> El esquema, como veremos a lo largo de esta investigación, será perdurable puesto que puedo afirmarse que hasta fines de la década de la 50 que un intelectual adoptara “el punto de vista del proletariado” supuso una renuncia explícita a cualquier forma de desarrollo teórico o creativo que entendiera que el marxismo podía y debía medirse con la cultura de su tiempo.

A medida que el debate sobre el revisionismo se agudizaba, el problema del momento ético, es decir, de la educación de clase del proletariado en el conocimiento del valor del objetivo final (*Endziel*), comenzará a tener para Kautsky un lugar cada vez más importante y lo obligará a revisar el espontaneísmo teórico propio de su versión determinista del marxismo. Pero si para Bernstein, la consideración ética constituía un fundamento de la crítica al determinismo, para Kautsky era más bien un instrumento valioso de propaganda que debía servir para reforzar y unificar a nivel ideológico lo que estaba inscripto como ley de la necesidad histórica. Esta operación no suponía, en consecuencia, una revalorización de la teoría como instrumento para definir y desarrollar una estrategia política capaz de enfrentar las novedades que el desarrollo capitalista le imponía al marxismo, sino un expediente de traducción hacia la política de la teoría catastrófica. Para Kautsky, la “idea del socialismo” no era algo que

---

<sup>42</sup> Paggi, *op. cit.*, pp. 10-11.

surgiera y se desarrollara con la lucha de clases, sino algo previo e independiente que debía ser introducido desde afuera del propio movimiento y con el objetivo principal de exaltar el antagonismo de clase.

El que detenta la ciencia no es el proletariado, sino son los intelectuales burgueses, el mismo socialismo nació en el cerebro de algunos miembros de este estrato y ellos lo comunicaron a los proletarios más capaces intelectualmente, que enseguida lo introdujeron en la lucha de clase del proletariado cuando lo permitían. La conciencia socialista es por lo tanto algo aportado a la lucha de clase del proletariado desde el exterior y no algo que surge espontáneamente.<sup>43</sup>

Esta fórmula alcanzará su éxito pleno cuando Lenin la evoque en el célebre texto de 1902 *¿Qué hacer?*, paradójicamente una pieza política dedicada a combatir al marxismo comprendido filosofía de la historia. En efecto, como se ha señalado, a partir de la exhumación del concepto de “formación económico-social” Lenin planteó una relación diferente entre teoría y movimiento donde el momento ético-político no surge de arrastrar a la clase obrera detrás de una perspectiva finalista sino del establecimiento de una relación analíticamente fundada entre las luchas del proletariado y el conjunto de relaciones sociales que caracterizan una estructura económico-social determinada.<sup>44</sup> Dado que el funcionamiento de la sociedad no puede ser reducido a un enfrentamiento entre dos clases pues existen todo un conjunto de mediaciones y contradicciones que exigen ser develadas y elaboradas, para Lenin, la unión entre socialismo y movimiento obrero no es automática ni necesaria sino que se realiza a través del trabajo político organizado, esto es, por medio del partido revolucionario. Es en el marco del problema del partido —que se deriva de la necesidad de buscar formas organizativas adecuadas a la profundización del análisis histórico-político que el concepto de formación económico-social suponía— que la idea bernsteniana de los intelectuales como portavoces de la ciencia del socialismo adopta para Lenin la forma de una teorización sobre la vanguardia política.

Dado que, como vimos, el problema de los intelectuales está directamente relacionado al modo en que se conciba la relación entre teoría y política dentro del partido, el

---

<sup>43</sup> Citado en *Ibidem*, p. 60, nota al pie.

<sup>44</sup> Cfr. Aricó, *op. cit.* p. 156.

congelamiento de los debates y desarrollos teóricos que se produjo en el movimiento comunista internacional a partir de la década del 30 y el establecimiento del marxismo-leninismo como una nueva ortodoxia, separó el problema de los intelectuales de cualquier consideración en términos culturales o ideológicos y lo redujo a una situación paradójica: al mismo tiempo que por las necesidades impuestas por el combate antifascista y la Segunda Guerra los intelectuales fueron exaltados como defensores de valores universales y la palabra intelectual prestigiosa constituyó un bien preciado para la política comunista, la función de los intelectuales al interior de los partidos comunistas fue reducida cada vez más al papel de meros ilustradores de la línea política, correas de transmisión de la política de alianzas o elementos de agitación entre los sectores medios y profesionales. El endurecimiento ideológico que propició el inicio de la Guerra Fría, como veremos a lo largo de este trabajo, llevó esta paradoja a niveles caricaturescos, pues al mismo tiempo que los intelectuales se convirtieron en objeto de una renovada atención y como nunca antes el comunismo se dedicó a crear estructuras de participación específicas dentro de las cuales encauzar y organizar su trabajo, la cultura fue sometida a un inédito proceso de control y subordinación que la redujo, en casi todas sus formas, a ser una extensión de la propaganda política. El obrerismo estalinista no produjo un rechazo a la integración de los intelectuales sino que consolidó una forma de interpretar la ortodoxia que redujo el marxismo a una suerte de manualística y condicionó el trabajo intelectual a una doble dependencia: del partido, en tanto vanguardia de la clase obrera y del proletariado mismo como instancia simbólica de legitimación.

El endurecimiento ideológico que se desató en la URSS después de 1945 y que está asociado al nombre de Andrei Zhdánov puede ser considerado el punto de llegada de la política iniciada en 1928 bajo el nombre de “revolución cultural”. Con este término se describió el proceso mediante el cual los comunistas buscaron expulsar a las viejas autoridades culturales heredadas del antiguo régimen y propiciar la creación de una “inteligencia proletaria” bajo el método de la guerra de clases. Esto supuso un viraje radical respecto a la primera década revolucionaria, período en el cual las autoridades soviéticas evitaron la confrontación abierta con la inteligencia en su conjunto y más



bien tendieron a considerar la hostilidad hacia los intelectuales y especialistas como un reprochable subproducto del entusiasmo revolucionario.<sup>45</sup> Lenin mismo tenía una concepción muy diferente del significado que en una sociedad atrasada como la rusa podía tener el concepto revolución cultural y consideraba que difícilmente en una sociedad de analfabetos y con grandes deficiencias en el desarrollo de los medios materiales de producción pudiera hablarse de una cultura proletaria o socialista. El poder cultural, pensaba Lenin, no se puede tomar por un golpe revolucionario, como el poder político, sino que es un proceso que debe ser pacientemente construido sin rechazar el patrimonio cultural heredado, sino asimilando sus conquistas para superarlas. El hecho de que en Rusia la revolución política y social precediera a la revolución cultural, dando por demostrado que el socialismo podía ser implantando aún en un país de analfabetos, no obstaba para asegurar que el proletariado estaba en condiciones de crear su propia cultura rechazando la herencia del pasado, sino que, por el contrario, planteaba como tareas principales tanto la expansión de la educación masiva y la elevación del nivel cultural de las masas como el aprovechamiento, por parte del poder político, de la inteligencia burguesa y particularmente de los especialistas.<sup>46</sup> Esta postura llevó a Lenin a rechazar el movimiento de cultura proletaria o Proletkult, que por boca de su fundador y principal teórico Alexander Bogdánov, postulaba el carácter de clase de todas las manifestaciones culturales y científicas y planteaba la posibilidad de crear una cultura puramente proletaria como producto de la experimentación y el trabajo creativo de las propias masas.<sup>47</sup> Lenin calificó esta postura de fantasmagórica así como de “teóricamente falsos y prácticamente nocivos” todos los intentos de “inventar” una cultura particular y pretender una

---

<sup>45</sup> Cfr. Fitzpatrick, 1984, pp. 8-9.

<sup>46</sup> “Nuestros adversarios nos dijeron más de una vez –escribía Lenin en 1923- que emprendíamos una tarea temeraria al proponernos implantar el socialismo en una país insuficientemente culto. Pero ellos se equivocaron porque comenzamos por el extremo opuesto al que prescribe la teoría (la teoría de todo género de pedantes) y porque en nuestro país la revolución política y social precedió a la revolución cultural, esa misma revolución cultural frente a la cual, no obstante, estamos ahora.

Esta revolución cultural sería hoy suficiente para convertir a nuestro país en un país completamente socialista, pero presenta inmensas dificultades, tanto de carácter puramente cultural (pues somos analfabetos) como material (pues para ser cultos debemos alcanzar cierto nivel de desarrollo de los medios materiales de producción, debemos tener cierta base material), Lenin, 1971, pp. 502-503.

<sup>47</sup> Cfr. Bogdanov, Alexander, 1979 y Strada, Vittorio, 1983, pp. 443-458.

autonomía de las organizaciones especializadas, y exigió que el movimiento Proletkult se colocara bajo la égida del Comisariado de Instrucción y por lo tanto bajo la dirección del poder soviético y el PCUS.<sup>48</sup> Puesto que para Lenin la “revolución cultural”, tal como él la comprendía, constituía un elemento esencial del proyecto de transformación socialista de Rusia, esta no podía desarrollarse autónomamente del poder político sino que, por el contrario, el partido debía ejercer un control total también en este terreno. La política cultural impulsada por Stalin desde fines de la década del 20 será, como veremos, una síntesis entre el dirigismo leninista y una particular lectura del proletarismo pergeñado por Bogdanov y su escuela.<sup>49</sup>

El cambio hacia la concepción de la revolución cultural como guerra de clases se produjo en el marco del enfrentamiento de Stalin con la “oposición de izquierdas” y, más tarde, con la “oposición de derecha” y uno de sus episodios fundadores fueron los llamados juicios de Shajti (1928), en los cuales se acusó a un grupo de ingenieros de sabotaje deliberado y conspiración con las potencias extranjeras.<sup>50</sup> Estos juicios, que recibieron la máxima publicidad, fueron el punto de partida de una serie de medidas ejemplificadoras contra los “expertos burgueses”, que pasaron a ser identificados como enemigos de clase y en adelante sometidos a la más estricta vigilancia. Sin embargo, como ha explicado Sheila Fitzpatrick, lo sustancial detrás de la retórica de la guerra de clases fue la gran movilidad ascendente de los obreros industriales y de los miembros obreros del partido hacia la educación superior y los trabajos administrativos y gerenciales. La revolución cultural fue el vehículo para entrenar la futura elite comunista y crear una nueva inteligencia soviética.<sup>51</sup> Esta “nueva inteligencia” podía ser considerada, en consecuencia, tanto una emanación de las fuerzas vivas del pueblo como una creación particular del poder soviético al cual debía completamente su posición. Particularmente luego de la Segunda Guerra Mundial y como producto del estado de movilización total que impuso la reconstrucción y las

---

<sup>48</sup> Cfr. Lenin [1923] 1970, p. 222.

<sup>49</sup> Strada, *op. cit.*, p. 476

<sup>50</sup> Para un panorama breve sobre el enfrentamiento de Stalin con Trotsky y luego con la “oposición de derecha” consultar Fitzpatrick, 2005, pp. 153 y ss.

<sup>51</sup> Cfr. Fitzpatrick, 1984, *op. cit.*, p. 11.

nuevas exigencias de la política exterior, tanto la cultura artística como la inteligencia fueron puestos al servicio del proyecto ideológico-político elaborado por el partido: el pasaje del socialismo al comunismo. El mandato sobre estos sectores reveló el carácter paradójico de su situación: mientras sus responsabilidades son ampliadas y exaltadas en tanto cuadros organizadores del trabajo y la conciencia de la clase obrera, dando lugar a un elitismo ligado a la excelencia, el profesionalismo y la especialización que se tradujo en una enorme y compleja estructura organizativa, el mismo hecho de poseer esas competencias específicas, lejos de hacerles ganar autonomía, los convierte en ideológicamente sospechosos y los obliga a asumir un compromiso incondicional con el partido y con el punto de vista obrerista de la ideología soviética. La entera organización de la cultura soviética así como las formas de representación que adquirió la figura del intelectual en el mundo comunista estuvieron atravesadas por las tensiones derivadas del hecho de que el ejercicio de competencias artísticas e intelectuales específicas era exaltada en virtud de los principios de excelencia y control y sistemáticamente relativizado, cuando no directamente negado, en nombre de una ideología que proclamaba el fin de todas las diferencias y divisiones sociales, incluida la del trabajo manual y el trabajo intelectual.<sup>52</sup>

Dentro de la estructura institucional de la cultura soviética las “uniones de creadores” ocuparon un lugar central. Organizadas a partir de en abril de 1932 mediante la famosa resolución “Sobre la reestructuración de las organizaciones literarias y artísticas” que, entre otras medidas, puso fin a la experiencia de la Asociación Rusa de Escritores Proletarios, una de las asociaciones más exitosas de la revolución cultural stalinista y la única experiencia donde los comunistas alcanzaron el poder como resultado de sus propios esfuerzos.<sup>53</sup> Las “uniones” pretendían organizar por sector a los representantes autorizados de la inteligencia creadora bajo dos imperativos complementarios: la defensa de su “autonomía” y su subordinación incondicional al “interés general”

---

<sup>52</sup> Baudin, Antoine y Leonid Heller, 1993, pp. 312-313.

<sup>53</sup> Para 1928, la RAAP había asumido de hecho el liderazgo en la campaña contra el “peligro derechista” en las artes y la educación y por la promoción de una literatura proletaria, y hasta su disolución ejerció una verdadera dictadura sobre las publicaciones literarias y artísticas. Aunque ejercidas en nombre del proletariado y el poder soviético, las actividades de la RAAP no estaban bajo el control efectivo del Comité Central y fue esto lo que determinó su suerte. Cfr. Fitzpatrick, op. cit, p. 29.

definido por el partido. Bajo una formulación estrictamente corporativa las uniones tenían la prerrogativa específica de establecer e imponer las normas y criterios de reconocimiento profesional y determinar las condiciones materiales, ideológicas y estéticas de su práctica dentro del cuadro general trazado por la instancia política. Los criterios de admisión exigían una doble lealtad estética y política: “la demostración de competencias profesionales (*masterstvo*) conforme a las normas técnicas y estéticas en vigencia y la adhesión al realismo socialista (*partistnot*) estatutariamente definido como el “método fundamental” del arte soviético”.<sup>54</sup> El realismo socialista se constituye así en el principio integrador al interior de una unión y entre las diferentes uniones, las que al mismo tiempo son reunidas en una estructura organizacional común, sobre el modelo de la Unión de Escritores Soviéticos creada en 1934. Como veremos en el segundo capítulo, este modelo de organización corporativa de la vida intelectual fue replicado —con las diferencias, en muchos casos vitales para los intelectuales, que suponía carecer del poder estatal— en los partidos comunistas occidentales, particularmente en el período de la segunda posguerra y con notable eficacia en Francia, cuya Unión Nacional de Intelectuales (UNI), creada en 1945 bajo el liderazgo del poeta Louis Aragon, se constituyó en un paradigma del proceso de profesionalización del compromiso intelectual con el comunismo que se inició desde entonces.

El hecho de que la Unión de Escritores se transformara en una modelo respecto al cual se organizó todo el campo artístico-cultural soviético es un aspecto importante para nuestra investigación, pues constituye un indicador del status privilegiado que la literatura ocupó en la cultura comunista, en tanto que tal vez como ninguna otra actividad creadora fue objeto de una particular atención por las esferas político-partidarias. Como ha explicado Vittorio Strada, la rica e intensa vida cultural que recibieron en herencia los bolcheviques sufrió profundas modificaciones en los años posteriores a la revolución. La subordinación de la cultura a la política y la extensión de la ideología marxista-leninista a todos los ámbitos de la investigación científica y especulativa produjeron un notable empobrecimiento intelectual (tanto de hombres

---

<sup>54</sup> Baudin, Antoine y Leonid Heller, *op. cit.*, p. 317

como de obras), muy perceptible en ámbitos como la filosofía, la historia y la economía. La literatura, en cambio, aunque también diezmada por las emigraciones y las persecuciones, se convirtió en el centro de la actividad cultural del país y por lo tanto en el centro de atención del poder.

Este privilegio —afirma Strada— procedía, evidentemente, de la naturaleza específica del lenguaje artístico y literario, que no es “unívoco”, como el de las “ciencias de la cultura” (y de la política) sino más elusivo y difuso, pero al mismo tiempo más “popular” y por lo tanto más apto para ser usado (o para ser elaborado con propósito de uso) como instrumento de comunicación con amplias capas de lectores. Si se tiene en cuenta el hecho de que al mismo tiempo tenía lugar una destrucción de la religión como momento de vida espiritual, este “privilegio” de la literatura y del arte no solo se justifica mejor, en cuanto que el nuevo poder lo necesitaba como canal de verificación y de influencia, sino que clarifica también el cambio radical que la literatura y el arte como institución social habían sufrido en el mundo posrevolucionario, profundamente transformado con respecto al mundo “tradicional” anterior a la revolución bolchevique.<sup>55</sup>

Escritores como Gorki e incluso el malogrado Maiacovsky fueron revestidos de atributos casi sagrados y la literatura fue colocada en la cima de la jerarquía cultural al punto de convertirse en el código de base de todas las demás artes.<sup>56</sup> El “realismo socialista” adoptado como estética oficial del mundo comunista en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos celebrado en 1934 fue replicado en la mayor parte de los partidos comunistas occidentales, particularmente a partir de las resoluciones de 1946-1948 del Comité Central del PCUS sobre cuestiones artísticas y literarias. Fundadas en el artículo de Lenin de 1905 “La organización del partido y la literatura del partido” estas resoluciones iban todavía más allá de los señalamientos ideológicos contra las “supervivencias burguesas” que las autoridades soviéticas creían detectar en escritores, pintores y músicos, y pretendía establecer directivas sobre los medios expresivos que estos debían emplear en sus obras, con la consecuencia de una total esterilización de la

---

<sup>55</sup> Strada, Vittorio, *op. cit.*, p. 435

<sup>56</sup> Baudin, Antoine y Leonid Heller, *op. cit.*, p. 337.

actividad creadora.<sup>57</sup> Luego del paréntesis abierto por la lucha antifascista y la guerra, donde los comunistas occidentales no pretendieron imponer ningún criterio de ortodoxia a los escritores que convocaban al trabajo unitario, y en el marco del clima de enfrentamiento ideológico de la Guerra Fría, el realismo socialista se convirtió en una política oficial y las diversas autoridades partidarias se dispusieron a dar forma a una “literatura de partido” mediante el doble recurso del disciplinamiento interno y la promoción de nuevos autores y estructuras de difusión y participación. Los resultados fueron, en todos los casos, gravosos. La construcción de una literatura optimista y edificante, dedicada a “reflejar la realidad en su desarrollo revolucionario”, resultó una tarea ímproba fuera de la URSS y terminó reduciéndose a una producción plagada de esquematismos ideológicos y populismo estético que minó el prestigio cultural de la militancia comunista, aun cuando no careció de autores prestigiosos.<sup>58</sup> Como analizaremos a lo largo de esta investigación, en el caso argentino el endurecimiento cultural de la Guerra Fría y su traducción al terreno artístico cultural no dio lugar a una corpus de obras “realistas socialistas” capaces de organizar una tendencia definida en el campo literario local, sino que se manifestó como una disputa interna en torno al problema de la herencia cultural y al modo en que los comunistas debían medirse con las tradiciones nacionales en un momento en que el mandato antiimperialista y la cisura cultural provocada por el peronismo los obligaba a replantearse la identificación con el legado del liberalismo argentino que habían construido en el marco de la batalla antifascista. Es en el marco de este debate que se produce la recepción comunista de la obra de Antonio Gramsci y el problema de los intelectuales es por primera vez

---

<sup>57</sup> Este texto de Lenin fue publicado en un volumen dedicado a reunir los escritos de Lenin y Stalin sobre la literatura y el arte, el que, junto al que recoge las intervenciones sobre el mismo tema de Marx y Engels, constituyen la primera sistematización de una “estética marxista-leninista” tal como se la concibió en el mundo soviético desde su publicación a partir de 1933 al cuidado de Mijaíl Lifshits. Ambas selecciones fueron publicadas en la Argentina por la editorial Problemas, propiedad de Carlos Dujovne, tomadas de la edición francesa organizada por Jean Freville y bajo la traducción de Alicia Ortiz (Lenin y Stalin, 1942 y Marx y Engels, s/f. c. 1941).

<sup>58</sup> Algunos grandes escritores tuvieron su período “realista socialista”, por ejemplo: Louis Aragon (*Les Communistes*, tres volúmenes publicados en 1949, 1950 y 1951), Paul Éluard (*Poèmes Politiques*, 1948), Jorge Amado (*Los subterráneos de la libertad*, 1954), Pablo Neruda (*Las Uvas y el Viento*, 1954).

planteado en términos ideológicos y culturales y no puramente corporativos o instrumentales.

En el marco del contexto intelectual del comunismo de Guerra Fría, la publicación de la obra de Antonio Gramsci que se inició con la publicación de sus *Cartas de la Cárcel* en 1947 fue un hecho a la vez disruptivo y paradójico. Como ha explicado Guido Liguori, fueron en los años plomizos del zhdanovismo, cuando el partido dirigido por Palmiro Togliatti se enfrentaba al riesgo de aislamiento social e involución estalinista, los que sirvieron de escenario para la publicación de los *Cuadernos de la Cárcel*, el evento político-cultural que más contribuyó a formar la moderna identidad del PCI, volviendo definitiva la fundación de una verdadera “diversidad” en el panorama de partidos de matriz tercerointernacionalista.<sup>59</sup> Dado el contexto en el que se realizaba y el carácter decisivamente antimecanicista del marxismo gramsciano, muy difícilmente encuadrable en el aplanamiento dogmático del *diamat* soviético, se trató también de una elección valiente que no dejó de provocar una cierta desorientación entre los comunistas y generar innumerables interrogantes. El propio Togliatti, consciente de los problemas que podía acarrearle, dispuso un tipo de “montaje” de los escritos que permitían una cierta compatibilidad entre la ortodoxia soviética y el legado gramsciano, encaminando la lectura de este último en la dirección de la “especificidad nacional” y no de las grandes disputas del movimiento obrero internacional de los años 20 y 30.

La tradizione italiana e il metodo di Gramsci divenivano dunque la ricerca di un terreno d'incontro con la cultura del nostro paese; ma erano anche il modo e il mezzo (e ciò spesso dimentica chi sottolinea come que'll edizione del *Quaderni* li abbia *declassati* da strategia alternativa per tutto il movimento comunista a riflessione su una particolare realtà *nazionale*) per prendere le distanze dal modellio staliniano—zdanovista senza al contempo determinare una rottura aperta, politicamente insostenibile. Questi aspetti rappresentarono in quegli anni due facce della stessa medaglia, la cui separazione non è possibile se non per mezzo di forzature polemiche che devono necessariamente rimuovere i caratteri complessi, anche se a volte contraddittori, della politica di Togliatti e dei comunisti italiani.<sup>60</sup>

---

<sup>59</sup> Liguori, 2012, p. 92. Un estudio exhaustivo y erudito sobre los intelectuales comunistas italianos y las políticas culturales del PCI es el de Nello Ajello (1997).

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 96.

La cuestión de los intelectuales fue un elemento central del programa de Togliatti y de sus esfuerzos por construir un “partido nuevo” de carácter democrático y nacional para la Italia de posguerra. La elección de un cierto “uso” de la herencia gramsciana se basó en la necesidad de fundar una tradición histórica común para la enorme masa de militantes que se habían incorporado al partido en esos años y, al mismo tiempo, encontrar un terreno de encuentro con los intelectuales antifascistas, muchos de los cuales habían ingresado o estaban cercanos a las posturas comunistas. Para Togliatti, este trabajo de unificación no podía realizarse desde arriba ni por decretos administrativos, tampoco en un plano formal o burocrático, sino en torno a una tradición interpretativa sobre la historia del partido y de su elaboración teórica que Gramsci vino a proveer. La política cultural del PCI se anudó entonces con una interpretación de Gramsci en las claves de la política de unidad, la función nacional de la clase obrera y las tareas de la reconstrucción italiana. En este contexto, la cultura y los intelectuales estaban llamados a cumplir una función principal, lo que obligaba a plantear una forma diferente de relación con la política, puesto que ya no podían concebirse, como lo hacía Benedetto Croce, figura tutelar de la intelectualidad peninsular, como momentos separados, como dos “actitudes” necesariamente escindidas, sino como elementos complementarios en la construcción de una cultura nacional y socialista italiana. Esta idea de la no separación entre cultura y política, si bien no partía de las mismas premisas que el dirigismo administrativo de cuño soviético, pudo ser leído como una versión, tal vez más sofisticada, del mandato zhdanovista, como lo demuestra las repetidas citas que en la prensa comunista argentina se realizaron de la intervención de Togliatti en la una reunión de la Comisión Nacional de Intelectuales del PCI celebrada en Roma en abril de 1952, donde afirmaba:

(...) En el terreno cultural falta certeza y solidez. Se ha dicho que el trabajo cultural debe ser confiado a camaradas particularmente preparados y calificados: los intelectuales. Bien, podemos estar de acuerdo. Pero que no ocurra que después de confiar el trabajo a una comisión de dos o tres camaradas, los organismos dirigentes del Partido olviden que el trabajo cultural es una parte esencial e importante de la



actividad política y organizativa, y que se laven las manos. Los organismos dirigentes del Partido, en este terreno como en todos los demás, no tiene simplemente la tarea de controlar, impulsar, etc. Tiene también la tarea de elegir los objetivos a alcanzar, pues esos objetivos no pueden ser los mismos en todas partes, sino que cambian según la situación (...). Hay que exigir, pues, ante todo, que el trabajo cultural, aunque lo realicen especialistas, sea dirigido por los organismos dirigentes del Partido, como ocurre en todas partes, por lo demás.<sup>61</sup>

El vínculo togliattiano entre cultura y política hallaba su fundamento en dos elementos nodulares de la reflexión de Gramsci: el cuestionamiento de la tradición filosófica idealista que concebía a los intelectuales como una clase aparte que encarnaba la verdad pensante de la historia, y, luego, el rechazo tanto de las interpretaciones mecanicistas del marxismo como de las teorías espontaneístas e insurreccionalistas. Esto condujo a Gramsci a considerar la importancia teórico-política de los fenómenos “superestructurales” en las sociedades capitalistas modernas y el rol que podían jugar en el establecimiento de una estrategia revolucionaria en un clima signado por la derrota y el ascenso del fascismo.<sup>62</sup> Para Gramsci, los intelectuales no constituían un sector ajeno al mundo de las relaciones sociales, sino que estaban insertos en estas a partir de su trabajo como articuladores entre la estructura y la superestructura, entre la economía y la filosofía, entre la teoría y la práctica. Su análisis no parte de una consideración de los intelectuales como categoría socio-profesional ni tampoco los considera como portadores de valores universales, sino como mediadores y organizadores de una visión del mundo (es decir, de una filosofía, de una cultura, de una religión e, incluso, de un sentido común) propio de la clase a la están ligados orgánicamente.<sup>63</sup>

---

<sup>61</sup> Togliatti, Palmiro, “Problemas de la cultura”, en *Cuadernos de Cultura*, n° 12, julio de 1953, pp. 52-53.

<sup>62</sup> Cfr. Para un análisis del problema de los intelectuales en Gramsci seguimos a Macciocchi (1975, pp. 188-259), Buci-Glucksmann (1988, pp. 33-64) y Buzzi (1969, pp. 35-78).

<sup>63</sup> Gramsci estableció una distinción fundamental entre los *intelectuales orgánicos*, que surgen del seno de una clase y la dotan de homogeneidad y conciencia, y los *intelectuales tradicionales*, provenientes de un ordenamiento social y económico anterior, pero que siguen ejerciendo funciones en el nuevo orden, se niegan a aceptar la nueva situación y continúan sujetos a autorepresentación sobre su autonomía. Para Gramsci, el ejemplo paradigmático de intelectual tradicional era Benedetto Croce. Cfr. Gramsci, 1972, pp. 9-28.

Como problema estratégico-político, la cuestión de los intelectuales se le presenta a Gramsci como un elemento fundamental de una cuestión más compleja y que será el centro de su obra teórico-política: el tema del Estado y de sus relaciones con la sociedad civil en las sociedades capitalistas avanzadas. Por medio de su célebre diferenciación entre Oriente y Occidente, Gramsci llegará a la conclusión de que la estrategia leninista de la toma del poder político, era difícilmente replicable en Occidente puesto que a diferencia de la Rusia zarista, en las sociedades avanzadas las clases dominantes lo eran menos por la coerción que por el establecimiento de una compleja trama de instituciones de la sociedad civil que garantizaban su dominio en base al consenso de las clases subalternas.<sup>64</sup> Apelando a una analogía militar, deducirá entonces que la estrategia de la revolución de Occidente debía consistir en una guerra de posiciones (no de maniobra o trincheras) librada como una lucha cultural permanente por arrebatar a la burguesía la dirección ideológica de la sociedad (conquistando progresivamente la hegemonía), antes del momento político militar de toma efectiva del poder del Estado. En esta guerra de posiciones, que no es sino una lucha por la hegemonía, los intelectuales juegan un papel fundamental en tanto que, va a decir Gramsci, intelectuales orgánicos de la clase que aspira a construir un nuevo Estado, una nueva universalidad. No solo están llamados a elaborar críticamente la concepción del mundo contenida en la praxis de las clases subalternas sino que deben cumplir una función política como organizadores de una nueva voluntad colectiva. Esta función solo puede cumplirse dentro del partido, puesto que es a través de este, en tanto experiencia colectiva y no burocrático-administrativa, que las clases subordinadas se hacen hegemónicas. Por eso el partido, el moderno príncipe, será para Gramsci, tanto una vanguardia como un educador de masas. Es decir, el partido y los intelectuales se proponen teorizar una práctica, organizar aquello que en las masas está contenido pero de forma a menudo difusa y fragmentaria. Esta unidad entre teoría y práctica, que es la esencia de la filosofía de la praxis, lo conduce a la afirmación de que solo se hace filosofía dentro del partido, es decir, en el marco de una gran

---

<sup>64</sup> Cfr. Gramsci, 1962 (traducción y prólogo de José María Aricó). Para un análisis crítico de la tesis de Gramsci sobre Oriente y Occidente consultar Anderson, 1978.

experiencia colectiva que se ha formado y se desarrolla históricamente. Filosofía, historia y política se constituyen en una unidad de sentido, en tanto una filosofía es verdadera, y no pura metafísica, solo cuando se concretiza históricamente, y esa concretización es producto del religamiento político operado por los intelectuales orgánicos de la clase.

### **Los estudios sobre comunismo en la Argentina**

En un artículo publicado en el invierno de 1998, los historiadores Horacio Tarcus, Jorge Cernadas y Roberto Pittaluga presentaron en la revista de política y cultura *El Rodaballo* el primer estado de la cuestión sobre la historiografía del PCA.<sup>65</sup> Como sucedía con gran parte de la historiografía sobre las izquierdas argentinas, afirmaban, la producción sobre el comunismo era escasa, tanto por su poco peso en el campo académico como por la baja calidad historiográfica de los trabajos que provenían del propio partido, las llamadas “historias oficiales”, o bien de sus adversarios o detractores político-ideológicos, las llamadas “contrahistorias”.<sup>66</sup> Este estado poco alentador se asentaba sobre razones de distinto orden. En primer lugar, las dificultades de acceso a las fuentes producto de políticas de preservación patrimonial deficientes, tanto desde el Estado como de las propias organizaciones políticas; en segundo lugar, el desinterés del mundo académico, cuya renovación y consolidación luego de la recuperación democrática no había hecho de la historia de las izquierdas un objeto de análisis ponderable; en tercer lugar, la poca disposición de las organizaciones políticas a elaborar una autoreflexión sobre su experiencia, y mucho menos una literatura no hagiográfica ni, por el reverso, condenatoria.

Apenas siete años después, el historiador Hernán Camarero emprendió un balance similar de los estudios sobre socialismo y comunismo en la Argentina. A diferencia del trabajo anterior, el autor comienza afirmando que la elaboración histórica sobre la izquierda argentina se caracterizaba por la vastedad de su espacio de producción. ¿Qué

---

<sup>65</sup> Cernadas, Pittaluga y Tarcus, 1998, p. 31.

<sup>66</sup> Perry Anderson analizó en un sentido militar el tipo de literatura sobre el comunismo producida en Europa, distinguiendo cinco tipos principales de obras: las memorias, las historias oficiales, las historias independientes de izquierda, las obras de erudición liberal y las monografías de la Guerra Fría. Cfr, Anderson, 1984, pp. 150-152.

ocurrió, en menos de una década, para que fuera posible arribar a conclusiones tan opuestas? La creación y consolidación de bibliotecas y archivos especializados ha contribuido de manera decisiva a superar los problemas de accesibilidad documental, repercutiendo directamente en un aumento de la cantidad de investigaciones académicas sostenidas sobre sólidos trabajos de fuentes. La presencia cada vez menos esporádica de intervenciones sobre la historia de las izquierdas en jornadas, congresos y encuentros nacionales e internacionales, así como la diversidad de temas y abordajes que aquellas expresan dan cuenta del crecimiento de un espacio de indagación, si bien es aún difícil considerarlo un campo o subcampo disciplinar sometido a ciertos criterios comunes y consensos amplios. La emergencia de una nueva generación de historiadores y científicos sociales es un dato que debería ser incorporado al análisis, dado que una parte importante de las investigaciones en curso son llevadas adelante por jóvenes que realizan su trabajo al amparo de un sistema científico sometido a un importante proceso de democratización y diversificación de fuentes de financiamiento. Aunque los partidos y organizaciones políticas no han modificado en gran medida su mirada histórica instrumental, la apertura bajo su amparo de repositorios documentales gestionados por los propios militantes o simpatizantes, por sí sola indica una modificación de las políticas restrictivas que supieron desplegar las direcciones políticas durante décadas.

Dentro de este panorama en general auspicioso, la suerte del PCA no ha sido aquella reservada al *best seller*. No es desacertado afirmar que de todas las experiencias partidarias u organizaciones políticas de la izquierda argentina, la comunista es la que ha merecido menor atención. Hoy como hace 15 años, sigue siendo un caso paradigmático del desajuste entre un organización que tuvo un peso relevante en ciertos sectores de la vida social argentina —desde el movimiento obrero en las décadas del '30 y '40 hasta importantes sectores culturales e intelectuales en las dos décadas siguientes— y la escasísima proporción de trabajos dedicados a estudiarla. Como analizaremos a continuación, esta situación se ha revertido sólo mínimamente con la publicación de algunos estudios recientes, los que han supuesto un avance sustancial para construir una base de conocimientos empíricos e hipótesis de trabajo.

A diferencia de otros partidos occidentales, europeos e incluso latinoamericanos, que cuentan por lo menos con una historia general como referencia obligatoria para los estudios sobre el tema, el comunismo argentino no cuenta con ninguna.<sup>67</sup> En compensación, aquel que busque información sobre su vida a lo largo del siglo que pasó, deberá recurrir a las “historias oficiales”, comenzando por el *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina* (1947) y los relatos posteriores que se dedicaron a ampliar el período sin modificar la clave propagandística y la intención autolegitimante de las direcciones partidarias que gobernaba aquel texto original.<sup>68</sup> El *Esbozo...* fue escrito a lo largo de 1946 por una comisión especialmente designada por el Comité Central y publicado en 1947, en coincidencia con el 30 aniversario de la fundación del partido y en el marco de la política de reforzamiento ideológico propia del período de la Guerra Fría. Aunque su valor historiográfico sea prácticamente nulo debido a su escasa objetividad y sentido crítico, su función de recortar y estabilizar una cierta mirada histórica sobre el pasado lo convierte en una pieza clave para analizar la cultura política del comunismo argentino.

Este pensamiento histórico unilineal y teleológico que subtiende la narración se manifiesta tanto en una explicación de la vida partidaria centrada en el emerger de la línea “justa” como en la postulación del partido como vanguardia natural de una clase obrera concebida como ontológicamente revolucionaria. En esta exposición presidida por ambas presuposiciones, los sucesos históricos acompañan los avatares de la vida del partido, éste es el centro del mundo, y se obtura toda posibilidad de comprender su real peso en la política de cada momento: el entero proceso del propio partido y de la historia argentina se convierten en un enigma.<sup>69</sup>

En el mismo marco de esta historiografía militante pueden considerarse algunas producciones dedicadas a historiar el movimiento obrero o el movimiento estudiantil.<sup>70</sup> Las biografías, autobiografías y memorias escritas por militantes, si bien sometidas a un registro autocelebratorio que favorece las omisiones y los silencios, poseen un valor testimonial ausente en las obras con pretensiones de objetividad y

---

<sup>67</sup> Para un panorama general de las historias escritas sobre los partidos comunistas europeos consultar Anderson (1984, *op. cit.*). Para el caso latinoamericano: Liebner (2011), Chilcote (1982), Martínez Verdugo (1985), Uliánova, Loyola y Álvarez (2013).

<sup>68</sup> Cfr. Arévalo (1983), Fava (1983) y Bertacini, González Alberdi, Laborde et. al. (1988).

<sup>69</sup> Cernadas, Pittaluga y Tarcus, *op. cit.*, p. 33

<sup>70</sup> Iscaro, 1973 y Kleiner, 1964.

constituyen herramientas útiles para la reconstrucción de itinerarios individuales y colectivos.<sup>71</sup> Puestas en el contexto de una mayor accesibilidad a los materiales de archivo y de la consolidación de una perspectiva sociobiográfica que ha dado como resultado la constitución de un género específico como son los diccionarios biográficos dedicados a las izquierdas y el movimiento obrero, una lectura crítica de estos materiales contribuye a problematizar las perspectivas de una historiografía institucional político—ideológica ampliando los horizontes de investigación hacia una historia social y cultural del mundo de los trabajadores y de las formaciones partidarias y, sobre todo, permitiendo que grupos de actores históricos antes vistos como bloques compactos sean reconsiderados atendiendo a su complejidad y diversidad, a sus tensiones y fracturas.<sup>72</sup>

En cuanto a lo que se ha denominado “contrahistorias”, es decir, aquellos relatos escritos por adversarios políticos o ex militantes comunistas con el objetivo de impugnar la trayectoria del partido e incluso su propia existencia o viabilidad, no puede afirmarse que hayan logrado escapar del paradigma historiográfico del propio PCA, es decir, de una lectura en clave esencialista y destinada a transmitir una

---

<sup>71</sup> Particularmente útiles para esta investigación han sido los libros de Raúl Larra dedicados a trazar perfiles de escritores (1982 y 1986), así como su biografía sobre Leónidas Barletta (1978). En el mismo sentido debe mencionarse la biografía de Héctor P. Agosti escrita por Samuel Schneider (1994) y la que Pedro Orgambide le dedica a Raúl González Tuñón (1988).

<sup>72</sup> En este contexto de una nueva “sensibilidad histórica” inaugurada por los marxistas británicos ya en la década del 60, el estudio de las “prácticas militantes” ha dado lugar a una fructífera zona de indagación apoyada en el desarrollo del enfoque sociobiográfico (Groppo y Unfried, 2006). Con una producción particularmente rica para el caso del movimiento obrero, los estudios sociobiográficos también se han ocupado de otros colectivos o grupos particulares, como las mujeres, los exiliados o los migrantes (Groppo, 2012, pp. 13-22). La edición de ambiciosos diccionarios como el coordinado por Jean Maitron sobre el movimiento obrero francés (42 volúmenes editados entre 1964 y 2006), el más significativo del género, el diccionario biográfico de la Internacional Comunista dirigido por José Gotovitch y Mikhail Narinski (2001), el diccionario biográfico del movimiento obrero uruguayo elaborado por Carlos Zubillaga (2008) o el diccionario del movimiento obrero de Río de Janeiro coordinado por Claudio Batalha (2009), para nombrar solo algunas iniciativas, dan cuenta de la productividad de esta perspectiva para superar las historiografías tradicionales centradas en las organizaciones, las ideologías y los dirigentes. En la Argentina, la edición de un diccionario biográfico sobre la izquierda argentina dirigido por Horacio Tarcus ya se ha constituido en una bibliografía imprescindible, de cuya información este proyecto es deudor. La reposición de la experiencia subjetiva adquiere en este marco una nueva legitimidad, renueva el repertorio de preguntas y permite “cuestionar, enriquecer o reelaborar los grandes relatos instituidos por las izquierdas y los movimientos sociales restituyendo la dimensión de la acción de los sujetos, de las particularidades y de las circunstancias, de los itinerarios personales y grupales en toda su riqueza, su diversidad y complejidad” (Tarcus, 2007, p. XV).

posición política. Escrita en su totalidad en los años posteriores a la llegada al gobierno de Juan Domingo Perón, esta literatura provino principalmente de intelectuales y militantes identificados con el nacionalismo populista o la izquierda nacional, como Rodolfo Puiggrós (1973), Jorge Abelardo Ramos (1962) y Juan José Hernández Arregui (1960).<sup>73</sup> A pesar de sus diferencias y matices, el punto en común que determina su escasa productividad para comprender el funcionamiento y las características del comunismo así como del lugar que el partido ocupó en diferentes zonas de la vida política, social y cultural argentina, es el énfasis que realizan en el “origen extranjero” del comunismo argentino, lo que explicaría su incompreensión y escasa sensibilidad frente a los movimientos de masa de origen popular, como el peronismo. Esta “incapacidad congénita” es adjudicada alternativamente al origen inmigrante de la base social original así como de sus elencos dirigentes, al vínculo fundacional con un acontecimiento exterior como fue la Revolución Rusa, a la “extranjería mental” que sus dirigentes compartían con las elites liberales, o al trazado de una homologación mimética entre los avatares del comunismo local y los acontecimientos que jalonaron el movimiento comunista internacional.

Los todavía escasos estudios dedicados a historiar el comunismo argentino han prestado atención fundamentalmente a su relación con el movimiento obrero y el mundo del trabajo,<sup>74</sup> a la dilucidación de los momentos fundacionales del partido, la recuperación de tramos parciales de su historia o a los vínculos con el movimiento comunista internacional.<sup>75</sup> Desde el periodismo de investigación, Isidoro Gilbert ha realizado un valioso aporte documental sobre las relaciones entre los comunistas argentinos y la URSS, así como de las relaciones diplomáticas entre Argentina y Moscú. En el mismo sentido, su voluminosa historia de la Federación Juvenil Comunista aporta datos precisos para la reconstrucción de un espacio por el que pasaron miles de jóvenes a lo largo de los 84 años que ocupa su estudio.<sup>76</sup> En material

---

<sup>73</sup> Cfr. Puiggrós (1956 y 1973), Ramos (1962) y Hernández Arregui (1960).

<sup>74</sup> Lobato (2002), Águila (1991/1992), Pastoriza (1993) y Camarero (2007)

<sup>75</sup> Cfr. Corbière (1974 y 1984), Oriolo (1994), Campione (2005), Pla (1986-1987), Schenkolewski-Kroll (1999). En un punto de vista panorámico y propositivo sobre la historia del comunismo argentino se ubican los trabajos de Campione (1996, 2007)

<sup>76</sup> Gilbert, 1994 y 2009.

cultural, solo el “período antifascista” ha sido objeto de un estudio atento a los mecanismos de construcción de una densa red cultural comunista en torno a la sociabilidad antifascista y una identidad política perdurable para sus intelectuales.<sup>77</sup> En algunos casos, la atención ha sido puesta en grupos profesionales y/o campos disciplinares, como la psiquiatría y la historiografía, aunque desde un punto de vista monográfico o en el contexto de investigaciones de largo aliento, con la única excepción del reciente estudio de Luciano García dedicado a la recepción y circulación en el comunismo local de la neuropsicología soviética, cuyo documentado trabajo con fuentes primarias y una sólida metodología de historia intelectual le han permitido reconstruir un tramo fundamental tanto del comunismo como del pensamiento científico argentino.<sup>78</sup> Algunas figuras importantes del comunismo argentino han merecido estudios eruditos como el de Oscar Terán sobre las diversas estaciones del pensamiento de Aníbal Ponce y el problema del marxismo y la cuestión nacional.<sup>79</sup>

Desde el campo de la crítica literaria y el análisis cultural, algunos escritores y emprendimientos editoriales y culturales vinculados al espacio comunista han merecido atención y dado lugar a ensayos perdurables, aunque solo latelamente dedicados al problema de los vínculos entre el partido y sus intelectuales.<sup>80</sup> En el mismo sentido, pueden mpeencionarse los trabajos que se han ocupado del problema del realismo literario, desde el didactismo pedagógico de los escritores de Boedo hasta el regionalismo narrativo que caracterizó cierta franja de la literatura escrita por

---

<sup>77</sup> Cfr. los trabajos de Ricardo Pasolini (2005, 2006 y 2010). Sobre *Cuadernos de Cultura* y las políticas culturales del PCA en la década del 50 existen dos trabajos monográficos de Cernadas (1997 y 2001). Sobre la cuestión del realismo y las polémicas en torno a los lenguajes estéticos en las izquierdas comunistas y marxistas en los años 60 ver Crespo (1999).

<sup>78</sup> Cfr. Cattaruzza (2007), Lvovich y Fonticelli (1999), Myers (2002), Acha (2009) y Vezzetti (*op. cit.*).

<sup>79</sup> Terán (1986). Sobre Ponce ver también Tarcus (2009), Arpini y Olalla (2006) y Kohan (2000). Otra figura ligada al comunismo que ha sido objeto de estudios académicos es Rodolfo Puiggrós (Acha, 2006 y Amaral, 2000). Sobre Agosti ver Zamudio Barrios (1992) y el importante análisis que le dedica Guillermina Georgieff en su libro sobre los intelectuales de izquierdas y la cuestión nacional durante el posterponismo (2008).

<sup>80</sup> Los que Beatriz Sarlo le dedicó al impacto de la Revolución Rusa entre los escritores argentinos y, particularmente, a Raúl González Tuñón (2007), así como los trabajos de Sylvia Saitta sobre la revista *Contra* (2005), la dramaturgia de Elías Castelnuovo (2001), la relación entre los intelectuales y la izquierda durante la década del 30 (2001) y la literatura de los viajeros de izquierda (2007).



comunistas durante las décadas del 40 y 50.<sup>81</sup> La relación entre arte y comunismo ha sido analizada particularmente para el período comprendido entre las décadas del 20 y 40 y con la atención puesta en las revistas y publicaciones periódicas.<sup>82</sup>

En definitiva, el problema de los intelectuales en la cultura comunista carece de investigaciones de largo aliento, sobre todo para el período analizado en esta investigación, al punto que en el apuntado balance de Camarero no merece ni una mención específica, con la excepción de los trabajos dedicados a la nueva izquierda intelectual, como los libros de José María Aricó sobre la experiencia de Pasado y Presente y el itinerario de Gramsci en América Latina y Néstor Kohan sobre la revista *La Rosa Blindada*.<sup>83</sup> Esta selección es sintomática de una perspectiva recurrente: la historia del comunismo intelectual argentino ha sido evaluada desde el punto de vista de las disidencias y las rupturas con el resultado, advertido por Cristina Tortti para el conjunto de los trabajos dedicados a la “nueva izquierda”, de que la búsqueda por dilucidar el contexto a través del cual una franja del campo intelectual argentino rompió sus lealtades con los partidos de la “izquierda tradicional”, ocluyó el estudio de las propias formaciones partidarias socialistas y comunistas.<sup>84</sup> En efecto, son numerosos los trabajos que intentando dar cuenta de diversos aspectos de la cultura y la política argentina durante los años posteriores al derrocamiento de Juan Domingo Perón, han mencionado el comunismo como un actor central de espacio cultural de las izquierdas, aunque enfatizando el hecho de que el monolitismo dogmático, el antiintelectualismo crónico y la inveterada adhesión a las directivas moscovitas de las dirigencias partidarias lo ubicaron lejos de ser un “partido de ideas”, siendo Héctor P. Agosti la única excepción.<sup>85</sup> Desde este punto de vista, el vínculo entre el partido y sus intelectuales se reduce a una ecuación sencilla: la obediencia a las direcciones

---

<sup>81</sup> Cfr. Romano (2004), Delgado (2002), Astutti (2002), Giordano y Eujanián, (2002), Gramuglio (2002).

<sup>82</sup> Cfr. Rossi (2004; 2006). Risler y Lucena (2005); Lucena (2009) (Tarcus, 2000, 2004) y Tarcus y Longoni (2001).

<sup>83</sup> Aricó (2005) y Kohan (2000).

<sup>84</sup> Tortti, 1999, p. 222

<sup>85</sup> Sigal, 2002, p. 150. Sobre diversos aspectos del mundo de las izquierdas en las décadas del 50 y 60 ver Altamirano (2011), Gilman (*op. cit.*), Longoni y Mestman (2000), Sarlo (2001), Tarcus (1996, 1999), Terán (1986, 1993), Tortti (2009), Burgos (2004) y Cella (1999).

partidarias o la expulsión a las filas de los “renegados” o “ideólogos pequeñoburgueses”. La solicitud de fidelidad y las constantes interferencias del partido sobre el rumbo del trabajo cultural, habrían sometido a los intelectuales, en palabras de José Aricó, a un “mandato incumplible”, obligándolos a una permanente marginalidad en las decisiones sobre los asuntos que constituían su propio campo de trabajo.<sup>86</sup>

Trabajos académicos recientes han cuestionado este tipo de interpretaciones, señalando que tanto el prisma del “monolotismo” como el del “seguidismo” soviético son erróneos e insuficientes para pensar el problema de los intelectuales comunistas.<sup>87</sup> En general centrados en la figura excluyente de Héctor P. Agosti, estas investigaciones constituyen avances fundamentales tanto en la reconstrucción empírica de tramos fundamentales de la vida partidaria en los que Agosti fue protagonista como en la apertura de nuevos horizontes interpretativos sobre quien parece condensar todas las contradicciones del típico “clerc” comunista.<sup>88</sup> Sin embargo, en algunos casos el énfasis en discutir las lecturas “novoizquierdistas” sobre el comunismo, ha tenido como resultado una revalorización de la “originalidad” de Agosti como intelectual de partido y “verdadero” introductor del pensamiento de Gramsci que deja sin resolver el problema fundamental de que más allá de la convicción con la que un intelectual asuma su dependencia respecto a un proyecto político-partidario, su figura continúa atravesada por una tensión irresoluble en el contexto de la cual la postergación de las “apetencias personales” en pos de un proyecto colectivo constituye más un elemento de un sistema de representaciones y autorepresentaciones que una variable explicativa de un tema que conserva su complejidad más allá del comunismo.<sup>89</sup>

### **Metodología, fuentes y organización de la investigación**

El debate sobre los intelectuales en las sociedades modernas es tan vasto y complejo como el conjunto de definiciones acerca de qué es un intelectual. No es la ausencia de

---

<sup>86</sup> Aricó, 2005, p. 37.

<sup>87</sup> Nos referimos a los trabajos de Bulacio (2001 y 2006) y Prado Acosta (2010).

<sup>88</sup> Así lo define Carlos Altamirano en el ensayo que le dedica a Juan Carlos Portantiero en la última edición de *Peronismo y Cultura de Izquierda*, 2009, p. 178.

<sup>89</sup> Esta es la hipótesis de Alexia Massholder (2012).

respuestas a este último interrogante, ha dicho Tulio Halperín Dongui, sino la variedad de las mismas lo que crea la dificultad para la empresa de su desciframiento.<sup>90</sup> Esta investigación aspira a inscribirse en la corriente de estudios de historia de los intelectuales tal como esta fue definida desde la década del '80 por el historiador francés Jean-François Sirinelli y su escuela y retomada en Argentina por Carlos Altamirano, esto es, como un enfoque que se distancia de la historia de las ideas en sus dominios clásicos para reintroducirla en el terreno de la historia social y política de los actores de la cultura y sus prácticas culturales. Se trata de una historia que pretende escapar de las visiones normativas acerca de lo que “deber ser” un intelectual para interesarse en aquello que efectivamente es de acuerdo a contextos sociales, culturales y políticos múltiples y diversos y a partir de ciertos elementos fundamentales: la reconstrucción y análisis de itinerarios y trayectorias, de espacios de sociabilidad y de tradiciones intelectuales y afinidades generacionales.<sup>91</sup> Una historia de los intelectuales así concebida ya no se interesa solamente por los textos canónicos y los grandes intelectuales, sino por los procesos materiales e intelectuales de mediación cultural y por eso se nutre de los estudios de recepción atentos a la circulación social de las ideas,<sup>92</sup> del floreciente campo de los estudios sobre la historia del libro y la edición,<sup>93</sup> y de los enfoques microhistóricos y sociobiográficos preocupados por figuras laterales o marginales de los centros de consagración geográficos y culturales.<sup>94</sup> Esta investigación se apoya al mismo tiempo en ciertas herramientas de la sociología de los intelectuales desarrollada por Pierre Bourdieu y recuperada en algunos estudios modélicos sobre el espacio cultural comunista, puesto que toma en cuenta la relación entre el conjunto de disposiciones sociales que caracterizaron el

---

<sup>90</sup> Halperín Dongui, 1987, p. 43.

<sup>91</sup> Un texto que resume con brevedad y justeza el programa de Sirinelli es “Le hasard ou la nécessité? Une histoire en chantier: l’histoire des intellectuels” (1986, pp. 97-108), cuyas consideraciones son retomadas en Sirinelli (1996, pp. 199-231) y Sirinelli y Ory (2007, pp. 303-311). De similar intención programática es el libro de Carlos Altamirano *Intelectuales. Notas de Investigación* (2006) cuyas premisas fundamentales guiaron su dirección de los dos tomos de la *Historia de los Intelectuales en América Latina* (2008 y 2010).

<sup>92</sup> Tarcus, 2007; Plotkin, 2003; Blanco, 2006.

<sup>93</sup> Un panorama general de la diversidad de enfoques y problemas agrupados bajo esta denominación puede consultarse en las actas del Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición, 2012

<sup>94</sup> Laguarda y Fiorucci, 2012 y Pasolini, 2006.

perfil de ciertos intelectuales comunistas y las posiciones que éstos ocuparon al interior de la estructura partidaria y en el campo cultural más general. Sin reducir las elecciones políticas e ideológicas a cuestiones de estrategia y disputa entre dominantes y dominados, un análisis de estas características permite complejizar una relación que de otro modo corre el riesgo de fluctuar entre una explicación subjetivista que considera el compromiso de los intelectuales con el comunismo como un acto de pura convicción y entrega de sí, y por el reverso, una imagen de la institución partidaria como un mecanismo ciego de imposiciones y órdenes arbitrarias.<sup>95</sup>

Esta investigación se organizó sobre la base a un extenso trabajo de exhumación de fuentes primarias, particularmente periódicos y revistas, aunque también se trabajó con documentos partidarios e institucionales. Sin embargo, fueron los archivos personales los que proporcionaron una fuente tan valiosa como inagotable para reconstruir tramos fundamentales de la historia que aquí se estudia. En este sentido, nuestra deuda con las instituciones que han recuperado, conservado y puesto a la consulta pública estos archivos es difícil de cuantificar, puesto que toda historia de los intelectuales como la que aquí se intenta no puede prescindir de la correspondencia, los diarios personales, las notas azarosas y las confesiones marginales que constituyen tanto la riqueza como la complejidad de este tipo de documentos. Tratándose de un estudio sobre los intelectuales comunistas, estas cualidades se acrecientan, puesto que sin el acceso a estas fuentes difícilmente habiéramos podido seguir el desdoblamiento dramático de Agosti entre sus intervenciones públicas y sus reflexiones privadas, el agotamiento creativo de Alfredo Varela, el sordo sentimiento de exclusión de Raúl González Tuñón o los primeros tanteos críticos del joven José María Aricó.

En efecto, los archivos personales nacen, a diferencia de los administrativos u oficiales, de una distinta “cualidad de intención”, esto es, no proceden de

---

<sup>95</sup> Cfr. Verdès-Leroux (1983, para el caso francés) y Camurça (1988, pp. 65-80, para el caso brasileño). Para una puesta en contexto de los debates entre un enfoque histórico y otro sociológico para pensar la cuestión de los intelectuales ver Poirrier (2004, pp. 145-158) y para un panorama general del campo de producción de la historia de los intelectuales y la historia intelectual europeo y anglosajón ver Dosse (2007).

requerimientos estatales ni de una normativa que obligue, reglamente y tipifique su existencia y evolución.<sup>96</sup> Más allá de la conciencia de sí mismos que puedan tener sus hacedores, un fondo personal proviene siempre de una decisión íntima, de un gesto privado que no supone, como destino *a priori*, su carácter público. Los motivos que llevan a una persona a conservar tramos significativos de su vida a través de documentos escritos, objetos o fotografías no se explican solamente por una vocación de posteridad, y en la mayoría de los casos puede que respondan a estímulos más complejos. Es esa naturaleza distinta la que permite su riqueza y multiplicidad. La constitución de un archivo se inicia con el establecimiento de un orden, el otorgamiento de un sentido para aquello que se desea conservar y en cuya elección ya se establece una jerarquía. Cuando una persona construye su archivo personal comienza en el mismo acto a trazar un mapa sobre el territorio de su propia vida: archiva su vida. Claro que no toda, lo que sería imposible, sino aquellos tramos que en principio juzga relevantes, merecedores de una evocación futura. Archivar no es nunca una práctica neutra. Como ha señalado Philippe Artières, es a menudo la única posibilidad que tiene un individuo de construir una imagen acerca de cómo se ve a sí mismo y de cómo quisiera ser visto por otros y por esta razón responden a una “intención autobiográfica”. Es sobre todo un movimiento de subjetivación: “escribir un diario, guardar papeles, así como escribir una autobiografía, son prácticas que participan más de aquello que Foucault llamaba una *preocupación por el yo*. Archivar la propia vida es ponerse frente a un espejo, es contraponer a la imagen social una imagen íntima, y en este sentido la formación de un archivo es una práctica de producción de sí mismo y de resistencia.”<sup>97</sup> No se trata de que los archivos personales contengan necesariamente alguna verdad oculta u otorguen a quien los aborda una revelación fundamental, pues aunque esto puede suceder, en muchos casos los papeles reunidos por un individuo no son un oráculo ni se bastan a sí mismos. Es necesario trabajar sobre ellos sin olvidar que son producto de una práctica social que responde a

---

<sup>96</sup> Algunas tramos de estas reflexiones sobre los archivos personales fueron publicadas originalmente en la revista *Políticas de la Memoria* (2006/7, pp. 206-211). Para un recorrido sobre el uso de los archivos personales en la historiografía francesa, interesante por su valor programático para nuestro campo de investigación consultar Artières y Kalifa (2012, pp. 7-11).

<sup>97</sup> Artières, 1998, p. 11 y Prochasson, 1998, pp. 105-119.

códigos y normas que es preciso descifrar, que sus datos no son transparentes y que es en el encuentro entre lo privado y lo público donde asumen su compleja significación. En esta tesis hemos tratado de trabajar estos documentos asumiendo esta perspectiva.

Esta investigación está estructurada en torno a un criterio al mismo tiempo cronológico y temático. El primer capítulo está dedicado a reconstruir el mundo intelectual del comunismo argentino en el período previo al estudiado a lo largo de la tesis, es decir, entre los años que van desde la fundación del PCA en 1920 hasta el ocaso del movimiento antifascista en los primeros años de la década del 40, con la clausura de la AIAPE luego del golpe militar de 1943. A través del estudio de un grupo de revistas político-culturales y de los intelectuales que las animaron, intentamos reponer los diversos modos que adoptó el compromiso de los intelectuales argentinos con el comunismo en este período, desde el deslumbramiento y la solidaridad con la Revolución de 1917 y el experimento soviético, pasando por los intentos de crear un arte proletario en el período de “clase contra clase” hasta la defensa de la cultura liberal que caracteriza el período que se abre en 1935 con el cambio de táctica de la Comintern hacia los frentes populares antifascistas.

En el segundo capítulo se analiza el impacto local de las políticas culturales soviéticas del período de Guerra Fría y el proceso de profesionalización del espacio cultural comunista que desde entonces se precipita, tanto a nivel de la creación de estructuras específicas de participación para los intelectuales como en cuanto a la demanda de mayor disciplina y cohesión ideológica. En este contexto, el capítulo aborda la reconfiguración que produjo en el campo de la cultura comunista el acercamiento del partido al peronismo en el año 1952 (episodio conocido como la “crisis Real”, en alusión al entonces secretario de organización del PCA, Juan José Real) y el modo en que este movimiento aceleró la autonomización del comunismo intelectual respecto al espacio de la cultura liberal.

El tercer capítulo estudia la organización en el país del Movimiento por la Paz, la iniciativa frentista más importante del comunismo internacional de posguerra. A través de los itinerarios de Ernesto Giudici, María Rosa Oliver y Alfredo Varela, tres figuras

centrales de esta iniciativa, intenta dar cuenta de las diferentes funciones que los intelectuales asumieron en la articulación de un discurso que combinaba la defensa de la URSS como baluarte del progreso y la paz y los motivos antiimperialistas y nacionalistas que sustentaron el discurso comunista desde fines de la década del 40. El capítulo analiza las dificultades y obstáculos que el llamado pacifista de los comunistas encontró en el contexto argentino, atravesado por la dicotomía entre peronismo y antiperonismo y por los vaivenes que el partido experimentó en su caracterización del gobierno comando por Juan Domingo Perón.

El cuarto capítulo retoma el análisis de la especificidad del antiimperialismo comunista para reconstruir las iniciativas a escala nacional y continental que agruparon a los intelectuales comunistas en torno a la defensa de las culturales nacionales y el combate contra el “cosmopolitismo” norteamericano. A través de la reconstrucción de una serie de debates en torno a las tradiciones literarias y la herencia cultural, se analizará el impacto local de la apelación nacionalista y populista que gobernó la política cultural soviética en este período.

En los capítulos quinto y sexto se analiza el período abierto en 1956 en el contexto de una doble crisis: la del campo cultural argentino producto de la ruptura del consenso antiperonista precipitado por el golpe de Estado de 1955, y la del movimiento comunista internacional a raíz de las revelaciones del XX Congreso del PCUS y la invasión soviética a Hungría. A través de la figura de Héctor P. Agosti se analizará el intento de renovación del espacio intelectual comunista que se inició con la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas celebrada en setiembre de 1956, los alcances y limitaciones que tal intento representó y los supuestos teóricos y políticos que gobernaron los esfuerzos de Agosti por encontrar un lugar para los intelectuales en la estructura partidaria, proponer una lectura del proceso argentino y dotar al comunismo de una línea cultural al mismo tiempo unificada y relativamente pluralista.

En séptimo capítulo tiene como objetivo recomponer algunos momentos de la recepción de la cultura italiana en el país y analizar el modo en que la experiencia de la izquierda comunista italiana impactó en los debates intelectuales del comunismo

local, introduciendo un nuevo orden de problemas estéticos y políticos y articulando un espacio de contestación política y generacional que se manifestó a través de un conjunto de revistas político-culturales de vocación modernizadora. En este contexto, el capítulo aborda el caso específico de la publicación cordobesa *Pasado y Presente* y el modo en que el proceso de recepción de la obra de Antonio Gramsci iniciado por Agosti se articuló con un cambio morfológico del espacio intelectual comunista —y del campo intelectual en general— y derivó en la ruptura que marcará el inicio del ocaso del comunismo intelectual en el país.



## Capítulo 1

### **Revolución y Guerra. Formas de compromiso y trayectos intelectuales en la conformación de un espacio cultural comunista en la Argentina (1920-1945)**

---

La izquierda venera la justicia y la verdad y no la práctica.  
La derecha ni la practica ni la venera.  
La izquierda es desgraciada en su política y bella en su mística.  
La derecha es desgraciada en una y otra.

**André Gide, *El escritor y la política*, 1935**

Hasta finales de la década del '20, la vinculación de los intelectuales con el comunismo fue escasa. A pesar de la enorme repercusión que la Revolución Rusa tuvo en la intelectualidad de todo el mundo, incluida la Argentina, los partidos que se organizaron en torno a la experiencia bolchevique no lograron atraer a sus filas a los intelectuales. Con escasas excepciones, como la de Henri Barbusse en Francia, habrá que esperar hasta la década siguiente para que escritores, artistas, académicos, periodistas y profesionales se conviertan, a través del antifascismo, en militantes comunistas o en “compañeros de ruta”. Aun así, los años '20 argentinos vieron surgir diversos grupos e individuos que bajo el doble impacto de la Gran Guerra y del acontecimiento revolucionario soviético, y aglutinados por la politización de las juventudes universitarias que la Reforma de 1918 extendió desde Córdoba hacia toda América Latina, definieron los primeros modelos del compromiso intelectual con el comunismo en el marco de la internacionalización de las formas de intervención pública de los intelectuales. Completando el arco que va desde el optimismo libertario y entusiasta y la solidaridad moral con el experimento soviético de los primeros años '20, pasando por los intentos de crear un arte obrero y vanguardista, hasta llegar al compromiso con la defensa de la cultura liberal durante el período antifascista, los

intelectuales y artistas argentinos se acercaron al comunismo creando una densa red de revistas de izquierda de vocación independiente. Publicaciones como *Cuasimodo* (1919-1921), *Insurrexit* (1920-1921), *Revista de Oriente* (1925-1926), *Revista de Filosofía* (1915-1929) o *Documentos del Progreso* (1919-1921) se constituyeron en espacios de articulación de una franja del campo intelectual argentino que se hizo eco de la revolución de Octubre y ofreció diversos modos de adhesión o simpatía con el comunismo y lecturas de la experiencia soviética en un clima donde el inconformismo, la devoción por la novedad, el eclecticismo e incluso la equidistancia con la estructura partidaria eran posibles y toleradas. Todavía en los primeros años de la década del '30, cuando el comunismo endureció sus posturas oficiales respecto a la creación artística y la práctica intelectual, revistas como *Actualidad* (1932-1936), *Contra* (1933) y *Nueva Revista* (1934) eran capaces de expresar su adhesión al comunismo al mismo tiempo que hacían convivir diversas concepciones estéticas y culturales, desde los intentos por crear un “arte proletario” hasta las primeras manifestaciones de un antifascismo de corte comunista.

Con el objetivo de reponer el contexto previo al período analizado en esta tesis y teniendo en cuenta que tanto actores como sensibilidades y formas de comprensión del compromiso partidario continuaron operando en el período siguiente, en este capítulo repasaremos el vínculo entre intelectuales y el comunismo en el período que se abre en 1918 con la fundación del PCA, sigue con el cambio de táctica frentepopulista de 1935 y se cierra con el golpe que en 1943 marca el inicio del ascenso político de Juan Domingo Perón. Para ello repondremos las principales características de algunas de las publicaciones mencionadas así como los perfiles de los intelectuales que las animaron, entre ellos Elías Castelnuovo (1893-1982), Hipólito Etchebéhère (1910-1936) y Micaela Feldman (1902-1992), Raúl González Tuñón, Aníbal Ponce y Arturo Orzábal Quintana (1892-1969). Esta periodización no responde al supuesto de que el vínculo entre los intelectuales y el comunismo haya seguido ajustadamente la cronología impuesta por los hechos políticos. Las razones por las cuales los intelectuales se sintieron atraídos por la experiencia soviética y la idea comunista a menudo no guardaron relación con la adopción de una determinada estrategia partidaria. Sin

embargo, el paso de una línea política obrerista y ultrasectaria a otra que promovía la conformación de frentes con otras corrientes políticas, incluidos los partidos reformistas y socialdemócratas, facilitó el acercamiento al partido de ciertas franjas juveniles y emergentes de intelectuales.

El Partido Comunista de la Argentina nació en 1918 como una escisión del socialismo que tomó primero el nombre de Partido Socialista Internacional, y que se constituyó formalmente como Partido Comunista. Sección Argentina de la Internacional Comunista en diciembre de 1920. En ese momento el PSI, que contaba con más de un millar de afiliados, votó por unanimidad el acatamiento de las veintiún condiciones que la Internacional Comunista había fijado para aceptar el ingreso de los partidos en su seno, lo que suponía, además del cambio de nombre, adoptar “estatutos, programas y declaraciones de principio acordes con el marxismo revolucionario”.<sup>98</sup> En estos orígenes remotos del comunismo argentino no participaron intelectuales consagrados, aunque no faltaron, casi en la misma proporción que el elemento obrero, escritores, docentes y profesionales. A diferencia de los socialistas, cuyos principales cuadros dirigentes eran en su mayoría universitarios con gran prestigio en la cátedra y la escritura, los nóveles comunistas carecían de títulos, obra y en su mayor parte provenían de sectores sociales más desfavorecidos.<sup>99</sup> Cuando luego de dos crisis importantes que dejaron fuera del partido nombres que luego tendrán destacada actuación en el mundo intelectual, como el filósofo Héctor Raurich (1903-1963) y la pedagoga mendocina Angélica Mendoza (1889-1960), el elenco dirigente del comunismo local se constituyó en torno a tres figuras principales: José Penelón (1890-1954), obrero tipógrafo; Victorio Codovilla (1894-1970), empleado de comercio, y Rodolfo Ghioldi (1897-1985), maestro de escuela. En 1928, un nuevo fraccionamiento, esta vez encabezado por Penelón, dejó al partido bajo el mando de la dupla Codovilla-Ghioldi, cuya gravitación y poder en la dirección del comunismo argentino solo acabará con la muerte del último en la década del 80.<sup>100</sup> Desde

---

<sup>98</sup> Camarero, 2007, *op. cit.*, p. XXV.

<sup>99</sup> Campione, 2007, pp. 171-172.

<sup>100</sup> En 1922 son expulsados –bajo la acusación de liquidacionismo– un grupo de militantes entre los que se encontraban Alberto Palcos, Pedro Milesi, Luis Koiffman, Silvano Santander y Simón Scheimberg

entonces, el partido adoptará rasgos perdurables en cuanto a sus fuertes vínculos con la URSS y a su total falta de tolerancia hacia las diferencias o críticas internas. La constitución de una “estructura rígida, centralizada y vertical” se mostró como una tendencia tan irrefrenable como incontrovertible a lo largo de la historia partidaria.<sup>101</sup> Esta característica del elenco dirigente será determinante para pensar el modo en que el comunismo argentino gestionó su relación con los intelectuales, los que muy pocas veces lograron ocupar puestos decisivos en los órganos de dirección partidaria. En efecto, la que hacia fines de la década del 20 se constituirá en la “dirección histórica” del comunismo local no contará con intelectuales, incluyendo en esta denominación a los profesionales o a quienes pudieran ejercer “profesiones intelectuales”, a excepción de Ghioldi y su hermano Orestes, también maestro. En las décadas siguientes, y en segura consonancia con las tácticas frentistas articuladas en torno al antifascismo, la presencia de intelectuales en el Comité Central del partido será mayor. En 1945, sobre un total de 14 miembros, integrarán el órgano de dirección, además de Ghioldi, la pedagoga Florencia Fosatti, el dirigente universitario Juan José Real, el abogado Benito Marianetti, la médica Alcira de la Peña y el médico y escritor Emilio Troise.

No se trata de que las dirigencias comunistas argentinas hayan modificado la suspicacia con la que evaluaban el trabajo intelectual ni tampoco que hayan reconsiderado el lugar subsidiario y marginal que le asignaban al mundo de las ideas y la cultura en los procesos de transformación social que aspiraban dirigir; sino que, en

---

(estos últimos provenientes del grupo llamado “tercerista” que ingresó al partido en 1921 luego de romper con el Partido Socialista). A la expulsión de los “frentistas” (en alusión a la discusión sobre los alcances de la estrategia del Frente Único que dio origen a la crisis) siguió en 1925 la de los “chispistas”, esta vez en el contexto de la adopción de la línea de bolchevización adoptada por el partido en su VII Congreso. Entre el centenar de afiliados que fue separado se encontraban importantes dirigentes obreros como Mateo Fossa, Cayetano Oriolo y Teófilo González, además de profesionales e intelectuales como la docente y dirigente gremial Angélica Mendoza, el arquitecto Alberto Astudillo y, provenientes del grupo universitario de orientación libertaria Insurrexit, el filósofo Héctor Raurich y los jóvenes Micaela Feldman e Hipólito Etchébehère. Estos editaron luego el periódico *La Chispa*, de ahí la popularización de su nombre (Cfr. Tarcus, 1997 y 2000). A fines de 1927, y como prelude de la estabilización definitiva de la longeva dirigencia comunista local, se produjo la escisión de los “penelonistas”, en alusión a la figura de José Penelón, máximo dirigente del partido que comandó la disidencia de unos 300 militantes en torno a la discusión sobre cuestiones sindicales, los grupos idiomáticos y la participación en la política municipal. Penelón formó el Partido Comunista de la República Argentina, luego Concentración Obrera, a través del cual tuvo una destacada actuación en el Concejo Deliberante de la Capital Federal (Cfr. Camarero, *ibidem*, pp. XXV-XXXII).

<sup>101</sup> Camarero, *ibidem*, pp. XXXII.

la práctica, le otorgaron a los intelectuales una nueva función.<sup>102</sup> En efecto, el período antifascista que se inició en 1935 fue el contexto para el nacimiento de una generación de intelectuales comunistas de rasgos definidos y perdurables. La idea de que los más altos valores de la cultura y la civilización se hallaban en peligro y que los intelectuales estaban en la obligación de defenderlos tuvo una fuerza de atracción nunca antes experimentada por el mundo comunista, que supo organizar y canalizar el espíritu militante de los hombres y mujeres de la cultura con singular pericia. Hasta ese momento, los motivos por los cuales un intelectual podía sentirse atraído por el comunismo pasaban fundamentalmente por el enorme entusiasmo y solidaridad que despertó el triunfo de la revolución de 1917, su consolidación y los avatares de la construcción del socialismo en un país sometido a largos años de atraso y despotismo.

El inicio de la Primera Guerra Mundial, el malestar económico y el desencanto con la política liberal consolidaron las simpatías hacia aquel experimento político y cultural en el marco de una reconsideración de las figuras de Oriente y Occidente.<sup>103</sup> Como ha señalado Oscar Terán, la prospectiva esperanzadora sobre el futuro del país que constituye el balance casi unánime del siglo XIX comienza a resquebrajarse como resultado de la crisis civilizatoria que provoca el inicio de la Gran Guerra a escala

---

<sup>102</sup> En su documentado estudio sobre las relaciones entre el PCF y los intelectuales a lo largo de más de 40 años, el historiador británico David Caute estableció un esquema de funciones que, aunque aclara que el partido nunca elaboró de manera racional y consiente, puede agruparse lógicamente en cinco categorías que denominó “principios de utilidad”. La primera se basa en el prestigio y tiene una base netamente utilitarista volcada a cooptar grandes firmas. La segunda, de más difícil concreción práctica, alude a la solicitud de que el intelectual desarrolle una competencia profesional exitosa en su campo de conocimiento sobre la base del marxismo-leninismo y con el fin de influir políticamente a otros intelectuales y a la comunidad cultural en general. Subsidiariamente, esta función puede apuntar al incremento del propio nivel ideológico del partido, aunque, afirma Caute, este resultado fuera siempre observado con recelo. La tercera categoría alude a la agitación política de los intelectuales en el seno de organizaciones profesionales o a través de organizaciones unitarias y de la prensa del partido. En cuarto lugar ubica el periodismo político, la función más frecuente y extendida entre las categorías más bajas del espacio intelectual partidario. Por último, y en estrecha relación con la segunda función e igualmente compleja que aquella, coloca la tarea del intelectual que, como creador marxista, buscar guiar y acelerar las actitudes políticas y culturales de las masas (Caute, 1968, pp.37-54). Aunque pensadas para otro partido y en el contexto de otro espacio intelectual nacional, este agrupamiento puede ser observado como una indicación general para pensar el caso argentino, donde predominaron la tercer y cuarta categoría.

<sup>103</sup> Cfr. Sobre la emergencia de la figura del Oriente como posible modelo civilizatorio entre los intelectuales reformistas y latinoamericanistas en la década del 20 consultar el artículo de Bergel, 2006, pp-99-117.

internacional y la nueva etapa política que se abrió en el país con el ascenso del yrigoyenismo. Mientras para algunos intelectuales argentinos ambos hechos conformaban un escenario desolador marcado por el fracaso del liberalismo y la decadencia de los valores del Occidente, para otros, se trataba del inicio de un tiempo nuevo. Este fue el caso de José Ingenieros, a quien la conflagración mundial se le presentó bajo la forma de una inédita reconsideración de la certeza civilizatoria alojada en Europa. El suicidio al que habían decidido encaminarse aquellas “naciones bárbaras” no era algo de lo que los argentinos y latinoamericanos debieran lamentarse, sino un puente hacia el porvenir.<sup>104</sup> Esta “fisura europeísta” en el pensamiento de Ingenieros fue la puerta de entrada para toda una corriente intelectual que dejará de referenciarse en Occidente para pensar el futuro, y acudiendo al llamado antiimperialista estará dispuesta a otear nuevos horizontes, Rusia entre ellos.

A partir de la publicación de *El hombre mediocre* (1913), Ingenieros había comenzado a tomar distancia del credo positivista para reforzar una serie de categorías idealistas de fuerte contenido moral que lo conducirán a una teorización del papel de las elites, y sobre todo de la juventud, como principales fuerzas propulsoras del progreso social.<sup>105</sup> Bajo este prisma a la vez elitista y eticista, Ingenieros saludó fervorosamente la Revolución Rusa en su célebre conferencia del Teatro Nuevo de mayo de 1918, donde postuló que el experimento ruso constituía un avance civilizatorio que se proyectaría hacia el mundo, incluida la Argentina. Así como en la Revolución Francesa y la Revolución norteamericana las “minorías revolucionarias” habían encarnado los ideales del progreso y la razón frente a las fuerzas retrógradas, eran ahora los maximalistas rusos los que llevaban adelante los valores de una nueva civilización sobre los escombros del capitalismo económico y el parlamentarismo liberal. En la obra de regeneración social que se imponía, las “minorías pensantes” estaban llamadas a cumplir un rol fundamental como agentes del cambio histórico.

---

<sup>104</sup> Ingenieros, [1914] 1956, pp. 11-12.

<sup>105</sup> Terán, 2004, pp. 36-40. Para un mayor desarrollo ver Terán, 1979, pp. 84-117, Kohan, 2000, pp. 29-46 y Acha, 2002, pp. 163-182. Sobre el momento antiimperialista del autor de *La Evolución de las ideas argentinas* ver Pita González, 2009.

(...) Los resultados de la gran crisis histórica dependerán, en cada pueblo, de la intensidad con que se definan en su conciencia colectiva los anhelos de renovación. Y esa conciencia solo puede formarse en una parte de la sociedad, en los jóvenes, los innovadores, en los oprimidos, pues son ellos la minoría pensante y actuante de toda la sociedad, los únicos capaces de comprender y amar el porvenir.<sup>106</sup>

En efecto, un discurso generacional articuló el compromiso de estos “hijos de Barbusse” y se materializó, particularmente entre los escritores y artistas que venían de las vanguardias, en una postura antiburguesa e iconoclasta que tomaba su inspiración de la Revolución Rusa y comprendía al marxismo como una teoría de acción revolucionaria. Así en Europa como en América Latina, afirmaba Liborio Justo desde las páginas de *Contra*, un abismo infranqueable se abrió entre la nueva generación que comenzó a diseñarse después de la guerra y los “hombres maduros” que, como piezas de arqueología, representaban todo lo pesado e intrascendente. Dotada de un nuevo “estado de espíritu” e inveteradamente guiada por la voluntad de acción, esta “brillante generación latinoamericana”, afirmaba el futuro dirigente trotskista, es la primera “esencialmente internacionalista y universal en sus ideas. También es la primera que se asoma a las ideas del mundo. Llevando la conciencia de su condición excepcional, su obra debe alcanzar más vigor y ser realizada con más audacia”.<sup>107</sup>

Por otro lado, desde principios del siglo XX modernistas y vanguardistas habían expresado sus simpatías por los contenidos antiburgueses de movimientos como el anarquismo y el socialismo revolucionario, sentimiento que con facilidad se canalizó en la perspectiva de una revolución heroica. El contenido antiburgués de los movimientos obreros –explica Raymond Williams– era muy atractivo para muchos intelectuales y artistas, quienes podían acordar que la burguesía, en tanto agente del capitalismo, era la causa de la reducción a mercancía de los más amplios valores humanos, incluyendo los artísticos. Así como el obrero, el artista era explotado por un mercado que le expropiaba el control sobre sus creaciones y las sometía a la lógica del

---

<sup>106</sup> Ingenieros, (1919) 1956, p. 41.

<sup>107</sup> Justo, Liborio. “Una generación sin maestros”. *Contra. La revista de los francotiradores*, n° 3, julio de 1933, p. 10

éxito o el fracaso comercial, violentando el valor creativo del trabajo artístico y reduciéndolo a la altura de cualquier otro. Por eso los intelectuales fueron antiburgueses también en el sentido que lo era la aristocracia, es decir, en el desprecio por la vulgaridad, el convencionalismo, el moralismo y la estrechez espiritual propios del mundo burgués.<sup>108</sup>

### **Redención y utopía: la década del '20**

A lo largo de los años '20, la ola de simpatías que despertó el experimento soviético entre una fracción de la intelectualidad argentina se articuló bajo la forma de núcleos apartidarios, por lo que su efecto más inmediato se produjo dentro del propio campo intelectual antes que en el político. La “década larga” que se inició con los ecos locales de la Revolución de Octubre, el estallido y expansión de la Reforma Universitaria de 1918 y el ciclo de grandes huelgas obreras de 1918-1919, y que culminó con el golpe de Estado de 1930, se caracterizó por un clima de efervescencia social, política y cultural en el que proliferaron los grupos culturales, las revistas y los emprendimientos editoriales. En el marco de un campo intelectual sometido a un profundo proceso de modernización, los vínculos entre la política y la cultura fueron fluidos y los aires de renovación estética podían converger con distintas posiciones ideológicas sin convertirse en posiciones irreductibles.<sup>109</sup> Uno de los factores más importantes de este proceso fue la consolidación de un periodismo moderno y profesional representado ejemplarmente por los diarios *Crítica* y *El Mundo*. La emergencia de la figura del “periodista profesional”, definió no solamente nuevos tipos de escritor y modos de enunciación literaria sino que otorgó a la palabra de izquierdas una legitimación en el campo intelectual que las futuras embestidas autoritarias ya no lograrán arrebatarse.<sup>110</sup> Los ecos locales de la Revolución Rusa encontraron sus primeros oídos entusiastas entre los escritores y artistas con simpatías anarquistas —en su mayoría de origen inmigrante y volcados hacia una escritura realista— y las vanguardias estéticas. Para Beatriz Sarlo, esta adhesión tuvo un componente moral antes que político, pues la deficiente formación teórica de la mayoría impidió que su lectura de la experiencia

---

<sup>108</sup> Williams, 1988, p. 9.

<sup>109</sup> Tarcus, 2001, p. 749.

<sup>110</sup> Sarlo, 2007, p. 157.



revolucionaria se asentara sobre un análisis político más o menos consistente y lo que prevaleció fue una clave utópica y redentorista. No es esta, por cierto, una particularidad argentina. Henri Barbusse, intelectual clave del período, se afilia al PCF y funda el movimiento Clartè sabiendo poco y nada de marxismo.

Son periodistas, poetas, artistas para quienes las transformaciones realizadas en Rusia ocupan todo el horizonte del cambio posible, manejan escasa información directa y no reparan en los detalles sino en la magnitud del movimiento.<sup>111</sup>

Los nombres de Elías Castelnuovo y Raúl González Tuñón resultan representativos de este momento, aunque en materia de preferencias estéticas se ubiquen en los extremos opuestos. Aníbal Ponce, joven escritor con una sólida formación teórica y de origen universitario, constituye, sin embargo, una figura que escapa a esta tipología y que estará llamado a convertirse en la máxima referencia del espacio cultural comunista durante décadas, aún cuando nunca se afilió al partido.

Elías Castelnuovo fue uno de los varios escritores y artistas de simpatías anarquistas que movilizados por la Revolución Rusa se acercaron a las filas comunistas. Nacido en Montevideo en el seno de una familia de inmigrantes, debido a la estrechez económica que produjo la temprana muerte de su padre debió abandonar la escuela primaria para emplearse como aprendiz de linotipista, oficio que ejercerá a su llegada a Buenos Aires en 1910. Vinculado a los medios anarquistas porteños, en 1917 integra lo que se llamó el ala “anarco-bolchevique” de ese movimiento.<sup>112</sup> Partícipe temprano de la corriente de literatura social de los años ‘20, según Sylvia Saítta la literatura de Castelnuovo fue la que mejor representó las características del grupo de Boedo como corriente cultural:

(...) al sostener el arte social, el populismo, el naturalismo, la visión piadosa de la clase trabajadora, en relatos en los que los límites entre el proletario y el lumpen nunca eran muy precisos, y donde el mundo de los pobres y los humildes solía ser infernal, sombrío y generalmente monstruoso.<sup>113</sup>

---

<sup>111</sup> *Ibidem.* p. 124

<sup>112</sup> Sobre los anarcobolcheviques en el Río de la Plata consultar la tesis doctoral de Doeswijk, 1998.

<sup>113</sup> Saítta, 2001, p. 188.

En 1921, Castelnuovo colaboró en la revista *Cuasimodo*, fundada por el escritor y pedagogo Julio Barcos y el anarquista puertorriqueño Nemesio Canale.<sup>114</sup> *Cuasimodo* reunió en sus páginas desde el narrador realista Álvaro Yunque hasta los jóvenes ultraístas encabezados por Jorge Luis Borges, pasando por la escritora libertaria Herminia Brumana y su esposo el futuro dirigente socialista Juan Antonio Solari, el pedagogo cordobés Saúl Taborda, el joven filósofo Carlos Astrada, los médicos Juan Lazarte y Lelio Zeno... Sin abandonar las posturas anarquistas, sino más bien revisitándolas a la luz de una experiencia revolucionaria exitosa, *Cuasimodo* le brindó un fuerte apoyo a la URSS y demostró un particular interés por los aspectos ligados a la educación, la emancipación de la mujer y otros tópicos que a lo largo de la década del 20 aunaron el entusiasmo de las mentes progresistas de Occidente.<sup>115</sup> La función política del arte y la figura del escritor revolucionario aparecían como cuestiones candentes aunque no cerradas sobre una única respuesta, si bien existía un consenso acerca de que la libertad de creación y la autonomía artística eran el mejor camino para lograr un arte nuevo. El pluralismo político que caracterizaba el equipo de colaboradores, así como el espíritu libertario que los reunía, facilitaba cruces que, como en este caso, hacían convivir preferencias estéticas tradicionales, como el realismo decimonónico o el modernismo latinoamericano, con elogios a las vanguardias europeas.

La lectura de Castelnuovo sobre la experiencia soviética será la de la mayor parte del espectro libertario argentino en los años inmediatamente posteriores a la insurrección de 1917. Por un lado, una recepción en clave idealista y emancipatoria que se entroncaba con la certeza de la inminente extensión de la revolución a las tierras

---

<sup>114</sup> *Cuasimodo* editó 27 números entre junio de 1919 y diciembre de 1921. Los 13 números de la primera época se publicaron en Panamá con el subtítulo “Magazine interamericano de información mundial, afirmación de ideas renovadoras y aquilatación de los valores intelectuales predominantes en España y América”. La segunda época se inicia en Buenos Aires a partir del número 14 de abril de 1921.

<sup>115</sup> Para David Caute, durante el período de la Nueva Política Económica (1921-1928) los intelectuales que simpatizaban con la causa soviética podían constatar en Rusia la existencia de un estado obrero, aunque la pervivencia de la propiedad privada les impedía considerarlo como un estado auténticamente socialista. De ahí que la admiración se centrara en los “aspectos marginales” del socialismo, percepción que se modificará cuando al ingresar a la etapa de los planes quinquenales, la URSS adquiriera la imagen “constructiva y científica” que tanto entusiasmo arrancará en adelante. Cfr. Caute, 1973, p. 88.

rioplatenses; por otra, la puesta en debate de algunos elementos de la propia ideología libertaria que parecían no corresponderse con las formas de poder que se estaban estableciendo en Rusia. Como se ha señalado, el anarquismo local ensayaría interpretaciones cercanas a las que por los mismos años proponía José Ingenieros y que serán determinantes en el anudamiento entre una ideología reformista y el camino abierto por los “maximalistas” rusos. Una de estas coincidencias fue una lectura “vanguardista” que enfatizaba el rol de las elites ilustradas en la construcción de un mundo liberado de la opresión, a las que se les otorgaba un peso mayor y más destacable que la participación de las masas.<sup>116</sup>

Como muchos otros intelectuales de su generación la experiencia de visitar la URSS será determinante en la precipitación del compromiso con el comunismo de Castelnuovo, quien parte a Rusia en 1931. A su regreso publicará *Yo vi...! en Rusia* (Buenos Aires, Rañó, 1933), y luego, *Rusia Soviética. Impresiones de un viaje a través de la tierra de los trabajadores* (Buenos Aires, Rañó, 1933), libros donde combinará aquella visión redentorista con la reafirmación del mito igualitarista en el que vislumbra la solución a sus angustias de escritor proletario. Para Castelnuovo, la revolución les otorgaba a los intelectuales una función precisa, liberándolos de las presiones del mercado y de las veleidades propias del genio individual. Estaban al *servicio* del pueblo por cuenta del Estado y bajo la obligación de resolver los problemas planteados por el nuevo sistema de vida y gobierno. Eran útiles bajo una dirección precisa. La cuestión de la autonomía de la cultura se desvanecía frente al carácter misional de las necesidades revolucionarias.

Rusia, ante los ojos de Castelnuovo, es el lugar donde la pregunta sobre la legitimidad de las jerarquías ha sido contestada a través de su destrucción; y donde se convalida otro deseo intelectual (sobre todo de intelectuales de origen popular): toda diferenciación es antiigualitaria (...).<sup>117</sup>

*Insurrexit. Revista Universitaria*, fue editada por un grupo de jóvenes universitarios del ala izquierda del movimiento reformista que participó, con *Cuasimodo*, de un

---

<sup>116</sup> Cfr. Pittaluga, 2000 y 2002, pp. 179-188

<sup>117</sup> Sarlo, *op. cit.*, p. 126.

mismo clima libertario e inconformista.<sup>118</sup> Inspirada en la experiencia de la revista francesa *Clarté*, *Insurrexit* nucleó a estudiantes universitarios de diversas disciplinas (medicina, abogacía, odontología), jóvenes escritores de vanguardia como Eduardo González Lanuza y Nicolás Olivari, y escritores provenientes del anarquismo como Julio Barcos y Leónidas Barletta.<sup>119</sup> La agenda de *Insurrexit* se centró en el abordaje de la cuestión estudiantil y su articulación con la cuestión social y obrera, aunque también le dedicó un espacio importante a la literatura social y a la política argentina.

El espíritu de la revista se mueve entre el comunismo anárquico y el marxismo libertario donde cabe, incluso, un leninismo leído en clave libertaria, antiparlamentarista y consejista.<sup>120</sup>

La definición de *Insurrexit* en una clave ideológica más precisa que el solo deslumbramiento o solidaridad moral con la experiencia soviética, como es el caso de *Cuasimodo*, puede ser explicada remitiéndose a las características de su colectivo editor, autodefinido “Grupo Universitario *Insurrexit*, comunista antiparlamentario”. Horacio Tarcus ha repuesto los avatares prácticamente desconocidos de esta

---

<sup>118</sup> *Insurrexit* editó 12 números entre setiembre de 1920 y noviembre de 1921.

<sup>119</sup> La revista *Clarté* constituyó un modelo del compromiso intelectual con la experiencia soviética para los intelectuales argentinos, del mismo que lo harían escritores como Henri Barbusse, Romain Rolland y, un poco más tarde, el grupo surrealista. Heredera del impulso internacionalista y pacifista del movimiento *Clarté*, dirigido por Henri Barbusse y apadrinado por Anatole France entre 1919 y 1921, la revista *Clarté* fue creada a fines de 1921 por un grupo de jóvenes comunistas que expresaban una tendencia favorable a la bolchevización y a las ideas de la Comintern, entre los que se encontraban Raymond Lefebvre, Paul Vailant-Couturier y Marcel Fourrier. La revista se propuso romper con los orígenes pacifistas e idealistas del movimiento que la precedía, en desacuerdo con el lugar privilegiado que le concedía a las minorías ilustradas en la construcción de un orden nuevo después de la guerra. Sin renunciar a la independencia respecto a la estructura partidaria, *Clarté* pretendía replicar en el ámbito de la cultura la lucha total contra la burguesía que el Partido Comunista Francés (PCF) llevaba adelante en otros planos. Se trató, fundamentalmente, de la expresión de una fracción juvenil que tomó la revuelta contra la guerra como un punto de partida para su politización y cuya adhesión al comunismo se tradujo bajo la forma de un anhelo de revolución total bajo el modelo de la Revolución Rusa. Entre 1921 y 1925, año en que el debilitamiento de las certezas revolucionarias derivaron en una profunda crisis de identidad, *Clarté* unió el espíritu de revuelta contra la guerra con la denuncia sin cortapisas de la “cultura burguesa”, compartiendo un extendido diagnóstico que indicaba que la conflagración había dejado al desnudo la irremediable decadencia de la civilización occidental y hecho naufragar sin salvación las ideas de justicia y progreso. *Clarté* defendía la existencia futura de una nueva cultura, que ya no tomaría sus recursos ni del humanismo ni del evolucionismo socialista, sino de los valores que el proletariado fuera capaz de fundar una vez triunfante la revolución. Este espíritu antiburgués llevará a *Clarté* a tomar posiciones culturales más radicales que el propio partido y será definitorio para explicar su acercamiento con el surrealismo en 1925, cuando al calor de la guerra de Marruecos el grupo liderado por André Bretón encuentre en la revista un anclaje para su voluntad de compromiso político. Cfr. Racine, 1967, p. 484-519.

<sup>120</sup> Tarcus, 1997, 22-26.

experiencia político-cultural a través de los itinerarios de sus dos líderes: Micaela Feldman e Hipólito Etchebéhère.<sup>121</sup> Hijos de familias inmigrantes instaladas en el litoral santafesino, ambos jóvenes tendrán una temprana politización cuyo trayecto los llevará, entre otros periplos menos agradables, a convertirse en pareja durante 16 años. Fuertemente impactado por los *progroms* desatados durante la Semana Trágica de 1919, de los que es testigo directo desde el balcón de su casa paterna ubicada en el barrio porteño de Once, Hipólito se acerca al anarquismo, abandona la casa familiar e inicia un frenético proceso de formación teórica-política como autodidacta. A los 20 años, el impacto que le produjo la represión y el antisemitismo policial ya han hecho sistema con las resonancias de la Revolución Rusa y el estallido del movimiento reformista universitario en Córdoba. Entonces impulsa el grupo *Insurrexit* a cuyo llamado acuden la estudiante de odontología Micaela Feldman, ya radicada en Buenos Aires, los estudiantes de derecho Héctor Raurich y Francisco Rinesi, los escritores Francisco Piñero, Nicolás Olivari, Herminia Brumana, Eduardo González Lanuza, el lingüista Ángel Rosemblat y el técnico José Paniale.

Lejos de constreñirse en las claves de una adhesión puramente moral, desde sus inicios el grupo se propone considerar la experiencia soviética a la luz de un trabajo de dilucidación del corpus marxista, para lo que se forma un grupo de estudios que funcionará los domingos en el local de la Federación de Empleados de Comercio, que también cede el espacio para las reuniones de la revista. El grupo se disuelve en 1924, apenas un año después de haberse formado, y Etchebéhère, Feldman, Raurich y Paniale ingresan al PCA. Al poco tiempo, en el contexto de las discusiones abiertas por la línea de bolchevización adoptada por el partido en su VII Congreso, son expulsados junto a importantes dirigentes obreros.<sup>122</sup>

---

<sup>121</sup> Tarcus, 2000, p. 38-50.

<sup>122</sup> En su VII Congreso Nacional, celebrado en diciembre de 1925, el PCA adoptó la línea promovida por la Comintern bajo la consigna de la “bolchevización”, cerrando parcialmente una etapa de sucesivos fraccionamientos. Esto significó la asimilación de las pautas organizativas y sociales del partido leninista, según la interpretación difundida por la IC, y supuso la implantación de concepciones monolíticas, burocráticas y contrarias a las expresiones de disidencia. En concreto, se trataba de la aplicación del “centralismo democrático”, de la conformación de un grupo dirigente y de un aparato clandestino permanente de revolucionarios profesionales, de la proletarización del partido hasta lograr una composición esencialmente obrera y de la generación de una estructura celular como forma de

A veces no fueron las razones culturales o políticas sino las humanitarias las que sirvieron de puente entre los intelectuales y el comunismo. Durante estos años fueron muchos los escritores y artistas que se organizaron para ayudar al pueblo ruso y expresar su simpatía por la revolución más allá de los “pleitos políticos”, como fue el caso del “Comité de ayuda a los hambrientos rusos” y el “Comité de Ayuda a los Estudiantes Rusos Víctimas del Hambre”, el que luego se transformó en “Comité de Ayuda Obrera”. La definición de un compromiso con la Revolución Rusa que ponía entre paréntesis la adhesión al comunismo local fue la postura que adoptó la *Revista de Oriente*, órgano de la Sociedad de Amigos de Rusia, creada en 1925 por la empeñosa iniciativa del abogado Arturo Orzábal Quintana.<sup>123</sup> Hombre culto proveniente de una familia de militantes y políticos de alcurnia, formado en Francia y ligado al círculo de jóvenes reformistas que rodeó a José Ingenieros en sus últimos días, Orzábal Quintana tal vez sea ejemplo típico del compañero de ruta cuya adhesión a la experiencia soviética nunca se tradujo en la convicción de que aquella pudiera replicarse en su país de origen.<sup>124</sup> Así, permaneció fiel a sus convicciones antiimperialistas y latinoamericanistas y nunca se afilió al comunismo, aunque fue partícipe destacado y visible de las organizaciones frentistas promovidas bajo la órbita del antifascismo, a las que prestó su prestigio y cualidades organizativas. Este compromiso equidistante y dotado de una clave de lectura autónoma de las direcciones comunistas fue también el de la *Revista de Oriente*, que en su primer número declaraba a modo de presentación:

La última guerra europea ha acelerado el despertar de una nueva conciencia humana. Una tragedia tan inmensa no podía resultar estéril. Por encima de los escombros de la guerra, Rusia encarna hoy el anhelo universal de realizar una humanidad nueva y por eso, frente a la política imperialista de Occidente representada por Estados Unidos, es para nosotros el símbolo de una nueva civilización.<sup>125</sup>

La vinculación entre los estragos de la Gran Guerra y el nacimiento de una esperanza de regeneración humana que ofrecía Rusia, fue un discurso generacional que atravesó

---

organización elemental de los militantes. Cfr. Camarero, 2007, *op. cit.*, p. XXVII. Sobre la expulsión del grupo de Etchebéhère y los “chispistas” consultar Tarcus, 1997, *op. cit.* y 2000, *op. cit.*

<sup>123</sup> *Revista de Oriente* editó 10 números entre junio de 1925 y setiembre de 1926.

<sup>124</sup> Bergel, 2007, pp. 477-479

<sup>125</sup> *Revista de Oriente*, n° 1, junio de 1925, p. 1

el mundo.<sup>126</sup> La toma de posición frente al conflicto y la masacre será decisiva para definir el impulso revolucionario de numerosos intelectuales, del mismo modo que a través de esa generación “nacida de la guerra” el comunismo occidental encontró sus primeros adherentes en las conciencias espantadas de la cultura humanista.

La *Revista de Oriente* también mantuvo una estrecha relación con *Clarté*, evidente tanto en la cita explícita y la traducción de artículos, como en la emulación de un formato que incluía una amplia representación de corrientes de pensamiento y pertenencias políticas.<sup>127</sup> Sin embargo, su cerrada defensa de la autonomía de la acción cultural la acercaba más al espíritu idealista y pacifista del movimiento que al revolucionarismo vanguardista de la revista. Así, en su penúltimo número de junio de 1926, al retornar luego de una pausa provocada por problemas económicos de los que, se explicaba, ninguna “tribuna idealista” estaba exenta, la revista afirmaba:

Por lo que a nosotros toca, no hacemos sino ratificarnos en nuestro programa. No toleraremos que nuestro se pretende convertir nuestro proyecto en instrumento de esta o aquella organización política o ideológica. La unidad de propósitos sobre la base de la simpatía hacia Rusia es nuestra base, y dentro de ella aspiramos a vincular obreros e intelectuales, comunistas, socialistas, anarquistas, sindicalistas, y sin partido, para construir en nuestro país la sólida organización que defienda y auspicie la obra soviética, que es el anticipo de una sociedad mejor.<sup>128</sup>

La *Revista de Oriente* actuó, hacia mediados de la década del ‘20, como una revista de pasaje. Hacia atrás, representó un cambio en la percepción de la experiencia soviética, en el que el signo de absoluta novedad “cede su lugar a un esfuerzo más sereno por comprender los complejos caminos de la construcción del socialismo en la URSS, a una acción más realista y pragmática por contribuir a romper el aislamiento del Estado

---

<sup>126</sup> Para un análisis de la *Revista de Oriente* en el marco de la reconsideración de la figura del Oriente entre los intelectuales antiimperialistas argentinos ver Bergel, 2006, *op. cit.*

<sup>127</sup> La lista de los colaboradores de *Revista de Oriente* da cuenta de la amplitud política y estética que la revista esperaba cobijar bajo un mismo apoyo a la obra constructiva y civilizatoria que se estaba realizando en Rusia, al mismo tiempo que evidencia la vocación latinoamericanista de su director: Julio Barcos, Augusto Simon, Enrique González Lanuza, Jacobo Fijman, Raúl Scalabrini Ortiz, Oscar Herrera, Víctor Raúl Haya de la Torre, César Tiempo, Moisés Kantor, José Ingenieros, Herminia Brumana, Alfredo Palacios, Oscar Montenegro Paz, Fernando Márquez Miranda, Gabriel Moreau, José Carlos Mariátegui, Julio Antonio Mella, Nicolás Olivari, Brandan Caraffa, entre otros.

<sup>128</sup> *Revista de Oriente*, n° 7/8, junio de 1926, p. 1

Soviético. El clasismo inicial se complejiza con una perspectiva antiimperialista”.<sup>129</sup> Hacia adelante, significó el fin de un modo de compromiso intelectual con la experiencia soviética que podía mantenerse en un plano moral y solidario con un acontecimiento cuya magnitud era directamente proporcional a las reservas que despertaban sus encarnaciones locales.

### **La cultura entre el proletariado y el antifascismo: los primeros años '30**

Entre 1927 y 1929, el comunismo argentino estabilizará el repertorio político que lo acompañará hasta 1935. En su VIII Congreso Nacional de noviembre de 1928, el partido adoptó la línea conocida como *clase contra clase* o *tercer período*, de acuerdo a la orientación propiciada por la Comintern y definitivamente consagrada en su sexto congreso de julio-agosto de 1928. En líneas generales, se trataba de un diagnóstico en clave catastrofista del desarrollo capitalista mundial, cuya caída ahora aparecía como inminente. En este contexto se propició una caracterización de los sectores medios y de los partidos socialdemócratas como elementos reaccionarios frente a los cuales la clase obrera debía ensayar una absoluta intransigencia, al mismo tiempo que llamaba a profundizar el trabajo sindical mediante la creación de organismos gremiales revolucionarios por fuera de los sindicatos existentes. En este mismo congreso, el comunismo argentino adoptará de un modo prácticamente definitivo una lectura en clave “feudal” para comprender las formaciones económico-sociales latinoamericanas. Las tesis allí aprobadas definieron el carácter de la revolución argentina como “agraria y antiimperialista” la que adoptaría la forma “democrático-burguesa” antes que socialista.<sup>130</sup>

En este contexto, el comunismo se embarcó en una etapa que combinó su propia hostilidad hacia otras las otras corrientes políticas, incluidos los sectores izquierdistas del socialismo, con el inicio, luego del Golpe de 1930, de una fuerte embestida represiva que puso al partido en la ilegalidad y lo convirtió en objeto dilecto de persecuciones políticas y policiales. En el marco de esta perspectiva obrerista y ultraizquierdista, el partido comenzó un exitoso proceso de inserción en el movimiento

---

<sup>129</sup> Tarcus, 2004, *op. cit.*

<sup>130</sup> Lvovich y Fonticelli, 1999, pp. 199-221.



obrero, al mismo tiempo que será en estos años que comiencen a delinearse las primeras formaciones intelectuales comunistas en torno a revistas como *Actualidad*, *Nueva Revista* y *Contra*. A diferencia de lo que podría pensarse, este momento de la vida comunista, caracterizado por una militancia decididamente volcada hacia la clase obrera y refractaria de cualquier concesión o alianza con otros sectores sociales, no dejó por eso de concitar el entusiasmo de los intelectuales y artistas, que se acercaron al partido promoviendo una serie de publicaciones cuyos perfiles se delinearon en torno a los intentos de constituir una “cultura proletaria” y las primeras manifestaciones de un antifascismo de signo comunista.

En esos años el comunismo argentino alentará una política cultural encaminada a la difusión del marxismo y los logros de la experiencia soviética en terrenos como el cine y la literatura, la denuncia del arte burgués e imperialista y la promoción de un arte de denuncia social centrado en la figura del obrero y la moral militante. A través de un circuito integrado por bibliotecas obreras, centros de colectividades nacionales, teatros como el Marconi y el Excelsior y cines como L’Etoile Palacer y Estándar, los comunistas intentaron difundir la “cultura proletaria” estableciendo una separación al interior del espacio cultural de las izquierdas, pues la “cultura burguesa” terminó por designar la literatura social, el reformismo socialista de la revista *Claridad* o el teatro popular impulsado por Leónidas Barletta. La extensión al plano de la cultura de la lucha de “clase contra clase” se vio dificultada al menos en tres aspectos. Primero, el partido solo fue capaz de imponer un control sobre las producciones intelectuales en el plano político-ideológico, pero no en el terreno de la creación artística. Segundo, la efectiva solidaridad de muchos intelectuales no comunistas con la Unión Soviética e incluso con las organizaciones y la prensa del partido, unido a una producción de clara vocación social que resultaba difícil descalificar, impedía en la práctica establecer una confrontación total en el plano cultural. Por último, la existencia de un circuito de sociabilidad intelectual que, más allá de cualquier dirección partidaria, hacía difícil

concretar divisiones rígidas entre los propios escritores o artistas con una común vocación social y simpatías izquierdistas.<sup>131</sup>

Con el trasfondo un tanto tardío de los procesos soviéticos, en Buenos Aires Elías Castelnuovo animará junto a Roberto Arlt la revista *Actualidad*, publicación mensual ilustrada que aparece entre 1932 y 1936 y que Castelnuovo dirige durante las primeras doce entregas.<sup>132</sup> Encuadrada en esta concepción de la cultura como continuación de la lucha de clases, en ocasión de su primer aniversario *Actualidad* reafirmaba su definición como “una voz genuinamente proletaria en esta hora decisiva para las clases antagónicas de la sociedad, que vienen librando cada día una lucha más áspera en todos los terrenos”.<sup>133</sup> La revista aspiraba a convertir a sus lectores en redactores, periodistas o dibujantes, confiando en que el arte proletariado debía ser, en primer lugar, un arte hecho por proletarios. También promovió la creación de organizaciones culturales autónomas, como el Teatro Proletario,<sup>134</sup> y en 1932 creó la Unión de Escritores Proletarios, cuyos estatutos fueron redactados por Arlt y Castelnuovo bajo la inspiración de la Asociación Rusa de Escritores Proletarios (RAAP).<sup>135</sup> En su Declaración de Principios, aprobada por el partido en 1932, la organización afirmaba:

Como una consecuencia de los tiempos que vivimos aparece, en la tierra, el escritor proletario. Aparece en Europa primero, donde la lucha es más tirante y aparece luego en América del Sur, donde la tirantez comienza a extremarse (...).

---

<sup>131</sup> Cfr. Aricó, José María y Caldelari, María. “La AIAPE como organización cultural de nuevo tipo”. Documento inédito, AJMA/Universidad Nacional de Córdoba. Caja 5, folio 2, c. 1988

<sup>132</sup> *Actualidad artística - económica - social. Revista Ilustrada* editó 32 números a lo largo de cinco años.

<sup>133</sup> “Nuestro primer aniversario”, en *Actualidad*, n° 12, febrero de 1933, p. 2

<sup>134</sup> El teatro Proletario comienza sus funciones en 1932 con la obra “Madre Tierra”, de Alejandro Berutti, utilizando como escenario sindicatos y bibliotecas obreras. Bajo la dirección de Ricardo Passano, participaron de esta breve experiencia (su última función es en 1935) los “artistas del pueblo” Guillermo Facio Hebequer y Abraham Vigo con sus escenografías. Varios años después Raúl Larra recordaba aquella experiencia como un gesto de rebeldía bien intencionada pero inútil: “Un arte proletario no se correspondía con la época ni con el país. En momentos en que en el mundo avanzaba el fascismo, afirmar lo proletario como sinónimo de revolución era aislarse de otros preciosos aliados para detener aquella amenaza. Por otra parte no se podía oponer el Proletariado a la Nación, que padecía el subdesarrollo y la dependencia (...) Un arte proletario, tal como lo entendían sus abnegados y heroicos integrantes no servía eficazmente en modo alguna a la causa revolucionaria”, Larra, 1978, pp. 86-87.

<sup>135</sup> La RAAP fue la organización más representativa en el terreno de la literatura de la “revolución cultural” desarrollada en la URSS durante el primer plan quinquenal con el objetivo de crear una “intelligentsia proletaria” mediante el método de la guerra de clases. Cfr. Fitzpatrick, 1984, *op. cit.*, pp. 28-36.

Entre los escritores proletarios y los burgueses hay una diferencia fundamental. El escritor burgués, ciego ante la vida, hace solamente observaciones que, sin poner el menor obstáculo, son aceptables para la burguesía. Sus ideas y sus actividades son de tal índole, que no sacuden en lo más mínimo el armazón del estado actual. Naturalmente, el escritor capitalista-burgués no quiere tomar en cuenta la lucha de clases.

El escritor proletario, del otro lado de la barricada, es la fuerza propulsora. Su tarea no es la de satisfacer el gusto de sus lectores. El escritor proletario trabaja para forzar la lucha de clases y acelerar la inminente caída del sistema capitalista.<sup>136</sup>

El acercamiento de Roberto Arlt a las iniciativas culturales comunistas se reveló, a fuerza de polémicas y anatemas, más fugaz que la de Elías Castelnuovo, que permaneció como compañero de ruta hasta la segunda mitad de la década del '40, momento en que su acercamiento al peronismo lo convirtió, a los ojos comunistas, en un representante de la "reacción filofascista". Según el testimonio de Raúl Larra fue Rodolfo Ghioldi quien propició la incorporación de Castelnuovo y Arlt al equipo de colaboradores del diario *Bandera Roja* (1932), del mismo modo que fue Ghioldi quien los enfrentó en sucesivas oportunidades, propiciando el alejamiento del autor de *El Jugete Rabioso* y frustrando la afiliación de Castelnuovo a pesar de sus repetidas muestras de fidelidad y empeño militante, entre las cuales la adopción de los criterios estéticos afines al comunismo no era la menor.<sup>137</sup>

Esta voluntad de adecuación de la obra artística a la obediencia partidaria no fue la del poeta Raúl González Tuñón, quien en 1933 dirigió uno de los emprendimientos culturales de afinidades comunistas que tradujo de modo ejemplar el intento de conjugar vanguardia política y vanguardia estética en un programa moderno y revolucionario. Nacido en el seno de una familia humilde, tempranamente iniciado en los oficios manuales, Tuñón comparte con Arlt y Castelnuovo un perfil frecuente en los intelectuales que se sintieron atraídos por el comunismo en aquellos tiempos de intransigencia clasista y autoritarismo estatal. Pero a diferencia de aquellos, se convertirá en el poeta máximo del comunismo argentino, aun cuando la suspicacia haya sido siempre el prisma desde el cual la dirigencia partidaria evaluó su desempeño como militante y escritor. El vínculo de Tuñón con las vanguardias se remonta a 1923,

---

<sup>136</sup> "De la Unión de Escritores Proletarios", en *Actualidad*, n° 3, junio de 1933, p. 45.

<sup>137</sup> Sobre la polémica entre Ghioldi y Roberto Arlt consultar Aricó, 1986, pp. 22-26.

cuando a los 18 años, y ya iniciado en la vida bohemia urbana que será la primera fuente de inspiración de su trabajo poético, participe en *Inicial. Revista de la Nueva Generación* (1923-1926). Un año después, ya está colaborando en *Proa* (1924-1925) junto a Jorge Luis Borges, Brandán Caraffa, Pablo Rojas Paz y Ricardo Güiraldes; y luego en *Martín Fierro* (1924-1927), dirigida por Evar Méndez.<sup>138</sup>

Cuando comience la década del '30, Tuñón ya habrá experimentado dos referencias cruciales para su derrotero posterior: su trabajo como periodista en el diario *Crítica*, dirigido por Natalia Botana, pródiga fuente de trabajo para los intelectuales comunistas, que llegaron a organizar allí una célula; y el viaje europeo que emprende en 1929 y a través del cual toma contacto con los artistas que en el mundo de entreguerras comienzan a vincularse a la política sin abandonar la vida bohemia. El periodismo le significa una oportunidad para tomar contacto con la realidad social y asomarse a los acontecimientos políticos que sacudieron una época que cambió definitivamente con el inicio de la Guerra Civil Española. La experiencia del viaje —a la que accede por su calidad de periodista— le ayuda a incorporar a su literatura y su biografía una referencia cosmopolita y una sensibilidad internacionalista que constituirán un rasgo central de su trabajo poético y de su ideología de escritor público.<sup>139</sup>

Si bien no puede ser considerada estrictamente como una revista comunista, la experiencia de *Contra* expresa el inicio del proceso de politización de Tuñón como compañero de ruta del PCA, al mismo tiempo que el intento de materialización de una “cultura proletaria” en la que las innovaciones estéticas aparecían integradas a las exigencias políticas de la certeza revolucionaria. De la convicción sobre la necesidad de este entrecruzamiento da cuenta la confluencia en las páginas de *Contra* de escritores y artistas provenientes tanto de los grupos del arte social como de las vanguardias estéticas de la década anterior: Cayetano Córdova Iturburu, Ulyses Petit

---

<sup>138</sup> Sobre Tuñón se puede consultar la voz correspondiente en el diccionario de Tarcus, 2007, *op. cit.*, p. 282-284 y la biografía de Pedro Orgambide (1988). Sobre la revista *Inicial* ver Rodríguez, 2003, pp. 7-43, sobre *Proa* el estudio de Rose Corral y Anthony Stanton, 2012, pp. 13-59 y sobre *Martín Fierro* consultar Sarlo y Altamirano, 1997, pp. 221-260.

<sup>139</sup> Sarlo, *op.cit.*, 2007, p. 171.

de Murat, Julio Payró, Liborio Justo, Álvaro Yunque, Leónidas Barletta, Nydia Lamarque, Jorge Luis Borges, Nicolás Olivari, Vicente Barbieri, Oliverio Girondo, José Gabriel, entre otros. Lo mismo ocurrió con los artistas plásticos, cuya importante participación en la revista la convirtió en la primera publicación filocomunista que le dedicó un amplio espacio a las artes visuales.<sup>140</sup> Del mismo modo que lo hizo *Actualidad, Contra* abordó el problema de la relación entre el arte y la política, de la contraposición entre arte puro y arte propaganda, al mismo tiempo que promovió la sindicalización de las actividades artísticas en organizaciones propias por fuera de las “instituciones burguesas” que se estaban creando por los mismos años, como la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y el Círculo de Prensa. En su último número publicó el “Manifiesto de la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios”, iniciativa promovida en Rosario por el artista plástico Antonio Berni tras las huellas de la propuesta muralista del artista mexicano David Alfaro Siqueiros.<sup>141</sup>

*Contra. La revista de los francotiradores* tuvo una breve existencia de apenas cinco números, lo suficiente para ser considerada una referencia fundamental para aproximarse al clima de ideas que inauguró el golpe militar de 1930, así como a las complejas relaciones entre el mundo intelectual y el comunismo. Desde el primer número, Tuñón estuvo dispuesto a hacer explícitas sus actitudes revolucionarias apelando a una autobiografía que bien podía transformarse en colectiva: se define en relación a una pertenencia generacional (un intelectual joven), un descubrimiento vital (el mundo intelectual de la Europa de posguerra), un acontecimiento fundador (la Revolución Rusa) y una ubicación específica en el mundo intelectual (periodista de un diario moderno como *Crítica*). Bajo estas coordenadas definirá su compromiso con el comunismo en términos similares a los que años antes pasaban por la pluma de los jóvenes de *Clarté*: se trata de una sensibilidad y no de un saber, de una certeza que el poeta debe anunciar sin detenerse en discusiones estériles ni ambiciones de ortodoxia. Pero es también una elección racionalmente meditaba, una “mentalidad revolucionaria” que pone al servicio del proletariado un capital cultural conquistado

---

<sup>140</sup> Lucena, 2009, pp. 7-9.

<sup>141</sup> Sobre la gira latinoamericana de Siqueiros y los intentos de crear un muralismo argentino ver Rossi, 2004, pp. 83-125 y Azuela de Cueva (2008), pp. 109-144.

con esfuerzo. *Contra* no es una revista marxista —si por tal se entiende aquellas dedicadas al esclarecimiento doctrinal como *Soviet*— sino una revista de cultura comunista, proletaria y revolucionaria.<sup>142</sup> Como lo advertía la revista católica *Criterio*, *Contra* era una revista de militancia bolchevique cuyos redactores, sin embargo, poco sabían de comunismo.<sup>143</sup>

*Contra* se ubicó en un doble frente de disputa dentro del campo intelectual argentino. Por un lado, opuso el experimentalismo estético y el radicalismo político al conservadurismo artístico y el reformismo social de los escritores sociales ligados a la revista *Claridad*, con quienes sin embargo compartía posiciones antiimperialistas y antifascistas. Por otro, combatió la “modernidad institucionalizada” de la revista *Sur*, disputándole el legado vanguardista.

*Contra* es martinfierrista porque continúa el momento extremista de la renovación estética, pero desplazándolo a la izquierda. En este sentido completa un movimiento realizado por *Martin Fierro*, pero acentúa tendencias que solo estaban tenuemente inscriptas en esta revista: su propaganda es por el expresionismo alemán y ruso, por el surrealismo (...). Además, en política, la posición de *Contra* no concluye, como la de los intelectuales de *Claridad*, en el antifascismo y el antiimperialismo. Su programa tiene a la revolución como tema.<sup>144</sup>

Como ha señalado Silvia Saítta, buena parte de los artículos de *Contra* deben ser analizados a la luz de debates estéticos-ideológicos sobre el arte político que caracterizaron el período que se extendió entre 1928 y 1934, es decir entre las primeras medidas de control que el PCUS adoptó sobre la producción artística y el establecimiento del realismo socialista como estética oficial. En su consensuada defensa de la necesidad un arte revolucionario cuyos modelos podían ser buscados en el surrealismo, la nueva literatura rusa o los escritores de izquierda norteamericana, *Contra* sostiene un “proyecto en el cual los procedimientos formales de la vanguardia

---

<sup>142</sup> Revista editada por el Comité Central del Partido Comunista, Sección Argentina de la Internacional Comunista entre 1933 y 1935.

<sup>143</sup> Cfr. Saítta, 2005, p. 23. La única excepción, afirmaba la publicación católica, era la poeta Nydia Lamarque, quien en el primer número le dedica un extenso artículo a la figura de Lenin como prototipo del “héroe marxista”. Sus artículos sobre la Unión Soviética le valieron a esta traductora de Baudelaire el reconocimiento de la revista *Las noticias soviéticas*, órgano oficial de la influyente Oficina de Relaciones Culturales entre la URSS y el Extranjero, que la invitará a responder una encuesta sobre el porvenir de la cultura soviética junto a prominentes figuras del arte y la ciencia de todo el mundo.

<sup>144</sup> Sarlo, 2007, *op.cit.*, p. 144.

estética son inseparables de sus contenidos ideológicos”.<sup>145</sup> El arte revolucionario, entonces, se define por su diferencia tanto del arte puro como del romanticismo proletario y el arte social. “Brigadas de choque” el poema que envía a Tuñón a la cárcel y precipita el cierre de *Contra*, resume a modo de manifiesto y programa estético—político el espíritu que animó la intensa vida de la revista de los francotiradores.

### **Ponce y los inicios del antifascismo comunista**

Nacido en 1898 el seno de una familia de profesionales liberales (su padre era escribano y su madre maestra), Aníbal Ponce tuvo una formación clásica para un integrante de la flamante clase media porteña. Luego de egresar con medalla de oro del Colegio Nacional Central (hoy Colegio Nacional de Buenos Aires), ingresó a los 18 años en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, al mismo tiempo que publicaba su primer folleto, dedicado a Eduardo Wilde. Ensayista dotado de una pluma brillante, comienza tempranamente a colaborar en revistas culturales y científicas, labor que se ve acrecentada a partir de la estrecha relación que traba con José Ingenieros, que se convertirá en su maestro y amigo. Cuando éste muera en 1925, Ponce asumirá la dirección de la *Revista de Filosofía* hasta su cierre definitivo en 1929.<sup>146</sup> Inaugurando un derrotero que se repetirá en otros intelectuales comunistas de su generación, deja trunca su carrera universitaria cuando es injustamente aplazado en un examen final, lo que no le impide abocarse a los estudios psicológicos, a los que les dedica libros y folletos, además de desempeñarse como titular de la materia de Psicología en el Instituto Nacional de Profesorado. Participante activo de la Reforma Universitaria, Ponce pertenecerá a ese sector del antifascismo que encontró en el “espíritu del 18” un punto de reconocimiento ideológico y generacional, como también fue el caso del psiquiatra cordobés Gregorio Bermann, durante décadas compañero de ruta del PCA.<sup>147</sup> La experiencia reformista será para Ponce un momento decisivo, comparable con el impacto de la Revolución Rusa ocurrida un año antes. Ambos acontecimientos le parecerán vinculados por un mismo

---

<sup>145</sup> Saítta, 2005, *op. cit.*, pp. 13-33.

<sup>146</sup> Sobre la *Revista de Filosofía* consultar Rossi, 1999, pp. 13-62

<sup>147</sup> Cfr. Celentano, 2006.

impulso redentor, y cuando en 1927 le toque prologar el libro de Julio V. González sobre la Reforma Universitaria no dudará en afirmar “que las mismas llamas que enrojecían a Oriente incendiarían, con nosotros, la universidad”.<sup>148</sup>

Formado en la admiración a los escritores de la generación del ‘80 y los pensadores liberales franceses como Hippolyte Taine y Ernest Renan, su primera matriz de pensamiento estará articulada en torno al liberalismo positivista. Según la periodización propuesta por Oscar Terán, el pensamiento de Ponce se abrirá a una nueva etapa hacia fines de la década del 20, cuando su conferencia “Examen de conciencia”, dictada en la Universidad Nacional de La Plata, permita advertir no solo el impacto de la experiencia soviética sino el decidido viraje hacia posiciones socialistas, las que abrazará expresamente hacia los primeros años de la década siguiente.<sup>149</sup> En 1933, habiendo asumido el programa marxista y siendo ya públicas sus simpatías comunistas, Ponce participará en Montevideo del Congreso Latinoamericano contra la Guerra Imperialista, evento motorizado por los comunistas. Al regreso de su tercer viaje europeo y su primera estadía en el país de los soviets, funda junto a Raúl Larra, Emilio Troise, Alberto Gerchunoff, Vicente Martínez Cuitiño, Cayetano Córdova Iturburu (1899-1977) y Rodolfo Puiggrós, la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE). En su momento de mayor compromiso con el marxismo y la causa antifascista crea la revista *Dialéctica* (siete números en 1936) y al mismo tiempo la editorial del mismo nombre, desde donde difunde textos clásicos del marxismo, algunos publicados por primera vez en español. Exonerado de su puesto de profesor ese mismo año de intensa militancia, y consciente de que a pesar de las protestas públicas el cargo no le sería restituido, Aníbal Ponce decide exiliarse en México. Al año siguiente ya se desempeña como profesor de la Universidad de Morelia, donde poco tiempo después será designado rector. En el otoño de 1938, mientras se dirigía a dictar una conferencia sobre Marx, un accidente

---

<sup>148</sup> Sobre el itinerario biográfico de Aníbal Ponce consultar la voz correspondiente en el diccionario de Tarcus, 2007, *op. cit.*, pp. 518-520. Los comunistas escribieron abundantes artículos sobre Ponce y varias biografías, una de éstas pertenece a su discípulo Héctor P. Agosti (1974).

<sup>149</sup> Cfr. Terán, 1986, pp. 131-178



automovilístico lo enviará al hospital gravemente herido. Pocos días después, el 18 de mayo, muere a punto de cumplir los 40 años.

En 1934, Ponce editará junto a Faustino Jorge, Cayetano Córdova Iturburu y Álvaro Yunque, *Nueva Revista*, una breve publicación que se proponía denunciar el avance de la reacción, el imperialismo y el clericalismo en el ámbito escolar y universitario, al mismo tiempo que alentaba la formación de un frente popular que, sobre la base de la unidad de la clase obrera, se presentaba como la única opción capaz de enfrentar la guerra y el fascismo.<sup>150</sup> Publicación bisagra entre el fin del tercer período y el inicio de la etapa de los frentes populares, *Nueva Revista* sostendrá junto a Aníbal Ponce la idea de que ante la nueva barbarie emprendida por el capitalismo solo la clase obrera era capaz de asegurar a la humanidad el mantenimiento de los principios del progreso y la razón. El hilo rojo que recorre la obra de Ponce, afirma Horacio Tarcus, es el proletariado soviético realizando el programa incumplido del humanismo burgués

Abandonada por la burguesía decadente y recuperada por el proletariado ascendente, para Ponce la Filosofía del Progreso cambiaba de manos pero proseguía su marcha histórica. Mientras los ideólogos burgueses lanzaban sus diatribas contra el maquinismo y la “racionalización”, la antigua “confianza en el progreso, en los ideales humanos, en el conocimiento racional” es recuperada ahora por un marxismo entendido como una versión proletaria de la Filosofía del Progreso.<sup>151</sup>

Si la crisis civilizatoria que comenzó con el estallido de la Primera Guerra Mundial y se consumó con la llegada de Hitler al poder de Alemania dio lugar, en el terreno de la cultura y por medio de las vanguardias, a una crítica radical de la fe en el progreso y la razón y a un rechazo visceral de la tradición, el arte y las instituciones burguesas, en el pensamiento de Ponce la insistencia en la ruptura violenta y definitiva con el pasado y la subsecuente aspiración de arrasar con la cultura existente, no pasaba de ser un capricho de intelectuales pequeñoburgueses. Del mismo modo que experiencias como las del movimiento Proletkult, con su desprecio por el estilo y su vocación didactista, se le aparecían como una “torpe jactancia de analfabetos”. Así, refiriéndose a Maiakovski y los futuristas rusos afirmaba en 1935:

---

<sup>150</sup> *Nueva Revista* editó cuatro números entre 1934 y mayo de 1935.

<sup>151</sup> Tarcus, 2009, p. 17.

Mientras el poder obrero, con Lenin a la cabeza, se esforzaba por asimilar críticamente la cultura universal y en incorporarla a la actividad cultural de las masas obreras y campesinas, los grupos inquietos de la pequeña burguesía pensaban que servían mejor a la revolución no preocupándose tanto en forjar un arte nuevo, como de arrasar, prácticamente, con el arte. Bajo en antifaz de la revolución, Arlequín irrumpía con su nihilismo bohemio, su declamación de café, sus fanfarronadas de media noche; e irrumpía proclamándose la vanguardia estética del proletariado y exigiendo nada menos que la dictadura revolucionaria sobre el frente cultural.<sup>152</sup>

En un momento en que el mundo se debatía frente al escenario triste y terrorífico del fascismo y la guerra, el intelectual revolucionario no podría hallar respuesta en la angustia o en la fuga hacia el pasado, sino en el compromiso con la victoria del proletariado, que en Rusia abría para el progreso humano horizontes insospechados. Mientras la herencia cultural de la humanidad era negada por la barbarie capitalista, los obreros la rescataban como un legado, de ahí que para los intelectuales la toma de partido fuera definitiva y dramática:

La hora que vivimos reclama de los intelectuales una definición categórica: o se está con la sociedad capitalista, sus injusticias, su decadencia, su anarquía; o se está con la sociedad proletaria, con la dignificación de la vida, con la conquista final de la naturaleza. O se está con lo acabado, con lo podrido, con lo vacilante, o se está con lo nuevo, con lo promisor, con lo puro. De un lado el agotamiento, la cobardía, el servilismo. Del otro la nueva cultura, la fuerza del espíritu, la conciencia libre, el vuelo audaz, vale decir, las posibilidades infinitas de una sociedad sin clases.<sup>153</sup>

En su segundo número de noviembre de 1934, la revista le dedicó una página doble al Primer Congreso de la “Unión de Escritores Soviéticos”, primera organización corporativa creada en el marco de la nueva política cultural soviética que se inició en 1932, cuando se puso punto final a la experiencia de la cultura proletaria y la IC decidió aglutinar a los intelectuales en torno a organizaciones unitarias y, al mismo tiempo, atraer hacia el comunismo el descontento de las mentes occidentales que ante la guerra y la crisis económica podían comprobar el fracaso y la injusticia del capitalismo sin por ello adherir a la derecha, identificada con el belicismo.<sup>154</sup> El Congreso Mundial contra la Guerra celebrado en Amsterdam en agosto de 1932 y

---

<sup>152</sup> Ponce, [1936] 2009, *op.cit.*, p. 104

<sup>153</sup> “Justificación de estas páginas”. *Nueva Revista*, nº 2, noviembre de 1934

<sup>154</sup> Sirinelli y Ory, 2007, *op. cit.*, p. 122.

continuado en París en junio del año siguiente bajo la forma del Congreso Europeo Antifascista (del cual surgió el Comité Europeo contra la Guerra y el Fascismo, mejor conocido como Comité Amsterdam-Pleyel) fue el primer paso de la nueva política de movilización intelectual a escala internacional que los comunistas desplegaron y consumaron con el cambio de estrategia de 1935. La causa pacifista, bajo el comando del alemán Willi Münzenberg, fue colocada desde el inicio bajo la tutela de prestigiosos intelectuales y los congresos antiguerreros se multiplicaron alrededor del mundo, incluyendo América Latina. Como mencionamos, el 11 de marzo de 1933 se realizó en Montevideo el Congreso Latinoamericano contra la Guerra Imperialista, del cual surgió el Comité Latinoamericano contra la Guerra Imperialista, además de organizaciones estudiantiles, profesionales y de mujeres que actuaron en cada país. En la Argentina, el Comité organizador del Congreso estuvo presidido por la poeta Nydia Lamarque y en Montevideo Aníbal Ponce pronunció su conferencia “Las masas en América contra la guerra en el mundo”. Para muchos intelectuales occidentales, la causa de la paz y luego la cruzada antifascista se tradujo en el convencimiento de que solo la URSS tendría la capacidad de resistir al fascismo. El compañerismo de ruta se aceleró y tomó proporciones poco probables para unos partidos hasta la víspera minoritarios e intransigentes.

La gran causa de la paz, de cuya vigencia no podía dudarse después de la agresión japonesa a la Manchuria en 1931, pasaba por la defensa de la URSS. Lo que fue la primera tarea de los partidos comunistas del mundo entero, su razón de ser, se transformó en el objeto de la más vasta movilización intelectual nunca antes realizada por los comunistas. En el momento mismo en que Stalin arrancaba con la campaña de colectivización forzosa del campo, que vendría a revelarse como uno de los episodios más sangrientos de la historia de la URSS, los intelectuales de occidente, a la manera de Gide, tomaban la defensa de una revolución soviética imaginada. Un mito cuidadosamente cultivado por los propagandistas a la Münzenberg que provocó el eclipse de la razón crítica de los compañeros de ruta.<sup>155</sup>

El Primer Congreso de Escritores Soviéticos se celebró en Moscú en agosto de 1934 bajo la tutela de Máximo Gorki y con la participación de escritores de todo el mundo, entre los que se encontraban André Malraux, Louis Aragon, André Gide, Jean-Richard

---

<sup>155</sup> Winock, 1999, pp. 282-283.

Bloch, Rafael Alberti, María Teresa León e Ilya Erenburg. Se trató de un evento crucial para la cultura comunista, pues la sanción del “realismo socialista” como el método básico de la creación y la crítica literaria soviéticas significó en la práctica el cierre definitivo de cualquier ambición de autonomía de la creación artística respecto a la política.<sup>156</sup> En las páginas que *Nueva Revista* le dedicó al Congreso nada se mencionaba, sin embargo, sobre el realismo socialista ni sobre la potestad del partido para definir criterios literarios o artísticos, aunque Ponce estuviera de acuerdo en que, como afirmaría algunos meses después, una sociedad que consideraba a sus escritores “ingenieros de almas humanas” era una en la que las barreras entre el escritores y las masas, entre el libro y la vida, se habían, por fin, reconciliado.<sup>157</sup> La revista, en cambio, prefirió enfatizar sobre el tópico del compromiso intelectual y publicar fragmentos de los discursos más moderados, como los de los Bloch, Malraux y Erenburg, quienes se opusieron a los ataques propinados por los soviéticos a los escritores liberales, pacifistas o simplemente vanguardistas, como Joyce y Remarque.<sup>158</sup> Es que, como ocurrió en todo el mundo intelectual comunista durante el período antifascista y mucho más luego de terminada la Segunda Guerra, el vehemente dogmatismo cultural soviético fue un obstáculo constante a la voluntad de unidad que los propios comunistas decían propiciar a través de la política frentista. El recrudecimiento del terror que se desató en la URSS desde el inicio de los juicios de Moscú en 1936 fue, en este mismo sentido, aún más dramático. Pero fueron muy pocos los intelectuales que estuvieron dispuestos a desertar del compromiso antifascista para denunciar los crímenes que se sucedían en el mundo socialista.

El itinerario de Aníbal Ponce, el más venerado de los intelectuales comunistas durante varias generaciones, es interesante para definir un tipo de perfil intelectual en el marco de lo que podríamos llamar la “generación fundacional” del comunismo argentino. Su

---

<sup>156</sup> Término forjado por el propio Stalin, el realismo socialista suponía una concepción burocrática y administrativa del arte, plagada de esquematismos y vaguedades en cuanto a sus conceptos puramente estéticos, pero implacable en sus aplicaciones prácticas y sus juicios críticos en general emitidos por razones políticas. “En realidad -explica Henri Arvon- es el triunfo definitivo y la extensión a todo el dominio cultural de la este “espíritu de partido” (*partignost*) acerca del que Lenin había escrito por primera vez en su artículo de 1905 “La organización y la literatura del Partido” (Arvon, *op.cit.*, p. 83).

<sup>157</sup> Ponce, *op. cit.*, p. 128.

<sup>158</sup> Heinemann, 1988, p.74.

muerte temprana tal vez permitió su consagración póstuma en el espacio comunista, donde ejerció una notable influencia, particularmente en la figura del que sería considerado su discípulo y continuador, Héctor P. Agosti (1911-1984). De aquella generación fundacional, solo Rodolfo Ghioldi tendrá una presencia perdurable tanto en la vida partidaria como en el espacio intelectual. En el primer caso, como dirigente máximo durante varias décadas; en el segundo, como una suerte de articulador entre los intelectuales y el partido, función que ejerció con singular pericia y celo doctrinal.

Proveniente de una familia de militantes socialistas de origen italiano, Ghioldi tiene un acercamiento precoz a la política. En 1916, a la edad de 19 años, egresa de la Escuela Normal Mariano Acosta con el título de maestro, formación que comparte con otros miembros tempranos del Partido Socialista Internacional, el que desde 1920 se constituirá formalmente en el Partido Comunista Argentino, como la mendocina Angélica Mendoza, quien también fue brevemente su pareja. Por su militancia sindical en la Liga Nacional de Maestros, es exonerado de su cargo. Desde entonces ejerce el periodismo en diversos medios nacionales y ya en la década del 30 publica sus primeros ensayos históricos en la revista oficial comunista *Soviet* (1933-1935). A lo largo de su extensa militancia, estuvo al frente de varias publicaciones comunistas, como *La Internacional* (1918-1936), *Bandera Roja* (1932), *Orientación* (1936-1949) y *La Hora* (1945-1949, primera época). Su ascendencia en la prensa partidaria puede considerarse un elemento clave en su relación con los intelectuales, así como en la construcción de su propia figura como intelectual-dirigente, la que cultivó con esmero. Dotado de una incuestionable capacidad política y organizativa, Ghioldi fue el primer delegado argentino para participar en un congreso de la Internacional Comunista, y en su calidad de Secretario del Buró de Propaganda de la Comintern en América Latina, participó en la organización de los partidos comunistas de Brasil y Uruguay. Su labor como funcionario con llegada directa a Moscú, facilitó su labor en la consolidación y defensa de la línea partidaria frente a los sectores disidentes, que desde la década del '20 fueron sucesivamente expulsados del partido. En dos oportunidades secretario general y desde 1924 miembro del Comité Ejecutivo, la figura de Ghioldi fue central en la historia del comunismo argentino, así como en el establecimiento de un modo de

relación entre el partidos y los intelectuales, figuras por las que sentía especial predilección y sobre quienes siempre pretendió mantener un ascendente teórico que le granjeó tantos reconocimientos públicos como enconos privados.

A diferencia de Victorio Codovilla, quien nunca manifestó un particular interés por atraer a los intelectuales al partido que dirigió durante décadas, pero tampoco por fungir ningún función de dirección específicamente intelectual, Rodolfo Ghioldi se manifestó siempre interesado por encontrar un lugar para los intelectuales en el seno del partido, al mismo tiempo que por definir los términos en que ese lugar era posible en el marco del obrerismo que fue la marca de identidad de la dirigencia comunista argentina desde sus inicios. Aquella ambición y este límite, marcaron las sucesivas polémicas que tuvieron a Ghioldi ocupando el lugar de censor y disciplinador de las “desviaciones” de la que eran presas los “intelectuales pequeñoburgueses”. La primera y unas de las más recordadas —junto a la de los jóvenes intelectuales cordobeses que en 1963 editaron la revista *Pasado y Presente*— fue la polémica que mantuvo con Roberto Arlt desde las páginas de *Bandera Roja*. No casualmente, fue José María Aricó quien la recuperó y publicó desde las páginas de *La Ciudad Futura*, planteando para Arlt un dilema que será también el suyo y tal vez el de varias generaciones de comunistas: “¿Cuál debía ser el camino a seguir para un intelectual radicalizado en un país ‘donde el proletariado y la gran masa rural’ se mantenían alejados e impermeables a la influencia del marxismo y del movimiento comunista?”. Para Aricó, Arlt habría encontrado la respuesta allí donde el sectarismo político y el conservadurismo cultural de la dirigencia comunista habían trazado un límite infranqueable: la posibilidad de autonomía de la cultura de izquierdas y de sus intelectuales.<sup>159</sup>

### **La AIAPE y la consolidación de una sensibilidad antifascista**

Cuando Aníbal Ponce regresó de su tercer viaje europeo en mayo de 1935 su relación con el mundo intelectual francés había quedado confirmada por los vínculos estrechados con Henri Barbusse, apóstol del antifascismo comunista. En 1934, antes de partir a la URSS, participó del Congreso Mundial de Estudiantes celebrado en

---

<sup>159</sup> Aricó, *op. cit.*, p. 22.

Bruselas y en abril de 1935 representó a los intelectuales latinoamericanos en un *meeting* celebrado en París donde se acordó la formación de Unión Internacional de Intelectuales Antifascistas. Impregnado del espíritu de movilización intelectual que reinaba en la capital del antifascismo, donde proliferaban los eventos animados por los comunistas, a su regreso a la Argentina Ponce impulsó la creación de la AIAPE, el 28 de julio de 1935.<sup>160</sup> Aunque formalmente externa al partido, esta organización fue el primer paso en la constitución de un “frente cultural” dentro del PCA y uno de los más importantes emprendimientos político-culturales promovido por los comunistas argentinos. De sus logros y limitaciones, así como de sus contenidos y estructuras, el comunismo local seguirá nutriéndose al menos en las siguientes dos décadas.

La AIAPE fue creada bajo la inspiración del Comité de Vigilance des intellectuels antifascistes de Paris (CVIA), organización creada en marzo de 1934 con un objetivo preciso: enfrentar al creciente activismo de la intelligentsia de derechas mediante una agresiva labor de edición y periodismo desplegada a lo largo de todo el territorio francés.<sup>161</sup> Francia fue el país donde la causa antifascista fue particularmente movilizante y eficaz, al punto que aun antes del VII y último congreso de la IC, las políticas frentistas ya estaban a la orden del día en el partido dirigido por Maurice Thorez, que concretará con éxito un “frente popular” que llevará al poder en 1936 al socialista Leon Blum. La labor de los intelectuales franceses en la concreción de un movimiento de unión antifascista fue un antecedente ineludible del éxito de las políticas frentistas luego conquistadas y no sería posible soslayar el impacto que esa experiencia tuvo entre los intelectuales argentinos, siempre atentos a los movimientos culturales provenientes de la patria de las Luces.

La AIAPE conformó su primera comisión directiva con un espíritu laico y aperturista, como correspondía a la estrategia frentista y como sucedió en todo el mundo donde se crearon organizaciones unitarias y antifascistas. Junto a la presidencia de Aníbal Ponce estaban los nombres de tres hombres de similares rasgos generacionales: el escritor,

---

<sup>160</sup> Sobre la AIAPE consultar Cane, 1997, pp. 443-482, Bisso y Celentano, 2006, pp. 235-265, Celentano, 2006, pp. 195-218 y Pasolini, Ricardo, 2005, pp. 403-433.

<sup>161</sup> Cfr. Racine, 1977, pp. 87-113.

periodista y ferviente antifascista Alberto Gerchunoff (1883-1950), quien estaba afiliado al Partido Demócrata Progresista; el dramaturgo y crítico teatral Edmundo Guibourg (1893-1986), de simpatías socialistas y hasta 1932 corresponsal en París del diario *Crítica*, y del dramaturgo Vicente Martínez Cuitiño (1887-1964). En los años venideros, y a pesar de que no puede dudarse de una amplia participación de intelectuales de procedencias diversas, la presidencia de la asociación recaerá en intelectuales cercanos al comunismo como el médico Emilio Troise (quien ingresará formalmente al partido recién en 1945) y el psiquiatra Gregorio Bermann. La misma estrategia se siguió con las publicaciones, las que, superado el período neutralista, fueron cada vez más controladas por los comunistas. *Unidad por la defensa de la cultura*, la primera revista que editó la AIAPE entre 1936 y 1939 fue reemplazada en 1941 por *Nueva Gaceta*, que apareció regularmente hasta 1943 bajo la conducción de un consejo integrado por Héctor P. Agosti, Raúl Larra, Gerardo Pisarello (1898-1986), y Arturo Sánchez Riva.<sup>162</sup> La AIAPE también fundó una pequeña editorial que publicó Cuadernos de la AIAPE y luego una serie de títulos bajo el sello Ediciones AIAPE, además de desplegar una intensa actividad de divulgación a través del dictado de cursos y conferencias.<sup>163</sup> Siguiendo el modelo exitosamente implementado por el PCF la AIAPE se organizó en distintas ramas según especializaciones. Los plásticos, los maestros, los abogados, los médicos y los periodistas constituyeron subcomisiones. La Asociación Juvenil de Escritores Proletarios, fundada por Elías Castelnuovo, pasó a conformar la sección juvenil. En 1936, *Unidad* informaba que la AIAPE contaba con más de 400 asociados y al año había formado filiales en Rosario, Tandil, Paraná, Corrientes, Tucumán, Tala, Crespo y Montevideo.<sup>164</sup>

---

<sup>162</sup> *UNIDAD por la defensa de la cultura. Órgano de la AIAPE* editó tres números en 1936 y cinco en una segunda etapa entre 1937 y 1939. *Nueva Gaceta. Revista de la AIAPE* editó 24 números entre 1941 y 1943, cuando fue clausurada por el gobierno militar.

<sup>163</sup> Los títulos de "Cuadernos de la AIAPE" fueron: Emilio Troise, "Los germanos no son arios. Las teorías racistas y la ciencia" (1938), Raúl Larra, "La Revolución de Mayo y su pensamiento democrático" (1939), Héctor P. Agosti, "El ocaso de la cultura" (1939). Libros y folletos de Ediciones AIAPE: Horacio R. Klappenbach, *Ayer eran las flores... Canciones y poemas de España y otros poemas de hoy* (1938), Emilio Novas, "Nacimiento, desarrollo, vida y pasión del cinematógrafo" [c. 1938]; Emilio Troise, "Aníbal Ponce, la cultura y el humanismo" (1940), Emilio Troise, "El caos del mundo y Waldo Frank" (1942).

<sup>164</sup> Pasolini, 2007 (acceso el 11/12/2012).



La contienda española, con toda la carga de dramatismo y espíritu heroico que acompañó la resistencia republicana hasta la caída de Madrid en manos de las tropas rebeldes en 1939, fue un acontecimiento de la magnitud suficiente como para dar nacimiento a una generación antifascista en la que los intelectuales y artistas tuvieron un rol central. En todo el mundo, con una intensidad que ya no volverá a repetirse al menos hasta los años 60, la Guerra Civil Española y luego la Segunda Guerra Mundial precipitaron a los intelectuales hacia formas de compromiso cada vez más contundentes, acorde con la magnitud de los que se consideraba en juego. Al mismo tiempo, la internacionalización del conflicto generó una nutrida red de contactos a escala mundial, producto tanto de los obligados exilios y desplazamientos a los que se vieron obligados muchos intelectuales en sus países de origen, como de la proliferación de organismos supranacionales dedicados a la causa antifascista, iniciativas en la que los comunistas se mostraron previsiblemente eficaces y dispuestos.

La apelación antifascista, presente ya desde la década del '20 en las asociaciones italianas liberales y socialistas, logró convertirse en un punto de referencia ineludible de la política argentina a partir de la Guerra Civil Española. Bajo la certeza de que el país se hallaba sumergido en una polarización ineludible entre fascismo y antifascismo, se aglutinaron amplios grupos políticos e intelectuales, desde radicales y conservadores, hasta anarquistas, socialistas y comunistas, pasando por demócratas progresistas, intelectuales liberales, francotiradores y artistas sin partido. El vínculo entre los sucesos internacionales y la situación local, marcada desde el golpe militar de setiembre de 1930 por el autoritarismo y el fraude, fue un elemento clave en el éxito de las iniciativas del antifascismo comunista. El escenario internacional les fue particularmente favorable en la medida en que la URSS pudo presentarse, al menos hasta 1939, como la única potencia que intervino en favor de la República española, en claro contraste con la pasividad de las democracias occidentales. A pesar de que la unidad granítica de los distintos sectores que confluyeron en el movimiento antifascista estuvo lejos de ser algo más que un componente de su relato de origen, lo cierto es que la “apelación antifascista”, tal como la definió Andrés Bisso, logró

conformar una “tradicción cultural” de una flexibilidad y potencia capaz de perdurar en el tiempo. La causa antifascista sirvió tanto para definir “el ropaje del enemigo al que se buscaba atacar como para conferir a los grupos unidos heterogéneamente bajo esa apelación cierto enfoque común con el que comulgar”.<sup>165</sup> La conciencia de que el fascismo había conseguido atraer no solo a sectores pequeño-burgueses y marginales sino también a trabajadores e intelectuales, obligó a considerar que solo una amplia alianza de individuos dispuestos a defender las libertades existentes más allá de sus diferencias políticas podía contener su avance. “Y ello requería una contra-campaña ideológica en la cual los escritores y los intelectuales tendrían que desempeñar un papel esencial”.<sup>166</sup> Pero además, como ha explicado Eric Hobsbawm, los intelectuales y artistas fueron particularmente receptivos a los sentimientos antifascistas porque la hostilidad del nacionalsocialismo hacia los valores de la civilización tal como se concebían hasta entonces se hizo sentir inmediatamente en los ámbitos que le concernían. Los que leían libros, dice Hobsbawm, incluido el *Mein Kampf* de Hitler, tenían más posibilidad de reconocer, en la retórica racista y en el horror de los campos de concentración, la posibilidad de un mundo en que la civilización fuera deliberadamente subvertida. Esta es la razón por la cual en los años ‘30 los intelectuales occidentales fueron la primera capa social que se movilizó masivamente contra el fascismo.<sup>167</sup> En el mismo sentido, el crítico uruguayo Ángel Rama definió al antifascismo como el “background universal” de la vida intelectual rioplatense anterior a 1939.

(El) espíritu antifascista que unificó circunstancialmente varias filosofías políticas en la lucha del llamado progresismo democrático contra la ola de los fascismos que ... se extendió por el mundo a partir de sus focos europeos... El papel de los intelectuales en la creación, estructuración y propaganda del movimiento antifascista no puede encarecerse lo suficiente.<sup>168</sup>

Para los intelectuales comunistas el antifascismo supuso el desafío de abandonar la estrechez política y cultural que los caracterizaba en pos de construir un movimiento

---

<sup>165</sup> Bisso, 2007, p. 21.

<sup>166</sup> Heinemann, *op.cit.*, p. 74

<sup>167</sup> Hobsbawm, 2011, p. 155.

<sup>168</sup> Citado en Celentano, 2006, *op. cit.*, p. 202.

más amplio e inclusivo. En el VII Congreso Mundial de la Comintern celebrado en Moscú en agosto de 1935, por boca del dirigente búlgaro Georgi Dimitrov se canceló el período de “clase contra clase” para promover la construcción de un bloque antifascista internacional mediante la formación de Frentes Únicos y Populares en cada país.<sup>169</sup> El comunismo argentino adoptará esta nueva táctica en su III Conferencia Nacional, realizada en Avellaneda en octubre de 1935, reunión en la que se ensayaron las obligadas autocríticas al “sectarismo” del período anterior, entre ellos la caracterización de los socialistas como “socialfacistas”, la del gobierno de Yrigoyen como un ensayo fascista y la del propio presidente radical como el primero de una larga saga de encarnaciones criollas del fascismo que atravesará la siguiente década hasta posesionarse en la figura de Juan Domingo Perón. En este nuevo panorama abierto con el cambio de táctica, el endurecimiento de la represión estatal y la internacionalización del combate antifascista a partir la declaración de la Guerra Civil en España, la cultura y con ella la figura del intelectual adquirieron funciones que habían estado ausentes en el período anterior: el intelectual deja de ser la punta de lanza de una nueva cultura revolucionaria bajo el ejemplo soviético para asumir el rol de defensor de las tradiciones culturales occidentales amenazadas por las fuerzas de la regresión fascista.

En efecto, una de las lecturas más extendida acerca del fenómeno fascista fue la que lo consideró un enemigo de la cultura y la civilización, una regresión a la barbarie y el atraso, lo opuesto al progreso y la razón. El franquismo, con toda su carga de clericalismo, su prédica antimoderna y su inveterado anticomunismo, abonó sin dificultades esta idea en los inicios mismos del ciclo antifascista argentino, lo que además quedó refrendado por la entusiasta adhesión que suscitó en la mayor parte del catolicismo vernáculo el levantamiento contra la República española, al que no pocos intelectuales y autoridades católicas consideraron como una guerra santa. En tanto, los sectores liberales –incluyendo las clases dirigentes y las fuerzas del orden— se identificaron con la causa de la República advirtiendo que la ideología de los alzados

---

<sup>169</sup> Sobre el VII Congreso de la Comintern consultar Claudín, 1970, pp. 130-196 y sobre su repercusiones en América Latina consultar Caballero, Manuel, 1987, pp. 179 y ss.

era celebrada por los mismos que a partir del golpe de 1930 aspiraban a una restauración de signo confesional más vigorosa que la del período anterior a las leyes laicas. “La contienda española, afirma Halperín Donghi, logró hacer revivir por un instante la moribunda llama de la tradición liberal argentina”<sup>170</sup>. El golpe de 1930 y el avance sobre los espacios estatales de una derecha católica y nacionalista dieron el anclaje local a la cruzada mundial por la libertad y la cultura que fueron los pilares del antifascismo.

Así, si el golpe de estado de Uriburu se consideró para la mayoría de los intelectuales democráticos como una forma de reacción de las viejas elites dirigentes argentinas, ante los efectos de la democratización que supuso el gobierno de Yrigoyen, para 1935 la política restrictiva del gobierno de Justo era considerada como una característica constitutiva del “fenómeno universal fascista, que resulta de una gestación paulatina en el seno de la reacción antiimperialista”. Es decir, más allá de la presencia o no de un peligro fascista en Argentina, gran parte de los intelectuales consideró hacia mediados de los años 30 que el sistema político se encaminaba hacia una organización corporativa.<sup>171</sup>

Si bien la AIAPE se declaró desde un principio una agrupación de trabajadores intelectuales independiente de los partidos políticos y con la única misión de defender la cultura nacional de los embates del fascismo, la estrecha relación que mantenía con el PCA moduló toda su existencia y no dejó de representar un límite para los intentos de unidad política y colaboración intelectual. Los vaivenes de la política exterior soviética, en especial el Pacto de No Agresión celebrado por Alemania y la URSS en 1939, supuso un impedimento crucial para conservar la cohesión de aquel espacio de oposición, que desde entonces trocará las ocasionales diferencias personales en una división definitiva en dos bloques enfrentados.<sup>172</sup> No faltaron tampoco las tensiones en términos estrictamente culturales, toda vez que el partido no se privó de requerir, a pesar de los llamados a la unidad y la defensa del pluralismo, que los intelectuales adoptaran una actitud militante que, era deseable, involucrara su propia obra. Sin embargo, como analizaremos en el próximo capítulo, habrá que esperar a los años de

---

<sup>170</sup> Halperín Donghi, 2003, p. 102 y ss.

<sup>171</sup> Pasolini, 2007, *op. cit.*

<sup>172</sup> Sobre las repercusiones del Pacto germano-soviético en el mundo político argentino consultar Bisso, 2000/2001.

la Guerra Fría para que el realismo socialista, doctrina estética oficial en la URSS desde 1934, buscara imponerse en términos de disciplina partidaria. Entre tanto, las apelaciones a la obra comprometida serán más un asunto de intelectuales discutiendo, nuevamente, sobre el lugar de la política en la materia de la creación estética que una política partidaria

El momento antifascista fue, además, el telón de fondo para los primeros esbozos sobre la historia nacional que realizó el comunismo argentino por la mano de sus entonces relativamente escasos intelectuales, tarea en la que destacó el grupo de historiadores reunidos en torno a Rodolfo Puiggrós (1906-1980).<sup>173</sup> Esto les permitió a los comunistas forjarse una visión más o menos sistemática del pasado nacional y, al mismo tiempo, establecer una genealogía compartida con otras fuerzas políticas en el común rechazo al nacionalismo, que por entonces comenzaba a elaborar una lectura alternativa de la historia que recibirá el nombre de “revisiónismo histórico”. La

---

<sup>173</sup> Nacido en 1906 en el seno de una familia de inmigrantes que experimentará la aventura del ascenso hasta convertirse en una típica familia burguesa, Puiggrós se formó como pupilo en colegios católicos hasta que ingresó a la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, con el fallido objetivo de obtener un título de economista. Todavía cercano a las simpatías anarquistas que marcaron su primera juventud, cuando se instala en Rosario mantiene contacto con importantes escritores libertarios como Diego Abad de Santillán y Gastón Leval, al mismo tiempo que se enrola como intelectual orgánico de la Federación Agraria Argentina. Sin embargo, la iniciativa más importante de Puiggrós en este período es *Brújula. Revista mensual, independiente de arte e ideas*, que edita 14 números entre 1930 y 1931 y cuya dirección comparte con Víctor Luis Molinari y Miguel Llinás Vilanova. Aunque la revista tenía la mayor parte de sus páginas dedicadas a la literatura, el teatro, el cine e incluso la arquitectura, la línea editorial se articuló alrededor de los artículos sobre política que Puiggrós firmaba bajo el seudónimo Roberto del Plata. Con el acento puesto en los tópicos latinoamericanistas y antiimperialistas que marcarán su obra posterior y bajo la presunción de que “los hombres de campo” constituían el baluarte y la razón de lo nacional, Puiggrós apelaba a sus conocimientos del marxismo para dejar paso al entusiasmo y demostrar ciertos reparos sobre el desarrollo de la URSS, rechazando los análisis miméticos y deslumbrados que circulaban entre sus contemporáneos. Una vez afiliado, el partido le reconocerá esa mayor formación poniéndolo al frente de sus cursos de formación teórica y constituyéndolo luego en el más importante historiador del comunismo argentino hasta su expulsión en 1946. En el análisis de Puiggrós, la lección que debía extraerse de la Rusia soviética residía en la importancia que allí se le asignaba al Estado como regulador del proceso económico y canalizador de las demandas y necesidades obreras. Esta concepción estatista de la nación, así como la admisión de que el caudillismo había constituido un fenómeno que no podía ser desechado sin considerar el punto de autenticidad que lo ligaba a la historia de los pueblos americanos, serán elementos que permanecerán en el universo de reflexión de Puiggrós como intelectual comunista, seguramente el más rutilante y reconocido dentro y fuera del partido hasta la década del ‘40. La expulsión del Puiggrós tuvo efectos gravosos para el espacio intelectual comunista, que se quedó sin una figura intelectual de peso para presentar en el debate público y sin un articulador de su visión del pasado argentino, puesto que hacia fines de la década del ‘40 comenzó a ocupar Héctor P. Agosti. Cfr. Acha, 2006. Para un análisis de la revista *Argumentos* y el trabajo historiográfico de Puiggrós ver Myers, 2002, pp. 217-230.

identificación entre fascismo y revisionismo se convirtió en un tópico habitual de la prédica antifascista, que no tardó en considerar la alteración del panteón patrio establecido por el canon histórico liberal-democrático como una maniobra de penetración nazi destinada a mancillar la nacionalidad reivindicando lo peor de su historia, es decir, a Juan Manuel de Rosas y los caudillos. Rosismo y “totalitarismo” pasarán a conformar un binomio inescindible del discurso antifascista sobre el pasado nacional cuya operatividad política inmediata resultará reforzada con la llegada al poder de Juan Domingo Perón. La estabilización de ciertas interpretaciones sobre el pasado argentino que no sin matices transformaron la reivindicación y defensa de la herencia liberal y sus próceres en el punto de partida para la promesa revolucionaria futura fue un aspecto central y perdurable del período antifascista del comunismo local. En un clima marcado por el fraude y la vigencia formal de las instituciones democráticas, la recuperación de la tradición liberal fue un pilar de la lucha contra el fascismo y lo que se consideraba sus sucesivas encarnaciones criollas. El comunismo, que para ese momento carecía de una tradición local capaz de reivindicar como propia, forjó al calor de la prédica antifascista una visión de ese pasado que será decisiva y longeva en su historia posterior.<sup>174</sup>

El nuevo clima político iniciado con el peronismo debilitó la apelación antifascista hasta convertirla en una herramienta política destinada a languidecer. La Unión Democrática, último acto de un proceso de construcción política ideado en el clima del fraude y la dictadura, puede considerarse su cenit y el inicio de su irremediable ocaso.<sup>175</sup> Sin embargo, a pesar de la pérdida de su eficacia política, el antifascismo siguió operando como una “cultura” durante todo el período peronista e incluso más allá. Esta “manifestación residual” del antifascismo será particularmente evidente en el caso de los intelectuales, tal vez porque fue en el terreno de la cultura, mucho más que en el de la política, donde el antifascismo logró constituir un espacio dotado de recursos simbólicos y materiales cuya perdurabilidad debe medirse menos por la coyuntura política que por las lógicas propias del compromiso y la vida intelectual.

---

<sup>174</sup> Cfr. Cattaruzza, 2007, pp. 169-195 y Petra, 2010, pp. 51-73.

<sup>175</sup> Bisso, 2007, *op. cit.*, p. 47.

Como ha demostrado Ricardo Pasolini, el antifascismo se convirtió en un elemento central de la identidad de los intelectuales comunistas y en buena medida determinó la visión que estos tuvieron sobre la política, la cultura y el pasado argentino al menos hasta entrados los años '60. En palabras de este autor, esta "cultura antifascista", desde sus inicios a mediados de la década del '30, estuvo conformada por una sensibilidad articulada en torno a un clima de opinión y a un conjunto más o menos estable de ideas-fuerza sobre la experiencia política argentina, su pasado y su porvenir, y una sociabilidad organizada a partir de una densa trama de relaciones personales e institucionales posibilitada por la estructura de centros culturales, ateneos y bibliotecas cuya inspiración y eje articulador fue la AIAPE. El análisis de esta compleja trama de vínculos personales e intelectuales se revela particularmente productivo para comprender el espacio cultural comunista en relación a una de sus funciones menos estudiadas pero no menos significativa: la de ser una fuente de oportunidades culturales para "intelectuales nuevos", sean estos entendidos como personajes marginales de la vida cultural que encuentran en el comunismo una ocasión para insertarse laboralmente y hacerse visibles intelectualmente; como escritores y artistas ubicados en la periferia cultural respecto al centro porteño que encuentran en la militancia cultural comunista un modo de achicar la brecha de la histórica desigualdad entre la metrópolis y las provincias; como, por último, profesionales que, sin abandonar su tarea en un campo específico, asumen funciones en el periodismo de opinión o en áreas de vacancia disciplinar, particularmente la historia.<sup>176</sup>

La AIAPE resultó un fracaso político, pues hasta su clausura en 1943 no logró concretar el ansiado frente popular que bajo las efigies de José Hernández y Romain Rolland 250000 personas habían alentado por las calles porteñas en 1936. Sin embargo, para el espacio cultural comunista su significación histórica fue fundamental, al punto que el antifascismo de entreguerra movilizó una serie de afectividades ideológicas, organizaciones políticas y prácticas de sociabilidad que

---

<sup>176</sup> Pasolini, 2005, *op. cit.*, pp. 403-433.

condujeron a la construcción de una “identidad comunista y a definir gran parte de su cultura política”.<sup>177</sup>

---

<sup>177</sup> Pasolini, 2007, *op. cit.*



## Capítulo 2

### **El espacio intelectual comunista entre el peronismo y el zhdanovismo. Estructuras de participación, polémicas estéticas y rupturas políticas**

---

La guerra fría –economía de tiempos de guerra, estado de sitio— acarreó la segregación política, moral, ideológica, intelectual. A las disputas amigables, a los enfrentamientos corteses, a las entrevistas y comensalías, sucedieron las polémicas enconadas, violentas, irremediables. Las ideas dejaron de circular. El embotellamiento dejó clavado a cada uno en el lugar en el que se encontraba. Los tabúes extendieron su sombra sobre toda ideología.

Edgar Morin, *Autocrítica*, 1976

Lo que el historiador Pascal Ory denominó la “Guerra Fría de los intelectuales comunistas” corresponde al período que se abre en 1947 y se cierra en 1956, cuando el cisma provocado por el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la invasión a Hungría, pongan fin al ciclo antifascista del compromiso de los intelectuales con el comunismo.<sup>178</sup> En los dos bloques en que se dividió el mundo cuando se puso fin a la gran alianza creada para derrotar al nazismo, la “batalla ideológica” fue puesta en primer plano, pues en esa forma tan simbólica de la guerra se tenía la certeza de que las ideas constituían eficaces armas de combate. El clima que al finalizar la Segunda Guerra les había permitido a los comunistas –sobre todo europeos pero también latinoamericanos– acumular un enorme prestigio y engrosar sus filas con numerosos intelectuales se enrareció hasta volver a arrojarlos a un aislamiento forzoso. A la feroz campaña de demonización y represión que creó la política exterior de Occidente, los comunistas respondieron con un endurecimiento del poder disciplinario a todos los niveles, que en las llamadas “democracias populares” alcanzó niveles patológicos de control y terror.<sup>179</sup> El descrédito sostenido del

---

<sup>178</sup> Sirinelli y Ory, *op. cit.*, pp. 189 y ss.

<sup>179</sup> Eley, 2003, p. 301.

comunismo ante la inteligencia en los años posteriores a 1945 constituye, en palabras de Michel Winock, uno de los “principales misterios de los últimos cuarenta años”:

Gallina en corral ajeno —el occidente capitalista—, el PC [PCF] extrema su monolitismo: el catecismo marxista—leninista, el centralismo democrático y el dogma de la infalibilidad staliniana son piezas esenciales en este juego (...) El ardor staliniano fascina a unos tanto como horroriza otros: representa el combate de la disciplina proletaria contra la guerra y el imperialismo. Se desencadena el antinorteamericanismo.<sup>180</sup>

Durante este período, la mayor parte de los partidos comunistas en todo el mundo tendieron a reforzar su disciplina interna sobre la resignificación de viejos conceptos. El “internaciologismo proletario” pasó a designar la más absoluta fidelidad a la URSS, que como nunca antes simbolizó un modelo político y un prodigio económico, cultural, social y científico. El “espíritu de partido” se tradujo en la sumisión total a las direcciones, cuyos hombres adquirieron atributos cuasi sagrados. La “lucha de clases” se impuso a cualquier otro tipo de combate, particularmente en el terreno ideológico, aunque el mandato antiimperialista convirtió a los comunistas en adalides de la defensa de las culturas nacionales amenazadas por el “cosmopolitismo” norteamericano y la “degeneración” burguesa propiciada por las vanguardias.<sup>181</sup> En el movimiento comunista internacional se acentuó la tendencia a considerar la política en términos policiales y de espionaje, al mismo tiempo que la intervención de la institución partidaria en todos campos de la producción artística y científica adoptó rasgos de verdadera inquisición.<sup>182</sup> Las normativas soviéticas sobre el arte, la literatura, la filosofía y la ciencia que, codificadas por Andrei Zhdánov, circularon en la prensa comunista de todo el mundo, tuvieron un efecto acumulativo para el desprestigio que los comunistas estaban padeciendo por efecto de las acusaciones contra Tito en Yugoslavia, los juicios a László Rajk y Traicho Kostov en Hungría y Bulgaria, y la cada vez más acentuada certeza de que en la URSS existían campos de trabajo forzados. Como veremos en el capítulo siguiente, a partir de 1948, cuando se celebre en la martirizada ciudad polaca de Wroclaw el Congreso Mundial de la Paz,

---

<sup>180</sup> Winock, 1988, p. 45

<sup>181</sup> Courtois y Lazar, 2000, p. 273.

<sup>182</sup> Liebner, 2011, p. 115

Moscú habrá dado el primer paso en lo que fue su más exitosa iniciativa frentista y su única estructura internacionalista por las siguientes décadas. Apelando a un asunto ampliamente emocional, los comunistas volvieron a convocar a los intelectuales a cumplir un papel principal en la cruzada contra una nueva guerra, el peligro atómico y la defensa de la URSS, ahora amenazada, afirmaban, por la vocación expansionista del imperialismo norteamericano. Reactivando los tópicos del antifascismo, el “movimiento pacifista” se valió tanto de una sensibilidad preexistente como de sus estructuras de participación. Los encuentros, las conferencias, los petitorios se multiplicaron por todos los países y muchos intelectuales occidentales estuvieron dispuestos a silenciar las purgas y los campos de trabajo para poner su nombre y prestigio a disposición de la cruzada pacifista. En la Argentina, aunque el Movimiento por la Paz quedó constreñido a las estructuras del partido y su apelación pacifista encontró escaso eco entre los intelectuales, el partido tuvo algunos logros, como la adhesión fervorosa de María Rosa Oliver (1898-1977). También el filósofo Carlos Astrada (1894-1970) se convirtió, como producto del acercamiento al peronismo de 1952, en un peculiar compañero de ruta de los comunistas por algunos años.

Aunque en la Argentina la periodización sugerida por Ory exige ser matizada debido a la sobrevida que el peronismo impuso al frente intelectual antifascista hasta 1955, durante este período el lugar que los intelectuales comunistas ocupaban en el espacio cultural más general así como en el interior del partido se modificó. Si hasta entonces los comunistas habían logrado ocupar un puesto en el campo cultural debido a la fortaleza que los tópicos antifascistas imprimían a un discurso centrado en la defensa común de la cultura y las tradiciones liberales amenazadas por el carácter “reaccionario, clerical e hispanista” del gobierno nacido del golpe de 1943 y continuado, según se afirmaba, por su más hábil exponente luego de las elecciones de febrero de 1946; los vaivenes que el partido experimentó en la caracterización del fenómeno peronista a lo largo de toda la década resultaron letales para su permanencia en esa comunidad intelectual antiperonista. Mientras los comunistas fueron capaces de sostener sin ambages su vocación antiperonista, el clima de asedio que en todo el mundo soportaban no los alcanzó en todas sus consecuencias. Pero, como

analizaremos a continuación, cuando en 1952 el partido se lance por breve tiempo a buscar la unidad con el peronismo y, atento a las necesidades impuestas por el escenario internacional y el mandato antiimperialista que organizaba el discurso soviético para América Latina, redefine violentamente tanto la política de alianzas como los términos que gobernaban las interpretaciones comunistas sobre el pasado y las tradiciones ideológicas locales, los intelectuales comunistas abandonarán —no sin desgarros personales— las instituciones culturales que hasta entonces integraban e incluso dirigían (como la SADE y el CLES), provocando el primer gran quere del “campo democrático” de la intelectualidad argentina.

Esta circunstancia tuvo una doble consecuencia. La primera fue que el espacio cultural comunista adoptó un perfil más definido en términos ideológicos e institucionales. A partir de 1952 el campo intelectual argentino se dividió, al menos por un breve tiempo, en tres familias reconocibles: la nacionalista, la liberal y la comunista.<sup>183</sup> Al quedar aislados de los espacios que organizaban la vida cultural y otorgaban una tribuna a los intelectuales opositores, proscriptos o perseguidos (condición que los comunistas nunca perdieron), los intelectuales del partido y sus compañeros de ruta se lanzaron a crear instituciones propias, como la Casa de la Cultura Argentina y el semanario *Propósitos*, o a reforzar y jerarquizar espacios ya existentes, como el propio frente cultural y la revista *Cuadernos de Cultura*. En no pocas ocasiones, estos espacios se convirtieron en alternativas laborales para unos intelectuales que, o vivían del periodismo cuyas páginas ahora se le negaban, o eran profesionales que habían sido expulsados de sus puestos en los organismos oficiales. La segunda consecuencia fue que el doble cercamiento que imponía el clima internacional y la situación interna respecto al peronismo, fortaleció la pretensión de autarquía que desde siempre tuvo el partido respecto a la cultura. También en este terreno, los comunistas actuaron como una fortaleza acechada por las presiones del mundo exterior, amenazados, como lo había dicho Codovilla, por una doble desviación: la del sectarismo, que conducía al campo de oposición sistemática, y la del oportunismo, que llevaba a la asimilación con

---

<sup>183</sup> En los años posteriores a 1955 puede agregarse la familia trotskista, que desde entonces se expresará con más fuerza. Cfr. Tarcus, 1996.

el peronismo.<sup>184</sup> El intento, tal vez improbable en las circunstancias en que se presentaba, de escapar de la dicotomía entre peronismo y antiperonismo, fue también el contexto para el inicio de una reconsideración sobre el pasado argentino que tuvo en Héctor P. Agosti su exponente más sistemático.

En este capítulo analizaremos, en primer lugar, el proceso de “profesionalización” del espacio cultural comunista que se produce desde la segunda mitad de la década del 40. Como hemos visto en el primer capítulo, hasta 1935 no faltaron iniciativas que buscaron organizar a los intelectuales y artistas comunistas en un espacio diferenciado del campo cultural, sea mediante la postulación de criterios estéticos clasistas deudores del *proletkultismo* soviético, sea mediante la organización de instancias gremiales específicas. Sin alcanzar demasiado éxito en su momento, cuando se inicie la etapa de los frentes populares caerán en el olvido definitivo, dado que desde entonces la prioridad será el fortalecimiento del espacio antifascista. Tanto en la Argentina como en el resto del mundo, los intelectuales comunistas o sus oportunos compañeros de ruta actuaron públicamente como herederos de la traición *dreyfusard*, es decir, pusieron su nombre y capital cultural al servicio de la defensa de valores universales que veían amenazados por la barbarie nazi. El movimiento comunista internacional no les exigió lo contrario, sino que alentó y cortejó a los intelectuales para que se pusieran al frente de las iniciativas antifascistas, sin importar los niveles de compromiso que aquello suponía (a veces alcanzaba con firmar un manifiesto, aunque integrar o presidir una organización ayudista o frentista era uno de los servicios más valorados). Aunque muchos escritores, artistas y periodistas dispusieron no solo su nombre sino su propia vida en los campos de batalla europeos o en la defensa de la República española, nunca se les solicitó explícitamente extender su compromiso hacia el terreno de la creación, es decir, escribir obras o pintar cuadros “comunistas”. Luego de 1946, y sobre todo luego de las codificaciones de Andrei Zhdánov sobre el arte, la literatura y la filosofía, esta situación se modificó.<sup>185</sup> En la URSS se inició un sistemático

---

<sup>184</sup> Cfr. Altamirano, 2011, *op. cit.*, p. 29.

<sup>185</sup> Diversos tramos de las resoluciones soviéticas de 1946-1948 sobre la literatura y el arte fueron reproducidas en la prensa comunista local en el siguiente orden: “Literatura y arte al servicio del pueblo. El informe de A. Zhdanov, secretario de CC del PCUS”, en *Orientación*, 8 de enero de 1947; “La

disciplinamiento de los intelectuales y artistas, que fueron obligados a someterse al dogma ideológico impuesto por el partido. En los países no comunistas, incapaces de imponer semejante sistema de coacción, se buscó “profesionalizar” la participación de los intelectuales, esto es: combatir las tendencias “obreristas” que llevaban a estos a sentirse más útiles a la causa comunista realizando tareas no intelectuales (opción alentada muchas veces por las propias organizaciones partidarias) y propiciar la idea de que el deber principal de los intelectuales comunistas era la “creación intelectual”, aunque por tal cosa se entendiera el mero ejercicio del periodismo polémico desde las páginas de los órganos partidarios. Esta exigencia profesionalista se tradujo en el establecimiento de una nueva estructura de participación que apuntó a crear comisiones y frentes por especialidad. Con esto se cumplía un doble y paradójico objetivo: se admitía, al nivel de las estructuras, una relativa autonomía de las profesiones intelectuales, y, al mismo tiempo, se deducía que dado que los intelectuales cumplían una función esencial en la estrategia partidaria, debían ser orientados y sometidos a la misma disciplina que alcanzaba al resto de los militantes, fueran obreros o campesinos. Como analizaremos en este capítulo, la profesionalización de la actividad intelectual fue un fenómeno reconocible en el comunismo argentino desde fines de 1945 y supuso una modificación importante de su política intelectual.

En segundo lugar, analizaremos el modo en que la política de absoluta sumisión de la vida cultural a los mandatos político-partidarios que caracterizó a la Unión Soviética desde 1946 (codificados bajo las denominaciones de “realismo socialista” o “ciencia proletaria”), impactó en el espacio comunista local, provocando polémicas y condenas internas y reavivando, hacia el exterior, la certeza de que en el país del socialismo no existía libertad para la creación sino un inadmisibles régimen de autoritarismo y

---

literatura soviética en pleno auge”, en *Orientación*, 5 de noviembre de 1947; “Sobre la opera “La Gran Amistad” de V. Muradeli (resolución del CC del PC (B) de febrero de 1948, en *Orientación*, 7 de abril de 1948; Cogniot, George. El informe Zhdánov sobre la historia de la filosofía”, en *Orientación*, 12 de mayo de 1948, “Degeneración del arte burgués”, en *Orientación*, 4 de agosto de 1948, “Las tradiciones de los clásicos”, en *Orientación*, 15 de octubre de 1948. El libro de Zhdánov *Historia de la filosofía* fue publicado por la editorial comunista Anteo en 1948 y una recopilación de las resoluciones fueron organizadas bajo el título *Literatura y Filosofía a la luz del marxismo* por la editorial comunista uruguaya Pueblos Unidos (1948).

coerción que había llegado al extremo de indicar cómo debía escribirse poesía o ejecutarse una ópera. Los escritores y artistas fueron los más sensibles a las consecuencias que imponía la nueva política cultural soviética, que los dirigentes locales estuvieron dispuestos a imponer. Desde 1948 hasta 1956 el espacio cultural comunista se vio envuelto en fuertes disputas, algunas de las cuales terminaron en sanciones y expulsiones, como se verá en el caso del crítico de arte Cayetano Córdova Iturburu. En el marco del mandato antiimperialista que gobernó las políticas comunistas durante el período de la Guerra Fría y frente a los requerimientos de marcar una escisión al interior del campo literario apelando a criterios de clase que reducían la creación artística y la crítica a un esquema político simplificador, el espacio cultural comunista se escindió, particularmente en torno a la cuestión de la herencia cultural que los comunistas debían reconocer como propia. Las discusiones en torno a la existencia de una literatura realista-socialista, a la relación entre los fenómenos artísticos, la ideología y la política, y a los modos que debía desenvolverse la crítica comunista en relación a la tradición literaria y cultural argentina, pero también al legado artístico del modernismo y las vanguardias, fue un capítulo específico, en el terreno de la literatura, de la guerra fría cultural de los comunistas argentinos.

### **Del compromiso a la profesionalización**

El “giro cultural” de la Guerra Fría precedió al giro político que quedó oficializado en la conferencia inaugural de la Cominform en setiembre de 1947. Este cambio se produjo tanto en la manera de concebir la tarea del intelectual como en sus formas de organización. En efecto, después de la Guerra, los más importantes partidos comunistas occidentales tendieron a “profesionalizar” las formas de organización de sus intelectuales, mediante la promoción de frentes por especialidad. En países como Francia e Italia esta estructura se desarrolló desde el período de la Resistencia y estuvo directamente relacionada con las condiciones de censura y clandestinidad. En ese contexto, la concepción clásica que concebía la acción común de los intelectuales en función de una intervención puramente política avalada por su capital simbólico (la firma de manifiestos, la participación en organizaciones como la Liga de los Derechos

del Hombre), fue desplazada por una concepción profesionalista en la que el intelectual debía comprometer su obra o sus prácticas y competencias profesionales en el combate contra la amenaza nazifascista. La literatura clandestina fue el modelo más exitoso de esta nueva forma de intervención, dado que al ser una batalla presentada por medios puramente literarios, demostraba que la literatura podía actuar como un vehículo eficaz de difusión de un mensaje de oposición y resistencia.<sup>186</sup>

Este modelo de organización corporativa de los intelectuales no fue únicamente una consecuencia de las condiciones impuestas por la guerra a la vida cultural, pues ya desde 1934 regía los destinos de la Unión de Escritores Soviéticos. Se trataba de promover estructuras formalmente autónomas de la organización del partido, aun cuando fueran dirigidas por comunistas, que tuvieran como función primordial la defensa de los intereses profesionales y gremiales de cada especialidad y, al mismo tiempo, actuaran como vehículo de las políticas unitarias. Durante los primeros años de la Guerra Fría, período en el cual los intelectuales comunistas se vieron obligados a poner a prueba sus saberes a demandas tan estrictas como el “realismo socialista”, el “arte figurativo” o la “ciencia proletaria”, intentando servir a la “verdad” detentada por el partido, las organizaciones profesionales actuaron como un modo de evitar su total aislamiento. A diferencia de la rigidez de la línea cultural zhdanovista, las estrategias unitarias se basaron, como en la época del movimiento antifascista, en consignas amplias como la “defensa de la cultura nacional” contra el avance del imperialismo norteamericano y la “lucha por la paz”. El “humanismo”, a menudo filiado con una tradición racionalista a la vez universal y local, sirvió como marco para lograr la adhesión de los intelectuales no comunistas a los combates comunistas de la Guerra Fría.

En la Argentina, esta modificación de las estructuras del compromiso intelectual con el comunismo se produjo en la misma época, en buena parte facilitada por el clima de beligerancia que generó el peronismo entre los sectores profesionales y letrados. Uno

---

<sup>186</sup> Sapiro, 2003, pp. 168 y ss.



de los efectos inmediatos de la irrupción del peronismo en el campo intelectual fue, como ha explicado Flavia Fiorucci, ralentizar la politización que se venía dando desde la década del '30. A medida que la gestión cultural del peronismo reveló sus aristas más censuradoras, los intelectuales optaron por sustraerse del debate público y concentrarse en temas gremiales y estrictamente ligados a su campo de influencia.<sup>187</sup> Esta estrategia de supervivencia general coincidió con el cambio de política de los propios comunistas, que desde entonces se concentraron cada vez más en influir las instituciones culturales que agrupaban a los intelectuales y artistas o, cuando esto no fue posible, crear organizaciones propias.

Desde la clausura de la AIAPE en 1943, el comunismo no alentó una organización frentista de intelectuales y artistas hasta una década después, con el Congreso Argentino de Cultura. Hasta fines de la década del 40, solo el Frente de la Solidaridad (que canalizaba sus actividades a través de la Liga por los Derechos del Hombre) actuó como un paraguas aglutinador de la participación de los intelectuales, aunque sus objetivos no contemplaran ninguna acción específica en el campo cultural, sino más bien la participación de los intelectuales en las acciones en contra de la represión policial, la defensa de los presos políticos, el apoyo a las huelgas y las acciones reivindicativas de obreros y campesinos, la ayuda humanitaria y la promoción de la solidaridad internacional con los pueblos en lucha. En los meses previos a las elecciones de febrero de 1946, aparecieron las primeras organizaciones intelectuales agrupadas por especialidad. Una de las pioneras fue la Asociación de Médicos Democráticos, impulsada entre otros por el médico psiquiatra Jorge Thénon (1902-1885) recientemente afiliado al partido. Aunque el propósito manifiesto de esta asociación era contribuir a “derribar a la dictadura y restablecer el imperio de la Constitución Nacional”, se presentaba como una alternativa de organización gremial a la Asociación Médica Argentina, la cual, según Thénon, había caído presa de una actitud colaboracionista con la dictadura al haber aceptado un aumento salarial de claros fines demagógicos.<sup>188</sup> Al poco tiempo, ya existían la Asociación de Educadores

---

<sup>187</sup> Fiorucci, 2011, p. 71.

<sup>188</sup> “Los médicos se unen”, en *Orientación*, 29 de agosto de 1945.

Democráticos y la Asociación de Ingenieros Democráticos, agrupadas en la Junta de Coordinación Democrática, de activa participación en la campaña electoral.

En agosto de 1946, se creó el Teatro del Partido Comunista, con sede en la calle Victoria al 2936. Este se presentó como una alternativa a las salas comerciales y al “amauterismo” del movimiento de teatros independientes. Contaba con diversas secciones según la especialidad: elenco teatral, títeres, escenografía, técnica, coro, danza, orquesta, arte nativo y cinematografía.<sup>189</sup> Casi al mismo tiempo, se crearon el Instituto Cultural Argentino-Ruso (IRCAU) y el Colegio de Estudios de Lengua Rusa. En su declaración de principios, el IRCAU anunciaba que su objetivo era:

Conocer y divulgar lo que la Unión Soviética ha hecho en el campo de la cultura; estudiar sus instituciones y su régimen social y hacerle conocer lo que el pueblo argentino ha hecho y hace en esas materias es, en el actual momento de las relaciones internacionales, trabajar por la paz y el progreso humanos, además de enriquecer el propio caudal.<sup>190</sup>

Con un claro perfil académico-profesional, la Comisión Ejecutiva del IRCAU estaba integrada por personalidades provenientes de ámbitos intelectuales destacados y de filiaciones políticas diversas y de reunión improbable en otros contextos históricos. Su presidente era el matemático Alberto González Domínguez, prestigioso profesor de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA, quien cuatro años después recibirá el Primer Premio Nacional de Ciencias. Entre las personalidades invitadas a organizar los diversos departamentos del Instituto, se encontraban el entonces director del Museo Etnográfico de la UBA, Francisco de Aparicio, quien estaba encargado de la sección de Antropología e Historia; el escritor nacionalista y eximio representante del revisionismo histórico Ernesto Palacio tomó a su cargo el área de Filosofía; el ingeniero agrónomo Lorenzo Parodi y los geólogos Horacio Harrington y Luciano Catalano, hicieron lo propio con el área de Ciencias Naturales; mientras que el doctor Alfredo Lanaria dirigía el departamento de Ciencias Médicas y Bernardino Horne y Cornelio Viera el de Ciencias Agronómicas. El ingeniero Ricardo Ortiz, longevo

---

<sup>189</sup> “El teatro del P. Comunista”, en *Orientación*, 14 de agosto de 1946 y Álvaro Yunque “Teatro del Partido Comunista”, en *Orientación*, 18 de setiembre de 1946.

<sup>190</sup> “Constituyen el Instituto Cultural Argentino-Ruso”, en *Orientación*, 28 de agosto de 1946.

compañero de ruta de los comunistas, organizó el área de Tecnología. Las disciplinas artísticas estuvieron representadas por el compositor Luis Gianneo en Música, mientras que el teatro y la danza quedaron en manos del impulsor del ballet estable del Teatro Colón, Cirilo Grassi Díaz. El guionista y director Lucas Demare, cuya mayor película, *La Guerra Gaucha*, recibió grandes elogios de la crítica comunista, comandó el departamento de Cine; Antonio Berni el de Artes Plásticas, el dibujante y ceramista Fernando Arrans el de Artes Aplicadas, Atahualpa Yupanqui el de Folclore y el editor e impresor Bartolomé Chiesino el de Artes Gráficas. El indudable prestigio de buena parte de los nombres, el “efecto de título” con el que se organizó la presentación pública y el lugar preeminente que las ciencias ocupaban sobre las artes y las humanidades, indican un nuevo clima de época en el que los logros científicos y aval de los “sabios” se convertirán en la prueba y el ejemplo del desarrollo cultural soviético.

En buena medida beneficiada por la normalización del mercado internacional después de la guerra, la actividad editorial también se extendió y se especializó. En 1945 se crea la librería, editorial, distribuidora y galería de arte Amauta, con sede en la calle Córdoba 836, y poco tiempo después la Editorial Brújula, dedicada a la juventud, ubicada en Aráoz 560. Carlos Dujovne inaugura su librería, relanza la editorial *Problemas* y fomenta la edición de la revista *Expresión* dirigida por Héctor P. Agosti, la primera revista literaria con participación de comunistas luego la experiencia de *Nueva Revista*, una década antes.<sup>191</sup> La Distribuidora Rioplatense de Libros Extranjeros (DIRPLE), cita en la calle Alsina 1941, comienza su actividad

---

<sup>191</sup> *Expresión* publicó ocho números entre diciembre de 1946 y julio de 1947. Con un formato libro y bajo una cuidada edición, la revista estaba dirigida por Héctor P. Agosti acompañado de un Consejo de Dirección integrado por Enrique Amorim, Roberto Giusti, Leopoldo Hurtado y Emilio Troise. En su primera nota editorial *Expresión* se presentó como una publicación argentina de vocación continental, filiada en la tradición de racionalismo moderno y abierta a los valores de las nuevas generaciones. Su programa de intervención intelectual se resumía en la siguiente fórmula: “ser tribuna de las inquietudes nacionales y vehículo del mejor pensamiento europeo” (nº 1, p. 6). *Expresión* manifestó su vocación americanista abriendo sus páginas a importantes autores latinoamericanos (Jorge Amado, David Alfaro Siqueiros, Juan Antonio Correjter, Caio Prado, Juan Marinello, entre otros) y abordó en sus páginas cuestiones como el folclore y las tradiciones culturales latinoamericanas, además de publicar cuento y poesía. En todos los números se publicaban críticas de libros, un panorama de revistas europeas (sobre todo francesas) y un epistolario. La revista tenía una importante cantidad de avisos, la mayoría de editoriales, y durante varios números anunció la salida de los nuevos números de la revista *Sur*.

distribuyendo publicaciones soviéticas y revistas comunistas del exterior, como la francesa *La Pensée*. En 1946, año de una prolífica actividad editorial comunista que decayó estrepitosamente durante la década peronista, el PCA contaba con ocho sellos editoriales (oficiales o independientes dirigidos por comunistas) y varias librerías distribuidas en distintos puntos de la ciudad de Buenos Aires.<sup>192</sup> La preocupación de los comunistas por la unidad ideológica y la educación y elevación teórica de sus militantes, que fue compartida por todo el movimiento comunista mundial, se reflejó también en el contenido de su política editorial. Es en este contexto que debe considerarse la edición en 1947 del *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina* –emulación local de la Historia del Partido Comunista (b) de la URSS editado en Argentina en 1939–, que desde entonces tuvo el rol de relato oficial y normalizado de la trayectoria del comunismo argentino, de sus padres fundadores, héroes y réprobos.<sup>193</sup> Ese mismo año, la Editorial Problemas, con gran apoyo del partido y particularmente del secretario de organización Juan José Real, comenzó a

---

<sup>192</sup> Los sellos eran: Anteo (editorial oficial dedicada a la difusión de la literatura teórico-doctrinal creada en 1942), Futuro (creada y dirigida por Raúl Larra en 1944, contaba con diversas colecciones dedicadas a la pintura, la historia, la literatura, el ensayo y la biografía), Quetzal (dedicada sobre todo al ensayo y la literatura de autores argentinos), Lautaro (fundada en 1942 por Sara Maglione de Jorge estaba dedicada al ensayo filosófico y científico, la historia, la divulgación científica y en menor medida la literatura), Procyón (dedicada al ensayo filosófico de autores argentinos y extranjeros, particularmente franceses, era distribuida por la Editorial Lautaro) Amauta estaba ligada al sello Espiga, de efímera existencia, aunque distribuía libros de otras editoriales como Siglo Veinte, dedicada a la literatura, particularmente en traducciones de autores soviéticos y franceses y en ensayo. En este período aparecieron sellos como Argonauta y Elevación, que publicaron pocos títulos y a menudo eran creados solo para editar determinadas obras y no con un plan editorial. Para esta investigación se realizó una reconstrucción parcial (entre los años 1945 y 1965) de los catálogos de Lautaro, Problemas, Cartago, Anteo, Futuro, Procyón y Quetzal.

<sup>193</sup> Participaron de la redacción del informe Rodolfo y Orestes Ghioldi y Héctor Agosti (Cfr. Cernadas, Pittaluga y Tarcus, *op. cit.*). En abril de 1948, mientras el Comité Central del PCUS hacía pública sus resoluciones en contra de la música formalista y antipopular de Vanó Muradeli y la polémica acerca del rol de los intelectuales en los partidos comunistas ocupaba buena parte de la página cultural de *Orientación*, el PCA organizó unas jornadas de Educación Comunista con Victorio Codovilla como principal orador. A lo largo de nueve conferencias, el dirigente máximo de los comunistas argentinos buscó complementar la labor de “esclarecimiento ideológico” iniciada con la publicación del *Esbozo...*, explicando “magistralmente” los principios esenciales del marxismo-leninismo-stalinismo y demostrando con “documentación irrefutable” que los pueblos encabezados por la URSS y las democracias populares ya habían decidido a su favor la lucha contra el imperialismo y la reacción y en favor del progreso, la libertad y la independencia nacional. De cara a los grandes acontecimientos que se avecinaban, la asimilación de estas enseñanzas, se afirmaba, evitarían las desviaciones y el espontaneísmo, pertrechando a los comunistas contra los vacilantes y los reaccionarios. Cfr. José Morillas, “Las jornadas de educación comunista y el camarada Codovilla”, en *Orientación*, 18 de agosto de 1948.

editar una Biblioteca Marxista, dirigida por Emilio Troise, que reunía por primera vez en español las “obras fundamentales” de la doctrina marxista-leninista-estalinista, convirtiéndose de inmediato en material de lectura obligada de viejos y nuevos comunistas.<sup>194</sup>

En 1945, luego de dos años de clausura y bajo la dirección de Ernesto Giudici, reapareció *Orientación*, órgano oficial del partido cuya hoja artístico-literaria tradujo la política cultural del comunismo hasta su nueva y definitiva clausura en enero de 1950. Con el cierre de *Orientación* y el diario *La Hora* en junio de 1943, el partido comenzó a publicar *Nuestra Palabra*, semanario dirigido por Héctor P. Agosti que aunque en condiciones de casi permanente ilegalidad apareció regularmente como órgano informativo hasta 1976.<sup>195</sup> El mismo año, la editorial oficial Anteo relanza con la dirección de Rodolfo Ghioldi los *Cuadernos de Cultura Anteo*, una serie de folletos dedicados a difundir temas soviéticos y del movimiento comunista europeo en momentos en que, como declaraba la presentación del primer número, “la artillería del munichismo en decadencia concentra sus fuegos sobre Moscú”. La creación en abril de 1949 de la revista teórica del Comité Central *Nueva Era*, bajo la dirección del

---

<sup>194</sup> Integraban la Biblioteca Marxista: Lenin, Vladimir Illich, *Obras Escogidas* (4 tomos, 1946), Engels, Friedrich; *Dialéctica de la Naturaleza* (1947), Stalin, Joseph, *J. V. Stalin: esbozo biográfico* (1946), *El marxismo y el problema nacional y colonial: recopilación de artículos y discursos* (1946) y *Cuestiones del leninismo* (1947). Para una guía oficial de lectura de estas obras ver Juan José Real, “La edición de una biblioteca marxista”, en *Orientación*, 28 de mayo de 1947. Nos hemos ocupado del caso específico de la editorial Problemas en Petra, 2013, pp. 330-340.

<sup>195</sup> El diario *La Hora* fue creado en 1940 bajo la dirección de Orestes Ghioldi, Benito Marianetti y Emilio Troise, cumpliendo un viejo anhelo de los comunistas de contar con un cotidiano. En 1942, ya bajo la dirección de Rodolfo Ghioldi y la subdirección de Julio Notta fue suspendido acusado de violar las disposiciones vigentes para la prensa por el decreto de estado de sitio dispuesto por el gobierno de Roberto Ortiz. Luego del golpe del 6 de junio fue clausurado, hasta 1945 que volvió aparecer para ser nuevamente prohibido en 1950. Esta última clausura se extenderá hasta mayo de 1958, cuando al día siguiente de la asunción de Arturo Frondizi vuelva a aparecer, rodeado de festejos, con Ernesto Giudici como secretario de redacción. El logro será breve, pues en enero de 1959, en el medio de una feroz campaña anticomunista, dejó de publicarse definitivamente. En este lapso, *La Hora* albergó muchos jóvenes comunistas que luego se alejarán del partido o serán expulsados: Andrés Rivera (encargado de las noticias gremiales), Juan Gelman (nacionales), Manuel Mora y Araujo (universitarias) y Ezequiel Gallo (deportes). En ese breve lapso, *Nuestra palabra* modificó su formato, se publicó a dos colores y abandonó su rol informativo para convertirse en un semanario “ideológico y cultural” que se distribuía por suscripción. El director era Héctor P. Agosti y Juan Carlos Portantiero se desempeñaba como secretario de redacción. Para un testimonio en primer persona de la experiencia de *Nuestra Palabra* y *La Hora* entre 1958 y 1959 ver la entrevista de Edgardo Mocca a Juan Carlos Portantiero (2012, pp. 40-41).

propio Codovilla, y al año siguiente, de la revista *Cuadernos de Cultura Democrática y Popular*, dedicada a difundir las tesis zhdanovistas para el arte y la ciencia, definirán con contornos más nítidos la preocupación de la dirigencia comunista por los temas teóricos y culturales, a la vez que la necesidad de encauzarlos en órganos especializados que hacían más sencillo su control.

La primacía de la política en la definición de la empresa cultural comunista y sus posicionamientos es evidente también en los nombres que encabezan o dirigen sus productos: Ghioldi y Codovilla son los máximos dirigentes partidarios, pero su prestigio en el campo intelectual es prácticamente nulo, aunque los comunistas insistan en presentar al primero como un gran periodista. Los *Cuadernos de Cultura*, hasta la llegada de Agosti en 1952, serán dirigidos Roberto Salama e Isidoro Flaumbaum, dos jóvenes desconocidos, sin ningún capital propio excepto el acumulado al interior de la institución partidaria por sus encarnizados ataques contra los filósofos y escritores “burgueses”, entre los que se encontraban Francisco Romero, José Luis Romero, Roberto Arlt, Eduardo Mallea, Ricardo Güiraldes.

La aparición de *Nueva Era* —se afirmaba en *Orientación* en marzo de 1949— constituirá un hecho de gran importancia en la vida del movimiento obrero y progresista de nuestro país, puesto que en la etapa actual del desarrollo de los sucesos nacionales y mundiales, la lucha en el terreno ideológico ocupa un lugar prominente. Las pseudo teorías que la reacción interna y externa, que los ideólogos y lacayos de la oligarquía, la gran burguesía y el imperialismo tratan de hacer penetrar en el seno de nuestro pueblo, y en primer lugar, de la clase obrera, deben ser desenmascaradas y destruidas, como una de las condiciones para el fortalecimiento de la unidad de nuestra clase obrera y de nuestro pueblo en la lucha por la democracia popular, por la libertad e independencia de nuestra patria.<sup>196</sup>

En la IV Conferencia Nacional del partido, celebrada en diciembre de 1945, en el marco de la política de “unidad nacional” promovida entonces por los comunistas, la cuestión de los intelectuales se planteó abiertamente. En ese momento, el problema principal consistía en canalizar la politización que la “avanzada clerical y reaccionaria” del gobierno de junio había desatado entre los intelectuales de las más diversas procedencias sociales y culturales. En los meses previos, varios profesionales,

---

<sup>196</sup> “Nueva Era”, en *Orientación*, 30 de marzo de 1949.

escritores y artistas habían hecho público su ingreso al partido, siguiendo el ejemplo del célebre texto de Pablo Picasso “Por qué me hice comunista”. Algunos de ellos eran ya activos como compañeros de ruta, como el médico Emilio Troise, los psiquiatras Jorge Thénon y Julio Luis Peluffo y los dibujantes Manuel Kantor (1911-1984) y Bartolomé Mirabelli.. Para ellos, formados generacionalmente en la cultura antifascista, las razones del ingreso al partido se fundaban precisamente en la perseverante acción antifascista que los comunistas habían desplegado desde 1930 y que, a partir de 1943, había directamente trocado en una “resistencia heroica” al “nazifascismo” y sus acólitos locales.<sup>197</sup> Otros, como el músico Atahualpa Yupanqui (1908-1992) o los integrantes del Grupo Arte-Concreto Invención (Tomás Maldonado, Edgar Bayley, Manuel Espinosa, Claudio Girola, Alfredo Hlito y Aldo Prior) cifraban su ingreso en razones más estrictamente culturales, confiados en que el comunismo abría nuevas sentidos y sensibilidades para la creatividad, el arte y la vida.<sup>198</sup> Pero el círculo de adhesión al partido se extendió mucho más allá de este puñado de nombres. El “Festival de la Victoria” que realizó en el Luna Park el 25 de setiembre de ese mismo año y que reunió a varios miles de personas, recibió el apoyo público de escritores e intelectuales conocidos en los círculos de la amistad comunista, pero también de importantes artistas populares como Delia Garcés, Ada Luz, Francisco Petrone, Roberto Galán, Ángel Magaña, Libertad Lamarque, Narciso Ibáñez Menta y Zelmar Gueñol.<sup>199</sup> La candidatura de Héctor Agosti como diputado nacional por la Liga por la Libertad y la Resistencia en las elecciones de febrero de 1946 recibió el

---

<sup>197</sup> En el relato oficial de los comunistas, el período comprendido entre el golpe del cuatro de junio de 1943 y el 6 de agosto de 1945 se denominó de “resistencia clandestina”, de la cual el partido habría sido abanderado. El paralelismo con la resistencia de los partidos comunistas europeos durante la Segunda Guerra es clara y estuvo en el origen del ingreso de muchos intelectuales al partido. Cfr. “Páginas de Historia”, en *Orientación*, 3 de octubre de 1945.

<sup>198</sup> “El ingreso de los intelectuales al partido”, en *Orientación*, 5 de setiembre de 1945, “Artistas adhieren al comunismo” en *Orientación*, 19 de setiembre de 1945, “Por qué ingreso al PC”, en *Orientación*, 5 de setiembre de 1945 y 19 de setiembre de 1945.

<sup>199</sup> La programación artística del acto estuvo a cargo de Atahualpa Yupanqui y contó con cuadros folclóricos, orquestas de tango y jazz, coros, danzas españolas y poesía. Cfr. “El gran festival se realizará el martes 25 en el Luna Park” y “Festival de la Victoria” en *Orientación*, 19 de setiembre de 1945 y 3 de octubre de 1945.

apoyo de dos centenares de destacadas figuras encabezadas por Eduardo Mallea, Raquel Forner, Horacio Butler y Jorge Luis Borges.<sup>200</sup>

En aquella conferencia de fines de 1945, el matemático Manuel Sadosky explicaba las razones por las cuales tantos intelectuales, otrora indiferentes, se habían visto obligados a participar en la vida política. El golpe militar del 4 de junio de 1943, explicaba quién sería el pionero de informática en el país, les había propinado no solo agravios morales, sino que los había afectado en la posibilidad de ejercer su profesión, exonerando a los profesores universitarios, apartando a los ingenieros de las dependencias públicas, impidiendo a los arquitectos actuar en el ámbito privado, encarcelando a los abogados y censurando a los periodistas, escritores y plásticos. A este escenario había que agregar la sensibilidad que los sectores intelectuales tenían por los acontecimientos internacionales. El papel de la URSS en la derrota final del nazismo los había conmovido, tanto como impresionado el magnífico desarrollo de la cultura soviética. El ingreso al partido de figuras intelectuales “de primer orden” merecía entonces toda la atención posible. En primer lugar, no debía olvidarse que la actividad de los intelectuales en las organizaciones gremiales de cada especialidad era un fin ineludible que la coyuntura, por más penosa que fuera, no debía desvirtuar. Dejar de lado reivindicaciones gremiales largamente postergadas, como había sucedido con los maestros, constituía un error político que facilitaba la estrategia de cooptación de Perón. Por otra parte, la premisa de Juan José Real, expresada en la misma conferencia, de que el intelectual debía realizar un trabajo creador en su especialidad, siendo obligación del partido facilitar esa tarea y no interceptarla, no debía impedir que los intelectuales se asimilaran a las formas de organización del partido incorporándose a una célula y adquiriendo su ideología.

(...) en nuestro partido no hay más que un sola clase de afiliados (...) por lo tanto los intelectuales deber asimilados para hacerles adquirir la ideología del partido, que como dijo Stalin, es la ideología del obrero de la gran industria.<sup>201</sup>

---

<sup>200</sup> “Escritores apoyan la candidatura de Agosti”, en *Orientación*, 2 de febrero de 1945.

<sup>201</sup> Manuel Sadosky, “Cuestiones del trabajo intelectual (intervención en la Conferencia Nacional del PC)”, en *Orientación*, 2 de enero de 1946.



Para Héctor P. Agosti la tarea de ese vasto conjunto de profesionales, técnicos y profesores a los que llamaba “la inteligencia” se definía claramente en el terreno de las ideas y la acción cultural, antes que en lo puramente gremial. En su discurso ante la conferencia partidaria, Agosti remarcará el hecho de que la “retórica nazirosista” del peronismo había producido entre los intelectuales una unidad de acción inédita, impidiendo la consumación total del programa de “nazificación cultural” del régimen y demostrando que el de la cultura era un frente tan importante como cualquier otro.<sup>202</sup> Sin embargo, la intelectualidad del país no debía conformarse con la participación en un acontecimiento aislado sino aprovechar la ocasión para determinar el problema más profundo que la afligía, es decir, la condición social del intelectual en un país cuya revolución democrático-burguesa ha sido dramáticamente postergada. La técnica y la cultura, afirmaba, no pueden expandirse en el marco de una campaña pauperizada por el latifundio o en un medio urbano escasamente industrializado. Sin bases económicas que lo sostengan, no existe el desarrollo técnico y científico como tampoco un mercado para la cultura, pues una población escasamente instruida es incapaz de consumir bienes culturales. Cumpliendo su misión histórica, la burguesía debía arrancar a las masas campesinas del “idiotismo de la vida rural” y expandir la técnica y la cultura en los medios apartados de la civilización. Solo entonces la inteligencia podría desplegar toda su capacidad creadora, superando su contradicción inicial y avanzando hacia un humanismo a medida de la liberación humana. Según Agosti, la cultura, en tanto adecuación constante del hombre y la sociedad, debía darse una política esencialmente civilizatoria y formativa, educando a las masas en el ejercicio integral de la democracia y armonizando la enseñanza con el proceso de reestructuración económico y social que supondría la revolución democrático-burguesa. El deber de la inteligencia, concluía, era extirpar de la enseñanza oficial las resurrecciones escolásticas y la doctrina existencial que constituían la base ideológica del “fascismo criollo”. Para plasmar una nueva conciencia nacional los intelectuales comunistas (escritores, artistas y profesores) debían combatir el desconocimiento y la

---

<sup>202</sup> Héctor P. Agosti, “Sobre algunos problemas de la cultura argentina (discurso pronunciado en la conferencia nacional del Partido Comunista)”, en *Orientación*, febrero de 1946.

calumnia que pesaba sobre el materialismo dialéctico y difundirlo en los centros de estudios, tal como lo había hecho Aníbal Ponce o como lo hacían los comunistas franceses mediante las *Maison de Culture*. Poco tiempo después, como veremos en los siguientes apartados, el proyecto de crear una Casa de la Cultura tomará forma en el marco de la ruptura de los comunistas con los intelectuales liberales y, en particular, con las autoridades del CLES que Ponce había contribuido a fundar.

Como era habitual en la prensa comunista argentina, particularmente en lo referido a temas culturales, la discusión entre “profesionalismo” y “obrerismo” se introdujo mediante la evocación del debate francés. En dos oportunidades, *Orientación* publicó fragmentos de intervenciones del filósofo comunista francés Roger Garaudy, responsable de la Comisión de Intelectuales del PCF hasta 1947, en las que el autor de *El comunismo y el renacimiento de la cultura francesa* defendía la postura según la cual el trabajo de los intelectuales debía profesionalizarse y organizarse dentro de la estructura del partido, dotándose de instancias específicas en las que los intelectuales desarrollasen sus saberes en favor de la elevación teórica y cultural de la organización. Para Garaudy, los intelectuales, como grupo, ocupaban un lugar tan importante como los jóvenes, las mujeres o los campesinos en la tarea de reconstrucción de la cultura francesa de posguerra, razón por cual necesitaban el mismo control y la misma orientación de parte de los dirigentes. Por este motivo, la tendencia obrerista de algunos intelectuales, que se consideraban más útiles militando en tareas no específicamente intelectuales, debía ser rechazada.

No podemos permitirnos continuar en nuestra rutina pequeña y estrecha que brinda al partido dos tardes semanales para tareas que no están consonancia con nuestra propia vocación. Coloquemos en el centro de nuestra vida, particularmente de nuestra vida intelectual, a este gran partido que forja hombres. El partido no tendría ninguna conexión con nosotros y permanecería extraño a nosotros si no nos rehiciera nuestras vidas, ampliándolas, dándoles otro estilo, el estilo de la grandeza. El partido llama la atención hacia nuestros problemas nacionales. Evitemos el individualismo, el esteticismo, la soberbia de tantos desraizados y decadentes intelectuales (...) Solo comportándose de esta manera trabajaremos en forma digna de la gloria de Francia, digna de las responsabilidades nacionales de nuestro partido.<sup>203</sup>

---

<sup>203</sup> Roger Garaudy, “El marxismo y la cultura francesa”, en *Orientación*, 21 de agosto de 1946.

La intervención de Garaudy es interesante porque en buena medida resume lo que será la política del comunismo para los intelectuales en la década siguiente. En términos político-ideológicos, la adopción del problema nacional como cuestión que debía ser abordada por los intelectuales comunistas; en términos organizativos, el encuadre del trabajo intelectual dentro de estructuras especializadas que pudiera ser sometidas al control del partido; finalmente, en términos funcionales, el rechazo tanto del modelo del compromiso como del militatismo obrerista en favor de una concepción profesionalista que exigía a los intelectuales poner su obra, sus saberes o su experiencia al servicio de las necesidades partidarias. Una vez desencadenada la Guerra Fría, esta exigencia profesionalista superará todos los límites conocidos hasta entonces en el comunismo occidental. Sin embargo, y como ha señalado Sapiro, el mantenimiento de las organizaciones frentistas produjo la paradoja de que el carácter extremadamente coactivo que adoptó la adhesión intelectual al comunismo en este período fue acompañada de un reconocimiento implícito, al nivel de las estructuras organizativas, de una relativa autonomía de las profesiones intelectuales.<sup>204</sup>

El reagrupamiento de los distintos sectores y grupos intelectuales y culturales en torno a una estructura nacional que canalizara los reclamos gremiales específicos y a la vez diera respuesta a los problemas generales de la cultura nacional, fue el modelo que propuso Ernesto Giudici, entonces secretario de propaganda del PCA, en los primeros años del peronismo. Ya en 1937, en el marco de la batalla por la derogación de la ley 1420, el entonces colaborador de *Unidad* había postulado que el único modo de frenar el avance clerical era promover un Congreso Nacional de Cultura que uniera diversos sectores políticos y sociales en la consolidación de una visión integral sobre los problemas de la educación y la cultura nacionales.<sup>205</sup> En el nuevo contexto desplegado con la llegada de Perón al gobierno, Giudici repetiría la fórmula, advirtiendo que la única manera de oponerse a los intentos corporativistas del general en la presidencia y al mismo tiempo desplegar una acción cultural atenta a la nueva realidad social que vivía el país, era desarrollar un “nuevo concepto” de cultura, al que definía “orgánico e

---

<sup>204</sup> Sapiro, *op. cit.*, p. 176.

<sup>205</sup> Cfr. Bisso, 2007, *op. cit.*, pp. 258-259.

integral”, como producto del trabajo conjunto de las distintas ramas de la actividad intelectual en una organización nacional de nuevo tipo.

Quizás no se obtengan éxitos inmediatos, pero este es el único camino, y sólo en él se cosecharán buenos frutos. Preséntese los hombres del campo cultural con un programa común al pueblo, y cada una de las ramas de la cultura con su programa propio como parte de ese programa general, y recomiéncese la batalla sobre nuevas bases y con nuevas perspectivas. Que no se pierda por la desesperación y el pesimismo ningún valor para la democracia y que se ganen otros valores y fuerzas. Y así, todos juntos, en ese gran frente cultural, triunfaremos.<sup>206</sup>

La aspiración de generar un organismo nacional de intelectuales que agrupara en una única organización las diversas “ramas” de la cultura y el trabajo intelectual, al estilo de la Unión Nacional de Intelectuales francesa, fue largamente acariciada por los comunistas durante todo el período aquí estudiado, siempre con escaso o nulo éxito.<sup>207</sup> Los primeros intentos sistemáticos por avanzar en este sentido se realizaron a la zaga del calamitoso intento de acercamiento al peronismo que los comunistas ensayaron en 1952, como veremos en el caso del Congreso Argentino de Cultura. Si bien, como ha señalado Pasolini, “el tópico de la *“unión de los intelectuales”* no hacía más que actualizar en las formas una táctica de acción en el campo de la cultura que se había iniciado hacia 1935 con la creación de la *Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (A.I.A.P.E.)*”, el énfasis en la cuestión gremial respondía a una nueva estrategia en el terreno cultural a la que los escritores —una de las profesiones intelectuales más sensibles a la cuestión de la situación material del trabajo intelectual— se mostraron particularmente receptivos.

Si en los ‘30, el escritor se licuaba en una dimensión política que excedía la especificidad de su campo para lanzarse a la política, en los primeros 50 aunque las definiciones macro no estaban ausentes, el escritor —al menos el que se inscribía en la

---

<sup>206</sup> Ernesto Giudici, “Frente cultural en la nueva realidad social”, en *Orientación*, 11 de diciembre de 1946.

<sup>207</sup> La Unión Nacional de Intelectuales (UNI), fue creada en 1945 como una organización federativa que agrupaba en su seno al Consejo Nacional de escritores, a la Unión de Artistas Plásticos, a la Unión Francesa de Universitarios, a la Unión de Ingenieros y Técnicos y más de treinta asociaciones nacionales organizadas por especialidad, numerosos centros intelectuales, círculos y clubes de provincia. Cfr. Virieux, 2003, pp. 133-153. y Sapiro, 2003, *op. cit.*, pp. 155-176.

tradición antifascista— se perfila como un profesional de la palabra, condicionado por elementos materiales.<sup>208</sup>

La apelación profesionalista alcanzó a todos los intentos frentistas que en adelante ensayarán los comunistas en pos de crear una instancia nacional de organización de la vida intelectual. Desde la Asamblea Nacional de Intelectuales (1952), pasando por el Congreso Argentino de la Cultura (1954-1955), la Unión de Escritores (1962) y la Alianza Nacional de Intelectuales (1963-1965).

### **Literatura y “espíritu de partido”**

Desde la publicación del informe de Zhdánov sobre la literatura y el arte en enero de 1947 hasta las purgas antivanguardistas de agosto de 1948, la prensa partidaria argentina reflejó el desconcierto que atravesó todo el mundo cultural comunista frente a la nueva política cultural soviética. En ese texto, el secretario del Comité Central del PCUS y máxima autoridad en asuntos culturales, censuraba las revistas *Zvezda* y *Leningrado* por publicar obras “podridas, vacías y sin profundidad” y calificaba al escritor satírico Mijaíl Zóschenko y a la poeta Anna Ajmátova de “representantes del obscurantismo reaccionario y renegados en política y en arte, de inspiración burguesa y aristocrática”.<sup>209</sup> Las resoluciones sobre el arte y la literatura emitidas por el Comité Central del PCUS entre los años 1946 y 1948 fueron el punto culminante del dogmatismo y el normativismo que rigió la política artística soviética desde la década del ‘30, cuando el conflicto entre las diversas tendencias artísticas se resolvió administrativamente a favor del realismo socialista y las diversas organizaciones literarias y artísticas fueron disueltas para crear una entidad única, la Unión de Escritores Soviéticos.<sup>210</sup>

Con ellas no solo se consumaba la ruptura total entre el realismo socialista y las tendencias acusadas de decadentes y formalistas, sino que se rechazaba en bloque el arte de occidente a la vez que se exaltaba en un sentido nacionalista la tradición marxista rusa. Para asegurar la realización de los principios del realismo socialista no solo se exigía una representación verídica que había que conjugar con la exaltación de los “héroes positivos” velando los aspectos negativos (es decir, las contradicciones y

---

<sup>208</sup> Pasolini, 2010, p. 9

<sup>209</sup> “Literatura y Arte al servicio del pueblo”, en *Orientación*, 8 de enero de 1947.

<sup>210</sup> Sobre el realismo socialista consultar Arvon (*op.cit.*, pp.83-98), Robin (*op. cit.*) y Sánchez Vázquez, (*op. cit.*, pp. 60-64).

dificultades reales), sino que se establecía el alcance de la comunicabilidad artística, y los medios de expresión adecuados para lograrla. Partiendo, a su vez, de una concepción estética utilitaria-social, el partido se convertía en guardián de la pureza ideológica del arte elevando para ello el criterio político al rango de criterio fundamental, con la particularidad de que el criterio político se convertía por ello en estético, consumando así una identificación tan justamente condenada por Gramsci.<sup>211</sup>

Al proclamar un nexo indisoluble entre las formas y medios de expresión realista y la perspectiva ideológica socialista y convertir la teoría del reflejo en el principio estético fundamental y la función cognoscitiva del arte en su función esencial, el realismo se transformó en el arte más adecuado —y el único— para la nueva sociedad soviética. Aunque, como ha explicado Sánchez Vázquez, por su función ideológica y educativa y por el grado de comunicabilidad masiva que aseguraba, el realismo pudiera presentarse como el arte que respondía más eficazmente a las necesidades de la sociedad socialista, la particularidad de su proceso de entronización radica en que no fue producto de un desarrollo propiamente artístico sino de una decisión burocrática adoptada con criterios puramente político-partidarios. En efecto, la certeza de que el partido podía y debía ejercer un papel dirigente en el campo de la actividad artística, no solo cumpliendo una función ideológico-política sino fijando los métodos y las formas mismas que debía adoptar la creación, fue la característica fundamental de todo el período “zhdanovista”, cuyo fundamento teórico fue el artículo de Lenin de 1905 “La organización del partido y la literatura del partido”. Si bien este artículo tenía una motivación política inmediata y se refería, no sin ambigüedad, a la prensa o publicística y no a la literatura artística, la idea allí expresada de que no podía existir una literatura “no partidaria” se convirtió en el elemento fundamental del *partinost* (espíritu de partido) aplicado al arte y la literatura, y en la justificación para la intervención extrema del partido en estos asuntos.<sup>212</sup>

El endurecimiento del control partidario sobre las producciones culturales e intelectuales fue la marca indeleble del período abierto en 1946. Todos los partidos

---

<sup>211</sup> Sánchez Vázquez, *op. cit.*, p. 66.

<sup>212</sup> Cfr. Strada, *op. cit.*, pp. 431-477.

comunistas occidentales intentaron aplicar ese control en sus respectivos países y a sus propias concepciones y tradiciones culturales, con grados dispares de eficacia y resultados casi siempre gravosos. En términos generales, la reacción de los intelectuales comunistas frente a la interferencia extrema e implacable del partido en asuntos culturales fue variada y dependió de las posiciones que cada uno ocupaba tanto al interior de la organización partidaria como en el campo intelectual más amplio. Aunque durante el período de máximo apogeo del zhdanovismo, la autoridad partidaria intervino en todos los ámbitos de la actividad intelectual, conquistando zonas antes preservadas como la investigación científica, fue en la literatura y el arte donde más se hizo sentir la total indistinción entre cultura y política que lo caracterizó, y también el campo donde más afectó el lugar que los comunistas habían conquistado en el espacio cultural gracias a las políticas frentistas. La exigencia de conformar una literatura y un arte de partido de acuerdo a los postulados del “realismo socialista” y el establecimiento de un estilo crítico que buscaba replicar al interior de la tradición literaria local la condena al “arte burgués”, lo que en la práctica se tradujo en la condena a “escritores burgueses” como Roberto Arlt y Ricardo Güiraldes, escindió el espacio comunista. Aquellos que se mostraron más dispuestos a erigirse en defensores y propulsores de la nueva política cultural fueron algunos jóvenes que habían logrado hacerse un nombre en la prensa comunista a fuerza de la virulencia de sus anatemas contra los intelectuales no comunistas, como Roberto Salama e Isidoro Flaumbaum. Escritores y artistas provincianos que cultivaban alguna variante de poesía popular o de temática campesina, también se mostraron receptivos, como fue el caso de Atahualpa Yupanqui, Amaro Villanueva y Carlos Ruiz Daudet.<sup>213</sup> Profesionales y dirigentes ajenos a la actividad literaria pero que ocasionalmente incursionaba en el ensayo de ideas o tenían responsabilidades en algún sector del trabajo cultural, como Julio Notta, Benito Marianetti y, sobre todo, Rodolfo Ghioldi, asumieron la defensa del zhdanovismo bajo la única convicción de que se trataba de una política que venía

---

<sup>213</sup> Desde junio de 1948, Atahualpa Yupanqui se incorporó a *Orientación* como colaborador habitual a través de una columna semanal que llevaba el nombre “Hombres y caminos”. El escritor entrerriano Amaro Villanueva comenzó ese mismo año a publicar cuentos sobre temas campesinos hasta que en el mes de octubre obtuvo una columna semanal dedica a temas literarios. Cfr. “Frente y Perfil de Atahualpa Yupanqui”, en *Orientación*, 23 de junio de 1946.

de la URSS. Entre tanto, escritores realistas de herencia boedista, como Raúl Larra y José Portogalo, ensayistas críticos de formación ponceana como Héctor P. Agosti, y artistas y críticos no realistas como Cayetano Córdova Iturburu y los artistas concretos que ingresaron al partido en 1945 formaron el frente, de suerte dispar y posiciones estéticas en muchos casos opuestas, que se enfrentó a las disposiciones partidarias.

En el mundo comunista las polémicas se multiplicaron. A fines de 1946, Roger Garaudy publicará en *Arts de France* “Artistes sans uniforme” y Pierre Hervé, en *Action*, “Il n’y a pas d’esthétique communiste” y “Nouveaux propos sur l’esthétique”, ambos sentando posiciones hostiles a la sumisión de la estética a las normas políticas y a la existencia de una única forma de expresión artística. Ambas intervenciones merecieron una encendida réplica de Louis Aragon desde las páginas de *Les Lettres françaises*, con la anuencia de la dirigencia comunista.<sup>214</sup> A principios del siguiente año, Garaudy será desplazado de la dirección de la comisión de intelectuales y reemplazado por Laurent Casanova, quien en el IX Congreso del PCF, en junio de 1947, hará un llamado a reforzar la disciplina entre los sectores intelectuales.<sup>215</sup> En Italia, mientras tanto, Elio Vittorini, director de la revista *Il Politecnico*, recibía las críticas de Mario Alicata y luego del propio Palmiro Togliatti por el eclecticismo cultural y el intelectualismo de su publicación. La polémica Vittorini-Togliatti recorrió el mundo intelectual en pocos meses y el escritor siciliano se convirtió para muchos intelectuales comunistas en la punta de lanza de la resistencia cultural al zhdanovismo y sus variantes nacionales, como fue el caso de Edgard Morin, Dyonis Mascolo y el círculo de jóvenes escritores agrupados en torno a Marguerite Duras y su esposo Robert Antelme. En la Argentina, el joven artista concreto Tomás Maldonado, sentado frente a un tribunal partidario que decidirá su expulsión bajo los cargos de propagar un arte irracionalista, deshumanizado y reaccionario, también se valdrá de la posición de

---

<sup>214</sup> Sobre Louis Aragon y el realismo socialista en Francia consultar el número especial de la revista *Sociétés & Représentations*, n° 15, 2003 y en particular el artículo de Philippe Olivera “Aragon, ‘réaliste socialiste’. Les usages d’une étiquette littéraire des années trente aux années soixante”, pp. 229-246.

<sup>215</sup> Frolin, 2007, p. 157.



Vittorini para defender la posibilidad de un arte no íntegramente sujeto a los criterios de evaluación política.<sup>216</sup>

Las publicaciones comunistas argentinas se hicieron eco inmediato de las polémicas culturales europeas, trazando a partir de ellas un mapa de posicionamientos más próximos al desconcierto que a las certezas perentorias. La revista *Expresión* (1946-1947), a través de la sección “Espejo de revistas” dirigida por Pedro Weill Patin, dedicó tres números a seguir la polémica Garaudy-Hervé-Aragón.<sup>217</sup> El periódico oficial *Orientación*, al mismo tiempo que publicaba las resoluciones soviéticas, abría su página literaria a los debates europeos. Una semana después de haber publicado algunos extractos del discurso de Laurent Casanova ante el Congreso del PFC –donde la ahora autoridad máxima de los intelectuales comunistas franceses atacaba las posiciones obreristas y recordaba que la función de los intelectuales debía ser cumplida en la lucha de ideas—<sup>218</sup>, *Orientación* publicó, a página completa, la entrevista que Morin y Mascolo le realizaron a Vittorini y que fue publicada originalmente en *Les Lettres françaises*. Aludiendo a las controversias que tanto en Francia como en Italia habían desatado los dichos de Vittorini, al que *Orientación* presenta como una de las “revelaciones de la literatura peninsular”, los redactores justifican su decisión editorial admitiendo que

(...) algunas afirmaciones del gran novelista son susceptibles de controversia. Pero ellas aluden al gran drama cultural de nuestro tiempo, y hemos preferido publicarlas in extenso, como una contribución a la dilucidación de cuestiones que también a nosotros nos afectan muy de cerca.<sup>219</sup>

En efecto, la entrevista a Vittorini abordaba un problema central: la autonomía relativa de la cultura respecto a la política, la premisa de que las posiciones políticas de un escritor no convierten inmediatamente la obra de ese escritor en reaccionaria. Pero también la convicción, mucho más profunda, de que la revolución comunista no podía guiarse por un deseo de orden ni por la voluntad de construir un alma colectiva.

---

<sup>216</sup> Cfr. Longoni y Lucena, 2003/2004, p. 126.

<sup>217</sup> Esta polémica fue comentada por Pedro Weill Patin en la revista *Expresión* (nº 3: 314-316; nº 4: 93-96; nº 5: 187-188)

<sup>218</sup> Laurent Casanova “La función creadora de los intelectuales”, en *Orientación*, 14 de abril de 1948.

<sup>219</sup> “Vittorini y la función del escritor revolucionario”, en *Orientación*, 21 de abril de 1948.

Es posible que algunos marxistas se engañen sobre este punto. Se engañan aquellos que vendrían al marxismo por amor de la organización, de la unidad por la unidad, por espíritu de “catolicidad”, para hallar la comunión mística de una nueva edad media constructora anónima de nuevas catedrales. Ellos forjan sus sueños de porvenir con sueños del pasado. A todos aquellos que forjan catedrales es necesario oponer el espíritu del protestantismo (...) el marxismo es por esencia antioscurantista. ¿Qué es el oscurantismo? Es querer destruir las cosas de la cultura por otros medios que los de la cultura, es querer destruir libros con otras cosas que libros.<sup>220</sup>

Para Vittorini, en las sociedades burguesas la cultura era “libre” porque en sí misma carecía de importancia e influencia, pero en las sociedades socialistas tenía una importancia primordial pues debía siempre referenciarse en el nivel de cultura de las masas. Se movía siempre en “dos frentes”: uno propiamente cultural, de ininterrumpida investigación en su propio terreno; otro político, en permanente contacto con la cultura de las masas. Esta lucha en dos frentes era, según Vittorini, el “único problema verdadero de la cultura” y la razón por la cual no podía ser sometida a criterios de evaluación meramente políticos. Durante los dos primeros años de la Guerra Fría cultural, la distinción vittoriniana, entre política y cultura articuló para muchos intelectuales comunistas una línea de resistencia, la defensa de ese “mínimo vital intelectual”, en palabras de Edgard Morin, amenazado por el pragmatismo y la religiosidad de la avanzada estalinista de posguerra.<sup>221</sup> Pero fue un arma provisional y efímera. En 1951, el propio Vittorini abandonaba el PCI. En Francia, las dos principales revistas creadas durante la resistencia, *Les Lettres françaises* y *Action*, pasaban a manos de comunistas disciplinados y *La Nouvelle Critique*, a través de Jean Kanapa, hacía su aparición para articular el discurso cultural de los años fríos.<sup>222</sup> La entronización de la pintura figurativa, de la novela “realista-socialista” y la defensa de los principios de la “ciencia proletaria” terminaron imponiéndose públicamente y rigieron los destinos culturales de muchos partidos comunistas incluso más allá de 1956.

---

<sup>220</sup> *Ibíd.*

<sup>221</sup> Morin, 1976, p. 102.

<sup>222</sup> Sobre la experiencia de la revista *La Nouvelle Critique* en sus primeros años ver Verdès-Leroux, 1983, *op. cit.*, pp. 179-188 y para un período posterior Matonti, 2005.

## El escritor y su obra

Ernesto Giudici fue quien realizó una de las primeras lecturas locales del informe Zhdánov. En un artículo publicado en *Orientación* en abril de 1947 afirmaba que dado que el intelectual no podía sino ser un hombre de izquierda, era esta posición vital la que determinaba su capacidad de creación y el contenido de su obra.

En toda obra interesa, pues, en primer lugar, el concepto que tiene de la vida y de sí mismo. Eso es lo que vale y lo que lo define (...). El autor no es una cosa separada del contenido de su obra. Su conducta es parte de su obra como su obra expresa su conducta.<sup>223</sup>

Para Giudici, un escritor de izquierda no debía distinguir su “profesión intelectual” de su obra, aun cuando esa profesión fuera un modo de ganarse la vida en un oficio distinto de la creación artística. Del mismo modo, la militancia no podía contraponerse a la creación, sino que debía formar parte de ella.

No concebimos una creación intelectual al margen de la militancia, ni una militancia que, para el intelectual, no se introduzca en la creación. Admitirlo sería justificar un dualismo irreal, una disociación entre la teoría y la acción, donde la acción es puramente externa, sin convicción, algo así como un trabajo forzado, y la teoría carece de contenido, de empuje, por estar separada de la vida, la propia vida del intelectual es, en esas condiciones, un dualismo.<sup>224</sup>

Ese dualismo, propio del intelectual burgués y del intelectual de izquierda sometido a las condiciones de creación intelectual burguesas, afirmaba, solo podía ser superado mediante la unidad del intelectual con las fuerzas creadoras del proletariado, cuya vanguardia era el partido. Negar esta función suponía alimentarse de las ideas de la decadencia capitalista, tal como advirtiera Zhdánov cuando reclamó que toda literatura debía ser literatura de partido. Este concepto, observaba Giudici, no era del todo comprendido por los intelectuales, a quienes les resultaba estrecho. Sin embargo:

¿Qué es el partido sino la avanzada de la clase obrera, y qué es esto sino la fuerza revolucionaria de la sociedad? ¿De qué otra ideología puede alimentarse el arte? En el partido se concentra todo y a través del partido se expresa todo. Una literatura de partido es, pues, sobre una fidelidad revolucionaria, la más amplia, la única, por otro lado, revolucionaria (...) El intelectual que siente la vida del partido es el que mejor

---

<sup>223</sup> Ernesto Giudici, “Creación intelectual y militancia política”, en *Orientación*, 2 de abril de 1947.

<sup>224</sup> *Ibíd.*

podrá crear (...) Ocuparse de política no solo es realizar tareas políticas, es sentir la política del partido, conociéndola en toda su proyección (...) Entiende mal su arte quien crea poder alejarse de esa condición política para realizar obras no políticas. El intelectual debe ser político, con la obligación de traducir lo político al lenguaje y expresiones propias del arte. Su campo específico, integrante del todo social, es el de las ideas, y con ellas debe operar. Su primera tarea, por lo tanto, es ser beligerante contra las ideas enemigas o reaccionarias presentes en el campo de la cultura. Debe estudiar sus formas y desenmascarar sus contenidos.<sup>225</sup>

Para Giudici, el sustento revolucionario de la actividad intelectual quedaba demostrado en su capacidad para oponerse y denunciar las ideas contrarias a las del partido, lo que en la práctica significaba privilegiar la desacreditación y la suspicacia contra los intelectuales no comunistas sobre cualquier posibilidad de crítica marxista de las obras. Aquel que se negaba a realizar esta operación permanecía esclavo del enemigo, transformándose en un vehículo de sus ideas en el seno de la clase obrera.

Su ser pertenece al enemigo, independientemente de su voluntad o deseos. Esa es la libertad que no tiene y que debe conquistar o reconquistar. Su propia contradicción es la que, en primer término, debe suprimir.<sup>226</sup>

Una de las primeras voces de alerta acerca de los efectos que podía acarrear la adopción de la versión zhdanovista del realismo socialista en la literatura fue la de escritor Enrique Wernicke (1915-1968). Con un perfil representativo de buena parte de los escritores comunistas, Wernicke sostuvo su trabajo literario con el desempeño de los más diversos oficios, entre ellos el de titiritero, publicitario, fabricante de soldaditos de plomo y cultivador de orquídeas. Marginal respecto a los circuitos de consagración literaria, incluido los cenáculos del comunismo, del que saldría expulsado, Wernicke supo advertir con lucidez los límites que el partido le imponía a su proyecto literario. En su monumental diario, gran parte del cual continúa inédito, anotaba en junio de 1947:

(...) sé cómo sería el libro que me gustaría escribir. Pero es indudable que, aparentemente, mis gustos contradicen mi ideología. O será que no, que profundamente, en lo más hondo de mí, están de acuerdo.<sup>227</sup>

---

<sup>225</sup> *Ibíd.*

<sup>226</sup> *Ibíd.*

Y dos días más tarde:

Para mí, trampa sería hablar de obreros que no “he vivido”, de miserias físicas que no he conocido y de angustias económicas que hasta hoy no he probado.<sup>228</sup>

En noviembre de ese mismo año, Wernicke publica en *Orientación* una respuesta a Julio Notta, integrante del Comité Central del Partido y habitual censor en materias culturales, quien había criticado su libro de cuentos *El Señor Cisne* (Lautaro, 1947), por pintar “personajes pequeñoburgueses” y caer en una “literatura decadente”.

Como es de suponer, estoy en absoluto desacuerdo. Advierto, en primer lugar, que tengo absoluta conciencia de lo que escribo y cómo lo escribo. En segundo lugar, también conviene decirlo, pretendo como comunista saber que lo hago. Y ahora, recordemos el problema particular de si es decadente o no, pintar personajes negativos, ha sido discutido por los comunistas de todo el mundo (Francia, Hungría, Unión Soviética, e inclusive Argentina). Desgraciadamente, la discusión sigue en pie y hasta la fecha no se ha dilucidado nada. Los escritores comunistas argentinos no hemos tomado ningún partido todavía.

Yo, el autor del “Señor Cisne”, no tengo el menor reparo en decir que para mí la literatura decadente no es aquella que pinta personajes negativos, sino aquella que los enaltece. De otro modo, debería incluir en la categoría de decadente a muchos escritores realistas como ser Maupasant, Gorki, Erskine Caldwell, Balzac, Tolstoi, Dostoievsky y tantos otros bien leídos y apreciados por los comunistas de la Unión Soviética.

Que me perdone el compañero Notta esta afirmación tan rotunda, pero piense que si mi manera de pensar puede significar un peligro, también la suya es excesivamente apresurada y estrecha.<sup>229</sup>

Ante la demanda de Notta de practicar una literatura de carácter edificante la cual, además de reflejar la realidad, fuera capaz de mostrar su marcha futura, Wernicke hace manifiesta la diferencia mucha veces insalvable entre la militancia y la escritura. El escritor comunista era capaz de acercarse al mundo obrero como militante de base, pero su origen pequeño-burgués le impedía retratar aquel mundo de una manera auténticamente realista:

---

<sup>227</sup> Extractos de los diarios de Wernicke fueron recuperados por Jorge Asís y publicados en la revista *Crisis* bajo el título que el propio escritor le había dado “Melpómene”(1975, pp. 28-35). Las citas pertenecen a esa edición.

<sup>228</sup> *Ibíd.*, p. 28.

<sup>229</sup> Enrique Wernicke, “Respuesta a una crítica”, en *Orientación*, 19 de noviembre de 1947.

Se me dirá que el mismo partido me brinda ahora la oportunidad de compartir la lucha proletaria. Así es, realmente, y por esta razón milito en la base, en el pueblo de Vicente López. Pero el compañero Notta debe comprender que ese “conocimiento” que me exijo no se logra en un día, ni en un año, sino en muy largo tiempo. A veces todavía no se logra nunca, pues son tales las barreras reales, económicas, sociales, etc. que separan la burguesía del proletariado que, aun cuando se pueda salvar como militante, a veces como artista no se lo consigue.<sup>230</sup>

En la misma página donde apareció este texto de Wernicke, la sección dedicada a las artes plásticas publicó “Picasso, Matisse y la libertad de expresión”, de Tomás Maldonado. Allí el artista concreto se ocupaba del repudio que desde las páginas de *Pravda* se le había propinado a Picasso y Matisse, por cultivar un “arte formalista” contrario al realismo socialista. El hecho de que Erenburg y Aragon, hubieran salido en defensa de los artistas, así como la copiosa discusión que en esos momentos se desarrollaba en Francia en torno a las relaciones entre arte y partido, constituían para Maldonado una prueba de que, contrariamente a lo que propagaba la prensa anticomunista, en el mundo comunista existía la discusión y la libertad de expresión artística. Apoyándose en el texto de Roger Garaudy “Artistas sin uniforme”, Maldonado concluía:

En verdad, no hay una estética oficial del comunismo, no puede haberla. Hay, sí, una ética comunista que el artista militante no puede de ningún modo desoir —no es posible ser comunista y cantar a la desesperación, al nihilismo, al sueño o los parques desolados— pero no una estética.<sup>231</sup>

En enero de 1948, el plástico Raúl Monsegur afirmaba desde las mismas páginas que “negar la existencia de una estética (o de un juicio estético) comunista equivalía a negar la existencia de una filosofía marxista-leninista y de un desarrollo leninista-stalinista de la filosofía”, al mismo tiempo que advertía que los artistas comunistas no debía vacilar en proclamar los principios estéticos del partido “por temor a alejar a nuevos afiliados o de romper una unidad que no es tal; en el eclecticismo no puede haber unidad”.<sup>232</sup>

---

<sup>230</sup> *Ibíd.*

<sup>231</sup> Tomás Maldonado, “Picasso, Matisse y la libertad de expresión”, en *Orientación*, 19 de noviembre de 1947.

<sup>232</sup> Raúl Monsegur “Sobre la estética comunista”, en *Orientación*, 6 de enero de 1948. Sobre el grupo Arte Concreto Invención consultar a Cristina Rossi (2006).

Mientras los escritores comunistas se debatían en polémicas internas, los intelectuales liberales no tardarán en reaccionar frente a las noticias que llegaban desde la URSS. La revista *Realidad*, dirigida por Francisco Romero, comentó extensamente las purgas artísticas y sus ecos europeos, rescatando de entre ellos la independencia de Vittorini y su rechazo a las tendencias estéticas soviéticas.<sup>233</sup> Desde las páginas de *Sur* el poeta y crítico Eduardo González Lanuza, quien históricamente había colaborado con algunas iniciativas impulsadas por intelectuales comunistas, publicó en febrero de 1948 un llamado “A los intelectuales comunistas de Hispanoamérica” solicitando que se expidieran inmediatamente frente a las noticias que anunciaba las sanciones a Sergei Prokofiev y Dimitri Shostakovich por su música “antidemocrática”. De ser cierto semejante “absurdo delirante” y esa actitud “siniestra” para un partido político, afirmaba Lanuza, los intelectuales que permanecieran en silencio debían entonces abstenerse de “pronunciar jamás la palabra libertad”.<sup>234</sup> Contra lo que podía esperarse, la respuesta a Lanuza no provino de un comunista argentino, sino que para tal fin *Orientación* se limitó a reproducir un artículo del francés Pierre Kaldar originalmente publicado en *Les Lettres françaises*.<sup>235</sup> Según el testimonio de Raúl Larra, ningún intelectual del partido quiso responder las críticas de Lanuza porque ellos mismos no estaban de acuerdo con los artículos publicados por el periódico a modo de postura oficial.<sup>236</sup> Algunos días después, sin embargo, el abogado mendocino Benito Marianetti ensayó una larga y estereotipada respuesta, no sin advertir que lo hacía como militante comunista y no como intelectual ni representante de la inteligencia. Allí argumentaba que en la sociedad socialista la creación artística debía ser orientada del mismo que lo era la agricultura o la construcción de diques, pues el arte no era una entidad separada de la sociedad sino una entre otras actividades. La vinculación directa entre la sociedad organizada y la “producción” artística constituía en la URSS un hecho inédito, pues permitía la intervención del pueblo en todos los aspectos de la vida cultural mediante un sostenido ejercicio de discusión y crítica, luego del cual no

---

<sup>233</sup> Cfr. La sección “La caravana inmóvil”, en *Realidad*, nº 9, mayo/junio de 1948, pp. 412-418.

<sup>234</sup> “A los intelectuales comunistas de Hispanoamérica”, en *Sur* 160, febrero de 1948, pp. 65-66.

<sup>235</sup> “Formalismo e inspiración. Sobre la carta de Lanuza y otros”, en *Orientación*, 23 de junio de 1948

<sup>236</sup> Entrevista a Raúl Larra (1989). Gentileza de Alicia García Gilabert.

había lugar para las disidencias o las rebeldías individuales propias de las sociedades capitalistas, donde eran necesarias e incluso revolucionarias. Sobre esta base, lo que resultaba absurdo y delirante era juzgar que el estado soviético ejercía una dictadura sobre los artistas y sus obras, dado que, en tanto que el estado era la sociedad soviética organizada en poder político, no hacía otra cosa que codificar aquello que el pueblo y los propios intelectuales habían debatido y resuelto.<sup>237</sup>

### **Las purgas antivanguardistas**

A mediados de 1948, la dirigencia comunista argentina se propuso ordenar los asuntos culturales que, a golpe de traducciones alusivas y discusiones que amenazaban con continuar un cauce público, parecían alejarse de las necesidades de “unidad ideológica” que imponía la hora. Juan José Real, secretario de organización, y Rodolfo Ghioldi, autoridad informal del frente intelectual, con el objetivo de poner fin a las discrepancias, convocaron a una serie de reuniones con escritores y artistas que debido a los animados debates se prolongaron por el transcurso de tres días en el mes de agosto. El único testimonio disponible sobre la forma en que se sucedieron aquellas jornadas es el de Raúl Larra, quien las evocó en una entrevista concedida en 1990 y luego en un texto inédito dedicado a la memoria de Héctor Agosti. Según Larra, la publicación en *Orientación* de la serie de artículos de escritores soviéticos sobre la degeneración del arte burgués, la condena a Prokofiev e intervenciones similares, provocaron un manifiesto malestar entre un grupo de intelectuales comunistas, entre los que se encontraban, además de él mismo, Héctor P. Agosti y el poeta José Portogalo.

Pocos días antes de la primera reunión, se había producido un incidente entre Héctor P. Agosti y los jóvenes Salama y Flaumbaum a propósito de la cuestión cultural que terminó con insultos, los dos jóvenes expulsados de la casa del ensayista y Agosti denunciado ante Real por su presunta oposición a las nuevas directivas culturales. Según Larra, Agosti era consciente de que tales encuentros tenían el propósito de descubrir una “fracción intelectual” entre los escritores y artistas cuyo resultado casi

---

<sup>237</sup> Benito Marianetti, “Respuesta a una invitación”, en *Orientación*, 7, 14 y 21 de julio de 1948.



con seguridad sería la expulsión.<sup>238</sup> Por esta razón, optó por no presentarse a la primera sesión, por lo que fue el propio Larra quien tuvo que responder ante la acusación de que su obra no tenía en cuenta las posiciones políticas del partido. En la siguiente reunión, ya con la presencia de Agosti, el clima adoptó un tono de verdadera inquisición y decidió a Agosti a buscar apoyo en viejas y reconocidas figuras como los médicos Emilio Troise y Jorge Thénon, quienes acudieron al tercer encuentro. El prestigio de ambos, pero sobre todo de Troise, quien era miembro del Comité Central, aparentemente lo ponían a salvo de las sanciones, por lo que conseguir su apoyo era un modo de ampararse. Expulsar a Troise no pareció ser un costo que Ghioldi y Real estuvieran dispuestos a pagar y el grupo de escritores sobrevivió e incluso creyó haber derrotado al Comité Central.

(...) el polémico debate partidario en tres sesiones en que so pretexto de discutir las teorías de Zhdánov y el realismo socialista se buscaba descubrir una supuesta fracción de intelectuales con Héctor a la cabeza para expulsar a sus integrantes. Héctor no asistió a la primera pero sí a la segunda y rechazó una absolución de posiciones ante los prosélitos del Gran Inquisidor. Advertido de la maniobra convenció a Emilio Troise y a Jorge Thénon a asistir a la sesión siguiente, que habría de ser la última. Troise, el viejo soreliano, el amigo de Pepe Ingenieros, se puso a repartir mandobles verbales a los dogmáticos, con el apoyo tácito de Thénon. Entonces, en trance de sancionar también a ellos, clausuraron el debate y la reunión. Salimos eufóricos y el meridional Pepe Portugal no cesaba de vociferar alborozado: ¡derrotamos el comité central, lo derrotamos!<sup>239</sup>

El zhdanovismo cultural fue en la Argentina, como en la mayoría de los países occidentales, un producto de exportación soviética impuesto por las dirigencias a sus intelectuales y artistas, quienes reaccionaron de maneras diversas, de acuerdo a la posición que ocupaban hacia el interior de la estructura partidaria tanto como en el campo cultural más general. En todo el mundo, escritores prestigiosos como Louis

---

<sup>238</sup> Según Raúl Larra el propósito de Juan José Real era desacreditar a Rodolfo Ghioldi frente a los intelectuales, sobre los que tenía importante predicamento. Con la habitual indulgencia con la que los intelectuales comunistas trataban a Ghioldi, Larra sostiene que Real pretendía “aislar” a Ghioldi, quien entró en el juego por el sentido de absoluta solidaridad a URSS que lo caracterizaba. Larra señala, además, que Real tenía un particular encono con Agosti desde los días en que lo visitaba en la pensión de la calle Callao que el ensayista ocupó a su regreso del exilio montevideano. Interesado en conocer sus opiniones sobre la política nacional, Real se habría encontrado con el terminante antiperonismo que caracterizaba a Agosti en esos tiempos (Entrevista citada de 1989).

<sup>239</sup> Larra, Raúl, “Héctor Agosti. Ausente y Presente”, 29 de julio de 1991, mimeo, gentileza de Alicia Gilabert.

Aragon, Pablo Neruda o Jorge Amado, acudieron al llamado del realismo socialista e intentaron con mayor o menor éxito producir una literatura que respondiera a sus codificaciones (este fue el contexto de *Canto General* y las *Uvas y el viento* de Neruda, *Los subterráneos de la libertad* de Amado y *Los Comunistas* de Aragon), para abandonarlo sin remedio apenas unos años después. Sin embargo, aunque con su nombre prestaron legitimidad a un proceso que rompía con las prácticas precedentes y que supuso el alejamiento o expulsión de numerosos camaradas, fueron intelectuales de menor renombre o prestigio, los que se transformaron en verdaderos cruzados de los aspectos más sectarios, conservadores y beligerantes que tal proceso suponía. En la Argentina, el zhdanovismo cultural en el ámbito de la creación literaria y artística encontró resistencias entre aquellos intelectuales que, formados en la experiencia antifascista y provenientes de los ámbitos de la literatura social de la década del '20, no estuvieron dispuestos a aceptar sus elementos más groseramente dirigistas y reduccionistas, sin por ello cuestionar la epistemología realista. Este fue el caso de Raúl Larra o de José Portogalo, dos escritores con un prestigio ganado en los circuitos culturales de las izquierdas, aunque igualmente ajenos al ámbito de la cultura legítima entonces establecida por la constelación de escritores y escrituras que promovía la revista *Sur*. Raúl González Tuñón y Cayetano Córdova Iturburu, si bien compartían una misma pertenencia generacional, tomaron cambios divergentes, mediados por su vínculo con las vanguardias artísticas. Tuñón apenas participó de las reuniones disciplinarias, limitándose a decir “todo lo que venga de la URSS está bien” y retirándose para no volver. Sin embargo, este gesto displicente no habilita a pensar que apoyara los términos en que se pretendía encauzar la actividad literaria de los comunistas. Así, en su discurso frente al Congreso Continental de la Cultura de 1953, mientras Pablo Neruda enarbolaba la condena al “arte degenerado” de la burguesía, Tuñón reivindicó la herencia modernista, la experiencia formativa de las vanguardias y la libertad y amplitud de las formas en que se podía expresar el “contenido” social y realista, al mismo tiempo que condenó el naturalismo, la copia fotográfica, la convención de la realidad. Para Tuñón, el realismo socialista, tal como había sido definido en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos presidido por Máximo Gorki,

no era una “teoría restringida”, sino, una “guía” dentro de la cual era posible elegir formas, estilos y géneros diversos, además de ser una fórmula impracticable en sus alcances plenos en los países no socialistas

No es obligatorio escribir siempre poemas sociales o civiles o novelas sociales y políticas (...) Siempre habrá una literatura de la realidad y siempre habrá una literatura de la fantasía, y de ambas a la vez, que para mí es el armonioso equilibrio ¡Siempre habrá rosas! Pero esto no quiere decir que el poeta, el novelista, el artista, cuando el destino le reclama y le exige el poema de actualidad palpitante y contenido combativo, la novela con salida histórica implícita o explícita, etc., debe negarse a ello, porque sería renunciar a otro acto de belleza y desvirtuar la propia esencia humana del arte, negarse a la defensa de la vida (...)

Por eso entiendo que se impone ahora una poesía, una literatura en general, un arte, en fin, que esté en la línea de la herencia cultural progresista de la humanidad –que no está en el camino del artepurismo a outrance ni de la desviación sectaria. Es la línea del nuevo realismo. Yo exalto una poesía, una literatura, un arte, que no rechaza la gran imaginación creadora, ni el vuelo y la riqueza de la forma, pero que tiene sus raíces en la tierra, consustanciándose con el hombre, el mundo y la rosa, con la defensa de la cultura y la transformación de la vida.<sup>240</sup>

La formación intelectual de Agosti, su trayectoria como crítico cultural y, sobre todo, su rechazo a cualquier intento de ruptura radical con las tradiciones culturales que derivara en una forma de populismo artístico, no parecían indicar la menor disposición para aceptar las nuevas coordenadas culturales provenientes de la URSS, particularmente en el punto de trazar una línea divisoria entre una “cultura misantrópica de la burguesía”, como lo había definido Alexander Fadeiev en Wroclaw, y una “cultura del pueblo” que debía ser defendida y exaltada, postura que, en este momento, le recordaba el proletkultismo de los años veinte, tan combatido por Lenin.<sup>241</sup> Por otro lado, desde la publicación de su *Defensa del Realismo*, en 1945, Agosti se había convertido en el único intelectual comunista no europeo en proponer un abordaje teórico de la estética realista cuya funcionalidad política más inmediata era combatir el “sociologismo vulgar” que reducía la literatura realista a un mero registro de la realidad.

---

<sup>240</sup> “La batalla del espíritu” (discurso pronunciado en el Congreso Continental de la Cultura), en *Cuadernos de Cultura*, nº 12, p. 16

<sup>241</sup> Sobre Lenin y la herencia cultural ver el texto de Strada ya citado (1983)

Para Agosti, el recrudescimiento del sectarismo que las posturas soviéticas estaban propiciando no se correspondían con las necesidades “nacionales” de los países latinoamericanos y las discusiones estéticas en los que había sumido el partido le parecían un ejemplo ilustrativo. Aún reconociendo que el resultado de aquella batalla contra los “desvirtuadores mecanicistas del marxismo” había tenido como consecuencia que los escritores empezaran a ser mirados con desconfianza entre las dirigencias, su posición recibió el aval de Victorio Codovilla, poco interesado en las cuestiones estéticas y más preocupado por asegurarse que Agosti simplemente declarara su lealtad a la “línea del partido”.<sup>242</sup> La respuesta afirmativa de Agosti y su promesa de ordenar las tareas en ese sentido, le facilitaron la creación de *Nueva Gaceta*, una revista quincenal de diseño moderno y una amplia concepción de los temas culturales que tenía como directores al propio Agosti, Roger Pla y Enrique Policastro. *Nueva Gaceta*, nombre que recogía el legado de la AIAPE, publicó cuatro números entre octubre y noviembre de 1949. Con un espíritu pluralista y una marcada preocupación por los aspectos gráficos que le valieron el elogio generalizado de la gran prensa, dio a conocer artículos sobre pintura, cine, ciencias sociales y artes plásticas de autores argentinos y del exterior. Por sus páginas pasaron elogiosos artículos sobre Antonin Artaud y la literatura fantástica de Edgar Allan Poe, y Jorge Luis Borges fue entrevistado por el aniversario de la revista *Martín Fierro*.<sup>243</sup>

Quien no corrió la misma suerte fue Cayetano Córdova, quien terminó expulsado al mismo tiempo que los artistas plásticos ligados a la vanguardia concreta.<sup>244</sup> En efecto, el propio Larra definió las posturas de Córdova como una defensa del “arte por el arte”

---

<sup>242</sup> Carta de Héctor P. Agosti a Enrique Amorim, en *Los infortunios de la realidad*, s/d, p. 52

<sup>243</sup> En el segundo número la revista se hizo eco de un debate en los medios comunistas franceses sobre Colette, calificada por algunos críticos como el “testimonio de un mundo maloliente, vicioso y viciado”. Reproduciendo la intervención de André Wurmser la revista declara: “Nosotros (aclarar el autor) debemos desear y propulsar una literatura cuya estética corresponda a nuestra lucha, a nuestras esperanzas; pero ¿qué cretino ha pensado jamás en la eficacia de una crítica con carácter de ultimátum a los escritores y artistas?... La crítica realista no juzga a ningún autor ni obra maestra fuera del tiempo y el espacio” (“Colette. El más grande escritor viviente de Francia, *Nueva Gaceta*, nº 2, p. 6). Según el testimonio de Larra la adhesión de la revista a las palabras de Wurmser no pasó inadvertida y mereció la reprimenda de Rodolfo Ghioldi y Alfredo Varela (entrevista citada). *Nueva Gaceta* no alcanzó a publicar su quinto número, aparentemente por dificultades con la imprenta.

<sup>244</sup> Sobre el paso de Maldonado y los concretos por el Partido Comunista ver Longoni y Lucena, (*op. cit.*)

y Agosti se condolió que entre aquellos que se habían opuesto a las “simples traducciones mecánicas de ajenas realidades de la vida y el pensamiento” se dijeran “muchas macanas”, como las del “inefable Policho”.<sup>245</sup> Del mismo modo que Raúl González Tuñón, Córdoba Iturburu ingresó al PCA en 1934, al calor del recrudecimiento de la batalla antifascista. Proveniente de los grupos de vanguardia de los años ‘20, para ese momento ya tenía una trayectoria pública como poeta, ensayista y crítico de arte, la que puso al servicio de una activa militancia en la AIAPE. La polémica de Córdoba Iturburu con Rodolfo Ghioldi iniciada en las jornadas de agosto siguió un curso epistolar que permite reconstruir el punto en que la postura del autor de *Cuatro perfiles* era inadmisibles para la dirigencia comunista. En efecto, ante la prolongación indefinida del debate entre los artistas plásticos, Ghioldi decidió dirigirse a Córdoba Iturburu mediante una carta privada.<sup>246</sup> En ésta le reprochaba su inveterada defensa de la herencia modernista, atacada por los soviéticos. Para Ghioldi el error de Córdoba consistía en reducir la valorización de la tradición modernista a la búsqueda de nuevos medios expresivos, cuando el método correcto era evaluarla en relación a la concepción del arte que postulaba.

No veo pues la injusticia de los soviéticos, sino la inconsecuencia de los escritores y artistas comunistas que no lo comprenden, y que adoptan el realismo militante como norma crítica para la filosofía, la religión, el derecho, la pedagogía o lo que sea, para abandonarlo cuando se trata de cuestiones estéticas.<sup>247</sup>

Por lo tanto, el modernismo no podía ser considerado una etapa necesaria en la formación de un creador comunista, como parecía sostener Córdoba Iturburu, del mismo modo que era inadmisibles la postura según la cual el trabajo crítico no debía someterse a ningún criterio de legalidad impuesto desde el exterior:

Tú reclamas la plena libertad del artista, del escritor; piedra libre sin limitaciones. Lenin no piensa así, ni Engels (...). Si libertad quiere decir que el creador pone lo suyo, lo propiamente suyo, ¿qué duda cabe? Eso no se lo quita ni se lo da ningún reglamento. Pero nosotros, hombres de vanguardia también en la cultura, ¿podemos

---

<sup>245</sup> Seudónimo de Cayetano Córdoba Iturburu. Carta de Héctor P. Agosti a Enrique Amorim (*op. cit.*)

<sup>246</sup> Existieron dos reuniones, una de plásticos y otra de escritores. Córdoba Iturburu, escritor y crítico de arte, asistió a ambas.

<sup>247</sup> Carta de Rodolfo Ghioldi a Cayetano Córdoba Iturburu, Buenos Aires, 23 de agosto de 1948, Archivo CCI/CeDInCI. Reproducido en Tarcus y Longoni, 2001, pp. 55-57.

admitir que en nombre de la libertad se propague el irracionalismo, el antihumanismo, la reacción?.<sup>248</sup>

La respuesta de Córdova Iturburu llegó tres semanas después. En un tono cordial pero no exento de una postura de autoridad sobre los asuntos tratados, comienza afirmando sin rodeos:

Yo no me quejo —como parece creerlo vos— del tratamiento injusto que los soviéticos dan a los modernistas. Mi actitud es otra. Lamento ese tratamiento. Y lo lamento no por los modernistas, sino porque pienso que no es posible un arte revolucionario, nuestro, comunista, sin la utilización de los elementos estéticos y técnicos proporcionados por la gran experiencia artística y literaria de nuestra época. Pienso, en una palabra, que no podemos hablar válidamente, desde el punto de vista artístico sino con el idioma artístico de nuestra edad. La sensibilidad del hombre moderno es una consecuencia de los factores sociales, políticos, económicos y técnicos de nuestro tiempo.<sup>249</sup>

Rechazando el concepto “deshumanización del arte” —el que, le recuerda, fue lanzado por José Ortega y Gasset en una conferencia “para señoras bien vestidas y perfumadas”— por ser una generalización inconsistente para hablar de todo el arte moderno, Córdova no duda en rechazar el naturalismo decimonónico que impregnaba el arte soviético. Lejos de ser un arte revolucionario era apenas un modo de expresar el “mundo nuevo con un idioma viejo”. Para Córdova, afirmar que el expresionismo, el impresionismo o el surrealismo representaban un arte deshumanizado, era equivocado e impreciso, ya que todas estas escuelas había intentado expresar mundos sensibles específicos, logrando en el camino “descubrimientos e invenciones en el terreno de la expresión formal que, en mi criterio, son positivos, esto es, utilizables para la realización de un arte revolucionario”.

Poco tiempo después de este cruce en apariencia amistoso, Córdova Iturburu sería expulsado del partido aduciendo su falta de compromiso con los trabajos en la célula en la que militaba. La publicación de una carta en la que hacía pública las razones de su separación dio lugar a las más diversas interpretaciones, algunas de claro regocijo y contenido anticomunista que lo perturbaron profundamente. Los comunistas lo

---

<sup>248</sup> *Ibíd.*

<sup>249</sup> Carta de Cayetano Córdova Iturburu a Rodolfo Ghioldi, Buenos Aires, 16 de setiembre de 1948, Archivo CCI/CeDInCI. Reproducido en Tarcus y Longoni, *op.cit.*, pp. 55-57.

acusaron, comparándolo con Víctor Kravchenko, de otorgar armas a la reacción, de connivencia con el peronismo y de intentar inocular en el partido las concepciones estéticas de la podredumbre burguesa.<sup>250</sup> En abril de 1949, Córdova hizo circular una nueva carta, donde se lamentaba con enorme pesadumbre de que sus declaraciones hubieran sido recogidas por los “enemigos de clase” como un arma contra el Partido Comunista y contra sus propias ideas. Reafirmando su fe en el comunismo, su fidelidad a la URSS y a los valores de justicia social que lo habían llevado a acercarse al partido, declaraba:

Nadie –ni enemigo ni amigo— espere, por eso, verme engrosar las filas de la reacción o convertido en testigo de cargo contra la Unión Soviética, con el comunismo, contra nuestro Partido Comunista o contra los comunistas mismos, sea cual sea el sentido o el carácter de los ataques o halagos que se me dirijan (...) Sigo siendo comunista, insisto en ello. Y si alguna idea concibo, por eso, relacionada con una futura participación mía en política, es la de mi retorno a las filas en que viví, junto a camaradas queridos, tantas felices e inolvidables jornadas de batalla. Pero, entretanto, ni la incompreensión de unos ni el regocijo malevolente de otros, van a empujarme a las turbias posiciones de la apostasía, a la abjuración de las convicciones que animan mi esperanza y mi fe en el advenimiento de mejores días para el hombre.<sup>251</sup>

La “purga antivanguardista” del 1948 marcó por años, y de un modo casi definitivo, la posibilidad de una concepción autónoma de la cultura en el seno del comunismo. Desde entonces, la “cuestión cultural” seguirá siendo un foco de conflicto y una fuente

---

<sup>250</sup> Víctor Kravchenko fue un capitán del Ejército Rojo y funcionario ucraniano que en 1944, aprovechando una visita comercial oficial a los Estados Unidos, pidió asilo en ese país, el que le fue concedido. En 1946 publicó un libro autobiográfico bajo el título *I Chose Freedom. The Personal and Political Life of a Soviet Official* donde denunciaba el régimen concentracionario soviético. La primera publicación europea fue la francesa, en 1947, a cargo de la editorial Selft. El libro despertó una polémica memorable propia de los tiempos de la Guerra Fría. Desde las páginas de la más importante revista literaria del PCF, *Les Lettres françaises*, se denunció que se trataba de un fraude, asegurando que el texto había sido escrito por los servicios de inteligencia norteamericanos y que el supuesto autor era un farsante y un borracho. Kravchenko le inició un juicio a los responsables de la publicación y solicitó ser indemnizado. Por el tribunal pasaron las principales figuras del comunismo intelectual francés, que se presentaron como testigos de la supuesta falsedad del testimonio y desde la URSS viajaron militares y altos funcionarios. Los ecos del juicio alcanzaron escala planetaria y el libro se convirtió en un auténtico *best seller*. En Argentina fue traducido bajo el título *Yo elegí la libertad* en 1947 por la editorial Guillermo Kraft con la traducción de Enrique Rojas Vela. Kravchenko visitó la Argentina en setiembre de 1950, invitado por Kraf. La prensa comunista culpó de inmediato al gobierno de Perón y lo acusó de utilizar al desertor soviético como agente de propaganda para promover que el país apoye la Guerra de Corea. “A la Argentina, confundida con un recipiente de basura, llegó Kravchenko”, en *Nuestra Palabra*, 25 de setiembre de 1950, p. 3.

<sup>251</sup> Archivo CCI/CeDInCI.

de permanente sospecha. Hasta 1956, año en que entre otros acontecimientos traumáticos, tuvo lugar la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas en los 38 años de existencia del partido, los conflictos internos derivados de las diferentes posturas acerca del quehacer literario y la crítica cultural afloraron no sin virulencia. El escenario de la mayoría de estas disputas fueron las páginas de *Cuadernos de Cultura*, una revista concebida originalmente como un mero instrumento de difusión del zhdanovismo en material artística y científica que luego se convirtió en la única y más importante y longeva publicación cultural que los comunistas lograron consumir.

### ***Cuadernos de cultura***

La revista *Cuadernos de Cultura* fue creada en 1950 por la iniciativa de Rodolfo Ghioldi. En sus seis primeros números llevó el nombre de *Cuadernos de Cultura Democrática y Popular* y estuvo a cargo de Roberto Salama e Isidoro Flaumbaum, dos jóvenes que habían pasado por las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA para salir expulsados por su militancia política. Ambos había logrado hacerse conocidos en la prensa comunista gracias a sus diatribas contra intelectuales y escritores no comunistas, publicadas en el periódico *Orientación* y *Nueva Era*. Sin ningún prestigio ni capital propio, se dedicaron a la tarea de editar un puñado de páginas mimeografiadas cuyo único objetivo era difundir las líneas maestras de la nueva política cultural soviética codificada por Zhdánov y popularizada a través de las resoluciones del Comité Central del PCUS sobre filosofía, arte, literatura y música.<sup>252</sup>

La revista se impuso la misión de “poner al alcance del lector documentos y ensayos fundamentales que reflejen el verdadero carácter de la cultura socialista”.<sup>253</sup> No se propuso, entonces, ser una revista cultural ni tampoco teórica (tarea que era cumplida por *Nueva Era*) sino simplemente un espacio de propaganda cuya nula voluntad de intervención en el campo cultural queda en evidencia tanto en su modesto formato como en la prescindencia de indicar quiénes eran sus responsables o editores o esbozar un editorial o carta de presentación pública. Apelando a la tarea de quienes se

---

<sup>252</sup> Para esta investigación se confeccionó un índice completo de *Cuadernos de Cultura* entre los años 1950 y 1965, además de la reconstrucción de los datos biográficos (edad y profesión) de los colaboradores.

<sup>253</sup> *Cuadernos de Cultura Democrática y Popular*, n° 2, diciembre de 1950, p. 1.



demonstraron los más conspicuos divulgadores de la tesis científicas y culturales soviéticas para el mundo occidental —los jóvenes comunistas franceses nucleados en torno a *La Nouvelle Critique* (Jean Kanapa, Jean Desanti, Pierre Daix)— los CCDP adolecerán, como su modelo francés, de una debilidad de origen: el insignificante capital cultural de sus productores era compensado por el recurso permanente a la política como principio de autoridad en materia cultural. A los nombres de Stalin, Zhdánov y Lysenko, la revista suma el de Rodolfo Ghioldi, quien en el segundo número le dedica un artículo al sociólogo brasileño Gilberto Freyre donde lo acusa de reaccionario, feudal y “paragolpes” de la revolución.<sup>254</sup> El elenco local se completará, en lo sucesivo, con las colaboraciones de Salama y Flaumbaum, Julio Notta, Julio Luis Peluffo y Atahualpa Yupanqui. Héctor Agosti publica un adelanto de su libro sobre *Echeverría* y Raúl González Tuñón un artículo sobre Victoria Ocampo en el que, reavivando una oposición que se remontaba a los días de la revista *Contra*, afirmaba que el único mérito que tenía la directora de *Sur* para merecer la Faja de Honor que la SADE —a la que definía como un “centro recreativo aristocratizante”— acababa de entregarle, era su pasión antipopular y su entrega al imperialismo yanqui.<sup>255</sup>

A lo largo de sus primeros quince años, la centralidad de la literatura en la empresa comunista es total. Aunque no faltaron debates científicos, históricos, artísticos y, en menor medida, filosóficos; la literatura y el ensayo sobre temas literarios ocuparon una porción significativamente mayor a cualquier otro campo de interés, tanto en los artículos como en las reseñas bibliográficas. Las razones de esta situación pueden derivarse de al menos tres situaciones. La primera, es el tributo que los comunistas realizan a una particularidad del campo intelectual argentino del siglo XX, donde la centralidad de la literatura es verificable incluso en las discusiones ideológicas y los debates doctrinarios. Los escritores, entendiendo por ello a los novelistas, poetas y ensayistas dedicados a temas político-culturales, dominan en todas las familias políticas en que se escindió el campo cultural, desde los liberales hasta los peronistas.

---

<sup>254</sup> Rodolfo Ghioldi “Gilberto Freyre, sociólogo reaccionario”, en *Cuadernos de Cultura Democrática y Popular*, n° 2, diciembre de 1950, pp. 5-21.

<sup>255</sup> Raúl González Tuñón, “El caso de madame Victoria Ocampo”, *Cuadernos de Cultura Democrática y Popular*, n° 4, pp. 105-107.

En segundo lugar, para una revista nacida a partir de una coyuntura que ponía en primer plano el problema de las relaciones entre la cultura y la política, las discusiones en torno a la autonomía de la creación literaria, sus formas y sus lenguajes, ocuparon un espacio central al interior del propio campo comunista. Como ha señalado Caute, fue en el campo literario donde las dirigencias comunistas se sintieron particularmente obligadas y capacitadas para intervenir en nombre de la ortodoxia soviética dominante.<sup>256</sup> Por último, como ya hemos analizado en el capítulo anterior, los escritores y artistas serán mayoría entre las profesiones intelectuales que se comprometieron con el comunismo desde la década del '20, seguidos por los médicos y los abogados. La centralidad de la literatura en las páginas de CC se explica también, entonces, como un efecto de formación de sus redactores: de los 49 colaboradores que publicaron más de cinco artículos entre 1950 y 1965, 27 eran escritores y escribían sobre temas literarios, mientras que solo cuatro eran médicos y cinco abogados. Incluso aquellos que no tenían una profesión ligada al campo incursionan en la crítica literaria, como el abogado Bernardo Edelman, futuro fundador de la editorial partidaria Platina, o el odontólogo Blas Raúl Gallo, dedicado a la dramaturgia. Con la excepción de la psiquiatría y la pedagogía, la escasa especialización de la crítica comunista se extendía también a otras áreas: los temas históricos estaban a cargo de un dentista de formación como Leonardo Paso, mientras la economía era terreno de un psiquiatra y ensayista como Mauricio Lebedinsky y la filosofía quedaba en manos de Emilio Troise, médico de formación. La misma jerarquía de intereses se verifica si se analizan las críticas bibliográficas. De un total de 256 reseñas publicadas en las secciones “Los Libros” y “Notas de lectura”, 136 están dedicadas a libros de ficción, mientras que solo 15 se dedican a libros científicos, 14 a libros de temáticas políticas, 14 a libros sobre educación, 11 a libros de temas filosóficos... Para una revista que pretendía ser portavoz de los intelectuales marxistas argentinos, el hecho de que en quince años solo se hayan reseñado 11 libros dedicados a la teoría marxista indica tanto el peso de la cuestión literaria sobre los problemas teóricos en la cultura de los intelectuales comunistas, como la indigencia teórica que sufría la institución partidaria,

---

<sup>256</sup> Caute, 1968, *op. cit.*, p. 391.

cuestión que se revela más significativa si hace notar que la única sección que se dedicó a comentar bibliografía marxista no soviética fue la que en 1962 creó Juan Carlos Portantiero bajo el nombre –significativo de su impulso de actualización teórica— “El marxismo en el mundo”. Hasta los primeros años de la década del ‘60, cuando se produzcan las discusiones que terminarán con la expulsión de los discípulos de Agosti que editaron en Córdoba la revista *Pasado y Presente*, serán las polémicas literarias las que definirán el campo de conflicto entre los intelectuales comunistas.

En 1952 el escritor y periodista Raúl Larra publica *Arlt, el Torturado*, una biografía del autor *El Juguete Rabioso* que supondrá su redescubrimiento luego de casi una década de silencio y se convertirá por varias décadas en un libro de referencia obligada. Hijo de inmigrantes, universitario frustrado que debió terminar sus estudios secundarios en una escuela nocturna, Larra ingresa a la literatura por la amistad que lo une a Álvaro Yunque y los boedistas. Por este mismo camino inicia su politización y en 1935 se lo encuentra como uno de los fundadores de la AIAPE junto a Aníbal Ponce. Tres años después publica la primera de una larga serie de biografías sobre personalidades literarias e intelectuales con un libro dedicado a Roberto Payró, que desde entonces es considerado por los comunistas un modelo de escritura realista y compromiso social.<sup>257</sup> El recurso a la biografía como un modo de intervención político-cultural mediante el cual el autor se apropia de una figura para intervenir en el debate público, será una constante en su vida de escritor y su libro sobre Arlt un ejemplo paradigmático. Cuando el vacío crítico sobre Arlt se extendía al punto de ser un autor prácticamente desconocido para las nuevas generaciones, Larra emprende su rescate biográfico al mismo tiempo que reedita su obra a través de Futuro, la editorial que había fundado en 1944 y que se dedicó a difundir autores realistas locales y grandes obras de la literatura escrita por comunistas, como *Les beaux quartiers* de Louis Aragon (traducido por Juan L. Ortiz en 1945) y la trilogía de Jorge Amado *Los subterráneos de la libertad*.

---

<sup>257</sup> Payró, *el hombre y la obra* (Claridad, 1938), luego reeditado como *Payró, novelista de la democracia* (Quetzal, 1952)

Para ese momento, el lugar de Arlt en la tradición literaria comunista era, al menos, ambiguo. Desde sus inicios como escritor su figura resultó incómoda e inclasificable. Elías Castelnuovo rechazó la posibilidad de que *Claridad* publicara *La vida puerca* (luego, gracias a la intervención de Ricardo Güiraldes, rebautizado *El Juguete Rabioso*) aduciendo que se trataba de un texto mal presentado y con errores de sintaxis. En 1932, Aníbal Ponce, bajo el seudónimo de Lucas Godoy, se refirió a la novela *El amor brujo* como el producto de un “muchacho aturdido” y no de un “escritor naturalista auténtico y artístico”. Leónidas Barletta, sin embargo, fue un temprano y consecuente defensor de la literatura de Roberto Arlt, la que desde un principio filió en la tradición realista, prisma crítico que será también el de Larra.<sup>258</sup> Como ya hemos analizado en el primer capítulo, Roberto Arlt se vinculó a algunas iniciativas cercanas al comunismo, como la revista de “literatura proletaria” *Actualidad* que animó junto a Elías Castelnuovo y la fundación, en 1932, de la Unión de Escritores Proletarios. El mismo año, bajos los auspicios de Ghioldi, ingresó a la redacción de *Bandera Roja*, donde escribirá “El bacilo de Carlos Marx”, sellando su suerte bajo el anatema de su mentor, que lo acusó de pequeñoburgués. Con estos antecedentes polémicos y apelando a recuerdos y anécdotas que se entrelazan en un acercamiento más afectuoso que crítico a la figura de Arlt, Larra realiza la operación de colocarlo en las cercanías del partido al mismo tiempo que se preocupa por disculpar las circunstancias que habría impedido su total compromiso con la causa comunista y la comprensión marxista de la realidad.

En el número 5 de febrero de 1952, Roberto Salama publicó bajo el título “El mensaje de Roberto Arlt” un largo artículo que comenzaba poniendo en duda que la empresa de rescate de Larra prestara algún servicio a la cultura argentina. Mediante una crítica puramente ideológica de la obra de Arlt y mediante el procedimiento de confundir el autor con los personajes, Salama se apoya en la autoridad literaria de Zhdánov y Stalin para concluir que Roberto Arlt era un escritor fascista que cultivaba una literatura

---

<sup>258</sup> Cfr. Borré, 1996, pp. 17, 29 y 55.

decadente, psicologista, antirealista y antipopular.<sup>259</sup> Todo el artículo se funda en un silogismo: si los personajes y ambientes que pueblan la literatura de Arlt son negativos, entonces toda su obra es negativa y debe ser rechazada.<sup>260</sup> La respuesta de Larra no se hizo esperar y fue publicada en el número siguiente bajo un título destinado a sellar la operación de apropiación que había iniciado con su biografía “Arlt es nuestro”. En aquel artículo, Larra acusa a Salama de juzgar a un autor por las ideas de sus personajes atribuyéndoles un sentido autobiográfico (procedimiento que, como señalará inmediatamente el poeta santafecino Hugo Gola desde las páginas de *Propósitos* y, más tarde, Oscar Masotta, el propio Larra utilizaba) y de fundar la crítica desvinculando al autor de su medio social y las ideas de su generación, lo que, según Larra, explica las “limitaciones ideológicas” de su literatura. Para refutar los argumentos de su oponente y demostrar que Arlt era un hombre atraído por la clase obrera y el partido, Larra incurre en los mismos procedimientos que, llevados al absurdo, organizaban la crítica de Salama: busca explicar la obra apelando a factores extraliterarios y citas de autoridad políticas, incluyendo el *Esbozo de Historia del Partido Comunista*. Su respuesta y la polémica que a partir de ella se desató en las páginas de *Propósitos*, revela no solo el clima de beligerancia que la adopción de los dictados soviéticos impusieron al interior del espacio cultural comunista y el esfuerzo que desde entonces muchos de sus intelectuales emprenderán para construir una tradición cultural en la que pudiera reconocerse, sino, de un modo más general, las dificultades que los escritores y críticos del partido enfrentarán frente a los cambios morfológicos e institucionales que experimentará desde entonces el campo intelectual argentino. La renovación de la crítica literaria que tuvo su punto de partida en las revistas *Centro* y *Contorno*, así como la emergencia, dentro de estas formaciones, de un modelo de intelectual universitario (aunque no necesariamente inserto en los circuitos académicos) dispuesto no solo a cuestionar los métodos y los modos de pensar la literatura sino las formas en que la literatura y la política podían relacionarse, fue un directo cuestionamiento tanto a la crítica ideológica e impresionista que

---

<sup>259</sup> “El mensaje de Roberto Arlt”, en *Cuadernos de Cultura Democrática y Popular*, n° 5, febrero de 1952, p. 76.

<sup>260</sup> Cfr. Borré, *op. cit.*, p. 338.

efectuaban los comunistas como a su concepción del compromiso político.<sup>261</sup> Cuando en 1954, *Contorno* publique su número dedicado a Roberto Arlt, no solo cuestionará el intento de Larra de “comunizar” a Arlt, sino que señalará el punto de partida para una reconsideración total de la herencia literaria argentina.<sup>262</sup>

Esta controversia pública determinó el cierre de la primera etapa de CC. En su número 7 de julio de 1952 la revista elimina la denominación “democrática y popular” y deja de ser un boletín mimeografiado para adoptar un formato de revista-libro, con tapa impresa a dos colores con un diseño sobrio y modesto. La dirección pasa a manos de un triunvirato de pretensiones ecuménicas formado por Roberto Salama, Héctor P. Agosti y el médico Julio Luis Peluffo (1901-1967), integrante del cohesionado grupo de psiquiatras pavlovianos que a lo largo de la década del ‘50 tendrán una fuerte presencia en el campo “psi”.<sup>263</sup> Acorde con la nueva etapa que se propone, desde entonces la literatura soviética traducida se reduce considerablemente y se otorga un espacio mayor a los autores locales. Ensayando un gesto de autonomía respecto a la institución partidaria, la presentación que acompaña la nueva etapa anuncia que cada artículo será responsabilidad de quien los escribe pues, se explica, en temas controversiales y sujetos a dilucidación previa –como la conformación de una historia crítica de la cultura argentina— la redacción de la revista no podía extenderse más allá de principios generales. Apenas unos meses después, la revista deberá enfrentar el abrupto cambio de rumbo que supuso el acercamiento del partido al peronismo, un acontecimiento definitorio para el futuro del espacio intelectual comunista del que nos ocuparemos a continuación.

### **La ruptura con el espacio liberal: la “crisis Real” y los intelectuales**

Uno de los episodios menos dilucidados de la historia del comunismo local, el intento comandado por Juan José Real de acercar el partido al peronismo gobernante, fue un golpe fatal para el espacio cultural, pues terminó de romper la ya frágil zona de

---

<sup>261</sup> Sobre el proceso de modernización y profesionalización de la crítica literaria ver Blanco y Jackson, 2011, pp. 31-51.

<sup>262</sup> David Viñas “Arlt y los comunistas”, en *Contorno*, n° 2, p. 8, número dedicado a Roberto Arlt

<sup>263</sup> Sobre la psiquiatría y los psiquiatras comunistas en este período se puede consultar la tesis de doctorado de Luciano García (*op. cit.*).

contacto de los comunistas con la intelectualidad liberal.<sup>264</sup> En mayo de 1952, estando Victorio Codovilla en Moscú para participar del XIX Congreso del PCUS, el PCA se sumergió en un intenso debate interno que culminó con el apoyo a la convocatoria de Perón a formar un frente popular unido que se opusiera a la conspiración golpista que, según el presidente, era organizada por el imperialismo yanqui y la oligarquía local. El Comité Ejecutivo del partido emitió entonces una declaración en que hacía pública su adhesión a la constitución de ese frente a la vez que proponía una serie de medidas sobre las cuales sustentarlo. El documento convocaba a los comunistas a formar comités unitarios en cada fábrica, lugar de trabajo y casa de estudio o cultura con la finalidad de facilitar la unidad de acción con los sectores obreros y populares del peronismo.<sup>265</sup>

A partir de entonces se inició una discusión “autocrítica” en todos los estamentos del partido acerca de los “errores” que se habían cometido en la aplicación de la línea política sancionada en el XI Congreso de agosto de 1946 y ratificada en el VI Conferencia Nacional de noviembre de 1950. En ambas oportunidades, el partido había descartado la caracterización del peronismo como fascismo criollo o “naziperonismo” y adoptado la táctica de rechazar lo negativo y apoyar lo positivo. Había establecido, además, que la contradicción fundamental dentro del peronismo se daba entre los círculos dirigentes y los sectores obreros y populares influenciados por ellos. Para los dirigentes comunistas, el triunfo de Perón había colocado al partido en

---

<sup>264</sup> Con el nombre de “Crisis Real” se conoce el breve intento de acercamiento al peronismo que durante algunos meses del año 1952 fue comandado por el secretario de organización, al frente del partido mientras Victorio Codovilla se encontraba en Moscú participando del XIX Congreso del PCUS. Aunque el episodio sigue envuelto en un aire de confusión, todo parece indicar, como lo ha sugerido Isidoro Gilbert, que se trató de un cambio de rumbo propiciado por los soviéticos, interesados en encontrar un camino de colaboración diplomática con el gobierno argentino y mejorar su posición geopolítica en el continente, meta contradictoria con el antiperonismo que campeaba entre las dirigencias comunistas. Gilbert cita autoridades soviéticas que avalan la idea de que se trató de un intento de desestabilizar a Codovilla y torcer el rumbo antiperonista adoptado por el PCA, pues difícilmente un dirigente hubiera sido capaz por sí solo de tomar la decisión de un viraje semejante. Otros testimonios sugieren que el propio Codovilla avaló el movimiento (Cfr. Gilbert, 1994, op.cit., p. 179-184). Cuando Codovilla estuvo de regreso en la Argentina terminó con el intento peronizante y Juan José Real fue expulsado del partido en febrero de 1953, acusado de encabezar una fracción “nacionalista-burguesa”.

<sup>265</sup> “Declaración del PC a propósito del discurso del Gral. Perón invitando a los trabajadores a formar un ‘frente popular unido’ para desbaratar los planes de la conspiración oligárquico-imperialista”, Buenos Aires, 5 de mayo de 1952.

el medio de dos presiones: la del campo del peronismo, que tendía a colocarlo a la cola del gobierno; y la del campo de la “oposición sistemática” que tendía a aislarlo de las masas peronistas, lo incitaba a realizar una política de oposición por la oposición e incluso pretendía arrastrarlo a aventuras golpistas. Ante este panorama, se afirmaba, el partido debía mantener una línea independiente que abogara por la constitución de un Frente de Liberación Nacional y luchara contra la “oligarquía latifundista—reaccionaria, contra los monopolios imperialistas, contra los restos del fascismo y contra las fuerzas políticas que representan a esos sectores”, particularmente los sectores reaccionarios y profascistas del clero, principales atizadores de la campaña anticomunista y antisoviética. En el orden cultural, por lo tanto, la tarea de los comunistas era luchar contra el avance del “oscurantismo y el rosismo” y defender el carácter “científico, democrático y liberal” de la cultura. Luchar por el restablecimiento de la enseñanza laica y defender los principios fundamentales de la reforma universitaria constituían los pilares de la acción de los intelectuales.<sup>266</sup>

El momento crucial del cambio de táctica de los comunistas fue el “Guión para la discusión sobre los resultados de la aplicación de la línea política sancionada por el XI Congreso” de setiembre de 1952, presumiblemente redactado por Juan José Real. En este documento se afirmaba que el partido había sido exitoso y consecuente en luchar contra la “tendencia capituladora” —como había demostrado la expulsión de Puiggrós y sus seguidores— pero insuficientemente enérgico en el combate contra el “sectarismo”, cuya reserva a la “aplicación audaz” de la línea política de unidad con el peronismo se manifestaba ahora incluso en miembros del Comité Central. Estos, así como muchos responsables de órganos de dirección, adolecían además de un excesivo personalismo y de una tendencia autoritaria que los había llevado a reemplazar la democracia interna por las órdenes personales, el trabajo con las organizaciones por el trabajo con los hombres. La extraordinaria resistencia de estas “tendencias sectarias” tenía, sin embargo, explicación en ciertas causas objetivas, entre ellas, la persecución del que era objeto el partido y sus militantes y el silencio cómplice que los dirigentes

---

<sup>266</sup> “11° Congreso. Periódico de preparación del 11° Congreso Nacional del Partido Comunista Argentino”, Buenos Aires, 28 de junio de 1946.



obreros y populares peronistas mantenían al respecto. Esto había influido particularmente entre aquellos sectores del partido “insuficientemente” ligados a las masas peronistas y, en primerísimo lugar, en los elementos provenientes de la intelectualidad. Mientras el partido hacía esfuerzos y obtenía éxitos con la política unitaria en los sindicatos, en las fábricas y en la barriadas populares, los intelectuales y los periodistas se hacían eco de la influencia nociva de la oposición sistemática, al punto de editar una prensa que en poco se diferenciaba del lenguaje reaccionario de la oposición derechista.<sup>267</sup>

Esta actitud de la intelectualidad, continuaba el texto, se sustentaba también en gruesos errores de análisis. En primer lugar, se había dado por sentado que la mayor parte de las capas pequeño—burguesas —especialmente los intelectuales— eran antiperonistas y que estos eran, además, mayoritarios. De ahí que los comunistas no hicieran sino reflejar la opinión de estos sectores, en realidad minoritarios y resentidos por la política peronista, acompañándolos en su menosprecio de la intelectualidad influida por el peronismo, a la que se juzgaba desdeñosamente como el sector más atrasado de la cultura nacional. A la falsa apreciación sobre la importancia numérica y la jerarquía cultural de los intelectuales opositores, debía sumarse un erróneo diagnóstico sobre sus posiciones políticas. El acento en cuestiones formales, como las histórico—sociales, y no en los problemas inmediatos había trazado una línea divisoria falsa en el mundo intelectual. En lugar de establecer una polarización entre aquellos que estaban a favor o en contra del imperialismo, a favor o en contra de la soberanía nacional, de la paz o de una verdadera cultura popular:

Aparecía como cuestión fundamental que dividía a la intelectualidad el problema del rosismo o antirrosismo, sin comprender que nosotros estamos más cerca de un rosista antiimperialista que de un antirrosista pro—imperialista. Como es natural, esto tuvo repercusión en el movimiento estudiantil. Allí la línea divisoria no pasaba entre pro—imperialistas y anti—imperialistas, sino entre reformistas y anti—reformistas. No se comprendía que el problema del reformismo es un problema superado ya por el

---

<sup>267</sup> “Guión para la discusión sobre los resultados de la aplicación de la línea política sancionada por el XI Congreso”, Partido Comunista, Comité Ejecutivo, setiembre de 1952, p. 2 y ss. Archivo HPA/CeDInCI, Carpeta “Debates Crisis Real” y en el mismo archivo “Partido Comunista. Comité Ejecutivo, Nuestras tareas inmediatas”, c. 1952.

desarrollo del movimiento, de que las nuevas generaciones estudiantiles buscan otros caminos, otras formas de lucha.<sup>268</sup>

Los resortes de la obediencia política se accionaron inmediatamente y no sin entusiasmo, a pesar de la flagrante contradicción que el nuevo diagnóstico suponía con las posiciones sostenidas en la víspera. Un ejemplo de la suspensión de cualquier juicio crítico sobre las obras en pos de su subalternización a las necesidades políticas fue la crítica que *Nuestra Palabra* publicó, bajo la firma de un desconocido F.A., del libro de Berta Perelstein *Positivismo y Antipositivismo en la Argentina* editado ese mismo año por Procyón. En el contexto del viraje partidario, el libro fue criticado precisamente en el punto en que concedía lugar a una las tesis políticas centrales de la historiografía comunista: la reivindicación del pensamiento de Mayo como tarea principal de la cultura argentina.

Creemos que no. Que el deber superior de la cultura argentina, hoy, es combatir la influencia deletérea de la “cultura” del imperialismo yanqui y desarrollar la nacional en la línea de esa ideología [el marxismo—leninismo—estalinismo] en cuyo nombre la autora dice se debe combatir (...) El mérito del pensamiento progresista de Mayo es haber asimilado las ideas nuevas de su época que, interpretando las exigencias del desarrollo de la vida material de la sociedad, facilitaban la lucha por la independencia nacional (...) Pero de aquí no se desprende que el pensamiento progresista de Mayo sea la ideología que responda con exactitud a las exigencias del desarrollo de la vida material de nuestra sociedad de hoy. En Mayo de 1810 las tareas planteadas a nuestra sociedad no eran las de hoy, no existía, por ejemplo, el imperialismo yanqui.<sup>269</sup>

Es evidente que el impacto de la nueva situación sobre el trabajo cultural fue inmediato y complejo. En el mes de octubre se creó una Comisión de Asuntos Culturales que por primera vez reconocía al nivel de las estructuras partidarias la importancia del trabajo en este terreno. Dicha comisión quedó bajo la responsabilidad del ensayista y ocasional crítico literario Julio Notta, con una importante participación de su esposa, la artista plástica Nelly Drobanich. Héctor P. Agosti, en ese momento responsable ante el Comité Central de la Casa de la Cultura Argentina, integrante de la comisión de escritores y co-director de *Cuadernos de Cultura*, no fue convocado ni siquiera como “oyente”, según su propio testimonio. A los pocos días de creada la

---

<sup>268</sup> *Ibíd.*, pp- 7-8.

<sup>269</sup> “Vida cultural” en *Nuestra Palabra*, 9 de setiembre de 1952

comisión se organizó una discusión cuyos ejes centrales podemos conocer gracias a las notas que Agosti conservó en su archivo personal y que permiten dilucidar con claridad las posiciones que estaban en juego. En esta reunión, Agosti se centró en discutir el problema específico del frente intelectual, comenzando por aceptar las responsabilidades que le competían en la supuesta falta de aplicación de la línea partidaria a pesar de los intentos de unidad con los peronistas que habían tenido su último episodio en el Congreso de la Cultura Argentina, al que habían sido invitadas las entidades culturales peronistas. Sin embargo, para Agosti esto no tenía que ver con el fondo de la cuestión que en definitiva pasaba por el carácter “ideológicamente reaccionario” del peronismo en el dominio de la cultura. Sin embargo, la fisura con la intelectualidad liberal es aceptada de un modo que iba más allá de las exigencias del momento partidario y no pueden comprenderse bajo el único prisma de la obediencia:

Debo acusarme de haber abrigado demasiadas ilusiones sobre las posibilidades de los llamados liberales argentinos. Fui inconsecuente conmigo mismo, y con las tesis de mi “Echeverría”, acerca de la deformación oligárquica de la cultura: más de una vez percibí este fenómeno, pero es indudable que gravitaban en mí demasiadas ilusiones acerca de la posibilidad de reacción de algunos de estos liberales.

No podríamos decir sin embargo, como se ha dicho con ligereza, que perdimos nuestras viejas vinculaciones con los intelectuales peronistas: con los nuevos, salvo alguna excepción personal, nunca los tuvimos, y los viejos eran, en su mayor parte, los mismos con quienes habíamos peleado muchos años por su condición de redactores de “El Pampero”. Esto no es un justificativo.

Teníamos, a mi juicio, lo principal, lo que hace más complicada nuestra política en este terreno: el carácter ideológicamente reaccionario de la actividad oficial en el dominio de la cultura, sometido en buena parte a la influencia clerical. “Nueva Era” calificó de fascista la discusión del Congreso Filosófico de Mendoza (nº 2) y en buena parte tiene razón (...) Yo sé que ése no es, desde luego, el pensamiento íntimo de los escritores peronistas (por lo menos de los pocos que yo conozco), pero 2 una circunstancia que debemos tener en cuenta para comprender los problemas de un acercamiento entre peronistas y no peronistas.<sup>270</sup>

Existía, entonces, un problema ideológico fundamental y no una mera cuestión formal como sugería el Guión, del mismo modo que la cuestión del “rosismo” estaba lejos de

---

<sup>270</sup> Agosti, Héctor P. “Discusiones de octubre de 1952”, en Archivo HPA/CEDINCI, Caja 4, Carpeta Papeles de Archivo, p. 2, subrayado en el original. Se refiere al artículo de Berta Perelstein sobre el Congreso Nacional de Filosofía celebrado en Mendoza entre el 30 de marzo y el 9 de abril de 1949 con apoyo del gobierno nacional. Cfr. “El Congreso de Mendoza y la filosofía del peronismo”, en *Nueva Era*, nº 2, mayo de 1949, pp. 159-167.

constituir un asunto secundario, pues la abolición de la tradición de Mayo que se propiciaba desde las esferas oficiales (la tesis de Ricardo Levene, afirmaba Agosti, no eran casuales sino que formaban parte de los programas de enseñanza) tenía un sentido reaccionario con consecuencias en la política práctica. De ahí lo desatinado de la crítica al libro de Berta Perelstein, pues la reivindicación de Mayo no suponía una regresión sino la recuperación de la escasa tradición emancipadora nacional que la burguesía había abandonado. Para Agosti, en el campo específico de la cultura el problema esencial era otro: la insensibilidad de la intelectualidad frente al fenómeno social significado por las masas peronistas. Esto obedecía a varias causas pero de ningún modo suponía calificar a todos los escritores como “oligarcas”. En el campo intelectual más general se trataba de las tendencias aristocratizantes que atravesaban la cultura argentina aún entre sus representantes bienintencionados y que eran acentuadas por la persecución oficial. En el caso de los intelectuales comunistas, obedecía a una cierta desvinculación de las bases del partido y de los ambientes populares, cuyas consecuencias más evidentes aparecían en la falta de lucha ideológica y en una deficiente formación doctrinaria. Pero lo cierto es que el movimiento intelectual en su conjunto se manifestaba en contra del peronismo, a diferencia de la masa obrera, lo que no obstaba para declinar una acción conjunta basada en una definición ideológica contraria tanto al imperialismo como, remarcaba, a la reacción clerical. En realidad, concluía Agosti, la cuestión pasaba por determinar si el partido debía modificar su caracterización del peronismo y en consecuencia liquidar toda acción conjunta con los viejos partidos, lo que debía ser planteado claramente pues suponía una revisión de la línea del XI Congreso y de los informes políticos de Victorio Codovilla. La alianza con las masas peronistas no necesariamente implicaba una alianza con Perón, pues para Agosti la distinción entre el empuje de las masas que buscaban la justicia social y el equipo dirigente constituía un suelo tan ineludible como el hecho de que el partido de vanguardia no podía colocarse al nivel de la “baja conciencia” de las masas que había apoyado al peronismo.<sup>271</sup>

---

<sup>271</sup> Durante el mes de noviembre de 1952 se sucedieron las reuniones, en las que Agosti profundizó sobre las cuestiones políticas e ideológicas del viraje propiciado por Real. En su archivo personal se

Vale la pena detenerse en la violencia con que las afirmaciones contenidas en el Guión golpearon las certezas de unos intelectuales que habían basado su identidad cultural en la defensa de las tradiciones liberales y que, aún con dificultades, habían afincado su acción, su sociabilidad y su discurso en el que desde la década del 30 era el campo “democrático” de la inteligencia argentina. Espacios que para los comunistas eran habituales e incluso que había ayudado a crear o dirigido, como el CLES o la SADE, pasaron a ser considerados “cuevas de agentes del imperialismo, de elementos golpistas y reaccionarios y de provocadores policiales”. Mientras que organizaciones profesionales en las que trabajosamente se habían insertado, como el Centro Argentino de Ingenieros, la Confederación Médico-gremial y la Asociación de Abogados, fueron calificadas como “históricamente liquidadas” por albergar elementos antipopulares, oligárquicos e imperialistas. La fabulosa ruptura con su campo de afinidades político-intelectuales obligaba a los intelectuales comunistas a exponerse al repudio y a una horadación aún mayor del prestigio que algunos habían conseguido en sus respectivos campos de actuación. En la nueva coyuntura se les solicitaba comprender que si las masas le habían dado la espalda a los grupos políticos liberal-burgueses, los comunistas no podían permanecer atados a ese pasado identificado con el fracaso, la inoperancia y la complicidad.

Esto significa que nuestro partido, en la lucha por fundirse con las masas, no debe fijarse si en su camino deja alguna figura del “pasado”, por muy simpática que sea. Una política consecuente de unidad con las masas peronistas, entraña esa posibilidad. El partido debe marchar hacia delante, sin tener en cuenta esos “peligros”. Los hechos convencerán a aquellos aliados que no comprendan aún a las masas peronistas que no hay otro camino para la solución del país. Los anquilosados, allá ellos. Nuestro partido sigue adelante con las masas, que es el camino de la solución de la independencia, de la democracia y de la paz.<sup>272</sup>

Durante este breve período, los comunistas intensificaron su cruzada contra la “penetración imperialista” en la cultura, condenando géneros populares como las historietas y la novela policial hasta las películas de Hollywood y el arte abstracto. El nacionalismo cultural que se derivaba de la certeza de que los países latinoamericanos

---

encuentra un resumen de la intervención de Julio Notta del 10 de noviembre y su propia respuesta, fechada el 14 del mismo mes. Archivo HPA/CeDInCI, Caja 2, Carpeta Papeles Personales.

<sup>272</sup> *Ibíd.*

debían defenderse del cosmopolitismo que constituía la base de la “ideología yanqui” y sus intentos de disgregación cultural para la región, los llevó a apoyar la pretensión del Segundo Plan Quinquenal de “conformar” una cultura nacional de contenido popular y humanista. En setiembre de 1952, por ejemplo, desde las páginas de *Propósitos* Raúl Larra, uno de los más entusiastas defensores de la nueva política comunista, exhortaba a los escritores a apoyar el proyecto del diputado peronista Juan José Gobello que establecía que las publicaciones periódicas debían dedicar como mínimo y en cada edición un 75% de su espacio al material literario, informativo, gráfico o publicitario nacional. Entendiéndose como tal únicamente a lo producido por argentinos o extranjeros residentes, las traducciones excluidas. Tomando como caso paradigmático el revuelo que provocó la edición en español de la revista *Life* en México y Cuba, Larra argumentaba que la iniciativa de Gobello apuntaba a defender la “producción intelectual autóctona” en un doble sentido: la salvaguardaba de la penetración yanqui y permitía la creación de puestos de trabajo para los escritores que, en las condiciones de la cultura argentina, sobrevivían de sus colaboraciones en las revistas.<sup>273</sup> La referencia a publicaciones hechas casi íntegramente de traducciones era, por supuesto, un alusión poco implícita a la revista *Sur*, si bien la propia revista cultural de los comunistas, *Cuadernos de Cultura*, era realizada, al menos hasta la llegada de Agosti en julio de ese año, íntegramente de traducciones de publicaciones soviéticas y francesas

Es una iniciativa plausible –se afirmaba también desde *Nuestra Palabra*— y puede ser una herramienta para controlar la infiltración de la ideología yanqui y un freno a sus pretensiones de hegemonía. Lo yanqui tiende siempre al cosmopolitismo como una manera de disgregar la conciencia nacional. Y en cambio los argentinos y los latinoamericanos necesitamos muy especialmente apoyarnos en una literatura, en un arte, en una información que ayuden a consolidar el espíritu nacional, a desbaratar esos preconceptos de nuestra menor valía, falta de tradición, etc., que son leit motiv en boca de los mercenarios norteamericanos.<sup>274</sup>

Al mes siguiente de este artículo y al mismo tiempo que en el partido se sucedían tormentosas reuniones, un grupo de escritores comunistas encabezado por Álvaro

---

<sup>273</sup> Raúl Larra, “Una iniciativa que deben apoyar nuestros escritores”, en *Propósitos*, 5 de setiembre de 1952.

<sup>274</sup> “Vida cultural”, en *Nuestra Palabra*, 23 de setiembre de 1952, p. 7

Yunque estampaba su firma en un documento que llamaba a la conformación de una entidad gremial única de intelectuales mediante la fusión de la SADE con la ADEA y el Sindicato Argentino de Escritores, las organizaciones de intelectuales peronistas.<sup>275</sup> En junio de ese año, los mismos comunistas habían convocado sin éxito a una Asamblea Nacional de Intelectuales que tenía como objetivo poner fin a la dispersión de las diversas ramas de la actividad científica y cultural y encauzar la creatividad de los trabajadores intelectuales hacia el encuentro con las masas populares.<sup>276</sup> El movimiento fusionista, como era previsible, fue leído por todo el arco opositor como una maniobra de entreguismo y defección. El periódico socialista *Nuevas Bases* habló de inmediato de una “crisis” del sector intelectual del comunismo criollo que venía a continuar la fractura provocada por las sanciones disciplinarias a los dirigentes Rodolfo Ghioldi y Alcira de la Peña por su reticencia a aceptar el fabuloso giro político promovido por el secretario de organización.

Bástenos señalar –afirmaban los socialistas– que sus manifestaciones [de la crisis] en este país y en este medio no son más que la consecuencia previsible de una política totalmente desvinculada de las realidades y problemas argentinos a la vez que subordinada a propósitos de hegemonía en el orden internacional, todo lo cual explica que las autoridades del partido Comunista hayan podido caer de rodillas ante sus propios torturadores y agresores y expulsar a sus camaradas conspicuos de la víspera, aun convalecientes.<sup>277</sup>

“A los escritores argentinos”, tal el nombre del llamamiento gremial de los comunistas, tuvo una recepción desafortunada en todos los ámbitos, y con la excepción de los propios comunistas, aunque tampoco todos, recibió un repudio

---

<sup>275</sup> Ambas instituciones que para ese momento eran muchos más agencias de propaganda del gobierno que intentos de organización alternativa de la actividad cultural frente al arco intelectual opositor. La ADEA agrupó a los intelectuales nacionalistas que apoyaron el gobierno de Perón y fue creada como una escisión de la SADE cuando esta intentó suspender a sus afiliados nacionalistas a los que acusaba de nazis. En sus inicios, la ADEA intentó conformarse como una suerte de “contra-SADE peronista”, según las palabras de Flavia Fiorucci. Sin embargo, la falta de apoyo oficial y la hostilidad generalizada del campo intelectual dificultaron su pretensión de disputarle el poder simbólico a las instituciones culturales opositoras. Esto hizo que la voluntad de mantener cierta autonomía de acción respecto al gobierno languideciera al compás de su “peronización”. Para 1952, las figuras más renombradas de la ADEA habían desertado junto a la creación del Sindicato de Escritores Argentinos, plenamente abocado a “certificar su posición justicialista” (Fiorucci, 2002).

<sup>276</sup> Asamblea Nacional de Intelectuales a realizarse el 27 de junio de 1952 en Capital Federal. Llamado. Archivo JAS.

<sup>277</sup> “Las disidencias en el comunismo criollo”, en *Nuevas Bases*, Buenos Aires, 30 de noviembre de 1952

generalizado.<sup>278</sup> Encabezado por el poeta, ensayista y dramaturgo Álvaro Yunque (seudónimo de Arístides Enrique Gandolfi Herrero, 1889-1982) los escritores que aparecían estampando su firma en el manifiesto eran todas figuras más o menos conocidas en los ambientes literarios, aunque ninguno pertenecía a los sectores consagrados de la elite intelectual, no ocupaban cátedras ni circulaban por las publicaciones más prestigiosas. Yunque no sólo era el mayor, sino el único que contaba con una extensa obra publicada, desde antes de su ingreso al PCA, que lo colocaba como uno de más pertinaces exponentes de la literatura social y la herencia boedista. Fue el primero entre los intelectuales comunistas en reclamar para la tradición comunista la literatura gauchesca y desde las páginas de la prensa partidaria defendió en repetidas oportunidades la idea de que la “literatura dirigida”, en tanto creación puesta al servicio de la liberación económica y social de los desposeídos, formaba parte esencial de la historia literaria argentina y de la voluntad patriótica y nacionalizadora de sus mejores gobiernos. Sin embargo, y aunque la mayor parte de los firmantes cultivaran alguna variante de poética realista, no puede decirse que todos adhirieran a esa fórmula, como lo demuestra la silenciosa pero ya entonces nutrida obra del poeta entrerriano Juan L. Ortiz (1896-1978) e incluso la poesía civil que desde mediados de la década del 30 practicaba Raúl González Tuñón. Tanto Alfredo Varela (1914-1984), como Raúl Larra, Carlos Ruiz Daudet (1900-1974), y el entrerriano Juan José Manauta (1919-2013), habían publicado obras deudoras de un “regionalismo de izquierda” muy potente en los años 40 y 50.<sup>279</sup>

Más allá de la pertenencia a diversas promociones literarias (generación del ‘22, post ‘22, generación del ‘40), la mayor parte de los firmantes había participado activamente en el movimiento antifascista y no pocos habían iniciado su vida política y literaria al calor de organizaciones como la AIAPE. Este era el caso de Ruiz Daudet, un viajante

---

<sup>278</sup> El documento fue firmado por Álvaro Yunque, Miguel Ángel Speroni, Alfredo Varela, Raúl González Tuñón, Lila Guerrero, Julio Galer, Fina Warschaver, Bernardo Kordon, Raúl Larra, Héctor P. Agosti, Carlos Ruiz Daudet, Héctor Yánover, Juan Enrique Acuña, Juan José Manauta, Juan Antonio Salceda, Juan L. Ortiz, Amaro Villanueva y Nicandro Pereyra. Como es notable, escritores comunistas o reconocidos “compañeros de ruta” como Leónidas Barletta, José Portogalo, Gerardo Pisarello, Enrique Wernicke o María Rosa Oliver no acompañaron el llamamiento unionista.

<sup>279</sup> Cfr. Romano, 2004, pp. 602-610.



de comercio cuya labor como dinamizador cultural superó la estrechez de su naturalismo literario; y de escritores de provincia como el tandilense Juan Antonio Salceda (1907-1983), de profesión almacenero; y el entrerriano Amaro Villanueva (1900-1969), maestro y periodista que se dedicó a los estudios etnográficos y folclóricos. Con la excepción del abogado Miguel Ángel Speroni (1911-1980) y del contador público tucumano Nicandro Pereira (1911-2001), ninguno de los firmantes logró terminar sus estudios universitarios y repartían su actividad literaria con el periodismo, la traducción y la actividad editorial. Fina Warschaver (1910-1989), esposa de Ernesto Giudici, era profesora de historia y autora de dos libros tan elogiados por la crítica como vituperados por la dirigencia comunista,<sup>280</sup> mientras que la poeta de ascendencia rusa Lila Guerrero (seudónimo de Lilia Iakovlev, 1906-1987) ya había iniciado una labor como traductora que incluyó a Gorki, Tolstoi y Maiacovsky. El misionero Juan Enrique Acuña (1915-1988) alternaba su trabajo poético con el periodismo y el teatro, al que terminó dedicándose por entero. El joven cordobés Héctor Yánover (1929-2003) trabajaba en una librería y apenas había publicado su primer libro de poemas. Héctor P. Agosti era el único de la lista cuya producción era netamente ensayística y el único que ocupaba un cargo de importancia en el aparato cultural del partido, por lo que su firma, un tanto perdida entre las otras, no debería hacer dudar sobre su rol central en la gestión del polémico pronunciamiento gremial.

La relación de los comunistas con la SADE era fluida. Desde su creación, la organización de escritores contó con su apoyo. En ocasión del primer congreso gremial realizado en 1936, la AIAPE envió una carta de adhesión encabezada con la firma de Emilio Troise en el que expresaba su solidaridad con los propósitos de la convocatoria y auguraban que la misma serviría para la ansiada unidad de los trabajadores intelectuales.<sup>281</sup> Desde entonces, en cada uno de los congresos hubo presencia de escritores afiliados o cercanos al comunismo, quienes además disputaron con frecuencia la dirección. En las elecciones de 1946 que llevaron a la presidencia a

---

<sup>280</sup> Nos referimos a *El retorno de la primera* (Claridad, 1947) y *La Casa Modesta* (Lautaro, 1949).

<sup>281</sup> “Carta al señor secretario del Primer Congreso Gremial de Escritores y por su intermedio a todos los congresales”, Buenos Aires, 12 de noviembre de 1936, Archivo CCI/CeDInCI, Carpeta SADE.

Leónidas Barletta, los comunistas presentaron candidatos en las dos listas contrincantes. Durante la gestión de Barletta, un compañero de ruta de los comunistas que, como tal, mantenía relaciones no siempre armoniosas con las estrategias culturales del partido, la SADE sostuvo un programa centrado en la defensa de los intereses gremiales de los escritores. Como ha explicado Flavia Fiorucci, los intereses de este “comunista ecléctico” se revelaron en su afán de acercar a los escritores a las clases populares mediante un impulso democratizador de la cultura letrada, pero lo mantuvieron en el marco de mesura respecto a las cuestiones políticas generales que fue el distintivo de la institución durante la década peronista.<sup>282</sup> Los comunistas también integraron la lista que en 1948 llevó a la presidencia de la entidad a Carlos Alberto Erro, período durante el cual Héctor P. Agosti, desde su cargo de secretario, presentó un proyecto de resolución mediante el cual la entidad convocaba a la realización de un Congreso de Cultura Nacional destinado a conseguir “la unidad de todas las entidades culturales del país desde el punto de vista intelectual para la orientación de una cultura propia argentina dentro de las características de nuestro país y de América, y a considerar los problemas que plantea la defensa económica de cada actividad concurrente (...).<sup>283</sup> Apenas unos meses antes de que su firma apareciera avalando la fusión de la SADE con las organizaciones intelectuales peronistas, Agosti repetiría su llamamiento para crear una entidad nacional de intelectuales ante un centenar de escritores que lo agasajaron por la aparición de su *Echeverría*. Entre ellos se contaban viejos amigos, el propio Erro, Bernardo Canal Feijóo, Samuel Eichelbaum, Roberto Giusti...<sup>284</sup>

---

<sup>282</sup> El peronismo –explica Fiorucci– cerró el ciclo de politización del campo intelectual que se había iniciado en la década del 30. Desde entonces, instituciones como la SADE se retiraron de la escena pública evaluando que una estrategia de despolitización era la forma de asegurar su supervivencia institucional. El impacto más claro e inmediato del peronismo en el campo intelectual fue, por un lado, la ralentización de la politización, por otro, la acentuación de divisiones preexistentes que demarcaron dos espacios enfrentados en torno a la adhesión o el rechazo del peronismo en el poder (2011, p. 71)

<sup>283</sup> Héctor P. Agosti, “Proyecto de resolución”, 27 de marzo de 1950 (Archivo HPA/CeDInCI, Carpeta SADE). En el mismo mes Agosti presentó dos nuevos proyectos. Uno que establecía la formación de una Comisión Nacional de Homenaje a Estaban Echeverría con motivo del centenario de su muerte y otro que promovía el establecimiento de un departamento Editorial de la SADE.

<sup>284</sup> “Sustancia actual de Echeverría. Discursos pronunciados en el homenaje al escritor Héctor P. Agosti con motivo de la aparición de su libro *Echeverría*”, Buenos Aires, 1952.

Desde un principio, “A los escritores argentinos” retomaba un tópico caro a la tradición de izquierdas en relación a los escritores como grupo social: la original circunstancia de que constituían un “gremio” en el que “ninguno de sus componentes puede vivir del ejercicio de la profesión que ha elegido”.<sup>285</sup>

Quienes suscribimos estas páginas hemos manifestado ya en múltiples instancias —en el libro, en la prensa, en la tribuna y en la actividad gremial— nuestra preocupación por los problemas del país y por la condición social del escritor. No es la primera vez que hablamos acerca de las necesidades morales y materiales de este gremio caracterizado por la circunstancia original de que ninguno de sus componentes puede vivir del ejercicio de la profesión que ha elegido. Queremos, por lo mismo, sustentarnos en aquella conducta para hacer escuchar nuestras sugerencias acerca de la imprescindible unidad de acción de los escritores argentinos.<sup>286</sup>

En efecto, los comunistas habían cubierto largas páginas sobre las penurias económicas que debían soportar los escritores argentinos —sobre todo aquellos de origen popular— y reclamado tanto la necesidad de su agremiación como la intervención del Estado en materia de derechos laborales, legales y de promoción cultural. No resulta casual que alguien tan fervorosamente entusiasta con la experiencia cultural soviética como Elías Castelnuovo haya estado en el origen de la iniciativa con la que algunos intelectuales interesaron a Perón en la creación de la Junta de Intelectuales.<sup>287</sup> Sin embargo, y aunque los puntos programáticos del manifiesto estuvieran centrados en medidas que pretendían solucionar este antiguo problema, el grueso de la fundamentación era, por supuesto, más política que gremial. Para los comunistas, la SADE había desertado de su original inspiración “antiimperialista y reivindicatoria de la justicia social”, abandonado el espíritu de las resoluciones de sus congresos gremiales y coincidiendo, por omisión o silencio, con los portavoces de la “intromisión imperialista”, de la “aventura cuartelera” y del “golpe estado antipopular”. La negativa por parte la Comisión Directiva presidida por Jorge Luis Borges, de llevar a la práctica el anhelado Congreso de la Cultura Nacional, como paso previo a una organización permanente y unitaria de los intelectuales

---

<sup>285</sup> “A los escritores argentinos”, Buenos Aires, octubre de 1952, Archivo HPA/CeDInCI, Carpeta SADE.

<sup>286</sup> *Ibíd.*, p. 1

<sup>287</sup> Cfr. Fiorucci, 2011, *op. cit.*, p. 36.

argentinos, era parte de una actitud que reducía el problema político—gremial a la defensa de una libertad en abstracto y desvinculada de la realidad del país.

De esta manera, sutilmente ganada por una actitud aristocrática, la institución se ha ido divorciando de las aspiraciones y sentimientos del conjunto del pueblo, cuyas vivencias y esencias el escritor es el llamado a interpretar y estimular.<sup>288</sup>

Esta actitud, se afirmaba, discordaba con el anhelo de la “mayor parte de los afiliados” a la SADE, de muchos independientes y de los escritores que revistaban en las organizaciones peronistas ADEA y SAE. Para todos ellos, la división de los escritores era nociva para la defensa de sus intereses y, sobre todo, sembraba discordias y descontentos (propiciados por la propia acción del gobierno, se dejaba entrever) que facilitaban las aventuras reaccionarias y la intromisión cultural del imperialismo norteamericano. Lejos de ponderar algún “rosismo antioligárquico”, el llamamiento invocaba el ejemplo de Sarmiento, Gutiérrez, Echeverría y Hernández para insertarse en una tradición que había hecho del ejercicio de las letras una misión siempre vinculada al desarrollo progresivo de la sociedad y a la formación de una conciencia nacional. De este modo, bajo los imperativos políticos de la hora, los intelectuales comunistas fueron capaces de redefinir solo parcialmente su inserción en el espacio cultural del liberalismo para asumir un discurso en el que la definición antiimperialista debía subsumir la antinomia peronismo-antiperonismo. Sin embargo, sería incorrecto pensar que todos los firmantes vivieron aquel distanciamiento como un ejercicio de pura obediencia. Algunos, como el entrerriano Amaro Villanueva, ya venían desplegando una interpretación histórica y una sensibilidad hacia el mundo popular que los alejaban de las aristas más acendradamente liberales del relato canónico comunista. Sin ser peronista, Villanueva colaboraba habitualmente, como también lo hacían Enrique Wernicke y Juan L. Ortiz, en el suplemento literario del diario *La Prensa*, expropiado por el gobierno en 1951 y dirigido por el escritor y periodista César Tiempo (seudónimo de Israel Zeitlin). El propio Agosti, desde la publicación en 1951 de su libro *Echeverría*, empezaba a ensayar un camino de reinterpretación del liberalismo en la historia argentina.

---

<sup>288</sup> Ibid.

En un campo intelectual dividido de un modo tajante entre peronistas y antiperonistas, sin embargo, una cosa era reflexionar sobre las causas que habían llevado a la inteligencia a un histórico divorcio con las masas populares y otra, muy distinta, sugerir que la SADE renunciara a su autonomía para confraternizar con los desprestigiados intelectuales peronistas. Faltarán todavía algunos años para que el “hecho peronista” haga sistema con la crisis de la intelectualidad liberal. En las condiciones de 1952, la política unitaria impulsada por la dirigencia comunista no podía ser sino un rotundo fracaso y un total desprestigio para quienes, como Agosti, se habían ganado el reconocimiento y el respeto de sus pares. En un país donde ser un intelectual comunista jamás significó una posición prestigiosa, Agosti la había obtenido *a pesar de ser comunista*.

Si bien ciertos intelectuales comunistas, sobre todo escritores del interior y escasamente integrados a los circuitos de consagración intelectual fuera del propio partido, podían ver con beneplácito las críticas lanzadas contra la SADE e incluso sugirieran “prenderla fuego”,<sup>289</sup> lo cierto es que oficialmente el comunismo intelectual se había opuesto sistemáticamente a todas las iniciativas del gobierno de organizar la actividad intelectual —desde la Junta de Intelectuales hasta el Instituto Nacional de Folclore— tildándolas de avanzadas falangistas, clericales, hispanófilas, oscurantistas, antidemocráticas y todos los epítetos imaginables que le fueran consonantes. El propio Agosti, en una carta dirigida a sus camaradas con el propósito de fijar su postura sobre la convocatoria de Perón a la conformación de la Junta Nacional de Intelectuales, afirmaba que de ningún modo los intelectuales comunistas podían aceptar una propuesta claramente inscrita en los intentos de corporativización total de la vida argentina.

De manera, pues, que resulta ridículo reivindicar la reposición de los profesores y el levantamiento de la clausura de algún periódico partidario como condiciones para una probable colaboración con el plan de gobierno. El problema es más de fondo, porque aquí se trata de la estructuración de una ideología antiargentina en nombre de la argentinidad (cuyos atributos no están solamente en los ciudadanos que puedan contar

---

<sup>289</sup> Carta de Santos Aguilera a Héctor P. Agosti, Buenos Aires, 26 de octubre de 1952, Archivo HPA/CeDInCI, Carpeta SADE.

con muchos antepasados, como el representante de la SADE, que al mismo tiempo se permite la impudicia de afirmar que en la Comisión Nacional de Cultura no ha encontrado diferencias ideológicas), de una virtual ofensiva contra el espíritu permanente y creador de la Revolución de Mayo.<sup>290</sup>

Con estos antecedentes, la nueva posición resultaba, para algunos “fieles amigos” de la intelectualidad liberal, desconcertante y hasta dramática. El momento político tampoco era el más adecuado. En 1952 el gobierno viró hacia un decisivo intervencionismo en materia cultural y profundizó las prácticas de censura y persecución del arco opositor (cuyo blanco dilecto, por otro lado, fueron los comunistas). Según Fiorucci, al menos hasta 1950, el proyecto cultural del peronismo se presentó como una continuación de las políticas de regulación y apoyo estatal a la cultura que se venían implementando desde la década del ‘30, tanto en la Argentina como en varios países del mundo.<sup>291</sup> En efecto, mediante la creación de diversas dependencias estatales, como la Subsecretaría de Cultura, y la promoción de organismos culturales e instancias de organización de la actividad cultural, el gobierno peronista intentó dinamizar una política cultural activa que fue acompañada de importantes inversiones en materia de producción y consumo cultural, particularmente entre los sectores populares. Sin embargo, al menos en lo que atañe al apoyo de los sectores intelectuales y a los intentos de crear instancias para su organización y participación en la estructura estatal, todos los proyectos terminaron en rotundos fracasos, como quedó demostrado en el languidecimiento de la Junta de Intelectuales creada en 1948 y del Estatuto del trabajador intelectual, al que la prensa comunista calificó como un intento de “intimidar el espíritu creador del intelectual argentino y uniformar el pensamiento dentro de los moldes de la concepción clerical-falangista”.<sup>292</sup> En 1950, con la asunción de Armando Méndez de San Martín como nuevo ministro de Educación, la subsecretaría de Cultura fue degradada al rango de Dirección y su presupuesto se recortó sensiblemente, aunque los intentos gubernamentales por intervenir en el campo cultural no cesaron, si bien cambiaron de signo. Uno de las medidas más polémicas fue la ley que reglamentaba el funcionamiento de las Academias Nacionales y las colocaba bajo la fiscalización del

---

<sup>290</sup> Carta de Héctor P. Agosti, 19 de diciembre de 1947, Archivo HPA/CeDInCI, Carpeta SADE.

<sup>291</sup> Fiorucci, 2008 (en línea).

<sup>292</sup> “El estatuto de los intelectuales tiene la marca de Hugo Wast”, en *Orientación*, 22 de junio de 1949.

Poder Ejecutivo Nacional, lo que fue rechazado airoosamente por los propios académicos, que dimitieron en masa y paralizaron el funcionamiento de estas instituciones. En 1952, en el marco del Segundo Plan Quinquenal, la voluntad intervencionista y escasamente seductora del gobierno en materia cultural se acentuó, incluyendo la designación al frente de la dirección del área de Raúl de Oromi, hasta ese momento mano derecha de Raúl Alejandro Apold en la tristemente célebre Secretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación.

(...) a partir de 1952, la gestión de la nueva burocracia estatal languideció por completo y el estado pasó a convertirse en un verdadero desorganizador del mundo letrado mostrando sus aristas más censuradoras. Varias instituciones de la cultura local tales como la Sociedad Argentina de Escritores, el Museo Social o el Colegio Libre de Estudios Superiores experimentaron a partir de 1952 diversos episodios de censura.<sup>293</sup>

En efecto, difícilmente pudiera existir contexto más desafortunado para promover que la SADE tomara las banderas de la justicia social para confraternizar con el oficialismo. En el mes de agosto una resolución policial impuso el cese de sus actividades públicas, lo que también ocurrió con el CLES y la Sociedad Científica Argentina, entre otras instituciones culturales juzgadas “opositoras”.<sup>294</sup> A pesar de la rotunda negativa de parte de los comunistas de que el llamamiento de unidad estuviera amparado o relacionado con la intervención policial, la casi simultaneidad de ambos acontecimientos hizo difícil la distinción. Así, la “formidable voltereta” de los intelectuales comunistas tuvo repercusiones gravosas y dio pie a una acalorada polémica entre Héctor P. Agosti, entonces director de *Cuadernos de Cultura*, y el escritor Roberto Giusti, quien arremetió sin miramientos contra lo que con gran consenso se evaluó como un intento de “entrega a la dictadura” de las mejores tradiciones culturales argentinas. Otras opiniones, menos escandalizadas por el súbito cambio de marcha, al que apoyaron, igualmente señalaron la inconsecuencia que suponía

---

<sup>293</sup> Fiorucci, 2008, *op. cit.*

<sup>294</sup> Esta situación se extendió por el lapso de un año. El 19 de agosto de 1953 una delegación de la SADE integrada por Manuel Mújica Láinez, Romualdo Brughetti, José Luis Lanuza, Roberto Giusti y Julio Rinaldini se entrevistó con Perón a fin de plantearle el carácter puramente cultural y “apolítico” de sus actividades y su voluntad de acompañar los propósitos de convivencia pacífica expresados por el gobierno. Perón intervino favorablemente y la SADE pudo celebrar su asamblea de renovación de autoridades y continuar con sus actividades hasta julio de 1954, cuando por decreto policial fueron nuevamente prohibidas.

demonizar una institución que hasta la víspera habían avalado, incluso integrando sus órganos directivos. Este fue el caso de la escritora Alicia Ortiz, esposa de Carlos Dujovne, fervoroso militante y dinamizador cultural comunista que abandonó el partido en 1947 por disidencias con respecto a la caracterización del peronismo, cayendo en el olvido y el anatema que era usual en estos casos.<sup>295</sup> En una carta dirigida a Agosti, la escritora celebraba la toma de posición adoptada, aunque consideraba injusta las acusaciones realizadas a la SADE, cuya función en la “lucha contra el imperialismo” nunca había sido tan evidente como para reprocharle que hubiera renunciado a ejercerla. Por otra parte, apuntaba, los intelectuales comunistas tenían tanto que explicar sobre sus culpas en los acontecimientos políticos recientes, que la actitud pontificadora y de última hora que habían adoptado era, por lo menos, chocante.

No defenderé a la SADE. Ya sabemos que se había transformado en un centro elegante en donde lucían sus toilettes más de una dama con tres apellidos. Y los programas de trabajo de los últimos años han sido lamentables. Hace tiempo que no paso siquiera por la acera de enfrente. También era un nido de opositores a la violeta. Pero no puede negarse que, en gran medida, esta actitud se debía a una posición democrática cegatona, que repudiaba en el peronismo lo que cada uno de nosotros repudia también: es decir, su falta de democracia, su demagogia, sus actitudes carnavalescas. No han visto más. A algunos de estos demócratas no les interesarían, muy probablemente, las ventajas logradas por la clase obrera, la liberación económica y antiimperialista. Pero otros estaban sinceramente creídos —y la propaganda de todos los partidos políticos de la oposición los afirmaba en su creencia— de que íbamos al fascismo. ¿Cómo es posible que no se indignen ahora del vuelco fundamental que uds. han dado y, por añadidura, de que los hagan cargar a ellos con la culpa de viejas posiciones bastante parecidas? (...) En fin, a la larga, y como sea, estoy convencida de que esta política será efectiva, pues ahora están en lo justo, siempre que no pasen al otro lado, pues todas las exageraciones son malas. Yo, por mi parte, no me afiliaría a ninguna agrupación peronista y francamente, aquí entre nosotros, te digo que confraternizar con el Sindicato de Escritores Peronistas me sería, por lo menos, ligeramente difícil.<sup>296</sup>

---

<sup>295</sup> Para un perfil de Carlos Dujovne y su esposa consultar la novela que les dedica su hija Alicia Dujovne Ortiz (2007).

<sup>296</sup> Carta de Alicia Ortiz a Héctor P. Agosti, Buenos Aires, noviembre de 1952. Archivo HPA/CeDInCI, Carpeta SADE.



¿Cuál era la propuesta gremial del llamamiento unitario de los comunistas? La misma estaba resumida en 20 puntos que apuntaban a lograr un mejoramiento del ejercicio de la profesión literaria mediante la intervención del Estado en la regulación del mercado y la producción editorial, las políticas arancelarias, la exportación, la difusión y el patronazgo y la promoción de autores nacionales. El articulado fijaba la obligatoriedad para las editoriales de publicar un 30 por ciento de “autores argentinos vivos”, cifra que se elevaba a un cincuenta por ciento en el caso de la exhibición de obras en las librerías y a un 65 por ciento en cuanto a la obligación de las publicaciones periódicas de publicar material producido por autores argentinos o extranjeros residente en el país. Se promovía la creación de una oficina nacional encargada de recaudar los derechos pecuniarios de escritores, la obligación de imprimir ediciones baratas “para el pueblo y la clase obrera”, la difusión de la producción literaria nacional por las radiodifusoras privadas y particularmente estatales, la rebaja en la publicidad de los diarios y la creación de un sistema de concursos y premios para los escritores noveles y los “que abordan problemas nacionales en sus obras”. Se reclamaba la creación de un sistema de previsión social para los escritores y que el estado reconociera “la labor literaria responsable” como título habilitante para la enseñanza secundaria y universitaria. Aunque en ningún momento se hacía mención explícita al tipo de literatura que sería promovida mediante estas políticas públicas, el hecho de que dos artículos estuvieran dedicados a gestionar facilidades de transporte y crédito para que los escritores viajaran y conocieran mejor el país para “reflejarlo más verazmente en su producción”, indica una clara preferencia por la representación realista y el acento regional, poéticas que tanto peronistas como comunistas cultivaban con destaque.

### **La polémica Giusti-Agosti**

Una de las voces más categóricas en el rechazo a la propuesta comunista fue la del escritor de militancia socialista Roberto Giusti, director de la longeva revista *Nosotros*. Giusti era un viejo conocido de los escritores comunistas, con los que había compartido no pocas iniciativas políticas y culturales. Como luego lo recordaría Leónidas Barletta, la redacción de *Nosotros* fue para muchos jóvenes aspirantes a revolucionarios un estímulo, una escuela y un paso hacia la consagración, y Giusti —

el “crítico enérgico... diputado en ciernes, profesor conspicuo, jefe de familia”— un hombre generoso que abría paso a lo nuevos y los incitaba al estudio y la polémica.<sup>297</sup> Con Agosti lo unía una amistad y un respecto intelectual cuyo último capítulo había sido la dirección conjunta de la revista *Expresión*, editada por la editorial Problemas, un emprendimiento del comunista Carlos Dujovne cuyo directorio Giusti también integraba. La amistad entre Agosti y Giusti superó la prueba de este intercambio de acusaciones y denigraciones mutuas, demostrando la notable fortaleza de los vínculos personales e intelectuales que unieron al campo intelectual progresista por sobre las diferencias puramente políticas.

El llamamiento de los comunistas desató la furia polemista de Giusti, quien —primero en forma privada y luego en un folleto mimeografiado que él mismo se encargó de repartir—, supo advertir que era Agosti el único capaz de medir la dimensión de lo que estaba en juego, pues en aras de la obediencia a la mística partidaria estaba arrojando por el suelo su propio prestigio: “me da mucha pena ver a lo que obliga la profesión de comunista. Perinde ac cadaver”.

La unidad de los escritores argentinos (naturalmente con agremiación obligatoria y afiliación a la CGT) —escribe— propiciada sin éxito por el Presidente de la República años atrás en reuniones convocadas por él, e intentada con éxito escaso por el sindicato existente, artificialmente organizado en las esferas periodísticas oficiales, ahora se la brinda uds. al gobierno apuñalando a la SADE por la espalda en complicidad con la policía, que prohíbe, con burla de todas las disposiciones legales, nuestra asamblea. Después de haber traicionado a los estudiantes libres, el comunismo traiciona ahora a los escritores no sometidos. Desaparecerá la SADE, tan débil —oh, no lo dudo!— para alcanzar para los escritores los beneficios de Jauja; integrarán todos en rigurosa formación el Sindicato; iremos del brazo (son uds. los que así lo indican) con el o tales de ADEA, cuyos nombres sonroja estampar, a tanto ha llegado su inverosímil servilismo; y, previo el cumplimiento de todos los requisitos de fichaje, prontuario y obscuencia exigidos por la sindicación, con las obligaciones implícitas y colaterales de cantar y danzar y llorar al son que les toque, les será otorgado por favor de lo alto, entre otras cosas (...).<sup>298</sup>

---

<sup>297</sup> Leónidas Barletta, “Film retrospectivo”, en *Propósitos*, 20 de enero de 1955, citado en Larra, 1978, p. 41.

<sup>298</sup> Carta de Roberto Giusti a Héctor P. Agosti, Martínez, 23 de octubre de 1952 (Archivo HPA/CeDInCI, Carpeta SADE)

De aquí en más, Giusti arremete contra cada uno de los puntos propuestos en el llamamiento de los comunistas. Califica las medidas proteccionistas y los cupos impuestos a la producción nacional como un “ridículo nacionalismo estatista” que privilegiaba la cantidad reglamentada sobre la calidad y promovía una “literatura dirigida”, además de permitirse dudar de que los beneficios proclamados alcanzaran a todos los escritores, sin discriminaciones políticas o religiosas.

De mí puedo asegurarle que al precio que adivino y sobre el cual uds., parece que ciegos, pasan indiferentes, antes que sindicarme por fuerza no publicaré una línea. Me dedicaré a escribir mis memorias, en las que no faltará un capítulo sobre la mística política, tan parecida a la religiosa (¿recuerda ud. el artículo de Mauriac que le remití hace algunos meses?) y tan peligrosa para la personalidad humana cuando el hombre se somete al dogma de la obediencia (¿verdad, mi admirado intérprete de Ingenieros?).

La respuesta de Agosti tardó en ser escrita apenas unos días y sus tramos centrales fueron publicados inicialmente en *Propósitos*. Notablemente molesto, el autor de *Echeverría*, comenzaba sugiriéndole a Giusti que recuperara para sus memorias su acción antirigoyenista, su apoyo al uriburismo y su solidaridad política con el gobierno de Justo como diputado de la Concordancia. A lo largo de las ocho páginas de su carta, Agosti se extendía en señalar que buena parte de los puntos reivindicatorios de la plataforma comunista para la SADE habían sido extraídos de históricas resoluciones de la propia entidad y reflejaban viejas aspiraciones gremiales, apoyadas o promovidas por el propio Giusti durante su gestión como presidente. Esta situación, y el escaso repudio que la SADE había expresado frente a gobiernos golpistas como los de Justo y Ramírez, le obligaba a concluir que no era el apoyo o regulación del Estado sobre la cultura lo que era objeto de rechazo, ni tan siquiera el hecho de que al presidente de la nación pudiera imputársele poca afectación por la democracia, sino la actitud de “oposicionismo inoperante” en la que se había embarcado el gremio de escritores.

Y aquí está evidentemente el fondo del problema, estimado Giusti. En mi libro sobre *Echeverría* (perdóneme esta flaqueza de la propia cita) he tratado de indagar ciertas razones de la crisis cultural argentina: en el capítulo sobre la cultura militante he aludido al proceso de “aristocratización” de la cultura y de la distorsión de sus líneas de desarrollo nacional-popular como consecuencia de una doble incidencia oligárquico-imperialista. Permítame, entonces, ahorrarme la explicación y decirle que, a mi juicio, el fondo del problema suscitado en la SADE es simplemente la afloración

de ese estado en un instante de crisis general del país y del mundo. ¿Por qué la SADE ha abandonado todo aquel programa que era legítimamente suyo? (...) A mi modo de ver —y necesito hablarle con toda franqueza— porque la entidad ha sido embarcada en una actitud de oposición por la oposición misma, sin advertir que la historia no es anécdota, y que debajo de la anécdota subyacen graves problemas irresueltos.<sup>299</sup>

Para Agosti, quien en la víspera no había dudado un minuto en anatematizar las iniciativas del gobierno peronista en material cultural por clericales, hispanistas y falangistas, la mera credencial de “antiperonista” debía mover a sospechas, desde el momento en que algunos de sus más recalcitrantes defensores estaban movidos por “sentimientos reaccionarios” y por un profundo desprecio hacia las masas: “se oponen al régimen porque lo consideran algo así como la forma de un pro-comunismo caracterizado por la ascensión de la chusma a la superficie”.<sup>300</sup> Este sentido oculto del antiperonismo quedaba demostrado cuando la náusea trocaba en adhesión ante una medida de sumisión al imperialismo, como la firma del Pacto de Río de Janeiro.

El gobierno peronista tenía entonces los mismos defectos que pueden caracterizarlo ahora. Pero entonces había comenzado la aventura bélica de MacArthur en Corea (no soy quien, pobre comunista obediente, quien la califica duramente, sino Jean-Paul Sartre, campeón de la libertad del espíritu), y no parecía mal coincidir con un gobierno cargado de lacras si se le podía inducir a que mandase jóvenes argentinos a desangrarse en Asia para mayor gloria de los banqueros de Wall Street.

Esta sola referencia parece servirle a Agosti para justificar un cambio de postura para muchos desconcertante y cuyo contexto él mismo desaprobaba, si bien revela el peso que la política internacional podía tener en el realineamiento de las lealtades comunistas. Las necesidades impuestas por la lucha por la paz y contra las agresiones imperialistas, sancionada como prioritaria en la VI Conferencia Nacional del Partido de noviembre de 1950, fue el plafón desde el cual se organizó el frente cultural durante los primeros años de la Guerra Fría. En efecto, la marcha atrás que dio Perón respecto a enviar tropas argentinas a Corea, en buena parte debida a la movilización popular que repudió la iniciativa, cuya vanguardia los comunistas se adjudicaron (pero también por su escasa conveniencia en un año electoral), volvió ásperas las relaciones del

---

<sup>299</sup> Carta de Héctor P. Agosti a Roberto Giusti, Buenos Aires, 7 de noviembre de 1952, Archivo HPA/CeDInCI, Carpeta SADE, p. 4.

<sup>300</sup> *Ibidem*, p. 5.

gobierno con Washington. La acentuación del autoritarismo estatal, y particularmente la embestida contra los órganos de prensa, fue el otro elemento que contribuyó al enfriamiento de las relaciones bilaterales, acelerando tanto la desconfianza norteamericana respecto a las intenciones democráticas del gobierno peronista como la retórica nacionalista de este último.<sup>301</sup> En este clima, la actitud de los comunistas respecto a las decisiones de política internacional tomadas por Perón se tiñen de matices. En el invierno de 1951 la ciudad de Mendoza será el marco de la primera reunión del Consejo Argentino por la Paz realizada en la legalidad. Algunos meses después, lejos de lidiar con los problemas de visado que eran comunes, los intelectuales y dirigentes comunistas que viajaron a Viena para participar del Congreso Mundial de los Pueblos por la Paz fueron acompañados por John William Cooke, representante oficial del gobierno argentino. El argumento de Agosti para defender la iniciativa unitaria de los escritores será entonces defender los realineamientos necesarios en el marco de la defensa de la paz, contenido del “proceso de revolución mundial contra el imperialismo” en el que estaba en el mundo, y que no admitía “evocaciones nostálgicas” de los símbolos del pasado, respetables pero “instrumentalmente inválidas” para las transformaciones que necesitaba la sociedad argentina. No se trataba, por supuesto, de una opción sencilla, como tampoco, de un alineamiento con el campo ideológico del revisionismo hasta la víspera combatido. No era, desde ningún punto de vista, “un camino de rosas”.

Nos mueve la preocupación fundamental de poner al país al resguardo de compromisos con el imperialismo que menoscaban su soberanía, y bien sabe usted que no son las etiquetas partidarias las que sirven para definir este punto. Nosotros andaremos en este camino (que no es un camino de rosas, puedo asegurárselo) con todos cuantos coincidan en esta preocupación fundamental y evidentemente patriótica, sin renunciar a ninguno de nuestros objetivos de fondo. Esto lo hemos hecho siempre, Giusti.<sup>302</sup>

No sin ironía, en su segunda y extensa respuesta, Giusti recordó que las culpas y complicidades que ahora se le achacaban tal vez hubieran sido perdonadas si hubiera

---

<sup>301</sup> Paradiso, 2002, p. 552

<sup>302</sup> Carta de Héctor P. Agosti a Roberto Giusti, op, cit, p. 6.

aceptado la invitación de Ernesto Giudici y del propio Joliot-Curie para participar de los congresos de la paz.

Pienso que lo que más interesa en la hora actual a Moscú y por consiguiente al Partido Comunista argentino es atizar el fuego antiimperialista por antonomasia antiyanqui, que el peronismo mantiene encendido. He aquí el punto de coincidencia que explica la facilidad con que lograron los pasaportes, previo certificado de buena conducta, los viajeros que concurrieron al Congreso por la Paz de Viena, al cual también asistió como observador, leí que delegado por el presidente de la Nación, el ex diputado Cooke. Usted, de deducción en deducción, llega a sostener en su carta que el antiperonismo de muchos cedería si cediera la oposición del peronismo a los Estados Unidos (suposición que pretende documentar con un episodio parlamentario de la época en que la mayoría peronista votó los pactos de Río de Janeiro), a contrario sensu, debe leerse que el antiperonismo es una cara local del imperialismo yanqui. ¿Y qué tiene que ver la SADE con todo ello?<sup>303</sup>

Para Giusti, en la respuesta de Agosti quedaba sin explicar lo esencial, es decir, las razones por las cuales los escritores comunistas habían “apuñalado” a la SADE propiciando su fusión con los sindicatos peronistas, en “complicidad” con la policía que había impedido su asamblea y la continuidad de sus actividades. Pero además, la respuesta de Giusti se explayaba sobre temas espinosos que el llamamiento de los escritores comunistas presuponía rodeados de extensos consensos: la intervención del estado en materia cultural y el nacionalismo cultural. En efecto, el proyecto de diluir la SADE en un organismo gremial con presencia de los sindicatos oficiales, no podía sino generar el rechazo de un campo intelectual que se demostró exitoso en rechazar y hacer languidecer cualquier intento intervencionista, haciendo de la defensa de su autonomía un arma de identidad y una herramienta articuladora de la disidencia al régimen. Sin embargo, es necesario recordar que esto no implicaba un rechazo liso y llano de la posibilidad que el estado tuviera alguna injerencia sobre la cultura, en la forma de apoyo, promoción y protección de los productores culturales. Estaba en lo cierto Agosti cuando recordaba que la propia SADE había militado por muchas de las reivindicaciones que ahora rechazaba. Lo que no podía admitir públicamente es que el problema no era necesariamente el estado sino el peronismo, cuyas prácticas en

---

<sup>303</sup> Roberto Giusti “Conducta de los escritores (Carta Abiertas a Héctor P. Agosti), Buenos Aires, 1953, p. 19

materia educativa, sus preferencias por la elección de elencos dirigentes con escasas credenciales y menor prestigio y su vocación policial para tratar con los asuntos culturales, eran elementos muy poco atractivos como para confiarle los destinos de la vida literaria nacional. En ese contexto, postular los problemas culturales en términos estrictamente gremiales, apoyándose en la figura del escritor como un trabajador que podía mejorar sus malas condiciones de vida gracias al proteccionismo y el patronazgo estatal era, al menos, insuficiente para suscitar grandes adhesiones. No por nada, el propio Agosti –haciéndose eco de una marginalidad que él no padecía— debió conceder públicamente que los errores del proyecto podían deberse a que sus autores no pertenecían “a ninguno de los círculos que se autoerigen en elite intelectual de la República”, marginalidad que Giusti se encargó de afirmar cuando se permitió bromear con que algunos de los escritores comunistas “injustamente ignorados” que habían estampado su firma en el manifiesto, podrían tal vez beneficiarse de los logros del nuevo sindicato que impulsaban.

El repudio de Giusti al proyecto presentado por los comunistas se concentraba precisamente en el “nacionalismo estatista” que le servía de base. Para el autor de *Siglos, escuelas, autores*, si en la mayor parte de las actividades económicas y sociales el intervencionismo estatal solía ser nocivo y peligroso, en la cultura se transformaba directamente en “dirigismo”.

Nada más perjudicial para la cultura de un país que este proteccionismo localista. La obra de arte no interesa mayormente; sólo preocupan los intereses del artesano, así sea él un chapucero. Lo sé, lo sé: somos “trabajadores intelectuales”. Pues yo, sin sentirme siquiera lejanamente un aristócrata de la pluma y sin menospreciar mínimamente al obrero manual, de lo que da fe mi vida entera, me resisto a ser incorporado, en cuanto a escritor, aunque modesto, en las filas de la producción industrial y en serie. Esta incorporación resulta inevitable cuando el escritor es puesto al servicio de una doctrina política o de una particular concepción de la vida social sin ofrecerle otra vía de salida. Como yo pienso diversamente (...) se comprenderá mi repugnancia a alistarme en las filas del trabajo intelectual dirigido por el Estado.<sup>304</sup>

En momentos en que la URSS y con ella todos los partidos comunistas occidentales estaba embarcada en una política autoritaria y censora para con sus intelectuales, al

---

<sup>304</sup> *Ibidem*, p. 9.

mismo tiempo que propiciaba un discurso antiimperialista que a menudo redundaba en un contenido nacionalista estrecho, defensivo y reñido con cualquier tradición internacionalista, era sencillo señalar la contradicción entre el humanismo universalista que los intelectuales comunistas decían defender y el nacionalismo cultural que en la práctica comenzaban a propiciar. “Espíritu de campanario” y “parroquialismo intelectual” de factura soviética que Giusti no se privó de destacar y que hizo extensivo al implícito fomento a la literatura realista y de acentos regionales que el llamamiento comunista propiciaba. ¿Será exacto —se preguntaba— que su función específica (la del escritor) es conocer mejor su país y reflejarlo más verazmente en su producción? La respuesta es negativa, el regionalismo narrativo, con ser meritorio, no era para todos ni constituía el tono de la literatura nacional. Lo habían cultivado grandes escritores, desde Echeverría a Payró, incluyendo a Fernández Moreno y la poesía barrial de Carriego, pero para ello no habían debido trasladarse a ningún sitio ni precisar de estímulos oficiales.

El escritor genuino elabora sus vivencias propias, que emanan de su experiencia natural; rarísima vez acierta el que produce por encargo, según un programa trazado sobre horarios ferroviarios.<sup>305</sup>

Finalmente, Giusti le discute a Agosti el diagnóstico que el autor de *Echeverría* había ensayado en ese libro merecedor de los mayores elogios por parte de casi todo el espectro intelectual: que la cultura argentina sufría un proceso de “aristocratización” a manos de la acción combinada del imperialismo y la oligarquía, cuyo resultado era una distorsión de sus líneas de desarrollo nacional-popular. Para Giusti, esta lectura del proceso cultural argentino formaba parte de una tendencia de enjuiciamiento retrospectivo que compartían “posibilistas históricos”, “resentidos políticos” y “revisionistas históricos de signo comunista”, denominación que el propio Agosti hará propia con el tiempo. A sus ojos, la cultura nacional, lejos de aristocratizarse, había “involucionado” por obra del peronismo y su concepción policial de la cultura. El antiperonismo intelectual estaba entonces justificado por razones políticas y éticas, no materiales. La cultura no podía ser analizada desde una posición materialista estrecha.

---

<sup>305</sup> *Ibidem*, p. 14



Como bien advirtió Fernando Nadra una vez que Victorio Codovilla puso fin a la aventura peronista de Real, en el frente cultural la “peronización” había llegado lejos. Sin duda, en ese exceso el más perjudicado fue Agosti, pues se vio obligado a defender con celo una postura que apenas unos meses después el partido juzgó propia de la actividad fraccionalista de un renegado. Como ocurrirá en otras oportunidades, y como ya había ocurrido, la injerencia del partido en los asuntos de la cultura, su total imposibilidad de comprender las lógicas de funcionamiento del espacio intelectual, echó por tierra las posiciones y logros de muchos de sus intelectuales y, no pocas veces, minó su prestigio y empeñó su credibilidad. Agosti, en el lapso de pocos meses, pasó de ser aplaudido, homenajeadado y considerado una de las más altas autoridades culturales del país a convertirse en un obsecuente ejecutor de una maniobra de alta traición política. Sin embargo, también es cierto que otros intelectuales y escritores igualmente comprometidos con el partido no aparecieron avalando el llamamiento, evitándose así la exposición pública que él debió soportar. La resistencia de los “elementos de la intelectualidad” al giro promovido por Real fue importante, aunque limitada por las propias lógicas de la disciplina partidaria. Si el mismísimo Rodolfo Ghioldi no pudo hacer mucho por impedir el movimiento de Real y terminó sancionado, personajes como Agosti, siempre sospechosos de inconsecuencia, se encontraban en una situación difícil. De ahí que en la reunión en la que Codovilla, una vez de regreso al país, puso fin al viraje peronista impulsado por Real, Agosti reclamara que se dilucidaran las responsabilidades colectivas de la dirección del partido, a cuyas directivas habían respondido las bases según el “sano sentimiento” de acatamiento que les correspondía, cualidad que, enfatizaba, no debía impedir una seria reflexión sobre la diferencia entre la “disciplina consciente” y la pura obediencia.

Me niego a la solución fácil de buscar un responsable individual, mientras no se demuestre la falsedad de las resoluciones superiores invocadas (Porque ésa era la situación de los compañeros que tenían dudas: verse en la obligación de enfrentar a la dirección. No lo digo como justificación).<sup>306</sup>

---

<sup>306</sup> Héctor P. Agosti, “Intervención de H.A. el 21-2-53”, Archivo HPA/CeDInCI, Caja 2, Carpeta Papeles Personales.

En definitiva, el episodio revela claramente las contradicciones entre la lógica del funcionamiento partidario a la que Agosti respondió aun con reservas y las lógicas del campo intelectual que lo condenó por esa misma razón. Sin embargo, creemos que la intervención de Agosti no puede leerse únicamente como un acto de sumisión a la autoridad partidaria, pues si por un lado logró que el debate público no recayera completamente en el tono peronizante que la coyuntura permitía esperar, por otro se enmarcó en un proceso de reflexión intelectual caracterizado por una ruptura todavía discreta con la intelectualidad liberal que había iniciado con *Echeverría*. Ese fue el contexto intelectual de sus críticas a la SADE, a su tibieza política y a su escaso entusiasmo con la idea de una cultura militante capaz de tender un puente hacia el mundo popular que, aún a su pesar, había elegido el peronismo. Varios años después, cuando le toque evocar ese momento, lo presentará como una batalla personal, costosa pero eficiente:

Ese duro año [1952], en que me debatía como ser solitario entre la desconfianza de los amigos y las lápidas de silencio de los adversarios, fue sin embargo beneficioso y clarificador porque, si no totalmente, alcanzó a resguardarnos contra el relativo sectarismo político que pudo producirse como rechazo a las torpes maniobras de Real y sus secuaces.<sup>307</sup>

Como ya señalamos, el episodio Real tuvo la paradójica función de acelerar el proceso de autonomización del comunismo respecto al campo intelectual liberal, tanto a nivel de las estructuras como de los contenidos ideológicos. En una como en otra dimensión la figura de Agosti fue fundamental, pues desde entonces su lugar en el partido se consolidó. A lo largo de la siguiente década, Agosti concentrará los cargos de responsable del frente cultural, director de *Cuadernos de Cultura*, director del seminario *Nuestra Palabra* y, sobre todo, única figura pública con proyección continental que tuvo el comunismo argentino después de Aníbal Ponce.

---

<sup>307</sup> Agosti, s/f, *op. cit.* p. 80.

## La Casa de la Cultura Argentina

La Casa de la Cultura argentina fue creada en setiembre de 1952 por un grupo de intelectuales comunistas que rompieron con las instituciones culturales liberales en el contexto del viraje peronista impulsado por Juan José Real. Así, mientras Carlos Alberto Erro, Francisco Romero y José Barreiro fundaban ASCUA con el objetivo declarado de defender la tradición democrática argentina nacida en Mayo de 1810, Héctor P. Agosti, Jorge Thénon y Ricardo Ortiz impulsaban la creación de un espacio desde donde reivindicar ese origen nacional desde una clave antiimperialista y comprometida con el discurso “pacifista” de la URSS. En su declaración de principios, la Casa retomaba el diagnóstico según el cual el “retraso cultural” argentino se debía al mantenimiento de una estructura económica deformada y anacrónica, producto de la supervivencia de la oligarquía terrateniente y la opresión imperialista

Considera, por lo tanto, que el único remedio para conjurar esta crisis consiste en la recuperación del sentido nacional y popular de la cultura, lo que obliga al sostenimiento y a la continuidad de la tradición progresiva de nuestra cultura democrática, de origen esencialmente revolucionario.

Pero cree que, en los tiempos que vivimos, la reivindicación de ese origen nacional y revolucionario es inseparable de toda forma de sumisión política, y por lo tanto cultural, que impiden la libre expresión independiente de las culturas de América, lo que impone revivir los más firmes principios antiimperialistas de la intelectualidad argentina. Ello mismo obliga a oponerse decididamente a todas las fuerzas y corrientes que tienden a deformar o mutilar el contenido de una cultura nacional de carácter democrático con limitaciones o imposiciones dogmáticas y sectarias, puesto que la libertad de investigación y creación constituye el único medio adecuado para esclarecer los grandes problemas culturales del país y para desbaratar las tentativas extrañas de anulación del espíritu nacional.<sup>308</sup>

Durante sus dos primeros años de existencia la Casa de la Cultura no pudo desarrollar ninguna actividad, limitándose a ofrecer algunas muestras de arte que fueron prohibidas por la policía. Recién luego del derrocamiento del gobierno del general

---

<sup>308</sup> “La Casa de la Cultura Argentina”, Buenos Aires, c. 1952, p. 2, Archivo JAS y “Casa de la Cultura Argentina. Declaración de Principios”, Buenos Aires, c. 1953, Archivo JAS. En diciembre de 1952, en el momento de mayor densidad del viraje peronista, la flamante Comisión de Asuntos Culturales a cargo de Julio Notta introdujo una serie de modificaciones al proyecto de Declaración de Principios de la CCA: partiendo del mismo diagnóstico según el cual la crisis cultural argentina era producto de la supervivencia feudal y la intromisión imperialista, el nuevo texto convocaba a los intelectuales a prestar su apoyo al gobierno y vincularse con la clase obrera a través de la Confederación General del Trabajo. “Casa de la Cultura Argentina: Declaración de Principios”, diciembre de 1952, Archivo PCA.

Perón, se fijó un programa que incluía cursos, seminarios, muestras y una prolífica labor de apoyo y asesoramiento a organizaciones barriales y del interior. La Casa aspiraba a ofrecer un programa con sentido “constructivo” mediante el cual los intelectuales, profesionales y artistas orientaran sus actividades en función de los “intereses del país”. Este objetivo recordaba en mucho el del CLES, particularmente durante el período anterior al triunfo de Perón. Como ha explicado Federico Neiburg, a partir de esa fecha el funcionamiento del Colegio cambió drásticamente. De ser una institución dedicada primordialmente a discutir los problemas del país y diseñar proyectos futuros con un cariz de abierto proselitismo político, pasó a priorizar su propia supervivencia institucional y la de sus socios, volcándose cada vez más hacia la adopción de una estructura propiamente universitaria (incluso, algunos socios propusieron convertirla en una universidad privada) y acentuando, al mismo tiempo, las actividades de divulgación. El sistema de cursos colectivos que habían impulsado las cátedras durante los años 1940-1945 dio paso a una serie de actividades acentuadamente menos políticas y más escolares y se creó una nueva clasificación entre cursos introductorios y cursos de especialización.<sup>309</sup> Este nuevo rumbo – provocado tanto por el contexto político que obligó a buena parte de las instituciones culturales a replegarse de la intervención política activa, como por cambio en la composición social de sus órganos de dirección, ahora con una fuerte presencia de extranjeros y predominancia de egresados universitarios de disciplinas como las ciencias exactas, la medicina y las humanidades— despertó una severa incomodidad en algunos colegiados, particularmente entre los comunistas. Así, en octubre de 1952 en el marco del cambio de rumbo de los comunistas y con las actividades del colegio suspendidas por disposición policial, el psiquiatra Jorge Thénon, el ingeniero Ricardo M. Ortiz y el economista Homero Baptista Magalhaes renunciaron a sus cargos en la dirección del Colegio. Acusados por las autoridades de la institución de querer hacer política respondiendo a las “directivas espurias” del comunismo internacional, los renunciantes alegaron su disconformidad con la política cultural que en los últimos años había llevado al Colegio a convertirse en una tribuna de vulgarización y en una

---

<sup>309</sup> Neiburg, 1988, pp. 166-175.

universidad profesional, contrariando expresamente su declaración de principios. Presa de los poderes omnívoros de la secretaria (ejercida de forma vitalicia por Julio Herrera y Reissig), de una orientación comercialista y meramente acumulativa y de una actitud temerosa que renegaba de cualquier intento de tratar temas de la realidad nacional, el Colegio, afirmaban los renunciantes, había desertado de su inspiración original, hecho que se confirmaba con el deliberado ocultamiento de la figura de Aníbal Ponce. Así, mientras Ponce había podido convivir con personajes como Ibarguren y otros que no se caracterizaban por la audacia de sus convicciones políticas, en la medida en que consideraba que la participación en la empresa del progreso social se medía por su calidad de hombres de ciencia y de cultura y no por sus preferencias políticas, la “fracción” que se había apoderado del Colegio vetaba a Héctor Agosti y Álvaro Yunque por su condición de “comunistas” y hacía languidecer la cátedra de economía por la imposibilidad de tratar prácticamente ningún tema.<sup>310</sup>

Ricardo M. Ortiz y Jorge Thénon serán personajes centrales en el proyecto de la Casa. Habiendo participado de la vida del Colegio por más de 15 años volcaron en esta iniciativa su experiencia institucional y buscaron crear un espacio desde donde fuera posible continuar la tarea interrumpida. Ortiz fue dos veces presidente y Jorge Thénon se desempeñó primero como secretario de Cursos y Conferencias y luego como vicepresidente primero, además de dirigir el departamento de psicología, uno de los más dinámicos y mejor organizados. A lo largo de seis años la casa tuvo tres comisiones directivas, sobre la primera solo sabemos que fue presidida por Ortiz. La segunda fue designada en 1955, una vez que las actividades pudieron realizarse en la legalidad, y estuvo compuesta por el economista y diputado de origen radical José V.

---

<sup>310</sup> Cfr. “Carta de Homero Magalhaes, Ricardo M. Ortiz y Jorge Thénon al Sr. Secretario del Colegio Libre de Estudios Superiores”, Buenos Aires, 18 de octubre de 1952 y Carta de Homero Magalhaes, Ricardo M. Ortiz y Jorge Thénon al Secretario del Colegio Libre de Estudios Superiores”, Buenos Aires, enero de 1953 (Archivo HPA/CeDInCI, Carpeta SADE). Para Neiburg, la extinción de la cátedra de Economía hacia 1950 es significativa de los cambios morfológicos experimentados en la composición social del colegio. Integrada mayormente por ingenieros, agrónomos, juristas y políticos, entre 1940 y 1945 esta cátedra se había convertido en el centro de las discusiones sobre el futuro de la organización económica y social de país. La sensible disminución de estos perfiles profesionales y su reemplazo por egresados provenientes de disciplinas menos predispuestas a la actividad política y los proyectos reformistas explican la pérdida de relevancia de espacios como este en la estructura del colegio (op. cit, p. 174).

Liceaga como presidente, y Ricardo M. Ortiz y el escritor entrerriano Amaro Villanueva como vicepresidentes. La secretaría general fue ejercida por el abogado laboralista Aarón Birgin. Finanzas quedó en manos de Miguel Lamota, hijo del millonario dueño de la célebre tienda de disfraces “Casa Lamota”, mientras que el escritor correntino Gerardo Pisarello asumió la secretaría de Publicaciones, el psiquiatra Raúl Pérez Anaya la de Relaciones Culturales y Thénon la de Cursos y Conferencias. Como vocales figuraban Heraldó Antón, Antonio Berni, Estela Canto y el dramaturgo Agustín Cuzzani.<sup>311</sup> En diciembre de 1958, unos días antes de la clausura policial que devendrá definitiva, se renuevan las autoridades y se modifican los estatutos. Ortiz vuelve a la presidencia y la ejerce aún cuando asume como rector de la Universidad Nacional del Sur. Thénon y el escultor Luis Falcini son designados en la vicepresidencia. Leonardo Paso, de profesión dentista y ya entonces historiador oficial del partido, asumió la secretaría general secundado por el médico Isaac Noviski como prosecretario. En la secretaría de finanzas continúa estratégicamente Miguel Lamota junto a Eva Kochane. Los restantes once miembros de la comisión directiva se repartieron entre dos arquitectos (Carlos Maquiavelo y Marcos Winograd), un psiquiatra (Hernán Bustingorri), un escritor de cuentos infantiles (José Murillo), una crítica de arte (Hilda Beatriz Grand Ruiz), una artista plástica (Cecilia Marcovich), un abogado (Aarón Birgin), un actor de teatro (Jaime Rybak) y tres poetas (José Rodríguez Itoz, Carlos Santos y Julio César Silvain, todos del grupo “Pan Duro”).<sup>312</sup>

La Casa se propuso una organización en base a secciones o departamentos divididos por especialidad. Estos departamentos, dotados de sus propias autoridades, debían cumplir la doble función de convertirse en un espacio de trabajo e investigación para los intelectuales y profesionales, y, al mismo tiempo, ejercer una función pedagógica y de divulgación. Ya instalada en el local de calle Ayacucho 125 de la ciudad de Buenos Aires, en agosto de 1955 la Casa declaraba tener diez departamentos: títeres, teatro, medicina, jóvenes, psicopedagogía, cine, música, literatura, ingeniería y economía.<sup>313</sup>

Un año después, sin embargo, las secciones de psicopedagogía y economía se

---

<sup>311</sup> *Boletín de la Casa de la Cultura Argentina*, n° 2, agosto de 1955, p. 6

<sup>312</sup> *Noticias de la Casa de la Cultura Argentina*, Buenos Aires, (diciembre) de 1958, p. 9

<sup>313</sup> *Boletín de la Casa de la Cultura Argentina*, *op. cit.*, pp. 4-5.

declaraban aún en preparación, el departamento de jóvenes se había convertido en una comisión y se habían agregado los departamentos de plástica, filosofía e historia.<sup>314</sup> Un tiempo después se sumarán los de ciencia, poesía, psicología y enseñanza. La accidentada vida institucional de la Casa de la Cultura, que entre 1955 hasta su clausura definitiva a fines de 1958 sufrió diversas prohibiciones y allanamientos, seguramente colaboró en la escasa solidez y continuidad de algunas de sus iniciativas, pues muchos departamentos no pasaron de ser meros anuncios. Otros, en cambio, como el de Psicología, Literatura, Títeres, Historia y Cine gozaron de una actividad nutrida, en parte porque se convirtieron en espacio de reclutamiento de jóvenes entusiastas y/o en plataforma de intervención de especialistas que, como Thénon, no había logrado revertir su exclusión de la cátedra universitaria. En efecto, entre 1955 y 1958, Thénon dictó dos conferencias, tres cursillos, un seminario individual y dos en forma compartida junto al grupo que había conformado en torno al departamento de psicología, además de desempeñarse como secretario de cursos y conferencias y luego como vicepresidente primero. Esta actividad apenas fue equiparada por Ricardo M. Ortiz, dos veces presidente, quien intervino en cuatro oportunidades como conferencista y Leonardo Paso, quien tuvo a su cargo dos cursos de Historia y dos conferencias. Héctor Agosti logró dictar apenas dos conferencias y un cursillo sobre temas culturales.

Entre 1955 y 1958 en la Casa de la Cultura Argentina se pronunciaron aproximadamente 70 conferencias y se dictaron 14 cursos (cuatro colectivos), 17 cursillos y 3 seminarios, además de varias mesas redondas sobre temas de actualidad.<sup>315</sup> Aunque en su declaración de principios los fundadores de la Casa habían expresado su voluntad de priorizar el formato de seminario por considerarlo la mejor forma de estimular la participación activa de los estudiantes, este objetivo apenas se concretó y la Casa funcionó muchos más como un centro cultural que como una institución de enseñanza e investigación. En el programa de conferencias se

---

<sup>314</sup> *Noticias de la Casa de la Casa de la Cultura Argentina*, Buenos Aires, n° 4, agosto de 1956, pp. 5-7.

<sup>315</sup> Los datos han sido reconstruidos en base a los boletines y a la lista de cursos y conferencias que la CAC presentó ante las autoridades públicas con motivo de la suspensión de sus actividades a principios de 1957, "Declaración de la Casa de la Cultura Argentina", Buenos Aires, enero de 1957, Archivo JAS.

priorizaron los temas de interés general y los problemas de coyuntura: 19 estuvieron dedicadas a la educación pública, 14 a la literatura, 11 a temas culturales y personalidades destacadas, 9 a temas económicos, 7 a historia, 5 a música y folclore, 3 a la ciencia, 2 a pintura, 2 a cuestiones latinoamericanas y uno a cine y teatro. A partir de 1958, el número de conferencias disminuye y se priorizan los cursos, cursillos y seminarios, posiblemente con la intención de modificar el perfil de la institución. Se impone el modelo de los cursos colectivos al estilo del CLES, los que son dedicados a la Filosofía, la Economía Política, el Materialismo Dialéctico y la Psicología. Ese mismo año Leonardo Paso dirige el seminario de Historia y Thénon el de Psicología.

La trayectoria de la CCA se puede dividir en tres etapas. Una primera entre su creación y 1955, cuando las condiciones de ilegalidad obligaron a restringir las actividades puertas adentro. Durante este período, la Casa funcionó como espacio de discusión para algunos grupos, como el reunido en torno a la revista *Cuadernos de Cultura* con Agosti a la cabeza, y priorizó, del mismo modo que lo hicieron otras instituciones, el vínculo con organizaciones barriales, clubes y bibliotecas populares. Para 1956, se afirmaba que más de 200 instituciones habían recibido ayuda de la CCA en la forma de asesoramiento, conferencias, teatro, títeres y cine. La organización del trabajo barrial estaba a cargo del paleontólogo Osvaldo Reig y la profesora de inglés Albertina Gerchunoff, quienes organizaban conferencias de escritores y propiciaban la presencia de grupos teatrales, títeres y ciclos de cine.

Luego de setiembre de 1955 y hasta su clausura definitiva a fines de 1958, la CCA funcionó realmente como una institución cultural con una cierta ambición de excelencia. Por una parte, se mostraba ofertando cursos y seminarios que aspiraban a complementar o suplir los vacíos de la enseñanza oficial, por otro, siendo una tribuna pública donde se discutían los temas de interés para la ciudadanía. Para el grupo de intelectuales comunistas que la creó, la CCA supuso una importante renovación generacional, visible sobre todo en el ámbito de la literatura, pero también en otras como la psicología, la filosofía y la historia. Unos de los grupos más entusiastas fue el de jóvenes poetas y escritores que se reunieron en torno a la “Revista Oral” y luego formaron el departamento de poesía. Tanto la revista como el ciclo mensual



“Panorama de la Poesía Argentina” puso en circulación a los jóvenes nucleados en torno a las revistas *Ventana de Buenos Aires* y *Polémica Literaria* y presentó en sociedad a los poetas de los grupos “El Pan Duro” y “Lanús”. Durante este período, junto a personajes canónicos como Enrique Wernicke, Carlos Ruiz Daudet, Amaro Villanueva y Blas Raúl Gallo ocuparon la mesa de conferencias Ismael Viñas, Marcelo Ravoni, Raúl Sciarreta, Santiago Bullrich y Carlos Alberto Brocato. Del mismo modo, se pasó de las charlas sobre personalidades de la cultura universal o autores clásicos de la literatura progresista como Máximo Gorki y Bernard Shaw, a temas tales como la presencia del peronismo en la poesía americana o las relaciones entre estética y marxismo.<sup>316</sup> Aunque experimentó un notable crecimiento, durante estos años la CCA no se mantuvo al margen de las persecuciones. En setiembre de 1956 sus actividades fueron prohibidas por disposición del Ministerio del Interior y un mes después su sede fue allanada por la policía, provocando destrozos y la incautación de la biblioteca, parte de la cual había sido donada a la institución por la familia de José Ingenieros.<sup>317</sup> Durante 1957, bajo la acusación de ser una fachada de actividades cripto-comunistas y al amparo de la ley de Defensa de la Democracia, la casa prácticamente no funcionó.<sup>318</sup> Finalmente, fue clausurada de un modo que será definitivo a fines de 1958, por el mismo gobierno de Arturo Frondizi que los comunistas habían convocado a votar. Aunque sus autoridades siguieron constituidas y hasta 1961 editaron una serie de cuadernillos en nombre de la institución, no volvió a abrir sus puertas a la actividad pública.

Según el testimonio de quien actuó durante varios años como responsable de la mesa de entradas, la relación de la Casa con las autoridades partidarias fue distante.<sup>319</sup> La estrechez económica permanente de la institución puede dar una medida de esta falta de apoyo, pues nunca logró conseguir una sede adecuada ni editar una publicación que superara el modesto boletín mimeografiado. En este, era habitual encontrar avisos en

---

<sup>316</sup> *Noticias de la Casa de la Cultura Argentina*, n° 10, octubre de 1958, p. 3.

<sup>317</sup> *Noticias de la Casa de la Cultura Argentina*, n° 6, octubre de 1956, p. 1.

<sup>318</sup> “La Casa de la Cultura responde a la ‘Mala Junta’”, en *Nuestra Palabra*, 16 de enero de 1957.

<sup>319</sup> Cfr. Massholder, 2006.

los que solicitaba la ayuda de dibujantes, diagramadores, redactores y, particularmente, de dinero. En buena medida, la CCA se mantenía con el aporte de los socios, los que se dividían en activos, protectores y vitalicios y el dinero que ingresaba en concepto de pago de cursos y seminarios. Las buenas relaciones del secretario de finanzas con el mundo del comercio y la industria podían ocasionalmente redundar en un aporte que sostenía las actividades durante dos meses. Una vez clausurada, las finanzas de la CCA entraron en un período crítico, pues cerrados los ingresos por actividades, solo quedaron las cuotas societales, que apenas alcanzaban para el pago del alquiler, los gastos administrativos y la edición de los cuadernillos. La experiencia de la CCA es un buen ejemplo de las dificultades que los intelectuales comunistas encontraron para la institucionalización de espacios de intervención pública en el campo cultural. Por un lado, el partido tenía una actitud ambivalente que oscilaba entre la intervención puramente política y administrativa y la prescindencia, que dejaba las iniciativas intelectuales libradas a su supervivencia económica; por otro, las continuas intervenciones estatales que en nombre del fantasma del comunismo imposibilitaron la continuidad de cualquier proyecto cultural asociado al partido.

## Capítulo 3

### Los comunistas y la paz. Figuras y problemas del Movimiento por la Paz en la Argentina

---

La paz para negar  
el horror y la muerte...  
La paz de brazos altos  
-nuevo bosque en la tierra-  
contra el viento de fuego,  
para apoyar el vuelo de la paloma  
limpia de sangre, y evocar  
un aire de baladas con manos anudadas  
bajo el honor de las glicinas...  
La paz para negar la llama atroz,  
la paz de brazos altos y de ojos abiertos...

Juan L. Ortiz, "El junco y la corriente", c. 1957

En una reunión secreta de los partidos comunistas de la URSS, Yugoslavia, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, Francia e Italia, celebrada en setiembre de 1947 en Polonia, los soviéticos oficializaron al mundo, por la voz de su delegado Andrei Zhdánov, la ruptura de la gran alianza nacida de la guerra. El que luego será popularmente conocido como el "Informe Zhdánov" –documento fundamental de la ideología comunista para la Guerra Fría— explicaba que, en adelante, el mundo estaría dividido en dos bloques: de un lado, el campo imperialista y antidemocrático, dominado por los Estados Unidos; del otro, el campo antiimperialista, democrático y defensor de la paz, hegemonizado por la URSS. Para los soviéticos, la doctrina Truman y la puesta en marcha del Plan Marshall demostraban que los Estados Unidos albergaban una voluntad expansionista, agresiva y belicista que amenazaba la existencia de la URSS pero también, mediante la complicidad de las socialdemocracias locales, al

movimiento obrero de todos los países, particularmente el de las viejas potencias europeas antes aliadas y ahora sometidas a la política norteamericana. La URSS, por el contrario, al encarnar un sistema social nuevo y superior reflejaba en su política exterior “las esperanzas de toda la humanidad progresista que aspira a una paz durable”.<sup>320</sup> Lo que en adelante se denominará el “campo democrático” quedará entonces constituido por la URSS y los países del Este Europeo, incluida Finlandia, además de algunos estados “simpatizantes” en Asia y Oriente Medio (Indonesia, Vietnam, India, Egipto y Siria). Además de su componente estatal, también se beneficiará del apoyo del “movimiento obrero y democrático en todos los países”, de los “movimientos de liberación nacional en los países coloniales” y de “todas las fuerzas democráticas y progresistas del mundo”. En este contexto, la tarea principal de los partidos comunistas será la “lucha por la paz” –que sustituye el combate por la revolución—, la resistencia a los planes de expansión y dominación imperialista en todos los terrenos y, particularmente en los grandes países occidentales, la defensa de la independencia nacional y la soberanía de cada país.<sup>321</sup>

La principal consecuencia política de la Guerra Fría consistió, en efecto, en polarizar al mundo en dos campos. Europa se dividió en regímenes pro y anticomunistas homogéneos. Los comunistas fueron expulsados de los gobiernos donde tenían alguna participación, como en Francia e Italia, para convertirse, en palabras de Hobsbawm, en “parias políticos permanentes”. Los estados comunistas hicieron lo propio expulsando a los no comunistas de las democracias populares y convirtiéndolas en estados sometidos a la dictadura de los partidos comunistas. La Comintern fue disuelta para ser reemplazada por la Oficina de Información de los Partidos Comunistas (Cominform), un organismo “limitado y eurocéntrico” encargado de hacer circular la información entre los partidos comunistas en el poder, el PCF y el PCI.<sup>322</sup> La Cominform estableció, sobre la más absoluta ortodoxia, las líneas maestras de la estrategia, la actividad, la reflexión y la propaganda del comunismo internacional hasta su disolución en abril de 1956. Su órgano de prensa *Por una Paz duradera, por*

---

<sup>320</sup> Courtois y Lazar, *op. cit.* p. 268

<sup>321</sup> Marcou, 1981, pp. 10-11

<sup>322</sup> Hobsbawm, 2011, p. 242

*una democracia popular*, cuya redacción permanente se asentó primero en Belgrado y luego en Bucarest, se editaba en varios idiomas, entre ellos el español, y se constituyó en la única tribuna internacional del movimiento comunista y la única plataforma de enlace de los partidos comunistas, razón por la cual su carácter fue esencialmente ideológico y político. A partir de su tercera reunión celebrada en Matra, Hungría, en noviembre de 1949, la Cominform estableció que la “lucha por la paz” sería la estrategia política dominante del movimiento comunista internacional. Con este objetivo, prácticamente se transformó en el órgano directivo del Movimiento por la Paz, ampliando su esfera de influencia hacia grandes sectores de la opinión pública, en un doble esfuerzo por recuperar la influencia en las organizaciones de masas y salir de su aislamiento.<sup>323</sup>

Acudiendo al llamado soviético, los comunistas argentinos se lanzaron a la constitución de la sede local del Movimiento por la Paz, con resultados más bien modestos si se considera que la fracción más importante del campo intelectual argentino, la liberal, no respondió al llamado pacifista sino que, por el contrario, se alineó casi sin fisuras en el bando occidental. La escritora María Rosa Oliver (1898-1977), el ensayista Ernesto Giudici (1907-1992) y el periodista y escritor Alfredo Varela (1914-1984) fueron las figuras más representativas del Movimiento por la Paz en la Argentina, a partir de su actuación este capítulo se propone reconstruir el perfil de esta organización frentista durante sus primeros y más intensos años de actividad.

### **Una nueva causa intelectual**

En el verano de 1948 la ciudad polaca de Wroclaw, todavía en ruinas, recibía a cientos de intelectuales venidos de 45 países para celebrar el Congreso Mundial de Intelectuales por la Paz. En el mes de diciembre, Budapest será el escenario del segundo congreso de la Federación Democrática internacional de Mujeres, que reunió a más de 80 millones de mujeres de 56 países bajo el lema “no enviaremos jamás a nuestros hijos a una guerra contra la Unión Soviética”. Tres meses antes la capital húngara había recibido a otros tantos millones de jóvenes que se reunieron en el

---

<sup>323</sup> Cfr. Marcou, *op. cit.*; Marcou, 1978 y Claudín, *op. cit.*

Congreso de la Federación Mundial de la Juventud Democrática. Estos encuentros, estratégicamente celebrados en las recién estrenadas democracias populares, fueron el primer eslabón de un amplio y vasto movimiento que aglutinó a miles de hombres y mujeres de todo el mundo tras las banderas de la defensa de la paz y la cultura contra las amenazas del “nuevo fascismo” norteamericano. Calificado desde un principio por la prensa liberal de ser una “fachada comunista” dispuesta para explotar las buenas intenciones de intelectuales incautos, lo cierto es que el Movimiento por la Paz despertó la adhesión de escritores, científicos y artistas de gran prestigio y fue la iniciativa cultural más exitosa impulsada por la URSS en los años de la Guerra Fría. Su repercusión obligó a los intelectuales no alineados con el bloque soviético a crear, casi siempre por reacción, una serie de instituciones y movimiento análogos que se propusieron defender los valores de la libertad y la democracia contra todos los “totalitarismos”, fueran de izquierda o de derecha.<sup>324</sup> El movimiento atlantista tuvo una suerte dispar y debió lidiar, al menos durante sus primeros años, con el estigma del anticomunismo en los medios intelectuales. Sin embargo, en el mundo hispanoparlante alcanzó un éxito notable y lejos de ser integrado por católicos y nacionalistas ultramontanos, cimentó su acción y su prestigio tanto en reconocidas figuras del liberalismo como en intelectuales y activistas de izquierdas cuyo anticomunismo tenía más un perfil antiestalinista que reaccionario, como fue el caso del ex-poumista Julián Gorkin.<sup>325</sup>

Para ese momento, el comunismo ya gozaba de un largo camino transitado en relación a la organización de iniciativas frentistas en el terreno de la cultura. El movimiento antifascista fue, en todo el mundo, la puerta de entrada de cientos de intelectuales al comunismo y la base de una perdurable memoria sobre su deber en las horas críticas. La lucha por la paz reavivaba aquellos años al convocar su responsabilidad en la defensa de la cultura nuevamente amenazada por las fuerzas oscuras de un “fascismo” resucitado bajo la forma de la degeneración y el guerrerismo imperialista. Pocos podrían dudar, ahora como entonces, que la presencia en Wroclaw de un octogenario

---

<sup>324</sup> Sobre las mutaciones del término “totalitarismo” y su identificación, a partir de los años inmediatos de la segunda posguerra, con el anticomunismo ver Traverso, 2001.

<sup>325</sup> Janello, 2012, pp. 30-31.

Julien Benda –impelido a aplaudir el nombre de Stalin cada vez que era mencionado, y esto ocurría cada pocos minutos– pueda reducirse a un simple engaño o desconocimiento de las razones tácticas que llevaban a los soviéticos a convocar nuevamente los servicios de apoyo de los intelectuales occidentales.<sup>326</sup> En realidad, aún bajo la virulencia exasperada del discurso comunista de Guerra Fría, fueron muchos los que estuvieron dispuestos a conceder que los Estados Unidos preparaba un ataque a la URSS y se alistaron a defenderla con su nombre y su prestigio. En abril de 1949, cuando se realizó el Primer Congreso Mundial de Partidarios de la Paz en las ciudades de Praga y París, acudieron a la cita más de 2500 delegados de todo el mundo y los discursos oficiales afirmaron que se habían recogido más de 500 millones de firmas de adhesión. La paloma de la paz pintada por Pablo Picasso se reprodujo en miles de afiches y en el lapso de pocos meses se convirtió en un ícono de dimensiones planetarias.

La efectividad de la apelación pacifista tuvo en Jean-Paul Sartre su más preciado reconocimiento. Así, mientras en el congreso de 1948 los soviéticos se referían a él como un “chacal” servidor de Wall Street y el existencialismo era considerado el epítome filosófico de la decadencia y la degeneración burguesa; cuatro años después, Sartre se convertía en el más descollante orador del Congreso Mundial de los Pueblos por la Paz celebrado en Viena en 1952. Intelectuales comunistas de todo el mundo, incluido los soviéticos, olvidaron sus recientes insultos y colmaron de aplausos al flamante compañero de viaje. En efecto, bajo la advocación moralmente irreprochable de la defensa de la paz, el movimiento comunista internacional se propuso revitalizar el “compañerismo de viaje” entre los intelectuales occidentales. Para ello apeló a la capacidad movilizadora de organizaciones unitarias creadas en la inmediata posguerra, como la Federación Democrática Internacional de Mujeres, la Federación Mundial de Trabajadores Científicos y la Federación Mundial de la Juventud Democrática. De acuerdo a la nueva estrategia de organización corporativa de la actividad intelectual, promovió la participación de los comunistas en diversos grupos profesionales, o directamente los creó. Todos ellos confluyeron en el Movimiento por la Paz, que

---

<sup>326</sup> Cfr. Caute, 1973, pp. 398.

aunque contaba con la representación de sectores obreros, puso en primera fila a los intelectuales. La palabra autorizada y la capacidad legitimadora de las “personalidades” de la cultura fueron dotadas de un alto valor simbólico. Como afirmaba el incansable Ilya Erenburg a propósito de Wroclaw: “En la ciencia, en el arte, no decide únicamente la estadística. El quid no está en el número de delegados, sino en el peso de cada uno de ellos”.<sup>327</sup>

La idea de que la cultura se hallaba “en peligro” articuló el lugar primordial que se le concedió en el discurso comunista, embarcado en la certeza de que en el “frente ideológico” se hallaba la madre de todas las batallas. El sentido de palabras hasta entonces estabilizado en la común batalla contra el nazismo se convirtió en objeto de una constante disputa: paz, democracia, libertad, cultura, pasaron a designar cuestiones distintas y unos y otros se acusaban de pervertir un sentido juzgado verdadero. En la retórica comunista, los enemigos de la cultura se presentaban con nuevos y sutiles ropajes, aunque en esencia fueron los mismos que apenas ayer habían martirizado el mundo: el fascismo y la guerra. La idea de que los Estados Unidos representaban un nuevo tipo de fascismo fue central en el discurso comunista de los años fríos, pues facilitó operar sobre una sensibilidad preexistente. En la nueva situación, los intelectuales comunistas debían convertirse, para usar la fórmula de poeta Louis Aragon, en “médicos de las palabras”.

El enemigo común de nuestras patrias, ha sido abatido, pero su patrimonio no se ha perdido para todo el mundo. Ya no tiene la traza despreciable de los ejércitos alemanes, no se presenta más con el franco rostro del racismo hitleriano, aun no tiene hornos crematorios. Hay que saber reconocerlo, sé que vosotros lo reconocéis. Pero, como en 1935, no faltarán personas que nos digan que exageramos, que inventamos peligros imaginarios, y que la cultura no está en peligro (...)

La cultura está en peligro, porque si por el momento no son los nazis de ayer quienes la atacan, estos han encontrado un revelo entre aquellos que ayer los combatían, hombres que han convertido en realidad el sueño monstruoso de volver las armas de la libertad contra los combatientes de la libertad. Para esto, para esta inversión de los valores, para hacer aceptar a los pueblos esta negación injusta de la gran fraternidad antifascista, no bastan la bomba atómica y la opresión de clase, necesitan inventar nuevos pretextos, mitos renovados, y enmascarar su propaganda con grandes

---

<sup>327</sup> “Erenburg y el Congreso de Wroclaw”, *Orientación*, 6 de octubre de 1948.



principios que desvían a los pueblos. Necesitan la confusión del lenguaje y la perversión de las palabras. Para ello, para hacer posible la guerra, deben librar un combate decisivo contra el plan de la cultura. Por ello ponen la cultura en peligro (...) Hemos aprendido en la hora de peligro a manejar las palabras para ser entendidos por todos, y para el bien y exaltación de la patria. Debemos vigilar que no lleguen a ser las armas de los charlatanes, cuyos juegos solo pueden facilitar la confusión del pensamiento y agravar el peligro que se cierne sobre la cultura, facilitando así el asesinato de la paz (...) Nuestros pueblos y los hombres que son sus representante en la cultura, tienen el deber de exaltar los valores nacionales de nuestros pueblos, de levantar la barrera al monstruo que renace, cuyas dos cabezas son el fascismo y la guerra, hoy como ayer.<sup>328</sup>

El carácter internacionalista del Movimiento por la Paz se limitó solo a su estructura organizativa, dado que el discurso que lo contenía fue de un marcado tono nacional, de acuerdo con la nueva orientación que desde mediados de 1948 Stalin y la Cominform señalaron para los países dominados por el imperialismo norteamericano. La consigna —explica Gerardo Liebner— era apoderarse de las banderas de lo nacional y la democracia que las burguesías locales habían abandonado por su subordinación a los Estados Unidos. Para los soviéticos, era un mandato valedero tanto para los países “semicoloniales”, para las colonias que luchaban por independizarse, como para los países de Europa occidental que, aunque mantenían imperios coloniales propios, se encontraban igualmente sometidos a los instrumentos económicos, militares y culturales de la dominación imperialista norteamericana.<sup>329</sup> La vinculación de la lucha por la paz con la reivindicación de las “mejores tradiciones nacionales” tuvo efectos diferentes según se considere el espacio de la cultura o de la política. Si en este último aspecto les permitió a los intelectuales comunistas latinoamericanos organizar un discurso de reivindicación de la democracia y defensa de las libertades públicas que pretendía continuar con la herencia liberal y racionalista del siglo XIX (la defensa de la legalidad democrática contra el intervencionismo norteamericano y los dictadores o caudillos que lo favorecían); en el caso de la cultura dio lugar a una compleja tarea de revalorización y descubrimiento de una dimensión “nacional y popular” que era ajena a las direcciones culturales dominantes de esa misma tradición liberal. La permanentes

---

<sup>328</sup> Louis Aragon “La cultura en peligro”, *Orientación*, 28 de julio de 1948.

<sup>329</sup> Liebner, *op. cit.*, p. 142

discusiones sobre la implementación de un modelo de “realismo socialista” adaptado a cada realidad nacional, fue uno de los ecos inmediatos, en el terreno de la creación artística, del impulso nacionalista del discurso comunista de la Guerra Fría. Lo mismo puede decir de la reconsideración de la herencia liberal que, en el caso del comunismo argentino, constituía un elemento central de su cultura política desde la década del ‘30. Luego de la caída del gobierno de Perón en 1955, la cuestión nacional se convirtió en un elemento central de las discusiones intelectuales de la izquierda argentina, en paralelo con una impugnación generalizada de las elites liberales, incluyendo en estas a los socialistas y los comunistas.

### **La “burguesa” pacifista: el caso de María Rosa Oliver**

El Movimiento por la Paz organizó las estructuras del compromiso de los intelectuales con el comunismo durante décadas, adoptando diversos contenidos de acuerdo a la coyuntura internacional y las necesidades de la política exterior soviética: la Guerra de Corea, la intervención a Guatemala, el Canal de Suez, la cuestión colonial, el apoyo a los movimientos de liberación nacional, la intervención norteamericana en Cuba ... En los países donde existían partidos comunistas fuertes, muchos intelectuales no comunistas decidieron prestarle su apoyo. Particularmente en sus primeros años, cuando logró atraer con más éxito a personalidades fuera del mundo comunista, el Movimiento por la Paz fue una organización apoyada en “la amplitud, la fe vibrante y la rigidez de la ciudadela comunista”, exagerando por contraste la dispersión de los intelectuales no comunistas. El movimiento atlantista, afirma Pascal Ory refiriéndose a Francia, no será nunca una propuesta capaz de hacer frente simétricamente al marxismo-leninismo: “sólo se construye con retraso, y respondiendo a una lógica principalmente negativa, la del rechazo del modelo estalinista”.<sup>330</sup>

En la Argentina el éxito del movimiento pacifista impulsado por los comunistas y, en contraste, el fracaso de las organizaciones del frente occidental, no fue tal. Aunque el Movimiento por la Paz en el país se organizó con una ventaja de seis años, no tuvo eco ni arraigo en el campo de la cultura, pues sí, como afirmaba Erenburg, en este terreno

---

<sup>330</sup> Sirinelli y Ory, *op. cit.* p. 205

contaba más el nombre que el número, los comunistas argentinos consiguieron miles de firmas pero casi ninguna prestigiosa y su capacidad de convocatoria fue limitada a ciertas figuras o espacios profesionales, como fue el caso del relativo éxito conquistado entre los médicos a raíz de la campaña contra la guerra bacteriológica. Así las cosas, el movimiento quedó constreñido a la esfera de influencia del partido, con algunas pocas excepciones, como la del filósofo Carlos Astrada, quien en el marco del acercamiento al peronismo de 1952 prestó su apoyo al llamado pacifista de los comunistas y permaneció como un particular “compañero de ruta” hasta los últimos años de la década del ‘50. El recibimiento de Astrada a la familia del compañerismo comunista enterró las ataques furiosos que lo habían tenido como blanco en los años precedentes, en un movimiento que replicaba el “caso Sartre” y que los comunistas argentinos se encargaron de resaltar, buscando sumar prestigio por una doble acumulación de nombres.

Creemos que en ese rumbo puede encontrarse, efectivamente, la única salvación, la única vitalización de la cultura argentina, y creemos también que dicho gesto del profesor Astrada no puede ser computado como una actitud exclusivamente personal. Por sobre los valores individuales de quien lo asume gravita un proceso de polarización mundial de las conciencias que la política prepotente del imperialismo yanqui está generando en todo el mundo. El caso Sartre ha dado ha dicho proceso una calidad internacional. El caso Astrada le asigna una resonancia local que lo esclarece y lo estimula. En este rumbo político nos parece que puede —y debe— establecerse una acción común entre todos cuantos aspiran a preservar la paz del mundo y la soberanía de los pueblos.<sup>331</sup>

La “intelectualidad democrática” argentina no acudió al llamado y, por el contrario, polarizó su conciencia del lado de las posiciones del frente cultural occidental, apoyando la constitución en el país del Congreso por la Libertad de la Cultura, una organización de intelectuales no comunistas y anticomunistas creada en Berlín en junio de 1950 bajo los auspicios de Arthur Koestler, Denis de Rougemont, Ignazio Silone, James Burnham, Germán Arciniegas, Guido Piovenne, Arthur Schlesinger, Upton Sinclair y Tennessee Williams, entre otros. Bajo el paraguas aglutinador del

---

<sup>331</sup> “El caso Astrada”, en *Cuadernos de Cultura*, n° 9/10, Buenos Aires, enero de 1953. Ver también el reportaje a Carlos Astrada publicado en *Propósitos*, Buenos Aires, 11 de diciembre de 1952. Es interesante el tono jurídico con el que se tratan los “casos” de Sartre y Astrada.

antitotalitarismo, la sede argentina del Congreso, fundada en diciembre de 1955, acogió a los más prestigiosos intelectuales del país, las figuras más importantes de la universidad postperonista, además de políticos provenientes de diferentes partidos “progresistas”, particularmente los socialistas, pero también los radicales, los demoprogresistas y los demócratas cristianos. Con el apoyo clave de Victoria Ocampo y la revista *Sur*, en torno a este espacio se creó una densa red de revistas, editoriales y encuentros a escala latinoamericana, que contaron con la participación de personalidades de enorme prestigio y convocatoria que en no pocas ocasiones “empequeñecían” a los raleados contingentes de intelectuales comunistas amantes de la paz.<sup>332</sup>

Esta situación le otorgó una importancia estratégica a la figura de María Rosa Oliver, pieza clave del Movimiento por la Paz en la Argentina. Para los comunistas, Oliver representaba un doble logro: era una intelectual “burguesa” que, desertando de sus compromisos de clase, ponía su prestigio al servicio de una causa universal y humanitaria, y era, al mismo tiempo, una eficaz organizadora cultural capaz de disponer de su red de relaciones para la conformación de iniciativas frentistas a escala continental. El partido no dejó de cortejarla y explotar públicamente su adhesión en cuanto encuentro nacional o internacional se realizara, compensando el creciente malestar que estas compañías comunistas despertaban entre sus viejos amigos y colegas liberales. El punto culminante de este sistema de incorporación/exclusión se produjo cuando recibió el Premio Lenin de la Paz en 1958, distinción que bajo el nombre de Premio Stalin, habían recibido Pablo Picasso, Pablo Neruda, Jorge Amado, Pierre Cot, Paul Robeson, Howard Fast, entre muchos otros escritores y artistas.<sup>333</sup> Mientras los comunistas le organizaron un fastuoso homenaje en la Federación de Entidades Gallegas, desde las páginas de la revista *Sur* se hacía referencia, no sin

---

<sup>332</sup> Sobre el Congreso por la Libertad de la Cultura se puede consultar los trabajos de Coleman (1989) y Stonor Saunders (2001) y para su sede en la Argentina y América Latina la tesis de maestría inédita de Jannello (2011).

<sup>333</sup> Los datos biográficos de María Rosa Oliver han sido reconstruidos en base a sus memorias publicadas con el título *Mi fe es el hombre*, edición acompañada de un cuidadoso estudio introductorio de Álvaro Fernández Bravo (2008), a la biografía de Hebe Clementi (1992) y a la entrada “María Rosa Oliver” en Tarcus (2007, *op. cit.*, pp. 464-465).

ironía, al jugoso monto del premio (25.000 dólares) al mismo tiempo que se señalaba la incoherencia de los métodos soviéticos para lograr los fines pacifistas que afirmaban defender.<sup>334</sup> Poco tiempo después, luego de una agria polémica epistolar con Victoria Ocampo, Oliver abandonará la revista a la que había pertenecido por casi 30 años.

María Rosa Oliver provenía de una familia tradicional de la alta burguesía porteña. A los 10 años, un ataque de poliomielitis la dejó postrada para siempre y desde entonces deberá moverse con la ayuda de una silla de ruedas. La imposibilidad física nunca fue un impedimento para la que con los años firmará, para el disgusto familiar, sus tarjetas navideñas como “Rosita, la roja”. Aún antes de la fundación de la revista *Sur*, de la que será integrante del Comité de Redacción desde su primer número y hasta 1958, había trabado amistad con tres hombres que serán determinantes en la formación de una “conciencia americanista” donde la cultura ocupa el lugar de sintetizadora de la heterogeneidad original de la región y sus múltiples tradiciones: el mexicano Alfonso Reyes, el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el escritor norteamericano Waldo Frank.

Como Pedro Henríquez Ureña, con quien trabó una gran amistad que se extenderá por todo el largo exilio del escritor caribeño en la Argentina, unirá el humanismo con el antiimperialismo y a estos con la simpatía hacia el socialismo y la Unión Soviética, tal vez porque como aquel conocía de primera mano los Estados Unidos y había vivido en carne propia los límites estrechos de la política de “buena vecindad” que preludeó el

---

<sup>334</sup> “Premios literarios argentinos, el Premio Lenin”, *Sur*, n° 250, Buenos Aires, enero y febrero de 1958, pp. 104. El Premio Stalin “Por la consolidación de la Paz entre los pueblos” (luego premio Lenin) fue instituido por el Presidium del Soviet Supremo en diciembre de 1949 con motivo del 70° aniversario de Stalin. Anualmente se otorgaban premios en dos categorías: para ciudadanos de la URSS (técnicos, científicos y escritores y artistas) y para personalidades intelectuales de todo el mundo. El jurado de este premio estaba constituido por un Comité Internacional presidido por Dimitrij Skobelzin (Universidad de Moscú), acompañado en la vicepresidencia por el escritor chino Kuo Mo-jo y el poeta y escritor francés Louis Aragon. El resto de los integrantes eran: Martin Anderson Nexo (escritor danés), John Bernal (profesor de la Universidad de Londres), Jan Dembrowski (profesor de la Universidad de Lodz), Bernhard Kellerman (escritor RDA), Luneheto Marguesti (profesor de la Universidad de Padua), Michael Savoveanu (escritor rumano), Alexander Fadeiev (escritor y secretario de la Unión de Escritores Soviéticos), Illia Erenburg y Pablo Neruda. También existía el Premio Internacional de la Paz, otorgado por el Consejo Mundial de la Paz a personalidades sobresalientes en la lucha por la paz, instituido en 1950. Este otorgaba dos millones de francos franceses (el equivalente al Premio Nobel) y los primeros en recibirlo fueron Pablo Neruda (por su poema “Que despierte el leñador), Pablo Picasso (por su paloma de la paz) y el cantante estadounidense Paul Roberson. Cfr. Schidlowsky, 2008, p. 808.

enfrentamiento de la Guerra Fría. Con Ureña y uno de sus más reconocidos discípulos, Alfonso Reyes, compartirá también una enorme confianza en las capacidades de la inteligencia americana y, como ambos, se abocó febrilmente a la construcción de redes intelectuales y asumió para sí el rol de mediadora entre espacios culturales y políticos diversos. El desprecio por los intelectuales que adoptaban una actitud contemplativa y prescindían de la responsabilidad cívica que su calidad de miembros de una elite espiritual les obligaba, la acompañará en diversos momentos de su itinerario, incluso cuando deba erigirlo en contra de los que, hasta ayer amigos y casi hermanos, no la secundan en su cruzada por la paz comunista y, más tarde, en su apuesta por el maoísmo y la Revolución Cubana. Este conjunto de elementos políticos y culturales conformaron una visión sobre sí misma y sobre su función como escritora que el estrecho vínculo con Waldo Frank reforzó hacia un mayor compromiso con la causa soviética, aunque más tarde esta adhesión siga caminos inversos.<sup>335</sup> En efecto, mientras Frank toma distancia de la URSS y del Partido Comunista norteamericano luego de los procesos de Moscú, la escritora argentina se involucrará cada vez más en la causa soviética desde fines de la década siguiente.

Como lo fue para casi toda una generación de intelectuales argentinos, el evento catalizador de su acercamiento a la vida política fue la Guerra Civil Española. De su participación en las organizaciones antifascistas (Unión de Mujeres Argentinas, Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles) y, luego de la invasión alemana a la URSS, ayudistas (Junta por la Victoria), extraerá una importante experiencia organizativa y, por supuesto, una red de vínculos perdurables, entre los que no faltarán intelectuales comunistas célebres como Pablo Neruda y Jorge Amado. Para esa época, sin embargo, su relación con el comunismo era distante, sobre todo por el disgusto estético e intelectual que le producía la “aridez de espíritu” de los camaradas locales, a quienes, afirmaba, no podía escuchar sin experimentar la irremediable sensación de “estar mascando corcho”.<sup>336</sup>

---

<sup>335</sup> Sobre la relación de Waldo Frank con la Argentina ver Tarcus, 2001.

<sup>336</sup> Oliver, *op. cit.*, p. 68.

Entre 1942 y 1945, Oliver trabajó como asesora del departamento de Asuntos Culturales de la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos, creada en 1940 como parte de la política de “buena vecindad” de la administración del presidente Theodor Roosevelt. Este organismo estaba dirigido por Nelson Rockefeller, de quien Oliver era amigo personal, y trabajaba bajo la órbita del vicepresidente de la nación, Henry Wallace. Nuevamente, sus dotes para las “public relations” ampliaron su campo de acción y le granjearon amistades perdurables, empezando por el propio Wallace, un granjero oriundo de Iowa que siendo vicepresidente de los Estados Unidos se convirtió en el más importante y visible compañero de viaje de la URSS.<sup>337</sup> Pero lo decisivo de esta experiencia fue que le puso en evidencia que la política exterior norteamericana estaba lejos de los fines altruistas y desinteresados que imaginaba. Por primera vez, toma conciencia de que las causas que defiende pueden no ser “químicamente puras”, descubrimiento que no le basta para sustraer su empeño en apoyarlas:

(...) sé también que en las causas más dignas de ser defendidas se infiltran elementos espurios y que en las guerras más que en las revoluciones gravitan factores innominables. Aceptar la existencia de esos elementos no significa ponerse a su servicio, siempre que admitamos el deber de combatirlos luego y estemos dispuestos a cumplir esa etapa después de la cual se iniciará otra. Y después otra y así sucesivamente e infinitamente. Porque cada etapa es un paso adelante que el hombre da en su lucha por sobrevivir y realizarse. Detener esa marcha es retroceder o sucumbir. Me es imprescindible recordar estos lugares comunes ante cada evidencia de que la causa que defiende no es químicamente pura.<sup>338</sup>

Pero además, el despliegue técnico y el “mercantilismo” exacerbado le producen incomodidad y temor. Y aunque su disgusto por la producción en serie y la inclinación por lo sintético del *american way of life* no dejaba de tener un tono de original aristocratismo, aún así: “Me rebelaba ante el hecho, cada vez más obvio, de que las cosas no eran fabricadas para servir al hombre sino para servirse de él.”<sup>339</sup>

Con esta convicción retornó a Buenos Aires. En 1948 participó de *Nueva Gaceta*, integrando su Consejo de Redacción y un año después su firma apareció en *Orientación* apoyando, mediante su participación en la Asociación de Amigas de la

---

<sup>337</sup> Caute, 1973, *op. cit.*, pp. 371-375

<sup>338</sup> Oliver, *op. cit.*, p. 323

<sup>339</sup> *Ibíd.*

Paz, la constitución del Comité Argentino por la Paz, cuyo secretariado comenzará a reunirse en su casa de la calle Guido, en el barrio porteño de Recoleta. En julio de 1951 integró la presidencia de la III Conferencia Nacional por la Paz realizada en Mendoza. Desde entonces asiste como delegada de los intelectuales argentinos a los sucesivos congresos pacifistas (Varsovia, Viena, Roma, Helsinki, Moscú...) y ocupa un puesto clave en la organización del Congreso Continental de la Paz celebrado en Montevideo en 1952 y en el Congreso Continental de la Cultura que reunió en Santiago de Chile, en junio de 1953, a una constelación de grandes escritores y artistas latinoamericanos. Las impresiones de estos encuentros y viaje toman la forma de esperanzados artículos que publica en el semanario *Propósitos*, dirigido por el escritor Leónidas Barletta. Desde su creación en 1951, dirigió *Por la Paz*, órgano de la Consejo Argentino por la Paz, luego reemplazado por *Vocero de la Paz*.

Durante su estadía en el Congreso de Viena, fue invitada por las autoridades soviéticas a recorrer el mundo comunista. María Rosa celebró la navidad de 1952 en Moscú para luego partir a China, su próxima escala. El impacto que le produce esta visita será determinante y de algún modo marcará su alejamiento posterior del mundo soviético. La *liaison passionelle* que la unió a la patria del socialismo durante más de 20 años tomó la forma del descubrimiento chino, como sucederá con muchos compañeros de ruta en todo el mundo.<sup>340</sup>

### **La clave organizativa: el caso de Ernesto Giudici**

Si María Rosa Oliver se convirtió en el modelo del compromiso intelectual público que los comunistas deseaban transmitir (alguien capaz de sobreponerse a su origen de clase e incluso romper con sus viejas amistades en nombre de una causa superior), fue el trabajo de un viejo camarada formado en el espíritu del reformismo antiimperialista de los 20 el que dotó al movimiento pacifista de una organización perdurable. En efecto, Ernesto Giudici era tal vez el intelectual comunista mejor preparado para articular la fuerza emocional de la convocatoria antibelicista con un discurso

---

<sup>340</sup> María Rosa Oliver dejó escritas sus impresiones sobre China en el libro *Los que sabemos hablamos... Testimonios sobre la China de hoy*, escrito en coautoría con Norberto Frontini y publicado en 1955 por la editorial Botella al Mar.



antiimperialista propiamente antinorteamericano. Figura destacada del ala antiimperialista del movimiento reformista, Giudici se formó bajo la tutela intelectual de José Carlos Mariátegui, José Vasconcelos y José Ingenieros, desarrollando desde su juventud una postura política latinoamericanista y una interpretación humanista del marxismo. Como muchos otros intelectuales comunistas argentinos, Giudici vio trunca su carrera universitaria debido a su militancia política. En 1932, cuando faltaban pocos meses para que recibiera el título de médico, fue expulsado de la UBA por sus denuncias contra la dictadura de José Félix Uriburu. Como consecuencia de este cercenamiento, se abocó con mayor intensidad al periodismo y la militancia política. Luego de un paso de cuatro años por el Partido Socialista, se afilia al PCA en 1934. Un año después funda la Liga del Pensamiento Materialista y comienza una febril militancia en los medios antifascistas, lo que lo dotó de una gran pericia en la constitución de organizaciones frentistas.<sup>341</sup> Hasta 1973, cuando en el contexto del gobierno peronista de Héctor Cámpora, renunció al partido, Giudici fue un militante convencido, aunque no necesariamente sumiso. Se desempeñó como jefe de redacción del diario partidario *La Hora*, fue director del periódico *Orientación* y más tarde dirigió *El Popular*. Fue apoderado del partido y responsable de frente universitario. Debido a su sólida formación marxista, que solo un puñado reducido de intelectuales del partido poseían, intervino en sonadas polémicas sobre diversos aspectos del materialismo dialéctico y en varias ocasiones defendió posturas relativamente “heterodoxas” respecto a la estrechez teórica y la rigidez conceptual de la institución partidaria.

Para Giudici, el discurso que vinculaba la voluntad expansionista de los Estados Unidos con el renacimiento del fascismo no resultaba un giro novedoso. Ya en 1940, en *Imperialismo inglés y liberación nacional*, había argumentado que la solidaridad con la URSS no debía hacer olvidar que en la Argentina y en América Latina la lucha contra el imperialismo era prioritaria, afirmación que le valió los elogios del escritor

---

<sup>341</sup> Sobre Giudici se puede consultar la entrada “Ernesto Giudici” en Tarcus, 2007, *op. cit.*, pp. 253-265 y Kohan, Néstor, “Ernesto Giudici, herejes y heterodoxos en el comunismo argentino”, en Kohan, 2000, *op. cit.*, pp. 113-171.

nacionalista de origen radical Raúl Scalabrini Ortiz y de su camarada el historiador Rodolfo Puiggrós, expulsado del partido en 1946 por su simpatía con el peronismo.<sup>342</sup>

Giudici convocó a los intelectuales a militar por la paz en el “campo específico de las ideas”, lo que en esos momentos iniciales significaba, por un lado, combatir y denunciar el “irracionalismo” bajo su forma de filosofía existencialista y arte “decadente”, por el otro, reflejar la realidad del atraso y la dependencia de los pueblos latinoamericanos en “el repudio a un modo de vida norteamericano que reedita el mito nazi de la superioridad racial y de la violencia, con una gran dosis de envilecimiento mercantil. Es la mecanización brutalizada unida al estancamiento feudal”.<sup>343</sup> Desde su puesto estratégico en la secretaría general del Movimiento por la Paz, la que ejerció hasta 1954, acompañó las gestiones de diversos presidentes, todos ellos simpatizantes y amigos que le otorgaban a la organización el carácter amplio que toda iniciativa frentista necesitaba.

El Comité Argentino por la Paz comenzó sus tareas en marzo de 1949 mediante un manifiesto en apoyo a la convocatoria del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz firmado por más de 120 “personalidades” encabezadas por el escritor Leónidas Barletta, esforzado compañero de viaje de los comunistas. El manifiesto fue publicado en la portada de *Orientación* el 30 de marzo, el mismo día en que el presidente Juan Domingo Perón dejaba inaugurado en Mendoza el Primer Congreso Nacional de Filosofía, al que los comunistas calificaron como un acto concreto de la regresión a escala argentina de la decadencia imperialista mediante la imposición de una ideología “antimayo”.<sup>344</sup>

Compartiendo los profundos anhelos de paz expresado en el llamado de los organizadores del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz y considerando que la lucha contra los provocadores de la guerra se convierte hoy en la tarea central de todos los hombres y mujeres amantes del progreso, la democracia y la libertad e independencia de sus países, nosotros, en nombre propio, y haciéndonos intérpretes de

---

<sup>342</sup> Cfr. Kohan, *Ibidem*, pp. 132-133.

<sup>343</sup> Ernesto Giudici, “Los intelectuales por la paz, el progreso y la cultura”, *Orientación*, 30 de abril de 1949.

<sup>344</sup> Con ideología “antimayo” se hacía referencia a aquellas posturas que rechazaban la completa separación de la herencia hispánica y, por lo tanto, el movimiento independista iniciado en Mayo de 1810.

los mejores sentimientos y tradiciones del pueblo argentino, hacemos llegar nuestra adhesión a los organizadores de ese congreso a celebrarse el próximo mes de abril, siendo también nuestro propósito constituir una comisión nacional que, además del envío de delegados a dicho congreso, trabaje en forma permanente a favor de un amplio movimiento de esa naturaleza en la Argentina.<sup>345</sup>

Entre las cinco primeras firmas del Manifiesto por la Paz se encontraban la de Alejandro Ceballos, prestigioso médico y profesor universitario que pocos años después reemplazaría a José Luis Romero como rector de la Universidad de Buenos Aires; el juez y escritor Horacio Dobranich; el pintor Juan Carlos Castagnino y el Presidente de la Federación Universitaria Argentina, Wolfram Luthy.<sup>346</sup> Aunque no se trataba estrictamente de un manifiesto de intelectuales, estos estaban claramente sobrerrepresentados en relación a los dirigentes estudiantiles, políticos y obreros, según la clasificación que precedía el listado de los firmantes. Apelando a un “efecto de título” utilizado por las izquierdas desde el Caso Dreyfus, el Movimiento por la Paz organizó su legitimidad acompañando cada vez que fue necesario el nombre de los adherentes o simpatizantes con la mención de su profesión o diploma. No por casualidad, los máximos referentes de los partidarios de la Paz eran científicos eminentes como Frédéric Joliot Curie y Aimé Cotton –dos “sabios”, como gustaban llamarlos los diarios comunistas—, y grandes artistas como Pablo Picasso y Paul Eluard.

En tanto forma de movilización de los intelectuales en torno a un acontecimiento, y acontecimientos en sí mismos, los manifiestos y los petitorios son útiles herramientas para trazar un “retrato social” de las fracciones del campo intelectual en un momento dado.<sup>347</sup> En el caso del “Manifiesto por la Paz”, publicado en marzo de 1949 convocando a la organización de una comisión argentina que retomara el llamamiento lanzado en París, la composición social y profesional de la lista de adhesiones puede indicar algo sobre la geografía del compromiso intelectual con el comunismo en aquellos años. Como ya mencionamos, la jerarquía otorgada a las profesiones

---

<sup>345</sup> “En defensa de la paz. Importantes personalidades y organizaciones de nuestro país apoyan el Congreso de París”, *Orientación*, 30 de marzo de 1949.

<sup>346</sup> “En defensa de la paz,”, *Orientación*, 30 de abril de 1949.

<sup>347</sup> Charle, *op. cit.*, p. 125.

intelectuales en el orden de presentación indica claramente el lugar que los organizadores le asignaban a este grupo social en la legitimación de su cruzada pacifista, aunque también podría indicar que fueron los intelectuales, y no los obreros, los que acudieron al llamado de los sabios y artistas parisinos. De los 120 firmantes que *Orientación* eligió para publicar en su portada, el 92, 2% pertenecían a categorías intelectuales en un sentido general y solo el 3,3 eran dirigentes obreros. Dentro de las categorías intelectuales sobresalían claramente las profesiones literarias y artísticas (escritores: 18 %, pintores y dibujantes: 13%) y los médicos y odontólogos (18 %), seguidos de los periodistas (11 %), los dirigentes estudiantiles (9 %), las profesiones jurídicas (7%) y las profesiones científicas (químicos, bioquímicos, farmacéuticos 6%). En último lugar se agrupaban los docentes, los ingenieros y los escribanos, que en conjunto no representaban más del 3% de los firmantes. Las agrupaciones profesionales estaban escasamente representadas, con la excepción de la Confederación Farmacéutica y Bioquímica Argentina y la Asociación Argentina de Actores. Ni la SADE, ni la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos (SAAP), ni el CLES, para nombrar organizaciones en la que los comunistas tenían cierta participación, prestaron su apoyo a la iniciativa, y aunque muchos de sus socios colaboraron a título personal la mayor parte de la elite intelectual del espacio liberal se negó a prestar su nombre al llamado pacifista, al que calificaban, a tono con la gran prensa, como la “paz soviética” o la “paz comunista”.<sup>348</sup>

El Comité Argentino de Partidario de la Paz conformó provisoriamente su primera comisión directiva con una estructura que será clásica: legisladores y dirigentes radicales y profesionales y escritores, fueran comunistas o simpatizantes. Un extrapartidario ocupando la presidencia y un comunista ocupando la secretaría general, puesto este que será adjudicado a Ernesto Giudici a lo largo de las presidencias sucesivas de Carlos Fernández Ordoñez (abogado cordobés de extracción radical),

---

<sup>348</sup> La negativa de las autoridades del Colegio Libre de Estudios Superiores a firmar el manifiesto pacifista fue particularmente condenada por los comunistas, pues la presentaron como una traición al legado de Aníbal Ponce –uno de sus fundadores- y un síntoma de la decadencia en la que había caído la institución. Cfr. “Esto sucedió”, *Orientación*, 6 de abril de 1949.

Emilio García Iturraspe, Norberto Frontini (abogado y escritor), Eduardo Aleman y Alberto Casella (ingeniero).<sup>349</sup>

Los comunistas argentinos estuvieron representados en los diversos congresos que se multiplicaron alrededor del mundo en nombre de la paz. A Wroclaw asistió Alfredo Varela, en calidad de miembro de la dirección del diario *La Hora* y destacado escritor. Sobre esa experiencia publicó un extenso artículo en *Orientación* donde detallaba su confraternización con Pudovkin, Picasso, Fadeiev, el Dean de Canterbury y Michel Prenant. Lo mismo hizo Fany Edelman refiriéndose al Segundo Congreso de la Federación Democrática Internacional de Mujeres y el músico Atahualpa Yupanqui, miembro de la delegación de 22 jóvenes que participaron en el Congreso de la Federación Mundial de la Juventud Democrática celebrado en Budapest en setiembre de 1949.<sup>350</sup> Una vez conformado el movimiento en Argentina, las delegaciones se hicieron más nutridas. Al segundo congreso de los Partidarios de la Paz celebrado en Praga y París en abril de 1949 asistieron 14 delegados en representación de distintos sectores y organizaciones sociales o profesionales, todos, con la excepción de Fernández Ordoñez, afiliados al partido, incluyendo miembros del Comité Central.<sup>351</sup>

---

<sup>349</sup> La comisión directiva provisoria del Comité Argentino por la Paz, creado bajo los auspicios del manifiesto de adhesión al Congreso de París, estuvo integrado por: Romeo Bonazzola (diputado nacional), Manuel Armengol (abogado), Norberto Frontini (abogado), Ernesto Giudici (escritor), C. Rodríguez Otaño (escritor), Gregorio Bermann (profesor universitario), Wolfram Luthy (presidente de la FUBA), Jorge Thénon (médico) y Tomás Ide (diputado provincial de Buenos Aires).

<sup>350</sup> Varela, Alfredo “La fraternidad de los intelectuales”, *Orientación*, 17 de noviembre de 1948, Atahualpa Yupanqui, “Budapest, la ciudad donde se encontró la juventud”, *Orientación*, 14 de setiembre de 1949, y Fanny Edelman, “El Segundo Congreso Mundial de Mujeres”, *Nueva Era*, Buenos Aires, n° 1, abril de 1949.

<sup>351</sup> El congreso se realizó en Sala Pleyel, con la presencia de más de 2000 delegados de 72 países. Según informó la prensa comunista los delegados se repartieron en las siguientes proporciones: 719 intelectuales, 665 obreros, 316 profesionales liberales, 49 profesionales industriales, 37 campesinos, 163 eclesiásticos, 152 escritores, 31 hombres de ciencias, 73 artistas, 34 médicos y 405 de profesiones diversas. Cfr. “Aspectos de la gran reunión”, *Orientación*, 11 de mayo de 1949. Aunque las categorías no sean del todo claras, lo que sí resulta evidente es el peso que las “profesiones intelectuales” tuvieron sobre la representación obrera y campesina. La delegación argentina estuvo conformada por Carlos Fernández Oroño, Irma Othar (dirigente obrera), Gerarda Scolamieri (maestra), Benitto Marianetti (abogado y miembro del CC), Alcira Pérez Peñalba (médica), Rubens Iscaro (dirigente obrero), Julio Peluffo (médico), Pedro Fontana (ingeniero), Sara Raier, Jorge Viaggio (médico), Mauricio Birgin (abogado) y Electra Luppi. Algunos delegados no pudieron salir del país por problemas de visado o por haberseles negado el pasaporte, entre ellos: Juan Carlos Castagnino, Eter Giolito, Rodolfo Araújo Alfaro, Wolfram Luthy y Yuqueri Rojas. Cfr. “Delegados argentinos al congreso de París”, *Orientación*, 27 de abril de 1949. La prensa comunista afirmó que en aquella oportunidad la delegación argentina entregó

En una práctica que era usual en el régimen de compensaciones que organizaba la vida intelectual partidaria, ser designado como delegado para asistir a un congreso en el que era posible codearse, como sucedió en París, con una constelación brillante de artistas, escritores y científicos, a menudo se relacionaban con una recompensa a la observancia de la disciplina partidaria. Rara vez los díscolos eran merecedores de tales premios, como puede comprobarse en la ausencia de todos los escritores que habían sido amonestados en las purgas antivanguardistas de los meses previos.<sup>352</sup>

En el Congreso de París quedó conformado un Comité Permanente del Movimiento, cuyos objetivos eran esencialmente organizativos y propagandísticos. Entre sus integrantes destacaban los franceses, como Joliot Curie, que fue designado presidente, Pablo Picasso, Aimé Cotton y Pierre Cot, aunque había representación latinoamericana: Juan Marinello de Cuba, Julia Arévalo de Uruguay, Pablo Neruda de Chile, Jorge Amado de Brasil, Lázaro Cárdenas y Vicente Lombardo Toledano de México. Los representantes argentinos eran el psiquiatra Julio Luis Peluffo y la educadora Gerarda Scolamieri.<sup>353</sup> Al mismo tiempo, por decisión de la Cominform, quedó establecida una Sección de Propaganda para América Latina bajo la secretaría general de Jorge Amado, cuya primera tarea fue la inauguración de una “Asociación de la América Latina” presidida por el escritor venezolano Roberto Ganzo. Según un informe del embajador chileno en París, el objetivo de este organismo era:

(...) incrementar la propaganda comunista en América Latina, aprovechando la influencia que la cultura francesa ejerce en esa parte de nuestro continente. Su acción deberá desarrollarse especialmente en los medios más cultos, utilizando a los intelectuales como fuerza de choque (...) El primer resultado de este plan fue la inauguración de la “Asociación de la América Latina” que tratará de agrupar numerosos estudiantes e intelectuales latinoamericanos residentes aquí. Esta institución, que tiene su sede en 5 rue de l’ Observatoire será presidida por el escritor venezolano Roberto Gango (sic) y actuará como secretario el brasileño Israel Pedraza.

---

250.000 fichas de adhesión al Movimiento por la Paz. Cfr. Benito Marianetti “Al luchar por la Paz continuamos las mejores tradiciones nacionales”, *Orientación*, 4 de mayo de 1949.

<sup>352</sup> Raúl Larra contó en una entrevista que su nombre fue retirado del manifiesto por la Paz de 1949 al que nos hemos referido por orden de Juan José Real, entonces Secretario de Organización del Partido. Según Larra, enterado de esta situación, fue a pedirle explicaciones a Real, quien le sugirió que si se ponía en línea respecto a las directivas del partido en cuestiones culturales podría viajar al congreso de París, lo que no sucedió (Entrevista a Raúl Larra, 1989. Gentileza de Alicia García Gilabert)

<sup>353</sup> “El congreso de París”, *Orientación*, 4 de mayo de 1949

Inauguró sus labores el 28 de abril con una velada literaria en el que hicieron uso de la palabra: Pablo Neruda, Jorge Amado, Nicolás Guillén y Juan Marinello. Este último anunció que un Congreso Latinoamericano de la Paz se celebrará en México el 1º de agosto próximo. Se acordó, asimismo, que los delegados latinoamericanos al Congreso de la Paz dirigiera un mensaje a sus pueblos “para celebrar la victoria del Congreso sobre los causantes de la Guerra.”<sup>354</sup>

El Movimiento por la Paz aglutinó el trabajo de varias organizaciones promovidas por los comunistas. La Unión Argentina de Mujeres y la Agrupación Cultural Femenina fueron artífices principales de la campaña de recolección de firmas y de la organización del Congreso Nacional mediante el trabajo de la Comisión Central Pro Congreso de la Paz. También participaron la Liga Argentina por los Derechos del Hombre y la Unión de Jóvenes Patriotas Argentinos, además de otras organizaciones creadas *ad hoc*, como el Movimiento Antiimperialista por la Paz y la Democracia, las Amigas de la Paz, la Comisión Nacional Obrera por la Paz, el Movimiento Juvenil por la Paz, Universitarios por la Paz...

Durante los meses de julio y agosto, los escritores y los artistas plásticos emitieron sus propios manifiestos de apoyo al Congreso Nacional por la Paz que se había puesto en marcha. El de los artistas plásticos estaba encabezado por las firmas de Juan Bonome, presidente de la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos, Antonio Berni, Abraham Vigo, Enrique Policastro, Luis Falcini, Carlos Giambiaggi y Medardo Pantoja. Al frente del manifiesto de los escritores se contaban las adhesiones de José P. Barreiro, José Pedroni, Ernesto Castro, Elías Castelnuovo, Jacinto Grau, Carlos Ruiz Daudet, Ernesto Morales, Álvaro Yunque, Max Dickman, Lázaro Liacho, entre otros.<sup>355</sup> Al mismo tiempo, por iniciativa de la SAAP, la Asociación de Estímulo de Bellas Artes, la Agrupación Cultural Femenina, el Comité Argentino por la Paz y el Centro de Estudiantes de Bellas Artes, se organizó un concurso afiches y viñetas cuyo primer premio era el grabado “Levantado Anclas” donado por Benito Quinquela Martín. Un jurado integrado por Antonio Berni, Enrique Policastro, Demetrio Urruchúa, Carlos Giambiaggi, Bartolomé Mirabelli y Marina Bengoechea premió los trabajos de Luis

---

<sup>354</sup> Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Archivo General Histórico de Chile, Vo. 2528, 1947: Comunismo en Europa, citado en Schidlowsky, *op. cit.*, p. 786.

<sup>355</sup> “Manifiesto de los artistas plásticos” *Orientación*, 10 de agosto de 1949 y “Manifiesto de los escritores argentinos por la Paz”, *Orientación*, 13 y el 27 de julio de 1949.

Pellegrini (afiches) y Raúl Monsegur (viñetas), los que fueron expuestos en la sede del Comité Argentino por la Paz, ubicado en la calle Cerrito al 1147.<sup>356</sup>

Bajo la inspiración del encuentro de París, el I Congreso Nacional por la Paz se realizó en la ciudad de La Plata los días 18 y 19 de agosto de 1949, con la presencia de 1200 delegados de distintos puntos del país pero lejos del clima de camaradería que envolvió a los congresales parisinos por las calles del Quartier Latine. El acto fue prohibido, el Teatro Coliseo clausurado y cerca de 200 delegados terminaron detenidos en las dependencias policiales platenses, inaugurando el gobierno una práctica persecutoria que fue casi permanente y, aunque particularmente virulenta y sistemática en Argentina, habitual en el resto de los países occidentales.<sup>357</sup> En este marco, el congreso sesionó, conformó sus autoridades y emitió una declaración en la que se pronunciaba en contra del Pacto Atlántico y de los Pactos de Río de Janeiro y Bogotá, denunciaba los intentos de sabotear a la Organización de las Naciones Unidas, condenaba el colonialismo, el armamentismo, los golpes de Estado y los planes de ayuda económica promovidos por los Estados Unidos para la región. El Comité Permanente de Partidarios de la Paz quedó constituido bajo la presidencia de honor de Carlos Fernández Ordoñez (que en ese momento estaba preso en Córdoba), la presidencia de Carlos García Iturraspe y 31 vocales organizados en representación de las diversas organizaciones pacifistas, de profesiones u oficios y de las diversas provincias presentes. Juan Jacobo Bajarlía representó a los escritores, Antonio Berni a los pintores, Julio Peluffo a los médicos, Felipe Freyre a los ingenieros, Daniel Vila a los economistas, Manuel Armengol a los abogados, Francisco Petrone a los actores, Urbano Rodríguez a los maestros, Isidro Maiztegui a los músicos, Luis Falcini a los escultores y José P. Barreiro a los periodistas. La dirección efectiva del movimiento quedó a cargo de una Junta Consultiva integrada por los miembros del Comité que

---

<sup>356</sup> Sobre el concurso ver *Orientación* del 20 de julio de 1949 y del 16 de agosto de 1949.

<sup>357</sup> Las denuncias sobre detenciones y vejámenes, particularmente a las mujeres, por parte de la policía y la Sección Especial eran habituales en la prensa comunista. En otros países el acoso solía ser menos explícito y a menudo se traducía en trabas impuestas a los congresos y reuniones o prohibiciones del ingreso a los delegados extranjeros cuando se celebra un encuentro internacional. Esta fue la táctica del gobierno británico en 1950, cuando detuvo la entrada de la mayor parte de los delegados que llegaron para celebrar el tercer Congreso de Partidarios de la Paz que debía celebrarse en Sheffield, obligando a los organizadores a trasladarse a Varsovia.



residían en la Capital Federal, por lo que la presidencia recayó en Norberto Frontini y la secretaría en Ernesto Giudici.<sup>358</sup>

Al mes siguiente, la ciudad de México recibió a 1500 delegados provenientes de 19 países de América Latina, Estados Unidos y Canadá para celebrar el Congreso Continental por la Paz, patrocinado por una comité donde revistaban algunos de los más importantes intelectuales y artistas latinoamericanos: Arthur Ramos, Pablo Neruda, Oscar Niemeyer, Cándido Portinari, Jorge Amado, Caio Prado Jr., Graciliano Ramos, Edison Carneiro (Brasil); Pablo Neruda (Chile), Joaquín García Monje (Costa Rica); Fernando Ortiz, Juan Marinello, Emilio Roig de Leuchsenring, Nicolás Guillén (Cuba); Ismael Cosío Villegas, Alfonso Reyes, María Félix, Diego Rivera, Jesús Silva Herzog, David Alfaro Siqueiros, Luis Garrido (México), Rogelio Sinán (Panamá), Miguel Otero Silva (Venezuela), José Luis Massera (Uruguay), entre otros.<sup>359</sup> En la Argentina, integraban el grupo promotor, según lo anunciaba *Orientación*: Alejandro Ceballos (profesor universitario), Antonio Berni (pintor), Francisco Petrone (actor de cine), Telma Reca (médica), Rodolfo Ghioldi (periodista), Ernesto Morales (escritor), Gerarda Scolamieri (educadora), Horacio Dobranich (magistrado), Rubens Iscaro (dirigente sindical), Ernesto Giudici (escritor), Carlos Fernández Ordóñez (abogado), Margarita de Ponce (educadora), Jorge Romero Brest (escritor), Alcira de la Peña (dirigente femenina) y Emilio Troise (médico).<sup>360</sup>

En la Arena de México, ante más de siete mil personas que coreaban los himnos nacionales al ingreso de cada delegación, entre las mujeres indígenas con su poncho rojo, Ernesto Giudici pudo recordar su participación en el Congreso Antiguerreo de Montevideo de 1933 para, con acentos arielistas, trazar un perfil de la cultura norteamericana:

Los que hasta en Francia lo “americanizan” todo no iban a disimular, en América, su mal gusto y grosería. Ausente el hombre de la concepción “americana” de la existencia, muerto el arte en medio de los hierros de una estructura metálica sin alma,

---

<sup>358</sup> “Declaración y llamamiento del Congreso Argentino de Partidarios de la Paz”, *Orientación*, 24 de agosto de 1949.

<sup>359</sup> “Personalidades que auspician el congreso de México”, *Orientación*, 18 de agosto de 1949.

<sup>360</sup> Cfr. “Patrocinantes del Congreso de México”, *Orientación*, 24 de agosto de 1949.

destácase el yanqui en medio de los demás por su frialdad utilitaria y sus corbatas provocativas. Cree que basta el dinero para poseer una obra de arte. Se lleva las cosas hechas por los indígenas y por una artesanía que conserva todavía la unidad entre el trabajo y el arte, la utilidad y la belleza, pero en su concepto ambas cosas siguen disociadas. Lo útil es una barra cromada, o es material plástico, lo bello es mero adorno que está afuera de las cosas útiles. Y quiere el yanqui uniformar la vida con su industria, sus diarios y su cine matando todo germen autóctono, que nosotros defendemos no para mantenerlo en su primitivismo sino para desarrollarlo en sus rasgos propios en lo general. No vamos a oponer lo indígena estancado a lo industrial progresista, como es falso oponer lo gauchesco a las nuevas expresiones sociales del progreso, pero queremos que ese cambio se haga por el desarrollo mismo de las cosas sin matarlas desde afuera. No queremos desarrollo técnico en contra del hombre y la integridad de su pensamiento sino para servir al hombre en la plenitud de sus posibilidades.<sup>361</sup>

Los avatares del Movimiento por la Paz fueron, en la Argentina como en el resto del mundo, un espejo de las necesidades políticas de la Guerra Fría. La lucha por la paz era, se afirmaba, la madre de todas las batallas y la vara con la cual medir los aliados y los enemigos. Para los comunistas argentinos el punto álgido de este modo de concebir las políticas unitarias fue el viraje que experimentó la política exterior peronista hacia 1952, cuando las relaciones del gobierno con los Estados Unidos entren en una profunda crisis y las caracterizaciones partidarias sobre su carácter antiimperialista decidan un conflictivo apoyo. Así, si en 1950 la “tercera posición” era definida como una “cortina de humo” que pretendía ocultar al pueblo la capitulación del gobierno frente a los monopolios imperialistas, en 1952 el joven dirigente peronista John William Cooke explicaba en Viena la original postura tercerista de su gobierno.<sup>362</sup> Por su parte, el Consejo Mundial ya no invitaba a sus congresos al liberal Roberto Giusti sino al sacerdote nacionalista católico Leonardo Castellani.<sup>363</sup>

Los años de la guerra de Corea (1950-1953) fueron los más activos del movimiento durante la década del 50, tanto en la Argentina como en el resto del mundo. Durante aquellos años, muchos escritores, científicos y artistas pensaron, junto a Sartre, que ya

---

<sup>361</sup> Ernesto Giudici, “Realidades americanas en el Congreso de México”, *Orientación*, 2 de noviembre de 1949.

<sup>362</sup>“J. Cooke, Frontini y Esquivel, delegados argentinos, proclamaron en Viena la pasión antiimperialista de nuestro pueblo y sus deseos de Paz”, *Nuestra Palabra*, 23 de diciembre de 1952

<sup>363</sup> Cfr. “Los pueblos esperan del Congreso de Viena un renovado impulso en defensa de la Paz, *Nuestra Palabra*, 9 de diciembre de 1952.

no era posible ser neutral. Por primera vez el mundo asistió a la posibilidad de un conflicto sangriento y prologando que involucraba a naciones armadas con bombas atómicas, lo que suponía, como lo reconoció abiertamente Georgi Malenkov, “el fin de la civilización del mundo”.<sup>364</sup> A lo largo de los siguientes años, los contenidos pacifistas se irán organizando mediante una integración de las coyunturas domésticas y al derrotero de la política internacional. En 1954, será el momento de relacionar la cuestión de la paz a la condena a la política petrolera del gobierno peronista, en 1956 le tocará el turno a la cuestión del Canal de Suez y el Pacto del Atlántico de Sur, ya en los años ‘60, y sobre todo luego de la llamada “crisis de los misiles” en 1962, el tema excluyente será la defensa de Cuba. Ese mismo año, en el marco del “giro a la izquierda” de los peronistas, el Movimiento por la Paz abandonará su estrategia de legitimación por vía de los intelectuales para adoptar un perfil más político—sindical. Las firmas que acompañarán la declaración de auspicio al “Congreso por el desarme y la paz” serán en su mayor parte de dirigentes políticos y sindicales, aunque no faltaron los apoyos de nombres prestigiosos, como el del escritor y ensayista santiagueño Bernardo Canal Feijóo o de artistas populares como Horacio Guaraní.<sup>365</sup>

### **Epílogo cinematográfico: el caso de Alfredo Varela**

La persecución constante del que fue objeto el Movimiento por la Paz en el país fue la fuente de la cual los comunistas extrajeron sus héroes y lamentablemente también sus mártires. Las permanentes denuncias sobre encarcelamientos, abusos y vejámenes a los “combatientes por la paz” poblaron innumerables páginas de la prensa comunista, pero pocos hechos alcanzaron la repercusión que obtuvo la detención del novelista Alfredo Varela en junio de 1952. Demostrando los límites que la solidaridad entre pares impone a las brechas abiertas por las diferencias políticas, las firmas que los comunistas no consiguieron estampar en las proclamas pacifistas las lograron para pedir la libertad de Varela. Nacido en el barrio porteño de Caballito en setiembre de

---

<sup>364</sup> Citado en Gaddis, 2011, pp. 70 y 87.

<sup>365</sup> “Auspicio argentino al congreso mundial por el desarme y la paz”, *Nuestra Palabra*, 29 de mayo de 1962. De los 62 delegados que viajaron a Moscú para participar del Congreso solo nueve tenían profesiones intelectuales: había cuatro médicos, dos arquitectos, dos escritores y un periodista. Cfr. “Estos fueron los delegados argentinos”, *Nuestra Palabra*, 7 de agosto de 1962.

1914, Varela logró escribir el único libro “realista socialista” de los comunistas argentinos.<sup>366</sup> *El Río Oscuro*, publicado por Lautaro en 1943, fue un suceso tanto por su tema y su fuerza narrativa como por su innovadora estructura formal. A través de una línea narrativa fracturada en tres tiempos (clara influencia de los narradores norteamericanos como John Steinbeck, John Dos Passos y William Faulkner), Varela cuenta la historia de Ramón Moreira, un hombre que es reclutado para trabajar en los yerbatales vírgenes del Alto Paraná y sometido a un régimen inhumano de violencia y explotación para, paulatinamente, ir tomando conciencia de su situación y vislumbrar el camino de la política como único y digno modo de liberación de aquel infierno.

Sobre la gloria de la infinita riqueza del Alto Paraná –escribe sobre el final de la novela— el material humano sigue arrastrándose pobre, enfermo, oprimido. Pero las nuevas condiciones, al aproximar físicamente a las grandes peonadas sometiéndolas a la misma explotación exhaustiva, favorecen su agrupamiento y organización (...) Sobre las cenizas del antiguo mensú, del arriero, comienza a levantare el peón organizado, consciente, del porvenir. Su camino de espinas ha de tener en lo sucesivo una luz: la del farol de ese humilde rancho del sindicato obrero...<sup>367</sup>

La novela fue traducida a 15 idiomas y convirtió a su autor en una suerte de mito de la literatura social. Al igual que escritores de su generación, como Raúl Larra y Bernardo Kordon, Varela inició su militancia política en la AIAPE, donde integraba la Asociación de Jóvenes Escritores, apadrinada por Aníbal Ponce. Fue en la revista de la AIAPE, *Nueva Gaceta*, donde también inició su carrera de escritor, publicando poemas y relatos. De origen familiar modesto, no pudo seguir estudios universitarios y, antes de transformarse en periodista y miembro destacado del partido, ejerció diversos oficios, como el de corredor de informes comerciales. En 1941 ingresó a trabajar en el recién creado diario *La Hora*, donde luego llegó a ser miembro del consejo de redacción. Su trabajo periodístico, como también sucedió con el poeta Raúl González Tuñón, lo acercó a las más diversas realidades a lo largo y ancho del país. *El Río Oscuro* fue, antes de convertirse en el libro, una extensa serie de notas que bajo el título “Así viven los esclavos blancos” publicó en la revista *Ahora*.

---

<sup>366</sup> Cfr. Pietro, 1968, p 154.

<sup>367</sup> Varela, Alfredo, *El Río Oscuro*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2008, pp. 254-255.

En 1948 Varela fue enviado por el partido a los congresos de los partidos comunistas de Polonia y Hungría, flamantes democracias populares, y en calidad de delegado de los escritores comunistas argentinos participó en el Congreso de Intelectuales por la Paz, que fundó el movimiento. Desde entonces, Varela consumió “la mayor parte de sus energías creadoras”, al decir de Raúl Larra, en la causa de la Paz.<sup>368</sup> Integrante del Consejo Argentino, donde llegó a ejercer la vicepresidencia, y representante permanente a todos los congresos y reuniones del Buró del Consejo Mundial, cuando fue detenido por la Sección Especial de Represión al Comunismo, había sido promovido a miembro suplente del Comité Central del PCA.

La detención de Varela se produjo en julio de 1951, a casi un año de los asesinatos del dirigente estudiantil Jorge Calvo y el obrero metalúrgico Ángel Zelli a manos de un grupo de la “Sección Especial” que ingresó por la fuerza a una casa de la provincia de Buenos Aires donde se desarrollaba una reunión para movilizar voluntades contra el envío de tropas a Corea.<sup>369</sup> El brutal asesinato de Calvo y Zelli los convirtió inmediatamente en “héroes de la Paz” y se le rindieron innumerables homenajes, incluyendo un libro del propio Varela titulado *Jorge Calvo. Una juventud heroica* (Voz Juvenil, 1952). En esa atmósfera represiva, Varela fue acusado de participar en la organización de la huelga ferroviaria declarada en enero de 1951. Sobre él ya pesaba una condena por desacato que estaba en suspenso, por publicar en *La Hora* una denuncia contra el jefe de policía por el asalto a un acto conmemorativo del 32 aniversario de la Revolución Rusa que terminó con centenares de presos y apaleados. Unos meses antes de ser nuevamente detenido, había pasado 20 días en la cárcel en compañía de Atahualpa Yupanqui, luego de que ambos fueron detenidos en la puerta de la embajada soviética. La prensa comunista presentó la detención Varela como una consecuencia de su trabajo como escritor comunista, resaltando tanto su compromiso político como el valor “documental” de su literatura. Ante la pregunta “¿por qué se encarcela a Varela?”, *Nuestra Palabra* respondía:

---

<sup>368</sup> Larra, 1986, p. 34.

<sup>369</sup> Cfr. Gilbert, 2009, pp. 306-312.

Porque como escritor ha defendido desde el diario y desde el libro a los humildes. Él estuvo con los trabajadores de la Alpargatera señalando en notas inolvidables la justicia de los 10000 obreros expoliados por patronos extranjeros, ingleses. Él estuvo con los hacheros y cosecheros del algodón del Chaco y Corrientes, él denunció la miseria impuesta por los terratenientes en el sur argentino. Él mostró, a través de ojos argentinos, la limpia, la hermosa verdad de un país maravilloso donde triunfa el socialismo: la Unión Soviética. Él estuvo en el Paraguay, en lo más rudo de la lucha al lado de un pueblo tradicionalmente expoliado por el imperialismo, cantando sus esperanzas, nombrando su (sic) dolores, señalando su (sic) próximas y seguras victorias.<sup>370</sup>

La campaña por la libertad de Varela recibió adhesiones de todo el mundo, incluyendo las ya habituales firmas de las autoridades del Consejo Mundial por la Paz, de Pablo Neruda, Jorge Amado, Claude Morgan, György Lukács, Arnold Zweig, Emilio Sereni... La nota enviada al juez de la causa, Miguel Vignola, solicitando la resolución urgente del caso y la inmediata libertad del “muy distinguido” colega estuvo encabezada por Ezequiel Martínez Estrada y Jorge Luis Borges.<sup>371</sup> Varela fue finalmente condenado a un año de prisión efectiva en la Cárcel de Villa Devoto, lo que derivó en la constitución de un comité por su libertad cuyo presidente fue Leónidas Barletta, secundado por escritores comunistas.<sup>372</sup> Varela recuperó la libertad en mayo de 1952, en lo que fue presentado como un “triunfo de la movilización popular por la democracia y la paz”, tanto más significativo y aleccionador por haber sido obtenido en el marco de “una opresión política cada día más dura”. Como vimos, ese mismo mes el partido apoyaba públicamente la convocatoria de Perón para formar un frente popular unido para oponerse a la conspiración golpista que, según el presidente, era organizada por el imperialismo norteamericano y la oligarquía local.

El caso de la detención de Varela es sintomático de estos vaivenes y de las dificultades que el Movimiento por la Paz encontró en la Argentina para desarrollarse, pues las apuestas realizadas en sede política difícilmente podían trasladarse al espacio intelectual al que el llamado pacifista pretendía convocar, pues era mucho menos

---

<sup>370</sup> “Libertad para A. Varela”, *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 3 de setiembre de 1951.

<sup>371</sup> “La libertad de A. Varela solicitan destacados escritores”, *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 18 de setiembre de 1951.

<sup>372</sup> “Se constituyó un comité por la libertad de Alfredo Varela”, *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 29 de enero de 1952.

propenso a la modificación abrupta de las caracterizaciones sobre un gobierno que se había ganado el repudio casi unánime del mundo letrado. Cuando Valera recuperó la libertad, agradeció desde las páginas de *Nuestra Palabra* la movilización nacional e internacional que se desplegó para reclamarla, aunque no hizo mención alguna de las razones por las cuales el gobierno peronista lo había encarcelado y ahora lo liberaba. Apenas cinco meses después, el 9 de octubre, se estrenaba en el teatro Gran Rex de la calle Corrientes la película “Las aguas bajan turbias”, adaptación cinematográfica de *El Río Oscuro*, dirigida y protagonizada por el director y cantante popular peronista Hugo del Carril. Aunque desde la cárcel de Devoto Varela participó en la adaptación del guión, no figuraba en ningún crédito y su libro nunca se mencionó en ninguna crítica, pues esa —y la aclaración de que el infamante régimen de explotación de los yerbatales era parte de un remoto pasado— fue la condición para que el proyecto fuera autorizado por la Secretaría de Propaganda del gobierno. Así lo hacía notar la prensa comunista en abril de 1952, al afirmar que mientras las compañías esclavistas denunciadas por Varela no solo subsistían sino que bajo el régimen justicialista había ganado muchos millones, aquel que les había recordado sus crímenes se encontraba preso. Sin embargo, una vez estrenada, la misma prensa aplaudió la película y acordó en que esa “época de horror” había sido en gran parte superada por el combate de la “clase obrera”.

Como una muestra del paradójico lugar que los intelectuales comunistas ocupaban en un espacio cultural escindido por la adhesión o el rechazo al peronismo, mientras los comunistas, embarcados en el apoyo al gobierno, saludaban la película y olvidaban incómodamente la prisión de Varela por la que habían movilizad todos los resortes del Movimiento por la Paz; la oposición —y con ella buen parte de los intelectuales que habían reclamado por la libertad del autor de *El Río Oscuro*— juzgó la película como una muestra de propaganda peronista pues durante su estreno, cuando al final el protagonista y su mujer escapan del obraje para coronar su historia de amor (y no para

asumir el camino de política y la sindicalización) los espectadores aplaudieron al grito de ¡Viva Perón!.<sup>373</sup>

Al poco tiempo de salir en libertad, Varela fue enviado a Viena para desempeñarse como funcionario del Consejo Mundial por la Paz. En esta ciudad se instaló con su familia por varios años, abandonando prácticamente la escritura para dedicarse a trabajos burocráticos y organizativos. Desde allí realizó infructuosas gestiones para que los escritores argentinos estuvieran representados en el Segundo Congreso de Escritores Soviéticos que se celebró en 1954, sin mayor éxito. A pedido de Agosti, se dedicó a recomendar autores soviéticos que pudieran ser traducidos por las editoriales comunistas argentinas. Entre estas recomendaciones figuró *El Deshielo*, de Ilia Erenburg, que Varela conocía por los borradores de su traducción francesa. Se trata, escribe en una carta de junio de 1954, de una obra apasionante que “refleja la nueva situación creada en la URSS en todos los aspectos de la vida social”.<sup>374</sup> La propuesta es aceptada de inmediato y la editorial Futuro, propiedad de Raúl Larra, se encarga de traducir y editar en dos volúmenes la obra del escritor que apenas dos meses después desembarcará en Buenos Aires para conferenciar en los salones de la SADE.<sup>375</sup> La novela de Erenburg no estuvo exenta de polémica, desde la Unión de Escritores Soviéticos, por la boca de su presidente Kostantin Simonov, se la calificó de antisoviética y fue denostada. La edición argentina, incluirá esta polémica como un apéndice tomando abierta partida por el autor de *La Tempestad*. En la edición del segundo volumen, en 1956, los editores definirán el trabajo como una valiente anticipación de los cambios que finalmente sobrevendrían en la URSS y una

---

<sup>373</sup> Cfr. España, 2006, p. 9.

<sup>374</sup> Carta de Alfredo Varela a Héctor P. Agosti, Viena, 6 de junio de 1954. Archivo HPA/CEFMA.

<sup>375</sup> Erenburg llegó a Buenos Aires luego de su accidentada visita a Chile donde debía entregarle a Pablo Neruda su premio Stalin por al fortalecimiento de la Paz entre los Pueblos. En esa oportunidad fue retenido por la policía aeroportuaria chilena acusado de transportar mensajes secretos en discos fonográficos. El autor de *La caída de París* estuvo en Buenos Aires durante cinco días en el mes de agosto de 1954 y fue recibido por la prensa no sin cierta indiferencia, solo amenguada por la protesta de un grupo de escritores judíos que publicó en *La Nación* una carta abierta reclamándole por su actitud complaciente frente al antisemitismo soviético. Cfr. “Erenburg en Buenos Aires”, en *Nuestra Palabra*, 17 de agosto de 1954, p. 3 e “Ilia Erenburg, durante su estadía en Buenos Aires fue entrevistado por escritores, periodistas y entidades populares”, en *Nuestra Palabra*, 24 de agosto de 1954, p. 7.



demostración de la necesidad de discutir concepciones estereotipadas del individuo que resultaban contrarias al humanismo socialista.

Erenburg —afirmaban— narra en esta continuación siempre a través de los mismos personajes, otros aspectos del “deshielo” soviético, en particular la vida artística, todas las trabas que aún pesan para el florecimiento pleno del trabajo creador, y cómo es necesario aún luchar contra la rutina, la mediocridad, la burocracia y también contra la cortesanía encaramada y complaciente.<sup>376</sup>

El Consejo Argentino por la Paz fue unas de las organizaciones frentistas más importantes del comunismo argentino y también la más longeva. Con la disolución de la Cominform luego del XX Congreso, el Movimiento por la Paz cayó en una orfandad organizativa ligada en forma directa a las necesidades soviéticas, y luego de los sucesos de Hungría, perdió toda credibilidad, al punto de que en muchos países, como en Francia, sus organismos nacionales estallaron.<sup>377</sup> En la Argentina, y a pesar del impulso que le otorgó la causa cubana, sus actividades languidecieron, pero siguió funcionando inercialmente hasta la década del ‘80. A lo largo los años aquí analizados la apelación pacifista de los comunistas latinoamericanos se articuló con una revaloración del antiimperialismo, pues la defensa de la soberanía nacional tanto en el ámbito de la política como de cultura se organizó sobre la presunción de que el mundo socialista no solo había resuelto exitosamente el problema de las nacionalidades sino que constituía el único reaseguro para los procesos de liberación nacional en curso.

---

<sup>376</sup> Texto de solapa de la edición del segundo volumen de *El Deshielo* (1956).

<sup>377</sup> Cfr. Cauter, 1973, *op. cit.* 488.

## Capítulo 4

### El redescubrimiento de América El antiimperialismo comunista y las tradiciones culturales

---

Tenemos en nuestra América un mundo por hacer y no somos abandonados náufragos de una isla tenebrosa, sino partes solidarias de una fuerza constructora. No aceptamos que en nuestro joven continente los enemigos de la vida y de la paz prediquen invocando altas disciplinas intelectuales: la pasividad, el aislamiento, el suicidio y la muerte.

**Pablo Neruda, 1952**

Con el período abierto con el inicio de la Guerra Fría, los escritores y artistas comunistas latinoamericanos emprendieron una tarea de “redescubrimiento” de las culturas americanas, lo que en algunos casos, como en la Argentina, trajo aperejada una reconsideración de las tradiciones históricas y culturales liberales reinvidicadas desde mediados de los ‘30 en el marco de la lucha antifascista. La defensa de la soberanía nacional frente a los embates del imperialismo norteamericano que constituyó la tarea principal de los partidos comunistas occidentales desde 1948, se tradujo en términos culturales en la organización de un discurso que, mediante la condena al “cosmopolitismo”, pretendió defender y revalorizar las “culturas nacionales” y, al mismo tiempo, definir qué era lo específicamente popular dentro de aquel espacio nacional. Este fue un proceso que se manifestó de diversas maneras. En el terreno de la creación artística y la crítica cultural se emprendió una condena a las formas y productos culturales identificados con la “penetración imperialista” y la “degeneración burguesa”, desde la filosofía existencialista hasta el arte abstracto, pasando por la sociología y el psicoanálisis hasta llegar a las historietas y la novela policial. En el terreno organizacional, se buscó dotar a los intelectuales de estructuras de participación de carácter nacional y continental que fueran capaces de articular los mandatos antiimperialistas y pacifistas con reivindicaciones sectoriales y gremiales largamente postergadas. Estas estructuras aspiraban también a consolidar un círculo

alternativo de producción y circulación de productos y productores culturales en momentos en que la política intelectual y artística de Estados Unidos hacia la región adoptaba un discurso “internacionalista” muy claro en campos como las artes plásticas y las ciencias sociales. Varios años antes de que los encuentros entre escritores latinoamericanos delinearan la fisonomía del compromiso intelectual en los marcos de una familia unida por el llamado cubano,<sup>378</sup> los comunistas se habían propuesto superar la “incomunicación” entre los artistas e intelectuales del continente para “trabajar por la paz” y enfrentar el imperialismo norteamericano en el terreno que les era propio.

La derrota del nazismo y el fin de la guerra supuso una transformación radical de las nociones de nacionalismo e internacionalismo. Como ha explicado Perry Anderson, se trató de uno de los grandes hitos del siglo XX:

Hasta aquel momento, las formas dominante de nacionalismo –desde las ambiciones más nobles del patriotismo de la Ilustración hasta las crueldades más criminales del facismo— fueron siempre expresión de las clases acaudaladas, mientras que, desde el siglo XIX en adelante, las formas correspondientes de internacionalismo –cualesquiera que fueran sus vicios o límites— fueron expresión de las clases trabajadoras. Después de 1945, esta doble conexión –capital/lo nacional, trabajo/lo internacional— da una vuelta de campana. El nacionalismo se vuelve una causa predominantemente popular, de las masas explotadas e indigentes, en una revuelta intercontinental contra el colonialismo y el imperialismo occidentales. El internacionalismo, en el mismo lance, empieza a cambiar de bando, adoptando nuevas formas en las filas del capital. Esta constituiría una transformación preñada de consecuencias<sup>379</sup>

Luego de la invasión alemana a la URSS en 1941 y hasta el fin de la guerra, la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos se alinearon con el discurso patriótico emanado de la URSS y los comunistas europeos, poniendo en segundo lugar los contenidos internacionalistas.

Al darse como tarea la de unir a *toda la nación* en defensa de la Patria y en lucha contra el imperialismo del Eje agresor –escribía Codovilla en 1941— nuestro partido pisa las huellas de las más puras tradiciones del movimiento comunista mundial. El creador de nuestra doctrina, Carlos Marx, nos enseñó que “un pueblo que oprime a

---

<sup>378</sup> Cfr. Gilman, *op. cit.*, p. 113

<sup>379</sup> Anderson, 2002, p. 16

otros pueblos jamás puede ser libre”, y que, por eso, la rebelión contra la opresión nacional, para rescatar al país del yugo extranjero, es deber sagrado de cada comunista y de cada patriota.<sup>380</sup>

Este viraje implicó, en alguna medida, un retorno a los principales postulados de la línea del frente popular, aunque con un claro acento en la supeditación de los intereses clasistas al esfuerzo de guerra de los aliados y al impulso por crear lo que primero fue llamado “Frente democrático nacional” y luego “Unidad Nacional”. La mayor parte de los partidos comunistas en América Latina se alinearon con la línea patriótica, americanista y conciliadora desarrollada por el secretario general del partido comunista de los Estados Unidos, Earl Browder.<sup>381</sup> El “browderismo” —explica Michael Löwy— postulaba el inicio de una era de amistad y colaboración entre el campo socialista y los Estados Unidos que habría de continuar aun pasada la guerra. Los comunistas latinoamericanos sostuvieron mayoritariamente la tesis según la cual el nuevo escenario de cooperación internacional jugaría un rol progresista en el desarrollo económico, político y social de los países latinoamericanos, contribuyendo a su independencia económica mediante la eliminación de los motivos históricos de su atraso capitalista. Finalizada la guerra, en abril de 1945, esta línea fue condenada como liquidacionista y abandonada, aunque en algunos países mantuvo su vigencia mediante la política de “unidad nacional” en contra de las “encarnaciones fascistas” representadas por los emergentes gobiernos populistas de la región.<sup>382</sup> En la Argentina, el punto de consumación de esta política quedó plasmado en la participación de los comunistas en la llamada “Unión Democrática”, alianza organizada para enfrentar a Perón en las elecciones que le dieron la victoria en febrero de 1946 y que contó con el apoyo entusiasta del embajador de los Estados Unidos, Spruille Braden.<sup>383</sup>

---

<sup>380</sup>Codovilla, Victorio, “¡Listos para defender la patria!. Informe rendido ante el X Congreso del Partido Comunista; realizado en Córdoba los días 15, 16 y 17 de noviembre de 1941”, Buenos Aires, Partido Comunista. Comité Central, 1941, p. 19. Fragmentos de este folleto fueron reproducidos por *Orientación* bajo el título “El patriotismo de los comunistas” en la edición del 22 de mayo de 1945.

<sup>381</sup>Liebner, *op. cit.*, p. 65 y ss.

<sup>382</sup>Löwy, 1980, pp. 33-34.

<sup>383</sup> En la IV Conferencia Nacional del PCA, realizada en diciembre de 1945, Victorio Codovilla explicaba: “La preocupación constante de nuestro partido ha sido y es la de unir en un poderoso frente de lucha a todas las fuerzas democráticas y progresistas del país, sin distinciones de ideología política ni de sector social. Unirlas para liquidar la forma criolla del fascismo y las causas económicas y sociales

A partir de 1948, con la constitución de la Cominform, la nueva línea soviética se basó en poner fin a la táctica frentista aplicada durante la guerra y avanzar en la táctica de la unidad orgánica y el frente único por la base.<sup>384</sup> En los países occidentales, esto supuso una lucha contra los socialistas y los socialdemócratas, a los que se consideraba cómplices de los planes expansionistas y/o colonialistas de los Estados Unidos. En América Latina tal orientación implicaba abandonar las expectativas comunistas con respecto a la función progresista y democrática de la supuesta burguesía nacional, por lo que los partidos tradicionales empezaban a ser tratados en su conjunto como partidos burgueses que traicionaban la nacionalidad.<sup>385</sup> Una vez más, los mismos conceptos pasaron a designar nuevas realidades. Mientras el “nazifascismo” y sus “formas criollas”, fueron el enemigo principal, el mantenimiento de un sistema democrático que asegurara los derechos civiles y diera el marco de legalidad para avanzar en las conquistas sociales fue el motivo principal de la política de alianzas y del discurso comunista. El nuevo agrupamiento internacional de posguerra, afirmaban ahora los comunistas, se manifestaba en América Latina en los intentos de crear un bloque continental bajo la hegemonía económica de los Estados Unidos. Para lograr este objetivo era necesario eliminar los restos de democracia que sobrevivían en el subcontinente o apagarla allí donde era incipiente. Por esta razón, la lucha por la soberanía nacional se presentaba profundamente entrelazada con la “revolución agraria y antiimperialista” y la lucha por la democracia adoptaba un nuevo contenido bajo la forma de un “frente de liberación nacional y social”. Para los comunistas, si hasta ese momento los pueblos habían ganado la lucha contra el fascismo en nombre de la democracia y la libertad, el nuevo orden internacional trastocaba las cosas a tal punto que ahora en nombre de la democracia se aplastaba al pueblo griego y se mantenía en el poder a Franco. Por esa razón las viejas denominaciones eran inútiles

---

que la han hecho posible...” (citado en Arévalo, 1983, p. 68). Con este espíritu se avanzó en la conformación de la Unión Democrática, de la cual participaron el PS, la UCR, el PCA, el PDP, coalición que llevó a la fórmula Tamborini-Mosca (ambos alvearistas) a disputar la presidencia al “candidato continuista” en las elecciones de febrero de 1946. Tras de ella se encolumnaron la mayor parte de la fuerzas democráticas y liberales, los estudiantes, las clases medias, los intelectuales y, más tarde, los empresarios. Los conservadores, rechazados por los radicales intransigentes, apoyaron desde afuera y no pocos desaireados se pasaron a las filas de Perón.

<sup>384</sup> Marcou, *op. cit.*, p. 14.

<sup>385</sup> Liebner, *op. cit.*, p. 142.

para definir el contenido real de las fuerzas en lucha y el carácter de los enemigos reales: el imperialismo agresor y la oligarquía nacional.

Después de 1945 un nuevo tipo de nacionalismo se hizo dominante en el mundo: el antiimperialismo. Con centro geográfico en Asia, África y América Latina, el nacionalismo antiimperialista tuvo un carácter social heterogéneo (los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo fueron dirigidos, según el caso, por las burguesías locales, las clases medias, los burócratas del propio estado colonial, los intelectuales y, como en China y Vietman, por los partidos comunistas) y un lenguaje intelectual caracterizado por el sincretismo (amalgamando expresiones ideológicas, corrientes de pensamiento y doctrinas diversas e incluso contradictorias). La emergencia de una nueva significación nacionalista tuvo su correlato en la noción de internacionalismo, que fue apropiada por el imperialismo. La existencia de un bloque comunista a escala mundial y la elevación de los Estados Unidos al lugar de potencia hegemónica central del mundo capitalista obligaron a establecer mecanismos de coordinación internacional que aseguraran el predominio de los intereses norteamericanos en el nuevo contexto de bipolaridad. Este proceso que Anderson denomina “internacionalismo propio” tuvo como resultado una creciente unificación comercial, ideológica y estratégica que pasó de la “restauración generalizada del libre comercio a la rotunda superación de la soberanía nacional en el Mercado Común Europeo”.<sup>386</sup> La resignificación del término internacionalismo se produjo también en el terreno de la cultura y jugó un papel clave en los proceso de formación y consolidación de los Estados Unidos como nuevo centro hegemónico en el campo de la creación artística y científica. La canonización del arte abstracto y la centralidad de la sociología norteamericana en el marco de un vasto proceso de internacionalización de las artes y las ciencias sociales luego de la Segunda Guerra, son dos ejemplos concretos de una compleja trama de reconfiguración de la vida intelectual en el que jugaron un papel clave los organismos internacionales y las organizaciones

---

<sup>386</sup> Anderson; *op. cit.*: 16-18.

filantrópicas.<sup>387</sup> En los Estados Unidos, además, se consolidó una “industria cultural” que pronto alcanzó escalas planetarias, expandiendo las fronteras de circulación y consumo de productos de entretenimiento masivo (la radiotelefonía, los magazines, los comics, el cine, la música de jazz). Los comunistas designaron este proceso con una noción de fronteras lábiles: cosmopolitismo.

En este contexto, el comunismo latinoamericano retomó los motivos antiimperialistas que había abandonado en 1935, cuando en el VII Congreso de la Internacional Comunista que dio inicio al período del Frente Popular antifascista, se decidió acabar con las Ligas Antiimperialistas —cuyo declarado sesgo antiestadounidense era ahora juzgado contraproducente—<sup>388</sup> si bien lo hizo sobre nuevas coordenadas y motivos ideológicos subsidiarios de las lecturas soviéticas del nuevo orden internacional. A pesar de que, al menos en este período, el comunismo no logró articular un análisis sólido sobre el fenómeno imperialista, en el terreno de la cultura dio lugar a un proceso de redescubrimiento de ciertos tópicos americanistas y al establecimiento de un discurso intelectual que, aun con matices, fue políticamente defensivo y estéticamente conservador.

En los primeros años de la Guerra Fría, los comunistas argentinos organizaron el discurso antiimperialista sobre la extensión de los tópicos antifascistas. En el terreno de la cultura, definieron —de un modo bastante confuso y forzado— que el enemigo principal era el clericalismo, pues, afirmaban, esta era la forma ideológica que adoptaba en el país el imperialismo norteamericano. Este aserto partía de la consideración de que los Estados Unidos carecían de una filosofía propia, como sí la había tenido el nazismo, razón por la cual se veían obligados a apropiarse de la ideología vaticana, que en su forma americana estaba intrínsecamente unida a la regresión hispánica. Ni el “modo de vida americano”, ni la amenaza atómica ni la gran prensa, eran aún considerados elementos capaces de generar una ideología afín con los

---

<sup>387</sup> Sobre el internacionalismo artístico y el papel de Nelson Rockefeller en el triunfo del arte abstracto como modelo estético en las décadas del ‘50 y ‘60 ver Giunta, 2005, pp. 187-207 y 2001. Sobre el nuevo patrón de institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales en la posguerra ver Blanco ( 2004, pp. 333-337)

<sup>388</sup>Kersffeld, 2006/2007, p. 147.

intereses norteamericanos. Además, argumentaban, las tradiciones políticas argentinas indicaban que las fuerzas reaccionarias históricamente encarnaban en el clericalismo. Así, mientras la filosofía del irracionalismo alemán se había manifestado en el vitalismo bergsoniano, el nacionalismo francés, el gentilismo italiano y el pragmatismo norteamericano; en la Argentina el agente ideológico había sido el sector fascista e hispanista de la Iglesia. En el contexto de la formación de un nuevo “totalitarismo”, esta vez norteamericano, esta situación se repetía, pero en el contexto singular de la irrupción de las grandes masas a la vida política.<sup>389</sup>

Esta novedad tenía consecuencias para la acción de los intelectuales, en tanto que ya no era admisible una actitud de oposición estrecha. En estas nuevas condiciones debía alentarse un frente intelectual progresista que tuviera la tradición de Mayo como punto de confluencia y adoptara un contenido y una forma continental. Los intelectuales, por su parte, debían luchar por su libertad frente al imperialismo otorgándole a su creación un acento nacional.<sup>390</sup> La idea de que el hispanismo, como política oficial del gobierno peronista, se ofrecía como sustento del imperialismo, permitió oponer la resurrección de los tópicos casticistas (raza, idioma, religión) a la “tradición legítima” de Mayo, y concentrar sobre ese punto el rechazo a las políticas norteamericanas de la Guerra Fría. La pedagoga Berta Perelstein de Braslavsky (1913-2008) lo explicaba de este modo:

Asistimos a la resurrección del “hispanismo” en el orden de las ideas, justamente cuando se produce en el de los hechos, un proceso similar al que tuvo lugar en la época de auge del imperio hispánico. Así como Felipe II dominó a todo el mundo con la potencia de su imperio militar—feudal, se produce ahora la concentración de todo el poderío del capitalismo en el imperialismo norteamericano, e igual que Felipe lo hacía desde su celda en El Escorial, aspiran ahora los poderosos de Wall Street a envolver el planeta entre sus brazos (...) El papel que juega la ideología “hispánica” en nuestro país es fácilmente comprensible a la luz del que pasa a jugar España en la política de dominación mundial del imperialismo yanqui. Diversos antecedentes prueban que el Departamento de Estado de Washington se propone utilizar a dicho país en sus planes de “unificar” a América Latina según el Plan Truman, y que esa es la condición para las negociaciones de préstamos de Estados Unidos a la Península.<sup>391</sup>

---

<sup>389</sup> Sobre el clericalismo, el hispanismo y el revisionismo como temas organizadores de la tesis de las “dos Argentinas” durante el peronismo ver Altamirano, 2011, op. cit, pp. 35-47.

<sup>390</sup> Ernesto Giudici, “Frente ideológico y tareas culturales”, en *Orientación*, 19 de marzo de 1947.

<sup>391</sup> Berta P. de Braslavsky, “Hispanismo e imperialismo”, en *Orientación*, 11 de diciembre de 1948



Ante el peligro de “probable aniquilamiento” de la cultura argentina a manos del hispanismo oficial, Héctor P. Agosti afirmaba, en los meses previos a las elecciones legislativas de 1948:

La respuesta no puede ser una vaga reivindicación de la democracia sino una reafirmación de la condición militante de la inteligencia argentina: antihispanista, antimonástica y antiimperial.<sup>392</sup>

A medida que avanzaba la década del ‘50, el discurso antiimperialista en el terreno de la cultura se centró en la definición del “cosmopolitismo” como el enemigo principal, aunque sin abandonar las posturas anteriores que hacían de la iglesia el agente intelectual de la reacción. En la mayoría de los partidos comunistas occidentales, el “cosmopolitismo”, tópico largamente transitado en las discusiones sobre la nacionalidad, se convirtió en el término elegido para designar los peligros de “americanización del mundo” y la ideología del “nacionalismo burgués”.<sup>393</sup> El *Diccionario Soviético de Filosofía* definía “cosmopolitismo” como una teoría de origen burgués que expresaba mediante una retórica universalista la voluntad de dominio del imperialismo, mientras que la noción de internacionalismo era reservada al campo del proletariado y vinculada al “patriotismo popular” de las clases trabajadoras.<sup>394</sup>

---

<sup>392</sup> Héctor P. Agosti, “La cultura militante”, en *Orientación*, 6 de enero de 1948

<sup>393</sup> Caute, 1968, *op. cit.*, p. 235. Es necesario aclarar que en la URSS, a partir de la década del ‘40, la campaña contra el “cosmopolitismo” adoptó una importante dimensión antisemita, a medida que se acentuaba el nacionalismo de la “Gran Rusia”. Esta significación no aparece en los textos analizados en esta investigación, aunque los procesos de Praga (1952) y el llamado “complot de los médicos” (1953) tuvieron como resultado un verdadero cisma comunitario en el judaísmo argentino. En 1952, la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA) emitió una declaración exigiendo a todas las organizaciones judías argentinas que adhieran a la condena de las persecuciones antisemitas en la URSS y su órbita. Dado que la actitud contraria era considerada una negación de la elemental solidaridad judía e implicaba una automática autoexclusión del judaísmo; el Idisher Cultur Farband (ICUF) rama judía del PCA y representante de una parte muy significativa de la colectividad judía en el país, quedo en la práctica excluida de los organismos centrales de esta colectividad, la DAIA y la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA). Agradecemos a Israel Lotersztain su generosidad en enviarnos un adelanto de su tesis doctoral en marcha sobre los intelectuales comunistas judíos en el período 1951-1956.

<sup>394</sup> El diccionario definía el término cosmopolitismo como: “Teoría burguesa que exhorta a renunciar a los sentimientos patrióticos, a la cultura y a las tradiciones nacionales en nombre de la “unidad del género humano”. El cosmopolitismo, tal como lo propugnan ideólogos burgueses contemporáneos, expresa la tendencia del imperialismo al dominio mundial. La propaganda del cosmopolitismo (de la idea de crear un gobierno para todo el mundo) debilita la lucha de los pueblos por su independencia nacional, por su soberanía como Estado. El cosmopolitismo es incompatible con el *internacionalismo*

En América Latina, la particularidad específicamente antinorteamericana del anticosmopolitismo comunista, no dejó de establecer vínculos con aquella corriente de pensamiento que, desde la publicación de *Ariel* de José Enrique Rodó a principios del siglo XX, reservaba a las elites cultivadas la tarea de asumirse como unidad del espíritu para defender los “valores propios” frente a la voluntad expansionista de los Estados Unidos.<sup>395</sup>

Del mismo modo que Hitler en su tiempo advirtió que la conquista política de Francia era imposible mientras permaneciera viva la tradición del pensamiento francés, la oligarquía financiera que monopoliza el poder norteamericano comprende que su ambición criminal hacia la hegemonía sobre el mundo supone como prerequisite la destrucción implacable de los valores de las culturas nacionales. Este empeño requiere una teoría y el imperialismo la posee. Consiste ella en negar, como anacrónica y decrepita, la noción de la soberanía nacional, y desde luego que allí donde esta soberanía está de más, sobre con mayor motivo la cultura nacional. Esta es la base de la ponzoñosa concepción del cosmopolitismo cultural, que implica el nihilismo absoluto en cuanto a las culturas nacionales<sup>396</sup>

La cuestión del “cosmopolitismo” organizó el discurso comunista sobre los intelectuales, pues enfrentar la “penetración imperialista” se convirtió en la prioridad entre las tareas que se le asignaban. Dado que la ofensiva norteamericana se articulaba tanto bajo la forma violenta de intervenciones políticas, económicas y militares, como bajo el ropaje pacífico de la “penetración cultural”, los intelectuales tenían el deber de oponer resistencia contribuyendo al desarrollo de una cultura alternativamente designada como nacional y popular, democrática, progresista o patriótica. La forma nacional que debía adoptar la lucha cultural permitía, al mismo tiempo, rechazar la idea de que se asistía un combate entre Oriente y Occidente. Frente a esta falsa antinomia, afirmaba el novelista Jorge Amado, los intelectuales debían reconocer que:

Existe una cultura humana, formada por las culturas nacionales de los diversos países, con sus características propias, que está al servicio del pueblo y de la paz, y existe la

---

*proletario* que armoniza orgánicamente la comunidad de intereses fundamentales de los trabajadores de todo el mundo con su amor por la patria, con el espíritu del patriotismo popular” (Rosental, Mark e Iudin, P., 1965, p. 89).

<sup>395</sup> Cfr. Terán, 2005, pp. 303-314.

<sup>396</sup> “El imperialismo yanqui enemigo de nuestra cultura”, en *Cuadernos de Cultura*, n° 7, julio de 1952.

tentativa de sustituir esa cultura por una cultura “ersatz”, sin raíces nacionales. Una cultura internacionalista al servicio de los intereses imperialistas.<sup>397</sup>

En este mismo artículo, Amado, quien participó activamente en el movimiento por la paz en Brasil y fue figura central de los sucesivos congresos, afirmaba que las jóvenes culturas latinoamericanas debían estar particularmente alertas frente a los nuevos peligros. Herederas del racionalismo de la Revolución Francesa, asentadas en las luchas por la independencia y ligadas desde siempre a los problemas del hombre y la tierra, podían perderlo todo sumergidas en la deformación imperialista y su “cosmopolitismo” internacionalista. La idea de que las culturas latinoamericanas por “sus raíces históricas recientes” estaban más expuestas al peligro cosmopolita que las europeas, dueñas de una herencia multiseccular, rica y variada, reforzaba la tarea de conservación y defensa que debían ejercer los intelectuales. Adelantándose varios años a los discursos contra el imperialismo cultural que se harán frecuentes en la década del ‘60 en el campo de las ciencias sociales, los comunistas señalaban que una de las vías predilectas de penetración cultural eran las fundaciones filantrópicas y los programas universitarios enfocados a los estudios de área, pues apuntaban a formar boyadas de “intelectuales espías” dedicados a horadar los valores progresistas de la cultura de sus países. Partiendo del supuesto de que los intelectuales eran personajes narcisistas propensos al halago, y de convicciones más bien débiles, los comunistas afirmaban que el imperialismo les dedicaba una atención especial, organizando un proceso de “cooptación” que aunque descrito con la linealidad y la falta de matices que caracterizaba la dura retórica de algunos dirigentes cuando debían enfrentarse con las cuestiones de la cultura, no dejaba por eso de advertir que se estaba frente a una nueva estrategia en materia de relaciones internacionales en ese ámbito.

Esta “atención” –escribía Victorio Codovilla— asume diversas formas. En general, el agregado cultural de las embajadas se encarga de “tantear” los lados flacos de ciertos intelectuales propensos al halago. Elogia desmesuradamente sus producciones literarias, artísticas, científicas, etc.; les pide artículos para revistas norteamericanas; les hace traducir algunas de sus obras al inglés y les asegura la publicación y la venta. Luego, los invita a visitar los Estados Unidos, donde se les da la posibilidad de hablar

---

<sup>397</sup> Jorge Amado “Lecciones, experiencias y tareas”, *Orientación*, 13 de octubre de 1948.

desde diversas tribunas para exaltar la “amistad interamericana” y poner de relieve aspectos culturales y científicos “comunes” entre las dos Américas.

A su vuelta al país de origen son agasajados por los amigos de Norteamérica y “cultivados” por el encargado cultural yanqui, y, de ese modo, consciente o inconcientemente, la mayoría de ellos se transforman en panerigistas de la cultura, del arte, de la pedagogía, de la ciencia norteamericana, sin discriminación de ninguna especie”.<sup>398</sup>

Los intelectuales latinoamericanos debían, por lo tanto, actuar en el terreno en que el imperialismo ejercía su dominación bajo formas más sutiles pero no menos nocivas. Y aunque se señalaba que esta ofensiva, una nueva “barbarie”, se desarrollaba en todas las direcciones de la cultura (medicina, psicología, sociología, pedagogía y filosofía), por “motivos obvios” era particularmente enérgica en la “esfera de las letras, la plástica y la música”. En estos primeros años cincuenta, la intervención de organismos internacionales y agencias filantrópicas en el proceso de profesionalización e internacionalización de las ciencias sociales en la región bajo la hegemonía estadounidense era, todavía, un tema nebuloso y poco explotado en la batalla cultural.<sup>399</sup> Por el contrario, en el campo de las artes plásticas podía con mucho mayor facilidad asociarse a un proyecto estético y, sobre todo, a un nombre propio.

Es preciso acorazar al lector y al escritor, al espectador y al plástico, al aficionado y al compositor contra la barbarie artística norteamericana. Repúdiense la novela que exalta la fuerza bruta y la inhumanidad, la narración policial, el cuento pornográfico. Dígase que se niega, como falsa, malsana y corruptora, una pseudo ciencia que permite la institución de un fondo de 100.000 dólares para que los sabios investiguen el siguiente punto: “Es verdad que los hombres las prefieren rubias” (Es lo que ha hecho, en diciembre de 1951, la Universidad de Michigan). Nueva York es actualmente el mostrador mundial del abstraccionismo, y Nelson Rockefeller el dueño del arte moderno”.<sup>400</sup>

---

<sup>398</sup> Codovilla, 1947, p. 7.

<sup>399</sup> La discusión sobre los subsidios a la investigación científica comenzó durante el gobierno de Arturo Frondizi y fue un tema de debate en la comunidad académica y estudiantil a lo largo de la década del 60, particularmente luego de que en Chile estalle el debate sobre el Plan Camelot. Sobre el primer punto consultar Sigal (2002, pp. 80-86) sobre el Plan Camelot y su repercusión en la Argentina particularmente en torno al llamado Proyecto Marginalidad consultar Petra, 2008/2009, pp. 249-260

<sup>400</sup> “El imperialismo yanqui enemigo de nuestra cultura”, en *Cuadernos de Cultura*, n° 7, julio de 1952.

Para los comunistas, el afán imperial de los Estados Unidos había establecido un claro circuito de circulación y legitimación de instituciones, estéticas y discursos cuya consecuencia era atomizar a los intelectuales progresistas latinoamericanos y hacerlos desertar de sus obligaciones nacionales. En 1952, en el marco de una sesión especial del Congreso Mundial de la Paz convocada para tratar la cuestión del rearme alemán y las dificultades para lograr un cese al fuego en Corea, Pablo Neruda, máximo poeta del comunismo latinoamericano, ponía palabras al programa que, bajo su impulso, dará forma a la primera organización de intelectuales latinoamericanos inspirada por los comunistas y concebida como una alternativa formal a la política cultural de los Estados Unidos para la región:

A los escritores y artistas latinoamericanos que han mostrado independencia hacia las acometidas del imperialismo se ostentan en forma tentadora oportunidades de viajes y becas en los Estados Unidos mientras la entrada es rehusada a la mayor parte y a lo mejor de nuestros intelectuales. Mientras tanto el continente latinoamericano se inunda de literatura pornográfica, falsas revistas de divulgación y novelas policiales importadas de los Estados Unidos.

No hay dudas de que todas estas acciones forman parte de un plan premeditado. Es deliberado el propósito de negarnos tribuna, de aislarnos, arrinconarnos, dividirnos. Este es el programa de la política intelectual de los agresores. A este plan debemos oponernos.<sup>401</sup>

Bajo este mandato se organizó el Congreso Continental de la Cultura, que se celebró en Santiago de Chile entre el 26 de abril y el 3 de mayo de 1953, a poco más de un mes de la muerte de Stalin, con la presencia de 200 escritores, periodistas, artistas y editores de Bolivia, Brasil, Colombia, Argentina, Costa Rica, Cuba, Chile, Guatemala, Haití, México, Paraguay, Perú, Uruguay, Venezuela y los Estados Unidos. La idea de convocar a un congreso destinado a estudiar “las condiciones actuales del proceso cultural americano y la forma de una organización estable de los intelectuales del continente” había surgido entre las bambalinas de la Conferencia Continental Americana por la Paz realizada en Montevideo en marzo de 1952, con la presencia de delegados de Argentina, Brasil, Chile, Estados Unidos, Venezuela y Colombia, Puerto

---

<sup>401</sup> Pablo Neruda “Se pretende detener con el terror la marcha del pensamiento”, en *Democracia*, Santiago de Chile, 23 de julio de 1952, citado en Schidlowsky, op. cit, p. 850.

Rico, Paraguay y Bolivia.<sup>402</sup> Bajo el liderazgo de Pablo Neruda y con la vital colaboración de Jorge Amado y María Rosa Oliver, el movimiento para la organización del Congreso se inició con un llamamiento a los intelectuales latinoamericanos firmado por tres personalidades de indudable legitimidad: la poeta chilena ganadora del Premio Nobel, Gabriela Mistral, el escritor colombiano Baldomero Sanín Cano y el editor de la revista *Repertorio Americano* Joaquín García Monje.<sup>403</sup> La convocatoria a unir voluntades y entendimientos para una “obra mejor y una colaboración más activa en bien de nuestros pueblos”, fue un éxito que debió ser reconocido incluso por sus detractores.<sup>404</sup> Aunque no era la primera vez que intelectuales comunistas se reunían en un congreso continental, lo que resultaba novedoso y destacable era que esta vez la convocatoria los tenía como protagonistas exclusivos. Conformando una verdadera constelación de notables las sesiones del congreso contaron con la presencia de Pablo Neruda, Jorge Amado, René Depestre, Jorge Icaza, José Asunción Flores, Alberto Romero, Alfonso Reyes, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Nicolás Guillén, Betty Sanders, Gabriel Bracho, Joaquín Gutiérrez, Efraim Morel, Marcelo Sanjinés, José Mancisior, entre otros tantos. La delegación argentina estuvo integrada por María Rosa Oliver, Jorge Thénon, Héctor P. Agosti, Zulma Nuñez, V. Melgarejo Muñoz, Joaquín Gómez Bas, Raúl González Tuñón, Leónidas Barletta, Raúl Klappenbach, Carlos Ruiz Daudet y Omar Estrella.<sup>405</sup>

---

<sup>402</sup> Esta conferencia iba a realizarse originalmente en la ciudad de Río de Janeiro pero fue prohibido por el gobierno de Getulio Vargas. Se celebró de forma clandestina en Montevideo del 12 al 16 de marzo, pues también fue prohibida y varios delegados fueron demorados en los aeropuertos y a otros tantos se les negó la visa. Cfr. “Se constituyó la comisión argentina de patrocinio de la Conferencia Continental Americana por la Paz”, *Nuestra Palabra*, 19 de febrero de 1952, p. 5, “Viva la Conferencia Continental por la Paz”, *Nuestra Palabra*, 11 de marzo de 1952, p. 1, “Pese a todas las trabas la Conferencia Continental por la Paz se realizó con éxito”, *Nuestra Palabra*, 25 de marzo de 1952, p. 5, “Resoluciones de la Conferencia Continental por la Paz”, *Nuestra Palabra*, 2 de abril de 1952, p. 5.

<sup>403</sup> El apoyo de Gabriela Mistral al Congreso Continental quedó en envuelto en una situación confusa, pues la escritora se desdijo de su apoyo frente a la prensa internacional cuando quedó en claro que era organizado por el Consejo Mundial por la Paz. Al respecto consultar Alburquerque, 2011.

<sup>404</sup> La revista *Cuadernos*, órgano del Congreso por la Libertad de la Cultura debió conceder que: “Dejemos constancia de que el Congreso tuvo la calidad necesaria como para ser mirado con cierta satisfacción por sus organizadores...”, citado en Janello, *op. cit.*, p. 75.

<sup>405</sup> También estuvo presente el poeta polaco Jaroslaw Iwaszkiewicz y se esperaba la presencia de la delegación encabezada por Erenburg, la que no pudo ingresar a Chile por no serle concedida la visa. Lo mismo ocurrió con otros artistas y escritores, como el norteamericano Michael Gold, según informaron los diarios comunistas. Durante los días que sesionó el congreso el diario comunista *El Siglo* fue

Las deliberaciones se organizaron bajo un temario de tres puntos: la defensa de las “características nacionales” de las culturas latinoamericanas y su popularización frente al avance del imperialismo; el incremento del intercambio cultural entre los países continentales y extracontinentales mediante la libre circulación de bienes culturales y el contacto directo entre los intelectuales, y la defensa de la libertad de creación y opinión así como la superación de las dificultades materiales que enfrentaban los escritores y artistas. El congreso emitió una proclama sobre estos tres ejes a los que se añadió, como era esperable, una convocatoria a los intelectuales de Estados Unidos, Inglaterra, la URSS, China y Francia (las “cinco grandes potencias”) para que se reunieran en un país latinoamericano para expresar libremente sus afinidades y diferencias con “miras a la paz del mundo”. También se resolvió, bajo la iniciativa del escritor chileno Benjamín Subercaseaux, la creación de una “Librería de las Américas” con filiales en todos los países.<sup>406</sup>

En su conferencia titulada “A la Paz por la Poesía”, Pablo Neruda se extendió sobre el peligro que el cine de Hollywood, la novela policial, las revistas y las historias infantiles representaban para la cultura popular de los pueblos americanos. Para Neruda, los escritores debían redescubrir el continente americano y expresarlo en una literatura sencilla y clara pues “la oscuridad verbal ha pasado a ser entre nosotros un privilegio de casta literaria [...] vestigio del antiguo servilismo”. A tono con el nuevo período poético iniciado con *Canto General*, Neruda abogará por una poesía optimista y edificante (tal como indicaba el canon del realismo socialista, al que defendió públicamente) en la que la revalorización de lo autóctono y las culturas indígenas

---

clausurado, sumiendo el evento en la total indiferencia por parte de la gran prensa. Cfr. “Personalidades de fama mundial asisten en Chile al Congreso Continental de la Cultural, en *Nuestra Palabra*, 5 de mayo de 1952. Sobre los avatares de la organización del congreso en Chile pueden consultarse las memorias de Jorge Edwards sobre su amistad con Neruda (1990, pp. 39-54).

<sup>406</sup> Los originales del temario de la reunión se encuentra en el archivo personal del escritor Juan Antonio Salceda, los mismos están organizados en los siguientes puntos: Primer punto del temario. Proclamación a los intelectuales de los pueblos de América; Segundo punto del temario. Intercambio cultural. Declaración de los intelectuales a los pueblos de América; Tercer punto del temario. Exhortación a los gobiernos, a las entidades culturales y profesionales y a los intelectuales de América (Archivo JAS). Las resoluciones de Congreso así como una crónica de Héctor P. Agosti y las intervenciones del propio Agosti, Raúl González Tuñón y Julio Galer fueron publicadas en el número 12 de *Cuadernos de Cultura*, julio de 1953, pp. 1-22. Ver también Carlos Ruiz Daudet, “El Congreso Continental de la Cultura” en *Yeruti*, año 1, n° 11, Dolores, mayo de 1953.

tendrán un papel central. El poeta, por su parte, aparece como una figura investida de una misión histórico—social elevada pero claramente inscrita en el ámbito de la creación, pues “la suprema prueba de una raza es su propia poesía”.

Con estas palabras de Walt Whitman quiero comenzar mi intervención de hoy, mi conversación con ustedes sobre la poesía. Y así pues esta es la verdad. La fisonomía de nuestro continente la trabajarán en su profundidad mineros e ingenieros, campesinos y pescadores, guerrilleros y partidarios, pero el rostro del continente será el que le demos los poetas.

Estamos cavando, descubriendo y tallando la gran estatua de América. Queremos espléndido su rostro entre los grandes mares, lleno de luz y alegría. Queremos dar a sus ojos una expresión, un sentido inolvidable, queremos poner en su boca las más nobles palabras.<sup>407</sup>

La cuestión del americanismo fue presentada por los comunistas en claro contraste frente a los excesos chauvinistas y las inflexiones “iberoamericanistas” pues estas, se afirmaba, formaban parte del repertorio de un antiimperialismo falso que pretendía desviar a las masas de su “sano impulso” y dividir las con torpes recelos nacionalistas. El americanismo comunista tampoco pretendía postular un “supranacionalismo” americano que sustituyera el nacionalismo de los países en particular y se afirmara como separado del mundo, pues, por el contrario, alentaba la conveniencia de establecer libres relaciones culturales con los pueblos extracontinentales (entre los que destacaban, por supuesto, los del bloque soviético)

Y el sentido americano (y no “iberoamericano” ni “latinoamericano”) surge así en su empinada significación moral, exenta de cualquier chauvinismo: no somos enemigos de los Estados Unidos como quieren hacerlo creer la prensa subvencionada por el State Department; no somos enemigos de su pueblo, ni de sus tradiciones democráticas; somos, por el contrario, solidarios con ese mismo pueblo, igualmente sometido, igualmente extorsionado por las clases dominantes de su país; somos amigos del pueblo de los Estados Unidos pero adversarios irreconciliables de la camarilla plutocrática que quiere convertirnos, cada vez más, en cipayos sumisos para sus planes de dominación imperialista del mundo.<sup>408</sup>

En la Argentina los ecos del magno congreso fueron pocos y más bien negativos. A pesar de que, como era costumbre, los organizadores hicieron extensiva la invitación a un grupo amplio de intelectuales que incluía instituciones como la SADE, ASCUA y

---

<sup>407</sup> “A la paz por la poesía”, *El Siglo*, Santiago de Chile, 31 de mayo de 1953, p. 1

<sup>408</sup> “El Congreso Continental de la Cultura”, *Cuadernos de Cultura*, n° 12, julio de 1953, p. 4



ADEA, éstas no acudieron a la cita. Por el contrario, los liberales denunciaron la escasa vocación democrática de los convocantes aduciendo que la comisión preparatoria se había negado a exponer en la tribuna chilena los recientes atentados al Jockey Club y las interdicciones que pesaban sobre la SADE y otras instituciones culturales. Los comunistas, por su parte, denunciaron el boicot de los liberales enrolados en la “oposición sistemática”, así como el “esotérico silencio” de los peronistas.<sup>409</sup> Las cuestiones domésticas empañaron la convocatoria de los comunistas argentinos, puesto que mientras en Chile se desarrollaba el congreso, en Buenos Aires Roberto Giusti lanzaba su segunda “Carta Abierta a Héctor Agosti” acusándolo de liderar la entrega de la SADE a la “tiranía peronista”.

### **El Congreso Argentino de Cultura**

Uno de los resultados del encuentro chileno fue el impulso que los comunistas le otorgaron a la creación de organizaciones culturales unitarias y de carácter nacional en cada país.<sup>410</sup> En este contexto, en agosto de 1953 se lanzó en Buenos Aires un llamamiento para la celebración, en diciembre de ese año, de un “Congreso Argentino de Cultura”, acompañado por más de 100 firmas que encabezaron Agosti y el poeta misionero Juan Enrique Acuña.<sup>411</sup> Colocándose bajo una advocación antimperialista que advertía sobre los efectos perniciosos de una “equivoca universalidad cosmopolita”, el texto de la convocatoria evitaba sin embargo recaer en tópicos más estrechamente localistas y en su prosa se percibe la mano de Agosti, quien se oponía a

---

<sup>409</sup> “Vida cultural”, en *Nuestra Palabra*, 12 de mayo de 1953. Los comunistas afirmaron que los dirigentes de la SADE se negaron a enviar delegados al congreso chileno y denunciar ellos mismos las prohibiciones que pesaban sobre la institución por temor a las represalias posteriores. Héctor Agosti, en carta privada a Roberto Giusti a propósito de la polémica que mantenían sobre la unificación de la SADE con las organizaciones peronistas también mencionó la negativa de los miembros de la comisión directiva del gremio de escritores, “algunos excelentes amigos míos”, aclaraba, por el riesgo que suponía tener que “hablar de tales cosas”, Carta de Héctor P. Agosti a Roberto Giusti, Buenos Aires, 26 de mayo de 1953, Archivo HPA/CeDInCI, Carpeta SADE.

<sup>410</sup> Una de las primeras respuestas al llamamiento chileno tuvo lugar en Brasil, donde se organizó el Congreso Nacional de Intelectuales Brasileños, que se reunió en Goiana del 14 al 21 de febrero de 1954 bajo la presidencia de Jorge Amado. Al evento asistieron delegaciones de varios países latinoamericanos y se cursaron invitaciones a intelectuales de diversas familias ideológicas. Según informaba *Nuestra Palabra*, de Argentina había sido invitados Leónidas Barletta, José L. Lanuza, Ricardo Rojas, Joaquín Gómez Bas, Nicolás Besio Moreno, Julio Luis Peluffo, José Peco, Carlos Sánchez Viamonte, Gilardo Gilardi, Carlos Alberto Erro, Ricardo Finochietto, Rosa Bazán de Cámara y Juan Mantovani. Cfr. “Vida Cultural”, *Nuestra Palabra*, 16 de febrero de 1954, p. 9.

<sup>411</sup> “Convocatoria al Congreso Argentino de la Cultura”, Buenos Aires, agosto de 1953, Archivo JAS.

que el comunismo en su afán antiimperialista recayera en variantes del nacionalismo cultural. La tarea cultural de la hora, afirmaba el texto, no era replegarse dentro de las fronteras, posición egoísta y suicida, sino preservar el origen democrático, anticolonial y popular de la tradición histórica argentina mediante su inserción en un contexto mayor, latinoamericano pero también internacional. La lucha por la paz, entendida esta como la condición de posibilidad para la libertad de creación y circulación de ideas y formas culturales, otorgaba el marco de un nuevo internacionalismo cultural que, al contrario del cosmopolitismo imperialista, no renegaba de la reflexión sobre la cuestión nacional y las culturales locales.<sup>412</sup> Este mayor interés por la cuestión nacional y su inserción en un contexto latinoamericano, no constituía una novedad para la tradición intelectual comunista, como hemos visto en el caso de Ernesto Giudici, pero no era el tono dominante durante los años del antifascismo y la guerra. Tampoco debe pensarse que esta vocación latinoamericanista haya privado a los comunistas de señalar la excepcionalidad argentina: la “ausencia” del problema indígena y la filiación europeizante de sus elites revolucionarias continuarán en el centro de un discurso que, al menos en el período aquí analizado, nunca terminó de ser completamente elaborado.

Una de las más interesantes consecuencias del fallido intento del congreso (que fue prohibido por la policía unas horas antes de su celebración) es la atención que los comunistas decidieron prestarle a organizaciones culturales populares, particularmente del interior del país. En efecto, al diagnóstico sobre la incomunicación entre las

---

<sup>412</sup> *Ibidem*, p. 2 y “Vida Cultural”, *Nuestra Palabra*, 27 de octubre de 1953, p. 7. Aduciendo razones de logística y falta de tiempo el Congreso fue suspendido hasta el mes de mayo de 1954. En ese lapso, los escritores hicieron circular una encuesta donde se consultaba sobre los siguientes puntos: 1) ¿Cuáles son los principales problemas que afectan actualmente el desarrollo progresivo de nuestra cultura y en qué medida se relacionan con la labor creadora del escritor? 2) Si hay trabas que impiden ese desarrollo o influencias nocivas que deforman o desvirtúan nuestro proceso cultural ¿cuáles son, cómo actúan, qué soluciones propone? 3) ¿Cuáles serían los medios para lograr que la obra del escritor tenga un arraigo popular más profundo, de manera que se integre al proceso de la vida argentina y la exprese cabalmente? 4) ¿Cuáles son las limitaciones de orden estético y social que impiden la conquista de esa auténtica expresión nacional? 5) ¿Cuáles son los problemas fundamentales de carácter profesional que afectan actualmente el trabajo del escritor y qué medidas sugiere para solucionarlos? 6) ¿Qué opina ud. sobre los problemas de la edición y difusión del libro de autor argentino? 7) ¿Cómo debería encararse una legislación integral de derechos intelectuales? “Vida Cultural”, *Nuestra Palabra*, 26 de enero de 1954, p. 7.

culturales latinoamericanas, que fue el eje de la discusión chilena, los comunistas argentinos agregaron el extendido señalamiento sobre las “dos Argentinas”: la especificidad nacional pasaba por el divorcio que existía en el país entre las diversas regiones, así como la incomunicación entre la inteligencia y las necesidades culturales del pueblo que tal divorcio contribuía a agudizar.<sup>413</sup> Las organizaciones populares de cultura (ateneos, bibliotecas, peñas, teatros independientes, clubes barriales) podrían cumplir la función de vehículo para una relación directa entre los intelectuales y el pueblo, y el congreso se ofrecía como una institución capaz de garantizar y organizar ese encuentro. De este modo, se cursaron invitaciones a más de mil entidades culturales de todo el país y rápidamente se organizaron filiales en Santa Fe, Rosario, Mendoza, Córdoba, Posadas, Tandil, Dolores, San Rafael, Lobería, Tres Arroyos, Necochea, San José de la Esquina y Ciudad Eva Perón. Como ha señalado Ricardo Passolini, el Congreso Argentino de Cultura reactivó las redes personales y la base organizacional que habían dado lugar al nacimiento de la AIAPE dos décadas antes.<sup>414</sup> Los “intelectuales nuevos” que el antifascismo comunista había diseminado por los pueblos del interior fueron los más entusiastas propulsores de la nueva iniciativa unitaria y contribuyeron a darle una notable fisonomía federalista. De los 383 firmantes individuales que adhirieron a la convocatoria en junio de 1954, 274 eran del interior del país, así como el setenta por ciento de las entidades culturales. La composición social de la lista de adhesiones refuerza la hipótesis adelantada por Pasolini. Mientras los firmantes de Capital Federal eran pintores, escritores, músicos o educadores, las personalidades provincianas se repartían mayormente entre aquellos que no precisaban oficio o profesión y los que indicaban ser odontólogos, farmacéuticos, contadores o veterinarios.<sup>415</sup>

---

<sup>413</sup> “Convocatoria al Congreso Argentino de la Cultura”, op. cit, p. 1.

<sup>414</sup> Pasolini, 2005, op. cit, p. 405.

<sup>415</sup> *Boletín del Congreso Argentino de la Cultura*, Buenos Aires, junio de 1954, n° 3, p. 4. Por ejemplo, en una reunión celebrada por la filial Tandil y que tenía por objetivo aprobar las ponencias y designar los delegados que participarían del congreso nacional se encontraban presentes: un periodista, un empleado oficinista, una maestra normal, una abogada, un comerciante, un oculista, un doctor en letras, un escritor, un médico fisiólogo, un artista plástico y un ingeniero. Cfr. “Comité Pro Congreso Argentino de la Cultura. Filial Tandil”, Reunión Regional, 18 de abril de 1954, Archivo JAS.

El Congreso Argentino de Cultura debía celebrarse el 13 de mayo de 1954, pero fue prohibido por la policía. Ante las infructuosas gestiones realizadas para conseguir la autorización y teniendo en cuenta que ya se encontraban en Buenos Aires numerosos delegados, la Junta Ejecutiva encargada de la organización decidió realizar una asamblea que sesionó de manera clandestina en una quinta en las afueras de la capital. Bajo la advocación de Ameghino y Almafuerte los 75 delegados presentes dejaron constituido formalmente el Congreso, ratificando la presidencia del ingeniero civil, docente universitario y amante de las bellas artes Nicolás Besio Moreno, acompañado en la vicepresidencia por el músico y compositor Gilardo Gilardi, el artista plástico y docente Miguel Victorica y el pedagogo Juan Francisco Jáuregui; todos residentes en Capital Federal. La estratégica secretaria general recayó en Agosti.<sup>416</sup>

La asamblea resolvió que las bases de la cultura nacional eran inseparables de su origen histórico, al que se caracterizaba como democrático y popular de fundamentos racionales y libres y contrario a toda forma de colonialismo. Sobre esta base, el deber de los intelectuales era participar, en tanto tales, en la empresa del progreso nacional mediante una función eminentemente pedagógica: elevar el nivel cultural de los habitantes del país. Para ejercer su acción social, era menester que los hombres de cultura pudieran aprovechar racionalmente sus capacidades mediante una valoración adecuada de sus saberes técnicos y creativos, la satisfacción de sus necesidades materiales y el libre ejercicio de los derechos de opinión y discusión.<sup>417</sup> En función de este diagnóstico, se encargó a una comisión la redacción de una “Cartilla de los Derechos de la Intelectualidad”, cuyo proyecto vio la luz en julio de 1955 y que fue aprobado en la segunda y última asamblea del CAC que se realizó el 8 y 9 de

---

<sup>416</sup> Completaban las autoridades de la Junta Ejecutiva: Eduardo Pettoruti (secretario de actas), Juan F. Acuña (secretario del interior), Pablo Rojas Paz (secretario del exterior), Zulma Nuñez (secretaria del prensa), Julio Luis Peluffo (secretario de relaciones), Fernando Groisman (secretario de hacienda), Ernesto Valor, Osvaldo Pugliese, Luis Ricardo Casnati, W. Melgarejo Muñoz, Augusto Armada, Raúl González Tuñón, Oscar Ferrigno, Gregorio Bermann, Julián Freaza, Luis Gudiño Kramer, Juan Ehlert, Patricio Canto, Amaro Villanueva, A. Escovich, Mario Villanueva, Emilio E. Sánchez, Alfredo N. V. Martínez (vocales)

<sup>417</sup> Congreso Argentino de la Cultura, “Resolución de la Asamblea Nacional de Delegados”, Buenos Aires, 15 de mayo de 1954, Archivo JAS..

diciembre de ese año con la presencia de 150 delegados de todo el país.<sup>418</sup> En el año transcurrido –durante el cual las actividades del congreso se centraron en obtener la libertad de Agosti, encarcelado en julio de 1954— el cambio de registro es evidente.<sup>419</sup> La *Cartilla*, lejos del afán democratizante y federalista que animó la convocatoria al congreso y las actividades de difusión cultural y articulación de las realidades locales que le siguieron, se centró en aspectos puramente profesionales y no incluyó una palabra sobre la cuestión antiimperialista. En un lenguaje notablemente ascético y bajo la advocación de la Declaración de los Derechos del Hombre de Naciones Unidas, el texto enfatizaba sobre la falta de libertades que impedían el ejercicio fecundo de la cultura y desgranaba nueve puntos entre los que se incluía el derecho de los intelectuales a la capacitación, el perfeccionamiento, la libre investigación científica y creativa, el intercambio cultural, así como aspectos gremiales como el derecho a la asociación, a un régimen de previsión social y a la protección del ejercicio de las actividades profesionales y artísticas.<sup>420</sup>

### **Un “Fierro” rojo: la herencia cultural y las disputas en torno a la gauchesca**

El problema de la tradición cultural ha sido una obsesión para los intelectuales argentinos de la que los intelectuales comunistas tampoco se sustrajeron. En su intento por encontrar las líneas directrices de una cultura partidaria capaz de ofrecer una lectura común y normativa del pasado nacional, los comunistas elaboraron, no sin conflictos y matices, una versión de ese pasado que se enlazó con la tradición democrático-liberal cuyo carácter progresista se remontaba a Mayo de 1810 y continuaba con la Generación del ‘37 y las figuras y programas políticos del

---

<sup>418</sup> Groisman, Fernando “La segunda asamblea del Congreso Argentino de la Cultura”, *Cuadernos de Cultura*, n° 14, enero de 1954, pp. 116-118

<sup>419</sup> Flavia Fiorucci (2011, p. 87), ha señalado que la SADE se abstuvo de interceder por la libertad de Agosti; sin embargo, el 18 de agosto de 1954 un grupo de escritores se presentó ante el ministro del Interior para entregarle una nota firmada por más de 100 intelectuales en la que se reclamaba por la libertad del ensayista. Entre los primeros diez firmantes figuraban miembros y autoridades de la asociación de escritores: Carlos Alberto Erro, Julio Aramburu, Roberto Giusti, Raúl Navarro, Roberto Ledesma, José Luis Lanuza, José Barreiro, Leónidas Barletta y Estela y Patricio Canto. “Por la libertad de escritor Héctor. P. Agosti”, Comisión Pro-libertad de Héctor P. Agosti, 1954, Archivo JAS.

<sup>420</sup> Congreso Argentino de la Cultura, Proyecto de “Cartilla de Derechos de la Intelectualidad Argentina”, Buenos Aires, 26 de julio de 1955, Archivo HPA/CeDInCI.

liberalismo del siglo XIX.<sup>421</sup> Este proceso, concomitante con la reorientación de la Comintern hacia la creación de los frentes populares, se inició a mediados de la década del treinta, y fue un elemento central en la conformación de una sensibilidad política entre los intelectuales comunistas en torno a los tópicos del antifascismo. En 1935, la creación de la AIAPE le permitió al comunismo conformar exitosamente un espacio cultural sobre la apelación antifascista y la “defensa de la cultura” que tuvo efectos perdurables. La reivindicación de la tradición democrática y liberal contra la barbarie representada por los fascismos se constituyó en el prisma a través del cual los intelectuales comunistas combinaron su adhesión incondicional a la Unión Soviética con la defensa de una herencia cultural amenazada por los embates del catolicismo y el nacionalismo tradicionalista.

El nuevo clima cultural, abierto por la política de los frentes populares, fue el contexto para la conformación de un primer grupo de “historiadores comunistas” entre los que se destacó Rodolfo Puiggrós, sin duda la máxima autoridad intelectual del partido hasta su expulsión en 1947. La “cuestión nacional” apareció tempranamente en la obra de Puiggrós, aunque planteada en términos económicos, y vinculada a la estatalidad más que a una interrogación sobre la nacionalidad.<sup>422</sup> Curiosamente, será a partir de 1947, a medida que los motivos nacionalistas se impongan en la política cultural comunista en el marco de la nueva situación abierta por la Guerra Fría, cuando temas tales como el idioma, el territorio o la existencia de una literatura nacional, comiencen a ser objeto de reflexión para los intelectuales comunistas, en un proceso que, tal como sucedió con la historiografía, debió combinar las codificaciones soviéticas con la necesidad de reconocerse en una tradición cultural organizada por las elites. Los escritores Héctor P. Agosti y Amaro Villanueva fueron algunos de los primeros que abordaron el vínculo entre literatura y nación con el objeto de deslindar los elementos de una herencia cultural en la que los comunistas pudieran reconocerse. Ambos lo hicieron indagando el problema de la “expresión nacional”, apoyándose en la filosofía

---

<sup>421</sup> Cattaruzza, 2007, pp. 169-195.

<sup>422</sup> Para la distinción entre el concepto de nación ligado a la estatalidad (como sinónimo de Estado-nación) y el ligado a la nacionalidad, así como los elementos diacríticos que lo componen, consultar el ya citado libro de Georgieff, *op. cit.* particularmente el capítulo III.

del romanticismo alemán, sobre todo en Herder. Sin embargo, arribaron a conclusiones diversas, tal como intentaremos demostrar en las siguientes páginas, a partir del análisis de dos ensayos tempranos sobre esta temática: “La expresión de los argentinos” (conferencia dictada por Agosti en la Universidad de Chile en 1948 y publicada un año después en el libro *Cuadernos de Bitácora*), y “Carta abierta a Martínez Estrada. Sobre lo gauchesco y algo más” (respuesta de Amaro Villanueva al autor de *Muerte y Transfiguración de Martín Fierro*, publicada en entregas por el periódico *Orientación* en 1947).

En 1955, tanto Agosti como Villanueva participaron de una sonada polémica sobre el tema de la herencia cultural, desatada por un artículo publicado en *Cuadernos de Cultura* sobre *Don Segunda Sombra* (1926), el libro más importante de Ricardo Güiraldes, la obra más representativa de la literatura criollista, y que prácticamente cierra ese ciclo. En esta oportunidad, el problema de la herencia cultural cobró un interés partidario inmediato, dado que en la disputa por la condena o la reivindicación de la novela de Güiraldes se jugaban criterios estéticos y políticos que venían enfrentando a los intelectuales comunistas desde el comienzo del llamado “período zhdanovista”.

### **Literatura y nación: entre el realismo socialista y el mito gaucha**

La reactualización de la doctrina del “realismo socialista” efectuada por Andrei Zhdánov desde 1946 (y que, a diferencia del período de preguerra, Moscú consideró inmediatamente ejecutoria) combinó la condena al formalismo con la exaltación de las tradiciones nacionales, tanto en el arte como en otros ámbitos. Desde ese momento, en todos los partidos comunistas de Occidente, las palabras “nación” y “patriotismo” adquirieron nuevos matices en torno al imperialismo norteamericano: el “cosmopolitismo”, tópico largamente transitado en las discusiones sobre la nacionalidad, se convirtió en el término elegido para designar los peligros de “americanización del mundo” y la ideología del “nacionalismo burgués”.<sup>423</sup> A pesar de que durante el período de máximo apogeo del zhdanovismo, la autoridad partidaria

---

<sup>423</sup> Cauter, 1968, *op. cit.*, p. 235.

intervino en todos los ámbitos de la actividad intelectual, conquistando zonas antes preservadas como la investigación científica, fue en la literatura donde más se hizo sentir la total indistinción entre cultura y política que caracterizó el dogma soviético, y también el campo donde más se afectó el lugar que los comunistas habían conquistado gracias a las políticas frentistas. En este contexto, la reflexión sobre la cultura nacional y la herencia cultural tomó la forma de una reconsideración sobre los vínculos entre literatura y nación, lo que obligadamente supuso una toma de posición sobre la tradición literaria construida en torno a la gauchesca y sobre la figura del gaucho como tipo representativo de la nacionalidad, tópicos que por entonces ya estaban firmemente asentados en el imaginario sobre la nación construido por las elites, desde el Centenario en adelante. La definición de una herencia literaria en torno a la gauchesca y la tradición criollista suponía, además, definir la legitimidad de ciertas estéticas y modos de representación del mundo popular, e incluso de lo que se entendía por pueblo y cultura popular.

Como la mayor parte de los sectores de la izquierda tradicional (con la única excepción de algunos escritores anarquistas como Alberto Ghirardo), el comunismo argentino no fue particularmente proclive a recuperar la tradición gauchesca. Una de las interpretaciones más firmemente asentadas en un sector de la intelectualidad comunista es la que consideraba al gaucho, en tanto tipo social, como una rémora del feudalismo colonial de dudosos méritos en la historia de la independencia nacional. Esta fue la lectura de Aníbal Ponce, quien recuperando el esquema interpretativo de José Ingenieros, y a través de este el de Sarmiento, Ponce planteó que en los territorios rioplatenses el proceso de la independencia podía explicarse como la batalla implacable entre dos civilizaciones contrapuestas: una irremediablemente feudal y colonial unida a España, la otra burguesa y liberal unida al mejor pensamiento revolucionario europeo, particularmente francés. La sociedad conservadora —afirmó Ponce en 1928, en su conferencia “Examen de conciencia”—, obligada a retirarse luego de la caída de Rosas y acorralada por las oleadas inmigratorias que alteraban la fisonomía nacional y aniquilaban la influencia española y su masa de maniobra



gaucho, convirtió a “aquel humilde ser bastardo (...) en algo así como un sombrío caballero perseguido a quien los dioses extraños arrebataban la tierra”:<sup>424</sup>

Una literatura copiosísima empezó a fructificar en torno suyo, y satisfacía de tal modo los apetitos colectivos que casi convirtió en semidiós a un delincuente vulgar, fullero y asesino. La ausencia poco menos que absoluta del elemento indígena, dominante en otras nacionalidades de América, favoreció la consagración del gaucho como representante genuino de la patria vieja. El poema, la novela y el teatro contribuyeron con eficacia innegable a esa curiosa formación de la leyenda, pero en el verso doliente o en la narración pintoresca continuaba vibrando el alma derrotada de la Colonia, el encono no disimulado del mestizo frente a Europa.<sup>425</sup>

Los escritores sociales ligados a las revistas izquierdistas y al grupo de Boedo (algunos de los cuales se integraron luego a las filas comunistas) tampoco manifestaron simpatía por la figura del gaucho ni por el fenómeno indudablemente popular de la literatura criollista inaugurada por Eduardo Gutiérrez y continuada en el teatro, el circo y la iconografía del carnaval. Sin embargo, cuando la vanguardia martinfierrista hizo de su “ejercicio legítimo” del criollismo —recuperado al servicio de la variante urbana creada por Borges— un argumento de impugnación —a la vez lingüístico y de clase— de la literatura social, los escritores de izquierda reaccionaron reclamando su derecho de ubicar el *Martin Fierro* como momento fundacional de una genealogía literaria cuyo patrimonio se propusieron disputar.<sup>426</sup> Raúl González Tuñón, máximo poeta del comunismo local, nunca incorporó los motivos criollistas ni costumbristas a su literatura. Y si en 1930, al rendir tributo a su amigo y maestro Ricardo Güiraldes, podía anunciar no sin alivio la muerte definitiva del canto gaucho, quince años después su opinión no había cambiado:

¡Cuidado con la plaga nativista!

¡Alerta el criollismo a outrance!

La novela de costumbres suele ser una mala costumbre.

Despojemos a cierta literatura de pintoresquismo, de expresiones seudonativas y no quedará nada.

---

<sup>424</sup> Sobre las diversas etapas del pensamiento de Ponce, incluida su reconsideración de la figura del gaucho hacia el final de su vida ver Terán (1986, *op. cit.*, pp. 131-178).

<sup>425</sup> Ponce [1933] 1963, p. 19.

<sup>426</sup> Cfr. Sarlo 1997, *op. cit.*, pp. 211-260 y Eujanián y Giordano, 2002, pp. 395-415

Falta el hombre.<sup>427</sup>

No es casual que Álvaro Yunque, escritor proveniente del anarquismo, fuera el primero en reivindicar la máxima obra de José Hernández para los fueros del comunismo. Ya en 1937, desde las páginas de la revista *Claridad*, había proclamado que el *Martín Fierro* era “una biblia de la miseria gaucha”. Apelando a los tópicos que serán usuales entre los pensadores del nacionalismo populista, Yunque haría del *Martín Fierro* una épica de signo popular levantada en contra del poder ilustrado y burgués de la metrópoli porteña:

Las grandes palabras, las sutiles teorías; se hallaban a disposición de la pluma y de la voz de los ideólogos oligárquicos de Buenos Aires. Y éstos proclamaron que la lucha de los opresores contra el gaucha hambriento era la “civilización contra la barbarie”, “lo europeo contra lo colonial”, “la ciudad contra el desierto”. Y la insurrección del gaucha fue sólo una protesta de la clase utilizada y olvidada.<sup>428</sup>

Pero la reivindicación de la gauchesca por el autor de *La Literatura social en la Argentina* no solo implicaba un acto disruptivo respecto a las apreciaciones corrientes en el espacio cultural comunista, sino un gesto que será aún más perdurable: la idea de que el *Martín Fierro* fundaba una tradición literaria de carácter verista sobre la que debía asentarse el programa de los escritores revolucionarios. Al buscar amparo en el poema de Hernández para sostener que el realismo, en tanto arte proletario, debía ser ante todo eficaz, liberado de cualquier pretensión vanguardista que empañara su comunicatividad popular, Yunque ofrecía un concepto de lo literario y de la tarea del escritor que no dejó de funcionar en las décadas posteriores, toda vez que fue necesario oponer el “realismo socialista” a las siempre peligrosas inclinaciones “formalistas” de los escritores seducidos por el “cosmopolitismo”.<sup>429</sup>

Hacia comienzos de la década del cuarenta, la simbología gauchesca, las representaciones del mundo campesino y los temas folclóricos ganan tímidamente un espacio en la prensa partidaria, que se acentuará definitivamente a partir de 1947.

---

<sup>427</sup> González Tuñón, Raúl, “La poesía es una e indivisible”, *Orientación*, octubre de 1945.

<sup>428</sup> Yunque, c. 1940/1943.

<sup>429</sup> Como ejemplo de esta operación que homologaba la vocación de intervención política de los autores gauchescos con las codificaciones del realismo socialista, ver el artículo de “El ‘arte dirigido’ en la Argentina”, *Orientación*, 13 de noviembre de 1940.

Desde ese momento, comienzan a publicarse profusamente cuentos y relatos regionalistas y de temática campesina que los escritores comunistas ya venían ensayando desde principios de la década, entre ellos Luis Gudiño Kramer (1899-1973), Carlos Ruiz Daudet (1900-1974), Amaro Villanueva, Gerardo Pisarello, Enrique Wernicke y Alfredo Varela.<sup>430</sup> Por otra parte, el ingreso al partido de músicos populares como Atahualpa Yupanqui (1908-1992) abrió el espacio para la incorporación de la música folclórica a las veladas y actos partidarios, tendencia que se acentuará en los años sucesivos, pero que no ocupaba prácticamente ningún lugar hasta ese momento.

De todos modos, sería un error adjudicar este mayor interés por los problemas nacionales sólo al acatamiento del reverdecimiento patriótico soviético que las autoridades partidarias argentinas incorporaron a su política cultural. El interés que estos intelectuales comunistas demostraron por los problemas de la cultura y la nacionalidad no puede analizarse evadiendo su vínculo con el contexto de la experiencia peronista y su carácter de fenómeno político de masas. Más allá de las caracterizaciones que el partido ensayó sobre Perón y el peronismo (comenzando por la desafortunada definición de “naziperonismo”), era un hecho incontrastable que el sistema de representaciones sobre lo nacional, puesto en práctica por el peronismo, resultó exitoso en ganar la adhesión de los sectores populares. Del mismo modo, era evidente que el hispanismo y la recuperación de poéticas nativistas y las efusiones folclóricas de fuerte contenido nacionalista (que caracterizaron, entre otros elementos, la política cultural del peronismo) colisionaban con el sistema de valores culturales que los comunistas alentaban desde su adhesión inveterada al proyecto fundador de la Generación del '37 y los héroes culturales del liberalismo.

Será durante el peronismo, más precisamente en el mismo año de 1948, cuando dos libros retomen la cuestión de la gauchesca y principalmente del *Martín Fierro* para

---

<sup>430</sup> Retomando el reformismo pedagógico que guió la literatura social de la década del veinte e integrando los procedimientos naturalistas a los modelos estéticos de la narrativa norteamericana y el neorrealismo literario y cinematográfico italiano, los narradores comunistas dedicaron especial atención a la zona del litoral, y produjeron un conjunto de obras profusamente publicadas en las revistas y las editoriales del partido. Cfr. Romano, 2004, op. cit, pp. 602-610.

volver sobre el problema de la nacionalidad, sus orígenes y su futuro, en un contexto donde sus implicaciones políticas eran evidentes. Desde el oficialismo lo hará Carlos Astrada, quien a través de *El mito gaucho* dará fundamento filosófico al Estado peronista, retomando la cosmogonía gauchesca para ponerla al servicio de su proyección política en las masas peronistas.<sup>431</sup> Desde el espacio liberal, lo hará Ezequiel Martínez Estrada, quien con *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* emprenderá una monumental tarea crítica destinada a develar las operaciones mitificadoras que habían hecho del personaje de Hernández el objeto de un exaltado culto nacionalista y patriótico. Frente a estas interpretaciones contrapuestas, a la que habría que agregar la de Jorge Luis Borges, las izquierdas socialistas y comunistas no tuvieron nada que agregar con el mismo rango de contundencia. Sin embargo, la cuestión revestía un interés político inmediato del que era imposible sustraerse, como lo advirtieron sus más lúcidos intelectuales, incluso más allá del uso instrumental que el partido le podía otorgar a la recuperación de la simbología criollista. En definitiva, el problema se planteaba al advertir que el *Martín Fierro* había constituido un momento de la historia de la cultura argentina que podía presentarse como de máxima fusión entre la cultura de elite y la cultura popular. La edición del poema de Hernández ilustrado por Juan Carlos Castagnino en 1962 fue uno de los acontecimientos más celebrados por los comunistas y refiriéndose a éste Juan Carlos Portantiero podía convocar, en estricto tono gramsciano, a escribir “el Martín Fierro de hoy” sobre la recreación de aquel momento paradigmático de diálogo entre el intelectual argentino y las necesidades nacional-populares.<sup>432</sup>

### **Héctor P. Agosti: el pueblo y los letrados**

Recojo estos papeles, que ya no sé en qué medida son míos. Pertenecen ahora a esta ciudad que me los ha dictado con su fervor, a esta ciudad que veo desde lo alto desplegándose como un monstruoso damero de luces, a este río de presurosos encrespamientos que ha sido para nosotros como una súbita pampa de aguas, a esta muchacha que mira alejarse un barco con ojos henchidos de ansiedad vagabunda.

Héctor P. Agosti, *Cuaderno de Bitácora*.

---

<sup>431</sup> Cfr. David, 2004.

<sup>432</sup> Portantiero, Juan Carlos, “Una novedad centenaria”, *Hoy en la Cultura*, Buenos Aires, n° 7, noviembre de 1962, p. 2.

Estas palabras, con las que Héctor P. Agosti remataba la justificación de su libro *Cuaderno de Bitácora* (1949), tal vez sean el mejor punto de partida para analizar el texto que, incluido como primer ensayo de aquel libro, marca el inicio de una reflexión sobre la cuestión de la nacionalidad y el problema de la cultura, cuyos logros más perdurables deberán buscarse en dos libros posteriores, *Echeverría* (1951) y sobre todo *Nación y Cultura* (1959). Entre “La expresión de los argentinos” y su libro de 1959, el ciclo más prolífico y estimulante de la trayectoria intelectual de Agosti dentro del PCA, el encuentro con la obra de Antonio Gramsci marcará una inflexión destinada a perdurar en su reconocimiento póstumo como “la figura intelectual más significativa que dio entre nosotros, desde mediados de la década del treinta, el pensamiento comunista”.<sup>433</sup>

En la querrela sobre la cuestión de la tradición cultural, la lengua ocupa un capítulo destacado. La polémica sobre la existencia, legitimidad y ejercicio de un español rioplatense recorrió la historia de la cultura argentina desde sus primeras y más radicales formulaciones con la Generación del ‘37, e involucró a intelectuales de muy diversas adscripciones estéticas e ideológicas, en torno a un problema que se juzgó primordial para definir el tono nacional de la literatura argentina. Heredero de una tradición de pensamiento que no reconoció en el problema nacional un objeto central de indagación, en “La expresión de los argentinos”, Agosti apela a la relación entre nación y lenguaje como clave interpretativa que, remontándose al momento romántico, le permitirá aventurarse en una “teoría del lenguaje argentino”. Esta se esboza como una teoría de la nacionalidad capaz de superar el “liberalismo ingenuo” que —afirmaba— “asimila la nación (suceso histórico) con el Estado (suceso político)”.<sup>434</sup> Para Agosti, el lenguaje argentino debía reconocer, desde sus inicios dramáticos en los tiempos de la Independencia, dos vertientes confluyentes: por un lado la “lengua literaria”, cuyo espacio corresponde a la cultura letrada, a la estética y al pensamiento;

---

<sup>433</sup> Portantiero, Juan Carlos, “Agosti fue un maestro”, *Clarín*, 29 de julio de 1994, p. 21.

<sup>434</sup> Agosti, [1949] 1965, p. 19.

por otro la “lengua popular”, cuyo espacio corresponde al pueblo, a la materia expresiva y a la experiencia social.

Tras el reconocimiento de un punto de partida inequívoco en el “exhaustivo dualismo” con el que Sarmiento sintetizó el programa de su generación en los espacios de la civilización y la barbarie, no es difícil advertir en las líneas generales del esquema interpretativo de Agosti la deuda con su maestro Aníbal Ponce: la defensa del programa cultural del liberalismo decimonónico como puente para un futuro abierto a la promesa marxista, una acendrada francofilia paralela al rechazo de los temas latinoamericanistas y, finalmente, un imaginario de país construido sobre la base social de la inmigración y la base cultural del europeísmo de las elites burguesas, ambos elementos de un tono nacional que sólo podía alojarse en Buenos Aires. El damero monstruoso de esa ciudad se redime en una pampa de aguas; la “menos americana de las ciudades de América” alberga “el menos castizo de los modos de hablar español”. Este, y no otro, puede ser el punto de partida de una cultura liberada, de una literatura auténtica; en definitiva, de una nacionalidad conquistada.

“La expresión de los argentinos” discute elípticamente con el clásico ensayo de Borges de 1927, “El idioma de los argentinos”, pero está escrito veinte años después, dándole al texto cierto aire de extemporaneidad. Es como si Agosti no pudiera ver las monumentales transformaciones que separan la sociedad argentina de los años peronistas de aquella que, todavía a fines de la década del ‘20, podía reconocerse en un programa modernizador que, de todos modos, ya había comenzado a demostrar sus límites, y que en los años posteriores se convertiría en el centro del anatema de un sector importante de los intelectuales argentinos. De ahí que, en la construcción de ese objeto que se le hace necesario indagar, apele a representaciones y problemas cuya correspondencia con el contexto en el que los inserta es al menos dudosa. En efecto, en los umbrales de la década del ‘50 Buenos Aires no es, como quiere Agosti, una “metrópoli gringa” ni tampoco, por más que esa imagen pudiera seguir funcionando socialmente como elemento imaginario de distinción, una ciudad europea; baste para ello recordar que para 1946 el 40 % de la población metropolitana provenía de las

migraciones internas.<sup>435</sup> Sin embargo, a contrapelo de buena parte de la ensayística dedicada a indagar en los meandros de la nacionalidad, Agosti seguirá en este momento postulando, como una especie de última trincheras del proyecto del racionalismo liberal, que Buenos Aires estaba llamada a ejercer la línea dominante de la cultura argentina en base a esa condición de doble europeidad: la que por vía de los letrados infundía las ideas progresivas, y la que mediante la presencia gringa modificaba los usos y costumbres populares, en un contexto industrializador destinado a conmover la periclitada rapsodia de los ganados y las mieses:

El “idioma de los argentinos” es ya una expresión de las grandes masas estabilizadas en las ciudades, y si alguna vez se constituye como cuerpo de independencia visible, tengamos la seguridad que habrá de ostentar este apellido ilustre de los nuevos usos industriales de las ciudades antes que los nostálgicos retumbos labriegos diseminados sobre la ajena pampa infinita. No tengo dudas (sigamos jugando al vaticinio) acerca de una influencia campesina de regreso sobre este hablar popular; pero lo que aquí me preocupa es destacar la línea melódica dominante. Dicha línea la adivino impuesta por el imperialismo cultural de las grandes ciudades, que dispone de los medios coercitivos como la radiotelefonía y el periodismo para desarticular a los pequeños agregados humanos desvanecidos en el “idiotismo de la vida rural”.<sup>436</sup>

La notable pregnancia que Agosti ofrece al imaginario del proyecto liberal podría explicarse por su adhesión a los esquemas interpretativos de la historiografía comunista que, para este momento, ya se encontraba definitivamente reconciliada con la herencia liberal. Sin embargo, y como podremos observar con el caso de Amaro Villanueva, las cosas resultan más complejas si se presta atención a la creciente presencia que la temática gauchesca y los motivos criollistas y nacionalistas comenzaron a tener en la prensa partidaria oficial desde mediados de la década del cuarenta, como lo demuestra el establecimiento de una literatura regionalista de temática campesina en la que los escritores comunistas se destacaron. En realidad, tanto “La expresión de los argentinos” como la línea ensayística que en adelante desarrollará Agosti bajo el influjo gramsciano —y que en buena medida modificará las

---

<sup>435</sup> Sobre la imagen de Buenos Aires como “ciudad europea” consultar Gorelik, 2004, pp. 71-94.

<sup>436</sup> Agosti, *op. cit.*, p. 49.

líneas más acendradas de un racionalismo europeizante que aquí todavía mantiene— están unidas por una común disputa contra el nacionalismo cultural, que en este momento consideraba una aberración peligrosa y fatal. Al gauchismo telúrico y el “criollismo literario y macaneante”, según definía siguiendo a Unamuno, Agosti opondrá los rasgos positivos de la bastardía y la impureza porteña.

La historia del país, afirmaba Aníbal Ponce en 1928 en la senda abierta por José Ingenieros, es la historia de la lucha dramática de dos civilizaciones que se constituyen en el momento mismo de la Independencia: de un lado el feudalismo español y su masa de maniobra de gauchos e indios; del otro, las nacientes burguesías de las ciudades que abrazaron los vientos revolucionarios de Europa con una sincronidad meticulosa. Derrotado el retorno feudal con la caída del gobierno de Rosas, las fuerzas progresivas reanudarán su marcha mediante el influjo renovado de dos vertientes confluyentes en el común objetivo de enterrar el pasado español: el pensamiento revolucionario del ‘48 francés y la llegada de los inmigrantes. Francia, dos veces libertadora de América, constituirá el contacto necesario con el mundo culto y a ella unirán su suerte las minorías directoras de la revolución; la inmigración, “definitiva y verdadera colonización de la República”, cumplirá la tarea de extinguir por el predominio de su sangre al elemento gaucho, aliado natural de la Colonia, primero, base bárbara de su continuación en el caudillismo y la tiranía, luego.<sup>437</sup> Veinte años después, y puesto a analizar el problema del lenguaje nacional, Agosti afirmará lo siguiente:

La originalidad cualitativa del hecho argentino puede quedar significada por el fenómeno de un idioma renovado que se afianza en las ciudades, *involuntariamente* influido por la inmigración y *voluntariamente* modificado por la presencia de literaturas no españolas.<sup>438</sup>

Inspirado en su reciente descubrimiento de la obra de Ferdinand de Saussure, Agosti reflexionará sobre este fenómeno para organizar los espacios de lo que denominará “lengua popular” y “lengua literaria”:

---

<sup>437</sup> Ponce, [1928] 1963, pp. 16-24.

<sup>438</sup> Agosti, *op.cit.*, p. 25 (resaltado en el original).



En cierta medida este episodio pudiera poner en funcionamiento el sutil mecanismo de distinciones entre lengua y habla que ha imaginado Ferdinand de Saussure: en aquella “habla” intervendría perentoriamente el pueblo; en esta lengua descansarían sobre todo los escritores...Pero aparte tales circunstancias, resulta notable en este caso argentino la combinación visible de las fuerzas espirituales con las determinaciones materiales de la vida social.<sup>439</sup>

En los ensayos de interpretación nacional, así como también en el pensamiento nacionalista, la relación entre literatura y nación se tradujo en el problema de la literatura gauchesca como épica nacional y en la función cultural del gaucho como epítome de la argentinidad. No nos detendremos aquí en las operaciones intelectuales y en los condicionantes sociales que, bajo lo que se ha denominado el “espíritu del Centenario”, condujeron a fundar la tradición literaria argentina sobre el cuerpo de la gauchesca y su héroe máximo, *Martín Fierro*. Baste sólo con apuntar que, entre aquellas operaciones y estos condicionantes, el problema de la inmigración, como cuestión nacional, ocupó un lugar destacado que tendrá prolongaciones perdurables en las imágenes y representaciones que, desde entonces, los intelectuales construyeron sobre el pasado argentino.<sup>440</sup> Por otra parte, y no necesariamente en correlación con el proceso de canonización del personaje de José Hernández, particularmente entre el período comprendido entre 1880 y el Centenario, el criollismo fue un elemento central en la constitución de una naciente cultura popular cuyos núcleos temáticos y proyecciones sociales se plasmaron en torno a los folletines gauchescos, sobre todo los de Eduardo Gutiérrez y su personaje paradigmático Juan Moreira. El “moreirismo”, como núcleo de una literatura popular de signo criollista, proveyó a los sectores subalternos, tanto nativos como extranjeros, de signos de identificación y rituales de sociabilidad que, organizados en torno a aquella representación de la vida y el lenguaje campesino, ayudaron a la conformación de un sentimiento de nacionalidad en el marco de un intenso proceso de modernización.<sup>441</sup> ¿De qué modo estos dos espacios de

---

<sup>439</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>440</sup> Cfr. Altamirano, 1997, *op. cit.*, pp. 201-209, Devoto, 2006, pp. 47-119 y Cattaruzza y Eujanián, 2006, pp. 97-120.

<sup>441</sup> Sobre el “criollismo popular” como espacio de cultura y su relación con la cultura letrada es indispensable el libro de Adolfo Prieto (2006).

cultura, organizados en torno a los motivos gauchescos, podían ingresar en la propuesta interpretativa de Agosti?

Para el biógrafo de Ingenieros, tan poco afecto al criollismo como al naturalismo literario, la relación entre el “idioma gauchesco” y el lenguaje literario planteaba un problema primordial: ¿Por qué, se pregunta, la lengua literaria argentina —ese lenguaje de los letrados— viene a coincidir, en sus lineamientos primordiales, con el habla popular? Si la poesía nacional surge espontáneamente de la lengua de un pueblo, como lo indicó Herder, fácil es advertir el inicio tremendo de una literatura obligada a expresarse en una lengua ajena, “signo de la conquista y marca de la sumisión”; de ahí que el descastizamiento total de la lengua se haya impuesto como programa de la revolución argentina por medio de los románticos. La paradoja evidente es que la lengua popular, que era la del gaucho de las campañas coloniales, no era otra cosa, como lo había demostrado Ricardo Rojas, que una sobrevivencia del léxico medieval del vulgo hispánico (por lo que resulta perfectamente humorístico, acota, que reinvidicadores del casticismo lingüístico como Juan Agustín García renieguen del *Martín Fierro*, “un poema tan emparentado con la arqueología misma del idioma”). ¿Resulta entonces que la literatura, que es la lengua de la civilización, resultaba obligada a beber en la expresión de la barbarie? Por otro lado, si el lenguaje es materia de pensamiento (y no de gramática —y en esto nada podía aportar la preterida España), ¿cuáles son las ideas que podrán fundarse sobre esa expresión, inoculada de remotas sobrevivencias castizas?

Agosti intentará responder a este dilema —de difícil resolución— en los términos de su esquema interpretativo, apelando al argumento genérico de la batalla entre románticos y neoclásicos: la Generación del ‘37 aprobó los usos del idioma gauchesco con el objeto de ponerlo al servicio de su obra de descastizamiento; es decir, oponiendo un lenguaje vivo, aunque vulgar, al culteranismo de las academias y las rigideces de la gramática hispánica. El exaltado influjo romántico, que tan bien combinaba con la esencia de la revolución argentina y hasta con “la fastuosidad anecdótica de su escenario”, pudo entonces reinvidicar el “ingenio chúcaro” de Bartolomé Hidalgo

como componente original en el pleito del idioma y, con ello, sentar las bases de una “cultura militante” nutrida de la materia social del lenguaje popular.

La modificación popular del español, a través de los usos campesinos, se presenta así como uno de los componentes de la génesis de la lengua popular, e informa la tarea prologal de constitución de una literatura argentina. Sin embargo, la lengua literaria, que se distingue del habla popular por la búsqueda deliberada de efectos estéticos, cumplirá su tarea de nacionalización frecuentando otras literaturas, lo que significa formas de pensamiento elevadas y progresivas, en una tarea donde se destaca la Generación del ‘80. Por la vía del modelo francés, cuya nota es patrimonio de “nuestra buena cultura fundamental” —afirmaba—, los escritores del ochenta, y Sarmiento por sobre todos ellos, cumplieron su papel en la liberación del idioma, conformando un español rioplatense destinado a imponerse a cualquier rémora hispánica. La aparente paradoja, que Oscar Terán señaló agudamente para el caso de Aníbal Ponce, de que la representatividad nacional de los escritores del ochenta fue directamente proporcional a la adopción del modelo europeo, se mantiene en Agosti como síntoma de una razón histórica en que lo universal (europeo, cuando no específicamente francés) se opone a los motivos del localismo y la “regresión” folclórica de la América hispana:

En los orígenes de nuestra cultura autónoma esa doctrina queda inscrita con inequívoco sentido: al “localismo” opónese allí el “universalismo”. Dicho de otra manera: esta conciencia nacional, por lo mismo que aspira a ultimar el feudalismo criollo, procura vitalizarse con las normas de pensamiento que condujeron al esplendor de las burguesías europeas.<sup>442</sup>

La literatura argentina podrá así distinguirse en una genealogía que Agosti traza, prescindiendo tanto de la gauchesca como de la poesía social y la vanguardia, en una enumeración que no deja de corresponderse con sus propios gustos literarios: la generación del ‘37, la generación del ‘80, el modernismo de Lugones... Sin embargo, un punto de quiebre anticipa el divorcio fatal entre los letrados y el pueblo, que en su *Echeverría* conceptualizará en términos gramscianos como el abandono del carácter “nacional—popular” de la inteligencia argentina. Con la única excepción de Sarmiento, afirma, la generación del ‘80 produjo una literatura *desconceptualizada*,

---

<sup>442</sup> Agosti, *op. cit.*, p. 30.

cuya impronta permanece en las letras argentinas como señal de alarma del abandono de un programa teórico, de una cultura militante, con el que debía anudarse:

Por impecable que resulte la técnica de traslado, el reflejo preciso de los ajenos modos no alcanza a configurar una literatura: apenas si anota la vitalidad de un grupo de literatos diestros. Un panorama de la literatura argentina actual estaría obligado a percibir este “reflejo” como particularidad adjetiva, sobre todo en nuestra lírica. De lo cual podría deducirse que la peculiaridad lingüística no basta para fraguar una literatura original. Es el punto de partida, el aire nuevo, el ímpetu juvenil; pero además del ropaje le hará falta a la literatura el sentimiento intransferible de su propio ámbito nacional.<sup>443</sup>

¿Sobre qué sustancia social podría haber fundado una literatura verdaderamente nacional esta inteligencia, en la que ya se adivinan los motivos de la deserción...? ¿A qué “paisaje” debería haberse aliado? Formulado de otro modo, ¿de qué pueblo debía surgir la poesía? De esa otra sustancia del lenguaje popular, responderá Agosti, que ha venido sustituyendo el viejo idioma castizo de las campañas bárbaras y que ostenta en sus hechuras “la marca épica de los inmigrantes”. Inútil es la condena de los retóricos a las impurezas de un idioma inoculado por la presencia de otras lenguas; fútil el sueño de los pedagogos que anhelan una restauración nacionalista que no es otra cosa que un rebrotar de la hispanidad; equívocos los diagnósticos que sobre la base de la ilusión de una Argentina inamoviblemente y agrícola-ganadera, anuncian la pervivencia de la gauchesca o su renovación por cuna campesina:

Esas otras formas verbales rioplatenses son las que van prevaleciendo en el país argentino a fuerza de ser difundidas por la gravitación de la metrópoli y por los poderosos medios de divulgación con que la metrópoli ejercita su dominio sobre las provincias, no obstante el federalismo y otras retóricas. El viejo tema cultural de las ciudades y los campos vuelve a suscitarse ahora en estas condiciones singulares. Para decirlo más derechamente: ¿es Buenos Aires, son los núcleos urbanos que giran en la órbita rioplatense, quienes impondrán al país la secuencia de esta habla popular redimida de su posible hispanidad absoluta? Pienso que tal como los sucesos se presentan (y esta conclusión mía tiene un signo de provisionalidad bastante definitivo), la preeminencia de este lenguaje popular nacido en Buenos Aires tórnase indudable.<sup>444</sup>

---

<sup>443</sup> *Ibidem*, p. 37.

<sup>444</sup> *Ibidem*, p. 46.

De este modo, concluye, cualquier indagación sobre el “idioma de los argentinos” deberá arrancar con la consideración de la “función cultural del gringo” en la definitiva modificación del habla popular urbana y en la no menos importante alteración de los usos campesinos. La importancia literaria y sociológica de este fenómeno, cuyas resonancias política “provocaron tan sustanciales inquietudes en la vida argentina” y —afirmaba— ha quedado demostrado ejemplarmente en *La Gringa*, así como en los abundantes sainetes que inundaron el teatro argentino durante las primeras décadas del siglo.<sup>445</sup> La defensa del proceso inmigratorio como elemento constitutivo de la nacionalidad argentina fue un rasgo que caracterizó toda la reflexión posterior de Agosti, del mismo modo que la cuestión del lenguaje y la literatura se conservaron como el eje desde el cual pensar la posibilidad de una “cultura argentina auténtica”, una vez superado el histórico desencuentro entre los intelectuales y el pueblo—nación. Sin embargo, esta cultura auténtica nunca será, para el intelectual comunista, sinónimo de criollismo, y éste nunca ocupará en su reflexión un espacio onnicomprensivo en la definición de la herencia cultural que debía reivindicarse.

La postulación de Buenos Aires como centro de la nacionalidad, al costo de la elisión de un interior identificado con los resabios del pasado, será para Agosti, como para Ponce veinte años antes, una operación lógica dentro de un razonamiento apegado a las matrices sarmientinas, aunque en el contexto de fines de la década del cuarenta venga a suponer, más que la metaforización de un modelo de desarrollo todavía exitoso, la reafirmación de los derechos de la “metrópoli gringa”, nuevamente hostigada por los motivos “someros del localismo y la esclavitud folclórica”. No es difícil detectar, en esa amenaza nuevamente cernida sobre “la menos americana de las ciudades de América”, la alusión a los tópicos del nacionalismo literario, al que Agosti define como una aberración peligrosa que, en nombre de la condena en bloque del cosmopolitismo, pretendía renegar del universalismo de la doctrina cultural original para promulgar una xenofobia que, en América —dice— siempre ha sido indicio de mala cosa: “no la padecieron los fundadores de nuestras nacionalidades, pero no la

---

<sup>445</sup> Adolfo Prieto ha analizado el importante lugar que ocupó *La Gringa* en el frente de “animosidad antimoreirista” abierto en la literatura dramática argentina a principios del siglo XX. Cfr. Prieto, *op. cit.*, pp. 179-182.

escatimaron en cambio ninguno de los tiranuelos encaramados en la aventura del poder”.<sup>446</sup> La alusión a Perón y a la política cultural del peronismo es tan obvia que puede hacernos olvidar que, ya para esa época, Agosti comenzaría a enfrentar, dentro del propio PCA, una embestida tradicionalista que, en muchos puntos, vino a coincidir con las críticas que, desde la intelectualidad alineada con el peronismo, se realizaban a la herencia cultural liberal. La polémica en torno a *Don Segunda Sombra*, que se desató algunos años después, puede considerarse el punto de máxima fricción entre ambas tendencias.

### **Amaro Villanueva: espíritu rural y tradiciones campesinas**

*Por fin señor, le agradezco la paciencia con que me escucha, antes de volver a mi pago, porque cambié de parecer después de haber visto lo que cuento. No me convence la capital de la República. Mejor dicho: no me convence el capital, que nos pone a freir en esta olla grande hasta que soltemos toda la grasita y nos volvamos chicharrones.*

Amaro Villanueva, “Montoneras de este tiempo”, 1948.

Amaro Villanueva nació en Gualeguay, provincia de Entre Ríos. Fue maestro y estuvo a punto de recibirse de médico, pero abandonó la universidad para dedicarse al periodismo y la literatura. Como muchos de su generación, ingresó al PCA a través de su militancia en la AIAPE, lo que también facilitó su carrera como ensayista y escritor. Su primer libro fue de *Versos de la oreja* (1930), y de esa primera vocación poética nació la larga amistad que lo unió con Juan L. Ortiz, luego continuada en la militancia política comunista. En 1951 fue candidato a la gobernación de Entre Ríos, y poco tiempo después se trasladó a Buenos Aires, donde gracias a la intermediación de Rodolfo Ghioldi ocupó un puesto como asesor literario de la editorial Cartago. Amaro Villanueva fue el único escritor comunista que produjo un estudio perdurable sobre el *Martín Fierro*. Su libro *Crítica y Pico. Plana de Hernández*, publicado por primera vez en 1945, continúa siendo una referencia para el análisis lingüístico y etimológico

---

<sup>446</sup> Agosti, *op. cit.*, p. 70.

del poema hernandiano.<sup>447</sup> Villanueva no reflexionó, como Agosti, sobre el tema de la cultura nacional como un objeto teórico—político, sino que se dedicó a los estudios etnológicos y folclóricos como un modo de abordar las tradiciones y las culturas populares, particularmente rurales. Desde su muerte en 1967, su figura fue evocada por algunos amigos y camaradas como Raúl Larra y Gerardo Pisarello, pero el mayor reconocimiento vino por la mano de José María Aricó, quien fuera uno de los discípulos gramscianos de Agosti. En su libro *La cola del diablo*, Aricó lo definió como “un ensayista sagaz y excepcionalmente perceptivo de los fenómenos del mundo popular subalterno”, que tenía “profundas diferencias con una visión de la historia nacional que despreciaba tradiciones que un modelo civilizatorio no popular pretendió extirpar aún con la violencia estatal”.<sup>448</sup> Para el autor de *Marx y América Latina*, Villanueva habría expresado, junto a otros intelectuales provincianos, una “tendencia” dentro del partido, que por su desacuerdo con la línea cultural predominante habría permanecido siempre en la marginalidad o el silencio.

En 1947, a propósito del artículo de Ezequiel Martínez Estrada “Sobre lo gauchesco”, publicado en la revista *Realidad*, Amaro Villanueva entabló una sonada polémica con el autor de *Radiografía de la Pampa* que se extendió durante cuatro números de *Orientación*.<sup>449</sup> Bajo el título “Carta abierta a Martínez Estrada. Sobre lo gauchesco y algo más”, el escritor entrerriano efectuó una fuerte impugnación de las más arriesgadas y perdurables tesis de Martínez Estrada sobre la gauchesca, luego incorporadas a su monumental *Muerte y transfiguración del Martín Fierro*, señalando especialmente la comprensión de la literatura gauchesca como una insurrección de los poetas populares contra la poesía culta (incluida la propia Generación del ‘37) y que alcanzó su máximo poder de condensación en el poema de Hernández. Con *Martín Fierro* —dirá Martínez Estrada— la literatura gauchesca, como literatura totalmente

---

<sup>447</sup> La Universidad Nacional de Entre Ríos editó en 2010 las *Obras Completas* de Amaro Villanueva en tres tomos bajo la dirección de Sergio Delgado. El trabajo es fundamental tanto por el rescate de la obra dispersa e inédita del autor de *Crítica y Pico* como por el aparato crítico que la acompaña.

<sup>448</sup> Aricó, 2005, *op. cit.*, p. 189.

<sup>449</sup> Martínez Estrada. Ezequiel, “Sobre lo gauchesco”, *Realidad*, Buenos Aires, vol. 1, n° 1, pp. 28-48. El ensayo de Amaro Villanueva apareció en el periódico *Orientación* bajo el título “Carta Abierta a Martínez Estrada. Sobre lo gauchesco y algo más” en los números 409 (17 de setiembre de 1947), 410 (24 de setiembre de 1949), 411 (1 de octubre de 47) y 412 (8 de octubre de 1947).

nacional, termina. En adelante, el gaucho y el medio gauchesco vivirán a costa de su supresión y suplantación por un mito: el andrajoso cantor de verdades de un estado social abominable será convertido en un héroe compensador del patriotismo herido de las clases cultas:

Así se los petrificó [se refiere a los poemas gauchescos] para decorar las salas de la Academia; y así, otra vez, la “toma” directa se convierte en un “negativo”, y por exaltación del personaje se le desencaja de la realidad social en que tenía toda su grandeza, acomodándolo a un sarcófago.<sup>450</sup>

La respuesta de Villanueva, cuyo inusitado espacio en el periódico oficial del partido permite dudar que fuese una interpretación marginal, apunta a negar toda validez a la existencia de una dicotomía entre los poetas populares y los poetas cultos en la conformación de una literatura nacional basada en la gauchesca. En su lugar, Villanueva postula la existencia de una sola poesía de carácter democrático y social, que desde Hidalgo hasta los escritores comunistas, pasando por la Generación del ‘37, José Hernández, Rafael Obligado, Eduardo Gutiérrez y Ricardo Güiraldes, habrían marcado la línea de evolución de la literatura nacional, independientemente de las formas expresivas utilizadas o de los logros estéticos de sus autores. Esta visión de continuidad es posible en base a una serie de identificaciones: la de la literatura con la gauchesca, es decir, la postulación de que la única literatura, o bien la literatura verdaderamente nacional, es la que tiene por tema la cuestión campesina y el espíritu épico de la nacionalidad alojado en la campañas; de ahí que la relación entre nación y literatura se resuelva en la identificación del núcleo de la nacionalidad con la estructura campesina de un “país de pastores” y de esta nacionalidad con la literatura que lo expresa mediante la vocación nacionalista de los hombres cultos.

Con una temática común al pensamiento nacionalista popular que comenzará a desarrollarse en esos años, Villanueva analizará el problema de la tradición literaria nacional desde una clave estrictamente lugoniana –siguiendo al poeta hasta en la cita de sus pasajes más abiertamente “antigringos”–, esto es, partiendo de la consideración del *Martín Fierro* como una épica de la nacionalidad. El espíritu revolucionario del

---

<sup>450</sup> Martínez Estrada, *op. cit.*, p. 48



*Martín Fierro*, que es según Villanueva la “más cumplida expresión literaria de los ideales estéticos de la democracia”, debe buscarse en su defensa de los ideales de Mayo amenazados por la oligarquía ganadera y comercial de Buenos Aires, o sea, por el “imperialismo porteño”. Esta oligarquía, y no los hombres cultos y liberales que Martínez Estrada atacaba oponiéndolos a los gauchescos, era la responsable de haber reducido a mero calificativo lo que es específico de la mejor tradición literaria nacional:

El calificativo gauchesco connota una arbitrariedad política cometida contra la literatura argentina, llámelo neta o total, porque no hay más que una, en época contemporánea, cuando la influencia social del *Martín Fierro* —particularización que connota la calidad de esencia del pensamiento argentino— comienza a exteriorizarse en la vida nacional.<sup>451</sup>

El intento de Villanueva de asimilar para la tradición comunista los motivos del criollismo, tanto en su vertiente culta como popular, así como la consagración del *Martín Fierro* como mito fundacional de la identidad nacional, se realiza sin escindirse de la herencia liberal y democrática asociada a la Generación del ‘37. En efecto, el mandato democrático echeverriano y su formulación literaria como poesía social le permitirán agrupar autores de diversas procedencias sociales, proyectos políticos y formulaciones estéticas en torno a una misma vocación popular de raíces rurales, evadiendo cualquier posibilidad de escisión entre espacios de cultura para dar paso a una comunión espiritual que organiza la literatura y la nación.

La combinación entre este nacionalismo culturalista y la defensa de los ideales progresistas del liberalismo argentino junto a sus figuras tutelares, demuestra la extraordinaria persistencia que el imaginario fundador de la Argentina moderna tuvo en todos los proyectos intelectuales que se propusieron pensar el problema de la nación, incluido el de los propios nacionalistas. De todos modos, la aceptación de que la tradición nacional debía nacer con el *Martín Fierro* supone, en último término, una toma de posición ante aquel relato que será su equivalente y también su opuesto, como el propio Martínez Estrada lo había apuntado. En efecto, Villanueva, a diferencia de la mayor parte de los intelectuales comunistas que tendrán en Sarmiento su héroe

---

<sup>451</sup> Villanueva, *op. cit.*, 24 de setiembre de 1947.

cultural, rechaza los términos del esquema de civilización y barbarie. Lejos de parecerle la síntesis exhaustiva del programa democrático del liberalismo argentino, ese esquema le resulta una explicación artificiosa que, como ya lo había apuntado Alberdi, revela un profundo desconocimiento de la naturaleza del poder y de las causas económicas que anidan en el fondo de la oposición entre la supuesta incultura de las masas rurales y la civilización alojada en Buenos Aires:

En efecto, las conocidas antinomias de “porteños y provincianos”, “unitarios y federales”, “civilización y barbarie”, “centralismo y autonomía”, en que se resumen, según las épocas, las discrepancias y resistencias surgidas del modo de ver los problemas de la organización nacional, de la estructuración de la vida argentina, no son más que variantes de una misma fórmula con la que se elude el fondo económico esencial de la cuestión subyacente, el proceso mismo de nuestra emancipación política, que no fue resultado exclusivo de las **influyentes ideas progresistas**, sino también de los intereses de la Europa moderna.<sup>452</sup>

### ***Don Segundo Sombra: cultura popular y cultura de clase***

En el momento en que se desata la polémica sobre Ricardo Güiraldes que analizaremos a continuación, Agosti ya gozaba de un lugar central en el frente cultural comunista. No solo codirigía *Cuadernos de Cultura*, donde era, junto al psiquiatra Julio Peluffo, el colaborador más publicado, sino que el propio frente cultural había logrado instalarse como un tema de preocupación política para el partido y un elemento destacado en la lucha contra el “enemigo principal”. “el imperialismo, la oligarquía y las fuerzas y corrientes que le sirven”.<sup>453</sup> En la reunión del Comité Central Ampliado de setiembre de 1954, la cuestión de los intelectuales comunistas había sido planteada, por primera vez, en términos precisos. Bajo los ecos de la crisis desatada por Juan José Real, el informe de Rodolfo Ghioldi destacó que en el terreno de la cultura el retroceso había sido enorme, al haber comprometido las tareas del partido pero, sobre todo, el prestigio de muchos camaradas. Sin embargo, era necesario precisar que la principal causa de ese impacto radicaba en la constante resistencia de

---

<sup>452</sup> Villanueva, Amaro, “Federalismo y autonomía provinciales. En torno a una conferencia de Américo Ghioldi”, *Orientación*, 5 de febrero de 1947 (resaltado en el original).

<sup>453</sup> “La importancia del plenario del Comité Central para el frente cultural, *Cuadernos de Cultura*, n° 18, octubre de 1954, p. 3

los intelectuales a asimilar la “línea del partido”, la que menospreciaban. En las nuevas condiciones impuestas por la lucha contra el imperialismo y la oligarquía, que adoptaba la forma política de un Frente Democrático Nacional, los intelectuales debían combatir tanto el “sectarismo crítico” como su tendencia al vanguardismo. Del mismo modo, la resistencia al “cosmopolitismo”, manifestación específica en el terreno de la cultura de la penetración imperialista de los Estados Unidos, obligaba a los intelectuales comunistas a plantear con más fuerza la “diferencia de los dos mundos” en el terreno de la cultura, pues la lucha por la amplitud y la política de aliados no debían hacer desaparecer las líneas divisorias.<sup>454</sup> Con estas reservas, sin embargo, la resolución sobre el trabajo cultural supuso un retorno a las políticas de mano tendida hacia la intelectualidad liberal y fue interpretada con beneplácito por los intelectuales, pues se centraba en definir su función político-ideológica más que sus opciones estéticas. Para entonces, el partido había retomado la caracterización del peronismo como un estado corporativo-fascista cuya orientación cultural facilitaba, por un lado, el auge del irracionalismo, por otro, la penetración de la “bárbara ideología” del imperialismo yanqui. La educación religiosa, el revisionismo histórico, las cátedras de “cultura hispánica” y de “educación ciudadana” daban cuenta de la orientación “profascista y falangista” del régimen y su intención de colocar la cultura oficial bajo el signo de la política de la “inevitabilidad” de la guerra. Frente a esto, era necesario utilizar todas las posibilidades para una acción unitaria con los intelectuales no comunistas “en función de la defensa de las raíces y la continuidad histórica de nuestra cultura, de su carácter libre y popular y de la lucha contra el cosmopolitismo imperialista”.<sup>455</sup>

“Estos días de ‘revolución’ –anotaba Agosti en su diario el 20 de junio de 1955– me sumen, entre la nerviosidad de las noticias y las emisiones de radio, en la relectura de *Don Segundo Sombra*. El placer saboreado de un tirón, pese a las críticas

---

<sup>454</sup> “Se realizó un importante Comité Central Ampliado del Partido Comunista”, *Nuestra Palabra*, 21 de setiembre de 1954, p. 3

<sup>455</sup> Reproducido en “Proyecto de Resolución de la Primera Conferencia de Intelectuales Comunistas”, 1956, p. 3, Archivo PCA.

“sociológicas” que la novela ha padecido en estos días (Echegaray, Salama)”.<sup>456</sup> Para Agosti, si bien podía concederse que la novela de Güiraldes tuviera algunos defectos, su factura literaria y enorme popularidad le resultaban demasiado indudables como para pagar el precio de “regalarla” por “miopía de críticos sectarios”. En 1954, el poeta y editor Aristóbulo Echegaray publicó *Don Segundo Sombra. Reminiscencia infantil de Ricardo Güiraldes*, un estudio que buscaba demostrar que el resero descrito por Güiraldes no era Segundo Ramírez, sino el producto de la sublimación de los sueños frustrados del novelista, elevado a la categoría de un mito. Para Echegaray, quien no pretendía discutir el libro “como obra literaria”, el problema pasaba por colocarlo en su lugar exacto entre los “libros señeros de nuestra nacionalidad”, descendiénolo de los “absurdos hiperbólicos” en el que lo habían colocado los dos extremos en cuyas imantaciones se debatía para los comunistas la cultura nacional: el tradicionalismo y el “cosmopolitismo”.<sup>457</sup> En el primero caso se trataba de los “nativistas al uso”, nostálgicos del rancho y el chiripá; en el segundo, de los “literatos extranjerizantes”, que por desconocimiento de lo vernáculo se “deslumbraron con el mítico paisano arequense y vieron en el poeta –uno de ellos y entre ellos, pero con más intuición e infinitamente más artista, o artista– al Sarmiento ciclópeo o al Hernández épico, que descubrían, interpretaban y reivindicaban la raza entrañable”.<sup>458</sup> En una profesión de fe de nacionalismo literario que, como advertirán inmediatamente Agosti y Raúl González Tuñón, lo acercaban más a las posturas de Ramón Doll y del ex comunista Elías Castelnuovo que a la intelectualidad liberal que aquellos intelectuales insistían en convocar al trabajo unitario, Echegaray afirmaba:

Frente a la literatura de literaturas, a una literatura europeizante, sin raíz pasional, puro juego ingenioso de un considerable sector de las letras argentinas, *Don Segundo Sombra* –bien lo señaló Leopoldo Lugones– es libro consolador (...) Aun hoy no se quiere ver y comprender del todo en nuestro país que lo europeo es de los europeos y que lo nuestro debe ser nuestro, de nosotros. La literatura de imaginación hunde sus orígenes al otro lado del océano y autores extranjeros de moda hacen estragos en la autenticidad de valores que quieren presentarse como de primera napa. Se publican

---

<sup>456</sup> Diario personal de Héctor P. Agosti, Archivo HPA/CeDInCI, reproducido con leves modificaciones en *Cantar opinando*, 1982, pp. 92-93.

<sup>457</sup> Echegaray, 1954, p. 11.

<sup>458</sup> *Ibidem*, p. 10.

libros donde lo foráneo es estudiado y analizado en un juego de segunda mano a través de autores que, ellos sí, son ellos en su ámbito, en su realidad y en su alma enraizada en lo profundo de la raza y de las tierras propias.<sup>459</sup>

Si el mérito de Güiraldes consistía en haber “clavado sus ojos en la entrañas de la tierra”, esto no impedía, en las palabras del crítico, omitir que su obra constituía la expresión de una “clase nacional”, desde el momento en que su relación con el lenguaje de los gauchos estaba mezclada con “alambicadas modas literarias europeas” y constituía un acercamiento “puramente literario”.<sup>460</sup> Güiraldes, literato ciudadano, preocupado excesivamente por las formas había descuidado la hondura de una realidad que, por otra parte, solo conocía desde el caballo del amo, del estanciero, del “cajetilla agauchao”.<sup>461</sup> Este criterio de “literatura de clase” fue lo que despertó la entusiasta adhesión de Roberto Salama, aquel “principiante que se quedaría en aprontes”, como despectivamente lo describió Raúl Larra. Lo que Agosti llamaba el “sociologismo” de Salama, y que al poco tiempo atacará furiosamente en la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas, como una “explosión de extremismo analfabeto que, desgraciadamente, algunos recogen... en nombre de la literatura nacional-popular”, consistía en la técnica crítica con que aquel analizó la obra de Güiraldes en el artículo publicado en el número 22 de *Cuadernos de Cultura* y que dio pie al debate posterior.<sup>462</sup> Luego de contrastar la “visión idílica” del campo, la “añoranza por los buenos tiempos idos” que propone el autor de *Raucha* con el *Esbozo de la Historia del Partido Comunista*, Salama descubrió que nada se dice del predominio del latifundio y la “persistencia de relaciones sociales atrasadas, de tipo semifeudal”, mucho menos de las luchas campesinas como el alzamiento de los colonos de Macachín, el grito de Alcorta, las huelgas ferroviarias de 1917 y 1919, las huelgas de la Patagonia... *Don Segundo Sombra*, vagabundo, resignado e indiferente, no era tampoco la tipificación del explotado peón criollo. Ni tipo ni mito, apenas “un peón simple y vulgar, descrito

---

<sup>459</sup> *Ibíd.*

<sup>460</sup> *Ibíd.*, p. 71 y ss.

<sup>461</sup> *Ibíd.*, p. 16.

<sup>462</sup> Roberto Salama, “Ricardo Güiraldes”, en *Cuadernos de Cultura*, n° 22, agosto de 1955, pp. 26-48.

con notable relieve, en forma costumbrista”.<sup>463</sup> En definitiva, concluía el crítico, *Don Segundo Sombra* no era literatura realista, ni patriótica, ni popular. Era, como ya había dicho Echegaray, literatura de clase, escrita por un aristócrata liberal que si no oprimió a nadie en forma directa “lo hizo a través de su obra en proyección mediata”.<sup>464</sup>

Para Salama, los modos de representación literaria de lo popular debían oponerse a cualquier forma de experimentalismo, dando como resultado una obra de arte que sería más auténtica y verdadera mientras más se asentara en el conservadurismo expresivo, en los criterios populistas de la simplicidad y comprensibilidad de las masas y en la reivindicación de una tradición cultural que, oponiéndose al “cosmopolitismo” y a las “formas extranjerizantes” desembocaban en un “obtuso nacionalismo de espaldas al río”, como poco tiempo después lo definirán Juan Carlos Portantiero y Juan Gelman.<sup>465</sup>

Un artista que aborda lo nuestro –afirmaba Salama–, camina hacia delante, pero si lo enfoca con ideas y sentimientos retrógrados, salta atrás. De ahí el carácter no realista de *Don Segundo* y de sus hermanas menores. Es literatura no popular, pues ignora las íntimas necesidades y aspiraciones del hombre laborioso, y al reflejar una ideología de clase expoliadora entra de lleno al acervo que utilizan la oligarquía y las capas reaccionarias en su acción cultural (...)

La obra patriótica es siempre popular, y viceversa. La obra que no ayude en algo al obrero y al campesino, al estudiante y al hombre sencillo a ver aspectos de la realidad que los lleven a comprender dónde se hallan sus amigos, sus compañeros de intereses y lucha y dónde sus enemigos opresores, no puede ser auténtica, ni patriótica, ni popular.<sup>466</sup>

Al excluir a *Don Segundo Sombra* de una tradición de “literatura popular” por su carácter “no realista”, por el origen de clase de su autor y basándose en el establecimiento de una homologación directa entre los hechos culturales y literarios y la estructura económica, Salama no solo fijaba los términos de un programa estético ajustado a los criterios del partido y a lo que se espera de una literatura militante, sino que violentaba el sistema de clasificaciones sobre la tradición cultural que buena parte

---

<sup>463</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>464</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>465</sup> “Sobre el terrorismo crítico”, en *Cuadernos de Cultura*, n° 35, mayo de 1958, pp. 124.

<sup>466</sup> Salama, *op. cit.*, p. 48.

de los intelectuales comunistas venían forjando desde los años '30. En el espacio cada vez más complejo que le tocaba ocupar al comunismo, intentando sostener una suerte de término medio entre “tradicionalismo” y “cosmopolitismo” a medida que el nacionalismo cultural ganaba un espacio directamente proporcional al crecimiento de la desconfianza que los intelectuales liberales oponían a sus intentos de unidad, el sectarismo que avalaban las direcciones partidarias convirtió a la “cuestión Güiraldes” en la piedra de toque de una polémica de consecuencias imprevistas.

Agosti lo advertía cuando bajo la inusual rúbrica “Polémica” decidió publicar las refutaciones al artículo de Salama debido a que el tema tocaba muy de cerca “la interpretación del proceso histórico argentino y, consiguientemente, de su reflejo literario”:

Pero nos parece que el debate va más allá de *Don Segundo Sombra*, nos parece que el debate puede aludir, para ser verdaderamente fecundo, a los métodos de la crítica literaria, al carácter de la herencia cultural, al contenido de la cultural nacional. El episodio de *Don Segundo Sombra* es manifestación de un criterio, no accidental circunstancia. Y para que el debate pueda tener algún provecho será conveniente ahondar las posibles causas y fundamentos de tales criterios.<sup>467</sup>

Seguramente interpelado por la amistad que lo unió a Güiraldes desde los tiempos de la revista *Martín Fierro*, Raúl González Tuñón se unió a Agosti, con quién mantenía una relación bastante poco armoniosa, para rescatar a *Don Segundo Sombra* para la historia de la literatura argentina y, con ello, denunciar la poca estatura intelectual del ocasional censor, cuyas ideas “del tiempo de ñaupá” y mentalidad de “viejo preboste de la época en que las hogueras devoraban los libros herejes” le parecían estética y políticamente letales:

A través de su artículo y otros de la misma índole, se llega a esta conclusión: su sensibilidad no capta el denso y múltiple mensaje de nuestro tiempo, a no ser la mera copia de la realidad, el sonsonete en poesía, el realismo primario, proclive a un trasnochado naturalismo, en novela.<sup>468</sup>

---

<sup>467</sup> Presentación a “Inconsistencia y extremismo de una crítica sectaria”, en *Cuadernos de Cultura*, n° 23, diciembre de 1955, p. 179.

<sup>468</sup> Raúl González Tuñón, “Inconsistencia y extremismo de una crítica sectaria”, *Ibíd.*, 180.

Debiendo apelar a un criterio de autoridad inobjetable —el hecho de que *Don Segundo Sombra* sería, junto al *Martín Fierro*, traducido al ruso dado la alta estima que el pueblo soviético tenía por los escritores que amaban la gente sencilla, los oficios varoniles y las destrezas del hombre campesino—, Tuñón reivindica a Güiraldes como un “hombre liberal y progresista, animador de toda una generación”, quien había trasladado “exactamente” a su novela las costumbres y tipos de la estancia de San Antonio de Areco, que él mismo había tenido oportunidad de visitar.<sup>469</sup> Sin embargo, no podía escapársele que la pintura de “tipos” y los procedimientos veristas tan apreciados por la crítica comunista no eran exactamente los de la literatura de Güiraldes, debiendo entonces acotar que si bien se trataba de un “traslado”, éste había sido hecho con arte “sobre una base realista, pero con un lujo de estilo e imaginación de hechos, personas, cosas que existieron”. Y concluye con lo importante: “Es una novela, no un informe”.<sup>470</sup> Aceptar la expulsión de Güiraldes de una genealogía literaria que los escritores comunistas podían reivindicar como antecedente estético suponía para Tuñón aceptar el movimiento que la trascendía, es decir, un criterio que comprendía como “literatura progresista” (“palabra de la que está abusando”, acotaba) un mero vehículo de propaganda, una subestimación de la forma, una mala escritura. Por otro lado, sostener, junto a Elías Castelnuovo, Ramón Doll y luego Juan José Hernández Arregui, que la de Güiraldes era una “literatura oligárquica”, era un atentado contra la siempre evocada “unidad de los escritores” pues suponía entrar en disputa con aquellos que “sin distinción política o estética alguna” podían contarse para una acción común contra “el enemigo verdadero”, que no era precisamente un “muerto ilustre” como Güiraldes, sino “el imperialismo, sus corifeos y agentes”.<sup>471</sup>

Héctor P. Agosti —cuya preocupación por filiar al comunismo con una tradición nacional—popular fue casi una obsesión que crecía paralelamente al endurecimiento de la ortodoxia estalinista en materia cultural— ya había señalado, refiriéndose al libro de Echegaray, el peligro que desde el punto de vista doctrinal, es decir, de política cultural, suponía una postura semejante:

---

<sup>469</sup> *Ibidem*, p. 181.

<sup>470</sup> *Ibidem*, p. 183.

<sup>471</sup> *Ibidem*, p. 180.



Porque él mismo [Echegaray] pregona la declinación o la crisis o la inexistencia de una literatura de esencias nacionales. Y he aquí que cuando alguien, precisamente en aquel grupo martinfierrista, intenta mirar hacia el país, hacia la nación, venimos nosotros y le aserramos las patas... en nombre de la literatura nacional ¡Formidable! Y que no se me venga con la pamplina de la “necesaria crítica”, etc. *Don Segundo Sombra* puede ser sometida a todos los exámenes críticos que se quiera, a condición de no comenzar por negarla. Si no, ¿cómo comenzamos a edificar una **línea** literaria argentina, a partir de qué?<sup>472</sup>

Agosti ya había señalado varios años antes el valor de *Don Segundo Sombra* para la edificación de esa “línea”, cuando en un comentario al libro de Amaro Villanueva *Crítica y Pico* (1945), se preguntaba si no sería aquella obra, “en su rechazo de las insignificantes formas puras y en el partear codicioso de inéditos modos”, el mejor ejemplo del doble vigor que se requería para lograr una expresión americana auténtica.<sup>473</sup> Precisamente, Agosti advertía en el criollismo de Güiraldes una articulación original entre novedad estilística y temática tradicional, y la celebraba sin reproches. La actitud contraria, pensaba, era predicar el provincialismo, quedarse atado para siempre a los “cielitos” de Hidalgo. Curiosamente, será el propio Amaro Villanueva el encargado de apoyar los criterios clasistas de Echegaray y Salama.

Confieso que me he deleitado con el ensayo de Aristóbulo Echegaray sobre *Don Segundo Sombra* y que simpatizo grandemente con el enfoque dado por Roberto Salama a la obra de Ricardo Güiraldes, en el artículo dedicado a comentar el libro de Echegaray y a exponer su propio juicio sobre *Xamaica* (...). El problema nos atañe a todos porque se trata –nada menos– de la literatura nacional. Y ocurre que, por una feliz circunstancia, el tema se condensa en la peculiaridad gauchesca de nuestra literatura, peculiaridad de la que *Don Segundo Sombra* es una recidiva contemporánea. Recidiva o floración. Y eso mal que le pese a la crítica de cenáculo que, hace años, decretó la muerte de todo lo gauchesco, encajándolo en las cuatro tablas de un llamado *género*.<sup>474</sup>

En este artículo Villanueva consideraba que era preciso reconocer que el libro de Güiraldes daba testimonio de la perdurabilidad de una expresión nacional auténtica, aunque limitada por la perspectiva de una clase social. De aquella postura que en 1947 defendía una continuidad espiritual de los letrados que cultivaban los temas

---

<sup>472</sup> Diario personal de Héctor P. Agosti, Archivo HPA/CeDInCI. Reproducido en Cantar Opinando (op. p. 92). Subrayado en el original.

<sup>473</sup> Cfr. “El tema de nuestra expresión” (1946), recogido en *Cuadernos de Bitácora* (op. cit., p. 101).

<sup>474</sup> Amaro Villanueva, “Un parecer”, en *Cuadernos de Cultura*, n° 24, marzo de 1956, p. 149.

gauchescos, incluido el propio Güiraldes, Villanueva pasó a defender la existencia de dos órdenes de representación de lo popular campesino definidos por el uso instrumental o “formal” que las “clases pudientes o dominantes” hacían del habla popular y de la figura del gaucho.

No es Güiraldes, por cierto, el creador de este tipo de literatura híbrida, aunque su obra sea una manifestación calificada de la misma. Esa literatura de clase –que pretende ser nacional– desdeña lo gauchesco cuando se da en íntima coincidencia con las aspiraciones del pueblo, pero se lo atribuye formalmente cuando puede infundirle su propio espíritu y presentarlo con apariencias de concesión. Es lo que hace Borges, por ejemplo, con el color local.<sup>475</sup>

En esta literatura, mientras el tema y la expresión popular se mantenían, el espíritu, el contenido, era aristocrático, poniendo aquel “habla-nacional” al servicio de los fines exclusivos de una clase que avalaba los frutos de su despojo mediante un trabajo de depuración formal. A pesar de coincidir con la “crítica sociológica” efectuada por Salama, Villanueva parece menos preocupado por definir el carácter de los medios expresivos y las formas de representación de lo popular ajustadas a los cánones del “realismo socialista”, que por defender la existencia de una “lucha de clases” en el terreno cultural sobre la denuncia del ejercicio letrado de apropiación del habla popular para convertirla en un “género”. Este tema ya lo había anticipado en sus escritos anteriores, pero ahora aparecía unido a la admisión de una operación mitificadora destinada a encubrir la memoria histórica de los “explotados de todas las épocas”, cuyas raíces campesinas le parecían evidentes: “Y tan es así, agrega, que el pueblo se siente íntimamente identificado con aquel antepasado heroico”.<sup>476</sup> Confrontando con las matrices nostálgicas del uso letrado del habla gaucha, Villanueva pretendía recuperarla como elemento movilizador al nivel de una memoria popular, que en la pervivencia de sus costumbres y formas expresivas resistía al “despojo económico y cultural” de las clases dominantes. Su reivindicación de una cultura popular con capacidad para crear sus propias formas culturales y el modo en que se sustraía del miserabilismo con que la crítica cultural comunista solía evaluarla, permite comprender mejor que no es en la ocasional coincidencia con el rigor

---

<sup>475</sup> *Ibidem*, p. 150.

<sup>476</sup> *Ibidem*, p. 151.

estalinista de Salama o en los matices telúricos de su epigonal reivindicación de la gauchesca, donde Aricó fundó su reivindicación póstuma de este personaje “marginal” que, retrospectivamente, podía ser evocado con las categorías acuñadas por Gramsci. En realidad, los escritores comunistas que defendieron a Güiraldes debieron conceder que *Don Segundo Sombra* era una obra realista para mantener sus fueros en la tradición estética que defendían, pero al hacerlo ponían de lado todo lo que en la novela había de mensaje reparador de la conciencia grupal de las clases dominantes.<sup>477</sup>

Como fenómeno estético y literario, la literatura gauchesca funcionó, en el espacio cultural comunista, bajo algunos consensos: su carácter realista y la vocación de los poetas gauchescos de usar la literatura como instrumento político eran dos características que los escritores comunistas, atentos al mandato estético propio, podían apreciar sin mayores reservas. Como componente de un relato sobre el pasado nacional, la gauchesca y la propia figura del gaucho resultaron más controversiales e inestables. De una parte, la adhesión a un esquema determinista de evolución histórica dificultaba la consideración del gaucho en términos que no fueran asociados al feudalismo que, para los comunistas, caracterizaba las campañas argentinas desde la Colonia, y que la ausencia de una “revolución democrático-burguesa” habría impedido ultimar. En estos términos, la reivindicación del gaucho como elemento constitutivo de la nacionalidad era mucho más compleja que la recuperación de los próceres del liberalismo. De otra parte, la progresiva nacionalización de los sectores obreros y populares (además de su modificación morfológica, producto de las migraciones internas) planteaba la cuestión de una interpelación hacia ese mundo en términos más sensibles y efectivos que las evocaciones a los padres fundadores, lo que pudo resultar en el descubrimiento de que el pasado gaucho y los motivos criollistas constituían un potente elemento identificatorio entre los sectores subalternos, ya entonces fuera de la órbita del comunismo. Como política oficial, el partido se ocupó poco —o instrumentalmente— de estos temas, que pasaron al dominio de los intelectuales como dilemas que no encontraron una única respuesta.

---

<sup>477</sup>Cfr. Sarlo, 1988, pp. 31-43 y Romano, 1988, pp. 335-340.

Los intelectuales comunistas que participaron en la definición de una política cultural y de una cultura política partidaria en el espacio más amplio de la vida nacional, intentaron, no sin conflictos y condicionamientos, reflexionar sobre el espinoso problema de la nacionalidad, desde matrices no siempre idénticas ni homologables a las interpretaciones oficiales (que, por otra parte, siempre fueron más enunciativas que sistemáticas). Para ello, apelaron a visiones del pasado que debieron seleccionar y depurar, para ligar a un proyecto político que, desde la irrupción del peronismo, había perdido contacto con el mundo obrero y popular, y en esa tarea volvieron a transitar antiguos temas y viejos desgarramientos de la historia nacional. En los desencuentros, limitaciones y puntos muertos de estos intentos, se inscribe una parte de la historia de la intelectualidad de izquierdas en la Argentina. A su modo, la intelectualidad intentaba, a su modo, superar aquel “marxismo sin nación” con el que Oscar Terán conjugó el nombre de Aníbal Ponce.

## Capítulo 5

### **Rupturas y continuidades de un balance complejo. La primera Reunión Nacional de Intelectuales Comunistas (1956)**

---

Cómo decir en un solo poema  
la historia de esta voz que se ha callado  
mientras se oye el fragor de un mar de pena

Otros dirán el juicio autorizado  
yo solo sé cantar para su gloria  
y en loor del Maestro y el Soldado

Yo solo reverencio su memoria  
donde jamás penetrará el olvido  
sino el recuerdo, hermano de la historia

**Raúl González Tuñón, "Mi último poema a Stalin", 1953**

En la madrugada del 25 de febrero de 1956, por boca del secretario general del PCUS, Nikita Jruschov, un pequeño grupo de dirigentes escuchó las palabras que pronto conmoverían las mentes comunistas del mundo de un modo definitivo: Joseph Stalin, el sabio, el estratega, el padre de la patria del socialismo, era una mente criminal que había construido un régimen de terror y arbitrariedad. Los comunistas occidentales sufrieron un enorme trauma. El proceso de "desestalinización", que ya había comenzado con la muerte del dictador en 1953, se aceleró, aunque con grados de compromiso y profundidad diferentes. En Europa, los partidos pequeños perdieron afiliados y sufrieron escisiones, los más grandes, reaccionaron de acuerdo a sus propias tradiciones históricas. El PCF, bajo el comando de un estalinista fiel como Maurice Thorez, contuvo las disidencias e hizo gala de una férrea ortodoxia. El PCI profundizó un camino independiente y su máximo dirigente, Palmiro Togliatti, tan pronto como en junio de 1956 se animó a sugerir que tal vez la condena al llamado "culto a la personalidad" escondiera una degeneración de todo el sistema. Al mismo tiempo, expuso su teoría del "policentrismo" según la cual el camino al socialismo

podía seguir diferentes rumbos o “vías nacionales” por lo que ya no se precisaba una guía o un centro que definiera una política unificada para el mundo comunista.<sup>478</sup> En efecto, una vez disuelta la Cominform en abril de 1956, el movimiento comunista internacional se enfrentó por primera vez al inédito hecho de carecer de una estructura central orgánica y permanente, que los soviéticos en principio intentaron remediar mediante las conferencias de partidos comunistas que se sucedieron desde 1957 en adelante. Sin embargo, los intentos de volver al centralismo chocaron con una escena dominada por la diversidad y las resquebrajaduras del mundo comunista que el propio XX Congreso había abierto y que los posicionamientos frente a las revueltas de Polonia y Hungría ahondarán. Frente al aperturismo de los italianos y la perplejidad de los franceses, irrumpen los chinos, que junto a los albaneses rechazarán la casi totalidad de las tesis soviéticas, en particular las referidas a la “coexistencia pacífica” entre los dos bloques y la vía también pacífica de transición al socialismo, a la que consideran un retorno al oportunismo socialdemócrata y una negación de las tesis leninistas sobre el Estado y la Revolución.<sup>479</sup> Desde entonces, y hasta su ruptura total con los soviéticos, el partido comandado por Mao Zedong se colocó a la cabeza de la ortodoxia comunista y tras de sí, a lo largo de la década del ‘60, los partidos comunistas sufrieron importantes escisiones, incluyendo el PCA, que en 1968 verá nacer en su seno la corriente maoísta que adopta el nombre del Partido Comunista Revolucionario (PCR).

Los partidos comunistas latinoamericanos adoptaron las tesis del XX Congreso en cuanto a la aceptación de una vía pacífica al socialismo y en algunos casos se acercaron a las concepciones desarrollistas que circulaban en los medios políticos y universitarios. Se definió claramente que la contradicción principal en los países dependientes era la que oponía la totalidad del pueblo al imperialismo norteamericano y sus agentes internos, responsables de las supervivencias feudales y el atraso

---

<sup>478</sup> Sobre Paoli Togliatti consultar Brutti y otros (1986) y el quinto volumen de la monumental *Storia del Partito Comunista Italiano* de Paolo Spriano (1975).

<sup>479</sup> Sobre los intentos de reorganización del comunismo internacional a partir de 1956 consultar Marcou, 1981, pp. 49-95

económico.<sup>480</sup> El antiimperialismo latinoamericanista que desde inicios de la década del 50 atravesaba el discurso intelectual comunista se fortaleció. Los alcances de la desestalinización fueron, en general, tibios, y los partidos comunistas latinoamericanos continuaron apoyando y justificando la política exterior soviética, como se hizo rápidamente evidente cuando los tanques soviéticos ocupen Hungría. El PCA actuó espasmódicamente y se limitó a eliminar los rastros de la figura de Stalin de su iconografía partidaria y reproducir las resoluciones soviéticas sobre el éxito de la campaña desestalinizadora.

En el mundo intelectual las revelaciones de Jruschov fueron recibidas con consternación, aunque muchos quisieron ver en aquel informe un signo de vitalidad y una esperanza de inminentes reformas. Pero la invasión a Hungría en noviembre de 1956 cambió por completo la situación y en muchos sentidos puso fin a la Guerra Fría de los intelectuales comunistas. La curiosa simetría entre la complicidad de la izquierda socialdemócrata con la invasión imperialista al canal de Suez y la entrada del Ejército Rojo a Budapest significó para muchos intelectuales un episodio revelador del mundo bipolar en el que se movían. En palabras del joven marxista de origen jamaicano Stuart Hall ambos acontecimientos “desenmascararon la violencia y la agresividad latentes en los dos sistemas que dominaban la vida política en aquel tiempo: el imperialismo occidental y el estalinismo”.<sup>481</sup> El episodio húngaro puso fin a los intentos liberalizadores que hasta los partidos más consecuentemente estalinistas había iniciado como respuesta al XX Congreso y precipitó la incomodidad de muchos comunistas fieles y la deserción de prestigiosos compañeros de viaje, como el preciado Jean-Paul Sartre. En la Argentina, los golpes sucesivos del XX Congreso y la invasión a Hungría no parecen haber sido decisivos hacia el interior del espacio intelectual partidario (al menos no públicamente), aunque sí hacía afuera, pues reavivó los enconos y la desconfianza de la intelectualidad liberal hacia las pretensiones pacifistas y los llamados a la unidad nacional que nuevamente lanzaban los comunistas. Como muchos años después lo admitirá José María Aricó, los sucesos húngaros no

---

<sup>480</sup> Cfr. Löwy, *op.cit.*, pp. 43 y 213

<sup>481</sup> Citado en Eley, *op.cit.*, p. 333

produjeron ningún sacudimiento significativo respecto a las características del socialismo real y el hecho de que el partido insistiera en presentarlos como una contrarrevolución y una campaña de desprestigio de la prensa imperialista, no produjo deserciones ni mayores cuestionamientos.<sup>482</sup>

Si las “tragedias convergentes” de Hungría y Budapest allanaron el espacio para el nacimiento de una “nueva izquierda” europea, en la Argentina será la articulación entre la formidable relectura del peronismo que se inicia luego de 1955 y el cambio de horizonte revolucionario que deja vislumbrar la Revolución Cubana un tiempo después, las dos líneas principales del cuestionamiento generalizado a las organizaciones de la izquierda tradicional que tomará el mismo nombre. En las condiciones locales, la demanda de un “marxismo abierto” que afloró en todo el mundo después del XX Congreso se articuló con la inédita irrupción del problema nacional en la agenda de las izquierdas. La caída del régimen peronista derivó en una crisis total del campo intelectual caracterizada por la pérdida de hegemonía de la fracción liberal hasta entonces dominante. Con la excepción de los nacionalistas y los católicos, una amplia mayoría del campo intelectual argentino se opuso al peronismo y se aglutinó en torno a la defensa de la tradición liberal y a un prisma de intelección que extendió los tópicos del antifascismo para incluir el fenómeno peronista. Una vez consumada la ruptura del frente intelectual antiperonista después de 1955, se inició un verdadero proceso a las elites liberales que marcó la vida intelectual argentina por las siguientes dos décadas. La disputa por la correcta interpretación del peronismo y por el destino de las masas que le habían dado su apoyo encontró nuevos actores y los viejos elencos fueron progresivamente marginados, incluyendo a los intelectuales de la izquierda socialista y comunista. La única excepción la constituyeron aquellos intelectuales peronistas que venían de la tradición del nacionalismo popular, como Arturo Jauretche y Juan José Hernández Arregui, y los intelectuales de izquierdas que

---

<sup>482</sup> Aricó, 1999, p. 69. En otros partidos comunistas latinoamericanos el impacto del XX Congreso del PCUS fue mayor y en algunos casos motivó fuertes virajes en la obra de algunos escritores muy comprometidos con el mundo comunista, como el brasileño Jorge Amado. Para el caso chileno ver Dalmás (2011, pp. 141-159), para el caso brasileño (Santos, 2007, pp. 199-228 y Moraes, 1994) y para el caso uruguayo (Liebner, *op. cit.*).



habían dado su apoyo temprano al peronismo, como Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos.<sup>483</sup> El espacio nacional-populista del campo intelectual se consolidó y adquirió una notable eficacia en la construcción del antiliberalismo como una categoría política que pronto se convirtió en el punto de contacto con zonas de la izquierda intelectual que se acercaban al marxismo por vía del existencialismo y el nacionalismo, como fue el caso del grupo ligado a la revista *Contorno*. El antiliberalismo —explica Oscar Terán— se constituyó en “uno de los dispositivos teóricos mediante los cuales algunos sectores de la izquierda intelectual organizaron su visión de la realidad y, dentro de ella, la percepción de sí mismos”.<sup>484</sup> El proceso al liberalismo alcanzó a los partidos de izquierda mediante la pluma de Rodolfo Puiggrós y Silvio Frondizi, quienes en 1956 publicaron respectivamente *Historia crítica de los partidos políticos* y *La Realidad Argentina*, libros donde enjuiciaban duramente la actividad comunista, entre otras cosas por el carácter “liberal” de su política y de su imaginación histórica.<sup>485</sup>

En este clima atravesado por sucesos internacionales y demandas nacionales tan cruciales como desconcertantes, Héctor P. Agosti desplegó la etapa más prolífica y original de su proyecto intelectual. En este capítulo y el siguiente analizaremos algunos tropos de su pensamiento sobre los intelectuales, la cultura y el problema de la nación, a partir del análisis de una serie de textos que responden a registros discursivos diversos pero que reflejan bien las condiciones de producción de toda su obra: un trabajo intelectual concebido como respuesta a las demandas políticas y, por eso mismo, condicionado tanto interpretativa como materialmente a fluctuar entre soportes, circuitos y públicos no siempre compatibles. Desde su intervención en la Primera Reunión Nacional de Intelectuales Comunistas de 1956, pasando por sus conferencias sobre el realismo y la literatura nacional de los años 40, hasta llegar a sus dos libros más importantes, *Echeverría* (1951) y *Nación y Cultura* (1959), intentaremos recorrer la obra de Agosti sin evitar considerar las inflexiones que una

---

<sup>483</sup> Altamirano, 2011, *op.cit.*, pp. 73 y ss.

<sup>484</sup> Terán, 1986, *op.cit.*, p. 216.

<sup>485</sup> Sobre Silvio Frondizi en este período ver Tarcus (1996, *op.cit.*, pp. 121-160) y sobre Puiggrós consultar la biografía de Acha (2006, *op. cit.*, pp. 117-217).

vida política exigente, un contexto estatal represivo y la necesidad de ganarse la vida en los segundos o terceros oficios del periodismo y la traducción, imponen a un proyecto intelectual, incluso más allá de los mandatos de una institución particularmente proclive al dogmatismo y la normatividad. Al recorrer estos textos desiguales y, en muchas ocasiones, obstruidos por una escritura fragmentaria y proclive al barroquismo, intentaremos reflexionar sobre el modo en que Agosti construyó un lugar para la cultura y los intelectuales al interior del discurso comunista que fue tan heterodoxo como lo contrario, tanto en términos políticos como intelectuales.

### **El espacio intelectual comunistas luego de la “crisis Real”**

Punto de llegada de un clima de beligerancia, incomodidad y sospecha que se había iniciado con las purgas antivanguardistas de 1948, la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas fue el más importante episodio del mundo cultural comunista luego de la crisis de 1952. Como explicamos en el segundo capítulo la fabulosa ruptura con el sistema de lealtades que los comunistas habían construido en base a la identidad antifascista tuvo como consecuencia una redefinición de los resortes del trabajo cultural que precipitó la tendencia interna a la profesionalización de la labor intelectual y el resquebrajamiento de los ya conflictivos puentes que el antiperonismo les tendía con los intelectuales liberales. En efecto, fue durante los turbulentos meses del viraje peronista, que los comunistas vieron nacer las instituciones culturales que los cobijarían del destierro del espacio liberal y serían el punto de partida para una organización y jerarquización del frente intelectual que en adelante estará marcada por la búsqueda de una mayor cohesión ideológica.

Como síntoma de la mayor preocupación que las dirigencias partidarias comenzaban a asignarle a la cuestión de los intelectuales, en setiembre de 1954 el Comité Central emitió por primera vez una resolución específica sobre el tema en el marco del balance aún abierto por la experiencia de acercamiento al peronismo.<sup>486</sup> Allí se remarcaba que

---

<sup>486</sup> “Resoluciones del Comité Central Ampliado del Partido Comunista que se reunió los días 10, 11 y 12 de setiembre de 1954”, Buenos Aires, c. setiembre de 1954 (cuadernillo sin tapa ni indicación de editorial), pp. 1-3.

los intelectuales comunistas habían logrado superar las “desviaciones” de la línea del partido y colaborar en la formación de un Frente Democrático Nacional, aunque la tarea adolecía de defectos. Nuevamente embarcada en una política de alianzas con los sectores liberales recientemente denostados, la dirigencia partidaria enfatizaba la necesidad de convocar al trabajo común a la “inmensa mayoría de trabajadores intelectuales” que se oponían a la orientación reaccionaria del gobierno peronista, cuyas políticas antilaicistas en materia educativa, su impulso al revisionismo histórico y su predilección hispanista eran interpretados sin demasiadas argumentaciones como factores destinados a facilitar la intromisión del imperialismo norteamericano. El texto enfatizaba que la organización de las dispersas aunque amplias reservas intelectuales que el partido aspiraba convocar para su política antioligárquica y antiimperialista, solo sería exitosa si los intelectuales comunistas eran capaces de poner en práctica la línea del partido en el medio ambiente en que actuaban: desde la creación de comisiones *ad hoc* por especialidad hasta las entidades gremiales o instituciones como la Casa de la Cultura y el Congreso Argentino de Cultura. Estas estructuras específicas debían servir para fortalecer la “militancia ideológica”, esto es, el cumplimiento de la línea partidaria a través del trabajo propiamente intelectual, lo que suponía un esfuerzo para asimilar el marxismo-leninismo que los intelectuales no siempre se mostraban dispuestos a realizar. Esta actitud evasiva era riesgosa en muchos sentidos, en primer lugar porque conducía fácilmente a la renuncia ideológica cuando se encaraba el trabajo unitario con intelectuales no comunistas, como había quedado demostrado en el episodio Real.<sup>487</sup> Si bien el texto de la resolución no otorgaba a los intelectuales más que una función como reclutadores y correas de transmisión en la política de alianzas y condicionaba el trabajo unitario a una apelación más bien formal al antisectarismo, fue recibida por un sector de la intelectualidad comunista como una señal auspiciosa. Desde las páginas de *Cuadernos de Cultura*, se subrayó que era importante pues priorizaba la unidad de acción de los intelectuales por sobre las diferentes estéticas o de cualquier tipo, lo que

---

<sup>487</sup> *Ibidem.*

podía ser leído como el fin de una etapa caracterizada por la virulencia, el reduccionismo crítico y el populismo estético propios del momento zhdanovista.<sup>488</sup>

El frente cultural, sin embargo, continuó siendo un foco de problemas para la institución partidaria, la que de todos modos no podía soslayar el hecho de que era un espacio que se había ampliado considerablemente, sobre todo en los últimos años del gobierno peronista. A partir de 1956 la actividad cultural comunista reverdeció, en parte gracias a la legalidad de la que por breve tiempo gozará el partido. La Casa de la Cultura Argentina se reorganizó y por primera vez funcionó con regularidad, se crearon varios departamentos y comenzaron a dictarse cursos y conferencias. Nuevas promociones encontraron allí un espacio de actuación, como fue el caso de los poetas del grupo “Pan Duro” o de jóvenes intelectuales como Marcelo Ravoni, Raúl Sciarreta, Carlos Alberto Brocato y Juan Carlos Portantiero. El trabajo intelectual adoptó una organización por especialidad y en 1956, solo en la ciudad de Buenos Aires, existían trece comisiones, entre ellas las de economía, teatro, literatura, medicina y odontología. La comisión de estudios económicos editó a partir de 1962 la revista *Problemas de Economía*, bajo la dirección de Héctor Amadeo, Ricardo Olivari y Rufino Godoy. La actividad gremial también se intensificó, sobre todo en los sectores más proclives a la organización profesional, como los médicos. En las provincias comenzaron a organizarse frentes culturales, en buena medida alentados por el trabajo personal de Héctor Agosti, que mantenía contacto estrecho con algunos jóvenes como José María Aricó y Héctor Schmucler en Córdoba y Amílcar Santucho en Santiago del Estero. *Cuadernos de Cultura*, ya desde fines de 1954 había aumentando considerablemente las colaboraciones locales, desplazando las autores soviéticos e incorporando nuevos nombres a través de las secciones de crítica literaria y cine, entre ellos Roberto Raschella, Marcela Sola, Rodolfo Gabriel Rago, Juan José Manauta y Margarita Aguirre. En el ámbito universitario, a pesar de la débil presencia de la militancia comunista, se produjo un movimiento similar de renovación y ampliación de elencos que tuvo en la revista *Mar Dulce* su más logrado exponente.

---

<sup>488</sup> “La importancia del plenario del Comité Central para el frente cultural”, en *Cuadernos de Cultura*, *op. cit.*

Impulsada por el estudiante de derecho Manuel Mora y Araujo, colaboraron en la publicación Ezequiel Gallo, Francis Korn, Alberto Ciria y Antonio Caparrós, entre otros estudiantes, algunos de los cuales pasaron a militar en la Federación Juvenil Comunista (“FEDE”).<sup>489</sup>

La apertura y simultánea crisis del campo cultural que habilitó el fin de la experiencia comunista se tradujo en una proliferación de revistas culturales que en el caso del mundo comunista coincidió con los efectos liberalizadores que produjo el XX Congreso del PCUS. Como había ocurrido en la década del 20, varias publicaciones comandadas por jóvenes comunistas irrumpieron en el campo cultural expresando diversas corrientes dentro del espacio común del compromiso con el partido. En marzo de 1956 vio la luz *Gaceta Literaria* bajo la dirección de Pedro Orgambide y Roberto Hosne y con un equipo de colaboradores que incluía a León Pomer, Simón Feldman, José Barcia, Bernardo Verbitsky, F. J. Solero, Fernando Birri, Osvaldo Seiguerman, José Carlos Chiaramonte, Roberto Cossa, Juan José Manauta, Humberto Constantini, Juan Carlos Portantiero, entre otros. Dos años después, José Luis Mangieri, Floreal Mazía y Roberto Salama (desvinculado desde 1957 de *Cuadernos de Cultura*, que quedó bajo la única dirección de Agosti), editaron *Por. Revista Mensual de Cultura*. El mismo año, Juan Carlos Portantiero, Mario Jorge de Lellis y Héctor Bustingorri publicarán *Nueva Expresión*, por cuyas escasas páginas pasarán Juan Gelman, Andrés Rivera y Roberto Cossa. *Nuestra Palabra*, convertida desde 1958 y por breve tiempo en un semanario “ideológico y cultural” bajo la dirección de Agosti, agrupó a muchos de estos jóvenes en sus páginas. En 1961, Pedro Orgambide reincidió con *Hoy en la Cultura* acompañado por Consejo de Dirección que incluía a camaradas y extrapartidarios, como Raúl Larra, David Viñas, Rubén Benítez, María Fux, Francisco J. Herrera, Luis Ordaz, Fernando Birri, Juan José Manauta y Javier Villafañe. A partir del número 13 de marzo-abril de 1964 la dirección quedará a cargo del escritor entrerriano y autor de la celebrada novela *Las Tierras Blancas*, Juan José Manauta, quien la dirigirá hasta su última edición en julio de 1966. A este núcleo de revistas hay

---

<sup>489</sup> Sobre la militancia juvenil comunista en el período postperonista ver Gilbert, 2009, *op. cit.*, p. 348 y ss. Para una aproximación a la experiencia de la revista *Mar Dulce* en el contexto de la configuración de la juventud como actor político y social ver la tesis de licenciatura inédita de Ratto (2011).

que sumar las ediciones oficiales de la Sección de Información de la Embajada de la URSS en la Argentina, como *Novedades de la Unión Soviética*, que aparece regularmente desde agosto de 1954 hasta 1959, *Problemas de la Paz y el socialismo* (1958-1961, luego *Revista Internacional*), reedición argentina publicada por Anteo de la revista teórica de la Conferencia de Partidos Socialistas y Obreros celebrada en 1957, *Literatura Soviética*, publicada por Ediciones Cultura desde 1958, las ediciones de IRCAU como *Cuadernos para la Juventud y Medicina Soviética...*

El mayor dinamismo de la actividad cultural y la ampliación de la base de militantes y simpatizantes podían ser vistos por el partido como un signo auspicioso de los nuevos tiempos que se abrían con el fin de la experiencia peronista, e incluso el partido podía jactarse de no haber sufrido pérdidas significativas luego del XX Congreso y los sucesos húngaros. Sin embargo, si bien se observa, el mayor reclutamiento en sectores de la clase media intelectual no podía si no poner en alerta los resortes de una institución cuyo mayor anhelo era captar las masas de trabajadores peronistas, supuestamente “disponibles” una vez superada la experiencia “corporativo-fascista”, como nuevamente se juzgaba al gobierno de Perón. Por otro lado, era un dato perceptible que el marxismo había rebasado los límites del partido para extenderse como patrimonio de nuevas franjas del mundo político-intelectual cuyas modulaciones hallaban mayor sustento en el existencialismo, el nacionalismo y el llamado “marxismo crítico”, que en el marxismo de factura soviética. Frente a esto, el “fortalecimiento ideológico” de los sectores intelectuales se impuso como una necesidad perentoria, tanto más cuanto las polémicas en torno a cuestiones literarias, estéticas o históricas ganaban terreno en las publicaciones partidarias haciendo públicas las diferencias internas.

El esclarecimiento ideológico de los intelectuales era concomitante con el problema de la organización de un sector sobre el cual se admitía que el partido carecía de experiencia. Encauzar el trabajo de los intelectuales en organismos especializados que facilitaran el control y la cohesión ideológica y política que la institución demandaba y combatieran las “tendencias individualistas”, la indisciplina y el impulso a separar el trabajo ideológico de la actividad intelectual específica que, según el diagnóstico del

partido, eran características propias de la intelectualidad, no hacía sino confirmar la nueva política que el comunismo adoptó hacia la cultura desde los primeros años de la segunda posguerra. Esto tuvo consecuencias en un sentido doble: si por una parte el comunismo se transformó en el único partido de izquierdas que se dotó de una política específica para los intelectuales y los integró en estructuras propias y relativamente autónomas, por otra, buscó que esa estructuración fuera capaz de combatir las resistencias que estos oponían a la voluntad del partido de legislar sobre temas que les concernían.

La Primera Reunión de Intelectuales Comunistas fue convocada para marzo de 1956 y organizada en forma simultánea a las primeras noticias sobre el informe Jruschov. Celebrada finalmente en el mes de setiembre, constituyó por lo tanto el reconocimiento de una situación novedosa por parte de las direcciones partidarias, aunque eso no obstaba para que fuera evaluada con sospecha. La revista teórica *Nueva Era* lo expresaba con claridad cuando afirmaba que el objetivo del encuentro era:

(...) establecer las formas orgánicas del trabajo militante de los intelectuales comunistas y tratar de esclarecer algunas discrepancias ideológicas que, a pretexto de diferencias sobre la apreciación de nuestra herencia cultural, encubren en realidad insuficiencias de apreciación teórica sobre la etapa revolucionaria argentina.<sup>490</sup>

El texto del “Boletín Preparatorio” que circuló antes de la reunión remarcaba el carácter “ideológico” que se esperaba dar a las discusiones sobre la base de dos cuestiones fundamentales: el carácter de la crítica cultural y la actitud que debía adoptarse frente a la herencia cultural. Estos temas, se aclaraba, concernía a “todos los intelectuales comunistas”, incluyendo bajo esta rúbrica a los profesionales, pues contrariamente a “ciertas opiniones”, el partido consideraba que estos también eran intelectuales y que por lo tanto debían cumplir una función ideológica en su actividad:

Claro está que no se trata de un debate ideológico abstracto, sino conectado con las necesidades de la lucha política del partido y con las grandes perspectivas de la revolución democrática. Quiere decir que nuestro debate tiene que enseñarnos a

---

<sup>490</sup> *Nueva Era*, año 8, n° 3, p. 14.

determinar también en el terreno de la ideología, cuál es el enemigo principal y cuáles, en consecuencia, los aliados transitorios o permanentes.<sup>491</sup>

En el primer caso se recomendaba tomar como punto de partida el informe preparado por Héctor P. Agosti “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los intelectuales comunistas” donde, entre otras cuestiones, éste señalaba que el principal defecto del trabajo cultural de los comunistas era el sectarismo, procedimiento mediante el cual la crítica de principios era sustituida por la agresión verbal indiscriminada y sin dirección precisa. En cuanto al segundo punto, la cuestión era taxativa. Lo que debían determinar los intelectuales comunistas era si la tradición democrático-liberal que hasta entonces constituía un elemento central de su visión del pasado debía seguir aceptándose en las nuevas condiciones del país y del mundo. De este diagnóstico dependía el sentido de las alianzas que el partido debía encarar tanto en el terreno político como en el cultural.

La Asamblea no es una reunión de historiadores, ni está destinada a examinar en detalle todos los problemas de la historia argentina, ni a pronunciar veredictos sobre ellos. De lo que se trata es de apreciar juiciosamente la etapa de la revolución democrática argentina desde el punto de vista de las relaciones concretas de clase y determinar si la herencia cultural argentina es inválida para nosotros por su origen burgués.<sup>492</sup>

A pesar de que el documento se encargaba de aclarar que tal cuestión no era una novedad esencial, el solo hecho de plantear la posibilidad de romper con la lectura sobre las tradiciones culturales que desde la década del ‘30 gobernaban las interpretaciones comunistas sobre el pasado nacional da cuenta de los alcances y las claves de recepción de las codificaciones soviéticas propias del Guerra Fría en el contexto de un campo político y cultural profundamente transformado por la experiencia peronista. Sin embargo, conviene dudar sobre la unanimidad del apoyo que la herencia liberal tenía entre los intelectuales comunistas. El hecho de que en el frente cultural la “peronización” impulsada por Juan José Real hubiera llegado demasiado lejos, como bien lo diagnosticó Fernando Nadra, permite considerar la

---

<sup>491</sup> Boletín preparatorio de la Primera Asamblea Nacional de Intelectuales Comunistas, c. 1956, mimeo, p. 1. Archivo PCA.

<sup>492</sup> *Ibidem*, p. 1



sensibilidad que un sector de la intelectualidad comunista expresaba frente a ciertas dimensiones de la crítica nacional—populista a la tradición liberal. Como vimos, el zhdanovismo postulaba un criterio de clase para evaluar los fenómenos culturales que identificaba la cultura burguesa como decadente y valorizaba los productos populares. En las condiciones particulares del campo intelectual argentino, el chauvinismo, que fue la característica principal de la política cultura soviética de posguerra, pudo confluir fácilmente con ciertos tópicos clásicos del nacionalismo cultural de corte populista: el rechazo a las “formas extranjerizantes”, la tendencia a leer los hechos culturales como meros epifenómenos de las estructuras económicas y la reivindicación de estéticas naturalistas y de contenidos populistas y tradicionalistas. El antiimperialismo, además, conectaba a los comunistas con una zona de preocupaciones intelectuales que no concernían a las fracciones liberales. En definitiva, el zhdanovismo y los realineamientos geopolíticos del comunismo de Guerra Fría, leídos estrictamente conducían a un apartamiento de la tradición liberal y en el límite obligaba a una revisión total de ciertos elementos centrales de la cultura política comunista, como bien lo expresó Juan José Real cuando, debiendo justificar su accionar en los duros meses de fines de 1952, enumeraba las consecuencias de la influencia liberal—burguesa de la que eran presa los intelectuales del partido:

(...) formular que el marxismo en nuestro país es la “continuación” de las ideas progresivas burguesas, violando así lo que nos enseña el camarada Zhdánov sobre el significado del marxismo leninismo como un salto cualitativo en relación con las anteriores ideologías progresivas. La tendencia a hacer de Aníbal Ponce un maestro, un teórico del marxismo, cuando en realidad no lo ha sido, porque Aníbal Ponce no tenía fe en las masas y no conocía profundamente al marxismo-leninismo y, en especial modo, al stalinismo, el marxismo de hoy. La penetración de tendencias a las novelas decadentes y desesperadas, que se expresan en el libro de Fina Warshaver y en levantar a Roberto Arlt”.<sup>493</sup>

Por cierto que el zhdanovismo cultural en clave local no supuso en todos los casos un acercamiento tácito con los sectores peronistas del campo intelectual ni mucho menos un apoyo a la experiencia de gobierno comandada por Perón, sino más bien la expresión de lealtad a las prescripciones soviéticas por sobre cualquier consideración

---

<sup>493</sup> Carta de Juan José Real a los autoridades partidarias, 12 de enero de 1953. Archivo PCA

del contexto en el cual esa expresión era enunciada y repercutía en el campo específico del trabajo intelectual. Alguien tan poco sospechoso de afinidad con el peronismo como Rodolfo Ghioldi apoyaba a personajes menores como Roberto Salama en su cruzada contra la literatura burguesa y los escritores decadentes, colaborando así con ahondar la brecha con las fracciones del liberalismo cultural a las que sin embargo se pretendía convocar para el trabajo unitario. De todos modos, despojada de sus formas más burdas, ciertas dimensiones de la retórica comunista soviética de Guerra Fría podía conectarse con elementos del clima intelectual argentino posteperonista e incluso con tradiciones previas que la política aliadófila del comunismo internacional durante la Segunda Guerra había dejado de lado: la crítica antiburguesa y el discurso antiimperialista eran las más importantes. Escritores provenientes del realismo social de herencia boedista como Álvaro Yunque podían fácilmente sentirse afines a ciertos aspectos de la crítica a la cultura liberal e incluso celebrar abiertamente la política cultural peronista, como fue el caso de Larra, sin por ello adscribir a los parámetros de una literatura definida en términos de clase que rechazaba autores que un concepto más bien laxo de realismo reivindicaba para los fueros progresistas y revolucionarios, como ya vimos en relación a Güiraldes y Roberto Arlt. Ensayistas comprometidos con el mundo popular y campesino como Amaro Villanueva podían en apariencia coincidir con el obrerismo y el reduccionismo crítico del zhdanovismo —como también lo hacían jóvenes escritores como José Luis Mangieri— aunque su visión sobre las tradiciones culturales argentinas pasara por una reflexión mucho más profunda sobre los esquemas clasificatorios que desde Sarmiento oponían la supuesta incultura de las masas rurales a la civilización alojada en Buenos Aires. El propio Agosti articuló todo su programa intelectual posterior a partir del reconocimiento explícito de los aciertos de la crítica nacionalista a la tradición liberal. En definitiva, el careo con la tradición liberal que constituyó un elemento central del clima intelectual posterior a 1955, alcanzaba a unos intelectuales comunistas que estaban lejos de sostener posiciones homogéneas o simplemente reductibles a una oposición entre una línea zhdanovista y otra aperturista y antidogmática representada ejemplarmente por Agosti.<sup>494</sup> Entre el

---

<sup>494</sup> Para esta perspectiva consultar Bulacio (2006).

acatamiento sin matices a las directrices culturales soviéticas, la pervivencia de los tópicos antifascistas sobre el pasado nacional, la necesidad de dar alguna respuesta al problema nacional y las diversas formas de concebir la función de los intelectuales y el trabajo cultural partidario en un momento de crisis profunda del campo intelectual, el espacio comunista estaba más cercano a la confusión que al monolitismo. Situación que las dirigencias partidarias advertían con perspicacia cuando insistían en señalar la “debilidad ideológica” de sus intelectuales y la falta de cohesión y dirección del trabajo intelectual. Poner fin a estos devaneos y discrepancias así como a un modelo de compromiso intelectual que podía mantenerse en un plano político y generalista, sin vínculos orgánicos con el partido, se constituyó en un objetivo ineludible que se afrontó tanto en términos ideológicos como organizativos.

### **Los intelectuales: definiciones y funciones de una retícula bifronte**

La Primera Reunión de Intelectuales Comunistas se organizó a partir de dos textos principales que fueron presentados por Héctor P. Agosti y el historiador Leonardo Paso. El texto del primero fue publicado por primera vez en la revista *Cuadernos de Cultura* en su número 25 del mes de mayo de 1956 y luego se convirtió en el ensayo principal de su libro *Para una política de la cultura*, donde reunía discursos y ensayos breves sobre temas históricos y culturales.<sup>495</sup> Aunque la cuestión de los intelectuales formó parte de las reflexiones de Agosti desde las tempranas páginas de *El hombre prisionero*, publicado en 1938 luego de la primera de sus tantas experiencias carcelarias, aquí por primera vez se propone un abordaje sistemático del problema de los intelectuales comunistas en el contexto del debate abierto por la cuestión peronista en el campo intelectual y con el telón de fondo, nunca aludido, de la crisis provocada por el XX Congreso del PUCS.<sup>496</sup> Este problema no concernía únicamente al modo en que los comunistas debían insertarse en los discursos que circulaban en torno a la interpretación de la experiencia peronista, sino, sobre todo, a la manera en que éstos concebían el trabajo cultural y le asignaban una función en las luchas políticas

---

<sup>495</sup> *Para una política de la cultura* fue editado en Buenos Aires en 1956 por la editorial partidaria Procyón. Las citas consignadas corresponden a esta edición.

<sup>496</sup> Para un análisis de las posiciones de Agosti en el período anterior al aquí analizado consultar Prado Acosta, 2010, pp. 13-86.

venideras. Por esta razón, en el marco de la discusión y cuando debió defenderse frente a sus adversarios internos, su intervención se centró en argumentar las razones por cuales críticos como Roberto Salama, y a través de él quienes lo apoyaban, eran la “expresión típica” del sectarismo y de las formas más rudimentarias del “sociologismo” puesto a interpretar los productos culturales. Como se desprende de sus propias notas, Agosti se valió de las observaciones de críticos comunistas italianos como Carlo Salinari así como de las acusaciones sobre el “fideísmo” de los intelectuales comunistas franceses que había lanzado Jean T. Desanti desde las páginas de la *Nouvelle Critique*, para arremeter contra lo que definía como una visión simplificadora del mundo que le otorgaba a la clase obrera y al partido un papel mesiánico, en una actitud propia del Proletkult tan justamente condenado por Lenin.

¿Por qué digo que R. S. es la expresión típica del “sectarismo” que en el terreno de la crítica se manifiesta con formas “dogmáticas”? Sencillamente por R. S. ve en todas las cosas literarias simplemente “etiquetas”, productos terminados, ciudadanos que son reaccionarios o progresistas, clases sociales que se mueven antagónicamente sin conflictos interiores: la oligarquía, la burguesía, el proletariado, a veces los campesinos... ¿Y el movimiento dialéctico de interpretación de las cosas? Eso no existe para Salama. Arlt es fascista, Güiraldes representa la oligarquía, Kafka es intrascendente, Fulano es realista crítico, Manauta es realista socialista... Y va pegando etiquetas sucesivas. Yo diría que R. S. confunde la crítica literaria con el Expreso Villalonga (...) Él toma el bosquejo de historia del partido, mira lo que en ese bosquejo se dice a propósito de determinado período y si el producto literario que examina no coincide con esa descripción le adosa en seguida alguna etiqueta fulminante (...) Desde luego que semejante dogmatismo (cada cosa en su casillero) nadie tiene que ver con el marxismo, nada tiene que ver tampoco con la doctrina leninista de la herencia cultural, nada tiene que ver con la crítica literaria que no mira solamente contenidos...<sup>497</sup>

Aunque centrada en un interlocutor menor como Roberto Salama, la intervención de Agosti apuntaba a refutar un modo de concebir la cultura que contaba con el apoyo de las dirigencias partidarias, particularmente de Rodolfo Ghioldi, quien se declaró públicamente “salamista”, confesión que no tenía nada de sorprendente pero que seguramente estuvo en el origen del balance negativo que el partido sacó de aquellas

---

<sup>497</sup> “Apuntes para una reunión”, Archivo HPA/CeDInCI, Caja 6.

jornadas.<sup>498</sup> El movimiento de Agosti fue, sin embargo, exitoso en muchos sentidos, pues no solo abrió una brecha para el inicio de una breve, acotada y finalmente fallida apertura hacia nuevos horizontes intelectuales bajo el amparo gramsciano, sino que lo posicionó como el único intelectual comunista que fue capaz de articular alguna respuesta a las demandas del nuevo clima político e intelectual, que si bien abría una fisura con la herencia de la cultura liberal no la condenaba en bloque. Fiel al legado de su maestro Aníbal Ponce y con él a las concepciones de Lenin, Agosti fue exitoso en rechazar cualquier intento de ruptura radical con el pasado así como de propiciar un arte proletario o revolucionario de modo artificial o sobre la base decretos administrativos. Pero además, el texto de Agosti tuvo una inédita repercusión en el exterior donde fue traducido y discutido como una “lúcida reflexión” sobre el problema de los aliados ideológicos y un modelo para batallar contra “todas las formas de sectarismo”.<sup>499</sup> La *Revista Brasiliense*, dirigida por Caio Prado Jr. publicó un extenso y elogioso comentario y el texto formó parte de las discusiones abiertas en el PCB luego del XX Congreso.<sup>500</sup> El libro —escribía a Agosti el poeta Elvio Romero refiriéndose a *Para una Política de la Cultura*— “ha tenido trascendencia en las mismas cúspides. Tanto es así que uno de los de nuestra familia te visitará para recoger de ti mucho de lo debemos todavía aprender”.<sup>501</sup>

El texto que Agosti presentó a la conferencia se desplegaba en varias dimensiones, cada una de las cuales confluía en la tematización de la cuestión nacional, lo que en adelante constituirá un elemento central de su programa intelectual. En primer lugar,

---

<sup>498</sup> En unas notas inéditas de José María Aricó, tomadas en base a una entrevista que le realizara a Roberto Salama en 1987 afirma que luego de la Reunión de Intelectuales en el seno del Comité Ejecutivo del Comité Central del PCA se realizó un balance muy crítico de la experiencia. Según Aricó Codovilla habría afirmado que el objetivo de la conferencia se había desvirtuado, pues no se trataba de crear una situación que obligara a estar a favor o en contra de Salama, sino de avanzar en la unidad de los intelectuales. Archivo JMA/Universidad Nacional de Córdoba, Caja A 3

<sup>499</sup> Carta de Vicente Parrini a Héctor P. Agosti, Santiago de Chile, 25 de enero de 1957 (Archivo HPA/CeDInCI, Carpeta 2).

<sup>500</sup> Tanto el perfil intelectual como la compleja trayectoria dentro de sus respectivos partidos vinculan en más de un sentido a Agosti con Caio Prado Jr., quienes mantuvieron una relación intelectual en base a identificación mutua con el antisectarismo. Para un perfil político-intelectual de Caio Prado Jr., pueden consultarse el trabajo de Secco, 2008.

<sup>501</sup> Carta de Elvio Romero a Héctor P. Agosti, San Pablo, 6 de junio de 1956, Archivo HPA/CeDInCI, Carpeta 2).

se situaba en el contexto de aquellas voces intelectuales que habían emprendido una interpretación del peronismo que rebasa los argumentos típicamente liberales que reducían todo el movimiento a las dotes demagógicas de un líder capaz de seducir a las masas incultas. Sin despegarse de la caracterización oficial acerca de que el peronismo había consistido en un ensayo “corporativo-fascista”, afirmaba que el argumento de la demagogia podía aceptarse siempre y cuando se advirtiera que aquella había florecido merced a que sentimientos como la justicia social y el antiimperialismo preexistían en la conciencia de las masas: “abominar simplemente de la demagogia no basta, por lo menos en quienes presumen ejercer el oficio de pensar”.<sup>502</sup> En un tono que lo conectaba con aquellos que intentaban considerar al peronismo por fuera de la “visión patológica”, como la ha definido Mariano Plotkin, de la revista *Sur*, Agosti era sin embargo menos comprensivo respecto a los aspectos disruptivos del régimen depuesto y lo colocaba tan solo como una terminal que bajo la forma de una “monstruosa tiranía” no había sino continuado el período que se abrió con el golpe de 1930 y que ahora proseguía con el gobierno de la llamada Revolución Libertadora.<sup>503</sup> Atado a la caracterización que desde hacía casi 30 años gobernaba los análisis comunistas sobre la realidad argentina, Agosti afirmaba que si los mismos elencos de la oligarquía se sucedían bajo diferentes formas, las razones había que buscarlas en la crisis estructural que vivía el país y de la que solo se saldría a través de la revolución democrático-burguesa conducida por la clase obrera y por su partido de vanguardia. Sin embargo, continuaba, dadas las circunstancias críticas por las que atravesaba el país, los comunistas debían estar dispuestos a apoyar cualquier tentativa de gobierno que se propusiera sacar al país del caos y lo recondujera por la senda de la convivencia democrática, lo que en la jerga comunista de entonces adoptaba el nombre de “Frente Democrático Nacional”. Este es el contexto en el que para Agosti debía plantearse el papel que los hombres de la cultura podían desempeñar en el establecimiento de una correlación de fuerzas favorable para las transformaciones que el país necesitaba. Con

---

<sup>502</sup> Agosti, 1956, p. 10.

<sup>503</sup> Plotkin, 1991. La revista *Sur* le dedicó al peronismo su número 237 de noviembre-diciembre de 1955. Una selección de las intervenciones moldeadas sobre este prisma de lecturas fue recogida por Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano (2001, *op. cit.*, pp. 117-127).

este objetivo, el texto se organiza en base a tres cuestiones fundamentales: a) ¿qué es un intelectual?; b) ¿cuál era el carácter específico de la crisis cultural argentina?; c) ¿qué política de alianzas debía establecer el partido de acuerdo tanto a esa caracterización como al modo de concebir las tradiciones culturales precedentes?

En cuanto al primer punto, Agosti apela a una jerga conocida definiendo al intelectual en los términos sustancialistas del *Diccionario Filosófico Soviético*: los intelectuales constituyen una capa social intermedia compuesta por hombres entregados al trabajo intelectual. En ella se incluyen desde los ingenieros y los técnicos, hasta los médicos, los abogados, los escritores, los artistas y los científicos. Esta capa social, en tanto no puede constituir una clase por carecer de una posición independiente en el sistema de producción social, no posee una ideología propia y su intervención política se define por los intereses de las clases a las que sirve. Por su colocación imprecisa en el sistema de producción social los intelectuales pertenecen a las clases medias y comparten su ambivalencia.<sup>504</sup> Esta definición, aclara, debe acompañarse por la puntualización de aquello que caracteriza de manera distintiva el trabajo intelectual, esto es, su carácter individual, su falta de integración en el sistema de producción capitalista. Es esta particularidad lo que permite hacer distinciones dentro de aquel conglomerado que de otra manera puede verse erróneamente homogéneo, pues solo en ciertas categorías de intelectuales esta contradicción se expresa con entera claridad, como es el caso de los escritores y los artistas (es menos evidente en el caso de los abogados y aún menos entre los médicos y los ingenieros, aclara), lo que no deja de tener importancia dado que es en el terreno de la creación donde el problema de la ideología se vuelve más acuciante. El capitalismo, explica, tiende a presentar esta particular situación bajo la forma sublimada de una elite espiritual, abonando el sentimiento de autonomía y superioridad que le impide a los intelectuales asumir su condición de asalariados y, sobre todo, superar la “falsa conciencia” que los lleva a crear que las ideas con las que trabajan nada tiene que ver con procesos sociales y económicos concretos. En efecto, como había observado Marx en sus *Teorías sobre la plusvalía*, el proceso de producción capitalista no es una simple producción de mercancías, sino que es un

---

<sup>504</sup> Agosti, *op. cit.* p. 14.

proceso que absorbe trabajo vivo (no pagado) convirtiendo los medios de producción en medios de absorción de trabajo no retribuido.<sup>505</sup> Desde este punto de vista, es decir, desde la dependencia con respecto a la plusvalía como fuente de salarios, el trabajo intelectual, dice Agosti, posee una productividad para el “capitalista” (desde el dueño de un laboratorio hasta un *marchand* o un editor) y convierte al intelectual en un asalariado del que se obtienen beneficios. Estos beneficios, serán, como veremos más adelante, tanto económicos como ideológicos.<sup>506</sup>

Desde el punto de vista de su colocación en la estructura social, para Agosti los intelectuales pertenecen a las capas medias y se caracterizan por una creciente proletarización de su trabajo, punto que los marxistas habían señalado desde los tiempos de la Segunda Internacional y el debate sobre el revisionismo.<sup>507</sup> La conciencia de esta situación, continúa Agosti, conduce a los intelectuales, y sobre todo a ciertas categorías de ellos, al gremialismo, y los integra a las luchas reivindicatorias generales, si bien los mantiene en un plano economicista que los desconecta de la política. Por esta razón, el problema de los intelectuales debía ser encarado desde un prisma diferente al puramente gremial, del mismo modo que su colocación en la estructura social adquiriría una inflexión particular en sociedades dependientes como la argentina, donde el antagonismo social no se desplegaba entre el proletariado y la burguesía, sino entre el pueblo y aquello que no lo era.<sup>508</sup>

Si, en efecto, los intelectuales constituyen una capa social intermedia, esto quiere decir que en los países dependientes, y por lo tanto en el nuestro, la mayoría de los intelectuales forman parte del *pueblo*, entendiendo por “pueblo” las fuerzas objetivamente opuesta a la negación nacional y representada por la presencia del imperialismo y la persistencia de remanentes feudales. Acaba de decir Prestes que en

---

<sup>505</sup> El 1920, el austromarxista Max Adler había apelado a los mismos textos de Marx para pensar la cuestión de los intelectuales en el contexto de sus reflexiones teóricas en torno al debate sobre el revisionismo. Rechazando una aproximación puramente sociológica al problema y planteando la relación entre los intelectuales y el movimiento obrero en términos específicamente culturales, Adler afirmaba que el hecho de que en la sociedad capitalista solo se considerara productivo el trabajo del cual se obtiene ganancia afectaba de manera dramática la actividad cultural y científica. La negación de la creatividad del trabajo humano que efectuaba el capitalismo mancomunaba a los intelectuales con otros estratos sociales y constituía un elemento fundamental de su integración política y del lugar que la teoría debía ocupar en la estrategia de los partidos socialdemócratas, Cfr, Paggi, *op. cit.*, p, 108 y ss.

<sup>506</sup> *Ibidem*, p. 15 y 16.

<sup>507</sup> Este tema fue tratado en la Introducción.

<sup>508</sup> Para un desarrollo del concepto de “pueblo” en Agosti ver Georgieff, *op.cit.*, pp. 255-259..



la palabra “pueblo” incluye “desde obreros y campesinos hasta vastos sectores de la burguesía brasileña”, precisando así la inteligencia de una política que presupone necesariamente la reunión de todos los factores objetivamente concurrentes al proceso de liberación nacional.<sup>509</sup>

En tanto forman parte del “pueblo” los intelectuales debían ser *objetivamente* considerados parte de las fuerzas de acción destinadas a transformar la sociedad en una dirección nacional y antiimperialista, esto es, democrático-burguesa. Pero esta comprobación, continuaba Agosti, era insuficiente para analizar el modo específico en que los intelectuales debían integrarse a las luchas nacionales, pues lo que definía su función social no era la productividad de su trabajo sino su “faz improductiva”. En esta dimensión, los intelectuales podían ser definidos bajo el prisma gramsciano como “forjadores —o por los menos transmisores— de la ideología”.<sup>510</sup> Pero ¿qué ideología? En buena medida la de las clases dominantes, pues estas son las que ejercen mayor presión sobre los intelectuales y utilizan la cultura como un instrumento para ejercer la hegemonía sobre el pueblo. Esto determina que el capitalismo obtiene del intelectual un beneficio doble, pues a la coerción económica se le suma una sujeción “moral” mediante la cual los intelectuales se ven obligados a degradar su producción para ajustarla a las exigencias de la empresa capitalista o a desperdiciar su talento en las demandas del “segundo oficio”, como ocurría particularmente entre los escritores. Este es, para Agosti, el “drama” del intelectual entendido no como mero asalariado sino como “creador”. Pero los intelectuales, continúa, no siempre eran capaces de observar las conexiones que existían entre sus problemas *qua* intelectuales y los fenómenos estructurales que eran su causa, particularmente porque gravitaban sobre ellos todos los prejuicios de las clases medias. Sin embargo, cuando se enfrentaban a una situación de crisis total, como acontecía en la Argentina, la conciencia económica de

---

<sup>509</sup> Agosti, 1956, op. cit., p. 17. La referencia a Prestes no es inocente. Como ha señalado Gerardo Liebner: “A comienzos de los cincuenta el Partido Comunista Brasileiro, y particularmente Prestes, había adquirido una posición de liderazgo comunista regional, semioficialmente reconocida de distintas maneras por los dirigentes soviéticos (...) en aquellos años se recomendaba a los comunistas latinoamericanos, estudiar el programa del PCB, elaborado en 1952, como un texto ejemplar, adecuado a la nueva situación continental (especialmente por considerar en él a la dominación y penetración imperialista norteamericana como la contradicción principal a afrontar por los comunistas en América Latina). El PCB había desplazado, para usar un término algo simplista, al Partido Comunista argentino en ese rol de Partido Comunista Latinoamericano ejemplar o dirigente (2011, p. 209)

<sup>510</sup> Agosti, *op. cit.*, p. 19

su condición se conectaba más fácilmente con una reflexión sobre los problemas generales de la sociedad, lo que podía comprobarse fácilmente, anota, en la proliferación de intervenciones intelectuales que recientemente se habían propuesto abordar los problemas nacionales y el destino del país. Esta mayor conciencia, si bien podía ser terreno fértil para la acción gremial, debía ser considerada por el partido como un problema fundamentalmente ideológico:

Somos el partido de la clase obrera, y en las actuales condiciones del país y del mundo el partido de la clase obrera representa el partido de la “síntesis nacional”, el partido que define, con su teoría y con su práctica, la necesaria integración de todas las fuerzas nacionales capaces de realizar la revolución democrática. La condición “improductiva” del trabajo intelectual (aquella que el joven Marx subraya intencionalmente al escribir que: “La primera libertad para la prensa consiste en no ser una industria”) se realza en la medida misma en que resulta necesario acentuar —en medio de los debates actuales sobre la calidad del país y su cultura— el papel de la voluntad consciente o sea el papel de la ideología. Sin voluntad consciente de transformar la naturaleza concreta de la sociedad argentina es imposible que dicha transformación se realice coherentemente. Esta premisa fue siempre válida, pero esta premisa resulta impostergable ahora precisamente porque ahora asistimos al crecimiento de las fuerzas materiales objetivas capaces de accionar aquella voluntad consciente.<sup>511</sup>

Desafiando las interpretaciones economicistas, Agosti les otorga un lugar a los intelectuales como elementos clave en la aceleración de la conciencia de las masas y con ello a la cultura como dimensión imprescindible para la batalla político—ideológica, sin por ello distanciarse del vanguardismo que desde Kautsky y Bernstein hasta Lenin concebía el papel de los intelectuales como sistematizadores de una conciencia que las masas debían recibir desde afuera. Pero, sobre todo, Agosti obviaba completamente el hecho de que en la Argentina esas masas populares habían construido su identidad política y social en torno al peronismo y que el comunismo estaba lejos de constituir una fuerza de peso en el mundo de los trabajadores. Sin embargo, puesto en la perspectiva del debate interno que enfrentaba, el razonamiento de Agosti constituía un giro copernicano respecto al reduccionismo habitual en los análisis comunistas sobre la cultura y sus relaciones con los fenómenos económicos.

---

<sup>511</sup> *Ibidem*, p. 21.

Las leyes del desarrollo histórico son leyes objetivas que la voluntad de los hombres no podrá alterar; pero el conocimiento de esas leyes objetivas permite utilizarlas para acelerar el proceso social, que no es una sucesión –gris sobre gris– de transformaciones económicas y cambios ideológicos que las sigan como la sombra al cuerpo. Por eso representa una ingenuidad afirmar, por ejemplo, que “no habrá buenas novelas mientras no se haga la reforma agraria”, porque ese vulgar sociologismo implica, evidentemente, abolir el papel de la ideología y suponer que el intelectual no es un elaborador de la cultura, y por lo tanto un posible elaborador de la cultura de avanzada, sino un mero papel carbónico que registra acontecimientos de la sociedad una vez que estos acontecimientos ya se han instalado en la naturaleza económica de la sociedad. No necesito decir que semejante simplismo contraría la calidad del marxismo—leninismo hasta rebajarlo a la impotencia de cualquier determinismo más o menos positivista.<sup>512</sup>

Para Agosti, los intelectuales estaban llamados a cumplir un papel relevante como vanguardia en la batalla ideológica por la “liberación nacional”, concibiendo el problema de la nación en los términos estatistas de la construcción de una nación moderna sobre la consumación del programa de la democracia burguesa. Esto quiere decir que la elaboración ideológica de lo nacional debía encontrar sus fundamentos en la comprensión en clave feudal de las formaciones económico-sociales latinoamericanas y en la asunción de que el desarrollo independiente del país solo podía realizarse en los términos de una revolución democrático-burguesa. Visto desde este punto de vista y traducido en términos culturales, la comprensión histórica del problema nacional no debía, como sucedía en ciertos sectores de la crítica comunista, ser analizado bajo un prisma “obrerista” que atacaba ciertas experiencias políticas del pasado por su carácter burgués sin comprender que en ello residía su mérito y no su defecto, del mismo modo que los comunistas no podían ser ni unitarios ni federales, ni porteños ni provincianos, pues tales dicotomía encubrían el verdadero carácter de la dependencia nacional.<sup>513</sup>

En el sentido de este razonamiento, el problema de la función ideológica de los intelectuales remitía a una correcta caracterización de la crisis cultural por la que atravesaba el país, segunda dimensión del informe de Agosti. En primer lugar, se trataba de no caer en la postura “torpe y sectaria” de explicar aquella crisis por la sola

---

<sup>512</sup> Agosti, *op. cit.* pp. 21-22.

<sup>513</sup> *Ibidem*, pp. 43-45.

variable de la presencia del imperialismo y su influencia sobre las fuerzas culturales. Siguiendo el razonamiento según el cual el problema de la cultura era abordado a partir de una doble retícula que oscilaba entre la postulación de una autonomía relativa de los procesos culturales y su análisis en términos de correspondencia con las estructuras económicas, Agosti vuelve sobre el argumento, ya esgrimido en la Conferencia Nacional del Partido de 1945, según el cual el problema de los intelectuales consistía en una desproporción entre sus condiciones técnicas y la imposibilidad de aplicación práctica de su esfuerzo. La “traducción” ideológica de esta situación era el desencuentro entre la cultura y la nación cuyo inicio podía datarse a partir del período posterior a la Organización. Esto condenaba a los intelectuales, por un lado, a la marginalidad pública y la estrechez económica, y por otro, privaba a la sociedad de una cultura capaz de responder a sus necesidades. “En pocos países, anotaba Agosti, ha sido menos evidente el peso de la intelectualidad en la vida pública”.<sup>514</sup>

Las razones de este desencuentro debían ser buscadas en la ruptura de la “continuidad histórica” que la oligarquía terrateniente, la “más poderosa de América Latina”, había provocado como hecho singular del fenómeno cultural argentino. Lo “visión pastoril” de la oligarquía dominaba la vida cultural sobre la base de un mecanismo de deformación del sentimiento nacional y popular que el imperialismo profundizó con los efluvios del cosmopolitismo. Como también lo harían intelectuales provenientes del nacionalismo popular y del nacionalismo marxista, Agosti opone el complejo cultural de la oligarquía a la imagen del pueblo como reserva de una “línea nacional independiente”, pero a diferencia de aquellos incluye en esta dimensión a los intelectuales, pues explica los términos de su “divorcio” con el pueblo en términos estructurales y no subjetivos. Si para Ramos, Puiggrós o Hernández Arregui, los intelectuales formaban parte del sistema de coloniaje cultural que mantenía al país bajo la sujeción de la oligarquía y el imperialismo, para Agosti los intelectuales, conjunto dentro del cual solo distingue vagamente a las “cumbres” seducidas por el cosmopolitismo, se caracterizaban por su tono democrático. Lejos de condenar a las

---

<sup>514</sup> *Ibidem*, p. 24.

elites liberales, ejercicio que constituyó el tono dominante de las reflexiones intelectuales en torno al hecho peronista y al que poco tiempo después se sumará él mismo, las rescataba por y a pesar de su liberalismo:

La nutrición liberal de la intelectualidad argentina es su virtud y su defecto. Su virtud porque la ha resguardado de buena parte de las seducciones de la demagogia corporativo-fascista; su defecto, porque le acorta la visión de las cosas, la mantiene en la superficie de los fenómenos y la encandila (generosamente en tantos casos) con la demagogia de la libertad. Pero este complejo ideológico-político es lo característico de nuestro medio. En él, y no en ningún otro debemos situarnos, porque dentro de este complejo de relaciones económico-ideológicas es donde han trabajado los intelectuales argentinos.<sup>515</sup>

Comprender esta particularidad, explica, es fundamental para la política del partido, pues, tal como lo había advertido Gramsci, los intelectuales, por su naturaleza y su función histórica, nunca pueden *como masa* romper con las tradiciones dentro de las cuales se han formado.<sup>516</sup> En las condiciones argentinas, el hecho de que la mayoría de los intelectuales provengan del liberalismo y sostengan aspiraciones democráticas “más o menos difusas” debe ser el punto de partida para una política cultural de carácter democrático, fundamentalmente nacional antes que socialista, que tenga la “herencia de Mayo” como columna vertebral. En el marco de este objetivo, los comunistas debían reivindicar esa herencia e imprimirle un acento antiimperialista para diferenciarse de las interpretaciones puramente liberales. Pero además, debían atender al mundo popular para tomar de allí aquellos elementos de novedad llamados a constituir el germen de una “nueva cultura”.<sup>517</sup> Desde una matriz fuertemente letrada e iluminista, Agosti ve comprobado el dinamismo de la cultura popular en la existencia de numerosas bibliotecas, clubes de barrio y asociaciones juveniles, cuyo apego a las tradiciones democráticas intenta demostrar señalando el hecho de que muchas insistían en llamarse “José Ingenieros”. Los intelectuales comunistas debían, por último, si verdaderamente aspiraban a cumplir su rol de vanguardia, convertir el marxismo en “sustancia de su propia creación”, lo que significa no solo asumir una función ideológica más precisa que el mero apego emocional, el compromiso personal o la

---

<sup>515</sup> Agosti, *op. cit.* p. 27

<sup>516</sup> Cfr. Gramsci “La formación de los intelectuales”, 1960, pp. 11-28

<sup>517</sup> *Ibidem*, p. 28.

repetición de fórmulas dogmáticas, sino fundamentalmente comprender que el marxismo “solo podrá ser útil si adquiere una forma nacional, es decir, si se aplica al examen concreto y original de los fenómenos argentinos”.<sup>518</sup> Este marxismo con “forma nacional” solo sería posible otorgándole un lugar relevante a la teoría, actitud de la que adolecían algunos camaradas que presumían de “realistas prácticos”.

Para Agosti, la asunción del marxismo como un “método creador” aplicado al examen de la vida nacional necesariamente debía conducir a la conclusión de que los mayores errores del partido procedían de una apreciación dogmática y sectaria sobre el panorama cultural del país. Como consecuencia, afirmaba, dominaba la idea de que en la batalla ideológica era imposible establecer alianzas o bien que estas debían ser meramente tácticas, concepción a la que cabía oponer una “guerra sin cuartel”. Considerar el campo cultural como un bloque reaccionario opuesto a la ideología proletaria constituía un error que desconocía el hecho fundamental, señalado en su hora por Lenin, de que en determinadas circunstancias históricas unir fuerzas con las ciencias modernas no marxistas era una forma de enfrentar a los sectores más reaccionarios así como al oscurantismo al que permanecían atadas las clases populares. Tratar de un modo “grosero y simplista” los vínculos entre las posiciones filosóficas y las posiciones políticas de los intelectuales en un mundo particularmente complejo, equivalía a no comprender el proceso histórico y era contraproducente para los fines políticos que el propio partido se proponía. Amparándose nuevamente en la experiencia italiana, cuya buena recepción en el mundo comunista era menos dudosa de que lo que Agosti parece considerar, afirma:

Nos ha dicho Togliatti que en Italia (¿y por qué no pensamos también en la Argentina?) la corriente idealista representa una actitud moderna comparada con las tentativas de volvernos al tomismo y que en sus primeras manifestaciones sirvió para librar la cultura italiana de las groserías positivistas. Y nadie, sin duda, supondrá que Togliatti proponga amenguar el materialismo dialéctico, o sustituirlo con un eclecticismo bastardo, o levantar bandera de parlamento en la batalla ideológica que él mismo conduce con tanta agudeza crítica; simplemente trata de mostrar, en los

---

<sup>518</sup> *Ibidem*, p. 31.

hechos, las repercusiones ideológicas de aquella “complicadísima maraña de la lucha de clases bajo el imperialismo”.<sup>519</sup>

Además, lejos de ser un magma homogéneo la vida cultural reflejaba las contradicciones sociales y aun las del bloque gobernante —tal como podía comprobarse en el debate sobre los temas educacionales, anota— y concebir sus problemas mediante simplificaciones y apelando a clasificaciones infamantes, era una forma de desviar la lucha contra el enemigo principal, esto es: “el imperialismo yanqui, la oligarquía terrateniente y todos los que desde el poder sirven sus intereses” y constituía el mayor impedimento para establecer un diálogo con las fuerzas que objetivamente formaban parte del pueblo, aun cuando sus posiciones ideológicas fueran contrarias a los comunistas.<sup>520</sup> Demostrando una sensibilidad frente a las lógicas del debate intelectual que buena parte de sus camaradas ignoraba o prefería evitar, Agosti remarcaba que el “canibalismo crítico” obviaba fácilmente el hecho de que la obra de los creadores honrados merecía un respeto que iba más allá de las meras razones tácticas:

Y me permitirán, por lo mismo, que me cobije en el ejemplo de Gramsci, cuyos “cuadernos” conviene releer constantemente porque me parecen uno de los modelos más eminentes de la crítica marxista: en Gramsci, como lo destaca Togliatti, jamás encontraremos una simple negación o una oposición abstracta entre una realidad y un modelo, sino el análisis atento de todas las manifestaciones de la cultura, en conexión con el mundo real en que se desenvuelven, y no con el mundo de imaginadas cosas que a veces queremos otorgarles en nuestras críticas dogmáticas.<sup>521</sup>

El problema de los “aliados ideológicos”, tema que desde una perspectiva gramsciana excedía el mero agrupamiento con fines políticos coyunturales, para Agosti era inescindible de la cuestión de la herencia cultural y la actitud que frente a esta debían

---

<sup>519</sup> *Ibidem*, p. 36. Apenas unos meses antes, el seminario *Nuestra Palabra* reprodujo fragmentos de la Resolución del Comité Central del PCUS referida a las consecuencias del culto a la personalidad. En uno de párrafos se afirmaba que si bien el movimiento comunista internacional había comprendido acertadamente las causas que llevaron al empoderamiento de Stalin, existían apreciaciones erróneas. Un ejemplo eran las afirmaciones que Palmiro Togliatti había realizado en su entrevista a *Nuovo Argomenti* donde deslizaba la posibilidad de que la sociedad soviética toda hubiera recaído en ciertas formas de degeneración. La resolución calificaba esta opinión de incomprensible y carente de fundamento. “Sobre la lucha victoriosa del culto a la personalidad y sus consecuencias”, en *Nuestra Palabra*, 18 de julio de 1956, p. 6.

<sup>520</sup> *Ibidem*, p. 32.

<sup>521</sup> *Ibidem*, p. 40.

adoptar los comunistas. Rechazando de plano cualquier atisbo de ruptura radical con el pasado, movimiento que interpretaba como equivalente a admitir la teoría de la “espontaneidad” en el movimiento socialista, y valiéndose nuevamente de Lenin, Agosti distinguía dos planos. El primero, universal, apunta a una concepción típicamente ponceana: el humanismo socialista encarnado en la URSS recoge los valores abandonados y negados por la burguesía y se integra al proceso universal como una cultura de nuevo tipo. El segundo, nacional, se sostiene en la definición de lo que debe entenderse por “tradición progresista”, momento en el que nuevamente los procesos culturales son entendidos como “reflejos” de la vida económica:

Tradición progresista es todo cuanto está enderezado a prolongar la línea de la tradición de Mayo, es decir, la línea de la revolución burguesa, es decir, la línea que a su debido tiempo procuró la aceleración del desarrollo capitalista en la Argentina (...) La “tradición progresista” se interrumpe cada vez que resulta estorbado el proceso independiente de aceleración del desarrollo capitalista; esto es válido en la economía y, por consiguiente, también en sus “reflejos” culturales.<sup>522</sup>

Si esto es así, proseguía Agosti, era necesario oponerse a los análisis que abominaban de las fuerzas burguesas o las tildaban de “extranjerizantes”, porque ello equivalía a aceptar la teoría nacionalista de la cultura y, por su intermedio, caer en la extraña paradoja de que la condena al vínculo con las ideas avanzadas terminara cayendo sobre los propios comunistas. Por eso era fundamental analizar el pasado tal como este se desarrolló en sus propias condiciones y, al mismo tiempo, comprender la línea de continuidad con ese pasado a partir de las modificaciones introducidas por el propio desarrollo capitalista, fundamentalmente a partir presencia del proletariado. Tal como lo había desarrollado en su conferencia sobre “La expresión de los argentinos” de 1948, Agosti sostiene que la nota característica del proletariado argentino es su origen urbano e inmigratorio y que este debe ser un dato que los comunistas no pueden desdeñar más que al precio de rendirse a la prédica antimoderna del nacionalismo.<sup>523</sup> El inmigrante integra lo nacional en el terreno económico y cultural y tanto el “retorno

---

<sup>522</sup> *Ibidem*, p. 42

<sup>523</sup> Cfr. “La expresión de los argentinos”, *op. cit.*



al gaucho” como la sugerencia de que el proletariado nacional fue constituido principalmente por campesinos, constituyen consideraciones erróneas:

Mirar hacia la herencia cultural, que es nacional y universal al mismo tiempo, importa reconocer nacionalmente la línea de continuidad histórica de su pueblo. La revolución no significa una ruptura radical con el pasado, como si a partir de ese momento nos moviéramos en un universos sin memoria; la revolución democrática es justamente esa afirmación de la independencia nacional en todos los órdenes de los fenómenos materiales y espirituales que, en las nuevas condiciones históricas, se cumple bajo la hegemonía del proletariado, alzado por ello mismo a la condición de las más nacional de todas las clases actuantes en el país. Y nosotros, los intelectuales comunistas, en la medida en que lo somos efectivamente, somos los representantes teóricos y prácticos de la actitud histórica de la clase obrera, cualquier sea nuestro origen social o nuestra posición en la escala del trabajo “productivo”.<sup>524</sup>

La cultura, concluía Agosti, es un campo de batalla político-ideológico que el partido debe ponderar tanto como lo hacen las clases dominantes y para ello es necesario comprender que la cultura no es una cuestión que solo interesa a los intelectuales sino a todo el pueblo, en tanto también se ve afectado por deformación u omisión por sus problemas. Interesar a la clase obrera en la cultura equivalía a arrancarla del simple economicismo y elevar su conciencia de clase, de ahí la importancia de conquistar a los intelectuales para sus posiciones, pues eran estos los que debían elaborar la nueva cultura que el pueblo no podía realizar por sí mismo. Esto no equivalía a la pretensión “pequeñoburguesa” de promover una “cultura proletaria”, pues existía una diferencia sustancial entre *ir* al pueblo y *ser* pueblo, tarea que define vagamente como la necesidad de “elaborar los elementos de una cultura democrática que realice la integración de todos los valores del pueblo-nación en la etapa que nos toca vivir”.<sup>525</sup> Avanzando hacia una distinción que se hará más perceptible en *Nación y Cultura*, Agosti parece oponer una concepción letrada de la cultura popular a las manifestaciones de la cultura de masas que, particularmente representadas por el cine y la radio, observa como una influencia nociva que era necesario criticar con sagacidad. Apelando a un tópico común del ensayismo de la época, suma a la denuncia

---

<sup>524</sup> *Ibidem*, p. 48.

<sup>525</sup> *Ibid.*

de la penetración cultural del imperialismo el señalamiento de su decadencia, que se expresa fundamentalmente en términos morales: los comics, la literatura negra, “la filosofía de Superman”, “denigran la condición humana, desmoralizan al hombre y le destruyen su fe en la vida para convertirlo después en un robot pasivo y psicoanalizable”.<sup>526</sup> También en este aspecto los comunistas debían encontrar un aliado en el humanismo burgués, pues al mismo tiempo que se concentraban las fuerzas contra el enemigo principal se podían contrastar sus soluciones trucas con las “soluciones totales” del humanismo socialista. Programa que si hasta entonces había demostrado sus limitaciones en cuanto a ganar la adhesión de los intelectuales liberales, en el contexto de las revelaciones del XX Congreso que ya eran por todos conocidas y mucho más luego de los sucesos húngaros, resultaba ahora difícilmente viable.

Esta batalla por colocar a la URSS como el ejemplo concreto de las realizaciones del humanismo socialista se conectaba con otra, planteada esta vez en términos generacionales. El marxismo, apunta Agosti, estaba ejerciendo un inusitado poder de atracción entre las jóvenes generaciones, las que atravesaban una “crisis ideológica”. Este movimiento estaba siendo encauzado por fórmulas destinadas a impedirlo, tal la idea de un “marxismo abierto”. Este, razonaba:

(...) procura mezclar ciertas nociones del marxismo con algunos brebajes existencialistas, para exaltar al joven Marx de los primeros escritos, no liberado totalmente del hegelianismo, frente al pensador maduro que coloca sobre sus verdaderos pies a la dialéctica y eleva el socialismo a la condición de ciencia; ya estamos viendo a uno de sus profetas, el señor Merleau-Ponty, señalado como filósofo máximo de nuestro tiempo en tantos papeles que se imprimen entre nosotros.<sup>527</sup>

En conclusión, si el marxismo en clave nacional, que para Agosti debía constituir el eje de la elaboración ideológica de los comunistas, estaba obligado a medirse con las ciencias modernas burguesas, esta apertura encontraba su punto de obturación en la posibilidad de que en el país prosperara una nueva izquierda. En una carta dirigida unos meses antes al joven abogado cordobés Gustavo Roca, Agosti lo expresaba con

---

<sup>526</sup> *Ibidem*, p. 50

<sup>527</sup> *Ibidem*, p. 51

mayor claridad al cuestionar en duros términos el movimiento de intelectuales y artistas que en agosto de 1955 había publicado el “Manifiesto de los ciudadanos de Córdoba”, en el que, en respuesta a los bombardeos a Plaza de Mayo, denunciaban un intento de golpe de estado por parte de las fuerzas conservadoras y oligárquicas.<sup>528</sup>

Permítame decirle que en este rebrote de una acción política “independiente” de la pequeña burguesía intelectual veo un punto de retroceso en la evolución argentina. Fíjese usted que su programa no aspira simplemente a decir cosas específicas de los intereses de estos grupos “independientes” como tales, sino a incidir sobre problemas generales de la vida argentina con un signo que, en términos de política, podríamos llamar de “izquierda”. Pero hay aquí una heterogeneidad de formas vagas que habrán de llevar naturalmente (me permito preverlo) al fracaso del movimiento que uds. propician. (...) ¿Cuál será el contenido real de su programa? ¿Acaso la postulación de una nouvelle gauche al modo francés, acaso sea esa nuova sinistra italiana, con mucho “marxismo abierto” que elimina del marxismo, precisamente, la idea de la existencia de un partido obrero como único propulsor de la conciencia de clase del proletariado? Si eso fuera, comprenda usted que nos veríamos forzados a combatir semejante movimiento, no en resguardo de pequeños provechos partidarios, sino en resguardo de la independencia ideológica del proletariado como clase políticamente organizada a través de su partido, función nacional y social de la que no podríamos abdicar a ningún precio.<sup>529</sup>

En el final de su informe Agosti vuelve sobre las cuestiones internas al plantear el significado que la reunión debía adoptar para pensar la relación entre el partido y los intelectuales. En primer lugar, era necesario considerar que si bien el partido podía sin dificultad ser considerado la única organización política del país que se había ocupado de los problemas específicos del trabajo intelectual, este trabajo adolecía de una coordinación que aquel encuentro debía contribuir a solucionar. Esta coordinación no equivalía a una intromisión del partido en los asuntos que concernían a los intelectuales, pues, afirmaba sofisticadamente, tal cosa equivalía a considerar que los intelectuales no participaban de las decisiones políticas del partido. En tanto que los intelectuales, razonaba, contribuían a elaborar la línea política de la que luego eran ejecutores, la función dirigente del partido consistía únicamente en definir una “unidad

---

<sup>528</sup> El documento fue firmado por Gustavo Roca, Gregorio Bermann, H. Miravet, Lucío Garzón Maceda y más de 40 intelectuales y artistas y publicado el 7 de agosto de 1945 en el diario *Córdoba*. Agradecemos a Diego García la referencia precisa.

<sup>529</sup> Carta de Héctor. P. Agosti a Gustavo Roca, Buenos Aires, 29 de agosto de 1955. Archivo HPA/CEFMA

de tendencia”, lo que no equivalía a una “unidad de expresión”, tal como lo señalaban sus críticos. Con este objetivo, y si bien estatutariamente no era obligación que los comunistas se formaran en el marxismo, el partido solicitaba a sus intelectuales que integraran el marxismo (que siendo la filosofía del partido lo es de la clase obrera) a la realización de su propio obra. La función militante de los intelectuales comunistas en tanto intelectuales de vanguardia es, pues, proveer los elementos ideológicos para la agitación de la línea programática.<sup>530</sup>

En definitiva, el programa de Agosti pretende consumir aquello que hemos denominado proceso de profesionalización del trabajo intelectual comunista asignándole una dirección diferente al obrerismo zhdanovista. Esto suponía un rechazo a ciertas formas de la crítica, particularmente en el terreno de la literatura y el arte, así como a concepciones cercanas al ensayismo nacionalista. Consciente de la necesidad de una revisión de las tradiciones culturales heredadas del liberalismo, pero oponiéndose a que esa reconsideración derivara en una ruptura, Agosti realiza un movimiento en dos direcciones. Por un lado, afirma que los intelectuales, por su pertenencia a las clases medias, deben ser *objetivamente* considerados parte del pueblo, sujeto de la revolución democrática—burguesa. Esta comprobación obliga al partido a darse una política de cooptación, que dadas las condiciones de proletarización creciente del trabajo intelectual en las sociedad capitalistas, puede adoptar la forma del gremialismo y las reivindicaciones corporativas. Por otro, distingue a los intelectuales del conglomerado de las clases medias y el pueblo por la función específicamente ideológica que desempeñan. Colocado desde esta perspectiva, el problema de los intelectuales ya no se reduce a un economicismo estrecho y adquiere su completa significación: como transmisores —e incluso creadores— de la ideología de las clases o grupos sociales que se enfrentan en la sociedad los intelectuales cumplen un papel principal en los procesos de transformación de la conciencia de las masas. Por esta razón, el partido debe interpelar a los intelectuales en función de su rol ideológico y no simplemente como un tipo particular de trabajadores productivos.

Este objetivo no podría ser alcanzado si se mantenía una concepción reduccionista y sectaria sobre los fenómenos culturales, pues tal postura impedía realizar una correcta

---

<sup>530</sup> Agosti, *op. cit.*, p. 54

caracterización del mundo intelectual y establecer una política de alianzas con los sectores liberales y democráticos, que no solo eran la gran mayoría sino que constituían elementos indispensables en el combate contra el oscurantismo, el hispanismo, el cosmopolitismo y la cultura de masas, manifestaciones del enemigo principal en el terreno de la cultura. Sin embargo, dado que esos mismos sectores liberales se habían demostrado incapaces de llevar adelante sus tareas históricas y progresivamente se habían alejado del pueblo, replicando en el terreno ideológico lo que una estructura económica atrasada determinada en el terreno concreto de la organización cultural, los comunistas debían establecer un punto de distanciamiento, integrando a la “herencia de Mayo” un sentido popular y democrático bajo la advocación de Echeverría y la Generación del ‘37.

El problema de los intelectuales, entonces, estaba estrechamente ligado a la cuestión de la herencia cultural liberal y los alcances de su revisión. Agosti se aleja tajantemente del antiintelectualismo que campeaba los discursos contemporáneos y que alcanzó su punto culminante en el ensayo nacional—populista, probablemente porque todo su razonamiento es deudor de una matriz iluminista y racionalista en cuyo sedimento abreva también su imagen sobre el mundo popular. Para Agosti como para muchos otros intelectuales comunistas formados en la sensibilidad antifascista se aplica aquello que Oscar Terán señaló refiriéndose a la intelectualidad liberal: “el antintelectualismo lucía excesivamente comprometido con las barbaries nazifascistas como para resultar atractivo...” Esta es una diferencia sustancial para marcar el límite de permeabilidad de las presiones populistas sobre el discurso del autor de *El mito Liberal*, al mismo tiempo que señala la improbidad de su fórmula en un contexto intelectual crecientemente dominado por el antiliberalismo.

### **El “camino argentino” al socialismo y un balance ambiguo**

Si el informe de Agosti precisó los contornos ideológicos de una política partidaria para los intelectuales, el texto del historiador Leonardo Paso (seudónimo de Leonardo Voronovitsky) hizo lo propio con los aspectos organizacionales, aunque desde un punto de vista instrumental que en buena medida contrariaba las palabras de Agosti.<sup>531</sup> Odontólogo de profesión, la carrera de Paso como historiador comunista comenzó por

---

<sup>531</sup> Paso, Leonardo, “Informe sobre algunos problemas de organización de los intelectuales comunistas, con motivo de la conferencia nacional de intelectuales por el compañero Leonardo Paso”, s/f (c. 1956). Archivo PCA.

la voluntad de Victorio Codovilla, quien disconforme con las críticas a Rivadavia y la valorización de los caudillos que Rodolfo Puiggrós había realizado en su libro *Los caudillos y la Revolución de Mayo* (1942), le encomendó que elabora una respuesta.<sup>532</sup> Una vez expulsado el grupo de Puiggrós y, más tarde, Juan José Real, autor del *Manual de Historia Argentina* (1951), primera incursión comunista en el género, Paso se convirtió en la figura central del espacio historiográfico comunista, si bien su escaso apego a los métodos y rigores del oficio lo mantuvo en los márgenes del campo profesional y la vida universitaria.<sup>533</sup> Al interior del partido, sin embargo, Paso era una figura respetada y gozaba de la confianza de las dirigencias, lo que explica la centralidad de su intervención en la reunión de intelectuales, así como en la siguiente, realizada en 1958, donde polemizó con el joven historiador José Carlos Chiaramonte.<sup>534</sup>

Para el autor de *Rivadavia y la línea de Mayo* (1960) el trabajo de los intelectuales en el partido era totalmente insuficiente. En primer lugar porque hasta ese momento la cultura era preocupación de unos pocos camaradas y no un trabajo colectivo de todo el partido, lo que acentuaba la debilidad ideológica con la que se afrontaban los debates político—culturales y la falta de organicidad de las agrupaciones propiamente intelectuales, que tenían una escasa capacidad de reclutamiento. Sin embargo, apuntaba, el crecimiento de los sectores intelectuales era el más importante en la

---

<sup>532</sup> Cfr. Acha, 2009, p. 160.

<sup>533</sup> Sobre el *Manual de Historia Argentina* de Real ver *Ibidem*, p. 176 y ss.

<sup>534</sup> La Segunda Reunión de Intelectuales Comunistas se realizó los días 13 y 14 de diciembre de 1958 y contó con la presencia de representantes de Capital Federal, Buenos Aires, Córdoba, Santiago del Estero, Santa Fe y Mendoza. Aunque presidida por Agosti, el informe principal estuvo a cargo de Paso y fue de un marcado tono antiperonista. La revista *Cuadernos de Cultura* reprodujo parte de este informe en su número 40 de marzo de 1959, acompañado de las intervenciones de los representantes de Córdoba y Santa Fe, Héctor Schmucler y José Carlos Chiaramonte. Este último centró su intervención en algunas cuestiones historiográficas importantes, entre ellas la necesidad de una crítica más sistemática al liberalismo. Además, discutió con Paso acerca de la caracterización del “enemigo principal” en el terreno de la cultura, puesto que, afirmaba, centrar el problema solo en el clericalismo constituía un traslación mecanicista y unilateral de una tesis política y resultaba ineficiente para evaluar dialécticamente las contradicciones principales y secundarias, perdiendo de vista otras variantes igualmente funcionales al imperialismo y la oligarquía como el liberalismo económico, el irracionalismo filosófico o el “marxismo nacional”. Cfr. “Los intelectuales comunistas y sus tareas”, en *Cuadernos de Cultura*, n° 40, marzo de 1959, pp. 127-129. Este segundo encuentro no estuvo exento de polémicas ni se privó a los concurrentes de las virulentas intervenciones de Rodolfo Ghioldi quien entonces arrojó su célebre frase “Le beso los pies al último de los escritores soviéticos”. Entrevista a Raúl Larra ya citada, 1989.

historia del partido.<sup>535</sup> En segundo lugar, porque si bien la creación de comisiones por especialidad había logrado combatir en parte el individualismo que constituía el primer escollo del trabajo intelectual, estas se habían volcado fundamentalmente al trabajo gremial, descuidando los aspectos ideológicos y actuando sin una dirección precisa. Con la excepción de los médicos, que había logrado vincular las reivindicaciones gremiales con la labor ideológica en su campo específico (como el pavlovismo y la reflexología), el mal desempeño de las comisiones se basaba en el desprecio que los intelectuales manifestaban tanto hacia el trabajo gremial como a la necesidad de conocer y asimilar el marxismo y la línea del partido. Sintiéndose más cómodos en su posición de francotiradores, los intelectuales se resistían a participar en las comisiones del mismo modo que lo hacían irregularmente y a desgano de la vida celular. Los escritores eran, por antonomasia, el mejor ejemplo de esta inconsecuencia. En tercer lugar, porque los intelectuales tendían a considerar el frente intelectual como algo que les concernía directamente a ellos y donde el partido no debía intervenir. Estas resistencias, que Paso consideraba típicas de los resabios pequeñoburgueses que dominaban a los intelectuales, debían combatirse con una fórmula conocida:

Los intelectuales comunistas, como en todos los otros aspectos, necesitamos también ser los mejores intelectuales. Pero esto no se consigue simplemente por el camino de la capacitación especializada. Nadie le niega ni la subestima; por el contrario, debe ser alentada pero al mismo tiempo debemos esforzarnos por capacitarnos ideológica y políticamente, si es que queremos ser realmente los mejores. Esto se logra estudiando y militando.<sup>536</sup>

Cuando estas dos condiciones se desvinculaban, continuaba, se cometían serios errores. Como por ejemplo juzgar el contenido de una obra separada de la conducta política de su autor o asistir a un congreso científico y discutir sobre la calidad académica de los trabajos presentados y no sobre la revolución democrático—burguesa.

La realidad era que los camaradas consideraban que el frente científico no era un frente ideológico y político. Esta tendencia a separar lo ideológico de su propia

---

<sup>535</sup> Paso, *op. cit.*, p. 2

<sup>536</sup> *Ibidem*, p. 11.

actividad específica, es una debilidad que debemos ir venciendo, y creo que debe ser una de las conclusiones de esta conferencia.<sup>537</sup>

Este desconocimiento de las reglas del debate académico, propias del intelectual autodidacta, constituirán, como veremos en el capítulo siguiente, un punto de inflexión en la relación que las nuevas promociones de comunistas formados en una universidad en pleno proceso de modernización establecerán con las dirigencias partidarias. La persistencia de este modo de concebir el trabajo intelectual y, particularmente, de trabajar con la teoría marxista, será una prueba contundente del fracaso del programa de Agosti o bien de las limitaciones que su propia propuesta encarnaba. Porque si toda su argumentación descansaba en que el partido comprendiera que el trabajo con los intelectuales debía ir mucho más allá de una interpelación en términos gremiales y que los problemas de la cultura no podía reducirse a una simple traslación de fórmulas económicas y políticas bajo esquemas binarios y sin matices, el informe de Paso constituye un contrapunto perfecto destinado a perdurar, como lo demuestra su intervención en el XII Congreso del partido en 1963.<sup>538</sup> Para Paso, la función de los intelectuales comunistas se reduce al catecismo de verdades talmúdicas y, en última instancia, al gremialismo con fines de reclutamiento. Por eso las conclusiones de su informe remiten a unas cuantas fórmulas relacionadas con la creación de nuevas comisiones, el establecimiento de grupos dedicados específicamente al trabajo de educación ideológica o el establecimiento de métodos colectivos de trabajo intelectual, pero en ningún momento avanzaban hacia un modo de concebir las estructuras organizativas del trabajo intelectual que no fuera subordinado y lateral.

A pesar de que el partido sacó una conclusión bastante amarga sobre el resultado de esta reunión de intelectuales, la orientación del texto de Agosti resultó aprobada y se recomendó a las organizaciones del partido que trabajaran en la dirección allí consignada. El Proyecto de Resolución, escrito por el propio Agosti y que se mantuvo inédito, rebosaba de optimismo. Fechado el 9 de setiembre de 1956, el texto

---

<sup>537</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>538</sup> Paso, Leonardo, "El XII Congreso del Partido Comunista y la tarea de los intelectuales", *Nueva Era*, n° 3, mayo de 1963, pp. 28-41.



recuperaba los lineamientos generales del informe aunque daba cuenta de algunas situaciones novedosas.<sup>539</sup> En principio, se colocaba mucho más fuertemente en un espacio latinoamericano. Retomando las tesis del XX Congreso del PCUS, que es por primera vez mencionado en el contexto de este debate, sitúa el problema argentino en el ámbito de las luchas anticoloniales y asume el carácter continentalista de la lucha antiimperialista de los pueblos americanos, cuyo destino independiente pasaba por su alineamiento con los estados y las fuerzas populares que “deseaban la paz”, es decir, solo podía evaluarse en la correlación de fuerzas internacionales que indicaba el papel central del mundo socialista en el proceso “real” de la lucha antiimperialista. Este imperialismo latinoamericanista, se afirmaba, atravesaba la vida política y cultural argentina adoptando la forma de un replanteo de los problemas de la cultura nacional y una afirmación de la “conciencia nacional” en todos los órdenes de la actividad creadora. Sin embargo, esta actitud novedosa se desenvolvía de forma contradictoria con la actitud de los círculos oficiales, los que por un lado cedían a las presiones imperialistas promoviendo la “enseñanza libre”, y por otro, continuaban las orientaciones básicas del gobierno peronista bajo una retórica libertadora. Esto es, si el peronismo había logrado crear una división artificial entre la clase obrera y los intelectuales, el gobierno nacido del golpe no hacía sino ahondarlo castigando al pueblo por su adhesión al régimen depuesto. Los intelectuales debían combatir ese “fomentado divorcio” pues con la disgregación de las fuerzas populares solo se aseguraba el mejor dominio del imperialismo. Pero además, era necesario considerar que el antiperonismo adoptaba fácilmente la forma del anticomunismo, esgrimido como el más activo “chantaje ideológico” que practicaban los autoerigidos “mandarines soberbios” de la cultura argentina. Particularmente permeables a la “demagogia de la libertad” que vino a reemplazar a la “demagogia de la justicia social”, la mayor parte de los intelectuales argentinos, sin embargo, no había cedido ni caído en la decepción, lo que demostraba que estaban dadas las condiciones para que los comunistas desplegaran su tarea ideológica a fin de esclarecer las causas profundas

---

<sup>539</sup> Proyecto de resolución, s/f (c. 1956). Archivo PCA

de la crisis, particularmente entre las nuevas generaciones interesadas por el marxismo.<sup>540</sup>

Este panorama no debía, sino lo contrario, hacer perder de vista que la tarea fundamental de los intelectuales comunistas era establecer un diálogo con sus pares progresistas y que este objetivo debía establecer los alcances de la crítica ideológica, tanto la referida al presente como la que concernía al pasado. Este trabajo unitario debía acompañarse por otro no menos fundamental referido a una correcta caracterización de la disgregación cultural argentina producto de la “hipertrofia metropolitana”. Era necesario que los intelectuales comunistas aborden el hecho de que en las provincias existen focos culturales que han seguido históricamente una línea distinta a la de Buenos Aires y cuya integración es indispensable para la formación de una cultura argentina respetuosa de las diversidades regionales. Esta tarea no podía realizarse adoptando la vieja antinomia entre porteños y provincianos, nueva forma del artificio divisionista, sino encontrándole a esa multiplicidad un cauce y una valor racional en el proceso total de la cultura. Haciéndose por primera vez eco de los debates que atravesaban el comunismo internacional, el texto afirmaba que “la búsqueda de un ‘camino argentino’ hacia el socialismo era inseparable del examen concreto de las particularidades de cada región”.<sup>541</sup>

El desarrollo de esta suerte de “policentrismo” argentino, en el cual los intelectuales estaban llamados a cumplir una función dirigente, requería de estos un perfeccionamiento político-ideológico basado en el estudio de la “línea del partido” y del “marxismo-leninismo”, términos que no casualmente tendían a fundirse en una misma cosa. Se trataba, entonces, de integrar el marxismo a su propia actividad creadora sobre la base de un análisis “concreto” de la realidad nacional

Para los intelectuales comunistas el marxismo-leninismo debe representar una actitud creadora en el dominio de su propia especialidad, no simplemente el conocimiento dogmático de las líneas generales de la teoría. Ya Engels recordaba en su tiempo que

---

<sup>540</sup> *Ibidem*, pp. 3-5.

<sup>541</sup> *Ibidem*, p. 11.

conocer los principios del materialismo histórico no eximía de la investigación histórica concreta.<sup>542</sup>

Esta función requería de formas organizativas flexibles y con una escala federal, pues las realidades de cada región presentaban particularidades que era necesario atender y esto debía ser obra de los comités provinciales. Por otro lado, la resolución admitía que la mayor diversificación y especialización de las formas organizativas que se había logrado mediante la creación de comisiones por cada actividad profesional, si bien hacía más eficiente el trabajo gremial y organizativo no era la más adecuada para el trabajo ideológico, pues existían formas de lucha especializada que no se correspondían con fronteras profesionales delimitadas y en consecuencia quedaban abandonadas al esfuerzo individual. Por esta razón, se recomendaba la creación de comisiones dedicadas exclusivamente al trabajo ideológico en áreas sensibles —y podríamos agregar problemáticas— como la filosofía, la historia argentina y la teoría artístico-literaria. Esta organización aspiraba también a superar las discrepancias ideológicas a cuya resolución había sido destinada la reunión, pues imponía a los intelectuales el deber de discutir colectivamente los problemas de sus respectivas profesiones hasta alcanzar una postura unitaria.<sup>543</sup> De este modo, vemos cumplirse el doble y paradójico objetivo que guió el proceso de profesionalización del campo intelectual comunista argentino de posguerra: la admisión, al nivel de las estructuras, de una relativa autonomía de las profesiones intelectuales y la decisión de ejercer un mayor control y disciplina sobre los productores culturales en pos de lograr una “cohesión ideológica” de la que carecían. En términos estatutarios, explicaba el documento, los intelectuales, como cualquier otro afiliado, estaban obligados a adherir al programa político del partido y participar en sus organizaciones políticas básicas y de masas. Pero dado que los intelectuales eran, por las particulares características de su trabajo, algo más que un especial tipo de asalariados, el partido les asignaba una función en la batalla ideológica, dotándolos de estructuras de participación específicas y exigiéndoles un compromiso que exedía su persona para involucrar su propia obra creadora. Conviene citar en extenso el texto de la resolución, dado que expresa con

---

<sup>542</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>543</sup> *Ibidem*, p. 12

elocuencia el modo problemático —e incluso confuso— en que el partido enfrentaba la cuestión de los intelectuales y los límites y contradicciones que una concepción positivista de la relación entre teoría y política imponía aún a las voluntades más aperturistas:

El partido no impone una forma de expresión determinada a sus intelectuales, no les impone siquiera una filosofía; les reclama, eso sí, la adhesión a su programa político, tal como surge de prescripciones estatutarias que todos sus afiliados han aceptado y están obligados a cumplir y hacer cumplir, en la medida misma en que ellos también contribuyen a elaborar, responsable y soberanamente, el programa político. Pero el partido —que no es una entidad extratemporal sino un cuerpo vivo que todos nosotros constituimos y animamos— no practica la neutralidad ideológica puesto que su propio programa político está decidido según los métodos de análisis del marxismo— leninismo. En este sentido, al reiterar su empeño a favor de la educación de sus miembros en los principios de la filosofía materialista dialéctica, la Primera Conferencia Nacional de Intelectuales Comunistas los exhorta a cumplir, como miembros responsables del partido de la clase obrera, la función dirigente que les corresponde en la gran batalla por los ideales del socialismo. Ello equivale al ejercicio de la función dirigente de la clase obrera, continuadora de las altas tradiciones democráticas del pueblo argentino, en el gran proceso de la reconstrucción nacional.<sup>544</sup>

En conclusión, dado que la función de los intelectuales se desarrollaba principalmente en el terreno de la batalla ideológica y que en esta los intelectuales comunistas estaban llamados a desempeñar el rol de vanguardia, era urgente superar un modelo de compromiso planteado en términos puramente políticos e integrar el marxismo-leninismo a la actividad creadora. La sola repetición de fórmulas estereotipadas que dominaban una parte importante de la crítica comunista solo sería superada cuando el marxismo se nacionalizara, esto es, se “aplicara” al examen de los problemas nacionales. El notable esfuerzo de Agosti por dotar al trabajo intelectual de una importancia de la que carecía en la estrategia partidaria y desarrollar una crítica a las concepciones mecanicistas y positivas del marxismo que prescindían de toda valorización del rol de las ideas en los proceso de cambio social, fue una respuesta heterodoxa a un problema de las más absoluta ortodoxia: lograr que los intelectuales comunistas superaran una forma de adhesión al partido que se mantenía en el terreno

---

<sup>544</sup> *Ibidem*, p. 14

del compromiso político personal y avanzaran hacia una mayor integración del marxismo-leninismo en su trabajo profesional y creador. En este sentido, amparándose en la figura del “intelectual orgánico” gramsciano, Agosti ofreció una respuesta meditada al combate contra el obrerismo.

El lugar para la cultura y los intelectuales que trabajosamente construyó al interior de una organización que tenía a evaluar esos temas de modo normativo e instrumental, fue, tal vez por esa misma razón, tan heterodoxo como lo contrario, tanto en términos políticos como intelectuales. Colocado el análisis desde el punto de vista de su oposición a los sectores partidarios más proclives a una crítica cultural que operaba mediante una correlación mimética con los hechos políticos y económicos dando forma a una posición obrerista y con claras conexiones con el nacionalismo cultural de corte populista, puede decirse que Agosti representaba una posición heterodoxa respecto al zhdanovismo, comprendido como ortodoxia. En efecto, su postura leninista acerca de la necesidad de que el movimiento obrero no rechazara el valor de las tradiciones culturales burguesas sino que las recuperara como una herencia que debía ser superada, sumado a la incorporación de categorías gramscianas que permitían considerar la función de los intelectuales y la cultura superando las definiciones puramente economicistas para otorgarles un lugar imprescindible en una batalla político-ideológica que colocaba en su centro el problema de la nación, constituyen elementos que le permitieron avanzar en un programa destinado a dotar a los comunistas de una visión más sutil y compleja de los fenómenos culturales y de las particularidades del campo intelectual argentino, inmerso en una crisis de la hegemonía liberal.

Ahora bien, estos gestos de heterodoxia frente las codificaciones más reduccionistas sobre la política y la cultura, convivieron con el sostenimiento de una ortodoxia que obturó el desarrollo de estas intuiciones al punto de que en muchos aspectos, Agosti actuó como un dique de contención frente a los que él mismo definía como los “desaforados”. Desde las purgas antivanguardistas de 1948 hasta la expulsión de sus discípulos en 1963, Agosti demostró que no estaba dispuesto a llevar sus cuestionamientos hasta el punto de comprometer aspectos nodulares de la cultura

política y la tradición marxista en la que se había formado. Así lo veremos al analizar la conferencia “Defensa del realismo”, dictada en el exilio montevideano y luego incorporada al libro *Por una política de la cultura*. El contexto intelectual en el que vino a insertarse esta conferencia nos da la medida de la apuesta de Agosti por desbrozar las aristas más reduccionistas y dogmáticas de la crítica cultural comunista en un movimiento de renovación que no renunciaba a la ortodoxia al defender el modo de representación realista en momentos en que las vanguardias pugnaban al interior mismo del partido por poner en cuestión la interpretación que hacía del realismo la única forma de expresión de las tendencias sociales en el arte. Lo mismo puede decirse de su demanda de un “marxismo nacional”, la que al mismo tiempo que aspiraba a superar un marxismo comprendido como mera repetición de verdades talmúdicas, se basaba en el supuesto evolucionista de que la “diferencia” latinoamericana debía ser comprendida como una anomalía respecto a la experiencia civilizatoria europea. Esto es lo que en *Echeverría* (1951) había denominado “realismo crítico”, concepto con el que define la función de las minorías intelectuales como vanguardias capaces de interpretar, conducir y forzar la “historia” en el sentido correcto que indica la “teoría” avanzada. Este marco interpretativo suponía, entonces, al mismo tiempo una revalorización de la teoría y su encorsetamiento en lo que constituye tan solo una inflexión del europeísmo marxista latinoamericano. Explica, además, el rechazo visceral de Agosti por la nueva izquierda que en Europa demandaba un “marxismo abierto” que sus propios discípulos replicarán con la suerte reservada a los réprobos.

## Capítulo 6

**Héctor. P. Agosti**

### **Estaciones de una obra y un intento de modernización fallida**

---

En los años que llevo en estos trotes  
he visto a muchos roberpierritos de aldea.  
Parecían los custodios de la pureza revolucionaria,  
que protegían con mucho gasto de exaltación y de lugares comunes.  
La mayor parte de ellos son ahora tenderos enriquecidos,  
cuando no inconfesos empleados de la policía.  
Y yo, siempre sospechado de heterodoxia, sigo en mi puesto  
y supongo también que moriré en mi puesto

**Héctor P. Agosti, “A veces lloro sin querer”, texto inédito, c. 1954.**

Después de la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas, Agosti comenzó el momento más rico de su producción intelectual y el más sólido en cuanto a su ascendencia partidaria. Para ese momento ya era una figura reconocida en el mundo intelectual argentino, particularmente desde la publicación de su *Echeverría*, unánimemente reconocido por la crítica. Su militancia partidaria recorría tres décadas, cuando luego de las juveniles simpatías anarquistas ingresa en 1927 a la Federación Juvenil Comunista, según consignan sus principales biógrafos.<sup>545</sup> El propio Agosti relató su acercamiento al comunismo en una novela autobiográfica que nunca concluyó titulada *A veces lloro sin querer. Conversaciones con Hugo Lamel*, escrita aproximadamente hacia el año 1954. En este texto, que arranca con la muerte de su alter ego Hugo Lamel, seudónimo habitualmente utilizado por Agosti y que es un homenaje al revolucionario e intelectual cubano Antonio Mella (Lamel es un anagrama de Mella), Agosti relata su infancia en Balvanera entre las estrecheces

---

<sup>545</sup>Agosti, Héctor P., “A veces lloro sin querer (Diálogos con Hugo Lamel)”, texto inédito perteneciente al Archivo HPA/CeDInCI, Caja 6, p. 24. Para un perfil biográfico de Agosti consultar Schneider, 1994 y Zamudio Barrios, 1992, además de la voz correspondiente en Tarcus, 2007, *op. cit.*, p. 6-8.

económicas de una familia trabajadora y el primer acercamiento a la vida política a través de la militancia radical de su padre Rómulo, obrero pintor y letrista. El deambular infantil en la ciudad, su encuentro temprano con el mundo de los libros a través de las visitas a la Biblioteca Nacional de la calle México y con el cine al que accedía repartiendo volantes y barriendo la sala del biógrafo del barrio, aparecen en este texto con un tono definitorio, tanto en lo que concierne a la “sutitidad porteña” que definirá su estilo como ensayista y escritor como por el orgullo por esos orígenes plebeyos que en buena medida marcarán sus tomas de posición políticas e intelectuales. Ese niño reconcentrado y tímido se convertirá con el tiempo en un joven embuido de un “idealismo trascental” que veía la política como un “ejercicio de moralidad”. De allí su desprecio por la mansedumbre y la esclerosis de la vida intelectual argentina donde “para ser escritor de importancia hace falta regresar de Europa, en primera clase naturalmente, y decir cuatro pavadas engoladas a los crónistas que esperar en el puerto” y su deslumbramiento por el “pathos” de personajes como Sandino y el propio Mella.<sup>546</sup>

Precisamente, en este texto Agosti explicará su propia autobiografía político-intelectual a partir del abandono, no sin sufrimientos, de un concepción idealista y moralizante sobre la política y la realidad americana cuyo resquebrajamiento se inicia con las manifestaciones en contra de E. Hoover cuando visitó Buenos Aires en 1929, la asistencia a una conferencia conjunta de Rodolfo Ghioldi y Carlos Prestes en el demolido Teatro Nuevo, su adhesión a la Liga Antiimperialista y, fundamentalmente, el asesinato de Mella en México en enero de 1929. “El infausto suceso —afirma Agosti en una de las versiones de su novela— conmovió hondamente al joven argentino que recién se incorporaba al combate por los mismos ideales revolucionarios. Sentía gran admiración por su camarada cubano, a quien lo unía una profunda hermandad espiritual”.<sup>547</sup> Esta temprana afinidad es interesante leída en conjunto con la insistencia de Agosti en ponderar las “razones morales” que llevan a un intelectual a tomar conciencia de los procesos sociales como un primero paso a su

---

<sup>546</sup> *Ibidem*, p. 60.

<sup>547</sup> Agosti escribió un sentido perfil de Antonio Mella bajo el título “Mella o la voz de América” y lo incluyó en su primer libro *El hombre prisionero* (1938).



politización, pues tanto este tópico como el señalamiento de una sociedad que mostraba una profunda desconsideración hacía sus intelectuales, incluso dentro de los partidos de izquierda, se mantuvo en todas sus reflexiones sobre el tema.

Pero insisto en la tonalidad moral porque es esa, evidentemente, la insatisfacción de Hugo tomada aquí como signo de una conciencia colectiva; esa insatisfacción es el primer signo hacia una rebeldía que acaso pueda llegar a ser revolución. Sé muy bien qué clase de objeciones se levantarán a esta altura de la crónica. Algunos dueños de recetas dirán, seguramente, que esa insatisfacción es inexplicable existiendo en el país un partido de la clase obrera. Yo no quiero discutir ahora ese simplismo, bien que yo mismo lo practicara en mis réplicas a Hugo. Pero algo debía existir sin duda en la trama de nuestros datos sociales para que el partido de la clase obrera no alcanzara a convertirse todavía en el centro inspirador de la vida nacional. Se puede decir (y en cierta medida es justo decirlo) que algunas manifestaciones de la insatisfacción, el surrealismo pongo por caso, constituyen derivados del mismo orden social que determina la insatisfacción. Pero lo son en el conjunto del proceso histórico general y no en la actuación individual (por lo menos en los instantes iniciales), a menos de pensar que la humanidad está constituida por farsantes que voluntariamente se cubren de ignominia. Esta insatisfacción es la condición dramática de la inteligencia: cuando Neruda escribe *Residencia en la tierra* está mostrando al desnudo, dolorosamente, las raíces de su perplejidad insatisfecha; solo la estupidez crítica podría ver allí la cima de una podredumbre existencialista en lugar de ver el padecimiento de una existencia desgarrada por un medio social colmado de mezquindad. No quiero hacer comparaciones infelices; no quiero establecer paralelos. Anoto, simplemente, ese hecho de la insatisfacción, episodio primero de la rebeldía intelectual, que suele mirarse con suficiente simpleza. Hugo fue un ejemplo típico de semejante insatisfacción.<sup>548</sup>

En 1929 Agosti asiste como secretario de Victorio Codovilla a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana y el mismo año ingresa a la Facultad de Filosofía y Letras, la que abandona tiempo después dejando sin entregar una tesis dedicada a las contradicciones de la ética idealista. Para ese momento, ya formaba parte del círculo de jóvenes que rodeaba a Aníbal Ponce, del que se consideraba su principal discípulo y de quien adoptará los rasgos más salientes de su intrerpetación sobre el pasado argentino y, fundamentalmente, sobre la función de la inteligencia en los procesos de cambio social. Antes de abandonar la facultad, Agosti es elegido presidente de la Federación Universitaria Argentina y participa en la Fundación del Grupo Universitario Insurrexit,

---

<sup>548</sup> *Ibidem*, pp. 27-28

ala izquierda del movimiento reformista. Su primer obra de aliento, *Crítica de la Reforma Universitaria*, es anunciada por Aníbal Ponce desde las páginas de *Dialéctica* y finalmente publicada en la revista del CLES *Cursos y Conferencias*. En 1930, el joven Agosti ingresó al Comité Central del PCA, del que es separado tiempo después por razones que no han podido dilucidarse. Un año después sufre la primera de una saga de detenciones que lo mantienen entre el exilio montevideano y la cárcel hasta 1937, cuando recupera la libertad luego de una extensa campaña pública de la que participaron los más importantes intelectuales del país. Entre 1938 y 1940 dirige la hoja literaria del periódico *Orientación* y publica su primer libro, *El hombre prisionero*.

Hasta su clausura luego del golpe militar de 1943, Agosti participa activamente de la AIAPE, de la que llega a ser secretario general y director de *Nueva Gaceta*, periódico de la entidad. A partir de su participación en el movimiento antifascista, se convierte en el intelectual público más importante y requerido del partido, iniciando una larga saga de conferencias y presentaciones en el interior del país. Luego del golpe de junio, se exilia en Montevideo junto a los más importantes dirigentes comunistas, entre ellos Rodolfo Ghioldi, con quien dirige el periódico *Pueblo Argentino*. A través de la editorial del comunismo uruguayo Pueblos Unidos publica *Defensa del realismo*, uno de sus libros más importantes. Como era habitual, el libro incluye diversos artículos y conferencias, entre ellas la que da título al volumen, pronunciada en la Facultad de Arquitectura de Montevideo en diciembre de 1944. Conviene detenerse en este ensayo tanto porque permite vislumbrar con claridad las posiciones de Agosti sobre las relaciones entre arte y política como porque constituye el primer trabajo que le valió un reconocimiento internacional de la mano del filósofo francés Henri Lefebvre, quien lo elogió con vehemencia.<sup>549</sup>

---

<sup>549</sup> El libro de Agosti llegó a las manos del filósofo francés por intermediación de Antonio Berni, a quien lo unía una amistad que se remontaba a la década del 30, en ocasión del segundo viaje a París del pintor argentino. En el momento del encuentro, Lefebvre venía de una amarga experiencia intelectual con la supresión, por las autoridades del PCF, de la *Revue Marxiste*, de la que también participó Paul Nizan y buena parte de los miembros del grupo Philosophes (sobre esta experiencia se puede consultar el propio testimonio de Lefebvre, 1976, pp. 65-76). Lefebvre le envió una elogiosa carta a Agosti y este la incluyó como prólogo a la segunda edición de *Defensa del Realismo* por la editorial Quetzal. Allí

## La polémica sobre el realismo

Hasta la aparición del libro de Agosti, la tematización del realismo literario en los medios comunistas había pasado por la pluma de los escritores de herencia boedista, como Elías Castelnuovo y Álvaro Yunque. Como analizamos en el primer capítulo, Castelnuovo tuvo un importante predicamento en los medios comunistas hasta su adhesión al peronismo. Representante típico del escritor “proletarioide”, de origen humilde y escaso capital cultural, cultivó una estética naturalista de rasgos cristianos, populistas y nacionalistas y defendió sin recelos una figura del escritor puesto al servicio de las necesidades revolucionarias o simplemente partidarias. Para Castelnuovo, la relación entre arte y sociedad “depende absolutamente de una idea simplificada de la mimesis”, puesto que a cada clase social le corresponde una forma literaria, que en el caso del proletariado se basa en la rusticidad y el desprecio por las innovaciones técnicas y formales.<sup>550</sup> En un sentido similar se expresará Álvaro Yunque, escritor que como Castelnuovo había llegado al comunismo desde el anarquismo, y que tuvo la particularidad de ser el primero en reivindicar la literatura gauchesca para los fueros del comunismo. Como ha observado María Teresa Gramuglio, las voces de Castelnuovo y Yunque sobre la cuestión del realismo reformulan la conocida sentencia de que a veces una defensa puede ser el mejor ataque.<sup>551</sup> De ahí que el título del libro de Agosti pueda comprenderse en un escenario en el que, como él mismo se encargó de explicar, los debates sobre la estética se

---

afirmaba: “Pocos textos se han escrito más serios, más profundos que esas líneas. Le confesaré que se adelantaban a casi todo cuanto se escribía en Francia por esa época (1949-50) y que estaba impregnado de una especie de subjetivismo vulgarmente sociológico: un subjetivismo de clase. De esa manera hemos conducido, usted y yo, conociéndonos muy poco, y de manera independiente, la misma lucha por la objetividad profundizada del arte nuevo” (1955, p. 9). En 1958 Lefebvre fue expulsado del PCF y pasó a integrar el equipo de la revista “revisionista” *Arguments*, donde también escribían otros comunistas díscolos como Edgar Morin, y comenzó a desarrollar un mayor interés por los fenómenos de alienación en las sociedades de consumo. Agosti retiró de las siguientes ediciones de *Defensa del Realismo* el prólogo que tanto orgullo le había deparado en su momento y comenzó a referirse al filósofo francés como un teórico neomarxista de inspiración anticomunista.

<sup>550</sup> Gramuglio, 2002, p. 31. Para una panorámica de las opiniones estéticas de Castelnuovo consultar *El arte y las masas: Ensayos sobre una nueva teoría de la actividad estética* (c.1934).

<sup>551</sup> *Ibidem*, p. 33.

movían entre la metafísica y los “estériles esquemas sociologistas” que entre los comunistas habían alcanzado “perfiles caricaturescos”.<sup>552</sup>

En el caso de las artes plásticas el panorama era más matizado, así como más rica y presente la discusión sobre el arte figurativo y no figurativo. Cuando en 1945 el periódico *Orientación* anunció el ingreso al partido del grupo de artistas de la vanguardia concreta, la relación entre los artistas plásticos y el comunismo ya había transitado un recorrido que incluía tanto definiciones estéticas como intervenciones políticas y gremiales que, como sucedió en otros ámbitos culturales, no pueden separarse de las decisiones en sede política adoptadas por el partido, como tampoco de las definiciones que en materia de política cultural provenían de la URSS. Para entonces, el comunismo ya contaba en sus filas con artistas como Juan Carlos Castagnino, Abraham Vigo, Antonio Berni, Enrique Policastro, Luis Falcini, Cecilia Marcovich, Raúl Lozza, Eolo Pons, Nieves Adefeff, Carlos Torrellardona, Carlos Giambiagi, entre muchos otros. Plásticos, escultores, grabadores, ilustradores que, sin responder a una estética específica y cultivando diversos estilos (desde el realismo de Castagnino y Policastro hasta el perceptismo de Lozza), solían colaborar en las publicaciones partidarias y en los órganos de frente animados por los comunistas. Como ha señalado Cristina Rossi, a quien seguimos en este punto, el período de posguerra encontró a los artistas comunistas aún bajo los ecos abiertos por la estada argentina de David Alfaro Siqueiros en 1933.<sup>553</sup> En 1936, Antonio Berni había dado a conocer los fundamentos de lo también denominó “nuevo realismo”. Desde las páginas de la revista *Forma*, órgano de la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos (SAAP) dirigido por Raúl Lozza, el artista rosarino llamó a rechazar el “arte caduco” y la “desorientación” que reinaba en la sociedad contemporánea volviendo los ojos a la realidad mediante la vinculación del mundo de las ideas con la acción social. El programa de Berni fue promovido por la AIAPE, cuya sección de Artes Plásticas fue una de las primeras en organizarse, y agrupó una nueva generación de artistas que

---

<sup>552</sup> “Reflexiones sobre la estética. Una aproximación gnoseológica a la estética”. Capítulo V de un libro inconcluso donde Agosti se refiere a la escritura de *Defensa del realismo*, Archivo HPA/CeDInCI, Caja 6.

<sup>553</sup> Rossi, 2004, op.cit., pp. 83-125

promovieron un arte comprometido con lo social y defendieron la vinculación de la práctica estética con la realidad de la época.

A mediados de los años '30 el campo artístico porteño parece estar fragmentando en dos grandes grupos, por un lado, los que defienden un arte figurativo y revolucionario, por otro, los que rechazan los contenidos políticos y sociales y cultivan un arte formalista y moderno.<sup>554</sup> Una década más tarde, la discusión entre abstracción y figuración estará en el centro del propio grupo de artistas revolucionarios, precisamente cuando los artistas de la vanguardia concreta ingresen al PCA, inaugurando un breve período de apertura hacia el mundo artístico e intelectual que ya no volvió a repetirse para el comunismo argentino. El año en que Agosti pronunció su conferencia, marcó una encrucijada en el campo de las artes visuales argentinas a partir de la convergencia de varios acontecimientos fundamentales, entre ellos la propia intervención de Agosti. Como lo ha explicado Cristina Rossi, ese año el uruguayo Joaquín Torres García publica una serie de conferencias bajo el título *Universalismo constructivo. Contribución a la unificación del arte y la cultura de América* y aparece el único número de la revista *Arturo*, órgano de la vanguardia concreta. Mientras en Montevideo Agosti defendía los postulados del novorealismo, en Buenos Aires Antonio Berni, Lino Enea Spilimbergo, Manuel Colmeiro, Juan Carlos Castagnino y Demetrio Urruchúa fundaban el Taller de Arte Mural con el propósito de articular el arte figurativo con el desarrollo de la arquitectura racionalista moderna.<sup>555</sup> Remedando la encuesta que en 1935 había elaborado la revista comunista francesa *Commune* bajo el título “Ou va la peinture?”, la revista *Contrapunto*, dirigida por el crítico rosarino Albert Plá, invitó a responder a este interrogante a un grupo selecto de artistas entre los se encontraban Emilio Pettoruti, Joaquín Torres García, Raúl Soldi, Enrique Policastro, Horacio Butler, Francisco de Santo, Antonio Berni, Tomás Maldonado y Manuel Espinoza, entre otros.<sup>556</sup> Si bien las respuestas

---

<sup>554</sup> Lucena, 2009, p. 18.

<sup>555</sup> Cfr. García, 2009, p. 198.

<sup>556</sup> ¿A dónde va la pintura?, en *Contrapunto*, Año I, n° 3, Buenos Aires, abril de 1945. La revista *Commune* era el órgano de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (AEAR). Antonio Berni fue el único latinoamericano invitado a responder a la encuesta original, seguramente por la

encontraron partidarios encendidos entre uno y otro polo del realismo y la abstracción, el contrapunto mayor se produjo entre Antonio Berni y los jóvenes artistas concretos Maldonado y Espinoza, quienes al mismo tiempo que rechazaron que el arte abstracto fuera “reaccionario” como afirmaba Berni, postularon que el arte concreto era el punto de llegada de cualquier evolución plástica “verdaderamente” humanista y revolucionaria”, sin temer afirmar que “el arte concreto será el arte socialista del futuro”.<sup>557</sup>

Las páginas de la revista *Contrapunto* también sirvieron de escenario a la primera publicación del ensayo de Agosti y a una nueva polémica, esta vez con el joven director de *Forma* Raúl Lozza, quien bajo el título “Acotación al nuevo realismo” calificó el planteo de Agosti como una teorización confusa que “no conducía más que a una nueva conjunción de caduco humanismo y verismo óptico” e invitaba a rechazar los formulismos automáticos y los conceptos envejecidos”.<sup>558</sup> Como vemos, el libro de Agosti se inserta de lleno en un debate estético con implicaciones políticas evidentes, pues lo que se discutía era el rechazo de la representación realista como única forma de arte, postura que gobernaban las interpretaciones marxistas del arte desde Engels en adelante.<sup>559</sup> La apuesta de Agosti por lo que denomina “nuevo realismo” o, como lo definirá con más precisión, “realismo dinámico y suprasubjetivo”, constituye una suerte de juste *milieu* que si bien por el lado del realismo elevaba el nivel del debate en sus manifestaciones más burdas, por el lado de la abstracción ponía una malla de

---

relación que lo unía a Louis Aragon y Henri Lefebvre desde fines de la década del 20. Sobre *Commune* se puede consultar Racine, 1966, pp. 29-47.

<sup>557</sup> Cfr. Rossi, 2004, *op. cit.*, p. 119. En el primer y único número de la revista *Arte Concreto* de agosto de 1946, Tomás Maldonado habían señalado directamente a los “neorrealistas muralistas” como los enemigos del arte concreto. Antonio Berni, por su parte, en un reportaje concedido a *Noticias Gráficas* dos meses antes afirmaba: “Creemos nosotros que estamos a la vanguardia del americanismo intelectual, contra la servidumbre disfrazada de universalismo abstracto o cosa que se le parezca, producto o residuo del “fordismo” contemporáneo. Queremos enaltecer al hombre en lugar de aniquilarlo (Citado en García, *op. cit.*, p. 204). Tanto el artículo de la revista *Arte Concreto* como la respuesta de Maldonado a la encuesta de *Contrapunto* pueden consultarse en Maldonado (1997).

<sup>558</sup> Cfr. Rossi, 2004, p. 107. El artículo de Agosti apareció en el número 3 de abril de 1945 (el mismo donde su publicó la encuesta) y la respuesta de Lozza en el número 4 de junio de 1945.

<sup>559</sup> Sobre las formulaciones de Marx y Engels sobre el arte y la literatura y la conformación de una interpretación marxista sobre las relaciones entre arte y política ver Egbert, *op. cit.*, pp. 78-119.

contención a la avanzada vanguardista y a la posibilidad de un arte revolucionario no figurativo.<sup>560</sup>

Agosti se propone una indagación filosófica del fenómeno de la creación artística como un proceso dialéctico surgido del contexto histórico-social pero a la vez de origen individual, es decir, como un proceso a la vez sociológico y estético. Como para Lukács, al que muchos años después seguirá reconociendo como uno de los pensadores que más había influido en su formación intelectual junto a Antonio Gramsci,<sup>561</sup> para Agosti el arte era un “reflejo” o representación verídica de la realidad considerada en su esencialidad y no en sus apariencias o superficialidad. Agosti ve también el arte como una forma de conocimiento pero cuya especificidad no radica en la forma del reflejo sino en la singularidad del conocer artístico.<sup>562</sup> Este modo “individual” de reproducir lo real es lo que distingue al arte de la ciencia, que conoce mediante leyes generales: “Plantado en medio de su mundo, el artista, al revés del científico, propónese reproducir lo esencial de la realidad en forma de lo singular”.<sup>563</sup> La función gnoseológica del arte es, entonces, primordial, y su fundamento filosófico consiste en el conocimiento dialéctico de la realidad exterior, esto es, la acción recíproca entre la realidad que se le presenta al artista como una masa informe de sucesos y la reacción de la conciencia del artista frente al estímulo de esa realidad exterior, reacción que siempre está en consonancia con las ideas generales de su

---

<sup>560</sup> Esta búsqueda del equilibrio fue una de las constantes de la actuación política de Agosti como intelectual comunista y uno de los rasgos tal vez más dramáticos de su proyecto intelectual. El mismo destacaba en privado ese *sens de la mesure* que lo caracterizaba y lo hacía desconfiar de los “desaforados”: “En los años que llevo en estos trotes he visto a muchos roberpierritos de aldea. Parecían los custodios de la pureza revolucionaria, que protegían con mucho gasto de exaltación y de lugares comunes. La mayor parte de ellos son ahora tenderos enriquecidos, cuando no inconfesos empleados de la policía. Y yo, siempre sospechado de heterodoxia, sigo en mi puesto y supongo también que moriré en mi puesto (De “A veces lloro sin querer...”, *op. cit.*, p. 6)

<sup>561</sup> Cfr. la respuesta de Agosti a la *Encuesta a la literatura argentina contemporánea* publicada por CEAL en 1982, p.168

<sup>562</sup> Para Luckács lo que diferencia la función cognoscitiva del arte de la de la ciencia, siendo que ambos son una forma de reflejo de la realidad que siempre es una y la misma, es la forma en que ese reflejo se produce, esto es, la particularidad del arte es que refleja la realidad mediante imágenes. Cfr. Sánchez Vázquez, *op. cit.*, pp. 34-35.

<sup>563</sup> Agosti, [1945] 1962, p. 18. *Defensa del realismo* fue publicado por primera vez en 1945 bajo el sello del comunismo uruguayo Pueblos Unidos. Fue reeditado por el sello comunista argentino Quetzal en 1955. Nosotros hemos utilizado la tercera edición de 1962 correspondiente al sello Lautaro y las citas corresponden a ésta.

tiempo, las que al mismo tiempo expresan un sistema de relaciones sociales, aunque no de un modo mecánico. Esta relación dialéctica entre la realidad y la conciencia a partir de la cual el artista actúa sobre los objetos para abstraer su esencia primordial es un acto de conciencia reflexiva, esto es, social, pero no alcanza para ser una obra de arte. Para que el conocimiento de la realidad se transforme en arte realista, dirá Agosti, es necesario que esa realidad se traduzca a través del temperamento individual del artista, o dicho de otra manera, de su tono psicológico particular.<sup>564</sup>

Entender la creación como un proceso a la vez psicológico y sociológico conduce a plantear una nueva forma de concebir tanto la objetividad como la subjetividad en el arte. El nuevo realismo postulado por Agosti rechazará de plano el objetivismo mecánico y determinista del naturalismo así como el subjetivismo “engreído” de las vanguardias, para postular una síntesis entre ambos, de ahí que hablará de un realismo “dinámico” en oposición a la objetividad pasiva del “viejo realismo” (aunque el procedimiento de este dinamismo no sea otro que la fórmula de Engels de los personajes típicos en circunstancias típicas y “estas situaciones albergando en sí mismas la posibilidad de una nueva realidad pronta a estallar”), y “suprasubjetivo”, porque sin recaer en el extremo subjetivismo y la fuga de la realidad de las vanguardias no omite que la creación artística es un proceso de conclusión individual.<sup>565</sup> En este sentido, el nuevo realismo es también “antropomórfico”, pues coloca al hombre como “centro del mundo” superando la deshumanización del arte vanguardista aunque sin renegar de sus innovaciones formales. Precisamente, al contrario de las interpretaciones que denostaban el arte vanguardista, uno de los méritos de Agosti será intentar comprender las condiciones históricas, sociales e intelectuales que propiciaron el surgimiento de las vanguardias como reacción en tres planos entrelazados: frente a un realismo “antipoético” e insulso que insistía en representar el mundo con viejas formas, frente a una sociedad industrial corrompida por una prosperidad opuesta a la fantasía creadora que establecía un hiato entre los artistas y el medio social en el que se movían y, por último, frente a un cientifismo

---

<sup>564</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>565</sup> *Ibidem*. p. 20.



biologicista en oposición al cual se desarrolla una metafísica espiritualista cuya “gnoseología de lo incognoscible” será el fundamento filosófico del arte abstracto. Las vanguardias, entonces, realizan una ruptura “formalista” y una reconquista de los valores estéticos necesaria pero insuficiente, pues en el límite conduce a negarle al arte su condición transformadora, es decir, una función social que para Agosti solo parecía posible mediante el regreso a un arte figurativo despojado de los lastres del naturalismo. En definitiva, aun alejándose de las interpretaciones sociologistas vulgares, Agosti continuaba considerando el realismo como el arte verdadero, consecuencia necesaria, como lo ha señalado Sánchez Vázquez, de la elevación del principio gnoseológico del reflejo a la condición de fundamento filosófico de la estética: si el arte es una representación de la realidad captada en su esencialidad, profundidad y totalidad, solo una práctica artística determinada, el arte realista, es capaz de cumplir esa función.<sup>566</sup> La creación artística, afirma Agosti, es una forma de conocimiento de lo singular que “solo tiene validez cuando desnuda el cogollo de la realidad”.<sup>567</sup>

El nuevo realismo, en consecuencia, se opone al arte abstracto pero hace de la abstracción su método privilegiado para abordar la realidad, lo que equivale, afirma Agosti, a otorgar a la conciencia una función particularísima e incluso dramática. El arte accede al conocimiento de lo real mediante un permanente careo entre los objetos del mundo y la conciencia individual del artista. Esta conciencia individual está sumergida en un complejo social que el artista siempre padece, aunque pretenda soslayarlo, pero al que también se enfrenta, pues, en tanto sujeto, no es un mero receptáculo de influencias externas, si bien tampoco un demiurgo que crea su propia realidad. El proceso de la creación consiste pues en lo siguiente:

El artista encuentra su materia en el mundo de los objetos, exterior a él. El mundo de los objetos se desenvuelve mediante relaciones sociales que el artista padece como objeto, pero que también procura modificar en su condición activa de sujeto. Ese movimiento incesante entre la acción de las cosas y la reacción de la conciencia le proporciona una multitud de apariencias tras las cuales precisa descubrir

---

<sup>566</sup> Sánchez Vázquez, *op. cit.*, p. 29.

<sup>567</sup> Agosti, *op. cit.* p. 24.

necesariamente la realidad esencial. Entonces recurre a la abstracción, a la separación de lo accesorio por un acto deliberado de voluntad reflexiva. Pero la abstracción, aunque le dibuje la realidad primordial, todavía no es obra de arte, sino conocimiento. Dicho conocimiento de lo real recién será obra de arte realista cuando se transforme en sustancia sensible, es decir, cuando aquella realidad se traduzca a través del temperamento del artista (...) Recién entonces, en medio de semejante juego de acciones y reacciones recíprocas, el conocimiento se convierte en obra de arte: recién cuando aparece la capacidad de soñar, que es algo así como la previsión del futuro en el presente, que es algo así como la reconquista del presente en el pasado.<sup>568</sup>

Para Agosti el arte, como todo proceso de “pensamiento”, presupone un movimiento de sujeción y liberación respecto a las cosas: naciendo de las cosas el pensamiento se apodera de ellas y les impone su señorío. Pero lo concreto no es siempre lo visible y lo presente, pues lo propio de la creación no es solo reproducir la realidad sino inventarla como una “anticipación” de lo posible. Esta función que podríamos llamar “utópica” convierte al nuevo realismo en un ejercicio de “revelación” que bien puede ser intuitivo, aunque para Agosti siempre es preferible que el artista tenga conciencia de sus medios expresivos y no se abandone a la mera inspiración. Las posteriores reflexiones de Agosti respecto a la función de los intelectuales mantendrán como centro esta hipótesis: los creadores de cultura no pueden ser meros “registradores” de la realidad sino que cumplen en la sociedad un papel de anticipadores y elaboradores de lo que luego definirá gramscianamente como una “nueva cultura”.

Como ha señalado María Teresa Gramuglio, Agosti tuvo el mérito indiscutible de admitir que un arte realista no requería una uniformidad de medios expresivos y que dentro de una misma estética podía admitirse diversidad de poéticas o soluciones formales.<sup>569</sup> En efecto, Agosti avanza en esta dirección en dos planos. El primero surge como consecuencia de su modo de concebir el proceso creador tal como lo hemos explicado anteriormente. Si la creación artística es siempre un proceso de conclusión individual aun cuando se encuentre en permanente careo con la realidad social, la exigencia fundamental del arte realista es que el artista ascienda a la

---

<sup>568</sup> *Ibidem*, pp. 25-26.

<sup>569</sup> Al dismantelar la oposición tajante entre realismo y arte abstracto, afirma Gramuglio, Agosti “se convirtió así en precursor involuntario de las posiciones que a partir de los años sesenta legitimarían los cruces entre realismo y experimentación formal, que en diversas prácticas artísticas anularon de hecho el enconado divorcio entre vanguardia estética y vanguardia política” (*op. cit.*, pp. 35-36).

conciencia de su objeto, movimiento definido como una “voluntad de tendencia”, para luego elegir libremente su lenguaje de acuerdo a su particular psicología. Pues si el ideal estético del nuevo realismo consiste en la traducción de la realidad a través del temperamento, temperamentos diferentes reaccionarán de modos disímiles ante la realidad exterior y esto será válido siempre y cuando el resultado sea producto de un proceso consciente de conocimiento de la realidad y de una voluntad de transformación del mundo.<sup>570</sup> El segundo plano tiene que ver con otro tópico permanente en el pensamiento de Agosti, el de la herencia cultural. El “giro casi hegeliano” mediante el cual postula el nuevo realismo como una “superación hereditaria” del realismo y la abstracción se basa en la convicción, sostenida a lo largo de toda su obra, de que ninguna experiencia histórica puede ser rechazada y que todo presente debe medirse con aquellos elementos del pasado que conservan su validez como conquistas de toda la humanidad.

En los siguientes cinco años, Agosti dirigirá, entre 1946 y 1947, la revista *Expresión*, junto al uruguayo Enrique Amorim, Roberto Giusti, Leopoldo Hurtado y Emilio Troise. De clara proyección continental y vocación americanista el programa intelectual de *Expresión* se resumía en una fórmula que Agosti intentará defender y fundamentar en adelante: la articulación entre las realidades locales y el pensamiento europeo. Su próximo libro, dedicado a José Ingenieros, presentará este programa bajo el signo de la dramaticidad: el único argentinismo posible para un intelectual es el apelar a las ideas de afuera para pensar los problemas de adentro.<sup>571</sup> En 1948 ingresa a la Comisión Directiva de la SADE bajo la presidencia del liberal Carlos Alberto Erro al mismo tiempo que debe enfrentar el debate interno que terminó con la expulsión de Cayetano Córdova Iturburu y el grupo de artistas concretos. En aquella ocasión, como en otras, su apuesta por el *juste milieu* y su aprensión por los “desaforados” le evitaron la expulsión y, en buena medida, fortalecieron su posiciones al interior de la estructura partidaria, lo que quedó demostrado con la publicación, en 1949, de la

---

<sup>570</sup> Agosti, *op. cit.*, p. 23.

<sup>571</sup> Agosti, 1945.

revista *Nueva Expresión*, celebrada publicación cultural cuyos contenidos no rendían tributo alguno a los dictados zhdanovistas.

### **Echeverría: entre Gramsci e Ingenieros**

La colaboración entre comunistas, socialistas y liberales en el frente intelectual antiperonista tuvo su punto culminante con la campaña de conmemoración del centenario de la muerte de Esteban Echeverría, evento cuya resonancia político—cultural fue mucho más fuerte que las exiguas adhesiones que recogía el movimiento por la paz entre la intelectualidad no comunista. Impulsado por Agosti desde su puesto en la secretaría de la SADE, el homenaje al poeta y mentor de la Generación del 37 aglutinó a un amplio espectro de intelectuales de diversas tradiciones políticas y fue la oportunidad para reflatar los vínculos de la sociabilidad antifascista en un desafío abierto al gobierno de Perón, que venía de conmemorar con gran despliegue oficial el centenario de la muerte de José de San Martín. La Comisión de Homenaje a Esteban Echeverría fue presidida por el ensayista liberal Carlos Alberto Erro, secundado por el filólogo Jorge Furt y el escritor e historiador Julio Aramburu, y la integraron un elenco de escritores e intelectuales que incluía a María Rosa Oliver, Raúl Soldi, Roberto Giusti, Arturo Capdevilla, entre otros. Sus actividades se hicieron extensivas a todo el país, donde se promovió la creación de juntas locales, se editó una *Cartilla Echeverriana* y se realizó un acto en el Parque Tres de Febrero.<sup>572</sup> Además se publicaron varios libros dedicados a la vida y obra del autor de *La Cautiva* bajo la pluma de Benito Marianetti, José Barreiro, Nydia Lamarque, Delio Panizza, Alfredo Palacios, el joven Tulio Halperín Donghi y el propio Agosti.<sup>573</sup> En todos ellos, la funcionalidad política inmediata de la evocación era evidente y todo indicaba que el antiperonismo intelectual había encontrado un espacio de articulación para salir de la postura defensiva en la que estaba inmerso e intervenir en el debate público. Sin

---

<sup>572</sup> Cfr. *Cartilla echeverriana*, Buenos Aires, Comisión central de homenaje a Esteban Echeverría, c. 1951.

<sup>573</sup> Pedro Barreiro, *El Espíritu de Mayo y el revisionismo histórico: La visión política y social de Echeverría* (Buenos Aires, Antonio Zamora, 1951), Benito Marianetti, *Esteban Echeverría : Glosas de un ideario socialista* (Mendoza, s/d: 1951), Alfredo Palacios, *Esteban Echeverría : Albacea del pensamiento de Mayo* (Buenos Aires, Claridad, 1951), Delio Panizza, *A Esteban Echeverría* ( Montiel, 1951), Tulio Halperín Donghi, *El pensamiento de Echeverría* (Buenos Aires, Sudamericana, 1951); Nydia Lamarque, *Echeverría, el poeta* (Buenos Aires, s/d, 1951)

embargo, el experimento duró poco y hacia fines de 1952 las diferencias latentes en torno a la interpretación del peronismo que Agosti había hecho explícitas tanto en su libro como en sus intervenciones en el marco de las actividades de la Comisión, estallaron como producto del acercamiento del PC al gobierno. Erro propició la creación de una nueva organización, la Asociación Cultural Argentina para la Defensa y Superación de Mayo (ASCUA), que terminó aglutinando el espacio de la fracción liberal independiente y que actuó hasta 1962, cuando se disolvió por propia voluntad.<sup>574</sup>

La idea rectora del libro que Agosti le dedica a Esteban Echeverría es la caracterización del proceso histórico argentino como una “revolución interrumpida” por la incapacidad de la burguesía de dar respuesta al problema de la tierra y así integrar a las masas rurales a un proyecto nacional.<sup>575</sup> Valiéndose de las reflexiones de Gramsci sobre el Risorgimento italiano, Agosti dirá que la burguesía argentina adoleció de un “jacobinismo a medias” que le impidió consumir un programa de unificación nacional que superara la disgregación feudal, estableciera una economía capitalista e imprimiera una dirección progresista al conjunto de la sociedad. Débil y temerosa de las masas populares, la incipiente burguesía comercial porteña terminó derrotada por los caudillos porque fue incapaz de alzarse como clase dirigente del conjunto de las fuerzas sociales nacionales y consumir un estado moderno. La incapacidad de la burguesía argentina de cumplir la misión que la historia le tenía reservada arrastró tras de sí a los grupos intelectuales que se hallaban unidos a ella e hizo fracasar la única elaboración político—intelectual posterior a la Independencia que fue capaz de pensar el problema de la formación de una nación moderna, como fue el caso de la Generación del ‘37 y, particularmente, de Echeverría. Sin capacidad para generar un partido político propio que articulara programáticamente su equidistancia de las facciones en pugna, el problema de esta generación de

---

<sup>574</sup> Entre otras actividades Ascua publicó el *Boletín de la Asociación Cultural Argentina para Defensa y Superación de Mayo* que bajo la dirección de Erro publicó 10 números entre 1953 y 1958.

<sup>575</sup> Agosti, 1951, p. 12

intelectuales no fueron sus ideas, dice Agosti, sino el suicidio histórico de la clase que procuraba adiestrar con sus lecciones.<sup>576</sup>

En una de las más interesantes interpretaciones del programa político-intelectual de Agosti en el seno del comunismo argentino, José María Aricó definirá esta lectura como un particular ejercicio de “traducción errónea” pues, escribía, se fundaba en el establecimiento de una “analogía” entre los procesos históricos analizados por Gramsci para Italia y la situación argentina.<sup>577</sup> Gramsci, explica el autor de *Marx y América Latina*, no se propuso asimilar el caso italiano al modelo de la revolución francesa, sino, por el contrario, determinar las condiciones particulares que imposibilitaron la audacia jacobina entre las fuerzas políticas que se disputaron la dirección del proceso de unificación. Agosti, sin embargo, trasladó los conceptos gramscianos a una realidad que carecía de los elementos a partir de los cuales aquellos conceptos habían sido pergeñados, postulando clases y fuerzas sociales (la burguesía, el campesinado) que en realidad no existían y ofreciendo en consecuencia una lectura sobre el pasado argentino fuertemente ideológica que resultó políticamente impotente e históricamente falsa. Para Aricó, además, la insistencia de Agosti en la “falta de jacobinismo” de la supuesta burguesía argentina no solo era un anacronismo destinado a justificar la posición política de los comunistas (la revolución democrático-burguesa de carácter agrario y antiimperialista) sino el tributo que su antiguo maestro le rendía a una filosofía de la historia evolucionista y determinista que concebía que la experiencia europea podía replicarse en otras geografías y circunstancias históricas.

Nos detendremos en este último aspecto para analizar el modo en que Agosti concibe el rol de las minorías ilustradas, el carácter de la “batalla ideológica” y la función de la literatura nacional en el marco de su caracterización del proceso argentino como una revolución interrumpida. La idea de que las tareas de la Revolución de Mayo continuaban vigentes como un mandato irrealizado estaba presente en la imaginación histórica comunista al menos desde la década del ‘30, cuando obligado por las

---

<sup>576</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>577</sup> Aricó, 2005, p. 49 y ss. Para un meditado análisis sobre la figura y el concepto de traducción en la obra de Aricó consultar la tesis doctora inédita de Cortés (2012)

necesidades políticas de la estrategia frentepopulista el partido comience a construir un relato sobre el pasado histórico que tendrá en Mayo y los héroes culturales del liberalismo su punto de arranque e identificación. En esta operación de invención de una tradición para el comunismo local, la figura de José Ingenieros ocupó un lugar fundamental y fue el punto de partida para una interpretación particular del pasado argentino muy poderosa entre los intelectuales formados en la sensibilidad antifascista. Desde Aníbal Ponce hasta Agosti, pasando por Gregorio Bermann, Sergio Bagú, Raúl Larra, Emilio Troise y José P. Barreiro, “la noción ingenieriana de que el mandato revolucionario de Mayo había abortado en el proceso histórico argentino, y de que era necesario construir una nueva elite que lo llevara a destino, se volvía una potente ficción orientadora para quienes veían en el *fascismo criollo* al enemigo que nuevamente frustraba la concreción de ese ideal”.<sup>578</sup> En efecto, con *La Evolución de las Ideas Argentinas*, Ingenieros había propuesto tanto una periodización de la historia argentina que establecía un claro paralelismo con la historia europea, como una clave ideológica liberal— reformista que establecía una línea de continuidad histórica entre los ideales de la Revolución de Mayo y el presente. De este modo, en su análisis del proceso histórico argentino Agosti no solo era víctima, como sugiere Aricó, del “espejismo de la revolución agraria que desde los treinta obsesionaba a los comunistas”, sino que se inscribía en una tradición intelectual que superaba los límites de la estrechez teórica de un partido.<sup>579</sup>

A esta genealogía intelectual que une a su maestro Aníbal Ponce con José Ingenieros y a este con Echeverría y la Generación del ‘37, Agosti sumará un punto de vista teórico-metodológico para evaluar el modo en que el marxismo debía enfrentarse a una realidad diferente de aquella que estaba destinado a interpretar. Es decir, lo que en ahora denominamos el problema de la recepción. Michel Löwy ha señalado que el recorrido del marxismo en América Latina se vio amenazado por dos tentaciones

---

<sup>578</sup> Pasolini, 2007, pp. 87-88.

<sup>579</sup> Cfr. Aricó, *op. cit.*, p. 57. Esta interpretación de los procesos históricos latinoamericanos excede incluso los límites nacionales, como lo ha demostrado Rafael Rojas al analizar el “mito de la revolución inconclusa” que atravesó el pensamiento político cubano, incluida la izquierda marxista. Cfr. Rojas, 2005, pp. 61 y ss.

opuestas: de un lado, el exotismo indoamericano, que tiende a absolutizar la especificidad del subcontinente al punto que termina por enjuiciar al marxismo por su carácter excesivamente europeo; del otro, el europeísmo, que se limita a trasplantar los modelos de desarrollo histórico de las sociedades europeas estudiados por Marx y Engels al análisis de las realidades latinoamericanas, buscando continuamente equivalentes que sostengan las hipótesis teóricas y negando cualquier particularidad local. Todo el período comprendido por la hegemonía estalinista estuvo dominado, según Löwy, por este segundo enfoque, que es el punto de partida para la caracterización feudal de las formaciones económicas latinoamericanas y, en consecuencia, para el etapismo que dominó la política comunista.<sup>580</sup>

A través de la figura de Esteban Echeverría, Agosti realizará una inflexión sobre este modelo europeísta en la que toma especial relevancia la dimensión ideológica y, por lo tanto, el problema de la función de los intelectuales. Para Agosti, el carácter universal del pensamiento europeo y, por lo tanto, de los procesos de transformación social, era incuestionable y su influencia en las regiones atrasadas ineludible, aunque sometida a peripecias particulares. Por esta razón, la teoría del “paralelismo histórico”, proclamada por primera vez por el autor del *Dogma Socialista* y replicada por José Ingenieros cien años después, constituía un programa político-intelectual específico: dado que el pensamiento originado en Europa debía *necesariamente* ejercitar una acción de “desquicio” en los países atrasados, la función de las elites ilustradas era establecer sobre cada terreno nacional las causas concretas que determinaban su “anomalía” respecto a las líneas “lógicas” del desarrollo histórico y, sobre esta base, articular los principios rectores de la “voluntad” de su transformación a partir de una batalla a la vez ideológica y política.<sup>581</sup>

Echeverría enseña la verdad de esta conexión universal de los sucesos revolucionarios, y frente a ciertas meditaciones ilusorias de la historia va probarnos que las ideas no viven en compartimentos clausurados por fronteras nacionales, y que reproducen sus

---

<sup>580</sup> Löwy, *op. cit.*, p. 12

<sup>581</sup> Sobre la cuestión de la síntesis entre el pensamiento europeo y el conocimiento de la realidad nacional en la obra doctrinaria de Esteban Echeverría así como del esquema interpretativo liberal-progresista de la Revolución de Mayo como un antagonismo entre una tradición progresiva y otra reaccionaria consultar Sarlo y Altamirano, 1997, *op. cit.*, pp. 60-69.



mismos efectos a poco que sus mismas causas originarias reaparezcan sobre otras latitudes. Más aún: va a probarnos que el pensamiento es en sí mismo “engendrador de la revolución”, en tanto “no es un pensamiento aislado, parto solitario de la razón, sino una concepción racional deducida del conocimiento de la historia, y del organismo animado de la sociedad”.<sup>582</sup>

Este es el motivo por el cual la irreductibilidad del problema argentino a la dinámica de los modelos teóricos europeos, adopta en Agosti la figura del drama. En tanto que la condición dramática del país responde a causas históricas concretas — el abandono de los principios de Mayo por una burguesía declinante e incapaz de cumplir su misión histórica— el correcto diagnóstico de esas causas es el primer paso hacia su solución y demuestra que el drama no es ineluctable, pues no es del orden metafísico. A diferencia del ensayo de interpretación nacional que desde la década del ‘30 comprendía el proceso argentino bajo el tono fatídico de las “invariantes psicológicas” y desembocaba en un nacionalismo de carácter esencialista, el programa echeverriano convocaba a una interpretación “realista” del problema nacional que no rechazaba el carácter universal de los procesos de transformación social sino que reconocía en estos las particularidades locales.

Esta operación de reconocimiento de lo específico en el proceso universal, es lo que, en su opinión, evitaría el mero plagio o trasplante, puesto que obligaba a observar la realidad para deducir de allí las condiciones objetivas que servirían de base a la *voluntad* de su transformación. Precisamente, el sometimiento manso de los unitarios a los modelos extranjeros como el constitucionalismo francés (con la excepción hecha de Rivadavia) y su falta de voluntarismo, o su “jacobinismo a medias” para forzar las situaciones en el “sentido de la historia” es, para Agosti, la causa de que el proceso revolucionario iniciado con la Independencia se haya interrumpido impidiendo la formación de una nación moderna. Así, realizará un diagnóstico sobre la cuestión nacional que si bien plantea el momento de la determinación económica (la revolución burguesa desmontando la arquitectura colonial y fundando otro tipo de relaciones sociales) concibe su solución en términos fundamentalmente *ideológicos*, o más

---

<sup>582</sup> Agosti, *op. cit.*, p. 13.

precisamente, como una lucha ideológica tendiente a unificar la nación a partir de una tradición revolucionaria opuesta a la “contrarrevolución” y dispuesta a sustituir las formas de civilización feudal en todos los ámbitos de la vida nacional. Esto es, la lucha entre dos principios. La importancia asignada a los intelectuales y a la cultura en este proceso es lo que distingue a Agosti de otras interpretaciones comunistas del pasado argentino y constituye el punto de mayor operatividad del voluntarismo gramsciano.

Toda revolución o transformación necesita principios y no admitir esto equivale a negar al hombre como sujeto activo de la historia y mantener residuos de fatalidad o mecanicismo en la maduración espontánea de las condiciones objetivas.<sup>583</sup>

En la constante dialéctica entre las ideas y la realidad, el intelectual opera introduciendo la historia en la ciencia, esto es lo que Agosti llama “realismo crítico”.<sup>584</sup> Se trata de un realismo doctrinario opuesto a la pura demagogia o al mero eclecticismo, pues opera mediante el conocimiento de las leyes de la evolución social con el propósito de actuar sobre las masas para elevarlas al conocimiento de esas mismas leyes y, al mismo tiempo, se mide constantemente con la realidad que le impone a esa doctrina estímulos y correcciones.<sup>585</sup> Pero el intelectual “realista crítico”,

---

<sup>583</sup> *Ibidem*, p. 18-19.

<sup>584</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>585</sup> La “doctrina” del realismo político es diferente, dice Agosti, de la “conducta” realista, esto es, de la demagogia política que asume la forma del “cesarismo” y termina en la aparición de “jefes carismáticos”, concepto que toma del sociólogo weberiano Robert Michels.<sup>585</sup> Trazando el clásico aunque elíptico paralelo entre Rosas y Perón, Agosti afirma que estos líderes aparecen cuando las masas se ponen en movimiento y su realismo consiste en comprender su impulso y las razones de su descontento para arribar a soluciones parciales, anulando su acción independiente y “desviándolas” del curso de la historia. Revestido de atributos míticos y casi religiosos, el líder carismático cumple sin embargo una misión paradójica: estimula a las masas de tal modo que las prepara para saltar a formas superiores de la organización política. Pero además, las formas retóricas plebeyas del liderazgo carismático tienden a minar el prestigio de las minorías que ejercen la dirección cultural, las que reaccionan confundiendo la aparente igualdad que esconde el despotismo con una igualdad verdadera y postulan un regreso al pasado. Para Agosti, si bien Echeverría tuvo una apreciación equívoca del fenómeno rosista, confundiendo como las “viejas aristocracias” la igualdad aparente de las masas con el despotismo, no habría recaído como éstas en una concepción antihistórica de regreso al pasado, pues valoraba correctamente el papel histórico de las masas en la consecución de la democracia, a pesar de sus coyunturales “extravíos”. La advertencia, sin embargo, estaba hecha y conservaba su plena actualidad, pues en general sucedía que estas aristocracias persistían en la dirección cultural del país aún después de la llegada del líder y tendían a “teñir” con sus interpretaciones ideológicas aquellas fuerzas que no consentían en una postura regresiva. El autor del *Dogma* era ejemplar también en este sentido,

en tanto se transforma en un revolucionario, es portador de un “ideal ético” que se trasunta en una capacidad de anticipación y una voluntad de transformación, y en este sentido, como lo fue Echeverría, es un romántico. Tal como había definido la misión del escritor en su ensayo sobre el nuevo realismo, para Agosti los intelectuales cumplen una función de aceleración de las condiciones objetivas siempre y cuando sean capaces de presentar ante la conciencia de las masas una visión del futuro posible.

Entre escribir la historia y hacer la historia sin duda es preferible hacerla. Echeverría es, por esencia, el hombre que pugna por hacer la historia. Pero todo hombre que se empeña en hacer la historia es necesariamente alguien que se desvela por injertar en la realidad concreta esa partícula de sueño que la torna transformable. Soñar *en las realidades* ¿no era para Lenin el atributo de un revolucionario verdadero? Echeverría se nos muestra así como un soñador de realidades, como un recomponedor y transformador de realidades: como uno un hombre de este tiempo ardientemente volcado hacia el futuro y prohibido por lo mismo para todas las afrentas de la reconstitución imposible del pasado.<sup>586</sup>

Para Agosti, en la medida que la revolución burguesa resultó defraudada, la democracia, entendida como una integración progresiva de las masas a la vida política y a la actividad civil, se mantuvo como una mera formalidad y facilitó que la colonia se impusiera de regreso mediante una triple vía: la persistencia del latifundio, la sumisión a la política británica y el cosmopolitismo cultural. Abortada la transformación y limitada la revolución a sus aspectos exteriores y formales, la sociedad no fue capaz de resistir los embates de una “colonización subrepticia” que solo se hubiera impedido mediante una ruptura “total” con el pasado colonial, lo que no significaba otra cosa que la “europeización” de todo el proceso de emancipación. Lejos de concebir el problema argentino como consecuencia de la extranjería mental de sus elites ilustradas, el problema para Agosti no era el exceso de europeísmo sino su falta:

La revolución total, llevada desde los planos retumbantes de la economía hasta las zonas aparentemente más descansadas de la cultura, tenía que significar nuestra

---

pues se resistió al “chantaje político” de los unitarios que pretendían hacerlo solidario con todo el pasado político a riesgo de quedar asociado con la contrarrevolución.

<sup>586</sup> Agosti, *op. cit.*, pp. 20-21 (resaltado en el original).

europización constante, no en el sentido menguado de mirar como abribocas los figurines de la literatura transmarina sino en el más empinado de realizar esa revolución burguesa que dio a Europa la certidumbre de su conciencia nacional.<sup>587</sup>

La revolución burguesa entendida como revolución a la vez política y social exige el único tipo de nacionalismo posible, dice Agosti: aquel que une el conocimiento de los factores objetivos que determinan las fuerzas de la vida nacional con el factor voluntarista de sus minorías ilustradas. Por esta razón, el pensamiento de Echeverría, por su carácter nacional y burgués, estaba más cerca de Mazzini que de los socialistas utópicos franceses y determinaba el sentido fundamental de la generación del 37: ser la primera en plantear el problema de la “conciencia nacional”. La siguiente cita ilustra cabalmente el programa político—intelectual de Agosti en este período y la función que les asignaba a los intelectuales al interior de sus preocupaciones sobre la cuestión nacional:

Las condiciones del nacionalismo, tema imprescriptible en toda sociedad que aspira a recobrase de la dispersión feudal o a evadirse del mundo deprimente de la colonia, se encuentran definidas en este caso con suficiente excelencia: la conciencia nacional aparece proclamada por intelectuales de las clases medias, determinando el rasgo esencial de la revolución burguesa en su sentido más estricto de totalidad.<sup>588</sup>

Ahora bien, para Agosti, a diferencia de la experiencia europea, el proceso argentino poseía la originalidad de que la “conciencia nacional” se afirmaba en un doble tiempo: primero mediante la lucha militar contra España, luego mediante la lucha “ideológica” contra las prolongaciones sociales y culturales de la colonia. De ahí que la tarea de unificación nacional sea fundamentalmente de carácter político-ideológico: incorporar progresivamente a las masas a la constitución de una nacionalidad unificada por creencias comunes en base al reconocimiento estricto de una tradición revolucionaria democrática.

Si en algunos países europeos el tema de la revolución democrática conjugaba las notas de la unidad nacional con la urgencia previa de expulsar al dominador extranjero, aquí sustentábamos paradójicamente una etapa política más diferenciada en un extracto social menos desarrollado. ¿En qué otra cosa podía consistir la

---

<sup>587</sup> *Ibidem*, p. 65

<sup>588</sup> *Ibidem*, p. 106.

conciencia nacional de los argentinos sino en despojarse con segura mano de todas las formas de subrepticias de colonialismo que agrietaban (y siguen lesionado) la piel de la aparente independencia política? La conciencia nacional se proclama por lo mismo en un plano menos evidente, pero acaso por ello mismo más sutil: se manifiesta en el plano de la conciencia colectiva, como una voluntad de modificar los atributos de la sociedad hasta en sus más profundas esencias de pensamiento.<sup>589</sup>

En la elaboración de este sustrato de creencias compartidas, la cultura, explica Agosti, cumple un rol fundamental, en tanto ella misma es comprendida como el ejercicio de una conciencia nacional. Esto es lo que denomina “cultura militante”, diferente de la pura erudición pero también de la “demagogia populista”. Para Agosti, el carácter militante de la cultura argentina —que tuvo su primera y original manifestación en el romanticismo rioplatense— se consuma en la función del intelectual desplegada en una doble dimensión: social, en tanto el intelectual es educador de la conciencia de las masas, y específicamente cultural, en tanto instrumenta una literatura y un arte adecuados a las necesidades de la transformación revolucionaria. Esta función, para ser efectiva, debe encauzarse a través de un partido y de un programa, pues solo un programa, y no una mera suma de voluntades inconexas, impide que en la batalla político-cultural triunfen los intereses más retrógrados, y solo un partido de avanzada es capaz de realizar la síntesis necesaria entre las facciones ideológicas en pugna e incorporar a las masas a la actividad civil. Es decir, solo el vínculo orgánico de los intelectuales con un partido les permite “adiestrar la razón del pueblo” en los principios de la democracia y conquistar la hegemonía ideológica de la clase a la que se hayan unidos.<sup>590</sup>

El problema de la “literatura nacional” que Agosti había sistematizado por primera vez en su ensayo de 1948 “La expresión de los argentinos” vuelve a plantearse como un requerimiento imperioso de la revolución burguesa, aun cuando advierte que la discusión puede conducir por los peligrosos meandros del “nacionalismo cultural”. En su conferencia chilena, Agosti había adelantado algunos tópicos que pasarán a

---

<sup>589</sup> *Ibidem*, p. 122

<sup>590</sup> *Ibidem*, p. 32. La importancia de la cuestión del partido en el ensayo de Agosti ha sido señalado por Kohan, 2000, *op. cit.*, pp. 173-191

constituir un rasgo distintivo de su interpretación cultural, el más importante de ellos es la defensa del proceso inmigratorio como elemento constitutivo de la nacionalidad y, en consecuencia, como elemento fundamental en la construcción de una literatura nacional. En *Echeverría*, volverá sobre los mismos tópicos al precisar que el proceso de *desnacionalización* de la cultura que se inicia en el período de la Organización es una consecuencia de la falta de consumación de la revolución democrático-burguesa, puesto que la existencia de una literatura nacional es inseparable de ésta. En tanto la cultura, y más específicamente la instrucción escolar y la literatura, es un instrumento de la formación de la conciencia nacional, la deserción burguesa se manifestó en este terreno en un abandono del carácter militante que la Generación del '37 había elaborado como programa de política cultural. En el primer caso, porque la escuela dejó de ser instrumento de educación política de las masas en los principios revolucionarios para internarse en los moldes neutralistas del positivismo pedagógico, en el segundo porque los escritores adoptaron un aire de fuga de la realidad como reacción "aristocrática" frente al carácter plebeyo de la presencia gringa. Siguiendo el camino del regreso a una perimida vida campesina o el de la evasión y el gusto por lo exótico, la vida cultural argentina, reflexionaba, se había apartado de la realidad y, en consecuencia, renegado de su función primordial en la transformación de la conciencia colectiva del pueblo.

El nacionalismo telúrico y el cosmopolitismo modernista constituían de ese modo las formas del abandono del carácter "nacional-popular" que la generación romántica había impreso a la literatura argentina, puesto que al ofrecer una expresión literaria que fluctuaba entre las formas perimidas del gauchismo y las del formalismo europeizante, no podía conectarse con las masas populares y, consecuencia, era incapaz de cumplir ninguna función nacional. Para Agosti, la "traslación sudamericana" del romanticismo constituía un modelo en tanto había sido capaz de dar cuenta de lo real mediante la acentuación del color local y, al mismo tiempo, ofrecer una visión del porvenir como tendencia ideológica. En términos estéticos, la insurrección política de los románticos se tradujo en una forma de representación literaria que, fundamentada en la fórmula de Alberdi de la literatura como *expresión*

de las ideas revolucionarias, cumplía la tarea primordial de “socializar” la nueva cultura entre el pueblo. En los términos expresados por Gramsci en *Literatura y Vida Nacional*, para Agosti esta “voluntad contenidista” era el testimonio de una conciencia revolucionaria capaz de percibir el “valor material” de las ideas cuando se encarnan en la conciencia de las masas.<sup>591</sup> La consencuencia que deriva de este hecho es que la literatura es eficiente como instrumento de mudanza revolucionaria cuando adopta una forma de representación realista, es decir, cuando acentúa su función ideológica y comunicativa por sobre los aspectos formales, pues la originalidad de una literatura nacional radica en las ideas que transmite y no en las innovaciones técnicas.

El predominio de las ideas, cuando se manifiesta como voluntad revolucionaria, siempre desemboca en los esbozos de una concepción realista de la literatura, o en una combinación del realismo de la observación directa con el empuje de la pasión romántica que procura indicar el movimiento de la historia.<sup>592</sup>

En definitiva, la revolución interrumpida se manifestó en el orden cultural bajo la forma de un hiato entre la inteligencia y la realidad concreta del país porque la contrarrevolución inoculó los resabios de la Colonia en todos los órdenes de la vida nacional y obturó la dialéctica posible entre la teoría y la historia, es decir, el “realismo crítico” mediante el cual se desbrozan los obstáculos que impiden la inevitable universalización de los procesos de transformación social. La inteligencia argentina vivió el drama de estar unida a una clase incapaz de cumplir su función histórica y cayó presa de la hegemonía cultural de la oligarquía, abandonado su tradición militante y encaminándose hacia una creciente aristocratización. El problema de la función ideológica de los intelectuales en el contexto de una revolución burguesa que debía realizarse a pesar de la burguesía realmente existente, constituirá en adelante un punto nodal del análisis de Agosti, puesto que el progresivo distanciamiento con la tradición liberal lo conducirá a una reconsideración tanto del propio carácter de la revolución como de las formas de relación entre la cultura popular y el mundo letrado.

---

<sup>591</sup> Gramsci, 1961, pp. 98 y ss.

<sup>592</sup> *Ibidem*, p. 179.

## Años interesantes

En los años que medían entre la publicación del *Echeverría* y la de sus dos obras fundamentales, *Nación y Cultura* y *El Mito Liberal*, Agosti se asentó definitivamente en el espacio partidario como referente y responsable máximo del frente cultural. En capítulos anteriores hemos analizado algunos momentos cruciales de este periplo que lo posicionó a escala local y latinoamericana como director de *Cuadernos de Cultura*, fundador de la Casa de la Cultura Argentina y figura central de las organizaciones intelectuales de escala continental que el comunismo impulso en los años cincuenta al calor de la Guerra Fría. En 1953, viaja por primera vez a la URSS cumpliendo una estación insólitamente demorada para un dirigente de su calibre, y en el mismo trayecto visita China, lo que le producirá un enorme impacto, luego acrecentado por la nueva política cultural que el comunismo chino desarrolla después del XX Congreso del PCUS, en la que se alienta la diversidad de corrientes estéticas, artísticas y filosóficas así como la libertad de expresión y creación en un gesto de clara ruptura con el zhdanovismo que pocos años después será clausurado por la Revolución Cultural.<sup>593</sup>

En el mismo período, Agosti es dos veces candidato a diputado nacional y dos veces detenido, uno de estas en el marco de lo que se llamó Operación Cardenal, que llevó a la cárcel a buena parte de la dirigencia comunista en el mes de abril de 1957.<sup>594</sup> Pero también es una etapa de intensas lecturas, particularmente literarias, en los que va definiendo una serie de preocupaciones ligadas al lenguaje y a la literatura nacional. Por las páginas de su diario de lecturas pasan autores de los más variados y se producen algunos descubrimientos, como el del mexicano Juan Rulfo. Entre los escritores comunistas, rescata particularmente algunos jóvenes, como el poeta Juan

---

<sup>593</sup> El “arrebato de entusiasmo chino” que Agosti declaró en su informe sobre los intelectuales de 1956 (p. 31) también se hizo evidente en las páginas de *Cuadernos de Cultura*, publicación que siguió de cerca la nueva política cultural a través de la traducción de varios textos sobre el tema, incluyendo un dossier que bajo el título “¡Qué cien flores se abran de una vez!” reúne las principales intervenciones del debate sobre la literatura y el arte del período. Cfr. *Cuadernos de Cultura*, n° 33, diciembre de 1957.

<sup>594</sup> Entre los detenidos se contaban Samuel Schmerkin, Emilio Troise, Leónidas Barletta, Gregorio Aráoz Alfaro, Orestes y Rodolfo Ghioldi, Jorge Thenon y Osvaldo Pugliese. Agosti se refirió a este hecho en un artículo publicado en *Cuadernos de Cultura* bajo el título “Meditaciones desde el “París” (n° 29), en referencia al nombre del barco al que fueron trasladados los detenidos luego de un primer paso por la Penitenciaría Nacional.



Gelman y los novelistas Juan José Manauta y Roberto Hosne, así como a Enrique Wernicke, José Pedroni y la cuentística de Barletta y de Amaro Villanueva. Además, sigue atentamente algunos debates del comunismo internacional, particularmente los que en Francia tienen como protagonista a Jean-Paul Sartre. En abril de 1956, por ejemplo, reflexiona sobre un artículo del filósofo francés publicado en *Le Temps Modernes* en el que aquel afirmaba que los comunistas, a pesar de disponer de un instrumento inigualable como el marxismo, eran incapaces de crear obras que enriquecieran el pensamiento francés, ofreciendo a cambio un dogmatismo defensivo e inquisitorial.

Dejando aparte las exageraciones que puedan encontrarse en los juicios de Sartre, es evidentemente razonable su reclamación de obras en lugar de críticas. Eso nos cae de medida a los argentinos. Aquí debemos pasar de lo negativo a lo positivo. La historia económica de la Argentina la escribió el ingeniero Ortiz, que no pertenece al PC; la Historia de la ganadería argentina la escribió el ingeniero Giberti, que no pertenece al PC; el libro más eficaz sobre petróleo lo escribió el Dr. Silenzi di Stagni, que no pertenece al PC sino muy por el contrario. ¿Y nosotros? Nosotros entretanto criticamos los errores de esas obras, que sin duda los tienen, con una jactancia que no sé de dónde nos proviene, pues mientras ellos, bien o mal, hacen, nosotros nos limitamos a juzgar desde lo alto de nuestro Sinaí ideológico. ¿Qué hemos dado, entretanto, especialmente en los últimos tiempos, a la elaboración de los problemas argentinos?<sup>595</sup>

El amargo diagnóstico de Agosti se hacía extensivo hacia su propia labor intelectual, a la que juzgaba insuficiente en comparación con la productividad de algunos amigos cercanos, como Ezequiel Martínez Estrada. La contradicción permanente entre su gusto por la militancia política y su pasión por los libros, sumado a un estado de salud endeble, un carácter apático y retraído y una inestable situación económica que paleaba con su trabajo como traductor, periodista y profesor de escuelas secundarias, lo conducen a largas meditaciones sobre la imposibilidad de concretar lo que tempranamente considera “su” libro, *Nación y Cultura*, que le insumirá tres años de trabajo. El contexto político, además, era poco propicio para la concentración escritural. A partir de los sucesos de Hungría no solo debió asumir públicamente la defensa de la invasión soviética frente a la condena de los intelectuales liberales, sino

---

<sup>595</sup> Agosti, Héctor P., Diario personal inédito, p. 70-71. Archivo HPA/CeDInCI.

que también debió encargarse del frente interno, asumiendo el dictado de diversos cursos entre intelectuales y profesionales del partido con el objeto de “reforzar la lucha ideológica”.<sup>596</sup> En 1958 viaja a la Alemania Democrática para celebrar su décimo aniversario y visita la URSS por segunda vez. A partir este viaje estrecha contacto con el mundo cultural soviético, lo que se traduce en colaboraciones con revistas de Berlín, Praga y Moscú.<sup>597</sup> En las elecciones de 1958 que terminan con el triunfo electoral de Arturo Frondizi es candidato a diputado nacional. Ese mismo año, en vísperas del XII Congreso que debía realizarse en el mes de junio, corrieron rumores de que sería encumbrado en las “más altas posiciones” como producto de un movimiento de renovación interna que había forzado el apoyo del partido a la candidatura de Frondizi frente a la “posibilidad de extinguirse”.<sup>598</sup>

El Congreso nunca se realizó y fue postergado por cinco años, pero el triunfo electoral del candidato de la UCRI le parece a Agosti el inicio de un nuevo curso para la historia del país y, personalmente, la posibilidad de una proyección nunca experimentada:

Para nosotros, para quienes subimos a la hombridad en 1930, esto no deja de ser emocionante. Tiene alguna emoción saber que podrán forjarse planes sin temor de deshacerlos al día siguiente. ¡Planes sin temor! Toda mi vida se ha consumido realmente en esta incertidumbre (...) Pienso que pueden acercarse para nosotros momentos decisivos, si sabemos movernos con soltura en ese mar de contradicciones abierto en el país. Canitrot me decía anteayer: harán muchas cosas si han aprendido verdaderamente el 20º congreso, si no lo repiten simplemente como una composición escolar de sexto grado. ¿Lo hemos aprendido? A veces pienso que no. Veo aún dureza en los planteos, sectarismo, estrechez mental y pienso que esto ya no es simplemente una cosa teórica para nosotros. Es algo vital, nos va en ello nuestro mismo existir, pues ya vamos rondando los cincuenta años y no podemos estar equivocándonos nunca, sin llegar nunca, empezando siempre.<sup>599</sup>

---

<sup>596</sup> En su archivo se conserva el material de un cursillo sobre el problema del Estado, dictado en forma conjunta con Rodolfo Ghioldi y que se desarrolló a mediados de 1957. Archivo HPA/CeDInCI, Caja 2 Carpeta “Papeles personales”.

<sup>597</sup> Un detalle de los artículos producidos por Agosti entre 1928 y 1966 puede consultarse en su archivo personal bajo el título “Opera Omnia. Índice General”, Archivo HPA/CeDInCI.

<sup>598</sup> “¿Renovación comunista?, *Qué sucedió en siete días*, Buenos Aires, Año IV, n° 180, 6 de mayo de 1958. El contenido del artículo fue desmentido por la prensa comunista “Qué, maledicencia de poca monta”, *Nuestra Palabra*, 8 de mayo de 1958, p. 5.

<sup>599</sup> Diario personal inédito, pp. 222-223.

El entusiasmo dura demasiado poco. La “ignominiosa traición” de Frondizi cierra sombríamente el ciclo esperanzador que avizoraba Agosti en el mismo momento en que son publicados *Nación y Cultura* y el *Mito Liberal*. Desde entonces, con el partido nuevamente ilegalizado y perseguido, centra su atención en lo que David Viñas llamó la “generación traicionada” y sigue con atención en el nacimiento de formaciones de izquierda que crecen por fuera y contra el comunismo y el socialismo. En este sentido, en 1961 participa como responsable político del grupo comunista que desembarca en la revista *Che*, entre ellos Juan Carlos Portantiero e Isidoro Gilbert, publicación originalmente impulsada por jóvenes militantes del Partido Socialista Argentino que se propuso como un vehículo de articulación política entre el peronismo y las izquierdas desde una perspectiva revolucionaria y que adoptó un marcado tono cubanista y antiimperialista.<sup>600</sup>

Precisamente, la irrupción en el escenario latinoamericano de la Revolución Cubana suma un elemento novedoso a los reajustes moleculares que se estaban produciendo en el campo de las izquierdas, pues venía a cuestionar el núcleo mismo de las caracterizaciones comunistas sobre la revolución latinoamericana. Si bien el partido saludó desde un principio el movimiento que había derrocado al dictador Batista y expresó su solidaridad con el “heroico pueblo” cubano, mantuvo siempre, incluso más allá de 1961 cuando Cuba declaró su revolución como socialista y se cobijó en el marxismo leninismo, serias divergencias sobre la cuestión de la lucha armada. Sin embargo, el acercamiento de Cuba a la URSS supuso para los comunistas la posibilidad de apropiarse de una experiencia que despertaba el entusiasmo de amplios sectores progresistas y de izquierda, pues venía a confirmar que una

---

<sup>600</sup> El primer número de *Che* apareció en octubre de 1960 bajo la dirección de Pablo Giussani y con la participación de Franco Moggi (secretario de redacción), Alexis Latendorf, Julia Constenla, Hugo Gambini, Oscar Goutman, Enrique Hidalgo, Ricardo Monner Sans, Susana “Piri” Lugones, Carlos Barbé, David Viñas, Francisco Urondo, Alberto Ciria, Víctor Torres, entre otros. A partir del número 6 de febrero de 1961, y luego de una crisis financiera que obligó a un cese temporario de la publicación, el PCA comunista asumió la financiación y se integró al proyecto de la revista de la mano de Agosti. *Che* dejó de aparecer en noviembre de 1961 luego de 27 números publicados producto de las diferencias cada vez más acentuadas entre socialistas y comunistas. Para un análisis pormenorizado de la revista *Che* y en general de toda la experiencia de la nueva izquierda socialista es imprescindible el libro de Tortti, 2009.

revolución podía ser hecha sin comunistas pero, al menos, no podía mantenerse sin ellos. Tal vez por su afinidad juvenil por Mella y por Sandino y por los lazos de amistad que lo unían a intelectuales cubanos como Juan Marinello y Nicolás Guillén, Agosti celebró desde un principio el proceso cubano y escribió varios artículos elogiosos en *Cuadernos de Cultura*, donde lo definía como un modelo para los demás pueblos latinoamericanos y llamaba a los intelectuales argentinos a cumplir su función de esclarecimiento frente a los ataques que la isla recibía desde el frente occidental.<sup>601</sup> Pero además, el proceso cubano tenía para Agosti un valor testimonial en el terreno específico de la cultura, pues se trataba de una revolución que, finalmente, venía a demostrar que nacionalismo y marxismo podían fusionarse y que los intelectuales era capaces de jugar un papel primordial en la tarea de dotar al Estado de un programa que conjurara la democratización cultural y la dirección ideológica. Como ha señalado Rafael Rojas, el ingreso de los intelectuales comunistas al gobierno comandado por Fidel Castro demostró que, entre todos los grupos que formaron el amplio espectro de la oposición a Batista, eran los comunistas los únicos capaces de ofrecer un proyecto cultural, económico e ideológico consolidado. Por otro lado, comunistas de la primera generación como Marinello, Guillén, Alejo Carpentier y Regino Pedrozo leyeron la revolución como “el desenlace político del movimiento cultural vanguardista que ellos habían protagonizado tres décadas atrás”<sup>602</sup> y en no pocos casos coincidían con las preocupaciones de Agosti sobre la irreverencia de las nuevas generaciones.

He leído con la mayor atención lo que dices sobre esa actitud de gallarda irreverencia de los muchachos argentinos —le escribía Marinello en 1961. Lo que aquí es, naturalmente, más intenso, ya que fueron los jóvenes los que hicieron la revolución.<sup>603</sup>

Por último, la imagen de una revolución que “mimaba” a sus intelectuales y, al mismo tiempo, desterraba el analfabetismo en un país hasta ayer sumergido no podía sino entusiasmar a un hombre como Agosti, convencido de que ningún proceso de

---

<sup>601</sup> Agosti, Héctor P., “Nuestro deber hacia Cuba”, *Cuadernos de Cultura*, n° 49, setiembre-octubre de 1959, pp. 1-4.

<sup>602</sup> Rojas, 2006, p. 171.

<sup>603</sup> Carta de Juan Marinello a Héctor P. Agosti, La Habana, 25 de diciembre de 1961, Archivo HPA/CEFMA.

transformación social podría realizarse sin una reforma cultural que le otorgara principios y dirección.

### **Nación y cultura**

Existe una plena coincidencia en señalar que con *Nación y Cultura*, el trabajo ensayístico de Agosti toma un giro decidido hacia la tematización de lo nacional y la ruptura con la tradición liberal. Uno de los primeros en presentar esta interpretación fue Juan José Hernández Arregui, quien no sin sarcástica complacencia tipificó en la persona de Agosti la revisión que la “izquierda liberal” se había visto obligada a encarar frente a las presiones del pensamiento nacional y popular.<sup>604</sup> Para el autor de *La Formación de la conciencia nacional*, el libro de Agosti representaba un giro tan formidable que consideró necesario dedicar varias páginas de su libro a señalar los aspectos positivos de ideas “antes jamás sostenidas” pero cuya deuda con los escritores nacionalistas le resultaba evidente. Estas aseveraciones polémicas deben ser matizadas, pues si resulta claro que la obra de Agosti se inserta en un universo discursivo dominado por la temática nacional y los motivos imperialistas, lo es menos que los temas tratados en estos libros fueron completamente nuevos. Por el contrario, repiten varias de los tópicos clásicos de su ensayística: la ausencia de una revolución democrático-burguesa como núcleo dramático de la historia argentina, la reivindicación de la Generación del ‘37 y de su programa político-intelectual, la centralidad de la inmigración en la conformación de la cultura nacional, la valorización de las tradiciones culturales... *Nación y Cultura*, sin embargo, integra estas preocupaciones sobre algunos elementos novedosos que sugieren una línea de reflexión tanto más atenta a la cuestión nacional como a ciertas manifestaciones de la cultura popular hasta entonces apenas esbozada en su ensayística. Bajo el prisma de Gramsci, Agosti emprende un costoso intento por comprender ese mundo popular marcado por la presencia de una clase obrera que si en 1945 había apoyado a Perón ahora demostraba su lealtad resistiendo todos los intentos de desperonización con una

---

<sup>604</sup> Hernández Arregui, [1960] 1973, pp. 454 y ss.

notable conciencia de clase y capacidad organizativa.<sup>605</sup> En ese contexto, la tematización de los intelectuales también es objeto de un desplazamiento, pues la confianza en las elites liberales deja paso al señalamiento de la emergencia de una nueva elite, aún embrionaria pero palpable en diversos terrenos, particularmente en la literatura.

No se trata, como veremos, de un trabajo sistemático o de un cuerpo de ideas enteramente original respecto a los puntos ciegos que el comunismo argentino —y el marxismo en general— demostraba al momento de enfrentar el problema de lo popular por fuera de esquemas que, o bien reproducían las tradiciones iluministas y letradas o recaían en el populismo y el conservadurismo más obtuso. Particularmente confuso por el barroquismo propio de su estilo, el texto de Agosti también revela una práctica de escritura en la que conviven varios registros, desde el periodismo político al ensayo de ideas, desde el análisis con pretensiones sociológicas hasta el diario de viajes y la nota personal, haciendo particularmente difícil el trabajo interpretativo. En este contexto, nos detendremos en dos cuestiones conexas: el mayor espesor que le concede a la temática antiimperialista y el modo en que ésta se relaciona con sus reflexiones sobre el mundo popular.

Como ya hemos analizado en capítulos anteriores, si bien el antiimperialismo no era un tópico ajeno al discurso comunista ni a las prácticas comprometidas de sus intelectuales, a lo largo de la década del 50 el escenario de polarización propiciado por la Guerra Fría lo trajo de regreso al centro de la escena política y cultural latinoamericana. Activando una serie de ideas fuerza que en buena medida revivían los lineamientos generales del antiimperialismo de principios de siglo al mismo tiempo que los conectaban con las luchas anticolonialistas de los pueblos periféricos y la postulación de la URSS como baluarte de la paz, los comunistas organizaron una zona específica en el denso espacio que el antiimperialismo ocupó en las batallas políticas e ideológicas desde entonces. En el caso específico de la cultura, el antiimperialismo propició el establecimiento de estructuras intelectuales de carácter continental que,

---

<sup>605</sup> Sobre la formación de una sensibilidad e identidad peronista entre los trabajadores argentinos antes y después del derrocamiento de Perón en 1955 es fundamental el libro de Daniel James (2006).

varios años antes de que la cuestión del “imperialismo cultural” constituyera un tema por derecho propio, dieron forma a la idea de que el avance norteamericano sobre el subcontinente no era solo militar, sino que basaba buena parte de su eficacia en el establecimiento de un sistema de cooptación cultural particularmente exitoso en el ámbito de las artes y las ciencias sociales, así como en la promoción de productos y medios de comunicación que difundían los valores “decadentes” del *american way of life*. El antiimperialismo, además, dotó a los comunistas de una retórica común con sectores nacionalistas de izquierda al tiempo que los alejaba progresivamente del espacio liberal, identificado con los valores de Occidente en la condena al “totalitarismo” soviético. Polemista perspicaz, Hernández Arregui supo anotar el nuevo contexto cuando se propuso explicar las razones por las cuales Agosti había emprendido su crítica al liberalismo intelectual. “Esa misma intelectualidad liberal que ahora en la línea de Occidente determina por exigencias de las consignas mundiales, el ataque de Agosti al liberalismo”.<sup>606</sup>

¿Qué inflexión específica produce el tópico antiimperialista en el discurso de Agosti sobre la cultura nacional? Para Agosti, como ya analizamos, la crisis de la cultura argentina tenía dos dimensiones. La primera y fundamental era del orden material y consistía en la incongruencia entre el desarrollo de nuevas fuerzas productivas y la pervivencia de relaciones de producción atrasadas como consecuencia del fracaso de la burguesía en la consolidación de una nación moderna. Sin embargo, reflexiona ahora, lejos de estancarse, la sociedad argentina había evolucionado y nuevas fuerzas productivas habían crecido por la intervención del imperialismo, el que al mismo tiempo que deformaba las “líneas lógicas” del desarrollo nacional introducía relaciones capitalistas en ciertas zonas geográficas y productivas, dando lugar a la emergencia de un proletariado urbano altamente concentrado en la zona metropolitana.<sup>607</sup> El advenimiento del proletariado a la vida económica nacional constituía para Agosti un hecho de cultura insoslayable pues debía leerse en paralelo a

---

<sup>606</sup> Hernández Arregui, *op. cit.* p. 456

<sup>607</sup> Agosti, 1959, p. 10.

la existencia de una burguesía débil e incapaz que nunca logró imponer un programa cultural que rompiera con el imaginario pastoril de las elites oligárquicas. Esta situación era evidente en el fracaso total de la educación pública en todos sus niveles, pues al mismo tiempo que enormes masas de población se hallaban marginadas de la instrucción elemental o la poseían en un grado mínimo, los niveles medios y universitarios permanecían atados al viejo espíritu retórico e inhábil de la oligarquía, dando la espalda a los saberes técnicos y científicos requeridos para el desarrollo del país y excluyendo de la formación especializada incluso a sectores de las clases dominantes. La particularidad argentina, entonces, consistía en que la crisis cultural no era el resultado lógico de las limitaciones que una sociedad dividida en clases impone a la democratización cultural y el idealismo pedagógico, sino el producto de la pervivencia de instrumentos culturales (la escuela, la universidad, las diversas manifestaciones de la literatura y el arte) que respondían a formas sociales perimidas y que se manifestaban incapaces de dar respuesta a las necesidades de una sociedad profundamente modificada por la presencia del proletariado.<sup>608</sup>

Como consecuencia de esta característica estructural, la crisis de la cultura argentina poseía una dimensión ideológica que se manifestaba bajo la forma específica del divorcio entre las minorías intelectuales y el pueblo. En esta dimensión, el imperialismo jugaba un papel principal pues constituía un factor permanente de desnacionalización que reforzaba la dimisión burguesa de sus funciones nacionales y aumentaba el proceso de aristocratización de las elites intelectuales. Para Agosti, la “falsa conciencia” que caracterizaba el trabajo intelectual en el modo de producción capitalista se duplicaba bajo las condiciones de un país dependiente, porque así como le obstaculizaba al intelectual comprender que su trabajo en el mundo de las ideas era consecuencia de un sistema muy concreto de relaciones económicas, creaba los mecanismos para que creyera que los motivos del atraso nacional respondían a una incapacidad congénita para el gobierno propio.<sup>609</sup> Esta conciencia doblemente falsa —

---

<sup>608</sup> Estas ideas son desarrolladas en los apartados 3 “El desarrollo cultural-escolar” y 4 “¿Pueden servirnos las viejas formas?” de la segunda parte, *Ibidem*, pp. 94-116.

<sup>609</sup> *Ibidem*, p. 192. Agosti explica el problema de la “falsa conciencia” intelectual tomando como punto de partida la citada frase de Engels en su “Carta a Mehring” del 14 de julio de 1893: “La ideología es un



o doblemente alienada— requería de una inflexión nacionalista para que el intelectual pudiera religarse con el pueblo y asumir el papel organizador de la nueva cultura que ya se manifestaba entre las torsiones moribundas de la vieja estructura cultural.

A poco de andar, tales mecanismos condicionan una naturaleza ideológica adaptada a las necesidades de la dimisión nacional. La falsa conciencia duplica de esta manera la apostasía porque traslada al plano de la nacional lo que intrínsecamente venía desbaratándola en el abrupto territorio de lo social. Podría decirse que esas realidades disminuidas representan, lo queramos o no, nuestra cuota gentilicia intransferible, y si bien es cierto que a la historia no podemos recibirla con beneficio de inventario, no es menos cierto que el nacionalismo que aquí se reclama nada tiene que ver con la mención abundante de los símbolos o con la restauración cultural que quisiera cerrarse ante los avances del mundo social. Muchas de estas pregonadas restauraciones, por otra parte, se colocan en el nivel limitado de la evocación folclórica y si acaso censuran a los actores locales de la dimisión nacional, lo es más por la forma de los episodios culturales que por el contenido mismo de la sociedad donde tales episodios se originan (...) Porque quienes mantienen el deslumbramiento ante las potencias imperiales y los persistentes mitos de nuestra inferioridad, tanto como los que hablan a veces de restaurar una cultura en naftalina, conservan inalterada la condición del campo argentino y hablan acaso contra los inmigrantes, aunque nunca (o pocas veces) contra los barones de la banca extranjera. Las viejas estructuras siguen imponiéndoles sus marcas mentales.<sup>610</sup>

El imperialismo, además, impone una actitud distinta frente al problema del cosmopolitismo. Veamos. El divorcio entre las elites y el pueblo fue uno de los “tópicos compartidos” en torno de los cuales se articularon las divergencias de los discursos político-intelectuales que se propusieron indagar en el hecho peronista después de 1955.<sup>611</sup> Una de las posturas más exitosas, por su pregnancia social y longevidad, es la que asoció esa distancia con el elitismo y la manía extranjerizante de las minorías intelectuales argentinas, las que atadas a paradigmas y modas foráneas habían sido incapaces de comprender el fenómeno social del peronismo, cuyo carácter

---

proceso llevado a cabo por el llamado pensador, conscientemente, sin duda, pero con una falsa conciencia. Los motivos reales que lo impulsan le siguen siendo desconocidos, porque si así no fuera no habría absolutamente ningún proceso ideológico. Por eso imagina motivos falsos o aparentes. Como se trata de un proceso mental, el pensador extrae tanto su forma como su contenido del puro pensamiento, ya sea el suyo o el de sus predecesores”, en Marx y Engels, 1972, p. 423. La literatura sobre este es copioso, una síntesis sobre los sentidos del término en la obra de Marx y Engels puede consultarse en Williams, 2008, pp. 170-173.

<sup>610</sup> Agosti, 1956, *op.cit.*, pp. 192-193.

<sup>611</sup> Sarlo, 2001, *op. cit.*, p. 24

plebeyo por otra parte despreciaban. Nacida de las plumas nacionalistas y reapropiada por la izquierda también nacionalista, esta interpretación se unió con otra igualmente efectiva, aquella que incluía a los intelectuales en la condena política y moral que le correspondía a las clases medias, o “clases morales” según el lenguaje de la revista *Contorno*, dando lugar a una literatura de mortificación y expiación que alcanzó un enorme resonancia, particularmente entre las izquierdas.<sup>612</sup> Para Agosti, como ya vimos, la deserción de los intelectuales argentinos de sus funciones dirigentes y su progresivo encapsulamiento aristocratizante decía menos de los propios intelectuales que de las condiciones estructurales de una formación cultural dependiente. Por esta razón, el divorcio entre las minorías intelectuales y el pueblo era solo una dimensión, la ideológica, de una crisis de orden material que se expresaba en la falta de correspondencia entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las anacrónicas relaciones de producción que imponía la sobrevivencia feudal y la intromisión imperialista. El “esnobismo” de las elites cultivadas constituía, por lo tanto, tan solo un “reflejo bastardo” de este problema estructural. Aún así, aclaraba, era necesario considerar este “esnobismo” a la luz de la transformación que había sufrido el propio término cosmopolitismo, pues si en el momento de la lucha contra el feudalismo significó la necesidad de extender las ideas del progreso y fue sinónimo de la amplitud burguesa y del ensanchamiento ideológico del mundo, con el advenimiento del imperialismo pasó a constituir una forma de aniquilamiento de la individualidad nacional de los pueblos. Por esta razón, el vínculo con las ideas del mundo que en la Generación del ‘37 constituía la fórmula de una cultura con modalidades propias luego se transformó en un elemento desnacionalizador:

Los instrumentos que inicialmente celebraron la grandeza de la burguesía en ascenso resultan entre nosotros temibles boomerangs de una oligarquía dimitente (...) En la declinación nuestras fuentes culturales vino a introducirse, hacia fines de siglo, la fuga de la realidad concreta bajo los aparatos retóricos del cosmopolitismo. Esta tendencia culmina en nuestros días como fórmula de supeditación ideológica a

---

<sup>612</sup> Altamirano, 2011, *op. cit.*, p. 107

quienes desde afuera creen necesario manejar nuestro pensamiento para dominar nuestra economía.<sup>613</sup>

El “cosmopolitismo” como elemento central de la dimensión ideológico-cultural del imperialismo marcó, dice Agosti, la fuga de la realidad de las elites argentinas desde fines del siglo XIX, al mismo tiempo que un “cosmopolitismo físico” se instalaba en el país por la vía de la inmigración masiva. Por primera vez admite que la carencia de conexiones emocionales con la historia nacional de las primeras “oleadas gringas” pudo resultar una dificultad para el establecimiento de un sentimiento de pertenencia común, que en otros países latinoamericanos se articuló en torno al pasado indígena. Pero esta “desamericanización” fue tanto una penuria como una ventaja pues mediante la influencia recíproca entre gringos y criollos se conformó una nueva sociedad, ya totalmente integrada y, al mismo tiempo, completamente modificada por los usos y costumbres de los inmigrantes.<sup>614</sup> Esta nueva sociedad, afirma, había dado origen a una “nueva cultura” popular cuya manifestación artística más evidente era el sainete, género que debía ser considerado desde el punto de su arraigo social y no a partir de sus logros estéticos, pues se trataba de piezas en su gran mayoría situadas “por debajo del arte”.<sup>615</sup> Esta es la razón por la cual la crítica nacionalista, afirma, a pesar de que supo señalar con perspicacia el desfallecimiento nacional de los grupos liberales, no ofrecía una alternativa para la dirección cultural de la nación, pues se limita a oponer a los motivos de la dimisión burguesa los de un tradicionalismo que en el reverso es otra forma de la fuga de la realidad. Unos y otros desconocen el nuevo carácter nacional de los argentinos como consecuencia de la inmigración y las modificaciones económicas.

Una política de la cultura que se plantea fines nacionales y, por lo tanto, pretenda consustanciarse con el pueblo, debe partir de una caracterización correcta, dice Agosti, de las “clientelas culturales”, esto es, de “la masa sobre la cual se ejerce el ideal educativo y que se convierte, por ello mismo, en factor estabilizante de una tradición

---

<sup>613</sup> Agosti, 1956, *op. cit.*, pp. 52-53

<sup>614</sup> Agosti recupera, incluso citándolo, la tesis integracionista sobre el proceso inmigratorio expuesta por Gino Germani. Para un balance de las discusiones historiográficas en torno al paradigma integracionista y sus críticos consultar Sábato, 1990, pp. 350-366.

<sup>615</sup> *Ibidem*, p. 39

nacional de cultura”.<sup>616</sup> Si estas “clientelas culturales” se habían modificado en sus rasgos morfológicos a medida que se estructuraba la “sociedad aluvial”, en los años siguientes se habían desarrollado procesos no menos decisivos cuya consecuencia fundamental era la “nacionalización” de los sectores populares y, sobre todo, el mayor peso relativo de los trabajadores. En efecto, la composición orgánica de la clase obrera era más homogénea, explica, tanto por la disminución del número de los trabajadores extranjeros como por la mayor presencia del elemento campesino, vía las migraciones internas. Era, además, más compacta y concentrada desde el punto de vista urbano y del tipo de actividad económica. Este proletariado industrial definido con mayor nitidez en términos económicos y étnicos constituía la columna vertebral de una estructuración social modificada que se manifestaba culturalmente a través de nuevos contenidos y exigencias nacionales que replicaban en ese plano el antagonismo que se profundizaba en el orden social. Esta clase obrera nacionalizada estaba llamada a asumir las tareas nacionales que la burguesía había abandonado, aunque, concluye Agosti, en las nuevas condiciones del país y del mundo adoptara para ello una forma socialista y no necesariamente democrático-burguesa.

Las elites intelectuales argentinas se habían demostrado incapaces, en la opinión de Agosti, de interpretar esos cambios sociales y por eso eran impotentes frente al hecho fundamental de que las masas se habían incorporado de un modo definitivo a la vida política del país. En realidad, concluía, desde el punto de vista de su vocación nacional la burguesía argentina había sido incapaz de constituir su propio grupo de intelectuales y la dirección cultural había quedado en manos de sectores a-nacionales o directamente antinacionales como el grupo *Sur* o el suplemento del diario *La Nación*, cuya incapacidad para dirigir el proceso abierto por la incorporación política de las masas era notoria y se manifestaba bajo la forma de una crisis de hegemonía, evidente tanto en la caducidad de los elementos instrumentales de la cultura (como el arte y la literatura) como en sus elementos jurídicos y morales.

---

<sup>616</sup> *Ibidem*, p. 86.

La quiebra actual de las normas jurídicas tradicionales del país (y sus revueltas costumbres, como dicen los editorialistas serios) implica la exteriorización más visible, y al mismo tiempo más profunda, de la llamada crisis cultural, puesto que indica hasta qué punto los antiguos mecanismos del poder resultan ya inservibles para ordenar la opinión pública de manera homogénea.<sup>617</sup>

Esta crisis era producto de una profundización de las contradicciones de clase debido a la presencia de una clase obrera más homogénea y estructurada desde el punto de vista social y nacional y, por lo tanto, dispuesta a asumir las tareas nacionales que la burguesía no pudo ni quiso cumplir, desdeñando un papel histórico que ya no le pertenecía. El deslizamiento desde los motivos de la revolución democrático-burguesa hacia una revolución pensada en términos socialistas es evidente:

La paradoja del proceso argentino consiste en que las formas históricas de la civilización burguesa habrán de ser establecidas inicialmente por el proletariado al frente de la nación entera. Pero esta civilización burguesa no será la clásica que pudieron soñar los hombres de nuestra emancipación americana. Por la presencia activa de la clase obrera es ya una civilización burguesa a medias, prólogo de la civilización socialista. La comunidad de cultura no es ajena a esta divergencia ni a esta integración.<sup>618</sup>

En efecto, el hecho de que una nación se comprenda como una comunidad de cultura, concepto clásico que Agosti toma de Stalin, no significa que no existan en su interior contradicciones o, dicho de otro modo, culturas contradictorias que se relacionan dialécticamente en un proceso histórico complejo. Para llegar a esta oposición entre dos órdenes culturales Agosti ha debido primero establecer una concepción amplia de cultura, cercana a la antropología cultural. La cultura, afirma, no se reduce a las manifestaciones intelectuales en diversas áreas especializadas como el arte, la literatura o la filosofía, sino que expresa el conjunto de los bienes materiales y espirituales creados por la humanidad en el curso de su existencia, esto es, la historia de su práctica de trabajo. En este sentido, la cultura expresa el nivel de desarrollo y de conquistas técnicas alcanzadas por una sociedad en un determinado momento de su historia y constituye un patrimonio común de todo el pueblo nación.<sup>619</sup> Sin embargo, y a pesar de que no existe trabajo manual absolutamente privado de pensamiento, el

---

<sup>617</sup> *Ibidem*, p. 138.

<sup>618</sup> *Ibidem*, p. 131

<sup>619</sup> *Ibidem*, pp. 17 y ss.

trabajo intelectual cumple un papel jerárquico específico en la lucha contra la espontaneidad de la práctica social, que sin él sería dispersa, aleatoria y sin una dirección precisa, y por eso goza de un privilegio relativo frente a los hombres que mueven su mano según los planes que otros ejecutaron<sup>620</sup> Esto hace que la cultura sea un fenómeno complejo, pues si por un lado las conquistas técnicas pertenecen a todo el pueblo en calidad de realización histórica, las reflexiones teóricas en los dominios del arte, la filosofía o la religión revelan la existencia de contradicciones sociales, pues expresan ideológicamente el predominio de una clase sobre otra. Existen por lo tanto, como lo había advertido Lenin, en el seno de cada sociedad histórica culturas contradictorias o, si se prefiere, “los gérmenes de una nueva cultura que se desarrolla en el interior de la antigua”.<sup>621</sup> Considerada desde esta perspectiva la crisis de la cultura contemporánea consiste en la incongruencia creciente entre las “formas profundas” de la cultura y las “formas externas” de su comunicación, o dicho de otro modo, en la incapacidad del aparato ideológico dominante para satisfacer las nuevas exigencias sociales producto del acceso de las masas a vida política, hecho distintivo de la época. Este proceso, afirma, de carácter generalizado en el mundo capitalista, en las sociedades dependientes adopta formas particulares, pues se conecta con una formación nacional anómala, producto de la incapacidad de la burguesía para ascender a clase nacional e imponer las condiciones objetivas de la ruptura con el pasado feudal y de las presiones desnacionalizadoras del imperialismo. Por este motivo, en la situación histórica de los países latinoamericanos el antagonismo cultural debe armonizarse, aunque sea circunstancialmente, frente a las fuerzas extranacionales que pretenden impedir el surgimiento de una nueva conciencia nacional.<sup>622</sup> La dirección del proceso, sin embargo, ya no corresponde a la burguesía sino al proletariado, convertido en la más nacional de todas las clases.

Las masas, reflexiona Agosti, irrumpen en el escenario social de un modo turbulento, muchas veces adoptando formas políticas desconcertantes tanto para los intelectuales como para los hombres políticos, que se impacientan por el carácter lento y confuso el

---

<sup>620</sup> Cfr. Gramsci, 1960, pp. 14 y Gramsci, 1986, pp. 281 y ss.

<sup>621</sup> Cfr. Lenin, 1960, pp. 9-42.

<sup>622</sup> Agosti, 1956, *op. cit.*, p. 58

proceso.<sup>623</sup> Sin embargo, a pesar de que se expresen en formas rudimentarias y técnicamente defectuosas, las masas expresan un contenido nacional del que las elites intelectuales carecen, seducidas bajo los efluvios del cosmopolitismo. Frente a las presiones imperialistas que buscan ahondar la desnacionalización mediante la imposición de formas culturales degradadas, el pueblo, afirma Agosti, reacciona con mayor presteza que las clases cultas y esto explica su predilección por el folclore, cuya resurrección puede ser vituperable desde el punto de vista de la falsificación estética y los usos políticos que se le asignan, pero que indica un nuevo estado colectivo que es necesario integrar socialmente y rehabilitar estéticamente. Considerado desde el punto de vista de lo nacional, el pueblo establece un espacio de resistencia frente al imperialismo que revela la distancia que lo separa de las viejas elites intelectuales, siendo esta la particularidad que adoptan las contradicciones culturales en los países dependientes. Ahora bien, dado que el proletariado debe asumir las tareas nacionales dejadas vacantes por la burguesía, resulta necesario, para los fines de la hegemonía, una relativa unidad de contenidos entre las elites y las masas, cuya distinción se transforma en puramente técnica y no estética ni moral. Pero estas elites no son, o ya no pueden serlo, las fracciones liberales sobre las que hasta hace poco tiempo podían albergarse ciertas esperanzas, sino los nuevos intelectuales que emergían a la vida pública tan desprolijamente como las propias masas de las que provenían.

Mientras los viejos mandarines (cuya calidad no siempre es discutible en el terreno de la creación) se obstinan en permanecer como elite apartada de la intimidad del pueblo-nación, las nuevas elites surgen a veces desmañadamente, despreciadas con frecuencia a causa de la tumultuosidad que su propio origen denuncia.<sup>624</sup>

¿Quiénes conforman esta nueva elite? Agosti no se explaya sobre el tema, aunque menciona algunos nombres, entre ellos los intelectuales de *Contorno*. Tampoco abunda en un análisis más exhaustivo de las manifestaciones populares que rescata, más allá de indicar un reverdecimiento folclórico entre los sectores obreros urbanos. De todos modos, lo que resulta interesante es el nuevo punto de vista que adopta frente al problema de los intelectuales, a lo que ahora considera dentro de un complejo

---

<sup>623</sup> *Ibidem*, pp. 31-32.

<sup>624</sup> *Ibidem*, p. 147

cultural marcado por las modificaciones de la sensibilidad popular. El interés se desplaza desde las elites hacia la cultura comprendida en un sentido amplio y al mismo tiempo tensionado entre las determinaciones de clase que afloran más nítidamente y los intereses de la revolución democrática burguesa que obligan a una unificación en sentido nacional. El problema fundamental que se le presenta entonces es cómo conciliar dos órdenes de cultura que provienen desde el fondo del antagonismo social en una dirección capaz de asumir el problema de la nación como tarea inconclusa. Para Agosti, la crisis de la cultura argentina, comprendida en su forma ideológica como el divorcio entre los intelectuales y el pueblo, adquiere una nueva significación cuando se tratan de explicar las razones por las cuales el pueblo rechaza las formas de la alta cultura y prefiere, casi instintivamente, formas despreciadas y menores como el sainete, el tango o el folclore, donde ve reflejada su idiosincrasia más auténtica. Se trata de comprender este fenómeno evadiendo la explicación propia de las elites acerca de la “incultura” de las clases populares o de la minusvaloración de sus expresiones o preferencias artísticas, sino las causas que determinan la incomunicación entre el pueblo y los productos culturales estimados superiores. La respuesta no puede encontrarse únicamente en el extendido fenómeno, propio de las sociedades capitalistas, de la fragmentación creciente del mundo social sino en el específico proceso desnacionalizador que el carácter dependiente del país impuso al proceso cultural tanto en el orden material como espiritual.

El problema esencial reside entonces en esta nueva vida de los sentimientos populares, irrupción proveniente desde el fondo que empieza a ser ya la nota característica de la nueva condición argentina. Llega un instante en que el divorcio no puede prolongarse indefinidamente sin riesgo de convertirse en negligente deserción ante el hecho nacional, momentos en que la falsa conciencia dispone ya de todos los datos requeridos para su esclarecimiento, a tal punto que seguir arguyéndola en calidad de descargo aparece como pretexto despreciable. Y si es cierto que toda modificación en el contenido de la cultura importa resonantes modificaciones en la sociedad misma —lo que explica que el pueblo por instinto hay sido siempre “contenidista”— no es menos cierto también que nuevas formas vienen a recoger los datos indispensables para que el contenido renovado pueda circular fluidamente y a sus anchas. La voluntad “contenidista” del pueblo, si así puede llamársela, significa en los hechos un



ensanchamiento democrático porque implica la aspiración a una nueva cultura no siempre presentada en sus líneas más sagaces.<sup>625</sup>

La correcta percepción de esta situación es para Agosti un elemento fundamental de cualquier política cultural de carácter nacional, pues es precisamente la condición nacional la que debe dejar sin efecto la expresión “cultura popular” como espacio separado de las elaboraciones intelectuales. Una cultura nacional es, afirma, siempre popular y masiva, porque se funda en la comunidad de sentimientos entre el productor de cultura y el pueblo, lo que constituye la actitud opuesta al populismo, forma de “mistificación burguesa” de la cultura en la que recaen los defensores de una supuesta “cultura proletaria”, cuyo anatema es una constante en todas sus reflexiones. Una cultura nacional y popular no puede, por lo tanto, basarse en la inferiorización de la mentalidad del pueblo, al que se juzga incapaz de procesar otros productos que no fueran los hechos “para las masas”. Por el contrario, una cultura nacional auténtica se expresa siempre en formas novedosas, lo que tampoco significa que sea una creación *ex novo*, la otra cara del “proletkultismo”. Recuperando sus reflexiones sobre la herencia cultural, Agosti vuelve a rechazar cualquier ruptura radical con el pasado y sus tradiciones culturales, aunque ahora coloca el problema en el contexto de un mayor antagonismo en que las manifestaciones populares cobran un sentido del que carecían en sus trabajos anteriores, aunque sea al nivel de su sola enunciación. Si esta acentuación de las contradicciones lo separa de la identificación plena con la herencia de la cultura liberal, también marca un punto de distanciamiento con el llamado “nacionalismo burgués” que, afirma, proclama la comunidad de cultura como forma de enmascarar la dominación ideológica de las clases explotadoras y, al mismo tiempo, vuelve a tensionar el discurso entre el carácter democrático-burgués o bien tendencialmente socialista del proceso liberación nacional:

Si es cierto entonces que el pasado constituye nuestra conservación y nuestra revolución en la continuidad que nos corresponde como nación independiente, eso obliga a mirar el tema cultural como problema de estructura, hurgando más en el contenido intrínseco que en sus formas aparentes. Las modificaciones en el proceso histórico –derivadas principalmente del desarrollo imperialista y el fortalecimiento de

---

<sup>625</sup> *Ibidem*, p. 207.

las revoluciones proletarias— otorgan decididamente un nuevo carácter a lo nacional. Hace un siglo era la burguesía punto de arranque de lo nacional, ahora puede ser aliada eficaz en los países dependientes, pero la gravitación de lo nacional—popular se ha desplazado hacia nuevas formaciones sociales que determinan una fisonomía igualmente inédita para los componentes orgánicos de nuestra población. Ningún contenido nuevo de la cultura argentina podría prescindir de dicha circunstancia, a menos que quisiéramos prolongar nocivamente una relativa ahistoricidad, un estar fuera de la historia concreta y mensurable.<sup>626</sup>

La reconstrucción nacional debe entonces basarse, afirma Agosti, en las novedades que surgen del pueblo:

El hecho de que descartemos el populismo como elemento de mistificación burguesa no significa dejar de percibir que en el pueblo surgen elementos nuevos de la cultura que tratan de dar expresión animada a los nuevos contenidos de la sociedad. Lo nuevo no es solamente el hallazgo técnico, con todo el respeto que la indagación formal merece y alienta, sino el signo de renovación más íntima, expresiva de los sentimientos actuales del pueblo y de los caminos de su esperanza.<sup>627</sup>

El contenido “nacional” de esta nueva cultura es diferente del nacionalismo y por esta razón, afirma Agosti, resulta fundamental realizar distinciones. En la periodización que propone de la historia de las ideas argentinas el golpe de 1930 supone una fractura fundamental y perdurable, pues es en ese momento que la inteligencia argentina vuelve a aproximarse a los hechos de la nación como reacción frente al cosmopolitismo de las elites liberales y la sofocación imperialista. Una promoción de “ideólogos” nacionalistas emerge a la vida intelectual anunciando la quiebra del Estado liberal y las limitaciones del liberalismo vernáculo, pero arropado en un origen oligárquico, antiobrero y anticomunista que será su rasgo característico. A diferencia de la Generación del ‘37, a la cual desprecian, los nacionalistas del ‘30 optan por una explicación metafísica y telúrica de los problemas nacionales, punto en el que coinciden desde un liberal como Mallea hasta un nacionalista epigonal como Scalabrini Ortiz, pasando por Martínez Estrada hasta depositarse en Murena.<sup>628</sup> La telurización de la historia se instala como una nota de la “falsa conciencia” intelectual

---

<sup>626</sup> *Ibidem*, pp. 213-214.

<sup>627</sup> *Ibidem*, p. 214

<sup>628</sup> *Ibidem*, p. 260-261

que emerge con la crisis pero que adquiere para Agosti el valor de síntoma: es un anuncio de que los intelectuales abandonan el cosmopolitismo más exasperado y vuelven sus ojos a los problemas nacionales.

El nacionalismo argentino, entonces, tal como se conformó en la década del '30 tiene su parte de verdad cuando reacciona contra la “doble sofocación de la oligarquía y el imperialismo”, pero, tal como lo había anotado Juan José Hernández Arregui, su carácter de desprendimiento oligárquico determina la forma reaccionaria que adopta, muy diferente de los nacionalismos antiimperialistas de otros países latinoamericanos. Es su carácter antipopular lo que revela la “falsedad” del nacionalismo argentino y en esta matriz también se precisa la operación que encubre bajo la crítica al liberalismo una condena en bloque a la tradición revolucionaria y democrática. Tal como lo explicará extensamente en *El Mito Liberal*, la homologación entre democracia y liberalismo formaba parte de una lectura reaccionaria sobre el pasado argentino a la que los liberales se amoldaban para atribuirse la propiedad del progresismo.<sup>629</sup> Pero además, este “nacionalismo supuesto” alentaba las formas ideológicas de la desarticulación de lo popular bajo los esquemas binarios que oponían el campo a la ciudad, el gringo al criollo o, más precisamente, el mito de las “dos Argentinas”, dentro del cual se desarrollaba, incluso, un supuesto nacionalismo indigenista que alentado por las oligarquías provincianas llamaba la atención de intelectuales honrados, como ocurría en ciertos círculos de Santiago de Estero y Tucumán.<sup>630</sup>

Las cosas, sin embargo, habían cambiado, puesto que un nuevo pensamiento nacional se expresaba ahora bajo diversas manifestaciones, entre ellas la literatura,

---

<sup>629</sup> *Ibidem*, 275-176

<sup>630</sup> En el caso de Santiago del Estero todo indica que se refiere al grupo reunido en torno a la revista *Dimensión* que Agosti conocía tempranamente a través de Amílcar Santucho. En una carta de 1957 Santucho le explicaba que: “El grupo *Dimensión* tiene una composición sumamente heterogénea, ya que además de la gente a la que me refería anteriormente, lo integran algunos nacionalistas con orientación indigenista. Fruto de ello es que en su actividad se nota una acentuación de lo que llaman “auténtico americano” en contraposición con lo nacional influenciado por las corrientes inmigratorias europeas. Así se habla de la verdadera América que para muchos de ellos comienza desde esta zona hacia el norte de Latino América. Por supuesto que entre ellos existen numerosos matices, pero la tendencia puede conducirlos hacia una peligrosa diferenciación en lo Argentino del interior con lo del Litoral, no para su caracterización para una posterior compenetración sino para acentuar un aislamiento que debemos procurar extirpar”. Carta de Amílcar Santucho a Héctor P. Agosti, Santiago del Estero, 10 de octubre de 1957, p. 1, Archivo HPA/CeDInCI.

“sismógrafo” fundamental para evaluar las transformaciones de la conciencia nacional. Se asistía, afirma Agosti, a la conformación de un “nacionalismo literario” que se alejaba de las notas metafísicas de sus antecesores, si bien se desarrollaba bajo formas todavía confusas y contradictorias, expresando fundamentalmente dos actitudes frente al problema nacional que era necesario distinguir: el “nacionalismo burgués”, que se planta frente a las deserciones del cosmopolitismo y se conforma con una anotación epidérmica de lo nacional; y el “nacionalismo proletario”, que se inspira en la política de la clase obrera y es de carácter esencialmente antiimperialista, única forma en la que puede admitirse el nacionalismo “verdadero”. Lo nacional, entonces, que nunca es un dato estático sino un proceso complejo y contradictorio, significa tanto un apartamiento “del liberalismo, entendido como disgregación cosmopolita, y del nacionalismo, comprendido como ciega nostalgia de nuestro remoto origen hispánico”.<sup>631</sup> Esta fórmula se expresa culturalmente bajo un contenido “popular” tanto en la literatura como en otros sectores de la actividad intelectual, cuyo tono no está dado porque sea fácilmente comprensible (lo son, aclara, los comics y el radioteatro, que son claramente “antipopulares”) sino porque se vincula con las transformaciones estructurales que el país necesita, sin recaer en el paternalismo de los “protectores intelectuales”. La tarea intelectual por antonomasia es, por lo tanto, comprender los “aires nuevos” que recorren el país bajo la forma de un despertar del sentimiento nacional del pueblo, pues aún cuando este se exprese en formas “equívocas” representa los contenidos de una nueva cultura, anticipo abreviado de la nueva sociedad que solo será posible una vez removidos los anacronismos que impiden su desarrollo. La “revolución cultural” es, pues, inconcebible sin una revolución social que la fundamente y la impulse, lo que no significa postergar los hechos culturales en espera de los cambios políticos. Al fin y al cabo, el socialismo es una “anticipación” también en el territorio de la cultura, aunque no sea una anticipación del “pueblo en su conjunto”, sino de su “vanguardia social”.<sup>632</sup>

---

<sup>631</sup> Agosti, *op.cit.*, p. 284

<sup>632</sup> *Ibidem*, p. 288

### **El tercer frente: neoizquierda y neomarxismo**

Como ha señalado Guillermina Georgieff, con *Nación y Cultura* y *El Mito Liberal* Agosti ingresó en esa franja de intelectuales políticos que desde la década del '50 emprendieron desde el marxismo una indagación sobre la cuestión nacional que constituyó uno de los rasgos más salientes del campo intelectual de la época.<sup>633</sup> Sin embargo, a pesar los indudables rasgos innovadores que el análisis de Agosti aportaba a la crítica comunista e incluso no solamente a ésta, fue recibido con más indiferencia que celebración. Uno de las pocas críticas que se ocuparon seriamente de *Nación y Cultura*, la que publicó Francisco Solero desde las páginas de *La Nación*, concluía que detrás de la retórica gramsciana y a pesar de sus esfuerzos por complejizar el abordaje de los problemas culturales, Agosti seguía adherido a una matriz economicista que pensaba la cultura como un mero epifenómeno de las estructuras económicas.

Para su empresa de renovación teórica Agosti no podía contar con sus viejos amigos y camaradas, cuya deficiente formación teórica poco podía aportar a la definición de una línea teórico-política que les permitiera a los comunistas establecerse como un espacio diferenciado del campo cultural argentino. Por esta razón, se rodeó de las camadas más jóvenes y entre estas de aquellos que demostraban un marcado interés por ciertas zonas teóricas y disciplinares, como la historia y la literatura, que a sus ojos constituían vacancias explícitas para el marxismo comunista, como Juan Carlos Portantiero y los jóvenes cordobeses José María Aricó y Héctor Schmucler. Cuando sus dos libros más importantes salieron a la luz, sin embargo, la crisis que desembocaría en la expulsión de sus discípulos y en el cierre administrativo de todos los debates que se ampararon en la fisura teórica por él abierta ya estaba en curso. El desarrollo posterior de la Revolución Cubana, iniciada en la isla apenas dos meses antes, contribuyó a recortar el espacio de intelección que su programa aspiraba a cumplir en el seno del comunismo local, poniendo en entredicho el etapismo que estructuraba la política comunista desde hacía más de 30 años y colocando en el centro de la escena la posibilidad, en breve tiempo convertida en certeza, de que los cambios revolucionarios solo serían conquistados por la vía de las armas y la violencia. Mucho

---

<sup>633</sup> Georgieff, *op. cit.*, p. 13 y ss.

se ha escrito acerca del fabuloso reacomodamiento que produjo aquella “revolución intrusa”, como la definió José María Aricó desde las páginas de *Pasado y Presente*, entre la izquierda intelectual y progresista argentina y sobre el papel crucial que el modelo cubano jugó en la conformación de una nueva izquierda surgida de la ruptura con los partidos comunista y socialista. Lo que nos interesa evaluar ahora es el modo en que el comunismo intelectual gestionó teórica y políticamente el nacimiento de un sector de la izquierda que no solo ya no se referenciaba en el “partido de la clase obrera” para pensar su inserción en los procesos de cambio social sino que lo cuestionaba con una virulencia que al mismo tiempo que excedía los argumentos clásicos de la crítica trotskista y nacionalista se nutría de sus argumentos. Agosti fue el intelectual comunista que más atención prestó a este reacomodamiento del campo ideológico y político y el que mayor conciencia tenía acerca de la suerte que el partido podía correr si no era capaz de articular una respuesta que no fuera simplemente la denostación o la indiferencia.

Como parte de la batalla ideológica que se propuso librar, el autor de *Echeverría* organizó un número especial de *Cuadernos de Cultura* dedicado a lo que entonces recibía el nombre de neoizquierda y que poco tiempo antes había merecido un volumen compilado por Carlos Strasser en que se enjuiciaba en duros términos la actuación del PCA.<sup>634</sup> Bajo el título “¿Qué es la izquierda?” el número 50 de la revista cultural de los comunistas anunciaba su decisión de conmemorar el cuadragésimo aniversario de la Revolución Rusa asumiendo el desafío de confrontar el “marxismo viviente” que la URSS encarnaba con las distintas manifestaciones de esa neoizquierda cuya valoración del mundo socialista era dudosa cuando no directamente negativa.<sup>635</sup> El afán normativo que el título indicaba era explícito, pues de lo que se trataba era de clarificar aquello que se presentaba aún como una amalgama confusa cuyo único punto en común parecía ser la voluntad de aislar a los comunistas y, como

---

<sup>634</sup> Strasser, 1959. El libro incluyó las intervenciones de Silvio Frondizi, Rodolfo Ghioldi, A. M. Hurtado de Mendoza, Abel Alexis Latendorf, Nahuel Moreno, Rodolfo Puiggrós, Quebracho, Jorge Abelardo Ramos, Esteban Rey e Ismael Viñas.

<sup>635</sup> “¿Qué es la izquierda?”, *Cuadernos de Cultura*, n° 50, noviembre-diciembre de 1960, pp. 1-99. El dossier fue luego publicado bajo el mismo título en forma de libro por la editorial Documentos (AA.VV., 1961).

consecuencia lógica, negar la hegemonía del proletariado en el proceso histórico. Dentro de ese “conglomerado” de clase media urbana formado en buena medida por sectores intelectuales, como precisaba Ernesto Giudici en uno de los artículos, era necesario realizar distinciones, la más importante y general era aquella que separaba a los que “honradamente” pretendían reemplazar a una clase obrera escasamente educada de los que deliberadamente deformaban el marxismo para negarle al partido comunista su rol de vanguardia organizada de la clase. La intervención se proponía además, un segundo objetivo: discutir el “sectarismo” que llevaba a la nueva izquierda a juzgar a los sectores no proletarios como una masa reaccionaria que no podía cumplir ninguna función en los procesos de transformación social. Al guiarse por una “demarcación rígida” entre izquierdas y derechas los grupos de la nueva izquierda favorecían objetivamente a la derecha pues impedían la unidad de las fuerzas populares necesaria para el restablecimiento de las normas democráticas que era la tarea principal de la hora.<sup>636</sup> En definitiva, como lo desarrollarán los artículos de Giudici y Portantiero, lo que se pretendía defender era la caracterización comunista del proceso revolucionario como democrático-burgués frente a los que planteaban una definición directamente socialista.

De este número especial, cuya repercusión no solo alcanzó a las réplicas que cosechó desde la izquierda nacional y el grupo ligado a la revista *El Grillo de Papel*, sino que traspasó las fronteras nacionales y fue material de consulta y debate en otros partidos comunistas, como el uruguayo, participaron algunos comunistas consagrados, como Giudici, Samuel Schneider y el propio Agosti, y otros, más jóvenes, como Juan Carlos Portantiero y el médico devenido economista Mauricio Levedinsky.<sup>637</sup> Cada una de las intervenciones pretendía iluminar aspectos particulares del fenómeno neoizquierdista sobre la base de ciertos consensos: que se trataba de una expresión político-ideológica de las clases medias urbanas con una presencia importante de intelectuales, que en su

---

<sup>636</sup> *Ibidem*, p. 3

<sup>637</sup> El número de *Cuadernos de Cultura* fue respondido rápidamente por el grupo reunido en torno a Jorge Abelardo Ramos y el seminario *Política*, que le dedicó tres números entre febrero y marzo de 1961. Desde Montevideo, Hugo Rodríguez le escribe a Agosti ponderando el valor teórico-político del número en cuestión, puesto que, afirma, entre los jóvenes uruguayos la recepción de la revista *Política* era “fabulosa” y Ramos era prácticamente un “oráculo”. Carta de Hugo Rodríguez a Héctor P. Agosti, Montevideo, 30 de abril de 1961, Archivo Agosti/CEFMA.

mayor parte carecía de una organización político-partidaria, que se nutría de ciertas caracterizaciones de la izquierda nacionalista populista y del trotskismo, que tenía una inclinación a evaluar favorablemente la experiencia peronista, que era antiliberal y con acentos antiimperialistas y que, fundamentalmente, era crítica del Partido Comunista tanto en sus aspectos teóricos como políticos. A partir de este prisma las evaluaciones se revestían de matices.

Ernesto Giudici, por ejemplo, evaluaba la emergencia de esta nueva izquierda en el marco de la reconfiguraciones ideológicas de posguerra que desde la “derecha” se manifestaban bajo la forma de un neocapitalismo con acentos keynesianos y de una neosocialdemocracia de inspiración bernsteniana.<sup>638</sup> La “izquierda” de este proceso, que adoptaba para sí el calificativo de nueva, estaba constituida por desprendimientos de los partidos burgueses y socialistas. Ambas tendencias, sin embargo, tenían en común su oposición al marxismo y pretendían establecerse políticamente como una tercera posición entre el proletariado y la burguesía y filosóficamente como una mediación entre el materialismo y el idealismo. En este contexto, unos y otros evaluaban el papel de las clases medias a partir de una falsa antinomia: mientras neoliberales y socialistas reformistas hacían de la teorización del papel independiente de las clases medias el centro de su especialización para disimular su apoyo a la gran burguesía, los ultraizquierdistas acentuaban el hecho de su fatal proletarización para negarle cualquier papel en el cuadro de la política de aliados del proletariado. Unos por derecha y otros por izquierda niegan, concluye Giudici, la posición marxista—leninista de que el proletariado no puede conquistar el poder ni retenerlo sin el apoyo de las capas medias. Esta verdad general adquiriría particular significación en el caso de los países dependientes y sometidos al imperialismo, donde el rol de la burguesía nacional o de ciertos sectores de esta cumplía un papel primordial como aliada del proletariado en la lucha contra la clase terrateniente y el imperialismo. Por esta razón, una correcta evaluación marxista de la neoizquierda debía partir del modo en que estas definían teóricamente el problema de la revolución. Negando u obstaculizando el proceso de la revolución democrático burguesa, esto es, las leyes objetivas del

---

<sup>638</sup> Giudici, Ernesto, “Neocapitalismo, neosocialismo y neomarxismo”, en *op. cit.*, p. 9



progreso histórico y con ello el rol del Partido Comunista, estos grupos se colocaban en el campo de la contrarrevolución y debían ser considerados como elementos reaccionarios, si además se manifestaban en contra de la URRS, eran directamente fascistas. Bajo este prisma Giudici consideraba que la neoizquierda argentina era un desprendimiento de la intransigencia radical que se dividía entre los ideólogos frondicistas que se habían quedado en el gobierno para servir bajo una retórica izquierdista una política de ultraderecha, el “izquierdismo pequeñoburgués” de los frondicistas desilusionados y, por último, aquellos que provenientes de este último grupo aspiraban a mantenerse en el radicalismo desde una postura progresista y los que ya no querían ser radicales y pretendían crear una fuerza política para disputar a la clase obrera la hegemonía revolucionaria.<sup>639</sup> Estos últimos adoptaban precisamente el nombre de neoizquierda o izquierda nacional y se caracterizan por una política “reaccionaria” que combinaba la idealización del peronismo y un nacionalismo antiliberal que adoptaba los rasgos clásicos de la ideología clerical-fascista-falangista. Juan Carlos Portantiero se propuso como Giudici realizar una interpretación política del nacimiento de la nueva izquierda, pero en un tono diferente del prisma antifascista del autor de *Ideología de la traición y la entrega*. Para el joven Portantiero el neoizquierdismo debía ser definido como una actitud mental de las capas medias urbanas que desde los últimos años del peronismo había experimentado una mayor conciencia sobre los problemas nacionales como producto tanto de la crisis interna como de los cambios sociales acaecidos en América Latina.<sup>640</sup> Esta adhesión sentimental a la izquierda había sido absorbida, con excepción de los trotskistas, por el frondicismo, que representó una salida política para sectores medios desarrollados a partir del limitado desarrollo industrial (intelectuales, estudiantes, técnicos, pequeños o medianos industriales y comerciantes) que les permitía diferenciarse del peronismo así como del puro retorno a las condiciones previas a 1943. Dado que el frondicismo fue tanto causa como efecto de la existencia de estos sectores medios radicalizados, su fracaso no supuso el fin de la sentimentalidad neoizquierdista, la que se mantuvo

---

<sup>639</sup> *Ibidem*, p. 13 y ss.

<sup>640</sup> Portantiero, Juan Carlos “Algunas variantes de la neoizquierda argentina”, en *Ibidem*, p. 59.

motivaba por la experiencia cubana, a cuyo apoyo había acudido la URRS, demostrando que los procesos de liberación nacional podían mantenerse en el campo del socialismo real existente. La existencia de la neoizquierda, en definitiva, era un dato auspicioso cuyos elementos negativos debían ser deducidos de la ambigüedad que caracteriza el comportamiento político de los sectores medios y de su pretensión de conducir al proletariado. Así como en el frondicismo, la hipótesis de un grupo de intelectuales pequeñoburgueses conduciendo una masa obrera peronista disponible seducía a la pequeña burguesía neoizquierdista y les impedía definir su actitud política uniéndose al PCA.

Para Portantiero, la experiencia frondicista solo había demostrado que la pequeña burguesía no podía conducir la revolución democrático-burguesa, pero en modo alguno la caducidad de esta idea. Por esta razón, los ucristas buscaban nuevas ubicaciones en el mapa político a través del socialismo, el trotskismo y los partidos tradicionales como la democracia progresista, aunque en buena medida se mantenían como independientes. Dentro de esta mapa, Portantiero rescata la experiencia del “ala izquierda” del PSA, representado por la revista *Situación*, a la que observa con evidente interés aun cuando deba definirla en los términos de un peligroso eclecticismo entre el populismo peronizante y el trotskismo. Pero además, le dedica algunos párrafos elogiosos a John William Cooke, a quien considera el representante del más serio intento por elaborar una teoría revolucionaria para las masas peronistas y con quien se podía de hecho confluir, como había quedado demostrado con la experiencia del periódico *Soluciones*.<sup>641</sup> Para Portantiero, entonces, el mapa político de la nueva izquierda se expresaba en formas que estaban lejos de ser reaccionarias y podía incluir un peronismo que, como él mismo advertía, el propio Perón comenzaba a despreciar.

---

<sup>641</sup> *Ibidem*, p. 72. El semanario *Soluciones* populares para los problemas nacionales surgió del acercamiento entre el sector del peronismo combativo liderado por John William Cooke, algunos disidentes del frondicismo como Ismael Viñas y Ramón Alcalde y el PCA, en la persona de Héctor P. Agosti y Ernesto Giudici. La publicación propuso el voto en blanco en las elecciones de 1960 y abogó por la formación de un frente de izquierdas. La dirección estuvo en manos de Ismael Viñas y editó 24 números entre 1959 y 1960. Para un análisis de la experiencia consultar Tortti, 2009/2001, pp. 224-234.

La intervención de Agosti es interesante porque plantea el problema desde el punto de vista de sus fundamentos teóricos, advirtiendo no sin sagacidad que la neoizquierda adoptaba los rasgos de un neomarxismo que se nutría de fundamentos ajenos, cuando no contrarios, al marxismo—leninismo de corte soviético y que, por lo tanto, su “peligrosidad” iba más allá de la coyuntura política argentina.<sup>642</sup> Para Agosti, entonces, la emergencia de la nueva izquierda debía ser evaluada desde el punto de vista de la llamada “crisis del marxismo”, cuyo soporte intelectual era fundamentalmente el Sartre de *Cuestiones de Método*.<sup>643</sup> Tomando como punto de partida el mismo artículo de *Les Temps Modernes* que en su diario personal había comentado con actitud comprensiva, Agosti hace surgir de este razonamiento el carácter esencialmente anticomunista de la crítica al marxismo ortodoxo. Para Sartre, como para ciertos antiguos comunistas como Lefebvre, sería la incapacidad del marxismo comunista para crear nuevas interpretaciones y ahondar en problemas particulares del conocimiento lo que conduce a su caducidad y el punto desde donde surgen las proposiciones de un “marxismo verdadero”, en el que el existencialismo se encuentra con la fenomenología, el sociologismo weberiano, el abstractismo artístico y la dramaticidad psicoanalítica. Toda esta amalgama, señala Agosti, vendría a unirse en torno al “humanismo”, que desde el sartrismo se ofrecía a ocuparse de los hombres que el marxismo oficial había abandonado, advirtiendo así uno de los rasgos centrales de la cultura de la década del ‘60. El humanismo, afirma Oscar Terán, esto es, “la concepción moderna del sujeto como portador y árbitro de sus propios significados y sus prácticas” constituyó el punto teórico que permitió el pasaje hacia el marxismo de amplias zonas de la vida intelectual argentina, desde el existencialismo hasta el cristianismo.<sup>644</sup>

Para Agosti, el resultado de semejante operación era un marxismo psicologista e impregnado de eticidad —cuyos exponentes más logrados eran León Rozitchner y Noé Jitrik— que, sin embargo, tenía el mérito de constituir un avance frente al

---

<sup>642</sup> Agosti, Héctor P. “La ‘crisis’ del marxismo”, en *Ibidem*, pp. 45 y ss.

<sup>643</sup> Sobre la lectura de Sartre y la recepción del existencialismo en la nueva izquierda es imprescindible el trabajo de Terán, 1993, *op. cit.*

<sup>644</sup> Terán, *op. cit.*, p. 105.

individualismo y el ontologismo de las filosofías tradicionales.<sup>645</sup> La evolución de las filosofías de la existencia hacia el marxismo, afirma, venían a indicar tanto la muerte de la filosofía pura como la crisis del pensamiento burgués. En el contexto de la cultura argentina, estos rasgos eran asimismo celebrables pues indicaban una modificación de los modelos intelectuales clásicos de las elites dirigentes, que desde la derecha hasta el liberalismo habían demostrado una total ignorancia del marxismo. Estas nuevas manifestaciones de la cultura letrada tenían el mérito de conocer el marxismo, aunque desde una postura simplemente intelectualista. Para los neoizquierdistas era más determinante que la filosofía marxista se midiera con el existencialismo, el psicoanálisis y otras variantes de la “cotorrería intelectual”, que el hecho de que el marxismo militante hubiera construido un nuevo sistema de civilización. Se trataba, en fin, de una suerte de “marxismo de cátedra” redimido que operaba escindiendo el marxismo de su capacidad transformadora. Este era el origen del antileninismo de la nueva izquierda.

La teoría del partido de la clase obrera aparece suplantada por un socialismo humanitarista y por una búsqueda abstracta de la autoconciencia de ser. A veces se formula un programa (como, por ejemplo, en *El Grillo de Papel*): luchar contra la ortodoxia del Partido Comunista. A veces, también, se exalta unilateralmente a un Marx joven y humanista frente a un Marx de duras sociologías posteriores, y se manejan citas aisladas, a las cuales podrían oponérsele, fundamentalmente, otras muchas citas presentadas en su contexto. Ello implicaría, según dijimos, internarnos en el juego de la intelectualización de la filosofía, cuando lo fundamental es vivir la practicidad de la filosofía. La incompatibilidad entre la ideología burguesa y la ideología socialista es, en este terreno, irreductible.<sup>646</sup>

Para Agosti, en efecto, el neomarxismo era antileninista en muchos sentidos, desde el político hasta el filosófico, llegando al punto de que para muchos de sus integrantes, particularmente entre los “jóvenes sociólogos”, distanciarse de Lenin era una prueba de rigor intelectual. Por esta razón resultaba fundamental afirmar el carácter leninista del marxismo contemporáneo y, por lo tanto, de la teoría del partido. Esto suponía, además, combatir en el terreno filosófico los dos tesis fundamentales del humanismo

---

<sup>645</sup> Agosti, *op. cit.*, p. 47.

<sup>646</sup> *Ibidem*, pp. 56-57.

neoizquierdista: la crítica a la teoría del reflejo y el elevación de la noción de alienación como clave de la filosofía marxista y punto central de su desarrollo congruente. Ambas dimensiones estaban relacionadas puesto que la postulación de la revolución como un hecho de conciencia solo era válida si se aceptaba que esa conciencia debía ser introducida en el proletariado desde afuera y que esta tarea solo podía ser obra de intelectuales socialistas y revolucionarios que adquirían esas cualidades en el seno del partido de la clase obrera, es decir, del “intelectual colectivo” según la definición de Gramsci. Pero resultaba que la neoizquierda pretendía erigir su “marxismo abierto” no solo valiéndose del existencialismo y del psicoanálisis, sino que llegaba al punto de querer utilizar al mismo Gramsci como portavoz de la “flexibilidad marxista” frente al “marxismo ortodoxo”. Como veremos en el próximo capítulo, este era un movimiento que sus propios discípulos ya estaban realizando como consecuencia de la brecha abierta en el partido por el propio Agosti.

## Capítulo 7

### Gramsci y la nueva izquierda. Modificaciones morfológicas y momentos de una recepción intensa

---

*En nuestros esfuerzos por comprender y por vivir nos sostuvieron voces extranjeras:  
cada uno de nosotros frecuentó y amó la literatura de un pueblo, de una sociedad lejana,  
habló de ella, la tradujo y se hizo de ella una patria ideal.  
Todo esto en el lenguaje fascista se llamaba tendencia extranjerizante.  
Los más tibios nos acusaban de vanidad exhibicionista y de fatuo exotismo,  
los más austeros decían que nosotros buscábamos en los gustos y en los modelos de ultramar  
y de más allá de los Alpes, un desahogo para nuestra indisciplina sexual y social.  
Naturalmente no podían admitir que nosotros buscáramos en América, en Rusia,  
en China y quién sabe dónde, un calor humano que la Italia oficial no nos daba  
y menos aun que, simplemente, nos buscáramos a nosotros mismos.*

**Cesare Pavese, Retorno al hombre, 1945**

En los años posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, el Partido Comunista Italiano (PCI) y el Partido Comunista Francés (PCF), los más importantes de Occidente, experimentaron un crecimiento, una popularidad y un prestigio que pocos hubieran imaginado unos años antes, bajo la oscuridad del fascismo y la ocupación nazi. El hecho de que el “efecto Stalingrado” le devolviera a la Unión Soviética buena parte de la imagen que había perdido por el pacto con Alemania de 1939, sumado al aura de heroicidad, eficacia y entrega con que los comunistas legítimamente emergieron del período de la Resistencia, tuvo un efecto magnético sobre ambos partidos, del que los intelectuales no se sustrajeron. Por el contrario, muchos artistas, filósofos, periodistas, escritores y científicos se sumaron a las filas comunistas desde entonces, como afiliados, compañeros de ruta o simplemente simpatizantes. A diferencia de Francia, la historia del comunismo italiano luego de la derrota del fascismo constituye una página excepcional por el crecimiento y la influencia que

alcanzaría en la vida nacional de la península.<sup>647</sup> De la mano de Palmiro Togliatti, y bajo el amparo político-intelectual de Antonio Gramsci, el PCI no sólo se transformará en un partido de masas con notable influencia electoral e independencia respecto al centro moscovita, sino que ejercerá una hegemonía sobre la cultura italiana sin paralelo en el mundo occidental. La contribución de los intelectuales comunistas a la modernización y al reposicionamiento de Italia en Europa y el mundo fue perceptible desde el momento en que buena parte de los escritores y cineastas neorrealistas, uno de los movimientos artísticos fundamentales del siglo XX, eran comunistas o simpatizaban con el partido; y otro tanto ocurrió con los filósofos y teóricos marxistas. Mientras que en buena parte de los partidos comunistas de Occidente se debatía sobre el “realismo socialista” y los franceses otorgaban estatura epistemológica a la existencia de una “ciencia proletaria”, en Italia la cultura y la política se articulaban en el marco de un partido de masas poderoso y con el prestigio adicional de ser también un “partido de intelectuales”. Cuando el endurecimiento cultural de los años de la Guerra Fría y, sobre todo, el cisma de 1956 y la invasión soviética a Hungría, hicieron inevitable la diáspora, el partido dirigido por Togliatti iniciará un proceso de reconsideración de la experiencia estalinista y mediante la teorización del policentrismo continuará por décadas siendo el más fuerte y respetable partido comunista de Occidente. Independientemente de que en los hechos las relaciones entre política y cultura al interior del PCI hayan sido menos armoniosas y libres de condicionamientos de lo que esta imagen sugiere, lo que nos importa retener es, precisamente, el poder de atracción que esa representación irradió hacia el resto del mundo comunista.

Los estudios dedicados al nacimiento de la “nueva izquierda intelectual” se han ocupado de señalar la importancia que el ingreso de los textos gramscianos tuvo entre

---

<sup>647</sup> Para un panorama general del caso francés consultar Ory y Sirinelli (2007, *op. cit.*). Estudios específicos sobre este período son los de Verdes-Leroux (1983, *op. cit.*) y Matonti (2005, *op. cit.*), para un período posterior. Para el caso italiano un trabajo documentado es el de Nello Ajello (*op. cit.*). Para una panorámica de la izquierda italiana durante los años ‘60 desde el punto de vista de sus protagonistas consultar el trabajo colectivo *El marxismo italiano de los años sesenta y la formación teórico-política de las nuevas generaciones* (1977). Una interpretación reciente sobre el derrotero del comunismo italiano en Perry Anderson (2009).

algunas formaciones político-culturales del período, como fue el caso del grupo de jóvenes intelectuales cordobeses reunidos en torno a la revista *Pasado y Presente*. Sin embargo, han sido escasos los trabajos dedicados a reponer el impacto y la función que la cultura italiana de posguerra tuvo en el campo cultural argentino y que constituyó un verdadero suelo de posibilidad para la difusión de la obra de Gramsci en el país. En tanto fenómeno cultural, cronológicamente acotado pero intenso, la recepción de la literatura, el cine y la teoría marxista italiana alcanzó a amplios sectores del mundo cultural argentino, aunque se manifestó particularmente atractiva entre los jóvenes que hicieron su educación política durante la década peronista y que conformarían las nuevas promociones de escritores e intelectuales comunistas. Este capítulo tiene como primer objetivo recomponer algunos momentos de la recepción de la cultura italiana de posguerra en la Argentina durante la década de 1950 y parte de la década del 60.<sup>648</sup> Mediante el hilvanado de una trama de actores, instituciones culturales y publicaciones se buscará analizar el modo en que la experiencia de la izquierda comunista italiana impactó en los debates del comunismo local, introdujo un nuevo orden de problemas estéticos y políticos y articuló un espacio de contestación generacional. Aunque no se trató de un movimiento de contornos definidos, la cultura marxista italiana, incluyendo en ella al cine y la literatura neorrealista, fue apropiada por ciertos sectores juveniles del PCA como una vía de modernización e inclusión de nuevos repertorios estéticos y teóricos en los debates partidarios que contrapesaban y oxigenaban la estrategia partidaria antimodernización. No nos proponemos, entonces, realizar una exégesis de la traducción y/o recepción de determinadas obras o autores italianos en el contexto argentino, sino de identificar ciertos agentes, espacios de sociabilidad y debates intelectuales que se referenciaron en la estética neorrealista o en la tradición y los desarrollos del marxismo italiano para intervenir en el espacio público y partidario local.

---

<sup>648</sup> Por recepción entendemos el proceso mediante el cual, como ha explicado Horacio Tarcus, determinados grupos sociales se sienten interpelados por un cuerpo de artefactos culturales y teóricos elaborados en otro campo de producción, intentando adaptarlos a su propio campo. Cfr. Tarcus, 2007, p. 33.



Para la década del '50, el comunismo argentino ya había perdido la base obrera que supo cosechar antes de la llegada al gobierno de la república de Juan Domingo Perón. En efecto, el peronismo logró expropiarle a las izquierdas partidarias la adhesión de los trabajadores y constituyó desde entonces una identidad perdurable en el mundo popular. Aunque con vaivenes, el PCA permaneció atado a una caracterización en clave antifascista de la experiencia peronista, lo que en términos culturales se tradujo en la defensa de los valores democráticos y progresistas de la tradición liberal argentina, a la que se presentaba como amenazada por el clericalismo, el hispanismo y la reacción policial.<sup>649</sup> Como analizamos en el capítulo anterior, en este contexto algunos intelectuales comunistas, Héctor P. Agosti entre los más destacados, emprendieron un proceso de reconsideración de la herencia cultural argentina que buscó desprenderse de los aspectos más comprometidos y miméticos con la interpretación historiográfica liberal. Apelando a las categorías acuñadas por Gramsci para pensar el problema italiano, Agosti buscó explicar la “crisis cultural argentina” como el resultado de un doble condicionamiento: en el orden material, se trataba de la persistencia de una formación cultural “anómala” producto de las rémoras feudales y las presiones imperialistas; en el orden ideológico, del divorcio entre el pueblo y las minorías intelectuales. El ingreso de Gramsci al debate cultural del comunismo argentino fue uno de los más importantes y sistemáticos intentos de renovación que la acotada permisividad partidaria admitió y supuso, en el caso de Agosti, la posibilidad, aún embrionaria y contradictoria en sus resultados, de una cultura de izquierdas capaz de reflexionar sobre los fenómenos del mundo popular subalterno bajo esquemas menos reduccionistas y más sensibles a los conflictos de formaciones culturales no europeas. Pero cuando la obra de Gramsci fue utilizada para cuestionar a la dirigencia en el terreno político y supuso un cuestionamiento explícito del núcleo teórico sobre el que se asentaba el programa partidario, quedaron demostrados los límites estrechos en que aquella renovación era posible.

---

<sup>649</sup> Para un panorama general sobre la cultura en los años peronistas consultar los trabajos de Sigal (2002, pp. 481-521) y Fiorucci (2011).

La significación cultural de la revista *Pasado y Presente* en la cultura argentina de los años '60 ha sido señalada en varias oportunidades. Entre ellas, sin duda la más importante, es la interpretación que ofreció el propio José María Aricó en su artículo "Los gramscianos argentinos", publicado originalmente en 1987 en la revista *Punto de Vista* y luego integrado al libro *La Cola del Diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* (1988). Desde entonces, y bajo el prisma de lectura de quien fue uno de los más sagaces intelectuales de la izquierda marxista latinoamericana, cualquier estudio que se proponga iluminar algún aspecto de la revista o del grupo de intelectuales ligado a ella debe partir de su relación con los avatares latinoamericanos del pensamiento de Antonio Gramsci, incluso soslayando las advertencias que el propio Aricó no dejó de plantear sobre los alcances y riesgos de su empresa interpretativa. En los trabajos dedicados a analizar diversos aspectos de la relación entre política y cultura en la década del 60, *Pasado y Presente* es considerada una de las publicaciones más representativas la "nueva izquierda intelectual", denominación que designa al conjunto de grupos político-intelectuales que desde la caída del régimen peronista en 1955 ingresarán al debate público al margen o rompiendo con las estructuras de la izquierda socialista y comunista y en el marco de una crisis generalizada de todo el campo intelectual, particularmente del amplio espectro de la tradición liberal-progresista dominante hasta entonces. En la disputa de las elites culturales por la dirección del campo cultural que se abre en esos años,<sup>650</sup> la nueva izquierda intelectual se definirá políticamente por su adscripción a zonas ideológicas críticas o contestatarias<sup>651</sup> o progresistas y marxistas<sup>652</sup> y se caracterizará por privilegiar un modo de intervención pública a través de revistas y emprendimientos editoriales, si bien no faltaron quienes se incorporaron a organizaciones políticas o político-militares, particularmente desde fines de la década del '60. Es preciso señalar que esta zona del campo intelectual argentino se desarrolló en diálogo con un intenso proceso de modernización de la vida intelectual y universitaria. La consolidación institucional de las ciencias sociales y la renovación de campos disciplinares como la historia y la literatura contribuyeron a la

---

<sup>650</sup> Sarlo, 2001, p.

<sup>651</sup> Terán, 1993, op. cit, p. 11

<sup>652</sup> Sigal, 2002, op. cit., p. 97 y ss.

emergencia de nuevos perfiles intelectuales, nuevos modos de ejercicio de los “saberes expertos” y nuevas relaciones entre la “teoría moderna” y el marxismo que modificaron profundamente las relaciones entre cultura, política y conocimiento social.<sup>653</sup>

En la segunda parte de este capítulo nos proponemos analizar el proceso de constitución de la revista *Pasado y Presente* en la intersección de estos procesos de reconfiguración política y modernización cultural. No será nuestro propósito discutir la existencia de un grupo con mayor o menor grado de coherencia o continuidad, como tampoco detectar las diversas estaciones del espíritu gramsciano con el que la revista se identificó y respecto del cual se habrían producido desvíos o momentáneos y eclécticos encandilamientos, sino analizar la emergencia de *Pasado y Presente* como un grupo cultural con características distinguibles en el espacio intelectual argentino de principios de los años '60 en relación a dos dimensiones concomitantes.<sup>654</sup> En primer lugar, reconstruimos las distintas estaciones de lectura sobre la obra de Gramsci que ensayaron los futuros jóvenes pasadopresentistas, particularmente José María Aricó. A través de su vínculo epistolar con Agosti veremos el modo en que el autor de *Marx y América Latina* fue desgranando una lectura autónoma del pensador italiano que terminó por separarlo de quien consideraba una autoridad intelectual indiscutida. A este primer momento peninsular, marcado por la cercanía con Agosti y la apertura a nuevas lecturas y dimensiones teóricas, seguirá un segundo, donde el interés por la obra de Gramsci convivirá con la exploración de nuevas hipótesis teóricas-prácticas de la mano del “operaismo”. En segundo lugar, analizamos la ruptura del grupo pasadopresentista con el PCA poniendo entre paréntesis las razones estrictamente políticas (la crisis provocada por la emergencia de la cuestión peronista –que fue una crisis de todo el campo cultural–, del impacto de la Revolución Cubana y del cisma abierto en el comunismo internacional a partir del XX Congreso del PCUS)

---

<sup>653</sup> Sobre el proceso de modernización de las ciencias sociales y particularmente de la sociología ver Blanco (2006) y para un panorama general de la literatura y la crítica literaria los trabajos reunidos en la compilación de Cella (1999).

<sup>654</sup> Para un trabajo que aborda la experiencia de *Pasado y Presente* a partir de señalar la continuidad del espíritu gramsciano como factor de cohesión del grupo desde 1960 hasta la década del 80, remitimos al libro de Raúl Burgos (2004), por otra parte el trabajo más completo y documentado sobre la experiencia que nos ocupa.

para enfocarla en términos de un conflicto específicamente intelectual: el que se desarrolló entre las nuevas promociones intelectuales y las élites políticas que hasta ese momento detentaban el monopolio del saber marxista. Este conflicto, común a la mayoría de los partidos comunistas de Occidente, estuvo asociado al surgimiento de un nuevo tipo de intelectual profesional dentro del partido y de nuevos saberes, disciplinas y regiones teóricas en el marco de un proceso de modernización cultural que tuvo al marxismo como uno de sus ejes principales. En relación a esta modificación morfológica e intelectual serán consideradas las estrategias que la revista puso en juego al momento de legitimar el papel modernizador de la cultura marxista que se propuso cumplir y que constituye unos de los elementos centrales de su significación histórica. En el mismo sentido, reconstruiremos el entramado asociativo que la revista propició a través de sus páginas y el modo en que esa confluencia de itinerarios con una común vocación modernizadora y rupturista propició la incorporación de un nuevo orden de temas y problemas al debate intelectual argentino en el marco de la particular configuración cultural que propició la universidad reformista en el período postperonista y que tuvo en Córdoba un escenario fundamental.

### **Sur: una vía argentina a la literatura italiana**

En *Un destino sudamericano*, el crítico Alejandro Patat ha señalado que la reconstrucción histórica del circuito de difusión de la literatura italiana en la Argentina deber ser rastreada en tres revistas fundamentales: *Nosotros*, *Martín Fierro* y *Sur*, las que respectivamente signaron el arco que va desde “la concreción de un canon clásico de la literatura italiana –Carducci, Pascoli y D’Annunzio– , la irrupción en el ámbito argentino de los instrumentos de vanguardia italianos y europeos –Marinetti–, y la afirmación de modelos culturales modernos que gozaron de amplio prestigio desde la Segunda Guerra hasta nuestros días”.<sup>655</sup> Para este crítico, le habría correspondido a la revista dirigida por Victoria Ocampo el rol de promover un “redescubrimiento” de la literatura italiana que tuvo una fecha exacta: el número 225 dedicado a las letras italianas que fue publicado en diciembre de 1953. “Por fin –afirma Patat– la elite

---

<sup>655</sup> Patat (2004).

intelectual argentina, la que establecía gustos y modas, legitimaba a la cultura italiana contemporánea fuera del esquema clasicizante, trascendía el magisterio indiscutible de Dante y cerraba definitivamente la visión dual de las dos Italias”.<sup>656</sup>

Aunque este “redescubrimiento” no podría ser adjudicado únicamente a *Sur*, dado que para ese momento ya habían sido traducidos y editados más de quince títulos de autores neorrealistas y algunas revistas de vanguardia, como *Poesía Buenos Aires*, ya los habían incorporado a sus páginas, es innegable que la “constelación Sur” – a través de sus intelectuales-traductores y de editoriales como Emecé, Sudamericana y Santiago Rueda— cumplió un rol fundamental en la difusión de la cultura italiana de posguerra, la que aquel número vino a legitimar por la mano de la propia Victoria Ocampo.<sup>657</sup> En realidad, la centralidad que aun tenía la directora de *Sur* en el campo intelectual argentino, o al menos en la fracción liberal de éste, y el efecto legitimador que poseía la afirmación de sus gustos literarios, más que avalar la exclusividad de un descubrimiento indican el grado de “máxima inteligibilidad” que la cultura italiana alcanzó en la Argentina desde las postrimerías del gobierno peronista.<sup>658</sup>

La antología que *Sur* le dedicó a las letras peninsulares se enmarca dentro del proceso de actualización que la revista emprendió una vez finalizada la guerra, cuando pudo retomar su estrategia de apertura a las corrientes intelectuales europeas una vez superadas las dificultades de circulación impuestas por el conflicto bélico.<sup>659</sup> Luego de los números especiales consagrados a la literatura francesa e inglesa, le llegó el turno a los italianos mediante una selección que incluía una extensa muestra de las “república de las letras” peninsulares, incluyendo a Antonio Gramsci, algunas de cuyas “Cartas

---

<sup>656</sup> *Ibíd.*

<sup>657</sup> En su libro sobre la función de los traductores y las prácticas de traducción en la literatura argentina, Patricia Wilson ha denominado “Constelación Sur” al circuito de agentes ligados a la revista dirigida por Victoria Ocampo que participaron de un modo decisivo en las empresas de traducción de literatura extranjera en la Argentina. A partir de la categoría de “formación cultural” de Raymond Williams, Wilson demuestra el modo en que la traducción y sus prácticas vinculadas constituyeron un rasgo decisivo de la significación histórica de la experiencia de *Sur*. Cfr. Wilson, 2004.

<sup>658</sup> En efecto, el hecho de que Victoria Ocampo señalara que la literatura italiana representaba la expresión más alta de la cultura artística de posguerra debe servir para comprender el grado de legitimidad y prestigio de la que ésta gozaba. Legitimidad que bastaba para que su calidad artística fuera considerada independientemente de los compromisos ideológicos de sus productores.

<sup>659</sup> Cfr. King, 1990, p. 166.

de la cárcel” fueron traducidas por Hernán Mario Cueva.<sup>660</sup> La nota editorial de Victoria Ocampo que acompañaba la selección se organizaba en torno al tópico del “doble arraigamiento” (“con la tierra visible y con el aire invisible”, metaforizaba) mediante el cual en la producción italiana la *literatura de calidad* convivía con el *compromiso ético* del escritor. Impactada por la visión de “Ladrones de bicicletas”,<sup>661</sup> hacía notar por contraste que la predilección que tenían los escritores contemporáneos por describir “el infierno” en los que se hallaba inmerso el mundo moderno, les había hecho olvidar que una de las principales funciones del arte era transmitir los más altos y mejores sentimientos.

*Ladrones de bicicletas*, la obra maestra del cinematógrafo de estos últimos años, nos da subterráneamente el sentimiento del que hablo. Ese padre y ese niño que viven en un mundo estrecho, sórdido, inicuo —y que desearíamos instantáneamente modificar, aunque más no fuese que por ellos dos— rebosan algo que, extrañamente, se traduce por “Je sais que la joie existe”. No poseen ninguno de los halagos materiales de la vida. Sin embargo, la alegría —una alegría unida al dolor— no está ausente del film.<sup>662</sup>

Por otra parte, la experiencia italiana parecía ofrecerle a la autora de *De Francesca a Beatrice* una imagen alternativa frente a los modelos culturales dicotómicos que imponía la Guerra Fría. En la experiencia italiana, afirmaba, el compromiso del escritor podía desarrollarse sin caer en los facilismos impuestos por la necesidad de

---

<sup>660</sup> La antología incluía textos de Benedetto Croce, Guido Piovene, Antonio Gramsci, Giansiro Ferrata, Vincenzo Cardarelli, Geno Pampaloni, Sergio Solmi, Italo Svevo, Ricardo Baccheli, Aldo Palazzeschi, Enrico Pea, Corrado Alvaro, Emilio Cecchi, Giovanni Comisso, Emilio Gadda, Máximo Bontempelli, Cesare Pavese, Giuseppe Ungaretti, Eugenio Montale, Salvatore Quasimodo, Umberto Saba, Alfonso Gatto, Vittorio Sereni, Leonardo Sinisgalli, Sandro Penna, Alberto Moravia, Elio Vittorini, Ignacio Sileone, Vitaliano Brancati, Tommaso Landolfi, Attilio Dabini, Mario Soldati, Libero Bigiaretti, Dino Buzzati, Vasco Pratolini, Vito Pandolfi, Giulio Carlo Argan, Máximo Bontempelli y Beniamino Dal Fabro.

<sup>661</sup> Es posible que Ocampo haya visto esta película en su primera exhibición en Buenos Aires ese mismo año, en el marco de la “Semana del cine italiano”, ampliamente comentada en las publicaciones de la época. Aunque también pudo haberla visto en Italia. Para un crónica sobre este evento ver el artículo de Gerardo Roberto Montes en *Capricornio*, n° 3, noviembre-diciembre de 1953, pp. 42-47. Respecto a la película Ocampo afirmaba: “Lástima que no podamos agregar al número de *Sur*, para completarla, una exhibición de “Ladrones de bicicletas”, dedicada a nuestros suscriptores. Y ya que no lo podemos hacer sepan por lo menos De Sica y su fiel asociado Zavattini que ese hubiera sido nuestro deseo. Ellos han hecho por el cine italiano lo que los autores cuyos textos publicamos han hecho por la literatura italiana: colocarla en primera fila” (“A los lectores”, en *Sur*, n° 225, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 1953, p. 5)

<sup>662</sup> *Ibidem*, pp. 5-6.

satisfacer los gustos de un público de masas, criterio que juzgaba dominante tanto en los Estados Unidos como en la URSS y que amenazaba con apoderarse del mundo.

Quien cree en el best seller ya no cree en la literatura. Yo me obstino en creer en ella. El drama del escritor, del verdadero, en el mundo moderno, este mundo de Hiroshima y fútbol, no es un secreto para nadie que haya frecuentado a grandes, buenos escritores, fieles a las consignas de su arte y de su conciencia (doble desafío).<sup>663</sup>

Poco tiempo después, la antología de *Sur* tendrá repercusiones polémicas al interior del campo literario argentino, enfrentando al grupo surrealista con comunistas y nacionalistas. En el número 3 de *Letra y Línea* (1953-1954), el poeta Carlos Latorre publicó “Sur y la literatura italiana”, un breve texto en el que una vez puesto a salvo “el esfuerzo editorial y la dedicación responsable que esta selección supone”, arremetía contra la literatura italiana afirmando que, como la española, marchaba a la saga del pensamiento y la ficción de Europa y que no hacía sino vivir del recuerdo del Renacimiento.

La sociología convencional, la literatura de “opinión”, preferentemente política, el lirismo al uso, el hermetismo escapista, deformada herencia del simbolismo; la psicología elemental, la ausencia del espíritu innovador y de audacia verdaderamente revolucionaria, constituyen las limitaciones que, sumadas a las ya citadas anteriormente (realismo narrativo, servilismo hacia las viejas maneras, nostalgia de un antiguo esplendor ya remoto, cierta exuberancia estilística, patriotismo, etc.) descalifican a la poesía y la literatura italiana para figurar en el lugar privilegiado que todos deseamos para ella.

Si el espacio lo permitiera sería posible poner a salvo el mérito de algunas firmas que integran la selección (...), no bastan, sin embargo, para salvar una muestra que en su conjunto da el tono exacto de una literatura que está situada a apreciable distancia de toda peripecia actual y de toda lucidez salvadora.<sup>664</sup>

La respuesta a Latorre vino de la mano del periodista, escritor y traductor Osiris Troiani, quien publicó en las páginas de *Capricornio* (1953-1965), revista dirigida por el escritor y militante comunista Bernardo Kordon, una “Carta abierta” dirigida a Aldo Pellegrini, máximo referente del surrealismo rioplatense. Con un marcado tono de molestia, Troiani comienza acusando a los jóvenes surrealistas de confundir la

---

<sup>663</sup> *Ibidem*, p. 2

<sup>664</sup> “Sur y la literatura italiana”. En *Letra y Línea*, n° 3, Buenos Aires, diciembre/enero de 1954, p. 36

combatividad con el “pasquinismo literario”; para enseguida lamentar que “en una ciudad con un horrible obelisco y unos cementerios sin nobleza alguna” hubiera además que soportar un surrealismo a destiempo:

Latorre imagina a los italianos de hoy “nutridos del esteticismo de Croce, la grandilocuencia (sic) y el decadentismo de D’Annunzio”. No podía yo suponer en nuestro vehemente amigo tamaña afición al lugar común. Solo a un presuntuoso gacetillero podía ocurrírsele caracterizar la moderna literatura italiana con esos dos nombres que forman parte de la erudición de mi peluquero. En Italia han pasado ya por las tres fases póstumas de la gloria literaria: aversión (excesiva) de las nuevas generaciones, olvido (primero voluntario y después sinceramente indiferente); inserción objetiva en la historia de la literatura. Ya ni siquiera se reacciona contra esos nombres, que son nombres de calles y plazas. Las letras italianas de hoy se han rebelado contra Ungaretti y Moravia, que ya habían arreglado sus cuentas con Croce y D’Annunzio cuando nosotros nacimos. Las grandes sombras que estorban hoy a los jóvenes se llaman, en filosofía, Caraballese, Varisco, Banfi, Calogero; poetas como Luzi, Montale, Gatto, Penna; críticos como Serra, Cecchi, Apolonio, Bo. Que conocieron el surrealismo en su fase activa y no, como Latorre, el que hoy sobrevive penosamente”.<sup>665</sup>

Luego de una durísima crítica a los seguidores porteños de André Bretón, Troiani traza un diagnóstico que vuelve a oponer la profundidad de la conciencia poética de los autores italianos a las abyecciones de la cultura de masas que amenazaba dominar el escenario cultural argentino, pero esta vez en una clave antiimperialista y revolucionaria de la que la opinión de Victoria Ocampo carecía.

Va a inaugurarse la gran poesía, la que busca sus temas en la conciencia, en la vida moral del individuo, que cavila y se debate entre el bien y el mal, que azota a los fariseos en paz consigo mismos, que no consuela sino que atormenta. Ese tormento es necesario y es precioso: aquellos a quienes toque no se sumarán al abyecto hedonismo de masas que degrada a nuestra civilización y que, desde el norte cretinizado y frenético, amenaza también a nuestro país. Ya lo ve usted, nos hace falta no solo una revolución en nuestra poesía, sino también una poesía y una revolución.<sup>666</sup>

Aunque Ocampo, fiel al estilo de presentar a sus estrategias editoriales como producto de sus gustos personales, anunciaba que ella misma, en su último viaje Italia, se había ocupado de recopilar el material que ahora ofrecía a sus lectores (además de enfatizar

---

<sup>665</sup> “Epístola a los surrealistas”. En *Capricornio*, n° 5, Buenos Aires, 1954, p. 18

<sup>666</sup> *Ibíd.*, p. 23



el vínculo que desde entonces la unía con Moravia, Silone, Brancati, Piovene y Vittorini); menciona entre sus agradecimientos a su viejo amigo Attilio Dabini. En verdad, posiblemente fue este escritor y traductor italiano, exilado en la Argentina por obra del fascismo, a quien fundamentalmente se le debe la sistemática traducción de las obras más importantes de la literatura italiana de posguerra. Amigo personal de Elio Vittorini, en cuya prestigiosa revista *Il Politécnico* colaboraba desde Buenos Aires, Dabini fue periodista del diario *La Nación* e integró el equipo de *Sur* desde la década del 40. Escribió para *Realidad* y colaboró en numerosas revistas culturales y literarias.<sup>667</sup> Dictó clases en el Colegio Libre de Estudios Superiores y fue profesor de la Escuela de Cine Documental de Santa Fe, ciudad donde vivió algunos años.<sup>668</sup> Entre 1951 y 1969, tradujo cerca de 20 títulos de autores italianos, especialmente para Losada, cuya colección “Novelistas de nuestra época” (dirigida por Guillermo de Torre, primer secretario de redacción de *Sur*), tuvo en su catálogo, junto a Sartre, Camus y Faulkner, a Guido Piovene, Carlo Levi, Cesare Pavese, Elio Vittorini, Italo Calvino, Vasco Pratolini, Ignacio Silone y Antonio Moravia.<sup>669</sup>

Si bien nunca ingresó al PCA, Dabini estuvo estrechamente ligado a algunos de sus intelectuales, como Raúl Larra y Enrique Amorim, a quienes tradujo al italiano para la editorial romana Edizioni di Cultura Sociale. Su militancia antifascista, que lo arrojó fuera de su país hasta su muerte solitaria en un asilo de Buenos Aires a principios de la década del 80, sin duda influyó en su participación en distintos emprendimientos culturales impulsados por los comunistas, como el “Consejo Argentino de la Paz”. A partir de la publicación de un artículo sobre Cesare Pavese, Attilio Dabini tuvo una columna dedicada a la literatura italiana en la revista *Ficción* (1956-1971), dirigida por el novelista vasco Juan Goyanarte. Escritor, viajero, empresario y dueño de una

---

<sup>667</sup> La revista *Realidad* (1947-1949), dirigida por Francisco Romero, ocupó un lugar central en la difusión de las novedades filosóficas peninsulares, principalmente a través de la participación de exiliados antifascistas de la talla de Rodolfo Mondolfo y Renato Treves, quienes además tuvieron una destacada actuación en la cátedra universitaria. Una de las primeras noticias aparecidas en el país sobre la obra de Antonio Gramsci se publicó en esta revista por la pluma de Ernesto Sábato. Cfr. “Epistolario de Gramsci”, en *Realidad*, n° 6, noviembre-diciembre de 1947.

<sup>668</sup> Sobre la Escuela de Cine Documental de Santa Fe, sus primeros años y su deuda con el cine neorrealista italiano consultar los documentos y memorias reunidos en Birri, 2008.

<sup>669</sup> Dabini también realizó traducciones para Emecé, Losange, Santiago Rueda, Fabril Editora y Lautaro.

fortuna considerable, Goyanarte ingresó a *Sur* en 1951 como socio gerente, y cinco años después fundó *Ficción* y la editorial que llevaba su apellido, donde publicó principalmente a Pavese, bajo la traducción de Herman Mario Cueva.<sup>670</sup>

Dentro de mundo cultural comunista, fue sin duda la editorial Lautaro, con sus ediciones de las *Cuadernos de la Cárcel* de Antonio Gramsci, quien más contribuyó a la expansión de la cultura italiana en el mundo de las izquierdas. La labor que en esta empresa tuvo Héctor P. Agosti es ampliamente reconocida, así como también la excepcionalidad que Gramsci representaba para el mundo cultural comunista. En 1958, cuando se publica *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, la revista oficial *Nueva Era* (1949-1976) lo incluyó en un listado de libros publicados ese año por las editoriales comunistas (Cartago, Lautaro, Platina, Futuro, Ediciones infantiles “El barrilete”, Quetzal, Anteo y Ediciones Cultura), donde se puede apreciar la excepcionalidad que Gramsci representaba para la política editorial y la pedagogía militante del comunismo argentino.<sup>671</sup> Como indicación de esta singularidad, puede señalarse el hecho de que Gramsci haya sido editado por Lautaro y no, por ejemplo, por Cartago o Anteo, dedicadas específicamente a la difusión de pensadores marxistas clásicos y de la literatura oficial del partido.

Aunque dirigida por la militante comunista Sara Maglione de Jorge, Lautaro estuvo desde su fundación en 1942 vinculada a intelectuales ajenos al aparato partidario (Manuel Sadosky, Gregorio Weinberg, Adolfo Dorfman y Pedro Henríquez Ureña,

---

<sup>670</sup> Dentro de la más de veinte editoriales que se dedicaron a la traducción y edición de literatura italiana contemporánea, puede mencionarse a Compañía Fabril Editora, dueña de un extenso catálogo que incluía estudios históricos, narrativa, poesía, literatura infantil y psicología, y que entre 1961 y 1962 publicó obras del cineasta y escritor Pier Paolo Pasolini, de Italo Calvino, del poeta Giuseppe Ungaretti y de Natalia Guinzburg. Santiago Rueda, editorial que tradujo profusamente a los autores del realismo social norteamericano, también incluyó en su catálogo a escritores italianos explícitamente identificados con aquella influencia: Elio Vittorini e Italo Svevo. Otra editorial que tradujo y editó a autores como Pavese y Vasco Pratolini, y que también le dedicó especial interés a la literatura norteamericana fue Siglo Veinte.

<sup>671</sup> En 1958 el conjunto de las editoriales comunistas editó 111 libros. De este total, 24 fueron publicados por Anteo, dedicada a la literatura oficial del partido escrita por los dirigentes. Del resto de los títulos, casi un 40% lo ocupaba la literatura soviética (autores marxistas y de temas científicos e históricos). La editorial Futuro, un emprendimiento del escritor y ensayista Raúl Larra, publicó autores argentinos y latinoamericanos, del mismo modo que lo hizo Lautaro, editorial que además de Gramsci ese año publicó *Squarcio*, de Franco Solinas (guión de la primera película de Gilo Pontecorvo “La gran calle azul”, de 1957) y *Las soldadescas*, del escritor y guionista Ugo Pirro.

estuvieron al frente de las primeras colecciones)<sup>672</sup> y, aun conservando una afinidad al universo de la lectura militante y de divulgación político-pedagógica, publicó textos poco probables para el catálogo de las editoriales oficiales. Hacia fines de los '60, Sara Jorge abandonará también el PCA, en disidencia con la línea oficial sobre la que ya en 1956, a propósito de la invasión soviética a Hungría, albergaba inquietudes.<sup>673</sup> Lautaro fue la única editorial ligada al mundo comunista que, además de Gramsci, publicó autores italianos de la posguerra, como Italo Calvino y Alcides Cervi, ambos traducidos por Dabini. Sin embargo, uno de sus más importantes aportes en el terreno de la literatura fue la publicación, en 1957, de *El oficio del poeta* de Cesare Pavese –verdadero “livre de chevet”, en palabras de José María Aricó, de toda una generación de escritores argentinos–<sup>674</sup>, traducido por los poetas Rodolfo Alonso y Hugo Gola; y luego su poesía completa bajo el título *Trabajar casa/Vendrá la muerte y tendrá tus ojos*, publicada en 1961 con traducción y notas de Alonso y un prólogo de Marcelo Ravoni. Si se tiene en cuenta este dato y que su principal órgano cultural, *Cuadernos de Cultura*, a pesar de los esfuerzos modernizadores de Agosti, mantuvo su preferencia por la literatura soviética y de autores comunistas franceses, puede comprenderse mejor el clima en que se desarrollaron los debates culturales durante el período de la llamada “desestalinización”. Si a esto se agrega que, debido en parte a las vetas tangenciales que debían tomar las discusiones políticas, las nuevas promociones iniciaron sus críticas precisamente desde el campo del arte y la literatura, la omisión resulta todavía más significativa.

---

<sup>672</sup> Sadosky y su mujer, Cora Ratto, fueron expulsados del PCA en 1946.

<sup>673</sup> Sara Jorge se topa con los sucesos de Hungría estando en Roma, donde frecuentaba el atelier del pintor expresionista y cultor el arte social Renato Guttuso. Allí conoce a Carlo Levi y Antonio Moravia. En una carta dirigida (aparentemente a sus hijos) da su impresión sobre el clima rupturista que domina a los intelectuales italianos: “Como podrán imaginar no se habló de literatura ni de pintura; el tema era uno solo y era emocionante ver a estos hombres, el estado de sensibilidad llevado al extremo, el propio Guttuso, deshecho como una criatura. Hay que recordar que son artistas y por qué no decirlo... italianos”; citado en Clementi, 2004, p. 119.

<sup>674</sup> El escritor Guillermo Saccomano afirmaba hace un tiempo a propósito de la edición de un libro de Pavese: “Una conexión que se impone al volver sobre Pavese es su influencia considerable en nuestra literatura de los sesenta. En las traducciones de su narrativa por Attilio Dabini y Osiris Troiani y de su poesía por Marcelo Ravoni, la impronta pavesiana constituyó una lente para enfocar, además de un país, el modo de buscar una voz y una identidad nacional (“El oficio y el juego”. En *Página/12*, Buenos Aires, 25 de mayo de 2003).

## **Fascismo, peronismo y el problema de las generaciones**

Uno de los episodios más conocidos de la recepción de la cultura de izquierdas italiana en el campo intelectual argentino es el ingreso temprano y difusión de la obra del filósofo Antonio Gramsci, gracias a la labor de traducción de los *Cuadernos de la Cárcel* que impulsó Héctor P. Agosti. Al frente de la revista *Cuadernos de Cultura*, Agosti emprendió a principios de los años 50 un trabajo de organización y renovación del espacio cultural comunista que, sobre la estela interpretativa de Gramsci, aglutinó en torno suyo a los más brillantes jóvenes de la nueva generación: Juan Carlos Portantiero (1934-2007), José María Aricó (1931-1991), Héctor Schmucler (1931), Oscar del Barco (1928) y Raúl Sciarreta (1922-1999). Como lo había hecho Aníbal Ponce veinte años antes, Agosti encontró en los jóvenes a sus interlocutores e incluso a sus discípulos, pero cuando en 1963, algunos de ellos editaron en la ciudad de Córdoba la revista *Pasado y Presente* y fueron expulsados del partido bajo sospechas fraccionalistas, el autor de *Nación y Cultura* permaneció fiel a la organización a la que le había dedicado buena parte de su vida.

Pueden aventurarse varias razones por las cuales Agosti decidió romper todo vínculo con los jóvenes que había formado y alentado, y en quienes cifraba la única posibilidad de un relevo y, por extensión, de la supervivencia del partido. Una de ellas, de orden personal, tal vez sea que para alguien que ya había superado los cincuenta años de edad, la posibilidad de ruptura con una identidad política marcada por los renunciamientos personales, la cárcel y el repliegue en una estructura partidaria contenedora y eficaz, haya vuelto difícil la posibilidad de vislumbrar una vida fuera de ese mundo, sometida a esa suerte de “muerte civil” que se les tenía reservada a los réprobos. Una segunda razón, de orden político-intelectual, es que Agosti desplegó una apertura teórica que nunca se desgajó de ciertos núcleos vitales del marxismo-leninismo soviético ni de la tradición antifascista local, poniendo un muro de contención tanto a una revisión del patrimonio marxista que necesariamente llevaba a cuestionamientos teóricos de consecuencias políticas evidentes como a una reconsideración del peronismo que comprometía la propia identidad partidaria. Por último, enfocada la cuestión en términos culturales más amplios, la actitud de Agosti

puede enmarcarse en las dificultades y los desencuentros que una importante porción de los intelectuales experimentó frente a las nuevas promociones que ingresaban a la vida intelectual argentina dotadas de un conjunto de saberes, prácticas y sensibilidades políticas cada vez más críticas de la visión liberal y universalista de la cultura que predominaba en las elites argentinas.<sup>675</sup>

La crisis ideológica y cultural que se abrió en el campo cultural argentino luego del derrocamiento del peronismo adoptó la forma de una ruptura generacional que atravesó transversalmente diferentes identidades políticas. La cuestión generacional fue largamente evocada en la década del '50 para explicar el surgimiento de una promoción de jóvenes escritores, ensayistas y críticos que se pusieron a la cabeza de un proceso de revisión crítica de la cultura argentina. Esta generación de “parricidas”, como las denominó el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, se conformó en torno a un campo de revistas culturales y literarias que se propusieron con tono severo iniciar una indagación sobre la “realidad nacional” en cuyo centro se colocó la experiencia peronista, pero también la renovación de las herramientas críticas y las formulaciones estéticas.<sup>676</sup> Publicaciones como *Contorno* (1954-1959), *Ciudad* (1955-1956), *Ventana de Buenos Aires* (1952-1956), *Poesía Buenos Aires* (1950-1960) y la universitaria *Centro* (1951-1959), entre las más destacadas, aglutinaron a un grupo de jóvenes especialmente talentosos y dispuestos a “ajustar cuentas” con las elites que habían tomado bajo su dirección la vida cultural argentina, entonces abocadas a la defensa de las libertades individuales amenazadas por esa versión criolla del fascismo como con gran consenso se entendía al peronismo.

---

<sup>675</sup> John King ha señalado la dificultad que el grupo editor de la revista *Sur* tuvo para incorporar las nuevas tendencias intelectuales: “no podía alterar su tono para adaptarse a condiciones nuevas”, *op. cit.*, p. 166. Sea que se la analice desde el punto de vista generacional o, bien, como la disputa entre una emergente elite intelectual y una dirigencia política cristalizada, esta situación se repitió en la mayor parte de los partidos comunistas occidentales, con las particularidades de cada caso nacional.

<sup>676</sup> Afirmaba Rodríguez Monegal: “1945. Ese año es el año clave, el que marca la separación de los jóvenes. Unos se van a encerrar en sí mismos, a cultivar su jardín, cada vez más desinteresados de la realidad circundante; van a viajar a Europa, van a medir endecasílabos, van a repetir las fórmulas aparentemente escapistas de Borges. Otros se van a hundir en la realidad, van a recorrer su contorno, van a querer llegar a la raíz” (1956, p. 90). Publicado originalmente en el semanario *Marcha* de Montevideo.

En este contexto, y con la certeza de que ese movimiento político-cultural se realizaba al margen del partido, la revista oficial del PCA publicó en 1954 un extenso ensayo del escritor, militante antifascista y dirigente comunista italiano Fabrizio Onofri, quien apenas dos años después sería expulsado del PCI acusado de revisionista. “Examen de conciencia de un comunista” ocupó cuatro números de *Cuadernos de Cultura*, un espacio inédito que no le fue concedido a ningún otro autor o tema.<sup>677</sup> La publicación de un artículo que comenzaba planteando la emergencia de una nueva generación de intelectuales italianos educados en la resistencia al fascismo, era oportuna en un sentido explícito: permitía explicar el problema generacional asociándolo a las condiciones excepcionales impuestos a la política y la cultura por una situación fascista. Cerrada la experiencia fascista –léase peronista–, el discurso generacional debía disolverse en la lucha de clases y retomar su lugar en la militancia comunista.

En un tono autobiográfico, el texto de Onofri se proponía analizar el proceso de formación de grupos de jóvenes intelectuales durante la lucha clandestina contra el fascismo. Esos jóvenes que para 1949 constituían la gran masa del partido, afirmaba, habían tenido una formación intelectual e ideológica muy diferente a la de los “viejos compañeros”, quienes pudieron templar su formación cultural al calor de una vida civil activa y visible, con una clase obrera organizada, un Partido Socialista que organizaba la vanguardia, una literatura socialista abundante que circulaba libremente. En cambio, una vez que el fascismo destruyó el espacio político y militante, a las generaciones posteriores solo les quedó la cultura como lugar de resistencia, la vocación literaria como único camino para acercarse a la vida.

De hecho, en aquel período, para los jóvenes de corazón ardiente, que advertían la capa de plomo con la que el fascismo encerraba toda posibilidad de vida, los libros y el arte eran las únicas actividades en las cuales se podía canalizar aquella carga de Sturm und Drang y de desenfreno, de innovación y de protesta que cada nueva generación trae consigo al asomarse al proscenio (...). Los jóvenes intelectuales

---

<sup>677</sup> El ensayo fue publicado en los números 14 (enero de 1954, pp. 81-90), 15 (mayo de 1954, pp. 64-73), 16 (junio de 1954, pp. 33-39) y 17 (agosto de 1954, pp. 94-111). Reproducía capítulos sustanciales de *Esame di coscienza di un comunista*, publicado en Milán 1949 con prólogo de Gian Carlo Pajetta.

aspiran siempre, inconscientemente, a hacerse elementos dirigentes en la sociedad en la cual viven. La única vía que se nos ofrecía (...) era entonces el camino de los libros, la vía de la cultura<sup>678</sup>

Ese “antifascismo literario”, continúa Onofri, era muy vago. Un antifascismo de café y de salón que en el fondo escondía un “resentimiento aristocrático por todo lo plebeyo” que se manifestaba en el régimen fascista. (Un indicio del contexto de lectura en el que pudo ser recibido este texto lo constituye la anotación que al margen de esta afirmación escribió un anónimo lector de aquel número de *Cuadernos de Cultura*: “igual que en el peronismo”).<sup>679</sup> Cuando en 1940 Italia entre en la guerra y la Alemania nazi invade la Unión Soviética, esos grupos formados bajo estímulos literarios se verán empujados a la actividad revolucionaria y al encuentro con la clase obrera. Entonces, aquella ilusión hegemónica que pretendía utilizar la cultura como medio de lucha contra la sociedad burguesa comienza a demostrarse fútil y la contradicción entre la actividad política y la actividad literaria, entre la voluntad de conquista de los medios expresivos que ofrecía la cultura burguesa y la acción revolucionaria en el seno de la clase obrera, se torna incompatible: “Más o menos como dos haces de luz que en el punto en que se cruzan producen la oscuridad absoluta”.<sup>680</sup>

Frente a este dilema, Onofri ofrece su propia trayectoria como ejemplo del modo en que la práctica revolucionaria se le presentó como la única solución para resolver sus dudas culturales, para arribar a una completa comprensión del marxismo como una guía para la acción, y no como un conjunto de ideas y teorías que se debaten en la cabeza del intelectual pequeñoburgués:

Parecía milagroso, si el materialismo histórico no lo explicase, la forma que, en cierto modo, mi cerebro se despejó. No encuentro otra expresión para decir lo que me ocurrió cuando – a través de mi actividad práctica, y el estudio, la “concepción” de mi actividad— yo llegué de golpe a entender textos como *Materialismo* y

---

<sup>678</sup> “Examen de conciencia de un comunista”. En *Cuadernos de Cultura*, Buenos Aires, n° 15, op. cit., pp. 67-68

<sup>679</sup> Ejemplar anotado disponible en la hemeroteca del CeDInCI.

<sup>680</sup> “Examen de conciencia de un comunista”. En *Cuadernos de Cultura*, Buenos Aires, n° 17, op. cit., p. 98

*empirio criticismo* de Lenin o *Materialismo histórico y materialismo dialéctico* de Stalin, con los cuales había disentido profundamente aun durante el tiempo de la ocupación alemana en Roma (1943-1944)<sup>681</sup>

Frente al drama del artista y el intelectual, tironeado entre el ejercicio de su actividad creadora, nacida del individualismo burgués, y la radical transformación que supone su acercamiento al pueblo, la opción para aquellos jóvenes intelectuales fue el abandono de su actividad profesional para introducirse en la actividad política de masas, en la cual, como había señalado Antonio Gramsci, “un hombre es conducido muy rápidamente hacia la rotura de sus vínculos individualistas y a convertirse en hombre-masa u hombre-colectivo, pero manteniendo su fuerte personalidad y originalidad individual”.<sup>682</sup> Esta elección, más dura y complicada para los intelectuales maduros y consagrados, fue relativamente sencilla para los jóvenes, quienes merced al ambiente viciado del fascismo habían tenido que desviar su pasión esencialmente política hacia el terreno de la cultura, que se presentaba como el único que permitía cierta independencia y una forma de canalización de la voluntad hegemónica bajo la forma histórica del antifascismo.

He aquí cómo, entre otras cosas, yo he *dejado* en cierto momento de escribir novelas, de sentirme escritor (...) *Dejado*, no por un acto de voluntad proveniente de afuera, por auto-imposición, sino por natural rectificación de un proceso de “desviación” que las relaciones sociales existentes en el tiempo del fascismo había hecho posibles, y que las nuevas relaciones de hoy han revelado y resuelto enteramente.<sup>683</sup>

Al término de un largo y complejo proceso de transformación y búsqueda intelectual, Onofri escoge ser un “revolucionario profesional”, y como tal, ya no admite ni siquiera la denominación de “intelectual comunista”, innecesaria desde el momento en que aquel que decide entregar su vida a la causa de la clase obrera solo admitirá su condición de comunista como un sustantivo: así como no existen “albañiles comunistas” o “metalúrgicos comunistas”, tampoco habrá de existir el adjetivo para los intelectuales. Tomando a su cargo el periplo de una generación de jóvenes de entre

---

<sup>681</sup> *Ibidem*, p. 102

<sup>682</sup> *Ibidem*, p. 104

<sup>683</sup> *Ibidem*, p. 106



20 y 25 años que sucumbieron a la idea de que era posible una transformación cultural que no fuera antes una transformación social, Onofri pone al descubierto sus propias cavilaciones de “intelectual pequeñoburgués” en tránsito de convertirse en “marxista”, esto es, en un militante revolucionario del partido de la clase obrera:

La mejor cura del individualismo y de la tradición pequeñoburguesa y anarquizante propia de casi todos los intelectuales, fue para nosotros el Partido, la vida del Partido, la disciplina del Partido. No poder trabajar más según la propia fantasía personal, sino según un horario y una disciplina; no tener que responder más de las propias acciones solamente a sí mismo sino a un organismo colectivo; no pretender juzgar más las cosas y las propias ideas según la sola cabeza propia, sino habituarse a razonar “con otras cabezas”, o sea con la cabeza del Partido, a dar juicios colectivos y no solo individuales: es lo que se llama disciplina del partido, control y trabajo colectivo, organización del trabajo, conciencia de clase, sentido de la responsabilidad, crítica y autocrítica. Es cuanto hemos aprendido, también duramente, trabajando en el Partido: la primera y verdadera escuela revolucionaria, formadora del carácter de la que nos hemos beneficiado.

También aquí no se debe creer que todo ha sido fácil. Ese choque que he indicado más arriba entre viejos y jóvenes, a veces puso duramente a prueba nuestra capacidad y nuestro carácter. Y naturalmente, era nuestro “viejo” carácter de intelectuales burgueses lo que más nos hacía sufrir<sup>684</sup>

Juan Carlos Portantiero, discípulo y mano derecha de Héctor P. Agosti, fue uno de los primeros jóvenes intelectuales del PCA que tematizó la cuestión generacional de la que formaba parte. En mayo de 1957 publicó en *Cuadernos de Cultura* el artículo “La joven generación literaria”, donde retomaba el argumento de Onofri, que en ese momento ya había abandonado el PCI, para pensar la cultura argentina durante el peronismo.<sup>685</sup> A partir de 1950, afirma el futuro autor de *Realismo y realidad en la literatura argentina*, una serie de acontecimientos precipitaron a las clases medias argentinas, de donde provenían la mayoría de los jóvenes intelectuales “parricidas”, a adquirir una mayor sensibilidad sobre la cuestión nacional. La guerra de Corea, las luchas anticolonialistas, la contradicción entre el peronismo y las masas que lo apoyaron, la invasión norteamericana a Guatemala, el intento del gobierno de entregar el petróleo al imperialismo, hicieron que a la tradicional defensa de los derechos

---

<sup>684</sup> *Ibidem*, p. 107, 108

<sup>685</sup> Portantiero, Juan Carlos, “La joven generación literaria”. En *Cuadernos de Cultura*, n° 29, Buenos Aires, mayo de 1957.

humanos a la que se habían avocado los intelectuales, se sumara una preocupación por los problemas de la independencia y la soberanía económica, política y cultural, particularmente entre la juventud.

Comienzan los libros y los artículos, nacen los testimonios. El ambiente lo permitía, porque, a pesar de la estolidez y la represión oficial, o por ella misma, los movimientos culturales de juventud se expresan rotundamente en cantidades inusitadas de revistas, de agrupaciones, de medios de expresión que hablaban de un interés no habitual por los problemas de la cultura.<sup>686</sup>

Ensayando una comparación con aquella afirmación de Onofri sobre la inquietud literaria y artística de los jóvenes intelectuales italianos bajo el fascismo, Portantiero reflexiona sobre las consecuencias de la “influencia corporativa” sobre la vida cultural argentina. En una extensa nota al pie a propósito del artículo del escritor italiano afirma:

Con todos los resguardos a que obliga una traslación histórica, cabe señalar que otro tanto sucedió entre nosotros. Una nómina de las revistas literarias piloteadas por jóvenes, aparecidas especialmente en el último lustro del peronismo, reafirmaría el aserto. Sumemos a ello el fenómeno impar de la profusión de teatros independientes, y el cuadro se completa.<sup>687</sup>

Luego de proponer un recorrido por los principales exponentes de la nueva generación, sus órganos de expresión y sus maestros, deteniéndose particularmente en la revista *Contorno*, Portantiero reflexiona sobre el vanguardismo y la “tendencia aristocratizante” que advierte en estos grupos juveniles, cuya misma condición de intelectuales parecía habilitarlos a pensar el proceso argentino como una cuestión por fuera de la lucha de clases, intentando recomponer por su cuenta los lazos con el proletariado y haciendo caso omiso de la experiencia acumulada por el marxismo militante. La mentada cuestión generacional, afirma, significa poco si no se la ubica en el proceso general del conflicto de clases de la sociedad argentina. Su resolución, por lo tanto, debe superar los términos de un enfrentamiento entre viejos y jóvenes, para alojarse en la capacidad de las nuevas promociones para romper sus ataduras de clase, para trocar la subordinación a los viejos de su clase para alinearse con los viejos de la

---

<sup>686</sup> *Ibidem*, p. 31

<sup>687</sup> *Idem*.

clase progresiva, mediante un vínculo raigal y no meramente literario, tal como había advertido Antonio Gramsci. De este modo, apoyándose nuevamente en el texto de Onofrio, Portantiero se permite acotar que “la única agrupación política capaz de eliminar naturalmente de su seno la discordia entre “viejos” y “jóvenes” es el Partido Comunista; del mismo modo que sólo una sociedad sin clases terminará con el problema en el orden general. El intento de Portantiero por vincular las corrientes modernizadoras de la cultura argentina al proceso de renovación de las filas comunistas, se asentaba sobre el piso del reconocimiento de los méritos de aquellos grupos, pero esto no siempre fue comprendido de ese modo por los “viejos comunistas”, e incluso por algunos de sus jóvenes.

En 1957 el hasta entonces novel escritor Andrés Rivera (1928) publicó a través de la editorial comunista Platina su primera novela, titulada *El Precio*, provocando, según sus propias palabras, “un escándalo doméstico y, tal vez, un no inusitado desvarío crítico”<sup>688</sup>. Posiblemente una de las primeras novelas argentinas que puso a la clase obrera como protagonista principal, *El Precio* tenía una clara deuda con el realismo social norteamericano, particularmente con John Dos Passos y William Faulkner, y aspiraba a representar bajo un criterio verista el conflicto entre el poder político y el mundo de los trabajadores.<sup>689</sup> En *Cuadernos de Cultura*, el ensayista Samuel Schneider, autor de *Proyección histórica del gaucho* (1962) y futuro biógrafo de Agosti, publicó un comentario sobre el libro de Rivera titulado “Un novelista promisorio” que comenzaba apuntando sobre la nueva generación literaria a partir de una táctica habitual entre los comunistas: el reemplazo de la crítica literaria por la expurgación ideológica.

Se afirma con cierta insistencia que en los últimos años ha irrumpido en nuestra literatura una “joven novelística” que se introduce audazmente en zonas más o menos inéditas, intenta el tratamiento de problemas sociales y nacionales de envergadura,

---

<sup>688</sup> Cfr. Zanetti, 1982, p. 82

<sup>689</sup> La influencia del realismo social norteamericano sobre la narrativa comunista fue un fenómeno decisivo. Una de las pocas novelas que fue unánimemente considerada por la crítica como “realista socialista”, *El Río Oscuro* (1943) de Alfredo Varela, posee una explícita deuda formal con aquella corriente. Véase capítulo 3.

otea los nuevos vientos que sacuden al país. Se dice también que un clima general de inconformismo confiere a su testimonio una beligerancia polémica desconocida hasta ahora. Algo de esto es cierto; conviene destacarlo como signo promisor de una conciencia artística en crecimiento. Algunos de los escritores jóvenes que incursionan en la novela son comunistas, y esto supone además cierto grado de desarrollo de la conciencia política. Pero el camino es fácilmente transitable; hay en la literatura, sobre todo en la novela, mil escollos por salvar, acechanzas y señuelos que pueden incidir negativamente en la labor creadora. Este libro primigenio de Andrés Rivera lo revela.<sup>690</sup>

Luego de esta introducción, Schneider se dedica a señalar las “insuficiencias” y “dificultades” de la novela de Rivera, a la que juzga acertada en su temática y contenido pero viciada en su forma: retórica, psicologista, autoflagelante y, pagando el autor el precio de querer huir de la “simplificación sociologista”, carente de “romanticismo revolucionario” y de tipos representativos y circunstancias típicas. Para Schneider, este escaso apego al modelo del realismo socialista, no le habría permitido al joven escritor, por ejemplo, presentar el “reflejo típico de un patrón pequeño—burgués”, obligándolo a fragmentar de tal modo la visión de la burguesía nacional que en ella quedaban ausentes los rasgos que permitirían “su integración en el frente democrático-nacional”. Más adelante, le reprocha a Rivera su preferencia por los “aspectos sórdidos y grises” de la realidad y su obstinación por los temas sexuales, los que a su juicio “obstruyen la visión de las hondas cuestiones que inquietan y agitan a nuestro pueblo”. Para Schneider, la pretensión de originalidad que caracterizaba a la emergente narrativa argentina se constituía en un obstáculo para su vinculación con modelos provenientes de la tradición literaria local y explicaba su visible preferencia por corrientes narrativas extranjeras “no del todo saludables”. Como ejemplo de las dificultades que muchos “viejos” escritores comunistas tuvieron para asimilar las nuevas tendencias, por más tímidas o fallidas que estas fueran, Schneider remataba su comentario recomendándole a Rivera y sus coetáneos incorporar a su narrativa las virtudes del folletín.

En la misma página de crítica de libros, el joven poeta y periodista José Luis Mangieri (1924-2008) le dedica un comentario a un libro de cuentos de Leónidas Barletta, viejo

---

<sup>690</sup> Schneider, Samuel, “Un novelista promisorio”. En *Cuadernos de Cultura*, n° 33, Buenos Aires, diciembre de 1957, p. 110

compañero ruta del comunismo argentino.<sup>691</sup> Celebrando que Barletta, a pesar de los años transcurridos, se mantuviera aun por “Boedo contra Florida”, Mangieri afirmaba:

La aparición de este último libro de Barletta es, ante todo, prueba reconfortante y elocuente del vigoroso poder de reacción de nuestra literatura contra el intento de cosmopolitización, involuntario o no, que se refleja en muchas obras —demasiadas, quizás— de la reciente promoción literaria. A muchos “nuevos” del 57 podríamos recomendar con saludable consejo volver a este “nuevo” del año 25. Menos sexo trastornado, menos Faulkner, menos Pavese (sin que la negación explique desconocimiento); quizás más Payró, más Quiroga, más Barletta.<sup>692</sup>

Esta exhortación no tardó en ser emparentada con aquella proclamada por el nacionalista Juan José Hernández Arregui, quien había solicitado “menos Patrolini y más Gálvez”. Así lo hicieron Juan Carlos Portantiero y Juan Gelman (1930), quienes bajo el título “Sobre el terrorismo crítico” arremetieron contra el estilo de la crítica literaria practicada por Schneider y Mangieri, a los que acusaron de nulos e ignorantes, de ser dueños de un primitivismo tosco y un beato provincialismo que entorpecía la labor del partido en materia cultural:

Si Mangieri piensa que para luchar contra el intento de cosmopolitización hay que caer en un obtuso nacionalismo de espaldas al río, se encontrará, de pronto, con compañías muy desagradables para él: aquellas que desmonetizan a Mariano Moreno por su jacobinismo y radian toda la generación del 37 de nuestra historia “por su inspiración extranjerizante”.<sup>693</sup>

La comparación de la crítica comunista con las opiniones de un conspicuo representante del nacionalismo cultural no es para nada forzada, si se tiene en cuenta lo que ya hemos analizado respecto a las tendencias populistas de la crítica comunista en este período, tan duramente enjuiciadas por Agosti y tan ajenas a la voluntad modernizadora de las nuevas promociones. En términos estrictamente culturales, una buena parte de los jóvenes comunistas estaban más cerca de *Contorno* y de *Poesía Buenos Aires* que del realismo socialista. En el contexto de esta disputa, la literatura italiana podía ser considerada, al mismo tiempo, como una influencia extranjerizante y

---

<sup>691</sup> José Luis Mangieri ingresó al PCA en 1953. Se desempeñó como corrector y periodista en los diarios *Crítica*, *Democracia* y *El Popular* y hasta 1959 ejerció como director del Instituto Argentino-Ruso. En 1964 fundó junto a Carlos Brocato la revista *La Rosa Blindada*.

<sup>692</sup> Mangieri, José Luis, “Buenos cuentos argentinos”. En *Cuadernos de Cultura*, op. cit., p. 120.

<sup>693</sup> Portantiero, Juan Carlos y Juan Gelman, “Sobre el terrorismo crítico”. En *Cuadernos de Cultura*, n° 35, Buenos Aires, mayo de 1958, p. 124.

como un modelo alternativo de representación estética realista. Mangieri ensayó su respuesta al número siguiente, no sin dejar de manifestar cierto asombro incómodo por la belicosidad de las críticas propinadas por sus camaradas, particularmente en cuanto a la acusación de sectarismo, un concepto que ya era un parteaguas en el partido:

Nos parece que los camaradas Gelman y Portantiero, en su afán de enarbolar a todo trapo la bandera del antisectarismo –que no es reivindicación de grupo sino privilegio de todos–, se lanzan justamente a una belicosa campaña, incurriendo en el peor de los terrorismos: aquel que mediante una asociación distorsiva ubica al crítico en una posición por todos repudiada”.<sup>694</sup>

La intención de su crítica, afirma, no había sido negar el talento literario de Faulkner o Pavese, sino advertir a los jóvenes escritores sobre los malos resultados que arrojaba la imitación de una técnica narrativa extranjera para reflejar el medio argentino. Ejemplos de esta perniciosa tendencia eran para Mangieri libros como *Los años despiadados* de David Viñas y *Una historia sentimental* de Osvaldo Seiguerman, a los que consideraba influidos por la “descomposición burguesa” y su “envilecedora temática” de sexo, frustración y muerte, insuflada en la literatura argentina gracias al “clima de impotencia y mediocridad en que treinta años de fascismo militante obligó a vivir a varias generaciones”.

No pensamos, como gratuitamente afirman Gelman y Portantiero, que para luchar contra el cosmopolitismo hay que caer, de espaldas al río, en un obtuso nacionalismo. Miramos también para afuera. Hacia Gorki, hacia Shólojov, por ejemplo, pero sin olvidar que en la playa, también frente al río, aunque mirando tercamente en la dirección que les produjo la crónica tortícolis nacional que padecen, están los Borges y las Ocampo.<sup>695</sup>

Menos de una década después de esta polémica, tanto Mangieri, como Gelman, Rivera y Portantiero ya habrán sido expulsados del partido acusados de revisionismo y fraccionalismo. Dos de las revistas que animaron y precipitaron las acusaciones de herejía que cayeron sobre ellos, *Pasado y Presente* y *La Rosa Blindada*, se nutrirán de

---

<sup>694</sup> Mangieri, José Luis, “El terrorismo del antiterrorismo”. En *Cuadernos de Cultura*, n° 36, Buenos Aires, junio de 1958, p. 122

<sup>695</sup> *Ibidem.*, p. 123

los aires de renovación del marxismo que desde Italia impulsará una nueva generación de intelectuales, entre ellos el propio Fabrizio Onofrio.<sup>696</sup>

### **Literatura y revolución: el problema de realismo**

“Pocos fenómenos culturales han de tener, tal vez, tanta importancia para nosotros como el apogeo del realismo en la Italia de posguerra”, afirmaba en 1958 la revista *Nueva Expresión*, una breve experiencia editorial ligada al mundo cultural comunista, particularmente el de sus jóvenes críticos y escritores.<sup>697</sup> Varias décadas después, José María Aricó, en algunas breves pero iluminadoras páginas, recuperaba aquel momento de notable apertura al mundo cultural italiano que durante la década del ‘50 fue el fermento, el suelo de posibilidad para la difusión de la obra de Antonio Gramsci entre los intelectuales comunistas argentinos.<sup>698</sup> En efecto, basta recorrer las páginas de algunas de las muchas publicaciones culturales que nacieron en los últimos años del peronismo o inmediatamente después de 1955, para advertir ese influjo italiano que Aricó resume en los nombres de Cesare Pavese, Vasco Pratolini, Guido Aristarco, Luigi Chiarini, entre muchos otros que podrían agregarse a una vasta empresa de difusión y traducción del cine y la literatura peninsular.<sup>699</sup> Además de la política de traducciones, buena parte de esta apertura al mundo cultural italiano se debió al ingreso al mercado local de un amplio abanico de libros y publicaciones periódicas facilitado por la labor de librerías especializadas, como fue el caso de “Leonardo” en Buenos Aires y de “Paideia” en Córdoba, las que proveían de novedades no solo a

---

<sup>696</sup> Fabrizio Onofrio fue expulsado del PCI luego de una violenta polémica con Palmiro Togliatti desde las páginas de *Rinascita*. El “caso Onofrio” fue el antecedente inmediato de la diáspora que sobrevino luego de la invasión soviética a Hungría, cuando numerosos intelectuales romanos firmaron el “Manifiesto de los 101” y se alejaron definitivamente del partido. Algunos de ellos, como el propio Onofrio, Alberto Asor Rosa, Mario Tronti y Lucio Colletti, se pondrán desde entonces al frente de las formaciones político intelectuales de la nueva izquierda italiana que, una vez más, se conformó en torno a algunas publicaciones clave como *Tempi Moderni* y *Quaderni Rossi*. Este proceso de ruptura no dejará de tener ecos en los jóvenes intelectuales comunistas argentinos, como veremos en el caso de *Pasado y Presente*.

<sup>697</sup> *Nueva Expresión* publicó sólo dos números en 1958. Estuvo dirigida por Juan Carlos Portantiero, Héctor Bustingorri y Mario Jorge De Lellis.

<sup>698</sup> Cfr. Aricó, 2005, *op. cit.*, p. 65.

<sup>699</sup> Entre algunas de las publicaciones que le dedicaron particular atención a la literatura y el cine italiano se pueden mencionar: *Poesía Buenos Aires* (1950-1960), responsable de las primeras traducciones de la poesía de Cesare Pavese, *Capricornio* (1953-1954, 1965), *Ficción* (1956-1971), *Eco Contemporáneo* (1961-1969), además de las revistas de cine *Cinecrítica* (1959-1962), *Tiempo de Cine* (1960-1964) y la edición latinoamericana de la revista de Guido Aristarco *Cinema Nuevo* (1964).

lectores individuales sino a las bibliotecas universitarias. Es así que revistas como *Belfagor* y *Aut Aut* y las comunistas *Rinascita*, *Società* e *Il Contemporaneo* se convirtieron en material de consulta y referencia, pero sobre todo en un “baño de agua fresca”, como lo definió Héctor Schmucler, que abrió la posibilidad de pensar en un marxismo renovado.

Aunque este interés se extendió hasta provocar, como vimos, la admiración de Victoria Ocampo desde las páginas de *Sur*, fue dentro del mundo comunista donde obró el efecto de una fascinación, una suerte de talismán que bendecido por lazos familiares ofrecía una respuesta que era al mismo tiempo política, estética y generacional. En momentos en que la cuestión del realismo, y con él la del vínculo entre política partidaria y actividad creadora, era la dominante al momento de establecer el sistema de legitimidades de la crítica cultural comunista, las nuevas promociones de escritores encontraron en la experiencia de la izquierda cultural italiana un aval y un modelo. En el primer caso porque se trataba de una propuesta estética que no era ajena al mundo comunista, sino íntimamente ligada a un partido cuya fortaleza cultural y arraigo popular corrían de la mano. En el segundo porque, más allá de sus diferentes momentos y sucesivas crisis y resurrecciones, el alma del neorrealismo seguía siendo la realidad social y la voluntad de sus artistas por encontrar un lenguaje expresivo de la condición humana de las clases populares.

*Gaceta Literaria*, la revista que probablemente con más énfasis buscó en el encuentro con la estética neorrealista un punto de partida para cuestionar los criterios veristas de representación estética promovidos por la dirigencia del PCA y, al mismo tiempo, alentar un cine y una literatura nacional atentos a la exigencia de realismo que el momento parecía imponer, resumía este espíritu a propósito de un comentario de la película *Milagro en Milán* de Vittorio de Sica:

En toda época, en cada momento de la vida de los pueblos, hay hombres que tratan de expresarse en un lenguaje comprensible a los demás hombres, artistas que no desean reflejar esquemáticamente una realidad, sino transmitirnos su sentido de la existencia. Este hecho lo comprobamos hoy antes las obras del cine y la literatura



italiana, que nos entregan en imagen poética —en recreación de la realidad— el acontecer de sus gentes y de su tiempo.<sup>700</sup>

A lo largo de sus 21 números publicados entre 1956 y 1960, *Gaceta Literaria* libró una batalla cultural en un doble frente. Por un lado disputó el espacio de la crítica literaria en el que sobresalían revistas como *Contorno* y *Ciudad*, por otro, buscó abrir un espacio de renovación dentro del mundo cultural comunista que halló su más sistemática fuente de inspiración en la literatura, el cine y la crítica italiana.<sup>701</sup> En cada uno de sus números, *Gaceta Literaria* publicó en su portada cuentos de Vasco Pratolini, Alberto Moravia, Domenico Rea y poemas de Pavese, tradujo artículos sobre arte y política de Luigi Chiarini y Antonio Gramsci, y publicó importantes reseñas sobre el cine neorrealista y, a través de Fernando Birri, analizó los alcances de su anunciada crisis. Antes de que surgieran revistas especializadas como *Cinecrítica*, cuyo compromiso con el realismo crítico italiano de comienzos de los '60 fue el punto desde el cual se analizó la posibilidad de un nuevo cine argentino inserto en la construcción de una “nueva cultura nacional”, *Gaceta Literaria* dedicó innumerables páginas a la cuestiones cinematográficas a través de las colaboraciones de Hugo Panno, Alberto Nicoli, Edmundo Eichelbaum, Arnoldo Liberman, Carlos Hurtado y Carlos Orgambide. Las colaboraciones del periodista y traductor Atilio Dabini son otra muestra de una estrecha trama que incluyó a otros escritores y traductores como Roberto Raschella, Victorio Minardi, Osiris Troiani, Germán Mario Cueva y Rodolfo Alonso. No pocos de estos nombres estuvieron vinculados al PCA, si bien la mayoría, como fue el caso de Raschella, Gola y Ravoni, dejaría el partido en los primeros años de la década del 60.

Roberto Raschella y Rodolfo Gabriel Rago escribieron los únicos artículos dedicados al cine en *Cuadernos de Cultura*. Rago fue el primer administrador de *Cuadernos...*, publicación a la que ingresó cuando aún estaba dirigida por Roberto Salama e Isidoro Flambaum e íntegramente dedicada a la difusión local de la política cultural

---

<sup>700</sup> *Gaceta Literaria*, n° 2, marzo de 1956: p. 18. *Gaceta Literaria* (1956-1960) estuvo dirigida por Pedro Orgambide y Roberto Hosne. Este último se separó de la revista en el número 11, así como algunos de sus colaboradores que en 1957 fundarán la revista *El grillo de Papel*.

<sup>701</sup> Para un estudio comparativo entre las tres publicaciones se puede consultar el artículo de María Luisa Bastos, 1973, pp. 49-54.

zhdanovista. En este contexto formó un grupo dedicado a la crítica cinematográfica, género que apenas tuvo presencia en la publicación a través de los artículos de Raschella, el primero de ellos dedicado a Vittorio de Sica. Raschella, que ingresó al partido en 1948 y lo abandonó en 1964 para instalarse en Italia, fue un activo colaborador de las revistas de cine que se crearon a principio de los 60, como *Tiempo de Cine*, *Cinecrítica* y *Cinema nuovo*, la edición argentina de la importante publicación dirigida en Italia por Guido Aristarco. Su actividad estuvo vinculada al grupo “Taller de cine”, dentro del cual desarrolló una prolífica actividad como guionista que incluyó la realización, junto a Jorge Macario Rodríguez, de un guión basado en el célebre cuento *El Matadero* de Esteban Echeverría. En estos mismos años, Raschella inició su carrera como traductor.<sup>702</sup> En 1963, bajo el sello editorial Platina, tradujo el libro *Rousseau y Marx* del filósofo comunista italiano Galvano Della Volpe, cuya obra dedicada a la estética y al cine comenzaba a ser habitualmente citada y estudiada en algunos círculos de jóvenes comunistas, quienes advirtieron en ella el primer intento de elaboración de una auténtica estética marxista. Entre estos jóvenes destacaban los nombres de Juan Carlos Portantiero, Raúl Sciarreta y Héctor Schmucler, todo ligados a Héctor P. Agosti. La difusión y recepción de la obra de Galvano della Volpe y su escuela, en palabras de Perry Anderson la primera “radicalmente antihegeliana del marxismo occidental” fue importante en las elaboraciones críticas que estos intelectuales realizaron sobre la cuestión del realismo y, particularmente, sobre la interpretación de los textos de Marx.<sup>703</sup> Ya en la década del 60, como analizaremos más adelante, la influencia de Della Volpe se hará sentir a través de los principales exponentes de la primera y segunda generación de teóricos del “operaismo”, una de las aventuras intelectuales más interesantes del marxismo de la segunda mitad del siglo XX.

---

<sup>702</sup> En la década del 70, Raschella fue un activo colaborador de los “Cuadernos de *Pasado y Presente*”, emprendimiento en el que participó como traductor de los títulos *Consejos Obreros y democracia socialista* (1972), *Teoría marxista del partido político* (1973), *Revolución Socialista y antiparlamentarismo* de György Lukács (1973), *Economía y política de la acción sindical* (1973), *Teoría del proceso de transición* (1973) y, como único traductor, *La internacional comunista y el problema colonial* de Rudolf Schlesinger (1974).

<sup>703</sup> Sobre Della Volpe consultar el fundamental libro de Anderson (1981) y el documentado estudio de Fernández Buey (1984). Para el caso argentino ver Tarcus (1999, *op. cit.*)

A pesar de que las primeras noticias argentinas sobre la obra de Della Volpe se remontaba a fines de la década del 40, fue durante los años 60 cuando sus principales trabajos comienzan a ser traducidos, publicados y comentados. En esta empresa, el docente y epistemólogo comunista Raúl Sciarreta —uno de los protagonistas del debate sobre la objetividad que analizaremos a continuación— desempeñó un papel clave, editando, traduciendo y comentando la obra del filósofo italiano por primera vez en lengua española. En 1964, cuando dirigía la colección “Ciencia y filosofía” para la editorial Jorge Álvarez, promovió la publicación de *Crisis de la estética romántica*, cuya traducción quedó a cargo de Roberto Raschella, quien el año anterior había realizado el mismo trabajo con *Rousseau y Marx* para la editorial comunista Platina. En 1965, la editorial Proteo, estrechamente ligada al campo de intereses de la naciente nueva izquierda intelectual, sobre todo al orden de temas y autores que desde Córdoba proponía *Pasado y Presente*, publicó *Clave de la dialéctica histórica*, traducido por Sciarreta en colaboración con un anónimo J. A., que casi con seguridad fuera José Aricó, ya entonces expulsado del partido al que Sciarreta permanecerá fiel hasta poco tiempo después. Cuando Sciarreta se aleje también del comunismo para relacionarse con los grupos de la izquierda nacional, también abandonará su interés por Della Volpe y comenzará a interesarse por la obra de Louis Althusser, de quien fue uno de sus introductores al país.

De todos modos, fue la incorporación de la propuesta teórica dellavolpiana que realizó Juan Carlos Portantiero en el libro *Realismo y realidad en la literatura argentina* (1961) lo que convirtió al autor de *Crítica del Gusto* en la referencia ineludible de una crítica estética marxista liberada de los reduccionismos sociologizantes de la tradición comunista. Publicado por la editorial oficiosa Procyón, este libro constituyó uno de los primeros intentos de introducir las formulaciones teóricas del filósofo Galvano Della Volpe y de la nueva crítica marxista italiana al análisis de la literatura argentina. En el marco de las polémicas que agitaban el frente cultural comunista en torno a los problemas literarios, Portantiero intentará recuperar una explicación del realismo en tanto “método propio del arte caracterizado por su historicidad” y, fundamentalmente, como “tendencia artístico—cultural” que se nutre sucesivamente con los aportes de

cada etapa del conocimiento humano y que, por lo tanto, no puede ser remitido a un modelo ideal fijado de una vez y para siempre, tal como lo hacía Lukács con el realismo del siglo XIX.<sup>704</sup>

En diálogo crítico con este libro, tal vez uno de los más importantes aportes que la crítica comunista ofreció a la discusión sobre la poética realista en la Argentina, Héctor Schmucler publicará en el primer número de *Pasado y Presente* un artículo que, aplicado a la revisión de la literatura testimonial argentina sobre la senda dellavolpiana, planteará la autonomía de los fenómenos estéticos en relación a la política. Teniendo en cuenta que en ese momento Schmucler tramitaba su inscripción en la Universidad de Messina para cursar estudios de posgrado con Della Volpe, no extraña que cinco números después volviera sobre su obra, esta vez para efectuar una demoledora crítica a la introducción de Sciarreta a la edición argentina de *Crisis de la estética romántica*. Por lo demás, en los mismos años Enrique Revol publicaba en *El escarabajo de Oro* un erudito artículo sobre la relación entre cine y literatura que incorporaba las reflexiones dellavolpianas.<sup>705</sup>

Las repercusiones más controvertidas de la obra del filósofo italiano, sin embargo, surgieron menos de sus propuestas estéticas que de su particular lectura de los textos de Marx. Como se ha señalado, una de las consecuencias más inmediatas de su insistencia en que el marxismo debía desprenderse de todo carácter teórico especulativo y genérico para trabajar analíticamente con el rigor formal-metodológico de las ciencias positivas, era que enfatizaba “la inviabilidad de las concepciones dogmáticas o meramente confesionales del marxismo, en las que se supone que la cita del texto de Marx (o de algunos de sus ilustres sucesores) permite un conocimiento ajustado de cualquier faceta de la realidad, aún cuando dicho texto ni siquiera se

---

<sup>704</sup> Para un lectura más amplia sobre *Realismo y Realidad...* consultar el ensayo que Carlos Altamirano le dedica a Portantiero en la última edición de *Peronismo y Cultura de Izquierda*, 2011, *op. cit.*, pp. 186-192.

<sup>705</sup> “En torno a una estética del cine”, en *El Escarabajo de Oro*, n° 18-19, julio/agosto de 1963. En julio de 1966, la revista dirigida por Abelardo Castillo volverá a publicar un artículo de Revol sobre James Joyce. En la presentación anotaba no sin asombro el hecho de que “casi veinte años atrás, cuando algunos de nosotros tenían 10 y otros se debatían contra los fórceps, alguien, en Córdoba, ya escribía no sólo sobre Kafka, sino sobre las relaciones entre cine y literatura. Y sobre Joyce. El Joyce de *Finnegans Wake*” (n° 30, p. 30).

inserte en la ‘lógica específica’ de aquello que se quiere conocer”.<sup>706</sup> En 1957, luego del XX Congreso del PCUS y del cisma que provocó entre los intelectuales peninsulares la represión húngara, *Società*, la principal revista teórica del comunismo italiano, amplió su comité de redacción para incluir a Della Volpe y con él buena parte de sus discípulos y sus motivos teóricos, que no tardaron en ganar terreno dentro de la publicación hasta constituirse en un tendencia demasiado dispuesta a discutir la orientación oficial del partido. En 1962 *Società* fue clausurada para ser reemplazada por una nueva publicación, *Critica Marxista*. En el otoño de ese mismo año, Cesare Luporini publicaba en las páginas del periódico *Rinascita* el artículo “Notas para una discusión entre filósofos marxistas en Italia”, texto destinado a refutar las posturas teóricas de la escuela dellavolpiana que dio lugar a un célebre debate del que participaron Lucio Colletti, Galvano Della Volpe, Nicola Badaloni, Enzo Paci, Luciano Gruppi y Alessandro Natta. Punto de llegada de la polémica abierta en 1957, este debate reflejó las fuertes tensiones políticas que subyacían a la discusión teórica de las posturas dellavolpianas, particularmente agudas entre los miembros más jóvenes del grupo, quienes interpretaron que la insistencia del filósofo en la centralidad de la “abstracción científica determinada” implicaba “la necesidad de un análisis de la sociedad italiana en términos de categorías ‘puras’ del capitalismo desarrollado, con unos objetivos políticos correspondientemente ‘avanzados’ a ser perseguidos por la clase obrera”, contradiciendo con ello la caracterización del PCI sobre el carácter híbrido y atrasado de la sociedad italiana y la consiguiente necesidad de una política democrático-reformista.<sup>707</sup> Punto que no dejaba de tener una conexión con la propia caracterización que el PCA había hecho de la estructura económica argentina, definida desde 1928 como atrasada y dependiente con resabios semif feudales.

Una parte sustancial de las intervenciones de este debate fueron publicadas por *Pasado y Presente* en su primer número, casi como un síntoma del delicado equilibrio político en el que se movían las interpretaciones de los textos de Marx. Poco tiempo después, la editorial Proteo prometía la publicación del debate completo, lo que no se

---

<sup>706</sup> Jiménez, 1981/1982, p. 6

<sup>707</sup> Anderson, 1987, *op. cit.*, p. 55

concretará sino catorce años después, cuando Oscar del Barco, ya en el exilio, lo incluya en la colección filosófica que dirigía para la Universidad Autónoma de Puebla bajo el título *La Dialéctica Revolucionaria* (1977). Es probable que el ingreso del estructuralismo, y principalmente de Althusser, haya desplazado el interés por la obra de Della Volpe, con la cual el filósofo francés guardaba evidentes afinidades, como lo destacó Lucio Colletti refiriéndose a los artículos que conforman *La Revolución teórica de Marx*.<sup>708</sup> De todos modos, como analizaremos a continuación, los ecos de la lectura dellavolpiana del marxismo reaparecerán a través de una nueva generación de marxistas italianos que en los años sesenta protagonizarán una amplia ruptura con los partidos comunista y socialista de la mano del “operaismo”. Precisamente, la revista *Pasado y Presente* acompañará este movimiento hasta el último número de su primera etapa, en 1965, cuando José María Aricó haga explícito el interés teórico-práctico que representaban las propuestas de la nueva izquierda italiana, particularmente del grupo ligado a la revista turinesa *Quaderni Rossi*.

### **El primer momento peninsular: Agosti y la conformación de un gramscismo comunista**

Ya nos hemos referido a la pronta recepción de la obra de Antonio Gramsci entre un sector de los intelectuales comunistas argentinos, entre ellos uno de sus intelectuales públicos más destacados, Héctor P. Agosti. En el marco de su disputa contra los sectores partidarios más definitivamente apegados a las codificaciones estalinistas en materia cultural, Agosti emprendió desde comienzos de los años ‘50 un proceso de renovación y ampliación del frente cultural partidario que se nutrió de las nuevas camadas de jóvenes intelectuales tanto de Buenos Aires como de las provincias, en las que alentó la organización de frentes locales y organizaciones culturales. Desde su ingreso a la revista oficial del partido, *Cuadernos de Cultura*, la política de traducciones volcada a la difusión del zhdanovismo se abrió hacia los aportes de intelectuales y dirigentes comunistas franceses e italianos, como Henri Lefebvre,

---

<sup>708</sup>Anderson, 1975, pp. 61-82

Pierre Vilar, Palmiro Togliatti, Antonio Banfi, entre otros que irán ganando presencia en la publicación, particularmente desde la efímera sección “El marxismo en el mundo”, dedicada casi en su totalidad a las novedades teóricas provenientes de la península. Pero será la incorporación de las categorías gramscianas a sus propios análisis culturales, desde la publicación de su *Echeverría* en 1951, y su trabajo como editor y traductor de los *Cuadernos de la Cárcel* lo que definirá el trabajo intelectual de Agosti, así como la clave de lectura del Gramsci de los comunistas argentinos. Bajo su impulso y dirección la editorial Lautaro publicó en 1950 las *Cartas de la Cárcel*, traducido por Gabriela Monner con prólogo de Gregorio Berman, héroe cultural de la reforma y destacado compañero de ruta del partido. Ocho años después, con prólogo de Agosti y traducción de Isidoro Flaumbaum se publicó *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, en 1960 *Los intelectuales y la organización de la cultura*, bajo la traducción de Raúl Sciarreta, en 1961 *Literatura y Vida Nacional*, con traducción y prólogo de José María Aricó, quien un año después hará lo propio con *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*. La traducción y edición de la obra de Gramsci supuso un esfuerzo monumental que la crítica no acompañó con entusiasmo, ni dentro ni fuera del partido; sin embargo, para Agosti supuso la posibilidad de establecer un contacto más estrecho con los jóvenes a quienes comprometió en una empresa de renovación partidaria frente a la cual siempre se había encontrado solo.

Entre estos jóvenes se destacó José María Aricó, entonces militante y futuro dirigente de la sección cordobesa de la “Fede”.<sup>709</sup> A mediados de 1956, Aricó había escrito su primer ensayo; una dura crítica a un libro clásico del marxista italiano Rodolfo Mondolfo de reciente traducción a través de la Editorial Raigal: *El materialismo histórico en Federico Engels y otros ensayos*. La idea original de Aricó era publicarlo en el periódico cordobés *Orientación*, dirigido por el intelectual radical Antonio Sobral y el único fruto concreto del movimiento reunido en torno al “Manifiesto de los ciudadanos de Córdoba”, tan denostado por Agosti en su carta a Gustavo Roca. La

---

<sup>709</sup> Para un perfil biográfico de Aricó consultar Crespo (2001) y del mismo autor la voz correspondiente de Tarcus (2007, op. cit., pp. 22-25).

circunstancia de que Sobral fuera también propietario de la editorial que había editado el libro de Mondolfo y de que el subdirector de *Orientación*, Roberto Bixio, hubiese sido su traductor, complicaron los planes del joven comunista, quien remitió su reseña a la revista cultural del partido, que lo publicó en su número 33 de diciembre de 1956. En el libro en cuestión, Mondolfo, anticipándose a Lukács y al giro que representó el “marxismo occidental”, distinguía por primera vez la filosofía de la praxis de Marx, tal como la habían leído en clave historicista Antonio Labriola y el joven Croce (años después, Gramsci), de la filosofía determinista-materialista de Engels, lectura que habría sentado tradición en el marxismo contemporáneo, sobre todo en Lenin y el bolchevismo soviético. A esta edición Mondolfo había añadido, entre otros, un nuevo ensayo, “Gramsci y la filosofía de la praxis” publicado originariamente en la revista socialista italiana *Critica Sociale* en 1955. En este ensayo, Mondolfo comentaba tramos de los recientemente editados *Quaderni del carcere* para fijar su posición sobre el itinerario del marxismo en Italia y puntualizar sus afinidades y diferencias con Gramsci. Para Mondolfo, Gramsci recupera una genuina lectura marxiana de la filosofía de la praxis en las antípodas “de la teoría y la práctica del bolcheviquismo ruso”, en contradicción con ciertos tramos de su obra que tienden hacia ellas, más visibles sobre todo en el *Maquiavelo* donde postula su teoría de la construcción hegemónica a través del “Moderno Príncipe”, esto es, el Partido. En suma, la aparición del libro de Mondolfo, con su notable versación filosófica sumada a su autoridad política de viejo socialista y antifascista exiliado, para mejor discípulo directo de Labriola y coetáneo de Gramsci, representaba un desafío a la estrategia de los comunistas argentinos que venían dando a conocer las traducciones de los *Cuadernos de la cárcel*. Atento a este movimiento, el futuro autor de *Marx y América Latina* buscó obturar la posibilidad de una lectura antileninista del marxismo gramsciano que pudiera conducirse hacia una forma de socialdemocracia y su artículo es una encendida defensa del linaje leninista del concepto de hegemonía.<sup>710</sup>

Como era previsible, el artículo interesó a Agosti, quien por intermedio del secretario privado de Victorio Codovilla, Alfredo Helman, le hizo saber al joven cordobés que

---

<sup>710</sup> Para un recorrido genealógico del concepto de hegemonía ver Anderson, 1978.



deseaba contactarlo. Con gran entusiasmo y mal disimulada emoción, en noviembre de 1956 Aricó le escribe a Agosti la primera de una serie de cartas que concluyen en 1963, cuando ya al frente de la revista *Pasado y Presente*, estaba lejos de ser el militante disciplinado cuya curiosidad intelectual por la obra de Gramsci había llamado la atención del maestro. Del recorrido por esta correspondencia, de la que lamentablemente no se conservan las respuestas de Agosti, se deducen varias cosas, la primera de ellas es la importancia que su empresa renovadora tuvo para una promoción de jóvenes comunistas, que accedieron a Gramsci a través de su obra.

Estuvo siempre en mis pensamientos —escribe Aricó— poder llegar a establecer una comunicación epistolar con Ud. ya que me siento identificado con la orientación que ha impreso a su estudio y obras. Por su intermedio, a través de *Defensa del realismo*, *Cuaderno de Bitácora*, *Echeverría* y *Cuadernos de Cultura*, llegué a conocer ese gran pensador que fue Antonio Gramsci, a quien trato de estudiar profundamente, no por el mero goce estético, sino porque entiendo —como entiende ud.— que sus meditaciones “constituyen un aporte primordial para la elaboración de una teoría marxista de la cultura y asumen singular interés para los argentinos por la similitud de algunos problemas de la formación nacional de la cultura y de sus comunes fuentes liberales” (H.P.A.).<sup>711</sup>

La intervención de Agosti en la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas de 1956 es para Aricó “esclarecedora” para su propio programa intelectual y considera urgente desarrollar sus hipótesis principales, esto es, la falta de correspondencia entre la cultura y la nación como consecuencia del peso de una oligarquía terrateniente particularmente poderosa y consciente de sus fines y frente a la cual el liberalismo se había demostrado impotente

Creo que a partir de dichas afirmaciones se puede hacer —y se tiene que hacer— un estudio profundo de esta quiebra de la continuidad progresista de Mayo. A mí me interesa en particular hacer el estudio desde el punto de vista de nuestro problema central: *el problema de la tierra*. Pero un poco me asusta la magnitud del estudio que hay que encarar, que en un principio tendrá que hacerse como dice Gramsci: “desde

---

<sup>711</sup> Carta de José María Aricó a Héctor. P. Agosti, Córdoba, 5 de noviembre de 1956, Archivo Héctor P. Agosti/CeDInCI, Serie Correspondencia. Las cartas de Aricó a Agosti aquí citadas, con la excepción de la enviada el 22 de agosto de 1959, fueron reproducidas en *Políticas de la Memoria* junto a una introducción conjunta de Horacio Tarcus y Adriana Petra algunos de cuyos tramos se retoman en este apartado (2012/2013, pp. 267-281).

un punto de vista monográfico” (...) Ud. podría ayudarnos por correspondencia a superar las dificultades que surgiesen en el proceso del estudio. Podría también sugerirnos la bibliografía adecuada. Personalmente creo que el estudio de Gramsci sobre la “cuestión meridional”, nos sería de suma utilidad pero hasta ahora han sido inútiles mis esfuerzos para conseguirlo.<sup>712</sup>

Este rol discipular comienza a difuminarse aceleradamente y tan pronto como enero de 1957, Aricó se permite sondear a Agosti acerca de sus afinidades con las posiciones del filósofo argentino Carlos Astrada respecto de la dialéctica.<sup>713</sup> Es que en la revista *Estrategia para la Liberación nacional y social*, dirigida por el entonces trotskista Milcíades Peña, el autor de *Hegel y la dialéctica* contestaba las críticas que oportunamente le dirigiera Ernesto Giudici a propósito del mencionado libro.<sup>714</sup> Además de justificar el hecho de que *Cuadernos de Cultura* no accediera a publicar la respuesta de Astrada por contener una inadmisibles serie de ataques al partido, Aricó avanza en una serie de interrogantes que reflejan la frecuentación de nuevas lecturas

Luego de tomar distancia crítica de su formación filosófica heideggeriana, Astrada se había orientado a mediados de los años 1950 hacia el marxismo, publicando una serie de libros y artículos bajo el signo de Hegel, de Marx y de Lenin, de notable erudición y mostrando un espíritu independiente de cualquier ortodoxia partidaria. Si la nueva orientación se vislumbra ya en su obra de transición, la del primer ajuste de cuentas con su maestro Heidegger (*La revolución existencialista*, 1952), los primeros libros de esta nueva época en el pensamiento de Astrada son *Hegel y la dialéctica* (1956), *El marxismo y las escatologías* (1957) y *Marx y Hegel* (1958). Luego de un largo itinerario filosófico bajo el signo de un nacionalismo existencialista, que lo llevó a

---

<sup>712</sup> *Ibidem.*

<sup>713</sup> Carta de José María Aricó a Héctor P. Agosti, Córdoba, 13 de enero de 1957, Archivo Héctor P. Agosti/CeDInCI, Serie Correspondencia.

<sup>714</sup> “A propósito de un libro de Carlos Astrada. La teoría del reflejo y la lógica según Lenin”, en *Cuadernos de Cultura* n° 28, Buenos Aires, marzo 1957. La respuesta de Astrada se publicó bajo el título “La teoría del reflejo...y el ‘reflejo’ de un sectarismo masivo”, en *Estrategia para la liberación nacional y social*, n° 2, Buenos Aires, diciembre 1957. Para un tratamiento de este debate ver Tarcus, 1996, pp. 320 y ss.

acompañar políticamente la experiencia del peronismo, Astrada redescubre, vía Hegel, a Marx y a Lenin, y busca establecer cierto acercamiento con los comunistas argentinos, que lo reciben con reservas aunque no se privan de comparar su movimiento con el de Sartre, como vimos en el tercer capítulo. Como flamante compañero de ruta del PCA, Astrada apoya el Movimiento por la Paz y publica en la editorial oficiosa Procyón, comandada por Agosti, *El marxismo y las escatologías*. Pero el encuentro será fugaz. Por un lado, aquellos que dentro del partido se dedicaba a temas filosóficos no estaban a la altura de la formación filosófica profesional de Astrada. Pero por otro, el giro hacia el marxismo del autor de *El mito gaucho*, con su pasado nacionalista y existencialista, fue recibido con recelo y desconfianza por los comunistas. Y el recelo se transformaba en acusación abierta de “revisionismo” cuando la lectura, por parte de Astrada, de Hegel, Marx y Lenin, no se encuadraba en la ortodoxia establecida.

El caso es que Astrada, en el libro en cuestión, señalaba brevemente que la teoría del conocimiento como “reflejo”, como “copia” de lo real en la mente humana, tal como había sido formulada por Lenin en su obra *Materialismo y empiriocriticismo* y luego convertida por el *diamat* soviético en “teoría del conocimiento del materialismo dialéctico”, está en flagrante contraste con la dialéctica marxista”.<sup>715</sup> El propio Lenin habría llegado a un conocimiento de dicha dialéctica años después, durante la primera guerra, como lo probaban las notas de lectura de Hegel reunidas póstumamente en sus *Cuadernos Filosóficos*. Algunos extractos de estos *Cuadernos* habían sido dados a conocer por Henri Lefebvre y Norbert Guterman en 1938, provocando ya por entonces malestar en las filas de la ortodoxia comunista. En 1956 Ediciones Sociales de París, la editorial del PCF, ofreció una traducción francesa de los *Cahiers Philosophiques* de Lenin que circuló ampliamente por todo el mundo latino. Aunque omitía cualquier contrastación con *Materialismo y Empiriocriticismo*, la vieja cuestión volvía a ponerse sobre el tapete y se hacía ahora mucho más candente, cuando florecían, de Lefebvre a Sartre, las lecturas historicistas y humanistas de Marx en contra de la ortodoxia “materialista” soviética. Era ahora Carlos Astrada en Buenos Aires, con su

---

<sup>715</sup> Astrada, 1957, p. 87.

acostumbrada erudición, quien ponía justamente el dedo en la llaga del canon filosófico de los comunistas, citando las anotaciones de Lenin sobre Hegel a partir de la edición francesa de los *Cahiers*.

Desde el lugar de la ortodoxia respondió a la herejía Ernesto Giudici, quien al reseñar el libro de Astrada en *Cuadernos de Cultura*, defiende la teoría leninista del “reflejo” (alegando que el conocimiento no es para ésta sólo copia *pasiva* de la realidad externa, sino que a este primer momento sigue un segundo momento *activo*) y achaca a Astrada un resabio de “idealismo” que lo llevaría a “ver todavía el marxismo a través de algunos elementos del existencialismo”. La carta de Astrada publicada en *Estrategia* tiene dos partes. En la primera desarrolla su crítica de la lectura mecanicista de la teoría del reflejo, apoyándose sobre todo en los *Cuadernos filosóficos* de Lenin, en que el revolucionario ruso, sobre la base de una lectura de primera mano de la *Gran Lógica* de Hegel rectifica viejas posiciones materialistas mecanicistas. Astrada entiende la dialéctica no en términos del automovimiento, del despliegue del objeto que ulteriormente se refleja en el sujeto, sino en términos de una dialéctica sujeto/objeto, “vale decir que ambas actividades o movimientos suponen la unidad sujeto-objeto y el carácter procesal histórico-dialéctico de esta unidad dinámica”. En la segunda parte, responde vigorosamente a las insinuaciones de Giudici sobre sus antiguos compromisos políticos.

Aricó, en su carta a Agosti, toma distancia de los “ataques” políticos de Astrada al Partido. Pero apelando al gramscismo compartido, tiene la audacia de preguntarle a Agosti si no es justo considerar que Astrada tiene razón contra Giudici. Desglosando sus interrogantes en cinco puntos organizados en torno a las críticas gramscianas al idealismo, pero sobre todo al materialismo vulgar de Bujarin y los socialdemócratas alemanes desarrolladas en las notas reunidas bajo el título *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, el joven cordobés apunta a establecer las notables semejanzas entre las críticas de Astrada y las reflexiones de Gramsci en torno al mecanicismo que dominaba las interpretaciones “ortodoxas” del marxismo. ¿No plantea también Gramsci la “unidad inescindible de sujeto-objeto” desde el momento en que coloca el devenir histórico del hombre en el centro de la filosofía de la praxis?

¿No había llegado el momento de encarar una necesaria *revisión*? ¿Medirse y combatir con las ideologías modernas no era una tarea fundamental para el marxismo y condición de posibilidad para crear su propio grupo de intelectuales? La larga serie de sugerencias remata con una certeza:

En mi opinión la aparición de Gramsci significará un gran desarrollo de la discusión y la crítica del marxismo dentro de un vasto sector de los intelectuales. Y creo que lo recibirán, como dijera Rodolfo Ghioldi de otro libro: “Con la avidez con se goza en una noche pesada de verano un golpe de aire fresco”. Ayudaría evidentemente a curar muchas concepciones mecanicistas que subsisten en las interpretaciones habituales del marxismo.<sup>716</sup>

Todas estas preguntas precisaban respuestas que el propio Agosti, sugiere Aricó, estaría en condiciones de ofrecer. No sabemos qué contestó el autor de *Echeverría* a la extensa misiva del joven discípulo que busca aprovechar al máximo la ayuda prometida por su maestro. Sí podemos afirmar que la apelación no pasó inadvertida, al menos en su fuero interno. En su diario personal, con fecha 29 de diciembre de 1957, Agosti apunta que le habían informado sobre la carta de Astrada aparecida en *Estrategia* y de las acusaciones de sectarismo que se le dirigían por la negativa de *Cuadernos de Cultura* a publicarla. Lo que no puede decirse, escribe, es que fue Rodolfo Ghioldi quien determinó esa negativa. Sin embargo, esto estaba lejos de ser lo importante, pues había un hecho más trascendente:

Hay que afrontar un debate mundial sobre el marxismo que aquí tiene sus repercusiones. La crisis Lefebvre en Francia, las proposiciones de Sartre sobre el marxismo, el “marxismo abierto” que se pregona entre nosotros, etc., todo ello requiere evidentemente ser afrontado de manera pública, aboliendo las formas rutinarias. Puede ser —debe ser— el programa para 1958.<sup>717</sup>

Desde este momento, la relación entre Agosti y Aricó se estrechó en torno a esta voluntad compartida de “revisar” la vieja ortodoxia cultural comunista vía Gramsci. En el marco del deshielo que parecía abrir la era Jruschov, una cierta revisión filosófica podía ser tolerada en las filas partidarias mientras dicha revisión no se trasuntara en la esfera política. Tal es así que un año después Aricó recibía la noticia, por boca de Héctor Schmucler, de que le sería encomendado el cuidado de las

---

<sup>716</sup> Carta de José María Aricó a Héctor P. Agosti, *op. cit.*

<sup>717</sup> Diario Personal de Héctor P. Agosti, Archivo Héctor P. Agosti/CeDInCI, p. 221.

siguientes ediciones castellanas de la obra de Gramsci que estaban en curso por la Editorial Lautaro. Para Aricó este encargo significaba el cumplimiento de un “viejo sueño” y se muestra ansioso por demostrarle a su mentor que su falta de experiencia como traductor serían suplidas por su buen conocimiento de la obra del intelectual italiano. Puesto a desplegar su erudición, anotaba puntillosamente los errores de traducción de dos de los libros publicados, las *Cartas de la Cárcel* y *El materialismo histórico...*, algunos de los cuales, afirmaba, eran tan groseros que desnaturalizaban el pensamiento de Gramsci y le hacía sostener cosas que nunca podría haber afirmado.<sup>718</sup> Lautaro le encomendó a Aricó la traducción de *Literatura y vida nacional* y la revisión de *Los intelectuales y la organización de la cultura*, pero su entusiasmo lo lleva a proyectar la reedición total en cinco volúmenes de los textos que componen los *Cuadernos de la cárcel*. Antes de su expulsión, el proyecto se paraliza bajo el pretexto de que la editorial dirigida por Sara Jorge pasaba por problemas económicos y finalmente queda trunco para siempre, pues Aricó no intentó concretarlo en el futuro.<sup>719</sup>

En mayo de 1959, Agosti no solo había terminado de escribir el que consideraba *su* libro, *Nación y Cultura*, sino que en el lapso de tres meses había escrito otro volumen, *El Mito Liberal*, cerrando un ciclo en el que la política parecía absorber todas sus energías, a riesgo de convertirlo, según confesión escrita en su propio diario, en un “grafómano carente de interés”. La satisfacción, sin embargo, estaba lejos de ser completa. A un año del triunfo electoral de Arturo Frondizi, que con tanto entusiasmo había recibido, todas las esperanzas se cerraban con la “más ignominiosa traición a todo cuanto se había postulado para conseguir el sufragio popular”. Esto tenía serias consecuencias, entre las más significativas aquella que David Viñas había bautizado como la “generación traicionada”. El concepto podía discutirse, escribía Agosti, pero estaba señalando algo concreto, una actitud de los jóvenes, incluyendo los jóvenes comunistas, de ruptura con los mayores, de repudio en bloque a todos cuanto les

---

<sup>718</sup> Carta de José María Aricó a Héctor P. Agosti, Córdoba, 22 de agosto de 1959, Archivo Héctor P. Agosti/CEFMA.

<sup>719</sup> En el archivo de Héctor Agosti depositado en el CEFMA se encuentra incompleto, junto a las cartas de Aricó, un plan de ediciones de la obra de Gramsci que el joven cordobés habría remitido a Lautaro.

antecedía que era necesario examinar en sus proyecciones últimas. “¿Será que también ellos se sienten, frente a nosotros, una generación traicionada?”, se pregunta.<sup>720</sup> En el medio de estas meditaciones el talentoso discípulo cordobés le devuelve un elogioso comentario de *El Mito Liberal*, al que califica de extraordinario, al tiempo que lo coloca, junto a *Nación y Cultura*, como el eslabón fundamental de una urgente reconsideración de la historia nacional bajo la advocación gramsciana que era necesario encarar, una historia muy diferente en su forma y sus alcances a los “limitados” materiales que publicaba el partido.

He terminado de leer *El Mito Liberal* y me parece un libro extraordinario. Pienso que es el capítulo que faltaba a *Nación y Cultura* para convertirse —de tal manera— en el más serio esfuerzo hecho en el país por desentrañar la contradictoria realidad cultural. Nuestro partido está logrando una gran madurez en el conocimiento profundo de nuestro país y su libro (o sus libros) es una muestra clara del aporte de los comunistas a la cultura nacional. Mucho queda por recorrer pero lo ya hecho demuestra que ha quedado muy atrás la época que el marxismo estaba en pañales en la Argentina — como dijiera R. Ghioldi— y que el materialismo histórico se está convirtiendo en nuestras manos (vaya lo de “nuestra” en sentido figurado sin hacer mención personal) en un precioso instrumentos de conocimiento. El suyo es un libro profundamente sugerente, amplio, polémico, que ayuda a plantear los problemas desde nuevos puntos de miras. Por ejemplo, el capítulo “Formas y contenido de la cultura”, que me parece el más rico en este sentido. Creo que Ud. da el ejemplo de utilización creadora del marxismo en general y en ese capítulo, de las ideas de Gramsci, y nos ayudará a quienes somos simples grumetes del barco en el que Ud. es “veterano” (sin licencia) a encontrar el camino para la comprensión cabal de nuestra nación (...). La distinción que Ud. formula entre las corrientes liberales y democráticas del siglo pasado (y del presente) es extremadamente sugerente y puede permitirnos, si la aplicamos con suficiente flexibilidad y conocimiento de la historia, no extraviarnos en los contradictorios hechos del período de la Organización, la Revolución del 90, etc. Su demostración clara de las deficiencias de estas corrientes y del nacionalismo nos coloca en una posición privilegiada para realizar un análisis objetivo —es decir al margen de las facciones— de nuestro pasado y los problemas irresueltos y podremos pasar a la ofensiva en un terreno en el que todavía estamos a la defensiva (y muestra de ello es la limitación de los escritos sobre historia que aparecen en nuestros materiales).<sup>721</sup>

---

<sup>720</sup> Diario personal de Héctor P. Agosti, *op. cit.*, p. 234.

<sup>721</sup> Carta de José María Aricó a Héctor P. Agosti, Córdoba, 28 de setiembre de 1959, Archivo Héctor P. Agosti/CEFMA.

Una y otra vez Agosti le solicita al grupo de jóvenes cordobeses que colaboren con *Cuadernos de Cultura*. Aricó promete un artículo sobre Gramsci e insiste en la necesidad de completar los volúmenes de los *Cuadernos de la Cárcel*, particularmente *Il Risorgimento*:

En mi artículo quisiera referirme un poco a esta problema que se puede resumir así: El profundo crecimiento de las fuerzas populares, fundamentalmente de la clase obrera, obliga a replantearse los problemas de nuestra historia nacional por aquello de que “Si escribir historia significa hacer historia del presente, es un gran libro de historia aquel que en el presente ayuda a las fuerzas en desarrollo a devenir más conscientes de sí mismas y con ello más activas y realizadoras (*Il Risorgimento*, p. 63). Esta labor la deben realizar sin desmayo nuestros investigadores y nuestros dirigentes. Le recuerdo que en la biografía realizada por Lombardo Radice y Carbone, ellos cuentan como planteaba la necesidad de que los dirigentes del Partido conociese profundamente la historia de la creación del Estado Unitario Italiano y encuentro también en una nota de *Problemas de la Paz*<sup>722</sup> que esa idea del genial pensador italiano se lleva a la práctica ya que en los cursos anuales del P.C. Italiano se incluye como materia obligatoria la Historia de Italia. En nuestro proyecto de programa y nuestras tesis están contenidos los rasgos fundamentales de nuestra historia que pueden permitirnos realizar ese trabajo y la idea de festejar el 150 aniversario de la Revolución de Mayo puede ser un punto de arranque de una profunda labor en este sentido.<sup>723</sup>

Aricó nunca cumple su promesa, pero interviene directamente en la polémica filosófica que será la antesala de su expulsión y la de sus compañeros de empresa del partido. A mediados de 1962, un joven miembro de la Comisión de Estudios Filosóficos del partido, Raúl Olivieri publicó en *Cuadernos de Cultura* un artículo que bajo el título “El problema del determinismo en el materialismo dialéctico”, volvía sobre el tema de la relación sujeto/objeto para defender la preeminencia de la “objetividad de lo real” sobre la conciencia (“*diamat*”).<sup>724</sup> Tal como Aricó había interrogado a Agosti cuatro años antes, nuevamente se planteaba la opción entre la canonización de la epistemología materialista de la preeminencia del objeto sobre el sujeto propia de *Materialismo y Empiriocriticismo*, o bien la recuperación para una filosofía de la praxis de aquel idealismo hegeliano que concebía el lado

---

<sup>722</sup> *Problemas de la Paz y el socialismo* (1958-1961) es la revista oficial del comunismo internacional que se edita en Praga y se reedita en Buenos Aires.

<sup>723</sup> Carta de José María Aricó..., *op. cit.*

<sup>724</sup> Olivieri, Raúl, “El problema del determinismo en el materialismo dialéctico”, en *Cuadernos de Cultura*, n° 58, julio-agosto de 1962, pp. 11-30.



activo/productivo de la realidad del sujeto cognoscente/actuante. Oscar del Barco, alentado por Agosti, escribió un artículo que implícitamente enjuiciaba el texto de Olivieri.<sup>725</sup> Bajo el amparo del historicismo gramsciano, del Barco calificaba de “metafísico” el objetivismo materialista del *diamat* y afirmaba que confundía el problema de la preexistencia ontológica del mundo exterior y su relación con el sujeto cognoscente con el problema del sentido que el sujeto otorgaba a ese mundo.<sup>726</sup> El texto provoca una álgida discusión y la Comisión de Estudios Filosóficos le encomienda a Olivieri redactar una refutación, la que se publicó en el número 60 de *Cuadernos de Cultura*. Luego de reconocer la vastedad y originalidad de la obra de Gramsci y el aporte en “algunos aspectos” renovador del marxismo que implicaba, Olivieri se lamenta que del Barco tome del pensador italiano precisamente el problema de la objetividad, uno de sus aspectos más discutibles y donde más se alejaba de la filosofía marxista—leninista. Como consecuencia Del Barco, siguiendo hasta las últimas consecuencias las tesis planteadas por Gramsci en *El materialismo histórico...*, recaía como este en un idealismo subjetivo de consecuencias políticas evidentes.<sup>727</sup>

A fines de noviembre de 1962, Oscar del Barco le escribe a Agosti una breve nota en la que le informa que ha decidido, junto con Aricó, elaborar una respuesta que profundice en la problemática planteada, pero, le advierte, ya no por el “camino simplemente exegético”.

He leído la respuesta de Olivieri a mi trabajo sobre el concepto de objetividad en Gramsci. La verdad es que, mediante un tipo de polémica que necesitamos en forma imperiosa superar, se lleva un ataque en parte frontal y en parte encubierto, contra Gramsci, contra aquellos aspectos que el autor llama discutibles, los que “más se apartan de la filosofía marxista-leninista”. Y no es que no se puede discrepar con Gramsci. Al contrario, hay que impedir a toda costa la concreción de una nueva ortodoxia, gramsciana o de quien sea, pero teniendo siempre presente las necesidades

---

<sup>725</sup> Del Barco, Oscar, “Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la ‘objetividad’”, en *Cuadernos de Cultura* n° 59, septiembre-octubre de 1962, pp. 29-41.

<sup>726</sup> Cfr. Kohan, 2000, *op. cit.*, pp. 185-186.

<sup>727</sup> Olivieri, Raúl “El materialismo dialéctico y la objetividad”, en *Cuadernos de Cultura* n° 60, noviembre-diciembre de 1962, pp. 23-39.

de una verdadera crítica filosófica y dejándonos de una vez para siempre de encarar como enemigo a quien no comparte nuestras ideas.<sup>728</sup>

Agosti presta su apoyo, aunque solicita un especial cuidado con el tono en que se formularía el asunto, y el artículo de Del Barco es publicado bajo el poco equívoco título de “Respuesta a una crítica dogmática”. Esta vez, no solo se invoca a Gramsci, sino que el joven filósofo cordobés apoyó sus tesis en otros filósofos marxistas contemporáneos (Luporini, Lukács, Banfi, Sartre, Geymonat, etc.), entre los cuales no solo se contaba el hasta hace poco denostado Rodolfo Mondolfo sino ciertos “profetas” que combinaban el marxismo con “brebajes existencialistas”, según las palabras del propio Agosti, como Maurice Merleau-Ponty...<sup>729</sup> El debate se cerró de forma definitiva en el mismo número con un artículo escrito conjuntamente por Olivieri y Raúl Sciarreta, traductor de *Los Intelectuales y la Organización de la Cultura*, donde Del Barco fue acusado ya no solo de idealista, sino ya directamente de revisionista.<sup>730</sup> Para ese momento, la revista *Pasado y Presente* ya había publicado su primer número y tanto Aricó, Del Barco, Schmucler, como Juan Carlos Portantiero en Buenos Aires, serían expulsados definitivamente.

La publicación de *Pasado y Presente* fue un proceso largamente meditado por los jóvenes cordobeses y el propio Agosti estaba al tanto del proyecto, al que no veía con total simpatía.<sup>731</sup> Para el autor de *El mito liberal*, era necesario concentrar los esfuerzos en *Cuadernos de Cultura* y no dispersar las escasas fuerzas en un momento

---

<sup>728</sup> Carta de Oscar del Barco a Héctor. P. Agosti, Córdoba, 25 de noviembre de 1962, Archivo HPA / CEFMA

<sup>729</sup> Del Barco, Oscar, “Respuesta a una crítica dogmática”, en *Cuadernos de Cultura* n° 63, mayo-junio de 1963, pp. 34-57 y 58-82

<sup>730</sup> Oliva, Raúl [Raúl Olivieri] y Raúl Sierra [Sciarreta], “Crítica a una crítica revisionista”, en *Ibidem*, p. 58-62.

<sup>731</sup> La revista *Pasado y Presente* publicó su primer número en abril de 1963 en la ciudad de Córdoba, bajo la dirección de Oscar del Barco y Aníbal Arcondo y con el apoyo del Partido Comunista Argentino (PCA), que financió los dos primeros números. Luego de su aparición el partido expulsó a los participantes de la revista bajo sospechas fraccionalistas. *Pasado y Presente* publicó un total de 9 números hasta el cierre de su primera etapa en 1965 y 2 más en 1973.

Estuvieron en su Consejo de Redacción, alternativamente: Oscar del Barco, José M. Aricó, Samuel Kieczkovsky, Juan Carlos Torre, Héctor N. Schmucler, Aníbal Arcondo, César U. Guiñazú, Carlos Assadourian, Francisco Delich, Luis J. Prieto y Carlos R. Giordano. Entre los colaboradores argentinos escribieron: José Carlos Chiamonte, Gregorio Bermann, Mauricio Hesse, León Rozitchner, Noé Jitrik, Julio César Moreno, Conrado Eggers Lan, Emilio Terzaga, Emilio de Ipola, Néstor Braunstein, Eliseo Verón, Alberto Ciria, Oscar Massota y José Nun.

en que el partido se encontraba nuevamente ilegalizado. Tanto Schmucler como Agosti defendieron el proyecto de una revista cordobesa, en primer lugar, por la necesidad de una publicación que tuviera una presencia física en la provincia y sirviera para aglutinar voluntades y formar equipos que una colaboración a la distancia no aseguraba. Pero además, ese “engrendo” que han bautizado *Pasado y Presente* estaba pensada para ser una revista de frente único y, por lo tanto, no identificada directamente con el partido como *Cuadernos de Cultura*, lo que en las condiciones del país era una ventaja para asegurar colaboraciones. Pero sobre todo, explica Aricó:

No existe una publicación de este tipo, en el país. Y el hecho de que no exista hace que muchas personas que mantiene una seria posición de respeto hacia nuestra organización, y que están dentro de la izquierda pueden ser convertidas en piezas de maniobras de aventureros del tipo de los que se acaba de lanzar a la publicación de la revista de la *Liberación nacional*.<sup>732</sup> Lo que en mi opinión no es más que otra de las tantas publicaciones que bajo el manto de la izquierda se dedican a hacer cada vez más duro el camino del encuentro de las fuerzas populares.<sup>733</sup>

El problema de la dispersión de esfuerzos y la falta de compromiso con *Cuadernos de Cultura*, remataba Aricó, no dependía, y Agosti debía saberlo, de la existencia de una nueva revista, sino de que las direcciones partidarias no tenían conciencia de la importancia del trabajo cultural. La revista finalmente aparece en el mes de abril de ese año y es Schmucler el encargado de hacerla llegar a las manos de Agosti. Junto con el reconocimiento por la deuda intelectual que, afirma, la revista tiene con sus orientaciones y su esfuerzo por ampliar la concepción y el alcance del trabajo cultural partidario, Schmucler le advierte que dentro de la concepción general de la lucha ideológica tal vez la revista albergara ciertas apreciaciones diferentes sobre “particulares aspectos de la totalidad de este combate”.<sup>734</sup>

El resultado es conocido. Los pasadopresentistas son expulsados junto al grupo que en Buenos Aires lidera Juan Carlos Portantiero. La ruptura de Agosti con sus discípulos

---

<sup>732</sup> Se refiere a la *Revista de la Liberación* que publicó tres números entre 1963 y 1964. Estaba dirigida por José Speroni y Ricardo Piglia integraba su consejo de redacción.

<sup>733</sup> Carta de José María Aricó a Héctor. P. Agosti, Córdoba, 28 de enero de 1963. Archivo Héctor P. Agosti/CEFMA.

<sup>734</sup> Carta de Héctor Schmucler a Héctor P. Agosti, Córdoba, 12 de junio de 1963. Archivo Héctor P. Agosti/CEFMA.

es total, nunca más los atiende ni permite ningún contacto.<sup>735</sup> En adelante, los fraccionamientos se suceden y el espacio cultural que trabajosamente había intentado articular se sumerge en una crisis de la que ya no podrá recuperarse. En 1964 es separado del partido el grupo editor de *La Rosa Blindada* —Carlos Brocato y José Luis Mangieri— acusado de simpatizar con el foquismo.<sup>736</sup> La misma suerte corre el poeta Juan Gelman, abriendo una sangría que en adelante incluirá a Marcelo Ravoni, Hugo Gola, Roberto Raschella, Raúl Sciarreta...

Las razones políticas por las cuales es posible explicar estos sucesivos fraccionamientos han sido ya analizadas por otros autores, particularmente en referencia al impacto que la Revolución Cubana y, con ella, la lucha armada, tuvo entre los jóvenes comunistas, sumergidos además en el problema teórico—político que suponía la persistente lealtad que las masas populares demostraban hacia el peronismo. A partir del caso particular de *Pasado y Presente*, nos interesa colocar el acento en otra dimensión, específicamente cultural y no exclusivamente local, que consideramos debe ser analizada como variable explicativa de las dificultades que el comunismo encontró para dar respuesta a la “exigencia de rigor” que muchos nuevos intelectuales plantearon a unas dirigencias no siempre capacitadas para responder. En este sentido, la radicalización política que dio pie al nacimiento de la llamada “nueva izquierda” debe ser comprendida en una estrecha relación con los cambios que se produjeron en el propio campo intelectual y específicamente, en la universidad.

---

<sup>735</sup> En la entrevista que Portantiero le concedió a Edgardo Mocca en 2005 relata los hechos que llevaron a su expulsión, una vez que apareció encabezando una fracción partidaria de origen universitario. Portantiero recuerda que se realizó una reunión con el objetivo de enjuiciar su comportamiento y forzarlo a una autocritica, en la que participaron Normando Iscaro, Leonardo Paso y Agosti. La reunión terminó en la expulsión a pesar de los intentos moderadores de Agosti, quien, según señala Portantiero, estuvo “toda la noche tirándole sogas” que él nunca agarró. Cfr. Mocca, *op. cit.*, pp. 67-68.

<sup>736</sup> El título de la revista estaba inspirado en un libro de Raúl González Tuñón, quien la apadrinó. Entre sus colaboradores se contaban Roberto Cossa, Octavio Getino, Roberto Raschella y Javier Villafañe, entre otros. *La Rosa Blindada* es otro caso interesante, por el diverso perfil de sus integrantes respecto de *Pasado y Presente*, de recepción del marxismo italiano. En su primero número, la revista publicó a modo de presentación el artículo de Galvano Della Volpe “Marxismo y crítica literaria” y la editorial del mismo nombre, una de las más importantes del período, publicó el importante trabajo del crítico Paolo Chiarini *La Vanguardia y la poética del realismo*. Sobre la revista consultar el trabajo de Kohan (1999).

### ***Pasado y Presente: nuevas figuras del intelectual marxista***

En abril de 1962, un grupo de estudiantes universitarios de la carrera de sociología de la UBA, dirigió una extensa carta a Agosti en su calidad de director de *Cuadernos de Cultura*. En ella se referían al artículo “Cosas de la sociología” publicado en esa revista bajo la firma de Rodolfo Ghioldi.<sup>737</sup> Destinado a combatir el espacio interpretativo de la naciente carrera de sociología, que por entonces arrojaría su primera promoción de egresados, el artículo de Ghioldi refutaba la “sociología burguesa” por ser anticientífica y apologética, simple producto de la degeneración capitalista, una mera ilusión que los marxistas debían combatir en nombre de la única sociología científica posible, el materialismo histórico encarnado en la praxis del PCA. Para los jóvenes estudiantes comunistas, la intervención de Ghioldi condensaba ejemplarmente el modo con el que las dirigencias comunistas evaluaban el vínculo entre el marxismo y las nacientes ciencias sociales y que a su juicio constituía el mejor modo de eludir el estudio de la “realidad nacional”, verdadero imperativo de la época: la absoluta falta de rigor científico, la renuncia a cualquier análisis crítico, la simplificación e incluso el más craso desconocimiento sobre la materia tratada:

Por demasiado evidente sólo apuntamos que el esquematismo, la violencia de los adjetivos, las contadas y parciales fuentes de información a las que se hace referencia, el uso de citas aisladas como indicadores absolutos de posiciones ideológicas, colocan la polémica en un nivel muy distante del que debe mantener una discusión científica, inutilizando el artículo como material de lucha ideológica. Estos trabajos se hacen necesarios como material de consulta y esclarecimiento, pero nosotros consideramos que sin un mínimo de rigor y elaboración no pueden cumplir satisfactoriamente ese papel.<sup>738</sup>

Al señalar con el tono de lo evidente aquello que Ghioldi parecía ignorar —por ejemplo, que era totalmente impropio colocar en un mismo plano autores como Parsons y Levi-Strauss—, los futuros sociólogos realizaban la inédita operación de cuestionar a un máximo dirigente partidario por carecer de los mínimos requisitos de

---

<sup>737</sup> Ghioldi, Rodolfo, “Cosas de la sociología”, *Cuadernos de Cultura*, Buenos Aires, n° 53, 1961, pp. 22-38.

<sup>738</sup> Carta sin firma dirigida al director de *Cuadernos de Cultura* Héctor P. Agosti, abril de 1962. Archivo Héctor P. Agosti/CeDInCI.

rigor intelectual frente a un adversario que los cumplía en abundancia, colocando bajo su responsabilidad las dificultades que el marxismo-leninismo hallaba para insertarse en los sectores estudiantiles e intelectuales, cada vez más atraídos por los “neomarxistas y revisionistas”. Poco tiempo después, desde las páginas de *Cuestiones de Filosofía*, una revista con la que *Pasado y Presente* mantendrá un intercambio regular y una afinidad evidente, un joven miembro de la emergente elite de científicos sociales producto de la universidad postperonista volvía a dedicarse al artículo de Ghioldi para afirmar lo que los comunistas habían ya insinuado: que el marxismo tal como lo entendía el PCA, y con él buena parte de la izquierda partidaria, era uno de los principales obstáculos para el desarrollo de una “perspectiva marxista” en las ciencias sociales y para determinar el lugar que a éstas les correspondía en los procesos de transformación social.<sup>739</sup> Para Eliseo Verón —quien en ese momento se encontraba estudiando en el College de France bajo la tutela de Lévi-Strauss— si la “sociología marxista” existía solo en la mente de aquellos que consideraban al marxismo como una posesión, como una verdad total, abstracta y fuera de la historia, correspondía a las nuevas promociones, empezando por su propio revista, encarar su concreción como un programa a la vez político e intelectual.<sup>740</sup> Consideramos que *Pasado y Presente* representó ejemplarmente este conflicto que atravesó todo el mundo comunista a partir de los años ‘60: la emergencia de una nueva promoción de intelectuales que se propuso cuestionar a los dirigentes en el terreno hasta entonces reservado de la teoría marxista. Se trató de la disputa entre dos elites, una legitimada por su posición en el aparato de representación política y la otra por su posición hegemónica en la esfera intelectual en tanto representantes de la modernidad dentro del marxismo.<sup>741</sup>

---

<sup>739</sup> *Cuestiones de Filosofía* publicó tres números (el segundo doble) en 1962. Estaba dirigida por Marco Aurelio Galmarini, J. Arthur Giannotti, Jorge Lafforgue, León Sigal y Eliseo Verón.

<sup>740</sup> Verón, Eliseo, “Sociología, ideología y subdesarrollo”, *Cuestiones de Filosofía*, n° 2-3, 1962, pp. 13-40.

<sup>741</sup> La emergencia, junto al intelectual *de* partido, de una nueva especie, el intelectual *en el* partido, dispuesto a reclamar un rol específico en la elaboración de la estrategia teórica y política de la organización, no fue, por supuesto, una particularidad argentina, tal como fue analizado para el caso francés a través de la figura de Louis Althusser (Matonti, 2005) o como lo ha señalado Perry Anderson (2009) refiriéndose al Partido Comunista Italiano (PCI).

Hacia fines de la década del 50, el PCA todavía ocupaba un lugar hegemónico en el mundo cultural de las izquierdas argentinas. Una vez perdido el ascendente en el mundo de los trabajadores luego de la irrupción del peronismo, el comunismo se había convertido en un partido de clases medias cuya mayor influencia se desarrollaba en el mundo de las ideas y la cultura.<sup>742</sup> Sostenida en una estructura de considerables proporciones que incluía varias revistas, editoriales y organizaciones frentistas y culturales, la cultura comunista argentina, sin embargo y a pesar de los esfuerzos de Agosti, no había desarrollado una línea reconocible y diferenciada en el campo cultural más general y, salvo algunas excepciones, se mantenía adherida a los moldes de la herencia liberal y sujeta a concepciones reduccionistas y dogmáticas sobre la creación artística y el trabajo intelectual. La composición del espacio intelectual comunista era variada e incluía tanto a artistas y escritores como a profesionales de diversas disciplinas, como médicos, abogados y arquitectos. Los primeros, sin embargo, eran los más destacados en el debate público y en general respondían a la figura que Ricardo Pasolini ha llamado “intelectuales nuevos”: individuos con escaso capital cultural propio o bien marginales de los centros de consagración de la vida intelectual que encontraron en el partido, principalmente a través de la militancia antifascista, una fuente de oportunidades culturales.<sup>743</sup> Precisamente, la identidad antifascista que había unificado a la intelectualidad comunista desde los años 30 y se había extendido a lo largo del decenio peronista entró en una crisis definitiva a medida que tomaba relevancia la relectura del fenómeno peronista y el liberalismo era objeto de un cuestionamiento generalizado. Tanto la línea de pensamiento que ligaba la “defensa de la cultura” con la recuperación de una tradición liberal amenazada por la “barbarie fascista” como la figura del intelectual que actuaba como baluarte de los valores de la razón y la humanidad, dejaron de ser representaciones válidas para pensar el pasado y el lugar que les correspondía a los intelectuales en los procesos de transformación social, desplazamiento que la Revolución Cubana aceleró considerablemente.<sup>744</sup>

---

<sup>742</sup> Cfr. Altamirano, 2011, op. cit, pp. 68.

<sup>743</sup> Cfr. Pasolini, 2005 y 2006

<sup>744</sup> Sobre la emergencia de la figura del intelectual revolucionario en América Latina ver Gilman (2003).

Esta modificación ideológica se articuló con el cambio morfológico que produjo el ingreso al partido de nuevas promociones de jóvenes intelectuales, muchos de los cuales se estaban formando en los claustros de la universidad reformista en el marco de un auge sin precedentes de la cultura marxista, que se convirtió en un eje central de la modernización cultural de todo el período abierto en 1955. Si hasta entonces los intelectuales comunistas actuaban principalmente como blasón de legitimidad de las iniciativas frentistas, pero solo en raras ocasiones pensaban o integran el marxismo a sus propias producciones culturales, tarea para lo cual carecían de una formación suficiente que las autoridades partidarias advertían y reclamaban, ahora el problema era el contrario y la pretensión de los jóvenes sociólogos, historiadores y críticos literarios de, además de conocer esa literatura, discutirla sobre la base de un saber erudito y específico del que los dirigentes carecían, constituyó una situación del todo novedosa.

En diálogo con este proceso, y haciendo suyas gran parte de las innovaciones que de él se derivaron, el dato generacional sobre el que se asentó el gesto rupturista ensayado por *Pasado y Presente* adquiere una dimensión más específica, si bien no exclusiva. Como los jóvenes sociólogos que recusaron al máximo dirigente del partido por un desconocimiento de las novedades teóricas tan grande como vergonzante resultaba para ellos sostenerlo frente a sus opositores, los jóvenes agrupados en torno de *Pasado y Presente* se dispusieron a una empresa de reforma doctrinal cuyo centro estratégico fue desplegar, como bien lo señaló Oscar Terán, todo lo que ellos conocían y el Partido Comunista ignoraba.<sup>745</sup> Desde un principio, y a diferencia de otras publicaciones surgidas en circunstancias similares, *Pasado y Presente* se presentó como una revista de cultura marxista, si por ello entendemos la centralidad otorgada a la recuperación y análisis de los textos de Marx y a las discusiones teóricas que en ese momento proliferaban en torno a un corpus que parecía inagotable. En este sentido, la revista incluyó desde su primer número una notable cantidad de traducciones y manifestó un marcado interés por aspectos teóricos y metodológicos y regiones teóricas y disciplinares que entraban de lleno en la categoría de “lo nuevo”.

---

<sup>745</sup> Terán, 1993, p. 165.



Esta vocación vanguardista que moldeaba el modo en que la revista se propuso intervenir en el debate intelectual no es, como dijimos, excluyente para explicar el fenómeno generacional del que se reclamó parte, aunque sí determinante para explicar la significación cultural que la revista adquirió en su contexto. En efecto, el sentimiento de ruptura y distanciamiento de todo lo precedente que acompañó buena parte de las innovaciones culturales y políticas del siglo XX no siempre dio lugar al nacimiento de una generación.<sup>746</sup> El surgimiento de una promoción de intelectuales marxistas, si bien puede remitirse a un grupo de acontecimientos o “eventos ideológicos” mundialmente reconocidos, no en todos los casos adoptó la forma de un discurso generacional como sucedió en la Argentina, donde la “cuestión peronista” fue el elemento catalizador principal que le dio forma.<sup>747</sup> Como ha advertido Carlos Altamirano, la política no fue la única de las formas que adoptó la emergencia de esta nueva generación, en cuyas coordenadas todos se identificaron de una u otra manera, pero en esa esfera específica, el peronismo y con él los motivos ideológicos de lo que en términos generales podemos denominar “populismo”, interpeló a la intelectualidad de izquierdas hasta un punto de fascinación.<sup>748</sup> *Pasado y Presente* no rehuyó a este llamado, como tampoco a aquél que la Revolución Cubana, primero, y la figura del peronismo revolucionario, luego, terminaría condensando: la lucha armada.<sup>749</sup>

### **Las tramas de la universidad reformista**

Si la oposición a la tradición comunista debe ser un punto de partida para comprender el modo en que *Pasado y Presente* buscó posicionarse en el espacio intelectual, la referencia a la universidad es un dato insoslayable para pensar su formación interna. No tanto porque fuera un emprendimiento definido por su estricta relación con el campo académico, como sí lo era *Cuestiones de Filosofía*, sino porque también allí la mayoría de los miembros del grupo establecieron relaciones cuya virtualidad

---

<sup>746</sup> Cfr. Schorske, 1979, pp. 109-116

<sup>747</sup> Sobre el concepto de “eventos ideológicos” y el problema de las generaciones en la historia intelectual ver Sirinelli, 1986, pp. 97-108 y 1987, pp. 7-12.

<sup>748</sup> Altamirano, 2011, *op.cit.*, pp. 70-71.

<sup>749</sup> Sobre el acercamiento de algunos miembros de *Pasado y Presente* al Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), experiencia foquista instalada en el norte argentino en los primeros años de la década del 60 y comandada por el periodista Jorge Ricardo Masetti, consultar el libro de Burgos (*op.cit.*, pp.83-93).

conducirá a darle forma. Como se sabe, con la excepción de José María Aricó , todos los integrantes del comité editorial de la revista a lo largo de su primera etapa tenían formación universitaria, y, todavía más excepcional para la época, no pocos cursaron estudios de posgrado en el exterior, algunos completando estudios doctorales antes de cumplir los 35 años.

De sus primeros directores, Oscar del Barco era historiador, mientras que Aníbal Arcondo (1934—2003) era Doctor en Economía por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), título que complementará poco después, en 1968, cuando bajo la dirección de Ruggiero Romano defiende su tesis doctoral en historia económica en la Sorbonne. Historiador era también Carlos Sempat Assadourian (1937), quien en 1964 presentó en la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades su tesis de licenciatura sobre el tráfico de esclavos en Córdoba, publicada al año siguiente en la serie “Cuadernos de Historia” del Instituto de Estudios Americanistas dirigido por Ceferino Garzón Maceda, figura principal de la renovación historiográfica que desde los años ‘60 se operó en las universidades argentinas bajo el influjo de la Escuela de los Annales. Oscar del Barco, aunque también estuvo ligado a Garzón Maceda, no se dedicó a los estudios históricos y su participación en la revista se centró en la promoción de las líneas teóricas que en Francia brillaban bajo la constelación del estructuralismo y sus nombres. Sin embargo, en la segunda entrega de la revista su artículo “Metodología histórica y concepción del mundo” puso a *Pasado y Presente* en el centro del nuevo debate historiográfico al polemizar con el paradigmático texto de Tulio Halperin Donghi “Historia y larga duración: examen de un problema”, publicado en el segundo y último número de *Cuestiones de Filosofía*. Fue Del Barco, mientras realizaba un viaje de estudios en París, quien invitó a participar de la revista a Francisco Delich (1937), otrora opositor político de la militancia universitaria, quien se incorporó al comité editor cuando regresó a Córdoba una vez diplomado en la École des Hautes Études, donde se formó con Alain Touraine en la naciente sociología del trabajo. Delich y el entonces estudiante de sociología de la UBA, Juan Carlos Torre (1940), serán claves en el trabajo de campo que resultó en el informe sobre el conflicto

de la fábrica Fiat que la revista publicó en su último número de 1965 y del que nos ocuparemos más adelante.<sup>750</sup>

Entre los miembros fundadores de la revista se encontraba el doctor Samuel Kieczkovsky –quien trabajaba en la clínica del psiquiatra Gregorio Bermann, héroe cultural de la Reforma Universitaria y longevo compañero de ruta del PCA–, además de Héctor Schmucler, quien fue su primer secretario de redacción. Schmucler venía de la carrera de Letras, como Carlos Rafael Giordano y César Ulises Guiñazú (1938-1978). Este último publicó, en 1964, un estudio sobre el escritor Alberto Vanasco en el que también participó Noé Jitrik, miembro de la fundamental revista *Contorno*, quien desde 1960 ejercía como profesor titular de la cátedra de Literatura Argentina I de Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC), de la que Carlos Giordano fue profesor adjunto y Héctor Schmucler adscripto. Pero Jitrik no fue el único “contornista” que pasó por Córdoba en los años de la universidad postperonista, el crítico literario Adolfo Prieto estuvo al frente de la misma cátedra en 1957, además de dictar Literatura Hispanoamericana.<sup>751</sup> De esta renovación del cuerpo profesoral participó también Luis Prieto (1926—1996), quien se incorporó a la dirección de la revista con la ampliación del comité editorial del número 5/6. Profesor titular de la cátedra de Lingüística General, Prieto venía de una larga estadía en Francia donde se formó con el lingüista André Martinet. En 1964, publicó en París *Principes de Noologie* y en 1966 *Messages et signaux*, traducido un año después por César Ulises Guiñazú para la editorial Seix Barral de Barcelona.

El itinerario de Prieto es interesante para observar tanto el creciente interés que el marxismo despertó entre ciertos sectores de las elites intelectuales como el proceso de politización que en algunos casos esto aparejaba. Proveniente de la derecha católica, a principios de los ‘60 se incorporó al frente cultural del PC cordobés que, bajo el impulso de sus jóvenes militantes, se convirtió en un amplio y ecléctico movimiento cuyos integrantes no siempre fueron vistos con simpatía por la dirigencia, al punto de

---

<sup>750</sup> “Informe preliminar sobre el conflicto FIAT”, *Pasado y Presente, Córdoba, n° 9, abril-setiembre de 1965*, pp.56-67.

<sup>751</sup> Sobre la importancia de Adolfo Prieto en la renovación de la crítica literaria argentina ver Blanco y Jackson (2011, *op. cit.*, pp. 31-51)

que ésta rechazará la afiliación de muchos noveles aspirantes. Éste fue el caso del poeta y ensayista Enrique Luis Revol (1923-1988), otro elemento fundamental de la renovación universitaria cordobesa a partir de 1956, cuando se puso al frente de las cátedras de Historia de la Literatura Francesa y de Literatura Inglesa y Norteamericana. Muy cercano a los sectores de la intelectualidad liberal, en 1948 Revol comenzó su colaboración con la revista *Realidad* (1947-1949), dirigida por el filósofo Francisco Romero, donde apareció un artículo del escritor Ernesto Sábato sobre el epistolario de Antonio Gramsci, la primera noticia sobre el filósofo italiano en los medios argentinos. El mismo año, creó junto a Alfredo Juan Weiss la revista *Reunión* (1948-1951), dedicada a la crítica del arte y la literatura, y durante este período colaboró con cierta asiduidad en la revista *Sur* (1931-1989), dirigida por Victoria Ocampo, y regularmente en la página cultural del diario *La Nación*. Además de sus fuertes lazos con Buenos Aires, Revol era un activo animador de la sociabilidad intelectual cordobesa, como lo indica su participación en el círculo de escritores, traductores y poetas que se reunían en el café L'Aiglion, al que asistían, entre otros, Alfredo Terzaga y el filósofo de extracción trotskista Héctor Raurich.<sup>752</sup> Los mismos contertulios solían frecuentar el sótano de la librería Paideia, propiedad de Bernardo Nagelkop, ligado a *Pasado y Presente* tanto por proyectos editoriales conjuntos como por la amistad que unía al experimentado librero con el joven Aricó, quien supo desempeñarse como vendedor en el local del Pasaje Central de la ciudad de Córdoba.<sup>753</sup>

De este entramado cultural surgirán los primeros escauceos con el mundo editorial ensayados por el grupo. Además de las anunciadas publicaciones de “Ediciones *Pasado y Presente*”, de las que solo vería la luz el folleto *Arte y Partidismo*, con artículos de Rossana Rossanda y Vittorio Strada y prólogo de Héctor Schmucler; en la segunda entrega de la revista, Ediciones Paideia, que había iniciado su actividad en 1955 con *Diario Fiorentino* de R. M. Rilke, anunciaba la próxima publicación de

---

<sup>752</sup> García García, 2009, p. 312

<sup>753</sup> Sobre la experiencia de la editorial Nagelkop en la renovación del campo cultural cordobés así como del papel de Oscar del Barco en la recepción de la neovanguardia francesa ver Barbeito (2011/2012, pp. 143-148)

cuatro títulos que llevaban la marca de la intervención pasadopresentista. De este proyecto, se concretarán el libro de Henri Lefebvre que marcó la ruptura del filósofo francés con el PCF, *Problemas actuales del marxismo*, editado bajo el sello Nagelkop en 1965, con traducción de César Ulises Guiñazú; y *Merleau-Ponty vivo*, de Jean-Paul Sartre, traducido por Esteban y Elma Estrabou y cuidado por José María Aricó. Algunos de estos nombres los veremos también asociados al proyecto editorial emprendido por la Federación Universitaria de Córdoba (Eudecor) bajo la dirección de José María Aricó, quien, ya fuera del partido y sin una inserción profesional ni universitaria, encontró en el oficio de editor tanto un modo de intervención cultural como una manera de ganarse la vida. Los libros publicados bajo el sello Eudecor desde 1966 darán cuenta tanto del gesto vanguardista que se impulsaba como del sistema de relaciones que lo hacía posible: Enrique Revol traducirá *Televisión y Cultura de masas*, de Theodoro W. Adorno, en la estela de una preocupación que desde principios de los años ‘60 articuló la recepción de la obra frankfurtiana con una matriz de lectura marxista<sup>754</sup> y *La bella y la bestia*, de Herbert Read; Alfredo Paiva –cuya relación con el grupo pasadopresentista se había iniciado también en las aulas universitarias– haría lo propio con *Estructuralismo y crítica literaria*, de Gerard Genette, publicado dos años antes en la revista francesa *L’Arc* y llamado a constituirse, en palabras de Adolfo Prieto, en el evangelio de la nueva crítica bajo el influjo estructuralista. Carlos Giordano participará de la traducción de *Problemas del estructuralismo*, con introducción y notas de Oscar del Barco; y la esposa de Giordano, la profesora Delia García, hará lo propio con uno de los ensayos de *El sabio y la política* de Max Weber, prologado por Juan Carlos Torre. En 1968, año del nacimiento de los “Cuadernos de *Pasado y Presente*”, Oscar del Barco publicará en la colección Signos dirigida por el mismo Giordano *Memoria de una aventura metafísica*, su primera novela y uno de los momentos fuertes de la vanguardia estética cordobesa,<sup>755</sup> al mismo tiempo que la editorial porteña Caldén (dirigida por León Pomer, integrante de *La Rosa Blindada*) publicaba los primeros títulos de la colección

---

<sup>754</sup> García García, *op. cit.*

<sup>755</sup> Cfr. Oviedo, 1999

“El hombre y el mundo”, que bajo su dirección editó a lo largo de la siguiente década títulos de Bataille, Artaud, Morin, Derrida, Barthes e Hyppolite.<sup>756</sup>

Parece indudable el rol que la dinámica universitaria tuvo en la conformación de este amplio sistema de referencias, una dinámica que permitió tanto una inédita circulación intelectual en el espacio universitario nacional como un aceitado sistema de contactos con el exterior a través de becas, intercambios y organismos científicos nuevos como el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), creado en 1958. Las oportunidades culturales que ofrecía el sistema universitario están también, por lo tanto, en el origen del particular interés que varios de los miembros de *Pasado y Presente* demostraron por las novedades intelectuales producidas en Francia, donde buena parte tuvo su formación de posgrado. El recorrido por este entramado invita a matizar tanto la exclusividad de la influencia italiana como a reflexionar acerca de la “particularidad cordobesa” del proyecto intelectual pasadopresentista. Cuando se hace referencia a esta dimensión se apunta a señalar la enorme mutación que la estructura social de la provincia sufrió a partir del crecimiento de una nueva clase obrera industrial, producto de la instalación de las fábricas metalmecánicas durante la década precedente. La relación con este proceso, traducido en términos culturales como la reedición con notable densidad de una antinomia mayor y recurrente entre los principios de la tradición y la modernidad, sería, según la interpretación de Horacio Crespo sobre la estela de las reflexiones ensayadas por Aricó, lo que le otorga la distinción cordobesa a una revista que, en otros sentidos, se insertaba en procesos políticos más amplios como la crisis del comunismo y el influjo de la revolución cubana. Lo que este punto de vista parece sugerir es que la revista habría continuado con una tradición cordobesa marcada por la pretensión de cierto independentismo en el terreno de las ideas respecto de Buenos Aires o, más precisamente, respecto de las lecturas porteñas de las ideas europeas, de ahí que la referencia a la particular ecología

---

<sup>756</sup> De las traducciones de Caldén participaron Giordano, Aricó, María Teresa Poyrazián y, sobre todo, Oscar del Barco (bajo el seudónimo Alberto Drazul), quien junto a Alfredo Terzaga y Alfredo Paiva trajo a nuestra lengua los ensayos y conferencias que componen *Las Lágrimas de Eros*, de George Bataille, publicado por la editorial Signos también en 1968. Para un estudio pormenorizado de la editorial Signos ver el artículo de García (2011/2012, pp. 149-158)

de la ciudad de Córdoba en este período fuera el anclaje desde el cual se introdujeron las innovaciones teóricas que permitirían explicarla.<sup>757</sup>

No cabe duda de que en las hipótesis políticas que la revista propuso, la dinámica industrial cordobesa pero también cierta problematización de la cuestión federal — esbozada en el editorial de Aricó “Examen de conciencia”— ocuparon un lugar importante, y que en torno a ellas se convocaron matrices explicativas gramscianas que, como analizaremos más adelante, tampoco eran exclusivas de una tradición marxista italiana más compleja por esos años. Sin embargo, si se realiza el ejercicio de colocar la atención sobre el entramado cultural cordobés que rodeó y formó parte del surgimiento de *Pasado y Presente*, otorgándole mayor capacidad explicativa a su mediación específica, la cuestión cordobesa se vuelve históricamente más precisa, en tanto permite descubrir un espacio intelectual sumamente dinámico y densamente interconectado, aceleradamente modificado por una elite rejuvenecida por la renovación del sistema universitario posterior al peronismo (no sólo, como hemos visto, en términos estrictamente institucionales e ideológicos sino en cuanto a tramas de relaciones que conectaban espacios culturales diversos) y excepcionalmente atenta a las innovaciones teóricas de otras latitudes, cuya apropiación se materializó en productos y artefactos culturales e intelectuales que tendrán efectos duraderos en la constitución de nuevos campos de conocimiento y reflexión intelectual.

### **El segundo momento peninsular: de Gramsci al “operaismo”**

La relación entre marxismo y cultura moderna fue el sustrato desde el cual se operaron procesos de incorporación de nuevas regiones teóricas y disciplinares, de temas y estilos que, como sucede en los campos culturales periféricos, determinaron la identidad de las nuevas formaciones intelectuales de este período de acuerdo a la relación que éstas establecieron con los centros metropolitanos.<sup>758</sup> En este sentido, siguiendo a Horacio Tarcus, es posible hablar de un corpus marxista en el que habitaban varios Marx y varios marxismos: desde el Marx de los comunistas hasta el

---

<sup>757</sup> Cfr. Crespo, 1997, pp. 130-146

<sup>758</sup> Sigal, 2002, *op. cit.*, p. 15

Marx estructural, pasando por el humanista, el nacionalista, el sartreano y, por supuesto, el gramsciano, ligado a la experiencia pasadopresentista.<sup>759</sup>

Llegados a este punto conviene preguntarse: ¿de qué modo fueron gramscianos los gramscianos argentinos? La respuesta no puede ser unívoca. En efecto, si se atiende allí donde la revista presentó sus aspectos más programáticos, el editorial del primer número y los sucesivos, no cabe duda de que la entera operación de posicionamiento frente a la familia política que le era propia, frente a los diversos grupos y tradiciones actuantes en la cultura argentina postperonista y, principalmente, frente a la relación con el patrimonio teórico y político del marxismo, se realizó invocando los aspectos nodulares de la problemática gramsciana. En ese sentido debemos coincidir con Aricó en que el gramscismo fue el sustrato desde el cual la revista emprendió una modalidad de trabajo cultural que partiendo desde el marxismo, de la confianza en su capacidad crítica y el valor militante de la práctica intelectual, era capaz de incorporar con notable desenfado las corrientes de pensamiento más avanzadas de la cultura europea. “En este sentido, afirma Aricó, y creo que sólo en él, por lo menos desde una perspectiva grupal, fuimos ‘gramscianos’ y como tales reivindicamos nuestra identidad en el ámbito del debate argentino”.<sup>760</sup>

De lo anterior es posible deducir que la identidad gramsciana que el grupo adoptó como su principal herramienta de distinción tuvo una función y una productividad más intelectual que estrictamente política, en tanto permitió un conjunto de operaciones de modernización cultural, incluyendo un nuevo estilo. Pero como lo sugirió Héctor Schmucler, uno de sus miembros fundadores, si los editoriales firmados por Aricó daban cuenta de una línea política en constante diálogo con Gramsci, el resto de la revista era una puesta en práctica del espíritu de heterodoxia que Gramsci facilitaba, sin que ello significara una influencia directa ni una formación sistemática de las que solo Aricó podía dar cuenta.<sup>761</sup> Por lo tanto, la importancia de la figura de Aricó en la definición de la identidad político-intelectual del grupo en torno al pensamiento gramsciano no podría sorprender ni discutirse, pero sería inadecuado tomarla como la

---

<sup>759</sup> Tarcus, 1999, pp. 465-499

<sup>760</sup> Aricó, 2005, *op. cit.*, pp. 91

<sup>761</sup> Entrevista personal realizada por la autora en setiembre de 2008.



variable explicativa de toda la experiencia y no como un dato que debe ser incorporado al análisis. “Prácticamente no existe, afirma Jacques Julliard, una revista digna de ese nombre sin que un hombre le haya consagrado sus ideas, su tiempo, su energía y a veces su dinero. Una revista puede tener una vida colectiva, pero su alma permanece siempre individual”.<sup>762</sup> Podría afirmarse, entonces, que los gramscianos argentinos lo fueron en tanto Gramsci acompañó “como la sombra al cuerpo” toda la trayectoria intelectual de uno de sus miembros más eminentes.

Desde nuestro punto de vista, consideramos que si la apelación a Gramsci permitió que el grupo ingresara al debate político-intelectual desde el interior de la propia cultura comunista pero partiendo de una tradición que desde sus raíces había enfrentado el economicismo y el determinismo del marxismo vulgar, fue el diálogo con la cultura marxista italiana de posguerra lo que le permitió cumplir la función modernizadora que se proponía sin renunciar a la potencialidad política que esa misma cultura demostraba.<sup>763</sup> En efecto, pocos historiadores del marxismo hubieran disentido con Hobsbawm cuando, a principios de la década del setenta, afirmó que el PCI constituía “el capítulo brillante” de la historia del comunismo en el mundo occidental.<sup>764</sup> Como ya mencionamos, la irradiación mundial que las letras y el cine italianos alcanzaron en la década del ‘50 de la mano del neorrealismo, precedió a la notable influencia de las innovaciones teóricas que ofrecerá la segunda generación de intelectuales del filón italiano del marxismo occidental.

En el marco de la tradición marxista occidental, Galvano Della Volpe ocupa un lugar excepcional por su perfil intelectual y su tardía conversión al marxismo, que se produce recién en 1944, luego de una carrera como profesor universitario de más de 20 años y una obra de cierta envergadura en el campo de la historia de la filosofía. De la misma generación que Gramsci y Palmiro Togliatti, el itinerario de Della Volpe es atípico en contraste con ellos pero no respecto a la mayoría de los filósofos

---

<sup>762</sup> Julliard, 1987, p. 5

<sup>763</sup> Italia fue no sólo cuna de una generación de marxistas particularmente brillante, sino un espacio cultural especialmente atento a las novedades teóricas de otras latitudes, como lo demuestra la temprana traducción de las obras de la Escuela de Frankfurt, del Lukács de la sociología de la literatura, de la historia social inglesa... De esta apertura se nutrió *Pasado y Presente*, como es evidente si se observan las citas y el origen de muchas de las traducciones.

<sup>764</sup> Hobsbawm, 1978, p. 52

universitarios en la Italia fascista, incluyendo su adhesión al régimen mussoliniano. Sin tener más experiencia política que su colaboración en algunas revistas fascistas, Della Volpe se acomodó sin resentimientos al lugar marginal que el partido le reservó y mantuvo un gesto prescindente de los debates y controversias partidarias. No así sus discípulos, quienes desde fines de la década del '50 comenzarán a identificarse como la “escuela dellavolpiana”.<sup>765</sup> Perry Anderson ha señalado que la presencia del pensamiento de Gramsci en la tradición marxista italiana, así como su canonización póstuma por parte del PCI, tuvieron una curiosa deriva. Por una parte, liberó al marxismo italiano de los fenómenos más perniciosos de la represión cultural del período de la Kominform, permitiendo una libertad de expresión intelectual de la que no gozó prácticamente ningún otro partido comunista de Occidente; por otra, “los mezclados aromas de incienso y polvo que rodearon los *Cuadernos de la Cárcel* dieron el inesperado resultado de que la principal tendencia teórica que se desarrolló dentro del marxismo italiano después de la segunda guerra mundial fue una reacción contra toda la ascendencia filosófica desde Labriola a Gramsci”.<sup>766</sup>

Como señaló Giuseppe Vacca, poco puede entenderse del “fenómeno minoritario” que afectó a la izquierda italiana durante los años '60 y que se difundió a través de una variopinta gama de revistas y pequeñas formaciones políticas, sin hacer referencia al trabajo emprendido por *Quaderni Rossi*, la revista fundada en Turín por Raniero Panzieri.<sup>767</sup> De breve existencia, seis números entre 1961 y 1965, *Quaderni Rossi* fue en principio el órgano de expresión de un grupo de militantes de la izquierda comunista y socialista que, en el contexto de las profundas transformaciones capitalistas ocurridas en Italia durante la segunda posguerra, exigía una radical revisión de la estrategia del movimiento obrero. Caracterizados por defender posturas no leninistas y más cercanas a la crítica política luxemburgueana, muy críticos de la tradición idealista del marxismo italiano y nutridos por una cultura de matriz fundamentalmente sociológica, los intelectuales ligados a *Quaderni Rossi* llevarán

---

<sup>765</sup> Sobre Galvano Della Volpe se puede consultar Fernández Buey, *op. cit.*

<sup>766</sup> Anderson, 1987, *op. cit.*, p. 54

<sup>767</sup> Vacca, 1977, p. 73

adelante una experiencia inescindible de la particular dinámica industrial turinesa.<sup>768</sup> Cuando fueron expulsados del partido, el grupo ya había planteado sus tesis teóricas fundamentales en torno a dos cuestiones: 1) que en el capitalismo avanzado la contradicción principal es aquella que se desarrolla entre obreros y capital, como contraposición entre dos lógicas y proyectos antagónicos, 2) que la integración de las innovaciones científicas en el proceso productivo era una operación fundamental en la reconfiguración de las estructuras de poder del capital, cuya lógica (ley del plan como esencia oculta de la ley de beneficio) se extendía desde la fábrica a toda la sociedad.<sup>769</sup> La atención que *Pasado y Presente* prestó a los movimientos político-teóricos de la nueva izquierda italiana es evidente si se presta atención a la lista de publicaciones con las que mantenía un intercambio regular. Desde su primer número, cuando sólo publicó el aviso de la revista porteña *Cuestiones de Filosofía*, hasta el último de la primera etapa, cuando anuncia un total de 36 publicaciones recibidas, la presencia italiana en *Pasado y Presente* no hizo más que crecer, al tiempo que se producía un desplazamiento en la política de traducciones desde los textos de la tradición comunista hacia los trabajos más recientes de los grupos de la “nueva izquierda” marxista. Del ese total de 36 revistas, 25 eran extranjeras y 13 italianas. De estas 13 revistas, al menos 9 estaban directamente ligadas a la nueva izquierda italiana, tanto desde posiciones obreristas o cercanas al “nuevo radicalismo intelectual” (*Quaderni Rossi*, *Classe Operaia*, *Quaderni Piacentini*), desde la izquierda socialista (*Rivista storica del socialismo*, *Problemi del Socialismo* y la revista internacional dirigida por Lelio Basso *Revue Internationale du Socialisme*), desde las corrientes antiimperialistas (*Bolletino*, del Centro di documentazione Franz Fanon) o dirigidas por ex-comunistas que rompieron con el PCI luego de los sucesos de Hungría (*Azione Comunista*, *Tempi Moderni*).

---

<sup>768</sup> Como ha observado Massimo Salvatori: “L’ansia sociologica del gruppo non aveva nulla di astratto: era legata all’osservazione diretta di Torino, una città-laboratorio. Da queste ‘ricerche sul campo’ discendevano le convinzioni versate nei *Quaderni Rossi*, così appassionate da presentarsi a volte come assiomi: la politica operaia che nasce dalla fabbrica, la fabbrica come teatro privilegiato della lotta di classe, l’idealizzazione (e quasi la santificazione) della classe operaia, nucleo ideale di uno Stato futuro; una polemica continua con i sindacati ufficiali e le loro paralizzanti alleanze partitiche” (citado en Ajello, 1997, *op. cit.*, p. 39).

<sup>769</sup> Cfr. *Quaderni Rossi*, 1968.

Este eje de contactos e intercambios sin duda influyó en el único trabajo de investigación sistemático que *Pasado y Presente* emprendió sobre la nueva realidad cordobesa: el informe sobre los conflictos obreros ocurridos en la empresa Fiat durante los meses de julio y agosto (huelga general y ocupaciones a raíz del despido de casi 3000 trabajadores de la fábrica de tractores y motores).<sup>770</sup> De esta investigación participaron los miembros del grupo que tenían una formación sociológica específica, Juan Carlos Torre y Francisco Delich, quien conocía de primera mano los trabajos sobre la nueva clase obrera que se estaban desarrollando en Italia gracias a una breve estadía en la península que realizó mientras se formaba en Francia con Touraine, justo en el momento en que éste emprendía el pasaje de los marcos de una sociología industrial a la sociología del trabajo. Los resultados fueron publicados en el último número de 1965, junto al artículo de José María Aricó “Algunas consideraciones preliminares sobre la condición obrera”, la traducción, realizada también por Aricó, del artículo de Dario Lanzardo “Intervención socialista en la lucha obrera” —originalmente publicado en *Quaderni Rossi*— y la reproducción de “La encuesta obrera de 1880”, de Karl Marx.<sup>771</sup>

El sistema de referencias al que apela Aricó en su intervención tiene una deuda explícita con ese mundo de ideas, de ahí que resulte menos paradójico de que lo suele pensarse la ausencia de citas directas de Gramsci: el Marx del tomo primero de *El Capital*, las tesis fundamentales de los sindicalistas e intelectuales ligados a *Quaderni Rossi* (Victorio Foa y Mario Tronti), del sociólogo Luciano Gallino, del teórico francés de la “nueva clase obrera” Serge Mallet y de *Estrategia obrera y neocapitalismo* (1963), el entonces controversial libro de André Gorz, *chef de file* intelectual de la tendencia italiana de la nueva izquierda francesa. Dentro de la particular configuración político-social cordobesa y en el marco de una creciente combatividad obrera en los grandes complejos industriales ligados a la actividad

---

<sup>770</sup> Años más tarde, ya en la segunda etapa de la revista, algunos de sus miembros bajo la iniciativa de José María Aricó iniciaron una investigación sobre la experiencia de sindicalismo clasista cordobés en los años 70, con el objetivo de publicar sus resultados en un número especial que nunca vio la luz. Los documentos y entrevistas que forman parte de este trabajo fueron recientemente publicados bajo el título *El obrerismo de Pasado y Presente* (2009).

<sup>771</sup> La teorización de la encuesta obrera de Marx fue el eje central de la estrategia cognoscitiva con la que teóricos italianos se propusieron intervenir en las luchas obreras.

metalmecánica, no cabe duda de que las propuestas obreristas le brindaban a Aricó originales instrumentos de análisis teórico, pero también una propuesta concreta de intervención político-práctica del trabajo intelectual y del lugar que la revista podía ocupar en ese escenario. De lo que se trata, afirmaba entonces, es de lograr un “nuevo tipo de acción cultural”, capaz de restablecer la unidad entre intelectuales y clase obrera a través de “una vasta y sistemática actividad de estudio y de iniciativas prácticas” que “contribuya a moldear *teóricamente*, mediante una crítica total y permanente de esas superestructuras, la ‘economía del trabajo’ que los trabajadores edifican *prácticamente* en su cotidiano enfrentamiento a las fuerzas del capital”.<sup>772</sup>. Las hipótesis políticas que Aricó ensayó en este trabajo, entre ellas la nueva función de los intelectuales revolucionarios en el capitalismo avanzado y la afirmación del carácter político del trabajo cognoscitivo, no se desarrollaron en números sucesivos como la revista prometía, aunque en la segunda etapa, ya en Buenos Aires y en otro contexto político-cultural, se retomaran algunos de sus ejes centrales.

### **Fin de etapa**

Las derivas del gramscismo argentino siguieron caminos imprevistos para quien a principios de la década del 50 aspiraba a crear bajo su amparo un espacio intelectual renovado en el seno del comunismo local. Con la expulsión de los pasadopresentistas en Córdoba y de Juan Carlos Portantiero en Buenos Aires, Agosti hará pública una reafirmación de fe en el marxismo-leninismo comandando el número especial con el que el partido responde a la aparición de la revista cordobesa. Poniéndose estratégicamente bajo el amparo de Mariátegui, el editorial se ubica en el contexto de enunciación de una nueva batalla que el marxismo-leninismo debía librar frente a sus enemigos, con la salvedad de que a diferencia de la “defensa del marxismo” emprendida por el peruano 40 años antes, ahora sus propios detractores se llamaba a sí mismos marxistas, incluso cuando solo lo fueran en la “especulación pedante del gabinete” o en la “charlatanería de la mesa de café”.

---

<sup>772</sup> Aricó, 1965, *op. cit.*, p. 48.

Más aún: casi es de buen tono intelectual proclamarse marxista. Despojados de todo sentido militante, reducido a una pura filosofía universitaria, si además se tiene el cuidado de amputarle el leninismo y de decorarlo con una prudente dosis de “anticomunismo”, ese “marxismo” viste bien y proporciona una apariencia de izquierda sin los riesgos de la militancia de la izquierda real. Es una explosión tardía del enfant terrible tan castamente tolerado en los salones de las buenas señoras burguesas.<sup>773</sup>

Para este momento, Agosti ya había sido ascendido a miembro del Comité Central del PCA e integrante de la Comisión Política del partido, lo que ocurrió en el largamente postergado XII Congreso Nacional que se realizó en la clandestinidad en la ciudad de Mar del Plata en el mes de febrero de 1963. En aquella oportunidad se reafirmó la caracterización adelantada en la reunión del Comité Central Ampliado de enero de 1962 acerca del “giro a la izquierda” de las masas peronistas que derivó en el apoyo de los comunistas a los candidatos peronistas para las elecciones legislativas de marzo de ese año y en la búsqueda de una mayor confluencia en la lucha sindical.<sup>774</sup> El triunfo de las listas justicialistas en varias provincias y en particular en Buenos Aires, donde resultó electo Andrés Framini, obligó a Frondizi a anular las elecciones y terminó desembocando en el golpe de estado que lo derrocó. Como era previsible el partido fue nuevamente ilegalizado y en ese contexto celebró el congreso que dotó a los comunistas de un nuevo estatuto y programa, además de ratificar por unanimidad la dirección de Codovilla.<sup>775</sup> Los comunistas definieron los resultados de aquel congreso en los términos de un programa de “salvación nacional” que debía conducir a la conformación de un Frente de Liberación Nacional y Social para la consecución de la revolución democrática, agraria y antiimperialista y, centralmente, ratificaron que en

---

<sup>773</sup> “En defensa del marxismo-leninismo”, *Cuadernos de Cultura*, n° 66, enero-febrero de 1964, p. 2. De este número participaron Abel García Barceló, Miguel Lombardi, Mauricio Lebedinsky, Samuel Schneider, Berta Perelstein, Fernando Nadra y Julio L. Peluffo.

<sup>774</sup> Cfr. Codovilla, Victorio, “El significado del giro a la izquierda del peronismo”, Buenos Aires, Anteo, 1962.

<sup>775</sup> Cfr. “Estatuto del Partido Comunista de la Argentina. Aprobado por el XII Congreso Nacional, realizado durante los días 22 de febrero hasta el 3 de marzo de 1963”, Buenos Aires, Anteo, 1963 y “Programa del Partido Comunista de la Argentina. Aprobado por el XII Congreso Nacional, realizado durante los días 22 de febrero hasta el 3 de marzo de 1963”, Buenos Aires, Anteo, 1963.

las condiciones argentinas el camino para la conquista del poder debía ser el de la vía pacífica, quedando la opción armada solo para el caso de que las clases dirigentes cerraran todas las posibilidades democráticas.<sup>776</sup> En su editorial de marzo-abril de 1963 dedicado al congreso, *Cuadernos de Cultura* reafirmaba el tópico que asociaba a los intelectuales universitarios con el vanguardismo pequeñoburgués y por lo tanto con el anticomunismo cuando enfatizaba que las masas solo lograrían su victoria por el camino de la organización que ofrecía el partido marxista-leninista:

Parece imprescindible subrayarlo enfáticamente, sobre todo si se tiene en cuenta que abundan los teóricos universitarios que no ocultan su olímpico desprecio por esta voluntad de poner en movimiento a las grandes mayorías populares. Émulos de Carlyle après la lettre suponen (queremos creer que de buena fe) que bastaría un puñado de arriesgados héroes para reemplazar ese profundo, vasto e insustituible insurgir de las masas que representa el cañamazo vivo de la Historia.<sup>777</sup>

En el informe dedicado a los intelectuales en el marco de este congreso, Leonardo Paso retomaba la doble retícula a partir del cual el partido evaluaba el desarrollo del trabajo cultural, según lo había planteado Agosti en su intervención en la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas de 1956. Esto es, desde el punto de vista del tipo de trabajo productivo y de sus relaciones sociales, los intelectuales, al pertenecer a las clases medias, estaban objetivamente interesados en la revolución agraria y antiimperialista y el partido debía ejercer sobre ellos una función esclarecedora respecto a la identidad de intereses que los ligaba al pueblo en las luchas reivindicativas. Si el partido había conseguido, según Paso, algunos éxitos en la integración de los intelectuales a la lucha de masas sobre la base de un general estado de irritación popular por la situación económica y política, no ocurría lo mismo con la otra dimensión del trabajo cultural, la ideológica. Esto pasaba porque los intelectuales, por su “particular condición”, no comprendían cabalmente el proceso que presidía las acciones de la clase obrera y tendían a posiciones erróneas que oscilaban entre el apoyo a la lucha armada y el nihilismo. Esto era particularmente perceptible en

---

<sup>776</sup> Cfr. Codovilla, Victorio, “Por la acción de las masas hacia la conquista del poder. Informe rendido en nombre del Comité Central ante el XII Congreso del Partido Comunista que sesionó desde el 22 de febrero hasta el 3 de marzo de 1963”, Buenos Aires, Anteo, 1963.

<sup>777</sup> “El programa de salvación nacional”, *Cuadernos de Cultura*, n° 62, marzo-abril de 1963, p. 6.

relación a las dificultades que el partido encontraba en canalizar el mayor interés por el marxismo que se percibía entre nuevas y viejas generaciones de intelectuales, las que rápidamente eran ganadas por corrientes ideológicas de la burguesía que se presentaban como “novedosas” o se ubicaban en la izquierda independiente. De todos modos, concluía el historiador, el partido solo podía ser optimista pues el hecho de que la lucha ideológica contra los comunistas debiera ahora realizarse desde la izquierda, era un signo de la madurez revolucionaria y de la izquierdización que experimentaba el pueblo argentino.<sup>778</sup>

Este mismo criterio fue el punto de partida de la intervención de Agosti, quien en su discurso frente al congreso comenzó afirmando que a los ataques del capitalismo contra el marxismo-leninismo ahora se sumaban las variantes remozadas del viejo idealismo reaccionario que por boca de ciertos “catedráticos” ilustraban las doctrinas “modernas”, generalmente norteamericanas, o se presentaban como “marxistas independientes” para asegurar que el partido comunista por su dogmatismo, intransigencia y anquilosamiento no representaba un marxismo creador. Esta situación, afirmaba Agosti amparándose en Gramsci, revelaba la importancia de “la batalla cultural como elemento de la lucha por la hegemonía del pensamiento de la clase obrera en la sociedad civil e indica también hasta qué punto la clase obrera representa el signo más encumbrado de la dignidad nacional”.<sup>779</sup> Si bien la función política era imprescindible y debía traducirse en la formación de la mentada “gran alianza de intelectuales” que reuniera las corrientes progresistas y antiimperialistas de la inteligencia argentina, era su función ideológica la que más debía preocupar al partido y era en este terreno donde pervivían viejos problemas que debían combatirse. En primer lugar, los resabios de “sociologismo” que le exigían a los intelectuales, particularmente a los escritores y artistas, provechos inmediatos que no favorecían en nada la creación de una “nueva cultura”. En segundo lugar, la tendencia a resolver las controversias por métodos administrativos, sentencias excluyentes y argumentos de

---

<sup>778</sup> Paso, Leonardo, “El XII Congreso del Partido Comunista y la tarea de los intelectuales”, *op. cit.*, pp. 28-41.

<sup>779</sup> Agosti, Héctor P., “La batalla por una nueva cultura”, *Cuadernos de Cultura*, n° 62, marzo-abril de 1963, p. 12.



autoridad. En tercer lugar, la resistencia de los propios intelectuales a participar en las organizaciones del partido y la vida celular, producto del “individualismo burgués” que arrastran por su origen y formación. Por último, era necesario que tanto el partido como los intelectuales comprendieran que su función se vería acrecentada en tanto a su trabajo como especialistas sumaran su labor como dirigentes, lo que solo podía ser cumplido con “la elaboración de una obra propia, seria y responsable”. Esta profesionalización del trabajo intelectual, acompañada de su educación política y capacidad dirigente constituía para Agosti la “situación ideal” a la que debían dirigirse los esfuerzos del partido.

Esta situación ideal no se reveló, sin embargo, una tarea sencilla, pues las exigencias de “rigor crítico e idoneidad” y la libertad de la expresión creadora que el propio Agosti advertía en los reclamos de muchos jóvenes comunistas no podían ser resueltas dentro de los “principios esenciales de la filosofía marxista-leninista” según era su programa. Un ejemplo sintomático de esta situación se encontraba apenas unas páginas adelante de su propio artículo por la mano del secretario del Comité Central del PCUS, L. Ilichov. Bajo el título “Crear para el pueblo” el dirigente soviético defendía con vehemencia los ataques que desde fines de 1962 Nikita Jruschov había lanzado sobre el formalismo y el arte abstracto, calificándolo de “deformaciones patológicas” e imitaciones del “corrompido” arte burgués de Occidente. “Los principios leninistas de espíritu partidista y popular, afirmaba Ilichov, han constituido y seguirán constituyendo la base de la política de nuestro partido en el desarrollo de la cultura soviética”.<sup>780</sup> La defensa soviética del realismo socialista, aunque inscripto en la batalla ideológica contra el “revisionismo” chino, no alcanzó para sostener a Jruschov en su cargo pero fue determinante para el definitivo alejamiento de los pocos artistas e intelectuales vanguardistas que todavía podían albergar alguna esperanza respecto al deshielo soviético. El movimiento de los dirigentes soviéticos fue percibido como una auténtica regresión frente a los esfuerzos del marxismo mundial por desembarazarse de los resabios estalinistas y el eco que encontró entre los comunistas

---

<sup>780</sup> Ilichov, I. “Crear para el pueblo”, *Cuadernos de Cultura*, n° 62, marzo-abril de 1963, p. 26.

argentinos vino a corroborar los límites de la fisura abierta por Agosti. No casualmente, en el mismo momento en que *Cuadernos de Cultura* se dedicaba a reproducir las justificaciones que ensalzaban un nuevo capítulo de disciplinamiento intelectual que no pocos dirigentes vieron con buenos ojos, los jóvenes cordobeses inauguraban su editorial con un folleto dedicado a defender la autonomía de la cultura y arte del poder político. Bajo la pluma de Vittorio Strada, entonces corresponsal en Moscú del periódico *Rinascita*, y Rossana Rossanda, miembro del Comité Central del PCI, “Arte y Partidismo” era una declaración de principios y un ejemplo de cómo los propios comunistas podían pensar los problemas de la cultura y la cultura misma desde una óptica menos ruda y simplista. Héctor Schmucler lo expresaba bien en su prólogo: “La obra de arte, siempre histórica, siempre enmarcada en las características de la época, tiende hacia los objetivos del conjunto de cuando el poder político ha conseguido su hegemonía sobre la sociedad. Pero se desarrolla con su propia autonomía. O no se desarrolla”.<sup>781</sup>

---

<sup>781</sup> Schmucler, Héctor, prólogo a Strada y Rossanda, 1963, p. 6.

## Conclusiones

---

Los años transcurridos entre la Revolución de Octubre y el inicio del período antifascista en 1935 fueron de una gran efervescencia política y cultural, pero también de una frenética precipitación de acontecimientos que modificaron abruptamente la vida intelectual en todo el mundo. La relación entre los intelectuales y el comunismo fue igualmente dinámica y cambiante, sometida a múltiples determinaciones entre las cuales la búsqueda de un vínculo orgánico con la clase obrera fue un elemento ideal importante, aunque no siempre una realidad de orden práctico. En los primeros años de la década del '20, los ecos de la experiencia bolchevique, el impacto de la Primera Guerra Mundial y el escenario de politización abierto con la Reforma Universitaria de 1918 definieron los contornos de la adhesión intelectual al comunismo en la Argentina. Cuando el PCA era aún una organización débil e inexperta, los círculos de simpatía con el mundo comunista se expresaron a través de núcleos apartidarios y particularmente por medio de revistas político-culturales. En el contexto de un campo intelectual sometido a un intenso proceso de renovación y modernización, las revistas fueron un elemento fundamental en la estructuración de las diversas fracciones y posiciones en las que se organizó la vida cultural y se concibieron los vínculos entre la política y la cultura, los que durante estos años fueron fluidos y de contornos amplios y tolerantes.

A través de las revistas *Cuasimodo* e *Insurrexit* hemos reconstruido el clima libertario e inconformista dentro del cual se organizaron las primeras formas de adhesión y solidaridad con la experiencia revolucionaria rusa y la idea comunista. Desde las lecturas en clave utópica y redentorista que caracterizaron las posturas de escritores realistas como Elías Castelnuovo, hasta los primeros intentos de pensar el acontecimiento soviético a la luz de un trabajo de dilucidación del marxismo como fue el caso del grupo reunido en torno a Hipólito Etchebéhère y Micaela Feldman, las

formas del compromiso intelectual con el comunismo en este período no estuvieron exentas de tensiones con la organización partidaria, si bien esta apenas esbozó una verdadera capacidad de control y dirección de la vida intelectual. Aun a mediados de la década, emprendimientos como la *Revista de Oriente* eran capaces de expresar su solidaridad con la construcción del socialismo soviético manteniendo una autonomía explícita de las direcciones partidarias locales.

Este clima se modificó en parte cuando en 1928 se inició el período denominado “clase contra clase”. El sectarismo político y doctrinal que caracterizó este momento modificó la actitud prescindente que las autoridades partidarias mantenían respecto a los intelectuales y fue el marco de los primeros intentos por definir una política cultural en términos clasistas, lo que suponía tanto un modo de concebir la creación artística como una definición social de los intelectuales como elementos “pequeñoburgueses”. A pesar del clima de hostilidad que esto generó, el partido no logró articular una política prescriptiva sobre las creaciones culturales, aunque sí consiguió espantar algunos simpatizantes valiosos, como el escritor Roberto Arlt. La revista *Actualidad*, animada por Arlt y Castelnuovo, representó este momento de la vida intelectual comunista en el que los intentos por definir los alcances de un arte proletario fueron acompañados por la voluntad de crear organizaciones culturales clasistas ligadas al partido. Contemporánea de *Actualidad*, la revista *Contra*, dirigida por el poeta Raúl González Tuñón, fue uno de los más importantes intentos de conjugar vanguardia estética y vanguardia política. Bajo el influjo del mundo intelectual europeo de posguerra y en sintonía con los jóvenes surrealistas que desde las páginas de *Clarté* proclamaban la muerte del mundo burgués y el nacimiento de un arte verdaderamente nuevo y revolucionario, la revista intentó promover un programa estético-político moderno y radical que se oponía tanto al convencionalismo de los escritores del realismo social como al vanguardismo tímido del grupo ligado a la revista *Sur*. Con solo cinco números publicados, *Contra* fue un ejemplo paradigmático de la voluntad de unir vanguardismo estético con radicalismo político.

El fin del “tercer período” y el inicio de la política frentepopulista fueron un momento crucial en la conformación de un espacio cultural ligado al comunismo, el que llegó a tener una importante ascendencia en el mundo cultural argentino. Aunque definitivamente consolidado con la creación de la AIAPE en 1935, el antifascismo comunista tuvo sus primeros esbozos de la mano de un extrapartidario como Aníbal Ponce. Llamado a convertirse en el intelectual más importante de la tradición comunista argentina, Ponce rechazó el radicalismo estético y la voluntad de *tabula rasa* con la cultura burguesa que promovían las vanguardias. Para el autor de *Humanismo burgués y humanismo proletario*, en un mundo amenazado por el fascismo, la clase obrera y sus intelectuales debían constituirse en los herederos de los valores del progreso y la razón, abandonados por la burguesía. Esta concepción sobre la herencia cultural se insertaba en una visión historiográfica que recuperaba el dualismo sarmientino y el homomorfismo europeísta echeverriano con los que José Ingenieros había analizado el proceso histórico argentino y que será determinante en la concepción sobre la historia y el rol de la cultura y los intelectuales de Héctor P. Agosti, el intelectual comunista más importante de la etapa abierta con el fin de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la experiencia del peronismo en el poder.

Durante el período analizado en el primer capítulo, la política partidaria respecto a los intelectuales fue lábil y espasmódica. Si bien el PCA se caracterizó desde su creación tanto por sus fuertes vínculos con la URSS como por la inveterada falta de tolerancia de su dirigencia hacia las diferencias o críticas internas, durante sus dos primeras décadas de existencia no logró imponer un control estricto sobre el mundo cultural y las creaciones artísticas bajo la forma de un dogma estético o filosófico. Sin embargo, no se abstuvo de establecer los límites político-ideológicos dentro de las cuales la palabra intelectual era posible y tolerada, del mismo modo que no se privó de estigmatizar la figura del intelectual en los términos de su origen de clase, su “verbalismo” y siempre latente espíritu fraccionalista. Con el inicio del ciclo antifascista, el modelo vanguardista y antiburgués del trabajo intelectual que predominó, no sin matices, durante el llamado tercer período, cedió su lugar a otro que otorgaba al intelectual una función precisa en el combate contra el fascismo en el

campo de la cultura: la defensa de la tradición liberal en el ámbito local y de la URSS como último baluarte de los valores de la humanidad y la civilización. En el contexto de las políticas frentistas, la demanda de ortodoxia se relativizó al punto de que el comunismo logró instalarse como una fracción importante del campo intelectual progresista argentino. Con el inicio de la Guerra Fría esta situación se modificó. Por un lado, el partido se propuso profesionalizar el trabajo intelectual, lo que equivalía tanto a reconocer y propiciar estructuras organizativas específicas bajo la forma de frentes culturales y grupos profesionales y disciplinares, como a imponer al trabajo intelectual una mayor cohesión ideológica y encuadramiento partidario, superando un modelo de compromiso que podía mantenerse en un plano político y moral, sin involucrar la propia obra. Por otro, el cambio de rumbo de la política cultural soviética bajo la tutela de Andrei Zhdánov, dio inicio al más sistemático intento de parte de las dirigencias comunistas argentinas por imponer un dogma estético y doctrinal a las creaciones artísticas y el trabajo intelectual.

El inicio de la Guerra Fría, que quedó oficializado en la conferencia inaugural de la Cominform en setiembre de 1947, tuvo amplias consecuencias en el campo de la cultura y modificó la manera en que los partidos comunistas occidentales concebían la tarea de los intelectuales y sus formas de organización. Como hemos analizado en el segundo capítulo, desde entonces, y particularmente a partir de las resoluciones de 1946-1948 del Comité Central del PCUS sobre el arte, la literatura, la filosofía y la ciencia, se inicia un sistemático intento de disciplinamiento de los intelectuales y artistas, que fueron obligados a someterse al dogma ideológico impuesto por el partido en temas tales como el “realismo socialista” o la “ciencia proletaria”. En las organizaciones comunistas occidentales, este proceso se manifestó en un intento de “profesionalización” del espacio cultural a través del cual se buscó combatir las tendencias “obreristas” e instalar la concepción de que el deber principal de los intelectuales comunistas era la “creación intelectual” y que, en consecuencia, debían disponer su propia obra para la batalla político-ideológica, adaptándola a la “línea” del partido y a los cánones del marxismo-leninismo-stalinismo. Esta exigencia profesionalista se tradujo en el establecimiento de estructuras de participación

específicas a través de la creación de comisiones y frentes por especialidad que cumplieran el objetivo paradójico de admitir, al nivel de las estructuras, una relativa autonomía de las profesiones intelectuales y, al mismo tiempo, facilitar el control ideológico y la intervención de las autoridades partidarias. La reactualización de la doctrina del “realismo socialista”, el reverdecimiento nacionalista, el endurecimiento general de los controles partidarios y la voluntad de establecer una escisión al interior del campo intelectual apelando a criterios de clase que reducían la creación artística y el trabajo crítico a un esquema político simplificador, provocaron arduos debates entre los intelectuales comunistas y particularmente entre los escritores y artistas, uno de los grupos más sensibles a las consecuencias que imponía la nueva política cultural soviética y la fracción más numerosa entre las profesiones intelectuales que acompañaron el mundo comunista. Las dirigencias locales, particularmente en la figura clave de Rodolfo Ghioldi, estuvieron dispuestas a imponer las nuevas directivas, por sí mismas o a través de figuras menores o marginales que rápidamente ocuparon puestos decisivos en las publicaciones u organizaciones creadas en la época, como la revistas *Cuadernos de Cultura* y *Nueva Era*. Desde 1948 hasta, al menos, 1956 el espacio cultural del comunismo argentino fue atravesado por intensas controversias, algunas de las cuales terminaron en sanciones y expulsiones, como analizamos en el caso de las “purgas antivanguardistas” del año 1948, donde fueron separados del partido el escritor y crítico de arte Cayetano Córdova Iturburu y el grupo de artistas concretos encabezado por Tomás Maldonado que había ingresado al partido en 1945, en el contexto de una notable ola de simpatías con el comunismo entre los sectores letrados producto tanto del prestigio con el que la URSS emergió de la Segunda Guerra Mundial y la derrota de la Alemania nazi, como del rechazo que el naciente peronismo activaba entre los intelectuales argentinos, quienes estuvieron dispuestos a aceptar que aquella experiencia debía ser leída bajo la retícula del antifascismo. La “purga antivanguardista” del 1948 marcó por años, y de un modo casi definitivo, la posibilidad de una concepción autónoma de la cultura en el seno del comunismo local. Desde entonces, la “cuestión cultural” seguirá siendo un foco de conflicto y una fuente de permanente sospecha. Hasta 1956, año en que entre otros

acontecimientos traumáticos, tuvo lugar la primera Reunión Nacional de Intelectuales Comunistas en los 38 años de existencia del partido, los conflictos internos derivados de las diferentes posturas acerca del quehacer literario y la crítica cultural afloraron no sin virulencia. Sin embargo, el proceso de constitución de un frente cultural en el seno del partido siguió su curso y las actividades intelectuales lograron un creciente grado de profesionalización a través de la constitución de comisiones de estudios en diferentes especialidades, como la filosofía, la psiquiatría y la economía. *Cuadernos de Cultura*, revista concebida originalmente como un mero instrumentos de difusión del zhdanovismo en material artística y científica, desde mediados de la década del '50 se convirtió en el escenario de interesantes polémicas entre los propios intelectuales comunistas y uno de sus directores, Héctor P. Agosti, logró reunir en torno suyo un talentoso grupo de jóvenes críticos y escritores que emprendieron un proceso de renovación cuyo abrupto final sellará el ocaso definitivo del espacio cultural del comunismo argentino.

La conformación de un frente cultural entre los comunistas argentinos no estuvo ajena a los acontecimientos en sede exclusivamente política, como hemos visto en los apartados dedicados a analizar las repercusiones en el campo intelectual del intento de acercamiento al peronismo que se produjo en 1952 y que es conocido como el “caso Real”, en alusión al entonces secretario de organización del partido, Juan José Real. En efecto, el primer intento formal de crear un espacio específico de actuación de los intelectuales tuvo lugar en octubre de 1952 en el contexto de un diagnóstico que, invocando el mandato nacionalista y antiimperialista que regía la vida de los partidos comunistas latinoamericanos desde 1948, evaluaba en duros términos la filiación con la herencia liberal que los intelectuales comunistas habían desarrollado el calor de la batalla antifascista desde la década del '30 y promovía un acercamiento a la intelectualidad peronista. Con grados diversos de entusiasmo y obediencia, y al costo de no pocos desgarros personales, los intelectuales comunistas asumieron la nueva situación y abandonaron instituciones como la SADE y el CLES, provocando el primer gran quiebre del campo cultural antiperonista. Este movimiento precipitó y consolidó la tendencia a la conformación de espacios e instituciones propias, como la



Casa de la Cultura Argentina, al mismo tiempo que fortaleció la voluntad de autarquía cultural de las dirigencias partidarias.

A partir de su tercera reunión celebrada en Hungría en 1949, la Cominform estableció que la “lucha por la paz” sería la estrategia dominante del movimiento comunista internacional y volvió a convocar a los intelectuales a una cruzada en contra del “nuevo fascismo” norteamericano y la posibilidad de una nueva guerra. Para ello fomentó y apoyó el desarrollo del llamado “Movimiento por la paz”, el que desde su conformación en el verano de 1948 aglutinó a miles de hombres y mujeres de la cultura y el arte que estuvieron dispuestos a aceptar que los Estados Unidos preparaba un ataque contra la URSS y pusieron su nombre y su prestigio al servicio de la iniciativa frentista más importante de la posguerra. En la Argentina, el Movimiento por la Paz se organizó formalmente en agosto de 1949 mediante un congreso celebrado en la ciudad de La Plata, con el apoyo de un nutrido grupo de escritores, artistas y profesionales, y aunque no faltaron apoyos extrapartidarios y algunos nombres notables, su esfera de influencia nunca se extendió más allá de los límites de las simpatías comunistas. A diferencia de otras experiencias nacionales, donde el llamado pacifista logró apoyos hasta la víspera impensados, como fue el caso de Jean-Paul Sartre en Francia, en la Argentina los intelectuales liberales y progresistas no se mostraron dispuestos a apoyar la cruzada comunista y volcaron sus preferencias hacia el polo occidental, participando activamente en las actividades del Congreso por la Libertad de la Cultura, cuya sede argentina fue creada en diciembre de 1955 con el apoyo de Victoria Ocampo y la revista *Sur*. La organización del Movimiento por la Paz en la Argentina demostró las diversas funciones que el partido podía otorgarle a sus intelectuales de acuerdo a sus trayectorias previas y al lugar que ocupaban tanto al interior de la estructura partidaria como en el campo cultural más general, como hemos analizado al recomponer el itinerario de sus figuras clave: la escritora María Rosa Oliver, el escritor y ensayista Ernesto Giudici y el novelista Alfredo Varela.

Aunque apoyado en una estructura internacional de notable proporciones, el Movimiento por la Paz se dotó de un discurso de un marcado tono nacional que

vinculó la lucha por la paz con la defensa de las “mejores tradiciones nacionales” y dio lugar a una compleja tarea de revalorización de las culturales locales y una reconsideración de la herencia liberal que, en el caso del comunismo argentino, constituía un elemento central de su cultura política desde la década del ‘30. El mandato antiimperialista se tradujo en términos culturales en la elaboración de un discurso que bajo el prisma de la condena al “cosmopolitismo” rechazó las formas y productos culturales identificados con la “penetración imperialista” y la “degeneración burguesa”, desde la filosofía existencialista hasta el arte abstracto, pasando por la sociología y el psicoanálisis hasta llegar a las historietas y la novela policial. En términos organizacionales se crearon estructuras de participación intelectual a escala nacional y continental que articularon los contenidos antiimperialistas y pacifistas con reivindicaciones sectoriales y gremiales, como fue el caso del Congreso Continental por la Cultura celebrado en Santiago de Chile en marzo de 1953 y el Congreso Argentino de Cultura, cuya primera asamblea de mayo de 1954 debió ser celebrada en la ilegalidad y tuvo una vida efímera.

En el marco de la condena al “formalismo” artístico y de la exaltación de las tradiciones nacionales que caracterizaron el periodo, términos como “nación” y “patria” adquirieron nuevas significaciones y desplazaron los sentidos del internacionalismo. En esa forma tan simbólica de la guerra como fue la de estos años fríos, la cultura se convirtió en un preciado terreno de combate contra el imperialismo norteamericano y su oferta de “degeneración burguesa” en todos los ámbitos. En el comunismo argentino, la acusación de “cosmopolitismo” se transformó en un modo de designar la “deformación imperialista” impuesta a la cultura nacional por los Estados Unidos y su anatema fue un punto de confluencia con los discursos que desde el campo del nacionalismo de izquierda proliferaron desde mediados de la década del ‘50. En este entrecruzamiento de política y problemas estéticos y culturales, los intelectuales comunistas produjeron un conjunto de reflexiones y debates sobre la “cultura nacional” en los que abordaron cuestiones como la valorización de las tradiciones culturales, la definición de los sujetos populares y el rol de los intelectuales. Contrariando la imagen yerma con el que se suele asociar el espacio

intelectual comunista, el seguimiento de estas intervenciones y polémicas arroja un panorama que dista de ser homogéneo. Escritores y ensayistas como Héctor P. Agosti y Amaro Villanueva emprendieron una reconsideración de los vínculos entre literatura y nación que colocó en el centro del debate la tradición literaria construida en torno a la gauchesca y la figura del gaucho como epitome de la nacionalidad. Como fenómeno estético y literario, la literatura gauchesca funcionó bajo algunos consensos: su carácter realista y la vocación de los poetas gauchescos de usar la literatura como instrumento político eran dos características que los escritores comunistas, atentos al mandato estético propio, podían apreciar sin mayores reservas. Como componente de un relato sobre el pasado nacional, la gauchesca y la propia figura del gaucho resultaron más controversiales e inestables. De una parte, la adhesión a un esquema determinista de evolución histórica dificultaba la consideración del gaucho en términos que no fueran asociados al feudalismo que, para los comunistas, caracterizaba las campañas argentinas desde la Colonia, y que la ausencia de una “revolución democrático-burguesa” habría impedido ultimar. En estos términos, la reivindicación del gaucho como elemento constitutivo de la nacionalidad era mucho más compleja que la recuperación de los próceres del liberalismo. De otra parte, la progresiva nacionalización de los sectores obreros y populares (además de su modificación morfológica, producto de las migraciones internas) planteaba la cuestión de una interpelación hacia ese mundo en términos más sensibles y efectivos que las evocaciones a los padres fundadores, lo que pudo resultar en el descubrimiento de que el pasado gaucho y los motivos criollistas constituían un potente elemento identificadorio entre los sectores subalternos, ya entonces fuera de la órbita del comunismo. Como política oficial, el partido se ocupó poco -o instrumentalmente- de estos temas, que pasaron al dominio de los intelectuales como dilemas que no encontraron una única respuesta.

Las revelaciones del XX Congreso del PCUS, celebrado en febrero de 1956, donde se denunciaron los crímenes del stalinismo y el llamado “culto a la personalidad”, tuvieron un impacto enorme en el mundo intelectual, acrecentado luego de la invasión soviética a Hungría en noviembre de ese año. Desde entonces, en el mundo occidental

se asiste a un proceso de sucesivos resquebrajamiento de la adhesión intelectual al comunismo y a la formación de lo que desde entonces recibirá el nombre de “nueva izquierda”. En la Argentina, el “proceso de desestalinización” fue débil y acotado y su impacto sobre el mundo intelectual no produjo deserciones ni replanteos sustantivos. Más bien será la crisis generalizada que se abrió en el campo político-cultural luego del fin de la experiencia peronista en el gobierno y, más tarde, el nuevo horizonte abierto por la Revolución Cubana y el inicio de las experiencias armadas, lo que concluirá en el cuestionamiento generalizado a las izquierdas comunistas y socialistas. La demanda de un “marxismo abierto” que se multiplicó en todo el mundo después del XX Congreso fue acompañada por un inédito interés por la cuestión nacional y la pérdida de hegemonía de la fracción liberal del campo intelectual, que fue sometida a un auténtico proceso que incluyó a los partidos de la izquierda tradicional. El antiliberalismo se transformó en un prisma de intelección de la realidad y el pasado nacional y un punto de confluencia de familias políticas hasta entonces escindidas por la aceptación o el rechazo de la experiencia peronista, sobre la que se inició una intensa relectura. Nuevos actores reemplazan a los antiguos elencos y la agenda de debates se renueva a la par de una fuerte modernización de la vida intelectual y universitaria, en ámbitos clave como la crítica literaria, la historia y las ciencias sociales. En estos años turbulentos, donde el espacio intelectual del comunismo argentino volvió a presentar una proliferación de emprendimientos revisteriles y editoriales como no sucedía desde la década del ‘20, Héctor P. Agosti, sin duda el intelectual comunista argentino más importante después de Aníbal Ponce, desplegó la etapa más rica e intensa de su producción. A lo largo de esta tesis recorrimos diversas estaciones de su trayectoria y analizamos sus elaboraciones sobre el problema de los intelectuales, la cultura y la nación, tanto en polémicas públicas, como en libros y reflexiones privadas plasmadas en notas y papeles personales. Desde su intervención en la Primera Reunión Nacional de Intelectuales Comunistas de 1956, una de los intentos más sistemáticos por pensar el problema de los intelectuales y su relación con la política realizada desde las izquierdas, pasando por sus conferencias sobre el realismo y la literatura nacional de los años ‘40, hasta llegar a sus libros más

importantes, *Echeverría* (1951), *Nación y Cultura* y *El Mito Liberal* (1959), intentamos reconstruir el lugar para la cultura y los intelectuales que trabajosamente construyó Agosti al interior de una organización que tenía a evaluar esos temas de modo normativo e instrumental. Así vimos cómo, desde el punto de vista de su oposición a los sectores partidarios más proclives a una crítica cultural que operaba mediante una correlación mimética con los hechos políticos y económicos dando forma a una posición obrerista y con claras conexiones con el nacionalismo cultural de corte populista, puede decirse que Agosti representaba una posición heterodoxa respecto al stalinismo, comprendido como ortodoxia. En efecto, su postura leninista acerca de la necesidad de que el movimiento obrero no rechazara el valor de las tradiciones culturales burguesas sino que las incorporara como una herencia que debía ser superada, sumado a la incorporación de categorías gramscianas que permitían considerar la función de los intelectuales y la cultura superando las definiciones puramente economicistas para otorgarles un lugar imprescindible en una batalla político-ideológica que colocaba en su centro el problema de la nación, constituyen elementos que le permitieron avanzar en un programa destinado a dotar a los comunistas de una visión más sutil y compleja de los fenómenos culturales y de las particularidades del campo intelectual argentino, inmerso en una crisis de las elites liberales. Sin embargo, estos gestos de heterodoxia frente las codificaciones más reduccionistas sobre la política y la cultura, convivieron con el sostenimiento de una ortodoxia que obturó el desarrollo de estas intuiciones al punto de que en muchos aspectos, Agosti actuó como un dique de contención frente a los que él mismo definía como los “desaforados”. Desde las purgas antivanguardistas de 1948 hasta la expulsión de sus discípulos en 1963, Agosti demostró que no estaba dispuesto a llevar sus cuestionamientos hasta el punto de comprometer aspectos nodulares de la cultura política en la que se había formado. De este modo, su demanda de una “marxismo nacional” se basaba en el supuesto de que la “diferencia” latinoamericana, su carácter “anómalo” respecto a los desarrollos “lógicos” que marcaba la experiencia civilizatoria europea, podía ser “corregida” siempre y cuando se la caracterizara correctamente. Esto es lo que en su libro *Echeverría* denominó “realismo crítico”,

concepto con el que definía la función de las minorías intelectuales como vanguardias capaces de interpretar, conducir y forzar la “historia” en el sentido correcto que indica la “teoría” avanzada. Este marco interpretativo suponía, entonces, al mismo tiempo una revalorización de la teoría y su encorsetamiento en lo que constituye tan solo una inflexión del europeísmo marxista latinoamericano. Esta postura explica, además, el rechazo visceral de Agosti por la nueva izquierda que en Europa demandaba un “marxismo abierto” que sus propios discípulos replicarán con la suerte reservada a los réprobos.

El consenso acerca de que el PCI constituyó el capítulo más brillante de la historia del comunismo en Occidente, tal como lo afirmaba Hobsbawm en 1972, fue parte de una percepción ampliamente compartida en todo el mundo comunista, particularmente entre las jóvenes generaciones militantes.<sup>782</sup> La imagen de los funerales de Palmiro Togliatti en 1964, tal vez constituya una de las más potentes representaciones de la comunión entre el partido, los intelectuales y el mundo popular que la izquierda italiana le ofrecía a los contemporáneos: miles de ancianos, jóvenes, obreros, mujeres y niños alzaban la mano, se persignaban, lloraban con incredulidad y dolor el paso del féretro de líder comunista, mientras que entre su guardia honor se encontraban el mundialmente reconocido escritor Italo Calvino y Giulio Einaudi, el más importante editor de Europa.<sup>783</sup> En la Argentina, la recepción de la cultura de izquierdas italiana constituyó un relevante fenómeno cultural e intelectual que articuló a escritores, militantes, traductores, editores e intelectuales de diversas procedencias ideológicas y preferencias culturales; aunque se manifestó con particular intensidad entre las nuevas promociones de escritores ligados al PCA. Sin llegar nunca a constituirse en un filón identificable del campo cultural argentino, como fue el caso del existencialismo francés, la producción artística y filosófica italiana funcionó como un elemento aglutinador del inconformismo generacional y de la voluntad de modernización de los lenguajes estéticos y la teoría marxista entre los jóvenes comunistas. En el marco de

---

<sup>782</sup> Cfr. Hobsbawm, 1978, p. 52

<sup>783</sup> Parte de estas imágenes pueden verse en la película de Pier Paolo Pasolini *Uccellacci e uccellini* (1966). Cfr. Hobsbawm (2010, pp. 23-24).

un agudo proceso de modernización cultural y de crisis del campo intelectual luego de la caída del gobierno de Juan Domingo Perón, la cultura de izquierdas italiana funcionó como modelo y amparo de la heterodoxia partidaria. En momentos en que PCA se debatía entre la defensa de las posturas más cerriles respecto a la creación artística y los acotados intentos de renovación impulsados por Agosti, la experiencia italiana sirvió como un modo de introducir a la discusión local los debates culturales modernos sin salirse del campo comunista; sino, por el contrario, apelando a su experiencia más estimulante. Lejos de constituir un elemento excepcional, la recepción de la obra de Antonio Gramsci solo puede comprenderse en el marco de este extendido interés por el cine, la literatura, la filosofía y los debates políticos que se produjeron en Italia durante los años que siguieron a la derrota del fascismo. Si en un principio este interés se enmarcó en los límites de una lectura antifascista, y el renacimiento cultural italiano fue observado a través del prisma que homologaba los años peronistas con el régimen encabezado por Benito Mussolini; a medida que se acercaba la década del '60 la experiencia italiana fue apropiada como un insumo crítico para postular un nuevo vínculo entre la política y la cultura.

La expulsión de buena parte de los que participaron de ese “momento de italianidad” del comunismo local, terminará revelando que ese vínculo no sería posible en los márgenes impuestos por la estructura del partido, como lo demostró la experiencia de la revista cordobesa *Pasado y Presente*. Generalmente analizada por su filiación estricta con el pensamiento de Antonio Gramsci, consideramos que tanto el énfasis exclusivo en este aspecto así como la postulación de un espíritu gramsciano que habría dado coherencia y unidad a toda la trayectoria de los pasadopresentistas –incluso mucho tiempo después de finalizada la experiencia de la revista– no permite dar cuenta de la compleja urdimbre a partir de la cual la revista introdujo nuevos temas, estilos y regiones teóricas al debate intelectual de las izquierdas marxistas argentinas. Amparada en el espíritu de heterodoxia que Gramsci facilitaba, la revista reunió en sus páginas a un joven, aunque excepcional, elenco de intelectuales y científicos sociales cuyos aportes fueron desde la lingüística hasta la antropología, el psicoanálisis, la historiografía, la sociología, la estética y el análisis literario. Lo vocación vanguardista

que alentó el modo de intervención político-cultural de *Pasado y Presente* se articuló sobre dos dimensiones fundamentales: la convicción de que el marxismo debía medirse con lo más avanzado de la cultura moderna y que el partido comunista no estaba en condiciones de concretar esa articulación. Como hemos intentando demostrar, esta certeza debe analizarse no solo en relación a fenómenos políticos evidentes, como la crisis provocada por la emergencia de la cuestión peronista, el impacto de la Revolución Cubana y del cisma abierto por el XX Congreso del PCUS, sino en el contexto específico de una profunda mutación intelectual y morfológica del espacio intelectual comunista producto del ingreso de nuevas promociones militantes. El surgimiento de un nuevo tipo de intelectual, dotado de un capital cultural y formativo del que carecían sus predecesores, fue un elemento crucial en la disputa entre las nuevas generaciones intelectuales y las elites políticas comunistas, disputa en la que *Pasado y Presente* fue una protagonista principal.

A lo largo de estas páginas hemos intentando dar cuenta de algunos momentos fundamentales de la trayectoria del comunismo intelectual en la Argentina durante un periodo particularmente turbulento, tanto para la vida política y cultural argentina como para el movimiento comunista internacional. A pesar de que la historia de la vida intelectual argentina no estaría completa sin un análisis del espacio que ocuparon los intelectuales que prestaron su apoyo al comunismo, hasta el momento el tema tenía un lugar marginal tanto dentro de la producción historiográfica dedicada al comunismo como en la historia intelectual más general. Esperamos haber contribuido a llenar parcialmente este vacío historiográfico, conscientes de que la amplitud y la variedad de experiencias y problemas que encierra el propio concepto de “intelectuales comunistas” o “cultura comunista” requiere de un programa de investigación que supera ampliamente los estrechos límites de una tesis doctoral. Sabemos, por otra parte, que el vínculo entre los intelectuales y las organizaciones partidarias es un tema que recorre todo el siglo XX y que atraviesa diversas familias políticas con no pocas controversias hasta nuestros días, dentro y fuera del marxismo y las izquierdas. Esta investigación habrá cumplido uno de sus objetivos si permite abrir nuevos



interrogantes sobre las formas, siempre complejas y tensas, del compromiso intelectual con el mundo de la política y sus lógicas.

## Fuentes y Bibliografía

---

### Archivos Consultados

Fondo Héctor Pablo Agosti: CeDInCI

Fondo Héctor Pablo Agosti: CEFMA

Fondo Cayetano Córdova Iturburu: CeDInCI

Fondo Raúl Larra: CeDInCI

Fondo Partido Comunista Argentino: PCA

Fondo Fernando Nadra: CeDInCI

Fondo Samuel Schneider: CeDInCI

Fondo José María Aricó: Biblioteca José María Aricó/Universidad Nacional de Córdoba

Fondo Juan Antonio Salceda: Gentileza de Ricardo Pasolini

Archivo de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba

Fondo José Luis Mangieri: CeDInCI

### Entrevistas

Héctor Schmucler (setiembre de 2008)

Juan José Manauta (octubre de 2010)

Roberto Raschella (noviembre de 2009)

Raúl Larra (1990, gentileza de Alicia García Gilabert)

Francisco Delich (setiembre de 2008)

### Fuentes consultadas

#### Revistas y publicaciones periódicas

*Argumentos. Revista Mensual de Estudios Sociales.*: n° 1: noviembre de 1938/ n° 10: setiembre de 1939. Dirección: Rodolfo Puiggrós.

*Boletín de la Casa de la Cultura Argentina/Noticias de la Casa de la Cultura Argentina*: n° 1: s/f. c. 1955/ n° 12: diciembre de 1958

- Boletín del Congreso Argentino de la Cultura*: nº 1: c. 1953-nº 3: junio de 1954.
- Brújula. Revista mensual, independiente de arte e ideas*: 1º época (nº 1: agosto de 1930/ nº 14: septiembre de 1931. Dirección: Rodolfo del Plata [seudónimo de Rodolfo Puiggrós], M. Llinás Vilanova y Víctor Luis Molinari.
- Capricornio. Revista de literatura, arte y actualidades*: 1º época (nº 1: julio de 1953/ nº 8: noviembre/diciembre de 1954. Dirección: Bernardo Kordon.
- Contorno*: nº 1: noviembre de 1954/nº 9/10: abril 1959. Dirección: Ismael Viñas (nº 1), Ismael Viñas y David Viñas (nº 2-10).
- Contra. La revista de los francotiradores*: nº 1: mayo 1933/ nº 5: septiembre 1933. Dirección: Raúl González Tuñón.
- Cuasimodo*: 1º época (nº 1: junio de 1919/ nº 13: septiembre de 1920). Dirección: Nemesio Canales. 2º época (nº 14: abril de 1921/ nº 27: diciembre 1921). Dirección: Julio Barcos y Nemesio Canales (nº 14: julio de 1921), Julio Barcos y Rómulo Schemini (noviembre 192: nº 27)
- Cuadernos de Cultura*: 1º época (nº 1: agosto de 1950/ nº 84: marzo-abril de 1967. Dirección: Roberto Salama e Isidoro Flaumbaum (nº1-6), Héctor P. Agosti, Julio L. Peluffo y Roberto Salama (nº 7-21), Héctor P. Agosti, Julio L. Peluffo y Roberto Salama, Carlos Giambiagi y Samuel Schmerkin (nº22-28), Héctor P. Agosti (nº 29-60), Julio L. Peluffo (nº 60-84).
- Cuestiones de Filosofía*: nº 1: primer trimestre 1962/ nº 2/3: segundo/tercer trimestre 1962. Dirección: Marco Aurelio Galmarini, J. Arthur Giannotti, Jorge Lafforgue, León Sigal, Eliseo Verón.
- Dialéctica*: nº 1: marzo de 1936/ nº 7: septiembre de 1936. Dirección: Aníbal Ponce.
- Documentos del Progreso*: nº 1: agosto de 1919/ nº 45: junio de 1921. Dirección: Simón Scheimberg y Aldo Pechini.
- El Escarabajo de Oro*: nº 1: mayo/junio de 1961 - nº 48: julio/septiembre de 1974. Dirección: Abelardo Castillo y (hasta el nº 6) Arnoldo Liberman (en el número siete la numeración aparece como trece pues se incorporan los 6 números publicados de *El grillo de papel*)
- Expresión*: nº 1: diciembre 1946/ nº 8: julio 1947. Dirección: Héctor P. Agosti.
- Gaceta Literaria*: nº 1: febrero de 1956/ nº 21: septiembre de 1960. Dirección Pedro Orgambide y Roberto Hosne.
- Hoy en la cultura*: nº 1: noviembre 1961/ nº 29: julio 1966. Dirección: [s.n.] (nº 1-12), Juan José Manauta (nº 13-29).
- Insurrexit*: nº 1: 8 septiembre de 1920/ nº 12: noviembre de 1921. Dirección: [s.n.]

*La Rosa Blindada*: nº 1: octubre 1964/ nº 9: septiembre de 1966. Dirección: José Luis Mangieri y Carlos Alberto Brocato (nº 1-8), [s.n.] (nº 9).

*Letra y Línea*: nº 1: octubre 1954/ nº 4: julio de 1954. Dirección: Aldo Pellegrini.

*Nueva Era. Revista teórico-política del Partido Comunista de la Argentina*: 1º época (nº 1: 1949/ nº 1, Año XIX: 1976). Dirección: Victorio Codovilla.

*Nueva Expresión*: nº 1: enero de 1958/nº 2: mayo/junio de 1958. Dirección: Héctor Bustingorri, Mario Jorge De Lellis y Juan Carlos Portantiero

*Nueva Gaceta. Revista de la AIAPE*: nº 1: marzo de 1941/ nº 24: junio de 1943. Dirección: Aníbal Ponce.

*Nueva Gaceta. Segunda época* (nº 1: octubre de 1949/ nº 4: noviembre de 1949. Dirección: Héctor P. Agosti, Roger Pla, Enrique Policastro.

*Nuestra Palabra*: 1º época (nº 1: 6 de marzo de 1950/ nº 1198: 19 de junio de 1973). Dirección: Héctor P. Agosti. 2º época (nº 1: junio de 1973/ nº 175: mayo 2012) Dirección: Héctor P. Agosti (nº 1-140).

*Orientación*: nº 1: 1936/ nº 520: diciembre de 1949. Dirección: Faustino Jorge, luego Ernesto Giudici.

*Pasado y Presente*: 1º época (nº 1: abril-junio de 1963/nº 9: abril-setiembre de 1965). Consejo de Redacción: Oscar del Barco, José M. Aricó, Samuel Kieczkovsky, Juan Carlos Torre, Héctor N. Schmucler, Aníbal Arcondo, César U. Guiñazú, Carlos Assadourian, Francisco Delich, Luis J. Prieto y Carlos R. Giordano.

*Por. Revista mensual de cultura*: nº 1: octubre de 1958/ nº 2: enero/febrero de 1959. Dirección: José Luis Mangieri, Floreal Mazía y Roberto Salama.

*Propósitos*: Primera época (nº 1: 12 octubre de 1951 - nº 305: 1959). Dirección: Leónidas Barletta.

*Realidad. Revista de Ideas*: nº 1: enero/febrero de 1947/nº 17/18: septiembre/diciembre de 1949. Dirección: Francisco Romero.

*Revista de Filosofía*: nº 1: enero de 1915/ nº 90: diciembre de 1929. Dirección: José Ingenieros; entre 1923 y 1925 comparte la dirección con Aníbal Ponce; desde enero 1925: Aníbal Ponce.

*Revista de Oriente*: nº 1: junio de 1925 / nº 9/10: septiembre 1926. Dirección: [s.n.]

*Boletín de la Casa de la Cultura Argentina/Noticias de la Casa de la Cultura Argentina*: nº 1: s/f. c. 1955/ nº 12: diciembre de 1958

*Revista del Mar del Dulce. Una voz estudiantil*: nº 1: octubre de 1955/ nº 10: verano de 1959/1960 Redacción: C. Abraira, B. Andahazy-Kasnya, A. Ciria, R. Epstein, A. Etchebehere, E. Groissman, F. Korn, M. Kwuris, M. Mora y Araujo, H. Sabelli, C. Sadosky y A. Taratutto.

*Soviet. Revista editada por el Comité Central del Partido Comunista, Sección Argentina de la Internacional Comunista*: Año I, nº 1: 24 de junio de 1933/ año III, nº 4: mayo de 1935.

### Libros y Folletos

Agosti, Héctor P. (1938). *El hombre prisionero*. Buenos Aires: Claridad.

\_\_\_\_\_ (1945). *José Ingenieros. Ciudadano de la juventud*. Buenos Aires: Futuro.

\_\_\_\_\_ (1945). *Defensa del realismo*. Montevideo: Pueblos Unidos (3° edición de 1963: Buenos Aires: Lautaro)

\_\_\_\_\_ (1949). *Cuadernos de Bitácora*. Buenos Aires: Lautaro (2° edición de 1965: Buenos Aires, Lautaro)

\_\_\_\_\_ (1951). *Echeverría*. Buenos Aires: Futuro.

\_\_\_\_\_ (1956). *Para una política de la cultura*. Buenos Aires: Procyón.

\_\_\_\_\_ (1959). *El mito liberal*. Buenos Aires: Procyón.

\_\_\_\_\_ (1959). *Nación y Cultura*. Buenos Aires: Procyón.

\_\_\_\_\_ (1974). *Aníbal Ponce. Memoria y presencia*. Buenos Aires: Cartago.

\_\_\_\_\_ (s/d). *Los infortunios de la realidad. En torno a la correspondencia con Enrique Amorim*. Buenos Aires: s/d.

\_\_\_\_\_ (1982). *Cantar Opinando*. Buenos Aires: Boedo.

“A los escritores argentinos” (1952). Buenos Aires: s/d.

AA.VV. (1961). *¿Qué es la izquierda?* Buenos Aires: Documentos.

Astrada, Carlos (1957). *El marxismo y las escatologías*. Buenos Aires: Procyon.

Bernstein, Eduard (1982). *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia: problemas del socialismo. El revisionismo en la socialdemocracia*. México: Siglo Veintiuno.

*Cartilla Echeverriana* (c. 1951). Buenos Aires: Comisión Central de Homenaje a Esteban Echeverría.

Castelnuovo, Elías. (c. 1934). *El arte y las masas. Ensayos sobre una nueva teoría de la actividad estética*. Buenos Aires: Claridad.

- Codovilla, Victorio (1947). *¿Será América Latina una colonia yanqui?*. Buenos Aires: Anteo.
- Dujovne Ortiz, Alicia (2007). *El camarada Carlos. Itinerario de un enviado secreto*. Buenos Aires: Aguilar.
- Echegaray, Aristóbulo (1954). *Don Segundo Sombra, reminiscencia infantil de Ricardo Güiraldes*. Buenos Aires: Doble P.
- Edwards, Jorge (1990). *Adiós, poeta*. Barcelona: Tusquets.
- Erenburg, Ilia (1956). *El Deshielo*. Buenos Aires: Futuro
- Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina/ Comité Central del Partido Comunista Argentino* (1947). Buenos Aires: Anteo.
- Giusti, Roberto (1953). "Conducta de los escritores (Carta Abiertas a Héctor P. Agosti), Buenos Aires: del autor
- Hernández, Arregui, Juan José ([1960] 1973). *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Larra, Raúl (1986). *Con pelos y señales*. Buenos Aires: Futuro.
- \_\_\_\_\_ (1968). *El uturunco estaba entre nosotros*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- \_\_\_\_\_ (1982). *Etcétera*. Buenos Aires: Anfora.
- \_\_\_\_\_ (1978). *Leónidas Barletta. El hombre de la campana*. Buenos Aires: Conducta.
- Kautsky, Karl (1980). "La inteligencia y la socialdemocracia". En Max Adler, *El socialismo y los intelectuales*. México: Siglo XXI, pp. 255-281.
- Lefebvre, Henri (1976). *Tiempos equívocos*. Barcelona: Juan Güell.
- Lenin, Vladimir I. (1942). *Sobre la literatura y el arte*. Buenos Aires: Lautaro.
- \_\_\_\_\_ (1960). "Notas críticas sobre el problema nacional". En *Obras Completas* (vol. XX). Buenos Aires: Cartago, pp. 9-42.
- \_\_\_\_\_ (1971). "Sobre el cooperativismo". En V. I. Lenin, *Obras Completas* (Vol. XXXVI). Buenos Aires: Cartago, pp. 443-458
- \_\_\_\_\_ (1970). "Sobre la cultura proletaria". En A. Sánchez Vázquez, *Estética y Marxismo* (Vol. 2). México: Era, pp. 220-224
- Marx, Carlos y Federico Engels. (s/f, c. 1941). *Sobre la literatura y el arte*. Buenos Aires: Problemas

\_\_\_\_\_ (1970). *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo/Pueblos Unidos.

\_\_\_\_\_ (1972). *Correspondencia*. Buenos Aires: Cartago.

\_\_\_\_\_ (1988). "Manifiesto del Partido Comunista". En *Obras fundamentales* (Vol. IV). México: Fondo de Cultura Económica, pp. 277-324.

Maldonado, Tomás. (1997). *Escritos preulmianos*. Buenos Aires: Infinito.

Morin, Edgard (1976). *Autocrítica*. Barcelona: Kairós.

Oliver, María Rosa (2008). *Mi fe es el hombre*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.

Ponce, Aníbal (1933). *El viento en el mundo. Conferencias a los estudiantes y los obreros* (3° edición: Buenos Aires: Futuro)

\_\_\_\_\_ (1938). *Humanismo burgués y humanismo proletario. De Erasmo a Romain Rolland*. México: América (2005. Buenos Aires: Capital Intelectual)

Portantiero, Juan Carlos (1961). *Realismo y realidad en la literatura argentina*. Buenos Aires: Procyón.

Proyecto de "Cartilla de Derechos de la Intelectualidad Argentina", Buenos Aires, 26 de julio de 1955

Puiggrós, Rodolfo (1956). *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*. Buenos Aires: Argumentos.

\_\_\_\_\_ (1973). *Las izquierdas y el problema nacional* (Vol. 3 de la nueva versión de la *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*). Buenos Aires: CEPE.

Ramos, Abelardo (1962). *El Partido Comunista en la política argentina*. Buenos Aires: Coyoacán.

Strasser, Carlos (comp.) (1959). *Las izquierdas en el proceso político argentino*. Buenos Aires: Palestra.

Schneider, Samuel. (1994). *Héctor P. Agosti: creación y milicia*. Buenos Aires: Grupo de Amigos de Héctor P. Agosti.

"Sustancia actual de Echeverría. Discursos pronunciados en el homenaje al escritor Héctor P. Agosti con motivo de la aparición de su libro Echeverría", Buenos Aires, 1952.

Rosental, Mark e Iudin, P. (1965). *Diccionario soviético de filosofía*. Montevideo: Pueblos Unidos.

Strada, Vittorio y Rossana Rossanda (1963). *Arte y partidismo*. Córdoba: Pasado y Presente.

Varela, Alfredo (1946). *El Río Oscuro. La aventura de los yerbales vírgenes*. Buenos Aires: Lautaro el río oscuro (2008: Capital Intelectual).

Villanueva, Amaro (1945). *Crítica y pico. Plana de Hernández*. Santa Fe: Colmegna

\_\_\_\_\_ (2010). *Obras Completas*. Entre Ríos: Eduner.

Yunque, Álvaro (1941). *La literatura social en la Argentina: Historia de los movimientos literarios desde la emancipación nacional hasta nuestros días*. Buenos Aires: Claridad, 1941.

\_\_\_\_\_ (c.1940-1943). "El gauchismo de Martín Fierro". Recuperado el 6 de mayo de 2010 de Álvaro Yunque: escritor argentino, 1889-1982:  
[http://www.alvaroyunque.com.ar/gauchismo\\_martin\\_fierro.htm](http://www.alvaroyunque.com.ar/gauchismo_martin_fierro.htm)

Zhdánov, Andrei (1948). *Filosofía y literatura a la luz del marxismo*. Buenos Aires: 1948.

\_\_\_\_\_ (1948). *Historia de la filosofía*. Buenos Aires: Anteo.

### Documentos partidarios

Codovilla, Victorio (1941). "¡Listos para defender la patria!. Informe rendido ante el X Congreso del Partido Comunista; realizado en Córdoba los días 15, 16 y 17 de noviembre de 1941", Buenos Aires, Partido Comunista. Comité Central, 1941

\_\_\_\_\_ (1963). "Por la acción de las masas hacia la conquista del poder. Informe rendido en nombre del Comité Central ante el XII Congreso del Partido Comunista que sesionó desde el 22 de febrero hasta el 3 de marzo de 1963", Buenos Aires, Anteo, 1963

"Declaración del PC a propósito del discurso del Gral. Perón invitando a los trabajadores a formar un 'frente popular unido' para desbaratar los planes de la conspiración oligárquico-imperialista" (1952). Buenos Aires: s/d.

"Estatuto del Partido Comunista de la Argentina. Aprobado por el XII Congreso Nacional, realizado durante los días 22 de febrero hasta el 3 de marzo de 1963" (1963). Buenos Aires: Anteo.

"Guión para la discusión sobre los resultados de la aplicación de la línea política sancionada por el XI Congreso", Partido Comunista, Comité Ejecutivo, setiembre de 1952

"Resoluciones del Comité Central Ampliado del Partido Comunista que se reunió los días 10, 11 y 12 de setiembre de 1954", Buenos Aires, c. setiembre de 1954

"11º Congreso. Periódico de preparación del 11º Congreso Nacional del Partido Comunista Argentino", Buenos Aires, 28 de junio de 1946.



## Bibliografía citada

### PCA, comunismo, cultura e intelectuales

Acha Omar (2002). "La Revolución Rusa de José Ingenieros. Elitismo y progresismo". *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista* (20), pp. 163-182.

\_\_\_\_\_ (2006). *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*. Buenos Aires: Eudeba.

\_\_\_\_\_ (2009). *Historia crítica de la historiografía argentina* (Vol. I: Las izquierdas en el siglo XX). Buenos Aires: Prometeo.

Águila, Gabriela (1991/1992). "Los comunistas y el movimiento obrero en Rosario, 1943-1946". *Anuario Escuela de Historia* (14).

Alburquerque, Germán. (2011). *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y guerra fría*. Santiago de Chile: Ariadna.

Altamirano, Carlos (2011). *Peronismo y cultura de izquierdas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Ajello, Nello (1997). *Intellettuali e PCI, 1944-1958 e Il lungo addio. Intellettuali e PCI dal 1958 al 1991*. Roma/Bari: Laterza.

Amaral, Samuel (2000). "Peronismo y marxismo en los años fríos: Rodolfo Puiggrós y el Movimiento Obrero Comunista, 1947-1955". *Investigaciones y Ensayos* (50).

Anderson, Perry (1975). "Una entrevista político-filosófica con Lucio Colletti". *Cuadernos Políticos* (4), pp. 61-82.

\_\_\_\_\_ (1984). "La historia de los partidos comunistas". En Rafael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona: Crítica.

Anderson, Perry (2009). "An Invertebre Left". *London Review of Books*, 31 (5), pp. 12-18

Arévalo, Oscar. (1983). *El Partido Comunista*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Aricó, José María (1983). "La polémica Arlt-Ghioldi. Arlt y los comunistas". *La ciudad futura* (3). pp. 22-26

\_\_\_\_\_ (2005). *La cola del diablo. Itinerarios de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Arpini, Adriana y Marcos Olalla (2006). "Humanismo y cultura: el pensamiento marxista de Aníbal Ponce y Héctor P. Agosti". En Hugo Biagini y Arturo Andrés Roig, *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Obrerismo, vanguardia y justicia social (1930-1960)*. Buenos Aires: Biblos. pp. 21-50.

Arvon, Henri (1970). *La estética marxista*. Buenos Aires: Amorrortu.

Azuela de la Cueva, Alicia (2008). "Militancia política y labor artística de David Alfaro Siqueiros: de Olvera Street al Río de la Plata". *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* (35), pp. 109-144.

Baudin, Antoine y Leonid Heller (1993). "Le réalisme socialiste comme organisation du champ culturel". *Cahiers du monde russe et soviétique*, 34 (3). pp. 307-343.

Bergel, Martín (2006). "Un caso de orientalismo invertido. La revista de Oriente (1925-1926) y los modelos de relevo de la civilización occidental". *Prismas* (10), pp. 99-117.

Bertacini, Rina; Paulino González Alberdi, Julio Laborde et. al. (1988). *El nacimiento del PC. Ensayo sobre la fundación y los primeros pasos del Partido Comunista de la Argentina*. Buenos Aires: Anteo.

Bisso, Andrés (2000/2001). "La comunidad antifascista argentina dividida (1939-1940). Los partidos políticos y los diferentes grupos locales ante el Pacto de no agresión entre Hitler y Stalin". *Reflejos* (9), pp. 88-99.

\_\_\_\_\_ (2007). *El antifascismo argentino*. Buenos Aires: CeDInCI/Buenos Libros.

\_\_\_\_\_ y Adrián Celentano (2006). "La lucha antifascista de la AIAPE (1935-1943)". En Hugo Biagini y Arturo Andrés Roig. *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Obrerismo, vanguardia y justicia social (1930-1960)*. Buenos Aires: Biblos. pp. 235-265.

Bulacio, Julio (2001). *Intelectuales y Partido: Héctor P. Agosti y las políticas culturales del PCA, 1950-1959*. Buenos Aires: Tesis de licenciatura inédita presentada en la Universidad Nacional de Luján.

\_\_\_\_\_ (2006). "Intelectuales, prácticas culturales e intervención política: la experiencia gramsciana en el Partido Comunista Argentino". En Hugo Biagini y Arturo Andrés Roig (ed.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Obrerismo, vanguardia y justicia social (1930-1960)*. Buenos Aires: Biblos. pp. 51-75.

Burgos, Raúl (2004). *Los gramscianos argentinos. Política y cultural en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Brutti, Massimo (1986). *El pensamiento político de Togliatti*. Madrid: Fundación de Investigaciones Marxistas.

Caballero, Manuel (1987). *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana*. Caracas: Nueva Visión.

Camarero, Hernán (2005). "La izquierda como objeto historiográfico. un balance de los estudios sobre el socialismo y el comunismo en la Argentina". *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico* (1).

\_\_\_\_\_ (2007).. *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Campione, Daniel (segundo semestre de 1996). "Los comunistas argentinos. Bases para la reconstrucción de su historia". *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, pp. 103-115.

\_\_\_\_\_ (2005). *El comunismo en la Argentina. Sus primeros pasos*. Buenos Aires: Corriente Clasista y Combativa.

\_\_\_\_\_ (2007). "El partido comunista de la Argentina. Apuntes para su trayectoria". En Elvira Concheiro, Horacio Crespo y Máximo Modonessi. *El comunismo. Otras miradas desde América Latina*. México: Universidad Autónoma de México. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, pp. 167-215.

Camurça, Marcelo (1998). "Intelectualidade rebelde e militância política: adesão dos Intelectuais ao Partido Comunista Brasileiro (PCB) 1922-1960". *Locus. Revista de história*, 4 (1), pp. 65-80.

Cane, James(1997). "Unity for the Defense of Culture: The AIAPE and the Cultura Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943. *Hispanic American Historical Review*, 3 (77).

Cattaruzza, Alejandro (2007). "Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)". *A Contracorriente*, 5 (1).

\_\_\_\_\_ y Alejandro Eujanián (2006). "Del éxito popular a la canonización estatal del del Martín Fierro". *Prismas* (6), pp. 97-120.

Caute, David (1968). *El comunismo y los intelectuales franceses (1914-1966)*. Barcelona: Oikos-Tau.

\_\_\_\_\_ (1973). *Compañeros de viaje. Una posdata a la ilustración*. México: Grijalbo.

Celentano, Adrián (2006). "El humanismo de Gregorio Bermann". Recuperado el 1° de febrero de 2013 de Proyecto ensayo hispánico: <http://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/argentina/bermann.htm>

\_\_\_\_\_ (2006). "Ideas e intelectuales en la formación de una red sudamericana antifascista". *Literatura y Lingüística* (17), pp. 195-218.

Cernadas, Jorge, Pittaluga, Roberto y Horacio Tarcus (1998). "La historiografía sobre el PC Argentino. Un estado de la cuestión". *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, 4 (8).

Cernadas, Jorge (1997). "Notas sobre la política cultural del comunismo argentino, 1955 – 1959". En Marcelo Urresti (comp.), *La cultura argentina de fin de siglo*. Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC-UBA.

\_\_\_\_\_ (2001). "Política y cultura en la `vieja izquierda`: Cuadernos de Cultura". *Primeras Jornadas de Historia de Revistas y Publicaciones Periódicas*. Rosario: Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

Chilcote, Ronald (1982). *Partido Comunista Brasileiro. Conflicto e integraçao. 1922-1972*. Rio de Janeiro: Graal.

Claudín, Fernando (1970). *La crisis del movimiento comunista. De la Komintern al kominform*. Ruedo Ibérico: 1970.

Clementi, Hebe (1992). *María Rosa Oliver*. Buenos Aires: Planeta.

\_\_\_\_\_ (2004). *Lautaro. Historia de una editora*. Buenos Aires. xxx

Corbière, Emilio (1974). "Origen del Partido Comunista". *Todo es Historia* (81).

\_\_\_\_\_ (1984). *Orígenes del comunismo argentino*. Buenos Aires: Centro Editori de América Latina.

Courtois, Stéphan y Marc Lazar (2000). *Histoire du Parti Communiste français*. Paris: Puf.

Crespo, Horacio (1997). "Córdoba, Pasado y Presente y la obra de José Aricó. Una guía de aproximación". *Prismas* (1).

\_\_\_\_\_ (1999). "Poética, política, ruptura". En Susana Cella (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina. La irrupción de la crítica* Buenos Aires: Emece, pp. 423-445.

\_\_\_\_\_ (1999). *José Aricó. Entrevistas (1974-1991)*. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados/Universidad Nacional de Córdoba.

\_\_\_\_\_ (2001). *José Aricó*. Córdoba: Agencia Córdoba Cultura.

Dalmás, Carine (julio-diciembre de 2011). "O Partido Comunista do Chile e o XX Congresso do Partido Comunista da União Soviética: pela "vía pacífica" e o contra o "realismo socialista". Recuperado el 3 de agosto de 2012 de ANPHLAC: <http://revista.anphlac.org.br/index.php/revista/issue/view/2>.

Dreyfus, Michel, Bruno Groppo, Claudio Ingerflom et. al. (dirs.). (2004). *Le siècle des communismes*. Paris: Éditions de l' Atelier/Éditions Ouvrières.

Egbert, Donald Drew (1981). *El arte y la izquierda en Europa. De la revolución francesa a Mayo de 1968*. Barcelona: Gustavo Gili.

Eley, Geog (2003). *Un mundo que ganar: historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona: Crítica.

Fantoni, Guillermo (1997). "Vanguardia artística y política radicalizada en los años '30: Berni, el nuevo realismo y las estrategias de la Mutualidad". *Causas y Azares*, 4 (5).

- Fava, Athos (1983). *¿Qué es el Partido Comunista?* Buenos Aires: Sudamericana.
- Fernández Buey, Francisco (1984). *Contribución a la crítica del marxismo cientificista: una aproximación a la obra de Galvano Della Volpe*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Fisher, David James (1978). "Malraux: Left Politics and Anti-Fascism in the 1930's". *Twentieth Century Literature*, 24 (3), pp. 290-302.
- Fitzpatrick, Sheila (1984). "Cultural revolution and class war". En Sheila Fitzpatrick, *Cultural revolution in Russia, 1928-1931*. Indiana University Press.
- \_\_\_\_\_ (2005). *La revolución rusa*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Frolin, Olivier (2007). "Un débat intellectuel en période de Guerre Froide". *Nouvelle Foundation*, 1 (5), pp. 156-160.
- Furet, François (1995). *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Gaddis, John Williams (2011). *La Guerra Fría*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- García, Fernando (2009). *Los ojos. Vida y pasión de Antonio Berni*. Buenos Aires: Booket.
- García, Luciano Nicolás (2012). *La recepción de la psicología soviética en la Argentina: lecturas y apropiaciones en la psicología, psiquiatría y psicoanálisis (1936-1991)*. Buenos Aires: Tesis doctoral inédita presentada en la Universidad de Buenos Aires.
- Gilbert, Isidoro (1994). *El oro de Moscú. Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la Inteligencia soviética en la Argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- \_\_\_\_\_ (2009). *La Fede. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista 1921-2005*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gramuglio, María Teresa. (2002). "El realismo y sus destiempos en la literatura argentina". En *Historia Crítica de la Literatura Argentina. El imperio realista*. Buenos Aires: Emecé, pp. 15-38.
- Gotovitch José y Mikhail Narinski et al. (dir.) (2001). *Komintern: l'histoire et les hommes. Dictionnaire biographique de l'internationale communiste*. Paris: Editions de l'atelier.
- Grosso, Bruno (2007). "El antifascismo en la cultura política comunista". En Elvira Concheiro, Horacio Crespo y Massimo Modonessi Concheiro, *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México: UNAM/ Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
- Heinemann, Margot (1988). "Left Review, New Writing y la gran alianza contra el fascismo". *Debats*, 3 (26).
- Hobsbawm, Eric (2010). "Poker Face". *London Review of Books*, 32 (7), pp. 23-24.

- Iscaro, Rubens (1973). *Historia del movimiento sindical*. Buenos Aires: Fundamentos.
- Kersffeld, Daniel (2006/2007). "La Liga Antiimperialista de las Américas: una construcción política entre el marxismo y el latinoamericanismo". *Políticas de la Memoria* (6/7), pp. 143-148.
- Kleiner, Bernardo (1964). *20 años de movimiento estudiantil reformista*. Buenos Aires: Platina.
- Kohan, Néstor (1997). "Herejes y heterodoxos. Ernesto Giúdice y las diversas tradiciones culturales del comunismo argentino (segunda parte). *Periferias*, 2 (3), pp. 65-92
- \_\_\_\_\_ (1997). Herejes y heterodoxos. Ernesto Giúdice y las diversas tradiciones culturales del comunismo argentino (primera parte). *Periferias*, 2 (2), pp. 81-100
- \_\_\_\_\_ (comp.). (1999). *La Rosa Blindada. Una pasión de los '60*. Buenos Aires: Ediciones La Rosa Blindada.
- \_\_\_\_\_ (2000). *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires: Biblos.
- Lahanque, Reynald (2003). "Le romans du réalisme socialiste français. *Sociétés et Représentations*, 1 (15), pp. 177-194.
- Lazar, Marc (2001). "Cultures politiques et partis politiques en France". En Daniel Cefaï (dir.), *Cultures politiques*, Paris: PUF, pp. 169-189.
- Liebner, Gerardo (2011). *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*. Montevideo: Trilce.
- Liguori, Guido (2012). *Gramsci conteso. Interpretazioni, dibattiti e polemiche. 1922-2012*. Roma: Riuniti.
- Lobato, Mirta (2002). "Rojos. Algunas reflexiones sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo en la década del 30". *Prismas* (6), pp. 205-215.
- Longoni, Ana y Daniela Lucena (2003/2004). "De cómo el 'júbilo creador' se trastocó en 'desfachatez'. El pasaje de Maldonado y los concretos por el Partido Comunista. 1945-1948". *Políticas de la Memoria* (4), pp. 117-128.
- Löwy, Michel (1980). *El marxismo en América Latina (De 1909 a nuestros días)*. Antología. México: Era.
- Lucena, Daniela. (4, 5 y 6 de noviembre de 2009). "Arte y comunismo argentino: debates estéticos y políticos en la década del 30". *V Jornadas de Jóvenes Investigadores*. Buenos Aires: Instituto Gino Germani/Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Lvovich, Daniel y Marcelo Fonticelli (1999). "Clase contra clase. política e historia en el Partido Comunista Argentino (1928-1935)". *Desmemorias. Revista de Historia* , VI (23/24).

Marcou, Lilly (1978). *La Kominform*. Madrid: Villarar.

Marcou, Lilly (1981). *El movimiento comunista internacional desde 1945*. Madrid: Siglo XXI.

Martínez Verdugo, Arnaldo. (1985). *Historia del comunismo mexicano*. México: Grijalbo.

Massholder, Alexia (marzo de 2006). "La Casa de la Cultura Argentina". *Taller* , 8 (23).

\_\_\_\_\_ (2012). *El Partido Comunista argentino y sus intelectuales: originalidad y marginalidad del pensamiento y acción de Héctor P. Agosti*. Buenos Aires: Tesis doctoral inédita presentada en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Matonti, Frédérique (2005). *Intellectuels communistes. Essai sur l'obéissance politique. La Nouvelle Critique, 1967-1980*. Paris: La Decouverte.

Matonti, Frédérique (2000). "Les intellectuels et le Parti: le cas français". En Dreyfus et al. *Le siècle des communismes*. Paris: Les Éditions de l'Atelier/Éditions Ouvrières.

Monnerat Barbosa, Júlia (2010). *Militância política e produção literária no Brasil (dos anos 30 aos anos 50): as trajetórias de Graciliano Ramos e Jorge Amado e o PCB*. Niterói: Tesis doctoral inédita presentada en la Universidade Federal Fluminense.

Mocca, Edgardo (2012). *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político-intelectual*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

Moraes, Denis. (1994). *O imaginário vigiado. A imprensa comunista e o realismo socialista no Brasil (1947-1953)*. Rio de Janeiro: José Olympo.

Myers, Jorge (2002). "Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de Argumentos". *Prismas* (6).

Jiménez, José (1981/1982). "Galvano Della Volpe, el marxismo y la estética". *El Basilisco* (13).

Olivera, Philippe (2003). "Aragon, "réaliste socialiste". Les usages d'une étiquette littéraire des années trente aux années soixante". *Sociétés et Représentations* , 1 (15), pp. 229-246.

Orgambide, Pedro (1988). *El hombre de la rosa blindada*. Buenos Aires: Ameghino.

Oriolo, Jordán (1994). *Antiesbozo de la historia del Partido Comunista (1918-1928)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Pasolini, Ricardo (2005). "El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: entre la AIAPE y el Congreso Argentino de Cultural, 1935-1955". *Desarrollo Económico* , 45 (179), pp. 403-433.

\_\_\_\_\_ (2006). *La utopía de Prometeo. Juan Antonio Salceda del antifascismo al comunismo*. Buenos Aires: Universidad Nacional del Centro.

\_\_\_\_\_ (2007.). "La cultura antifascista y los "intelectuales nuevos" en la década de 1930: el Ateneo de cultura popular de Tandil". Recuperado de Historia Política <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/Pasolini%201.pdf>.

\_\_\_\_\_ (2007). "Crítica erudita y exaltación antifascista Acerca de la obra de José Ingenieros 'historiador'". *Prismas*, 11 (1), pp. 87-107.

\_\_\_\_\_ (2010). "Avatares de la intelectualidad de izquierda en la Argentina: de la Alianza Nacional Antifascista al Congreso Argentino de la Cultura, 1945-1955". *Jornadas Académicas "Los opositores al peronismo, 1946-1955"*. Centro de Historia Política, Escuela de Política y Gobierno, Universidad Nacional de San Martín. Buenos Aires.

Pastoriza, Elisa (1993). *Los trabajadores en Mar del Plata en vísperas del peronismo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Pellettieri, Osvaldo (dir.) (2006). *Teatro del Pueblo: una utopía concretada*. Buenos Aires: Galerna/Fundación Somigliana.

Petra, Adriana (2010). "Cosmopolitismo y nación. Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la Guerra Fría (1947-1956)". *Contemporánea. Historia y Problemas del siglo XX*, I (1), pp. 51-74.

\_\_\_\_\_ (2013). "Editores y editoriales comunistas. El caso de "Problemas" de Carlos Dujovne. Recuperado el 01 de 06 de 2013, de Actas Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición: <http://coloquiolibroyedicion.fahce.unlp.edu.ar/actas/Petra.pdf/view?searchterm=None>

\_\_\_\_\_ y Horacio Tarcus. (2012/2013). "Descubriendo a Gramsci en Córdoba. Contribución al epistolario de José María Aricó (1956-1963). *Políticas de la Memoria* (13), pp. 267-281.

Pla, Alberto (1986-1987). "El PCA (1918-1928) y la Internacional Comunista". *Anuario de la Universidad Nacional de Rosario* (12).

Prado Acosta, Laura (2010). *Héctor Agosti, el difícil equilibrio. Partido Comunista e intelectuales (1936-1963)*. Buenos Aires: Tesis de maestría inédita de la Universidad Nacional de San Andrés.

Racine, Nicole (1967). "Une revue d'intellectuels communistes dans les années vingt: Clarté (1921-1928)". *Revue française de science politique* (3), 484-519.

\_\_\_\_\_ (1977). "Le Comité de vigilance des intellectuels antifascistes (1934-1939). Antifascisme et pacifisme". *Le Mouvement social* (101), pp. 87-113.



Sendra, Rafael (1993). *El joven Berni y la Mutualidad Popular de Estudiantes y Artistas Plásticos de Rosario*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.

*Quaderni Rossi: Luttet ouvrières et capitalisme d'aujourd'hui* (1968). París: François Maspero.

Risler, Julia y Daniela Lucena (29 y 30 de setiembre de 2005). "Arte y cultura en los años 20: discusiones en torno al Partido Comunista". *III Jornadas de Jóvenes Investigadores*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales/Universidad de Buenos Aires.

Robin, Regine (1986). *Le réalisme socialiste. Une esthétique impossible*. Paris: Payot.

Ratto, Ivana (2011). *De los jóvenes a la juventud: La construcción de un sujeto complejo. 1955-1966. Una aproximación desde la Revista de la Universidad de Buenos Aires, Quinta Época, y Mar Dulce, una voz estudiantil*. Tesis de Licenciatura inédita presentada en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Rossi, María Cristina (2006). "En clave de polémica. Discusiones por la abstracción en tiempos de peronismo". *Separata* (27).

\_\_\_\_\_ (2004). "En el fuego cruzado entre el realismo y la abstracción". En María Cristina Rossi, María Amalia García y Luisa Fabiana Serviddio, *Arte Argentino y Latinoamericano del siglo XX*. Buenos Aires: Fundación Espigas, pp. 83-125.

Sáitta, Sylvia (2001). "Entre la cultura y la política: los escritores y la izquierda". En Alejandro Cattaruzza (dir.), *Nueva Historia Argentina: Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Buenos Aires: Sudamericana, Vol. VII, pp.383-428.

\_\_\_\_\_ (2001). "La dramaturgia de Elías Castelnuovo: del teatro social al teatro proletario". En Osvaldo Pelletieri (ed.), *Escena y Realidad*. Buenos Aires: Galerna/UBA, pp. 187-197.

\_\_\_\_\_ (2005). "Polémicas ideológicas, debates literarios en Contra. La revista de los francotiradores". En *Contra. La revista de los francotiradores*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, pp. 13-33

\_\_\_\_\_ (2007). *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Buenos Aires: FCE.

Sánchez Vázquez, Adolfo (1970). *Estética y Marxismo* (Vol. 1). México: Era.

\_\_\_\_\_ (1970). *Estética y Marxismo* (Vol. 2). México: Era.

Santos, Raimundo (2007). "Crise e pensamento moderno no PCB dos anos 50". En D. A. João Quartim de Moraes, *História do Marxismo no Brasil* (Vol. 1). Campinas: UNICAMP, pp. 199-228.

Sapiro, Gisèle (2003). "Formes et structures de l'engagement des écrivains communistes en France. De la 'drôle de guerre' à la Guerre Froide. *Sociétés et Représentations*, 1 (15), pp. 155-176.

\_\_\_\_\_ (2011). "Modelos de intervención política de los intelectuales. El caso francés". *Prismas*, 2 (15), pp. 129-154.

Schenkolewski-Kroll, Silvia.(1999). "El Partido Comunista de la Argentina ante Moscú: deberes y realidades, 1930-1941". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 2 (10).

Schidlowsky, David. (2008). *Neruda y su tiempo. Las furias y las penas* (Vol. 2). Santiago de Chile: RIL.

Schmucler, Héctor, Malecki, Sebastián y Gordillo, Mónica (ed.) (2009). *El obrerismo de Pasado y Presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre Sitrac-Sitram*. La Plata: Al Margen.

Secco, Lincoln (2008). *Caio Prado Junior o sentido da revolução*. Sao Paulo: Boitempo.

Spriano, Paolo (1970-1973). *Storia del Partito Comunista Italiano*. Roma: Einaudi.

Stnor Saunders, Frances (2001). *La CIA y la Guerra Fría Cultural*. Madrid: Debate.

Strada, Vittorio (1983)." De la 'revolución cultural' al "realismo socialista". En Eric Hobsbawm (dir.), *Historia del marxismo. El marxismo de la III Internacional* (Vol. 2). Barcelona: Bruguera, pp. 431-477

Tarcus, Horacio (diciembre de 1997). "Insurrexit. Revista Universitaria. 1920-121". *Lote* (8)

\_\_\_\_\_ (1999). "El corpus marxista". En Susana Cella (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina. La irrupción de la crítica* (Vol. 10). Buenos Aires: Emecé, pp. 465-500

\_\_\_\_\_ (2000). "Historia de una pasión revolucionaria. Hipólito Etchebéhère y Mika Felman". *El Rodaballo*, pp. 38-50.

\_\_\_\_\_ y Ana Longoni (2001). "Purga antivanguardista". *Ramona. Revista de artes visuales* (14), pp. 55-57.

\_\_\_\_\_ (2004). "Revistas, intelectuales y formaciones culturales izquierdistas en la Argentina de los '20". *Revista Iberoamericana* (208-209), 749-772.

\_\_\_\_\_ (dir.) (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Emecé.

\_\_\_\_\_ (2009)." Aníbal Ponce en el espejo de Romain Rolland". En Aníbal Ponce, *Humanismo burgués y humanismo proletario. De Erasmo a Romain Rolland*. Buenos Aires: Capital Intelectual, pp. 7-25.

Terán, Oscar (1986). *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos.

Tortti, María Cristina (1999). "Izquierda y nueva izquierda en Argentina. El caso del Partido Comunista". *Sociohistórica/Cuadernos del CISH* (6), pp. 221-232.

\_\_\_\_\_ (2002). "Debates y rupturas en los partidos Comunista y Socialista durante el frondizismo". *Prismas* (6), pp. 265-274

\_\_\_\_\_ (2009). *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda (1955 - 1965)*. Buenos Aires: Prometeo.

\_\_\_\_\_ (2009/2011). "Soluciones. Una experiencia de acercamiento entre el peronismo y la izquierda durante la campaña de voto en blanco de 1960". *Políticas de la Memoria* (10/11/12), pp. 224-234.

Uliánova, Olga, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (ed.) (2013). *1912-2012. El siglo de los comunistas chilenos*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Avanzados/Universidad de Santiago de Chile.

Vacca, Giuseppe (1977). "Política y teoría del marxismo italiano en los años sesenta". En AA.VV., *El marxismo italiano de los años sesenta y la formación teórico-política de las nuevas generaciones*. Barcelona: Grijalbo.

Verdès-Leroux, Jeannine (1983). *Au service du parti: le Parti Communiste, les intellectuels et la culture, 1946-1956*. Fayard/Minuit.

\_\_\_\_\_ (1987). *Le reveil des somnambules, 1956-1965*. Paris: Fayard/Minuit.

Virieux, Daniel (2003). "La 'direction des intellectuels communistes' dans la Résistance française". *Sociétés & Représentations* (15), pp. 133-153.

Zamudio Barrios, Arturo (1992). *Las prisiones de Héctor P. Agosti*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

#### Sobre literatura, cultura y política en la Argentina

Astutti, Adriana (2002). "Elías Castelnuovo o las intenciones didácticas en la narrativa de Boedo". En María Teresa Gramuglio, *Historia Crítica de la Literatura Argentina: El imperio realista*. Buenos Aires: Emecé, pp.417-446.

Bastos, María Luisa (1973). "Contorno, Ciudad y Gaceta Literaria: tres enfoques de una realidad". *Hispanamérica* (4-5), pp. 49-54.

Barbeito, Ignacio (2009/2011). "Aportes para una historia del circuito editorial en la Córdoba de los '60s y primeros '70s. Ediciones Nagelkop, Aula Vallejo e Igitur. *Políticas de la Memoria* (10/11/12), pp. 143-148.

Blanco, Alejandro (2006). *Razón y Modernidad. Gino Germani y la Sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

\_\_\_\_\_ y Luis Carlos Jackson (2011). "Intersecciones: crítica literaria y sociología en la Argentina y el Brasil". *Prismas*, 15 (1), pp. 31-51.

Birri, Fernando. (2008). *La Escuela Documental de Santa Fe*. Rosario: Prohistoria/Instituto Superior de Cine y Artes Visuales de Santa Fe.

Borré, Omar. (1996). *Arlt y la crítica (1926-1990)*. Buenos Aires: América Libre.

Cella, Susana (dir.) (1999). *Historia crítica de la literatura argentina. La irrupción de la crítica*. Buenos Aires: Emecé.

*Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición* (2013). FAHCE/Universidad Nacional de La Plata. Disponible en <http://coloquiolibroyedicion.fahce.unlp.edu.ar/>

Corral, Rose y Anthony Stanton (2012). "Entre vanguardia y modernidad: Proa (segunda época, 1924,1926)". En *Proa (1924-1926). Edición facsimilar*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional/Fundación Internacional Jorge Luis Borges, pp. 13-59

Cortés, Martín (2012). *Teoría política marxista en América Latina. El problema de la traducción en la obra de José Aricó*. Buenos Aires: Tesis doctoral inédita presentada en la Universidad de Buenos Aires/Université Paris 8.

King, John (1990). *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*. México: Fondo de Cultura Económica.

David, Guillermo (2004). *Carlos Astrada. La filosofía argentina*. Buenos Aires: El cielo por Asalto.

Delgado, Sergio (2002). "Realismo y región. Narrativas de Juan Carlos Dávalos, Justo P. Sáenz, Amaro Villanueva y Mateo Booz. En María Teresa Gramuglio (dir.), *Historia Crítica de la Literatura Argentina: El imperio realista*. Buenos Aires: Emecé, pp. 345-364

Devoto, Fernando (2006). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Doeswijk, Andreas (1998). *Entre camaleones y cristalizados. Los anarco-bolcheviques rioplatenses, 1917-1930*. Campinas: Unicamp.

España, Claudio (2006). "Las aguas bajan turbias: una denuncia contra toda esclavitud". En Eduardo Borrás, *Las aguas bajan turbias*. Buenos Aires: Bilblos/Argentores.

Fiorucci, Flavia (2002). "Los marginados de la revolución: los intelectuales peronistas (1945-1955). *Proceedings of the 2° Congresso Brasileiro de Hispanistas*. Sao Paulo.

\_\_\_\_\_ (2008). "Reflexiones sobre la gestión cultural bajo el peronismo". Obtenido de *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (en línea): <http://nuevomundo.revues.org/24372>

- \_\_\_\_\_ (2011). *Intelectuales y Peronismo. 1945-1955*. Buenos Aires: Biblos.
- García, Diego (2009/2011). "Signos. Notas sobre un momento editorial". *Políticas de la Memoria* (10/11/12), pp. 159-178.
- García García, Luis Ignacio (2009). *Modernidad, cultura y crítica. La escuela de Frankfurt en la Argentina (1936-1983)*. Córdoba: Tesis doctoral inédita presentada en la Universidad Nacional de Córdoba.
- Georgieff, Georgina (2008). *Nación y Revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Giordano, Alberto y Alejandro Eujanián (2002). "Las revistas de izquierda y la función de la literatura: enseñanzas y propaganda". En María Teresa Gramuglio, *Historia crítica de la literatura argentina. El imperio realista*. Buenos Aires: Emecé.
- Giunta, Andrea (2001). *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (2005). "Misión imposible. Nelson Rockefeller y la cruzada del internacionalismo artístico". En Ricardo Salvatore (comp.), *Culturas Imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, pp. 185-211.
- Gorelik, Adrián (2004). ¿Buenos Aires ciudad europea? En Adrián Gorelik, *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultura y crítica urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Halperín Donghi, Tulio (1987). *El espejo de la historia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- \_\_\_\_\_ (2003). *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- James, Daniel (2006). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Janello, Karina (2011). *Intelectuales, revistas, redes editoriales y Guerra Fría. El Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina y América Latina*. Buenos Aires: Tesis de maestría inédita presentada en el Instituto de Altos Estudios Sociales.
- \_\_\_\_\_ (2012). "El Congreso por la Libertad de la Cultura: el caso chileno y la disputa por las "ideas fuerza" de la Guerra Fría. *Izquierdas* (14).
- Laguarda, Paula y Flavia, Fiorucci (2012). *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*. Rosario: Prohistoria Ediciones & EDULPam.
- Longoni, Ana y Mariano Mestman (2000). *Del Di Tella a Tucuman Arde, vanguardia artística y política en el 68 argentino*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

Neiburg, Federico (1988). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza.

Oviedo, Antonio (1999). "Una vanguardia intempestiva: Córdoba". En Susana Cella (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina* (Vol. 10: La irrupción de la crítica). Buenos Aires: Emecé, pp. 403-419.

Paradiso, José (2002). "Vicisitudes de una política exterior independiente. En Juan Carlos Torre (dir.), *Nueva Historia Argentina: Los años peronistas (1943-1955)* (Vol. VIII). Buenos Aires: Sudamericana, pp. 525-571.

Patat, Alejandro (2004). *Un destino sudamericano. La letteratura italiana in Argentina (1910-1970)*. Perugia: Guerra.

Pelletieri, Osvaldo (dir.) (2006). *Teatro del Pueblo: Una utopía concretada*. Buenos Aires: Galerna.

Petra, Adriana (2006/7). El archivo personal como fuente histórica: la experiencia del CeDInCI con los fondos de archivo de las izquierdas argentinas". *Políticas de la Memoria* (6), pp. 206-211.

\_\_\_\_\_ (2008). "Ciencia y Guerra Fría: El Plan Camelot y los debates sobre el imperialismo cultural". *mimeo* .

\_\_\_\_\_ (2008/2009). El Proyecto Marginalidad. Los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural. *Políticas de la Memoria* (8/9), pp. 249-260.

Pittaluga, Roberto (diciembre de 2000). "Recepciones de la Revolución Rusa: el caso de los "anarco-bolcheviques". Actas I Jornadas de Historia de las Izquierdas. Buenos Aires: CeDInCI.

\_\_\_\_\_ (2002). "Los anarquistas de la Revolución Rusa". *Prismas* (6), pp. 179-188.

Plotkin, Mariano Ben (enero-junio de 1991). "*Perón y el peronismo: un ensayo bibliográfico*". Recuperado el 16 de abril de 2012 de *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*:  
[http://www1.tau.ac.il/eial/index.php?option=com\\_content&task=view&id=691&Itemid=263](http://www1.tau.ac.il/eial/index.php?option=com_content&task=view&id=691&Itemid=263)

\_\_\_\_\_ (2003). *Freud en las pampas. Orígenes y desarrollo de una cultura psicoanalítica en la Argentina (1910-1983)*. Buenos Aires: Sudamericana

Poirrier, Philippe (2004). *Les enjeux de l'histoire culturelle*. Barcelona: Seuil.

Prieto, Adolfo (1968). *Diccionario Básico de la Literatura Argentinian*. Buenos Aires: CEAL.

\_\_\_\_\_ (2006). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Rodríguez, Fernando Diego (2003). "Inicial (1923-1927). El frente ideológico de la nueva generación". En *Inicial. Revista de la Nueva Generación (1923-1927)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, pp. 7-43.

Rodríguez Monegal, Emir (1956). *El juicio de los parricidas*. Buenos Aires: Deucalión.

Romano, Eduardo (1988). "Hacia un perfil de la poética nativista argentina". *Anales de literatura hispanoamericana* (27).

\_\_\_\_\_ (2004). "Culminación y crisis del regionalismo narrativo". En Sylvia Saitta (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina. El oficio se afirma*. Buenos Aires: Emecé.

Rossi, Luis Alejandro (1999). "Los proyectos editoriales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina". En *Revista de Filosofía. Cultura-Ciencia-Educación. Selección de textos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, pp. 13-62.

Sábato, Hilda (1990). "El pluralismo cultural en la Argentina: un balance crítico". En AA.VV., *Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción argentina*. Buenos Aires: Comité Internacional de Ciencia Histórica (Comité Argentino).

Sarlo, Beatriz (2001). *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel.

\_\_\_\_\_ (2007). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión.

\_\_\_\_\_ y Carlos Altamirano (1997). *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel.

Sigal, Silvia (2002). "Intelectuales y peronismo". En Juan Carlos Torre (dir.), *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas* (Vol. VIII) Buenos Aires: Sudamericana, pp.481-521.

\_\_\_\_\_ (2002). *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Tarcus, Horacio (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

\_\_\_\_\_ (2001). *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

\_\_\_\_\_ (2007). *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Terán, Oscar (1979). "José Ingenieros o la voluntad de saber." En Oscar Terán (comp.), *Antiimperialismo y nación*. México: Siglo XXI.

\_\_\_\_\_ (1993). *Nuestros años 60. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966* (3° ed.). Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

\_\_\_\_\_ (2004). *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires: Siglo XXI.

\_\_\_\_\_ (2005). "El espiritualismo y la creación del anti-imperialismo latinoamericano". En Ricardo Salvatore (comp.), *Culturas Imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, pp. 303-314

Wilson, Patricia (2006). *La constelación de sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Zanetti, Susana (1982). *Encuesta a la literatura argentina contemporánea*. Buenos Aires: CEAL.

### Sobre historia intelectual, marxismo y cultura

Angenot, Marc (2010). "Representar al proletariado. Doctrinas del arte social y prácticas pictóricas". En *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 95-128.

Altamirano, Carlos (2006). *Intelectuales. Notas de investigación*. Bogotá: Norma.

Anderson, Perry (1978). *Las antinomias de Antonio Gramsci*. Barcelona: Fontamara.

\_\_\_\_\_ (1987). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI.

\_\_\_\_\_ (2002). "Internacionalismo: un brevario". *New Left Review* (14), pp. 5-24.

Aricó, José María (2011). *Nueve lecciones sobre Economía y Política en el marxismo*. México: El Colegio de México.

Artières, Philippe (1998). "Arquivar a própria vida". *Estudos Históricos* (21), pp. 10-34.

\_\_\_\_\_ y Dominique Kalifa (2012). "El historiador y los archivos personales: paso a paso". *Políticas de la Memoria* (13), pp. 7-12

Batalha, Claudio (dir.) (2009). *Dicionário do movimento operário. Rio de Janeiro do século XIX aos anos 1920 - militantes e organizações* ( 2. vols.). Sao Paulo: Fundação Perseu Abramo.

Bénichou, Paul (1981). *La coronación del escritor: Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*. México: Fondo de Cultura Económica.

Berstein, Serge (1997). "La culture politique". En Rioux, Jean-Pierre y Jean-François Sirinelli, *Por une histoire culturelle*. Paris: Seuil.

Boschetti, Anna (1990). *Sartre y "Les Temps Modernes"*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Bourdieu, Pierre (2003). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Quadrata.



Buci-Glucksmann, Christine (1988). *Gramsci y el Estado (Hacia un teoría materialista de la filosofía)*. México: Siglo XXI.

Buzzi, A. R. (1969). *La teoría política de Antonio Gramsci*. Barcelona: Fontanella.

Charle, Christophe (2009). *El nacimiento de los "intelectuales"*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Coleman, Peter (1989). *The liberal conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the mind of Postwar Europe*. New York: The Free Press.

Colletti, Lucio (1985). *El Marxismo y el "derrumbe" del capitalismo : antología sistemática de textos de Marx , Bernstein, Cunow, Schmidt, Kautsky, Tugán-Baranovski, Lenin, Hilferding, Bauer, Luxemburg, Bujarin y Grossman*. México: Siglo XXI.

Roger Chartier. (1995). *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa.

Dosse, François. (2007). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual*. Valencia: PUV.

Gramsci, Antonio (1960). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Lautaro.

\_\_\_\_\_ (1961). *Literatura y vida nacional*. Buenos Aires: Lautaro.

\_\_\_\_\_ (1986). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno*. México: José Pablos.

Groppo Bruno y Berthold Unfried (eds.) (2006): *Gesichter in der Menge. Kollektivbiographische Forschungen zur Geschichte der Arbeiterbewegung. Mouvement ouvrier, biographie collective, prosopographie*. Leipzig: Akademische Verlagsanstalt.

Groppo, Bruno (2012). "Los diccionarios biográficos del movimiento obrero: análisis comparado de un género científico". *Políticas de la Memoria* (13)

Heller, Agnes (ed.) (1983). *Lukács Revalued*. Oxford: Basil Blackwell.

Hobsbawm, Eric J. (1978). *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*. Barcelona: Ariel.

\_\_\_\_\_ (2011). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.

Julliard, Jacques (1987). "Le monde de revues au debut du siecle". *Mil neuf cent* (5), pp. 3-10.

"Les anti-intellectualismes"(1997). *Mil Neuf Cent* (15).

Macciocchi, María Antonietta. (1975). *Gramsci y la revolución de Occidente*. México: Siglo XXI.

Paggi, Leonardo (1980). "Intelectuales, teoría y partido en el marxismo de la Segunda Internacional. Aspectos y problemas". En Max Adler, *El socialismo y los intelectuales*. México: Siglo XXI, pp. 7-114

Pita González, Alejandra (2009). *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación: redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*. México: El Colegio de México/Universidad de Colima.

Sirinelli, Jean-François (1986). "Le hasard ou la nécessité ? Une histoire en chantier : l'histoire des intellectuels". *Vingtième siècle. Revue d'histoire* (9), pp. 97-108

\_\_\_\_\_ (1987). "Effects d'age et phenomenes de generation dans le milieu intellectuel français". *Les Cahiers de l'IHTP* (6), pp. 5-18.

\_\_\_\_\_ (1996). "Les intellectuels". En René Remond, *Pour une histoire politique*. Paris: Éditions du Seuil, pp. 199-231.

Sirinelli, Jean-François y Pascal Ory (2007). *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia: PUV.

Schorske, Carl (1979). "Conflict de generations et changement culturel: reflexions sur le cas de Vienne". *Actes de la recherche en sciences sociales* (26).

Poirrier, Philippe (2004). *Les enjeux de l'histoire culturelle*. Paris: Editions du Seuil.

Prochasson, Christophe (1998). "Atenção: verdade! Arquivos privados e renovação das práticas historiográficas". *Estudos Históricos* (21), pp. 105-119.

Rojas, Rafael (2006). *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona: Anagrama.

Traverso, Enzo (2001). *El Totalitarismo*. Buenos Aires: Eudeba.

Weber, Max (2008). *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.

Williams, Raymond (1980). *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península.

\_\_\_\_\_ (1981). *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona: Paidós.

\_\_\_\_\_ (1988). "La política de la vanguardia". *Debats* (26), pp. 7-15.

\_\_\_\_\_ (2008). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Winock, Michel (1988). "La edad de oro de los intelectuales". *Debats* (16), pp. 42-52.

\_\_\_\_\_ (1999). *Le siècle des intellectuels*. Paris: Editions du seuil.

Zubillaga, Carlos (2008). *Perfiles en sombra: aportes a un diccionario biográfico de los orígenes del movimiento sindical en Uruguay (1870-1910)*. Montevideo: Librería de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.